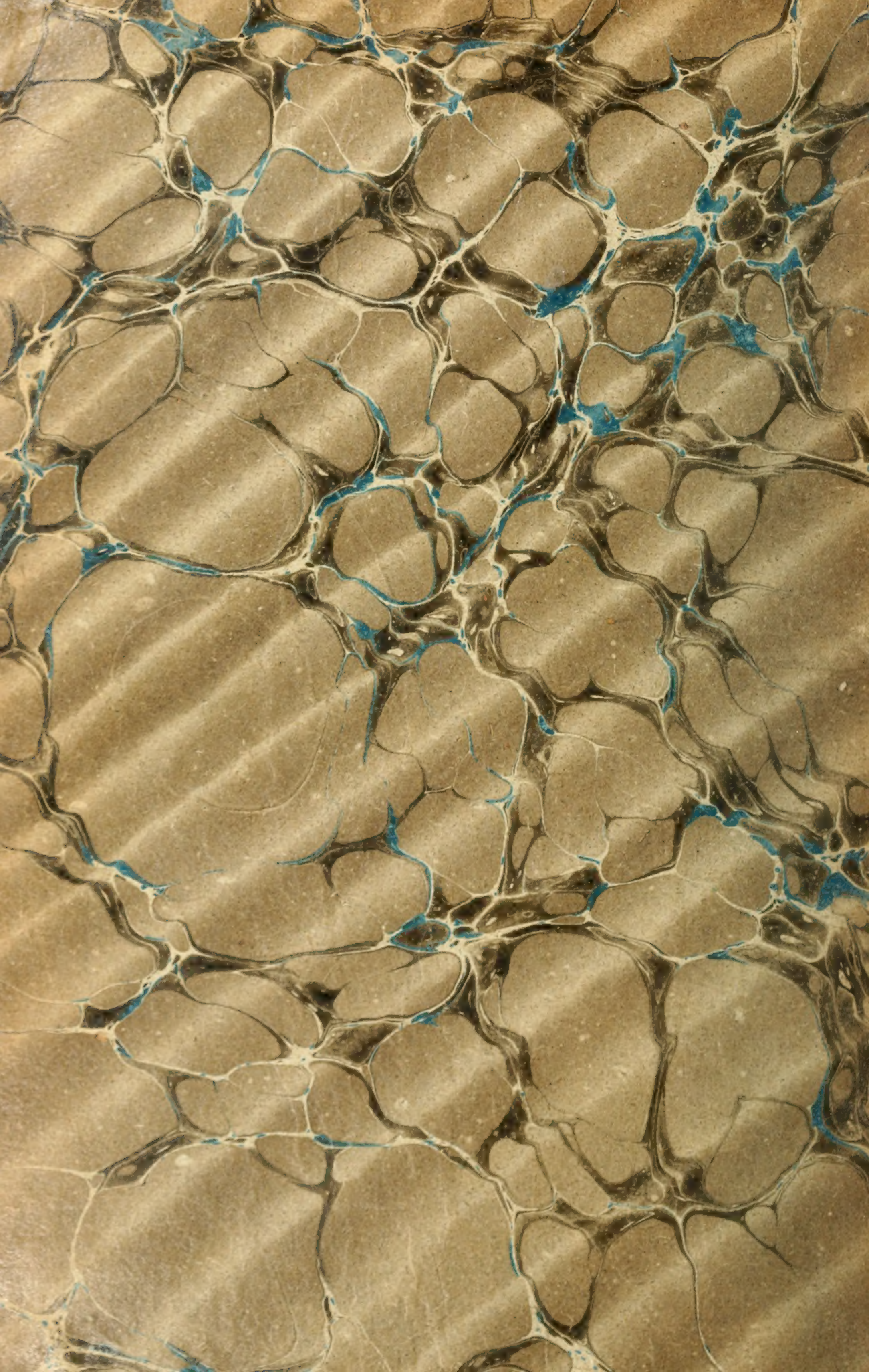
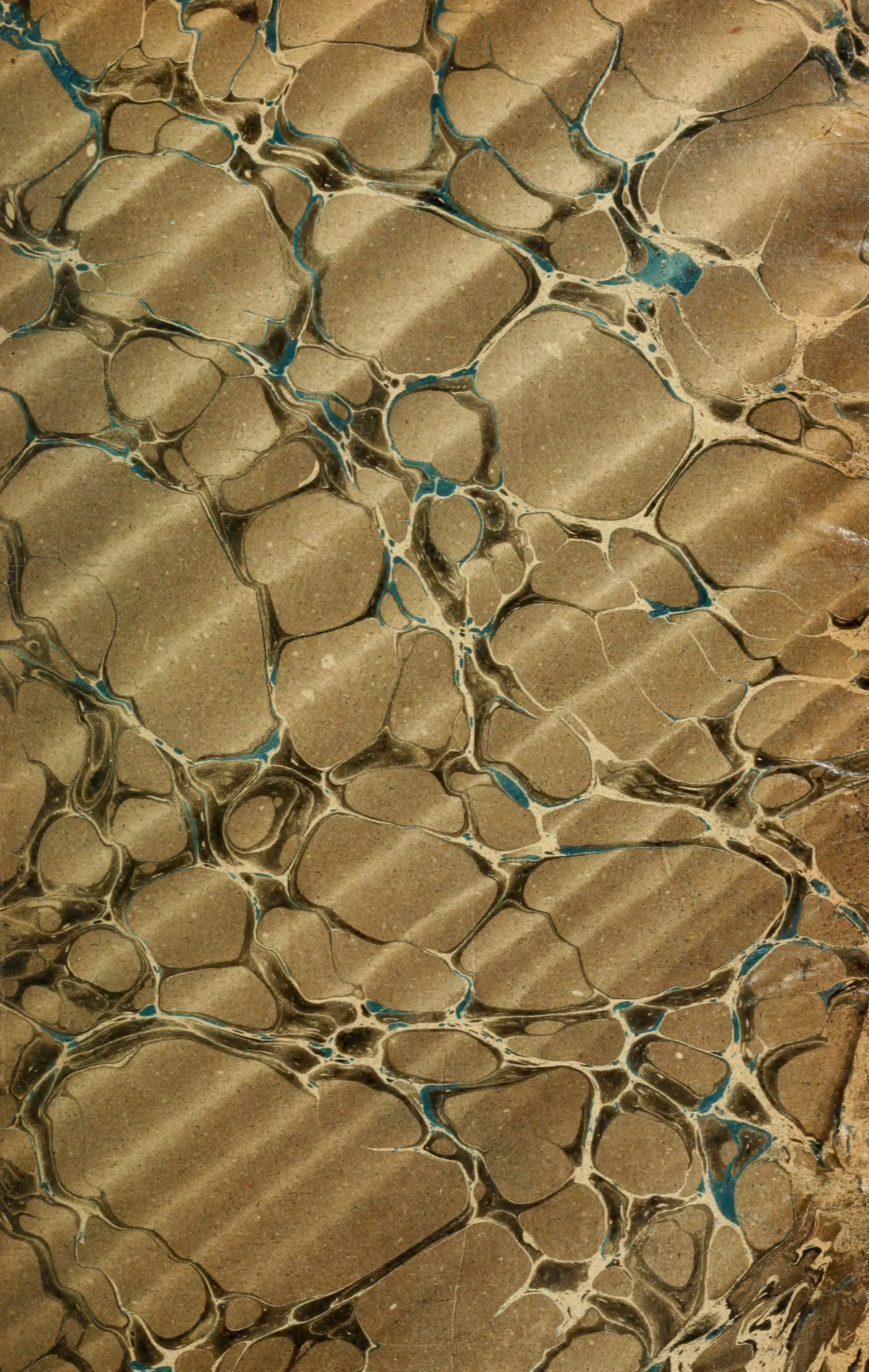

UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 01641031 8





OBRAS

DE

FR. LUIS DE GRANADA

—

II

Esta edición de las *Obras de Fr. Luis de Granada* consta de los tomos siguientes:

I. Guía de Pecadores

II. Libro de la Oración y Meditación.

III. Memorial de la Vida Cristiana.

IV. Adiciones al Memorial de la Vida Cristiana.

V-IX. Introducción del Símbolo de la Fe.

X. Guía de Pecadores *(texto primitivo)*.
Tratado de la Oración y Meditación *(compendio)*.

XI. Manual de Oraciones.
Manual de Oraciones *(ampliado)*.
Memorial de lo que debe hacer el cristiano.
Tratado de algunas Oraciones.
Vita Christi.
Tratado de Meditación.
Recopilación del Libro de la Oración.

XII. Imitación de Cristo.
Escala Espiritual.
Oraciones y Ejercicios Espirituales.

XIII. Compendio de Doctrina Cristiana *(trad. del P. Cuervo)*.

XIV. Doctrina Espiritual.
Diálogo de la Encarnación.
Sermón de la Redención.
Vida del B. Juan de Avila.
Vida del V. D. Fr. Bartolomé de los Mártires.
Vida del Cardenal D. Enrique, rey de Portugal.
Vida de Sor Ana de la Concepción, franciscana.
Vida de Doña Elvira de Mendoza.
Vida de Melicia Hernández.
Cartas.
Sermón en las Caídas Públicas.

Vida de Fr. Luis de Granada, *por el P. Fr. Justo Cuervo.*

Bibliografía Granadina, *por el mismo.*

OBRAS

DE

FR. LUIS DE GRANADA

DE LA ORDEN DE SANTO DOMINGO

EDICIÓN CRÍTICA Y COMPLETA

POR

FR. JUSTO CUERVO

DE LA MISMA ORDEN

DOCTOR EN FILOSOFÍA Y LETRAS

LECTOR DE TEOLOGÍA

TOMO II



MADRID

IMPRENTA DE LA VIUDA É HIJA DE GÓMEZ FUENTENEBRO

CALLE DE BORDADORES, NÚM. 10.

1906

PRÓLOGO

El *Libro de la Oración y Meditación* publicóse por vez primera en Salamanca el año de 1554. Debía tener tres partes, como en el prólogo se anuncia; pero por haber crecido el volumen más de lo pensado, la tercera parte no se imprimió, prometiendo el autor en una nota final que con algunas otras cosas añadidas saldría á luz en otro pequeño volumen. Los tres *Sermones* sobre la utilidad, necesidad y perseverancia de la oración, que forman la tercera parte en las ediciones de 1555 á 1559, convertidos desde 1566 en tres tratados de la oración, ayuno y limosna, no entraban en el plan primitivo de Fr. Luis de Granada. La tercera parte prometida en el prólogo de la primera edición apareció dos años más tarde, en 1556, formando un *Libro llamado Guia de Pecadores* (1), complemento del *Libro de la Oración*, y base de la célebre *Guía de Pecadores*, publicada en 1567.

El *Libro de la Oración* es esencialmente didáctico, y en él pretendió Fr. Luis de Granada no sólo dar materia de meditación, sino mucho más el fin de esta meditación, que es el temor de Dios y la enmienda de la vida: para lo cual, juzgando que después de la divina gracia no hay cosa que más aproveche que la profunda y larga consideración de los misterios, escribió catorce meditaciones, que son otros tantos sermones, dice el mismo Granada, en los cuales se da una como batería al corazón humano para rendirlo (en

(1) Está impresa en el tomo X de esta edición.

cuanto fuese posible) y entregarlo en manos de su legítimo y verdadero Señor. Si Fr. Luis de Granada es maestro soberano de las almas cuando sabiamente enseña acerca del modo de orar, y avisa prudentemente acerca de la devoción, descubriendo las celadas del enemigo y los peligros por que se corre en las luchas de la vida, en las catorce meditaciones se remonta á alturas inaccesibles en alas de su divina elocuencia. El lector tiene á la vista esas meditaciones admirables, y le invitamos á que amorosamente las lea, las sienta y las saboree. Seguros estamos de que levantará las manos al cielo, y dará gracias á Dios que tal poder se ha dignado comunicar á la palabra de un hombre para descubrir los profundos misterios encerrados en la vida, en la pasión y en la muerte de nuestro adorable Redentor.

Causó tal asombro el *Libro de la Oración*, que al año de su aparición primera, en 1555, contaba *cuatro* ediciones, y *ocho* en 1556. Hasta «las niñas del cántaro lo traían bajo del brazo, y las fruteras y verduleras lo leían cuando vendían y pesaban la fruta», al decir de un biógrafo (1). Á S. Pedro de Alcántara le pareció «el mejor de los que en nuestra lengua he leído», y favoreciéndose de él, hizo un compendio desconocido hasta ahora en absoluto, el cual hemos tenido la fortuna de hallar en la Biblioteca Barberina, recientemente incorporada á la Vaticana, y reimprimiremos íntegro en la *Bibliografía Granadina*.

Paréceme que Fr. Luis de Granada, cuando en 1554 publicó el *Libro de la Oración*, no tuvo conciencia de todo su valor. Pero los aplausos generales debieron de abrirle los ojos, y llegó á encariñarse tanto con él, que esmeradamente lo corrigió y lo añadió, y hasta lo compendió por tres veces, lo cual no hizo con ninguna otra de sus obras. El lector hallará en esta edición el texto primitivo, tal cual salió primeramente de las manos del venerable autor, con las *variantes* intro-

(1) El Maestro Fr. Gonzalo de Arriaga, *Historia del Colegio de San Gregorio de Valladolid*, que se guarda manuscrita en el Archivo de la Diputación provincial de esta ciudad, y consta de dos tomos en folio.

ducidas en ediciones posteriores, y así se dará cuenta de la importancia extraordinaria de esta obra, no sólo como monumento incomparable de ascética y oratoria, sino también como texto fundamental de lengua. Porque el *Libro de la Oración* es el primero en que la lengua castellana aparece en toda su perfección, grande, hermosa, rica, dulce, elegante, majestuosa, señalando el lugar más alto á que han podido elevarse la lengua española y la elocuencia cristiana.

FR. JUSTO CUERVO.

LIBRO

DE LA

ORACIÓN Y MEDITACIÓN

EN EL CUAL SE TRATA DE LA CONSIDERACIÓN

DE LOS PRINCIPALES MISTERIOS

DE NUESTRA FE

CON OTRAS COSAS PROVECHOSAS

COMPUESTO POR

FR. LUIS DE GRANADA

de la Orden de Santo Domingo



IMPRESO EN SALAMANCA

EN CASA DE ANDREA DE PORTONARIS

M. D. LIIII.

LICENCIA PARA LA IMPRESIÓN

Don Pedro de Castro, por la gracia de Dios Obispo de Salamanca, del Consejo de Su Majestad y Capellán mayor del Príncipe nuestro Señor. Por la presente damos licencia y facultad á cualquier impresor de nuestro obispado para que pueda imprimir y vender un Libro de Consideración y Devoción con otros tratados juntamente que hizo el Padre Fray Luis de Granada, de la Orden de Sancto Domingo, con que antes y primero sean aprobados por el Reverendo Padre Maestro Fray Pedro de Sotomayor, de la dicha Orden, y con su cédula de aprobación damos la dicha licencia. Fecha en Valladolid á XXI días del mes de Agosto de 1553.

El Obispo de Salamanca

APROBACIÓN DE LA OBRA

Yo he leído este libro del Padre Fray Luis de Granada, en el cual trata de las consideraciones que los fieles por los días de la semana deben tratar, y juntamente escribe de la oración y meditación, con otras cosas que hacen á este propósito. Y digo que el libro es católico y de muy sana y provechosa doctrina para todos los que le quisieren leer, y que es cosa muy justa que se imprima este libro para el provecho de muchos, y así lo doy firmado de mi nombre.

Fray Pedro de Sotomayor

Á LOS MUY REVERENDOS SEÑORES

EL SEÑOR

DON ANTONIO DE CÓRDOVA

Y EL PADRE

FR. LORENZO DE FIGUEROA

EPÍSTOLA DEL AUTOR

No hallé otro lugar adonde mejor pudiese encaminar este pequeño presente, que á las manos de vuestras Reverencias: porque dejadas aparte muchas y grandes razones que para esto me obligaban, bastaba la mudanza de vida que vuestras Reverencias han hecho, y el ejemplo que en nuestros tiempos han dado al mundo, para que todos los que algún tanto deseamos la gloria de Cristo, sirvamos en esta jornada á los que así han amplificado su gloria. Bien pudiera yo agora hablar en esto más largamente sin mentira y sin lisonja: y hablar en ello no fuera emplear el tiempo en alabanzas de hombres, sino en alabanza de Dios, pues está claro que esta mudanza no procedió de la carne ni de la sangre, sino de la diestra del muy alto. Mas porque á los que vestimos estos hábitos, no sólo conviene carescer de lisonja, sino también de sospecha della, contentarme he al presente con sólo dar gracias á nuestro Señor por este hecho, y confesar que hemos visto en nuestros tiempos aquella maravilla que S. Hierónimo cuenta haber acaescido en los suyos: la cual escribe él á Rufino en una epístola por estas palabras: Bonoso, nuestro común amigo, ha subido ya por aquella escalera mística que vió Jacob, y conforme al sacramento y misterio de Moisén ha sacrificado la serpiente de metal en el desierto: en el cual siembra con lágrimas para coger con alegría. Callen ante esta verdad todos los mentirosos milagros que escriben en sus historias los Griegos y los Latinos. Cata aquí un mancebo enseñado en nuestra compañía en todas las buenas artes y letras, á quien ni faltaban riquezas ni

honra y dignidad entre sus iguales: el cual desamparada la madre, y las hermanas, y sobre todo el hermano carísimo, se fué á una isla solitaria y temerosa y combatida de diversos mares, como un nuevo morador del Paraíso. Y estando en este lugar solo (mas no solo, pues está en compañía de Cristo) ve ya la gloria de Dios, la cual los Apóstoles nunca vieron sino estando en el monte solos. Cosa es ésta para alabar á Dios en ella como en una singular obra de su gracia: y no menos es digno de ser alabado en vuestras Reverencias, que teniendo mucho más que dejar en el mundo que Bonoso, en medio de la mocedad, uno en pos de otro dejastes el mundo, y la hacienda, y el regalo de vuestros estados, y las esperanzas que se debían á vuestra nobleza y virtud y á los méritos de vuestra familia, por abrazar la desnudez y obediencia de Cristo. No hecistes como aquel mozo del Evangelio que visto lo mucho que tenía, no quiso seguir el camino de la perfección que Cristo le enseñaba, sino como aquel sabio y prudente mercader que después de hallada la preciosa margarita, vendió todo lo que tenía por alcanzarla. Y si con esta mudanza juntáremos la que el ilustrísimo Duque de Gandía ha hecho en nuestros tiempos, y las de otros que se podrían aquí contar, claramente se vería que hay más miel en el camino de Cristo, de la que el mundo piensa, pues los que tan larga experiencia tienen de lo uno y de lo otro, renuncian de buena gana todo lo que el mundo da y promete, por la menor de las migajas de Cristo, diciendo con la esposa en los Cantares (1): Si diere el hombre toda su hacienda por la caridad, como nada la despreciará.

Y pues todos es razón que sirvan á los que sirven á este Señor, parecióme que debía yo también servir algo en esta jornada, á lo menos con este pequeño volumen, que trata de la oración, para que con ella fuesen algún tanto ayudados los ejercicios de vuestras Reverencias: los cuales confío en nuestro Señor que con esto y sin esto serán siempre favorescidos y prosperados. Y aunque ésta sea deuda que yo debo, todavía pido por la deuda gracia: y la gracia sea que vuestras Reverencias supliquen á nuestro Señor sea servido de favorescer esta escritura, para que el provecho de los que la leyeren, sea conforme al trabajo del que la hizo, y á la voluntad con que la ofrece.

(1) Cant. 8.

PRÓLOGO Y ARGUMENTO

DESTE LIBRO

ORACIÓN, propriamente hablando, es una petición que hacemos á Dios de las cosas que convienen para nuestra salud. Mas tómase también oración en otro sentido más largo, por cualquier levantamiento del corazón á Dios: y según esto la meditación, y la contemplación, y cualquier otro buen pensamiento, se llama también oración. Y desta manera usamos aquí deste vocablo: porque la principal materia deste tratado es de la meditación y consideración de las cosas divinas y de los misterios principales de nuestra fe.

Lo que me movió á tratar esta materia, fué tener entendido que la principal causa de todos los males que hay en el mundo, es falta de consideración, como lo significó el profeta Hieremías (1) cuando dijo: Asolada y destruída está toda la tierra, porque no hay quien se pare á pensar con atención las cosas de Dios. De lo cual parece que la causa de nuestros males no es tanto falta de fe cuanto de consideración de los misterios de nuestra fe: porque si ésta no faltase, ellos tienen tanta virtud y eficacia, que el menor dellos que atentamente se considerase, bastaba para freno y remedio de nuestra vida. ¿Quién tendría manos para hacer un pecado, si pensase que Dios murió por el pecado, y que lo castiga con perpetuo destierro del cielo y con pena perdurable?

Por do parece que aunque los misterios de nuestra fe sean tan poderosos para inclinar los corazones á lo bueno, mas como muchos de los cristianos nunca se ponen á considerar lo que creen, no obran en sus corazones lo que podrían obrar. Porque así como dicen los médicos que para que las medicinas aprovechen, es menester que sean primero actuadas y digeridas en el estómago con

---

(1) Hier. 12.

el calor natural (porque de otra manera ninguna cosa aprovecharían) así también para que los misterios de nuestra fe nos sean provechosos y saludables, es necesario que sean primero actuados y digeridos en nuestro corazón con el calor de la meditación, porque de otra manera nada aprovecharán. Y por falta desto vemos á cada paso muchos cristianos muy enteros en la fe y muy rotos en la vida, porque nunca se paran á considerar qué es lo que creen. Y así se tienen la fe como á un rincón del arca, ó como el espada en la vaina, ó como la medicina en la botica, sin servirse della para lo que es. Creen así á bulto y á carga cerrada lo que tiene la Iglesia: creen que hay juicio y pena y gloria para buenos y malos: mas ¿cuántos hallarás que se paren á pensar qué tal haya de ser este juicio y esta pena y gloria, con lo demás?

Pues menester es desmenuzar estas cosas para sentir y ver lo que dentro dellas hay. Una de las principales condiciones que ha de tener el animal limpio (según la determinación de la ley) es que ha de rumiar lo que comiere (1): porque comer, y no rumiar, no es de limpios animales. El comer pertenece á la fe, el rumiar á la consideración: y lo uno y lo otro es necesario para que nos sea provechosa la fe.

Pues por esta causa nos es tanto encomendada en las Escrituras sagradas la continua consideración y meditación de la ley de Dios y de sus misterios, que es el estudio de la verdadera sabiduría. Si no, mira cuán encarecidamente nos encomienda esto aquel gran profeta y amigo de Dios Moisén, cuando dice (2): Poned estas mis palabras en vuestros corazones, y traedlas atadas como por señal en las manos, y enseñaldas á vuestros hijos para que piensen en ellas. Cuando estuvieres asentado en tu casa, ó anduvieres por el camino, cuando te acostares y levantares, pensarás y rumiarás en ellas, y escrebirlas has en los umbrales y puertas de tu casa para que siempre las traigas ante los ojos. ¿Con qué palabras se podía más encomendar la continua meditación y consideración de las cosas divinas, que con éstas? Pues no menos encomienda este mismo ejercicio Salomón en sus Proverbios (3), donde quiere que traigamos siempre la ley de Dios como una cadena de oro echada al cuello, y que de noche nos acostemos con ella, y á la mañana en despertando luego comencemos á platicar

(1) Levit. 11. (2) Deut. 6. (3) Prov. 1 et 3.

con ella. Bienaventurado el que así lo hace: y por tal nos lo da el Eclesiástico cuando dice (1): Bienaventurado el hombre que mora en la casa de la sabiduría, y piensa en la ley y mandamientos de Dios, y considera con toda atención y sentido sus misterios, el que anda con cuidado en busca de la sabiduría, y se pára en sus caminos, y se pone á escuchar por entre sus puertas, y arrima su bordón á las paredes della, y par dellas edifica su casa. Pues ¿qué es todo esto sino explicarnos el Espíritu Sancto por todas estas metáforas el ejercicio continuo y la perpetua consideración con que el justo anda siempre escudriñando las obras y maravillas de Dios? Y por esta misma causa entre las alabanzas del varón justo (2) se pone por una de las más principales que pensará en la ley del Señor día y noche. Y asimismo, que morará en lo escondido de las parábolas (3): dando á entender que todo su trato y conversación será escudriñar y meditar los secretos y maravillas de las obras de Dios. Y por esta misma causa son tantos los ojos con que se nos representan aquellos misteriosos animales de Ezequiel (4), para denotar cuánta mayor necesidad tiene el varón justo de la continua consideración y vista de las cosas espirituales, que de todos los otros ejercicios.

Todo esto declara bien cuán grande sea la necesidad que tenemos deste ejercicio, y por consiguiente, cuán desatinados andan los que desprecian ó hacen poco caso de los ejercicios de la oración y meditación, pues no entienden que esto es abiertamente contradecir y deshacer lo que el Espíritu Sancto con tan grandes encarescimientos nos encomienda.

Pues por esta causa muchas personas católicas y religiosas, entendido el gran provecho que desta piadosa meditación se sigue, procuran de ejercitarse en ella ordinariamente y tener para esto señalados y deputados sus tiempos ciertos: las cuales muchas veces se enfrían y desisten desta obra tan sancta por dos dificultades que hallan en ella. La una es falta de materia y de consideraciones en que poder ocupar su pensamiento en aquel tiempo: y la otra es falta del calor y devoción que es menester que acompañe este ejercicio para que sea fructuoso, en lugar de lo cual muchas veces hay grande sequedad de corazón y mucha guerra de pensamientos. Pues para remedio destos dos inconvenientes se or-

---

(1) Eccli. 14. (2) Psalm. 1. (3) Eccli. 31. (4) Ezech. 1.

denó la presente escriptura, la cual por eso va repartida en dos partes principales En la primera de las cuales, para remedio del primero, se trata de la materia de la oración ó meditación, en la cual se ponen catorce meditaciones para todos los días de la semana, para tarde y mañana, que tratan de los principales lugares y misterios de nuestra fe, y señaladamente de aquéllos cuya consideración es más poderosa para enfrenar nuestros corazones y inclinarlos más al amor y temor de Dios y aborrescimiento del pecado. Asimismo se trata en ella de las partes deste ejercicio, que son cinco, conviene saber: preparación, lición, meditación, hacimiento de gracias y petición, para que así tenga el hombre mucha variedad de cosas en que ocupar su corazón, y con que despertar el gusto de la devoción, y finalmente con que alumbrar y enseñar su entendimiento con diversas consideraciones y doctrinas. Y demás desto también se trata en ella de seis géneros de cosas que se deben considerar en cada uno de los pasos de la pasión del Salvador, para que esto con todo lo demás nos sea copiosa materia de meditación. Estas tres cosas se tratan en la primera parte, para remedio del primer inconveniente que dijimos.

En la segunda, para remedio del segundo, se trata de las cosas que ayudan á la devoción, y de las que la impiden, y de las tentaciones más comunes que suelen padescer las personas devotas, y asimismo se dan algunos avisos para no errar este camino. Estos cuatro artículos se tratan en la segunda parte.

Después déstas se añadió la tercera (que sale ya desta necesidad susodicha la cual sirve para otros propósitos y fines, porque en ella se ponen diversas oraciones y meditaciones, unas para antes de la confesión, otras para antes y después de la comunión, otras para calentar y ejercitar el corazón en el amor de Dios, y así otras cosas semejantes.

Podrá por ventura ofenderse el cristiano lector con la prolijidad de las meditaciones que van aquí señaladas para los días de la semana: pero esto tiene muchas respuestas. La primera es que como en ellas se traten los principales lugares y misterios de nuestra fe (cuya consideración es el principal remedio de nuestra vida) aquí principalmente convenía cargar la mano, por el gran fructo que de aquí se podía seguir. Porque no sólo pretendimos en este libro dar materia de meditácíón, sino mucho más el fin de esa meditación, que es el temor de Dios y la enmienda de la vida:

para lo cual, después de la divina gracia, no hay cosa que más aproveche que la profunda y larga consideración de los misterios que en ellas se tratan. Porque en hecho de verdad estas catorce meditaciones son otros tantos sermones, en los cuales se da una como batería al corazón humano para rendirlo (en cuanto fuese posible) y entregarlo en manos de su legítimo y verdadero señor.

Ésta fué la primera causa de la prolijidad (si así se puede llamar) y demás desto no veo yo por qué se deba quejar el convidado de que le pongan la mesa llena de muchos manjares, pues no le obligan por eso, como en tormento, á que dé cabo de todos ellos, sino á que entre muchas cosas escoja lo que más hiciere á su propósito. Y sobre todo esto (porque menos ocasión hobiese de querella) se puso la suma de toda la meditación al principio della, para que el que no quisiese pasar adelante, tuviese allí en breve lo necesario para la hora de su ejercicio.

FIN DEL PRÓLOGO

COMIENZA EL TRATADO

DE LA ORACIÓN

PRIMERA PARTE

EN LA CUAL SE TRATA

DE LA MATERIA DE LA ORACIÓN

CAPÍTULO PRIMERO

DE LA VIRTUD Y EXCELENCIAS DE LA ORACIÓN

La materia requería que habiendo de escribir en este libro de la oración, tratáramos primero de la necesidad y excelencia desta virtud, para que vistos los grandes bienes y provechos que hay en ella, con más alegre corazón nos pusiéramos á todo género de trabajos por alcanzalla. Mas porque en esto hay mucho que decir, y este volumen (pues trata de la oración, que debe ser á cada uno muy familiar) es razón que sea pequeño, dejada esta materia para otro lugar de más espacio, solamente diré al presente que el que quisiere alcanzar en breve la suma de toda la perfición, trabaje cuanto le sea posible por alcanzar esta virtud, porque ella es único y singular medio por do se alcanza todo bien. Porque oración es (como dicen los sanctos) un levantamiento de nuestro corazón á Dios, mediante el cual nos allegamos á él, y nos hacemos una cosa con él. Oración es subir el ánima sobre sí y sobre todo lo criado, y juntarse con Dios, y engolfarse en aquel piélago de infinita suavidad y amor. Oración es salir el ánima á recibir á Dios cuando viene por nueva gracia, y traerlo á sí como á su reino, y aposentarlo en sí como en su templo, y allí poseerlo, y amarlo, y gozarlo. Oración es estar el ánima en presencia de Dios, y Dios en presencia della, mirando Él á ella, y ella á Él: la cual vista es de mayor virtud y fecundidad que la de todos los aspectos de los planetas del cielo. Oración

es una cátedra espiritual donde el ánima asentada á los pies de Dios oye su doctrina, y recibe las influencias de su gracia, y dice con la Esposa en sus Cantares: Mi ánima se derritió después que oyó la voz de su amado (1). Porque como dice S. Bonaventura, allí enciende Dios al ánima con su amor, y la unge con su gracia: la cual así ungida, es levantada en espíritu, y levantada contempla, y contemplando ama, y amando gusta, y gustando reposa, y en este reposo tiene toda aquella gloria que en este mundo se puede alcanzar.

De manera que la oración es una pascua del ánima, unos deleites y abrazos con Dios, un beso de paz entre el esposo y la esposa, un sábado espiritual en que Dios huelga con ella, y una casa de solaz en el monte Líbano, donde el verdadero Salomón tiene sus deleites con los hijos de los hombres. Ella es un reparo saludable de los defectos de cada día, y un espejo limpio en que se ve Dios, y se ve el hombre, y se ven todas las cosas. Ella es un ejercicio cuotidiano de todas las virtudes, muerte de todos los sensuales apetitos, y fuente de todos los buenos propósitos y deseos. Ella es leche de los que comienzan, manjar de los que aprovechan, puerto de los que pelean, y corona de los que triunfan. Ella es medicina de enfermos, alegría de tristes, fortaleza de flacos, remedio de pecadores, regalo de justos, ayuda de vivos, sufragio de muertos y común socorro de toda la Iglesia. Ella es una puerta real para entrar al corazón de Dios, unas primicias de la gloria advenidera, un maná que contiene en sí toda suavidad, y una escalera como aquélla que vió Jacob (2), que llegaba de la tierra al cielo, por donde los ángeles siempre suben y descienden, llevando nuestras peticiones á Dios, y trayéndonos el despacho de nuestros negocios.

§ II

Pues por esto, el que verdaderamente desea caminar á la perfección, y desarraigar de su ánima todos los vicios, y plantar en su lugar las virtudes, abrácese con esta virtud, que ella le abrirá camino para todo lo demás. Esto quiso nuestro Salvador enseñar

(1) Cant. 5. (2) Genes. 28.

muy á la clara en el misterio de su gloriosa transfiguración, del cual escribe S. Lucas (1) que estando haciendo oración en el monte, súbitamente se transfiguró, de tal manera que su rostro resplandeció como el sol, y sus vestiduras se pararon blancas como la nieve. Bien pudiera el Señor transfigurarse fuera de la oración, si quisiera: mas quiso Él de propósito que allí fuese, para mostrarnos en la transfiguración de su cuerpo la virtud que la oración tiene para transfigurar las ánimas, que es para hacerles perder las costumbres del hombre viejo y vestirse del nuevo, que es criado á imagen de Dios. Allí es donde se alumbra el entendimiento con los rayos del verdadero Sol de justicia, y allí es donde se renuevan las vestiduras y atavíos del ánima, y se paran más blancas que la nieve.

Esto mismo es lo que significó Dios al sancto Job por estas palabras (2). ¿Por ventura (dice Él) por tu sabiduría muda las plumas el gavilán, cuando bate sus alas al medio día? Gran maravilla es por cierto que sepa esta ave desnudarse de las plumas viejas y vestirse de las nuevas, y que para esto busque el aire caliente del medio día, para que con su calor se dilaten los poros, y con su movimiento se despidan las plumas viejas, y se dé lugar á los cañones que de nuevo comienzan á renacer. Mas ¡cuánto mayor maravilla es ver una ánima desnudarse de Adán y vestirse de Cristo, mudar las costumbres del hombre viejo y vestir las del nuevo! Porque como sean tan grandes las fuerzas de la naturaleza, y mayores aun las de la costumbre confirmada, gran cosa es poder vencer dos fuerzas tan poderosas como éstas. Pues esta tan maravillosa mudanza se hace en esta manera susodicha, conviene saber, cuando el ánima devota se convierte al medio día, y allí bate sus alas al aire. ¿Qué es convertirse al medio día sino levantar el espíritu á la consideración de aquella luz eterna y á los rayos encendidos de aquel verdadero Sol de justicia? Y ¿qué es batir sus alas al aire sino estar allí despertando y atizando la devoción con el ayuda y favor del Espíritu Sancto, y estar allí suspirando y aleando hacia lo alto con afectos y deseos del cielo, levantándose sobre sí y sobre todo lo criado? Pues entonces sopla el aire del medio día, que es aquel celestial frescor del Espíritu Sancto, y con su templada calor y dulce movimiento echa fuera

(1) Luc. 9. (2) Job. 39.

todas las plumas viejas del antiguo Adán, para que se dé lugar á las plumas nuevas de las virtudes que allí comienzan á renascer. Porque en hecho de verdad ésta es una de las principales excelencias de la oración, que con ser ella una virtud, es común despertador y ejercicio de todas las otras virtudes, como lo significa un sancto doctor por estas palabras. En el ejercicio de la oración se alimpia el ánima de los pecados, apasciéntase la caridad, certifícase la fe, fortaléscese la esperanza, alégrase el espíritu, derrítense las entrañas, pacifícase el corazón, descúbrese la verdad, véncese la tentación, huye la tristeza, renuévanse los sentidos, repárase la virtud enflaquecida, despídese la tibieza, consúmese el orín de los vicios, y en ella saltan centellas vivas de deseos del cielo, entre las cuales arde la llama del divino amor. Grandes son las excelencias de la oración, grandes son sus privilegios. Á ella están abiertos los cielos, á ella se descubren los secretos, á ella están siempre atentos los oídos de Dios.

Muchos otros testimonios se pudieran traer para confirmación desta verdad: pero al presente bastará por todos uno solo de S. Bonaventura, el cual tratando de la eficacia maravillosa desta virtud, dice así: Si quieres sufrir con paciencia las adversidades y miserias desta vida, seas hombre de oración. Si quieres alcanzar virtud y fortaleza para vencer las tentaciones del enemigo, seas hombre de oración. Si quieres mortificar tu propria voluntad con todas sus aficiones y deseos, seas hombre de oración. Si quieres conoscer las astucias de Satanás y defenderte de sus engaños, seas hombre de oración. Si quieres vivir alegremente y caminar con suavidad por el camino de la penitencia y del trabajo, seas hombre de oración. Si quieres ojear de tu ánima las moscas importunas de los vanos pensamientos y cuidados, seas hombre de oración. Si la quieres sustentar con la grosura de la devoción y traerla siempre llena de buenos pensamientos y deseos, seas hombre de oración. Si quieres fortalecer y confirmar tu corazón en el camino de Dios, seas hombre de oración. Finalmente, si quieres desarraigar de tu ánima todos los vicios y plantar en su lugar las plantas de las virtudes, seas hombre de oración. Porque en ella se recibe la unción y gracia del Espíritu Sancto, la cual enseña al hombre todas las cosas. Y demás desto, si quieres subir á la alteza de la contemplación y gozar de los dulces abrazos del esposo, ejercítate en la oración, porque éste es el camino

por do sube el ánima á la contemplación y gusto de las cosas celestiales. Ves, pues, de cuánta virtud y poder sea la oración. Y para prueba de todo lo dicho (dejado aparte el testimonio de las Escripturas divinas) esto baste agora por suficiente probanza, que hemos oído y visto, y vemos cada día muchas personas simples, las cuales han alcanzado todas estas cosas susodichas y otras mayores mediante el ejercicio de la oración. Hasta aquí son palabras de S. Bonaventura. Pues ¿qué tesoro, qué tienda se puede hallar más rica ni más llena de todos los bienes que ésta? ¡Oh sumario breve de todas las virtudes! ¡Oh atajo seguro y descansado para caminar al sumo bien! Todos los que tenéis sed, venid á las aguas, y los que no tenéis oro ni plata, daos priesa á venir y tomar el agua de vida de balde (1). Venid á esta fuente á beber de todos los estados, los casados, los religiosos, los sacerdotes, los del mundo y los de fuera del mundo. Los que vivís en el mundo, con esta virtud estaréis seguros: los que fuera del mundo, con ella seréis más perfectos: los pecadores, aquí lloraréis vuestros pecados: los justos, aquí seréis más justificados: los que andáis en la guerra, por aquí alcanzaréis victoria: los que vivís en la paz, por aquí crescerá como río vuestra paz. Si tenéis dudas, aquí os encaminarán: si estáis ciegos, aquí os alumbrarán: si enfermos, aquí os curarán: si tibios, aquí os calentarán: si tristes y atribulados, aquí os darán refrigerio. Si deseáis algo, por este medio lo alcanzaréis: si tenéis algo, por aquí lo conservaréis. Si sois religioso, para esto dejastes el mundo: si casado, no hay otra mejor ayuda para llevar las cargas del matrimonio. ¿Sois niño? Aquí os darán leche, y os regalarán y traerán en brazos. ¿Sois hombre robusto? Aquí os darán manjares de más substancia. ¿Deseáis ser sabio? Éste es el camino para la verdadera sabiduría. ¿Queréis ser simple? Aquí se aprende la verdadera simplicidad. ¿Sois amigos de regalos? No los hay debajo del cielo mayores que los de la oración. ¿Sois amigo de trabajos? Aquí se da esfuerzo y ánimo para llevarlos. ¿Qué diré? Si quieres andar siempre consolado, y esforzado, y confiado, y alegre, y ocupado en la mejor ocupación y ejercicio de cuantos hay en la tierra, andad siempre en espíritu y oración, y todo lo alcanzaréis. Ésta es aquella preciosa margarita, por la cual el sabio mercader

(1) Isaiæ 55.

vendió todo cuanto tenía por alcanzarla. Éste es el tesoro y heredad que sola hace al hombre verdaderamente rico y bienaventurado. Por ésta se fueron los sanctos á los desiertos, por ésta dejan los religiosos el mundo, por ésta le era más dulce al papa Gregorio la pobrecilla celda del monasterio, que la silla del sumo pontificado. Á ésta se ordenan todos los buenos ejercicios, el ayuno, la lición, el coro, las vigilias y las otras penitencias y asperezas: y ella es tal virtud, que paga con abundantísimas usuras todo lo que se hace por ella.

CAPÍTULO II

DE DOS MANERAS DE ORACIÓN Y DE LAS MEDITACIONES PARA LOS DÍAS DE LA SEMANA

AGORA es de saber que hay dos maneras de oración: una mental, que se hace con solo el corazón, y otra vocal, que se hace con el corazón y con la boca juntamente. Entre estas dos maneras de oración hay muy poca diferencia, porque (como dicen los teólogos) el acto exterior no añade ninguna diferencia esencial al interior, como paresce claro en esta virtud: porque pedir á Dios con el corazón solo, ó con el corazón y con la boca juntamente, no hace ni deshace más en la petición, pues tan claro lenguaje para Dios es el del corazón como el de las palabras, y tanto se sirve de lo uno como de lo otro.

Mas con todo esto es muy alabada y encomendada de los sanctos la oración mental, como lo muestra S. Augustín por estas palabras: No haya en la oración mucho hablar, sino mucho suplicar: porque hablar mucho en la oración es negociar una cosa necesaria con palabras no necesarias: mas mucho suplicar es llamar á aquél, á quien suplicamos, con un largo y piadoso movimiento del corazón: porque este negocio más se hace con gemidos que con palabras, y más llorando que hablando.

La causa por que los sanctos alaban tanto esta manera de orar, es por razón de la atención y espíritu con que se suele hacer esta oración. Porque los que oran de boca leyendo por algunas horas

ó rezando de coro, suelen comúnmente pasar muy de corrida por las cosas que van rezando, y así no calan ni llegan á la medula ni al gusto dellas. Mas los que van orando ó meditando con el corazón, suelen detenerse más en la consideración de las cosas, lo cual sin duda es de muy gran provecho: porque más ayuda un misterio ó una palabra de la Escritura bien sentida y considerada, que muchas pasadas así ligeramente. Por do paresce que la oración vocal es como un turbión de agua que lava la tierra por cima, sin llegar al corazón della: mas la mental es como las mollinas blandas que calan hasta lo íntimo della, y así la dejan más dispuesta y aparejada para fructificar.

Y así vemos que las oraciones vocales muchas veces se rezan como oración de ciego, sin afecto y sin espíritu: mas cuando pedimos algo á Dios, no con palabras escritas y compuestas, sino con aquéllas que la necesidad y el deseo del remedio nos enseña, siempre hablamos con mayor atención y devoción, lo cual es gran parte para ser oído, según aquello del Psalmo que dice (1): Clamé con todo mi corazón: óyeme, Señor. Y porque sabía este profeta cuán agradable era á Dios esta manera de oración, dice en otro lugar (2): Ofrecerte he, Señor, sacrificios llenos de medula: conviene saber, oraciones y afectos que salgan de lo íntimo del corazón y no de solos los labios.

Cónstanos también que (como dice el Salvador) todo nuestro mal y bien nasce del corazón (3) y por esto allí principalmente conviene poner la medicina donde está la raíz de la dolencia. Y esto principalmente se hace con la oración interior y con la devoción, porque en hecho de verdad no es otra cosa devoción sino uno como ungüento y medicina del corazón, el cual resuelve todos nuestros malos apetitos y deseos de tal manera que mientras hay devoción, no parece que por entonces hay gusto ni apetito de cosa mala: mas las oraciones apresuradas, y generalmente todos los otros ejercicios exteriores, como no penetran á lo íntimo del corazón, así no son más que unas unciones y lavatorios que se aplican por defuera, que aunque dan un poco de refrigerio al doliente, no le dan entera salud, porque no llegan á la raíz del mal, que está de dentro. Esto nos muestra claramente la experiencia de cada día, porque por ella se ve cuánto más caliente y es-

(1) Psalm. 118. (2) Psalm. 15. (3) Luc. 6.

forzado sale el hombre después que ha considerado profundamente un paso de la Pasión, ó algún otro misterio, que después de haber rezado de corrida mucho número de psalmos y avemarías.

Esto no se dice para deshacer en la oración vocal (la cual demás de ser provechosa para muchas cosas, es necesaria para los principiantes y para todos aquéllos que no pueden arribar á la mental) sino para que sepamos estimar cada cosa en lo que es, y trabajemos siempre (como dice el Apóstol) por alcanzar las gracias y virtudes mayores.

§ II

Pues tornando al propósito, como haya estas dos maneras de oración susodichas, una vocal y otra mental, aquí pretendemos tratar principalmente de la mental, que se hace con solo el corazón, declarando muy en particular así la materia como la manera que se debe tener en ella, para que los que de nuevo quisieren comenzar este camino, sepan las primeras entradas dél y tengan alguna instrucción familiar de lo que deben á los principios hacer, porque después el tiempo y el Espíritu Sancto (que es el principal maestro desta doctrina) les enseñará mejor todo lo demás.

Y porque la común materia desta oración es la consideración de la pasión de Cristo y de otros algunos artículos y misterios de nuestra fe, que inducen al hombre al amor y temor de Dios, por esto paresció que sería cosa conveniente poner aquí las meditaciones destos misterios, y repartirlos por los días de la semana, para que tenga el hombre cada día nuevo manjar en que rumiar, para que con la variedad del mantenimiento se quite el hastío, y con la diversidad de la doctrina se dé al hombre más luz y conoscimiento de las cosas divinas.

Y porque nuestra ánima vive de consideración (porque éste es el manjar con que los espíritus se sustentan) y los hombres suelen comer dos veces al día (para que con esto se repare lo que con el calor natural se gasta) así será también cosa conveniente dar otras dos veces de comer á nuestras ánimas, á la tarde y á la mañana, pues ni es de menor precio el ánima que el cuerpo, ni tiene menor necesidad deste pasto espiritual, para que por él se repare lo que con el calor de nuestras pasiones y apetitos siempre

se gasta. Por lo cual fué necesario proveer de dobladas meditaciones, unas para la mañana y otras para la tarde, según que en los capítulos siguientes se verá.

Mas si alguno fuere tan pobre de tiempo ó de devoción que no pueda recogerse dos veces al día, á lo menos trabaje por recogerse una. Y por no perder el fructo de todas estas meditaciones siguientes, podrá ejercitarse en las unas una semana, y en las otras otra, para que así guste y se aproveche de toda la doctrina que aquí se da.

CAPÍTULO III

DE CINCO PARTES QUE TIENE LA ORACIÓN

Aquí conviene avisar que no se ha de gastar todo el tiempo deste ejercicio en sola la meditación: porque antes della pueden preceder dos partes, que son, preparación y lición, y después della seguirse otras dos, que son, hacimiento de gracias y petición. De manera que en este ejercicio pueden entrevenir cinco partes, conviene saber, preparación, lición, meditación, hacimiento de gracias y petición. Porque primero debemos aparejar nuestro corazón para este ejercicio, y luego será bien leer lo que hobiéremos de meditar. Y tras de la lición se ha de seguir la meditación de lo que se hobiere leído, y luego podemos acabar con un devoto hacimiento de gracias por todos los beneficios divinos, y con una petición de todo aquello que sintiéremos ser necesario así para nuestras ánimas como para las de nuestros prójimos. De las cuales cinco partes trataremos más copiosamente adelante en su proprio lugar. Este repartimiento y orden pueden seguir los que de nuevo comienzan, porque los más ejercitados no tienen tanta necesidad destos principios.

Y es de notar que las meditaciones primero se ponen sumariamente, declarando por su orden los puntos principales que en cada una se debe considerar, para que se puedan distinctamente comprehender, y después se pone una declaración más copiosa de

todos aquellos pasos, para que después de leída algunas veces, se pueda mejor entender y meditar lo que sumariamente se trató antes en la meditación. Verdad es que en las meditaciones de la sagrada Pasión no se puso al principio este sobre dicho sumario, porque el texto de los Evangelistas que allí se pone, paresció que bastaría para esto.

Y no es menester que cada vez se hayan de pensar todos los puntos principales que allí se señalan, sino bastarán dos ó tres, ó más ó menos, según la devoción y tiempo que tuviere cada uno, porque más aprovecha un misterio ó un paso bien sentido y considerado, que muchos pensados apresuradamente. Pero con todo esto se apuntan muchas cosas, para que entre tanta variedad de consideraciones escoja cada uno lo que mejor le estuviere.

SÍGUENSE LAS PRIMERAS SIETE MEDITACIONES

DE LOS DÍAS DE LA SEMANA POR LA MAÑANA

EL LUNES POR LA MAÑANA

El lunes por la mañana, hecha la señal de la cruz, con la preparación que adelante se pondrá en el capítulo IV, se ha de pensar el lavatorio de los pies y la institución del Santísimo Sacramento.

El texto de los Evangelistas dice así:

Como se llegase ya la hora de la cena, asentóse el Señor á la mesa, y los doce Apóstoles con Él, y díjoles: Con deseo he deseado comer con vosotros esta Pascua antes que padezca. Y estando ellos cenando, dijo: En verdad os digo que uno de vosotros me ha de vender. Y entristecidos mucho con esta palabra, comenzaron cada uno á decir: ¿Por ventura só yo, Señor? Y Él respondióles diciendo: El que mete comigo la mano en el plato, ése me venderá. Y el hijo de la Virgen va su camino así como está escripto dél. Mas ¡ay de aquel hombre por quien Él será vendido! Bueno le fuera no haber nacido. Y respondiendo el mismo Judas que lo había de vender, dijo: ¿Por ventura só yo, Señor? Respondióle el Señor: Tú lo dijiste.

Acabada la cena, levantóse de la mesa y quitóse las vestiduras: y como tomase un lienzo, ciñóse con él, y echó agua en un bacín, y comenzó á lavar los pies de sus discípulos y alimpiarlos con el lienzo que se había ceñido. Llegó pues á Simón Pedro. Díjole Pedro: Señor, ¿Tú me quieres lavar los pies? Respondióle Jesús y díjole: Lo que yo hago, no sabes tú agora: saberlo has después. Dícele Pedro: Nunca jamás Tú me lavarás los pies. Respondióle Jesús y díjole: Si no te lavare, no ternás parte en Mí. Dice Simón Pedro: Señor, desa manera, no solamente los pies, sino también las manos y la cabeza. Dícele Jesús: El que está lavado, no tiene necesidad que le laven más que los pies, porque todo lo demás está limpio. Y vosotros ya estáis limpios, aunque no todos. Sabía Él quién era el que lo había de vender, y por esto dijo: No todos. Pues como acabó de lavarles los pies, tomó sus vestiduras, y tornándose á asentar, díjoles: ¿Entendéis esto que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y bien decís, porque de verdad lo soy. Pues si yo os he lavado los pies siendo vuestro Señor y Maestro, vosotros debéis también unos á otros lavaros los pies. Porque ejemplo os he dado en esto, para que así como yo lo hice, así vosotros lo hagáis.

Acabado el lavatorio, tomó el pan, y bendíjolo, y partiólo, y diólo á los discípulos diciendo: Tomad y comed, éste es mi cuerpo. Y tomando también el cáliz, dió gracias, y entregóselo diciendo: Bebed todos deste cáliz, porque ésta es mi sangre del nuevo testamento, que por muchos será derramada en remisión de los pecados. Y todas las veces que esto hiciéredes, hacedlo en memoria de Mí.

Meditación sobre estos pasos del texto.

Contempla pues, oh ánima mía, en esta cena á tu dulce y benigno Jesú, y mira el ejemplo de inestimable humildad que aquí te da levantándose de la mesa y lavando los pies de sus dicípulos. Oh buen Jesú, ¿qué es eso que haces? Oh dulce Jesú, ¿por qué tanto se humilla tu majestad? ¿Qué sintieras, ánima mía, si vieras allí á Dios arrodillado ante los pies de los hombres y ante los pies de Judas? Oh cruel, ¿cómo no te ablanda el corazón esa tan grande humildad? ¿Cómo no te rompe las entrañas esa tan gran-

de mansedumbre? ¿Es posible que tú hayas ordenado de vender este mansísimo cordero? ¿Es posible que no te hayas agora compungido con este ejemplo? Oh blancas y hermosas manos, ¿cómo podéis tocar pies tan sucios y abominables? Oh purísimas manos, ¿cómo no tenéis asco de lavar pies enlodados en los caminos y tratos de vuestra sangre? Mirad, oh espíritus bienaventurados, qué hace vuestro criador. Salid á mirar dende esos cielos, y verlo heis arrodillado ante los pies de los hombres: y decid si usó jamás con vosotros de tal linaje de cortesía. Señor, oí tus palabras, y temí: consideré tus obras, y quedé espantado. Oh Apóstoles bienaventurados, ¿cómo no tembláis viendo esa tan grande humildad? Pedro, ¿qué haces? ¿Por ventura consentirás que el Señor de la majestad te lave los pies?

Maravillado y atónito Sant Pedro como viese al Señor arrodillado delante sí, comenzó á decir: ¿Tú, Señor, lavas á mí los pies? ¿No eres Tú hijo de Dios vivo? ¿No eres Tú el criador del mundo, la hermosura del cielo, el paraíso de los ángeles, el remedio de los hombres, el resplandor de la gloria del Padre, la fuente de la sabiduría de Dios en las alturas? Pues ¿Tú me quieres á mí lavar los pies? ¿Tú, señor de tanta majestad y gloria, quieres entender en oficio de tan gran bajeza? Tú, que fundaste la tierra sobre sus cimientos y la hermoseaste con tantas maravillas: Tú, que encierras el mundo en la mano, mueves los cielos, gobiernas la tierra, divides las aguas, ordenas los tiempos, dispones las causas, beatificas los ángeles, enderezas los hombres y riges con tu sabiduría todas las cosas, ¿Tú has de lavar á mí los pies? ¿Á mí, que soy un hombre mortal, un poco de tierra y ceniza, un vaso de corrupción, una criatura llena de vanidad, de ignorancia y de otras infinitas miserias, y lo que es sobre toda miseria, llena de pecados? ¿Tú, Señor, á mí? ¿Tú, señor de todas las cosas, á mí, el más bajo de todas ellas? La alteza de tu majestad y la profundidad de mis miserias me hacen fuerza que tal cosa no consienta. Deja pues, Señor mío, deja para los siervos este oficio, quita esa toalla, toma tus vestiduras asiéntate en tu silla, y no me laves los pies. Mira no se avergüencen desto los cielos viendo que con esa ceremonia los pones debajo de la tierra, pues las manos en quien el Padre puso los cielos y todas las cosas, vienes á poner debajo de los pies de los hombres. Mira no se afrente desto toda la naturaleza criada viéndose puesta debajo de otros pies que los tuyos.

Mira no te desprecie la hija del rey Saúl (1) viéndote con ese lienzo vestido á manera de siervo, y diga que no quiere recibir por esposo ni por Dios al que ve entender en oficio tan vil.

Esto decía Pedro como hombre que aún no sentía las cosas de Dios, y como quien no entendía cuánta gloria estaba encerrada en esta obra de tan gran bajeza. Mas el Salvador, que tan bién lo conocía y tanto deseaba dejarnos un tan maravilloso ejemplo de humildad, satisfizo á la simplicidad de su discípulo y llevó adelante la obra comenzada. Aquí es mucho de notar qué tanto es lo que este Señor hizo por hacernos humildes, pues estando tan á la puerta de su pasión, donde había de dar tan grandes ejemplos de humildad que bastasen para asombrar cielos y tierra, no contento con esto, quisiese aún añadir éste más á todos ellos para dejar más encomendada esta virtud. ¡Oh la más necesaria y más encomendada virtud por el Señor de las virtudes! ¡Oh cómo deben ser grandes tus riquezas, pues tanto eres alabada, y cómo nodeben ser conocidas, pues por tantas vías nos eres encomendada! ¡Oh humildad predicada y enseñada en toda la vida de Cristo, cantada y alabada por boca de su Madre, flor hermosísima de las virtudes, divina piedra imán que atraes á ti al criador de todas las cosas! El que te desechare, será de Dios desechado, aunque esté en lo más alto del cielo, y el que te abrazare, será de Dios abrazado, aunque sea el mayor pecador del mundo. Grandes son tus gracias, y maravillosos tus efectos. Tú aplaces á los hombres, agradas á los ángeles, confundes á los demonios y atas las manos al Criador. Tú eres madre de las virtudes, muerte de los vicios, espejo de las vírgines y hospedería de toda la Sanctísima Trinidad. Quien allega sin ti, derrama: quien edifica, y no sobre ti, destruye. Quien amontona virtudes sin ti, el polvo lleva ante la cara del viento. Sin ti la virgen es desechada de las puertas del cielo, y contigo la pública pecadora es recebida á los pies de Cristo. Abrazad esta virtud las vírgenes, porque por ella os aproveche vuestra virginidad. Buscalda vosotros, religiosos, porque sin ella será vana vuestra religión. Y no menos vosotros los legos, porque por ella seáis librados de los lazos del mundo.

Después desto considera cómo acabando de lavar los pies, los alimpia con aquel sagrado lienzo que estaba ceñido, y sube más

(1) II Reg. 6.

arriba con los ojos del ánima, y verás allí representado el misterio de nuestra redempción. Mira cómo aquel lienzo recogió en sí toda la inmundicia de aquellos pies que estaban sucios, y así ellos quedaron limpios, y el lienzo por el contrario quedaría todo manchado y sucio. ¿Qué cosa más sucia que el hombre concebido en pecado, y qué cosa más limpia y más hermosa que Cristo? Blanco y colorado es mi amado (dice la esposa) y escogido entre millares (1). Pues Éste tan hermoso y tan limpio quiso recebir en sí todas las manchas y fealdades de nuestras ánimas, y dejándolas limpias y libres dellas, Él quedó (como lo ves en la cruz) amancillado y afeado con ellas. Por esto con mucha razón se maravillan los ángeles desta tan extraña fealdad, y preguntan por Isaías diciendo (2): ¿Por qué, Señor, traes las vestiduras teñidas de color de sangre y manchadas y sucias como las de los que pisan uvas en el lagar? Pues si esta sangre y estas manchas son ajenas (conviene saber, de nuestras culpas) dime, Rey de gloria, ¿no tuvieran mejor los hombres su merecido, que no Tú? ¿No estuviera mejor la basura en su muladar, que no en Ti, espejo de hermosura? ¿Qué piedad te hizo desear tanto la limpieza de mi ánima, que con tal costa y detrimento de tu hermosura me la dieses? ¿Cuál es el hombre que con un lienzo labrado de oro se pusiese á limpiar un plato sucio y desportillado? Bendito seas Tú, Señor Dios mío, y bendígante tus ángeles para siempre, pues quisiste venir á ser como un estropajo del mundo, recibiendo en Ti todas nuestras fealdades y miserias, para dejarnos libres dellas.

Después desto considera aquellas palabras con que dió fin el Salvador á esta historia, diciendo: Ejemplo os he dado, para que como yo lo hice, así vosotros lo hagáis. Las cuales palabras no sólo se han de referir á este paso y ejemplo de humildad, sino también á todas las obras y vida de Cristo, porque ella es un perfectísimo dechado de todas las virtudes, especialmente de la que en este lugar se nos representa, que es humildad y paciencia, como lo declara muy copiosamente el bienaventurado mártir Cipriano por estas palabras (3). Primeramente obra fué (dice él) de grande paciencia y humildad, que aquella tan alta Majestad quisiese descender del cielo á la tierra, y vestirse de nuestro barro, y que disimulada la gloria de su inmortalidad, se hiciese mortal,

(1) Cant. 5. (2) Isai. 63. (3) De bono patientiae.

para que siendo Él inocente y sin culpa, padesciese pena por los culpados. El Señor quiso ser baptizado del siervo, y el que venía á dar perdón de los pecados, quiso ser lavado con agua de pecadores. El que mantiene todas las criaturas, ayunó cuarenta días en el desierto, y al cabo padesció hambre, porque los que la teníamos de la palabra de Dios y de su gracia, fuésemos abastados della. Peleó con el demonio que le tentaba, y contento con haber vencido su enemigo, no le quiso hacer más mal que de palabra. Á sus discípulos nunca despreció como señor á siervos, sino con caridad y benevolencia como de hermano los trató. Y no es de maravillar que desta manera se hobiese con los discípulos obedientes, pues pudo sufrir á Judas hasta la fin con tan larga paciencia, y comer en uno con su enemigo, y saber en lo que andaba, y no descubrillo ni desechar el beso del que lo vendía con tan falsa paz. Pues ¡cuál fué la paciencia que tuvo con los judíos hasta aquella hora! ¡Cuánto trabajó por inclinar aquellos corazones incrédulos á la fe con sus palabras! ¡Cuánto procuró de traer á sí aquellos desconocidos con buenas obras! ¡Cómo respondía á los que le contradecían, con mansedumbre! ¡Cómo soportaba á los soberbios con clemencia! ¡Con qué humildad daba lugar á la ira de sus enemigos y perseguidores! ¡Cómo trabajó por recobrar aquéllos que habían sido matadores de profetas, y rebeldes contra Dios hasta la hora de la cruz! Pues en la hora della (antes que viniesen al derramamiento de su sangre y de su muerte cruel) ¡qué tan grandes fueron las injurias que les oyó con tanta paciencia! ¡Qué tantos los escarnios que padesció! ¡Cómo recibió con tanta paciencia el escupir de aquellas infernales bocas, Él que con la saliva de la suya poco antes había esclarescido los ojos del ciego! ¡Cómo sufrió azotes Aquél en cuyo nombre sus siervos azotan con poderosa virtud los demonios! ¡Cómo es coronado de espinas el que á sus mártires corona con flores eternas! ¡Cómo es herido en la cara con palmas el que da la palma de la victoria á los vencedores! ¡Cómo es despojado de la ropa terrena el que con ropas de immortalidad viste los sanctos! ¡Cómo es amargado con hiel el que nos dió el pan de los cielos, y abrevado con vinagre el que nos dió el cáliz de la salud! ¡Aquél tan inocente, Aquél tan justo, mas antes la misma inocencia y la misma justicia, es contado con los ladrones, y la verdad eterna es acusada con falsos testigos, y el juez del mundo es

juzgado de los malos, y la Palabra de Dios callando va á recebir sentencia de muerte! Y como en la hora de la cruz y muerte del Salvador se escurezcan las estrellas, y se turben los elementos, y tiemble la tierra, y la noche encubra al día, y el sol por no ver tal crueldad desvíe sus ojos y rayos del mundo, Él no habla ni se mueve, ni en el mismo trance de la muerte descubre la gloria de su majestad, sino hasta la fin continuadamente sufre aquella tan larga contienda, para dejarnos ejemplo de perfecta paciencia. Y después de todo esto, si aquellos mismos carniceros y verdugos de su cuerpo se convirtieren á penitencia, en ese punto los recibe, sin cerrar á nadie las puertas de su Iglesia. Pues ¿qué cosa puede ser de mayor benignidad y paciencia que dar vida la sangre de Cristo al mismo que derramó la sangre de Cristo? Tal es y tanta la paciencia de Cristo, la cual si tal y tanta no fuera, no tuviera hoy á San Pablo la Iglesia. Hasta aquí son palabras de Cipriano.

Del Sanctísimo Sacramento y de las causas por que fué instituído.

§ II

Una de las principales causas de la venida del Salvador al mundo fué querer encender los corazones de los hombres en el amor de Dios. Así lo dice Él por Sant Lucas (1): Fuego vine á poner en la tierra, ¿qué tengo de querer sino que arda? Este fuego puso el Salvador con hacer á los hombres tales y tan espantosos beneficios y tan grandes obras de amor, que con esto les robase los corazones y los abrasase en este fuego de amor. Pues como todas las obras de su vida sanctísima sirvan para este propósito, señaladamente sirven las que hizo en el fin de la vida, según que lo significa el evangelista Sant Juan (2), diciendo: Como amase á los amigos que tenía en el mundo, en el fin señaladamente los amó: porque entonces les hizo mayores beneficios y les descubrió más claramente la grandeza de su amor. Y entre estas obras, una de las más principales fué la institución del Sanctísimo Sacramento: lo cual podrá entender muy á la clara quien atentamente

(1) Cap. 12. (2) Cap. 13.

considerare las causas de su institución. Mas para esto abre Tú, clementísimo Salvador, nuestros ojos, y danos lumbre para que veamos cuáles fueron las causas que movieron tu amoroso corazón á instituirnos y dejarnos este tan admirable Sacramento.

Para entender algo desto, has de presuponer que ninguna lengua criada puede declarar la grandeza del amor que Cristo tiene á su esposa la Iglesia, y por consiguiente á cada una de las ánimas que están en gracia, porque cada una dellas es también esposa suya. Por esto una de las cosas que pedía y deseaba el apóstol Sant Pablo era que Dios nos diese á conoscer la grandeza deste amor (1), el cual es tan grande, que sobrepuja toda sabiduría y conocimiento criado, aunque sea el de los ángeles. Pues queriendo este Esposo dulcísimo partirse desta vida y ausentarse de su esposa la Iglesia (porque esta ausencia no le fuese causa de olvido) dejóle por memorial este Sanctísimo Sacramento, en que se quedaba Él mismo, no queriendo que entre Él y ella hobiese otra prenda que despertase esta memoria sino solo Él. Y así dijo entonces aquellas tan dulces palabras: Cada vez que esto hiciéredes, hacedlo en memoria de mí, para que os acordéis de lo mucho que os quise y de lo mucho que voy á hacer y padescer por vuestra salud.

Quería también el Esposo en esta ausencia tan larga dejar á su esposa compañía, porque no quedase sola, y dejóle la deste Sacramento, donde se queda Él mismo, que era la mejor compañía que le podía dejar.

Quería también entonces ir á padescer muerte por la esposa y redemirla y enriquecerla con el precio de su sangre. Y porque ella pudiese, cuando quisiese, gozar deste tesoro, dejóle las llaves dél en este Sacramento, porque (como dice Sant Crisóstomo) todas las veces que nos llegamos á él, hemos de hacer cuenta que llegamos á poner la boca en el costado de Cristo, y que nos ponemos a beber de aquella preciosa sangre y á hacernos participantes de aquel misterio. Mira pues cuáles sean los hombres que por un poco de pereza dejan de llegar á este tan alto convite y de gozar un tan grande y tan inestimable tesoro. Éstos son aquellos malaventurados perezosos de quien dijo el Sabio (2): Esconde el perezoso la mano en el seno, y déjase morir de hambre por no llegarla

(1) Ephes. 3. (2) Prov. 19.

hasta la boca. ¿Qué mayor pereza puede ser que por un tan pequeño trabajo como es el aparejo para este Sacramento, dejar de gozar de un tal tesoro, que vale más que todo cuanto Dios tiene criado?

Deseaba otrosí este celestial Esposo ser amado de su esposa con grande amor, y para esto ordenó este misterioso bocado con tales palabras consagrado, que quien dignamente lo recibe, luego es tocado y herido deste amor. ¡Oh misterio digno de estar impreso en lo íntimo de nuestros corazones! Dime, hombre, si un príncipe se aficionase en tanta manera á una esclava, que viniese á tomarla por esposa y hacerla reina y señora de todo lo que él es, ¿qué tan grande diríamos que había sido el amor del príncipe que tal hiciese? Y si por ventura después de hecho ya el casamiento, estuviese la esclava resfriada en el amor de tal esposo, y entendiendo él esto, anduviese perdido buscando algún bocado que darle á comer, con que la enamorase de sí, ¿qué tan excesivo diríamos que era el amor del príncipe que hasta aquí llegase? Pues, oh Rey de gloria que no se contentaron las entrañas de tu amor con tomar mi ánima por esposa (siendo como era esclava del enemigo) sino que viéndola aún con todo esto resfriada en tu amor, ordenaste de darle este misterioso bocado, y con tales palabras lo transformaste, que tenga virtud para transformar en Ti las ánimas que lo comieren y hacerlas arder en vivas llamas de amor. No hay cosa que más declare el amor, que el desear ser amado: y pues Tú tanto deseaste nuestro amor, que con tales invenciones lo buscaste, ¿quién de aquí adelante estará dudoso de tu amor? Cierto estoy, Señor mío, si te amo, que me amas. Cierto estoy que no he yo menester buscar nuevas artes para atraer tu corazón á mi amor, como tú las buscaste para el mío.

Quería otrosí aquel Esposo dulcísimo ausentarse de su esposa, y como el amor no sufre división ni ausencia del amado, quería de tal manera partirse, que del todo no se partiese, y de tal manera irse, que también se quedase. Pues como ni á Él convenía quedarse, ni la esposa podía con Él por entonces irse, dióse medio para que aunque Él se fuese y ella quedase, nunca jamás entre sí se partiesen. Pues para esto ordenó este divino Sacramento, para que por medio dél fuesen las ánimas unidas y encorporadas espiritualmente con Cristo con tan fuerte vínculo de amor, que de entrambos se haga una misma cosa. Porque así como del man-

jar y del que lo come se hace una misma cosa, así también en su manera se hace del ánima y de Cristo, sino que (como Él mismo dijo á Sant Augustín) no se muda Él en las ánimas, sino las ánimas se mudan en Él.

Quería también aseguralla y darle prendas de aquella bienaventurada herencia de la gloria, para que con la esperanza deste bien pasase alegremente por todos los trabajos y asperezas desta vida. Porque en hecho de verdad no hay cosa que tanto haga despreciar todo lo de acá como la esperanza firme de lo que gozaremos allá, según que lo significó el mismo Salvador en aquellas palabras que dijo á sus discípulos antes de la Pasión (1). Si me quisiésedes bien, holgaros híades de mi partida, porque voy al Padre. Como si dijera: Es un tan grande bien ir al Padre, que aunque sea ir á Él por azotes, y espinas, y clavos, y cruz, y por todos los martirios y trabajos desta vida, es cosa de inestimable ganancia y alegría. Pues para que la esposa tuviese cierta y segura la esperanza deste bien, dejóle acá en prendas este inefable tesoro, que vale tanto como todo lo que allá se espera, para que no desconfiase que se le dará Dios en la gloria, donde vivirá en espíritu, pues no se le negó en este valle de lágrimas cuando vivía en carne.

Quería también á la hora de su muerte hacer testamento y dejar á la esposa alguna manda señalada para su remedio, y dejóle ésta, que era la más preciosa y provechosa que le pudiera dejar (2). Elías cuando se quiso ir de la tierra, dejó el palio á su discípulo Eliseo, como quien no tenía otra hacienda de que hacerlo heredero: y nuestro Salvador y Maestro cuando se quiso subir al cielo, dejónos acá el palio de su sagrado cuerpo en este Sacramento, haciéndonos aquí herederos como á hijos de todos los tesoros y merescimientos que en Él estaban encerrados. Con aquel palio pasó Eliseo las aguas del río Jordán sin ahogarse y sin mojarse, y con la virtud y gracia deste Sacramento pasan los fieles por las aguas de las vanidades y tribulaciones desta vida sin trabajo y sin peligro.

Quería finalmente dejar á nuestras ánimas suficiente provisión y mantenimiento con que viviesen, porque no tiene menor necesidad el ánima de su proprio mantenimiento para vivir vida

(1) Joan. 14. (2) 4 Reg. 11.

espiritual, que el cuerpo del suyo para la vida corporal. Si no, dime ¿por qué causa ha menester el cuerpo su ordinario mantenimiento de cada día? Claro está que la causa es porque el calor natural gasta siempre la substancia de nuestros cuerpos, y por eso es menester que se repare con el mantenimiento de cada día lo que con el calor de cada día se gasta: porque de otra manera acabarse hía presto la virtud del hombre, y luego desfallecería. ¡Oh si pluguiese á Dios quisiesen por aquí entender los hombres la necesidad que tienen deste divino Sacramento, y la sabiduría y misericordia de Aquél que lo instituyó! ¿No está claro que tenemos acá dentro destas entrañas un calor pestilencial que nos vino por parte del pecado, el cual gasta todo lo bueno que en el hombre hay? Éste es el que nos inclina al amor deste siglo, y nos engolosina de todos los vicios, y nos derrama por las consolaciones sensuales, y con esto nos aparta de Dios, y nos entibia en su amor, y nos entorpece para todo lo bueno y aviva para todo lo malo. Pues si tenemos acá dentro tan arraigado este perpetuo gastador, ¿no será razón que haya quien siempre repare lo que siempre se está gastando? Si hay continuo gastador y no hay continuo reparador, ¿qué se puede esperar sino continuo desfallecimiento y después cierta caída? Basta para prueba desto ver el curso del pueblo cristiano, el cual en el principio de la primitiva Iglesia, cuando comía siempre deste manjar, vivía con él y tenía fuerzas no sólo para guardar la ley de Dios sino también para morir por Dios. Mas agora por la mayor parte está muerto, porque no come, y así viene á perecer de hambre, como lo significó el Profeta, cuando dijo (1): Por eso fué llevado mi pueblo cautivo, porque no tuvo conoscimiento de Dios, y los nobles dél murieron de hambre, y la muchedumbre dellos pereció de sed. Pues para esto ordenó aquel tan sabio médico, que tan bién tenía tomados los pulsos de nuestra flaqueza, este Sacramento, y por eso lo ordenó en especie de mantenimiento, para que la misma especie en que lo instituía, nos declarase el efecto que obraba y la necesidad que nuestras ánimas dél tenían.

Mirad pues agora si se pudiera dar en el mundo otra mayor muestra de amor que dejarte Dios su misma carne y sangre en mantenimiento y en remedio. En muchas historias leemos de al-

(1) Isaiae 5.

gunas madres que viéndose en necesidad y estrecho de hambre, echaron mano de las carnes de sus propios hijos para mantenerse dellos, y con el amor grande de la vida quitaban á los mismos hijos la vida para vivir. Esto hemos leído muchas veces. Mas ¿quién jamás leyó que diese de comer la madre al hijo que perecía de hambre, con su propria carne, y se cortase uno de los brazos para dar de comer á su hijo, y fuese cruel para sí por ser piadosa para con él? No hay madre en la tierra que tal haya fecho. Mas Aquél más que madre que te vino del cielo, viendo que perecías de hambre y que no había otro medio para que pudieses vivir si él no te daba de su misma carne, aquí se entrega á los carniceros y á la muerte para que tú vivas con este manjar, Y no solamente hizo esto una vez, sino perpetuamente quiso que se hiciese, y para ello ordenó este Sacramento, para que tú por aquí entendieses otro grado de mayor amor, el cual es que así como te da siempre la misma comida, así está siempre aparejado para hacer la misma cosa, si te fuera necesaria.

Sobre todo esto has de considerar que quiso este sapientísimo reformador del mundo restituir al hombre en su antigua dignidad y levantarlo tanto por gracia cuanto había caído por la culpa: y así como la caída fué de la vida que tenía de Dios á vida de bestias, así por el contrario quiso que fuese levantado de la vida de bestias en que había quedado, á la vida de Dios que había perdido. Pues para este fin ordenó la comunión deste divinísimo Sacramento, mediante la cual viene el hombre á hacerse participante de Dios y á vivir vida de Dios, como lo significó el mismo Salvador en aquellas altísimas palabras que dijo (1): Quien come mi carne y bebe mi sangre, él está en mí y yo en él: y así como por estar mi padre en mí, la vida que yo vivo es en todo conforme á la de mi padre, que es vida de Dios, así aquél en quien yo estuviere por medio deste sacramento, vivirá como yo vivo, y así ya no vivirá vida de hombre sino vida de Dios. Porque éste es aquel altísimo Sacramento, en el cual Dios es recebido corporalmente, no para que Él se mude en los hombres, sino para que los hombres se muden en Él y se hagan dioses. Porque este divino manjar óbra en quien dignamente lo recibe, lo que en él se óbra y representa cuando se consagra. Ca así como por virtud de las

(1) Joan. 6.

palabras de la consagración lo que era pan se convierte en substancia de Cristo, así por virtud desta sagrada comunión, el que era hombre se viene por una maravillosa manera á transformar en Dios. De manera que así como aquel sagrado pan una cosa es y otra parece, y una era antes de la consagración y otra después, así el que come dél, una cosa es antes de la comunión y otra después, y una cosa parece en lo defuera, mas otra muy más alta y excelente es de dentro, pues el parecer tiene de hombre y el espíritu de Dios. Pues ¿qué gloria puede ser mayor que ésta, qué dádiva más rica, qué beneficio más grande, qué mayor muestra de amor? Callen todas las obras de naturaleza y callen también todas las obras de gracia, porque esta obra es sobre todas las obras, y esta gracia es sobre todas las gracias. ¡Oh maravilloso Sacramento! ¿Qué diré de ti? ¿Con qué palabras te alabaré? Tú eres vida de nuestras ánimas, medicina de nuestras llagas, consuelo de nuestros trabajos, memorial de Jesucristo, testimonio de su amor, manda preciosísima de su testamento, compañía de nuestra peregrinación, alegría de nuestro destierro, leña para encender el fuego del divino amor, medio para recebir la gracia, prenda de la bienaventuranza y tesoro de la vida cristiana. Con este manjar es unida el ánima con su esposo, con éste se alumbra el entendimiento, avívase la memoria, enamórase la voluntad, deléitase el gusto interior, acreciéntase la devoción, derrítense las entrañas, ábrense las fuentes de las lágrimas, adormécense las pasiones, despiértanse los buenos deseos, fortalécese nuestra flaqueza y toma con él aliento para caminar hasta el monte de Dios. ¿Qué lengua podrá dignamente contar las grandezas deste Sacramento? ¿Quién podrá agradecer tal beneficio? ¿Quién no se derritirá en lágrimas cuando vea á Dios corporalmente unido consigo? Faltan las palabras y desfallece el entendimiento considerando las virtudes deste soberano misterio.

Pues ¡qué deleites, qué suavidad, qué olores de vida se sienten en el ánima del justo en la hora que lo recibe! No suena entonces allí otra cosa sino cantares dulcísimos del hombre interior, clamores de deseos, hacimientos de gracias y palabras suavísimas en alabanza del amado. Porque allí el ánima devota por virtud deste venerable Sacramento es toda interiormente renovada, es llena de gozo, es recreada con devoción, mantenida de paz, fortalecida en la fe, confirmada en la esperanza y atada con lazos de

perpetua caridad con su dulcísimo Redemptor. De aquí viene cada día á hacerse más ferviente en el amor, más fuerte en la tentación, más presta para el trabajo, más solícita en el bien obrar, y más deseosa de la frecuentación deste sagrado misterio.

Tales son tus dones, oh buen Jesú, tales las obras y deleites de tu amor, los cuales sueles comunicar á tus amigos por medio deste divino Sacramento, para que con estos tan grandes y tan poderosos deleites menosprecien todos los otros vanos y engañosos deleites. Pues abre dende agora, oh melifluo amor, abre, oh divina luz, los ojos interiores de tus fieles para que con rayos de fe viva te conozcan, y dilata sus corazones para que te reciban en sí, para que enseñados por ti, busquen á ti por ti, y descansen en ti, y sean finalmente por medio deste Sacramento unidos contigo como miembros con su cabeza y como sarmientos con su vid, para que así vivan por tu virtud y gocen de las influencias de tu gracia en los siglos de los siglos. Amén.

EL MARTES EN LA MAÑANA

El martes por la mañana, hecha la señal de la cruz, con la preparación susodicha, pensarás en estos dos pasos, conviene saber, en la oración del huerto y en la prisión del Salvador.

El texto de los Evangelistas dice así:

Acabada la cena, vino el Señor con sus discípulos al huerto que se dice Getsemaní, y díjoles: Esperad aquí hasta que vaya allí y haga oración. Y tomando consigo á Pedro y á los dos hijos del Zebedeo, comenzó á temer y entristecerse, y díjoles: Triste está mi ánima hasta la muerte: esperadme aquí y velad comigo. Y adelantándose un poquito dellos, prostróse en tierra, y caído sobre su rostro oró y dijo: Padre mío, si es posible, pasa este cáliz de mí: mas no se haga como yo lo quiero, sino como tú. Y vino á los discípulos, y hallólos dormiendo, y dijo á Pedro: ¿Así no pudistes una hora velar comigo? Velad y orad, porque no entréis en tentación. El espíritu está prompto, mas la carne flaca. Y otra vez volvió, y hizo la misma oración diciendo: Padre mío, si no

puede pasar este cáliz sin que le haya de beber, hágase tu voluntad. Y vino otra vez y halló los discípulos dormiendo, porque estaban sus ojos cargados de sueño: y dejándolos así, volvió tercera vez, y hizo la misma oración. Y aparescióle allí un ángel del cielo confortándolo: y puesto en agonía, hacía más larga su oración. Y hízose el sudor dél así como gotas de sangre que corrían hasta el suelo. Entonces vino á sus discípulos, y díjoles: Dormid ya y descansad. Veis aquí llegada la hora, y el hijo de la Virgen será entregado en manos de pecadores. Levantaos y vamos: catad que ahora verná el que me ha de entregar.

Aún Él estaba hablando, y he aquí Judas, uno de los doce, vino, y con él mucha compañía de gente con espadas, y lanzas, y hachas, y armas, y lanternas, enviados por los príncipes de los sacerdotes y ancianos del pueblo. Y el que lo traía vendido dióles una señal, diciendo: Á cualquiera que yo besare, prendedle vosotros y llevadlo á buen recaudo. Y luego allegándose á Jesú, dijo: Dios te salve, Maestro. Y dióle paz en el rostro. Y díjole Jesús: Amigo, ¿á qué veniste? Pues Simón Pedro como tuviese una espada, desenvainóla y hirió á un criado del Pontífice, y cortóle la oreja derecha. Y llamábase el criado Malco. Dijo entonces Jesús á Pedro: Mete la espada en su vaina. El cáliz que me dió mi Padre, ¿no quieres que lo beba? Y como le tocase la oreja, sanólo. En aquella hora dijo Jesús á los príncipes de los sacerdotes y á los oficiales del templo y á los ancianos que habían venido á Él: Como á ladrón salistes á mí con espadas y lanzas, y habiendo yo cada día estado con vosotros en el templo, no pusistes las manos en mí. Mas ésta es vuestra hora y el poder de las tenieblas. Entonces la gente de guerra y el tribuno y los ministros de los judíos pusieron las manos en Jesús, y atáronlo, y así atado lo trujeron primero á casa de Anás, porque era suegro de Caifás, el cual era pontífice de aquel año. Entonces todos los discípulos dejaron al Señor y huyeron.

Meditación sobre estos pasos del texto.

Qué haces, ánima mía? No es agora tiempo de dormir. Ven comigo al huerto de Getsemaní, y allí oirás y verás grandes maravillas. Allí verás cómo se entristece el alegría, y teme la fortaleza, y desfallesce la virtud, y se confunde la majestad, y se estrecha la grandeza, y se anubla y escurece la gloria.

Considera pues primeramente cómo acabada aquella misteriosa cena se fué el Señor con sus discípulos al monte Olivete á hacer oración antes que entrase en la batalla de su pasión, para enseñarnos cómo en todos los trabajos y tentaciones desta vida hemos siempre de recorrer á la oración como á una sagrada áncora, por cuya virtud, ó nos será quitada la carga de la tribulación, ó se nos darán fuerzas para llevarla, que es otra gracia mayor. Porque (como dice Sant Gregorio) mayor merced nos hace el Señor cuando nos da esfuerzo para llevar los trabajos, que cuando nos quita los mismos trabajos.

Para compañía deste camino tomó consigo aquellos tres más amados discípulos Sant Pedro y Santiago y Sant Juan, los cuales habían sido testigos poco antes de su gloriosa transfiguración, para que ellos mismos viesen cuán diferente figura tomaba agora por amor de los hombres el que tan glorioso se les había mostrado en aquella visión. Y porque entendiesen que no eran menores los trabajos interiores de su ánima que los que por defuera se comenzaban á descubrir, díjoles aquellas tan dolorosas palabras: Triste está mi ánima hasta la muerte: esperadme aquí y velad comigo. Aquel Dios y hombre verdadero, aquel más alto que nuestra humanidad y que todo lo criado, cuyos tratos y conversación era con aquel pecho de la suma Deidad, con la cual sola comunicaba sus secretos, es agora en tanta manera entristecido, que desciende á dar parte de su pena á sus criaturas, y á pedilles su compañía, diciendo: Esperadme aquí y velad comigo. ¡Oh riqueza del cielo! ¡Oh bienaventuranza cumplida! ¿Quién te puso, Señor, en tal estrecho? ¿Quién te echó por puertas ajenas? ¿Quién te hizo mendigo de tus mismas criaturas, sino el amor de enriquecerlas?

Dime, oh dulcísimo Redemptor, ¿por qué temes la muerte que

tú tanto deseabas, pues el cumplimiento del deseo más es causa de alegría que de temor? No tenían los mártires ni la fortaleza ni la gracia que tú, sino una sola partecica que de ti (que eres la fuente de la gracia) se les comunicaba, y con sola ésta entraban tan alegres en las conquistas de sus martirios: y ¿tú, que eres dador de la fortaleza y de la gracia, te entristeces y temes antes de la batalla? Ciertamente, Señor, ese temor tuyo no es tuyo sino mío, así como aquella fortaleza de los mártires no era dellos sino tuya. Tú temes por lo que tienes de nosotros, y ellos se esforzaron por lo que tenían de ti. La flaqueza de mi humanidad se descubre en los temores de Dios, y la virtud de tu Deidad se muestra en la fortaleza del hombre. Así que mío es ese temor, y tuya esta fortaleza, y por eso mía es tu ignominia y tuya mi alabanza. Quitaron el hueso al primer Adán para formar dello la mujer, y en lugar del hueso que le quitaron, pusiéronle carne flaca (1). Pues ¿qué es eso sino que de ti, nuestro segundo Adán, tomó el Padre Eterno la fortaleza de la gracia para poner en la Iglesia tu esposa, y della tomó la carne y flaqueza para poner en ti? Pues por esto queda la mujer fuerte, y tú flaco: ella fuerte con tu virtud, y tú flaco con su flaqueza. Doblada merced fué ésta que nos heciste, padre nuestro. pues no contento con vestirnos de ti, te quisiste vestir de nosotros. Por lo uno y por lo otro te bendigan los ángeles para siempre, pues ni fuiste avariento en comunicarnos tus bienes, ni tuviste asco de recebir nuestros males. Pues ¿qué debo yo hacer considerando esto, sino viéndome lleno de tus misericordias, gloriarme en ti, y viendo á ti por mi amor lleno de mis miserias, compadecerme de ti? Por lo uno me alegraré, y por lo otro me entristeceré, y así con lágrimas y alegría cantaré y lamentaré el misterio de tu pasión y estudiaré siempre en aquel libro de Ezequiel que de cantares y lamentaciones era escripto.

Acabadas estas palabras apartóse el Señor de los discípulos cuanto un tiro de piedra, y prostrado en tierra con grandísima reverencia comenzó su oración diciendo: Padre, si es posible traspasa de mí este cáliz, mas no se haga como yo lo quiero sino como tú. Y hecha esta oración tres veces, á la tercera vez fué puesto en tan grande agonía, que comenzó á sudar gotas de sangre, que iban

(1) Genes. 2.

por todo su sagrado cuerpo hilo á hilo hasta caer en tierra. Considera pues al Señor en este paso tan doloroso, y mira cómo representándosele allí todos los tormentos que había de padecer, y aprehendiendo perfectísimamente con aquella imaginación suya nobilísima tan crueles dolores como se aparejaban para el más delicado de los cuerpos, y poniéndosele delante todos los pecados del mundo, por los cuales padescía, y el desagradecimiento de tantas ánimas que no habían de reconocer este beneficio ni querer aprovecharse de tan grande y tan costoso remedio, fué su ánima en tanta manera angustiada, y sus sentidos y carne delicatísima tan turbados, que todas las fuerzas y elementos de su cuerpo se destemplaron, y la carne bendita se abrió por todas partes, y dió lugar á la sangre que manase por toda ella en tanta abundancia, que corriese hasta la tierra. Y si la carne, que de sola recudida padescía estos dolores, tal estaba, ¿qué tal estaría el ánima que derechamente los padescía? En los otros hombres, cuando se ven en algún súbito y grande trabajo, suele acudir la sangre al corazón, dejando los otros miembros fríos y despojados de su virtud, por socorrer al miembro más principal: mas Cristo por el contrario, como quería padecer sin ninguna manera de consuelo (por que fuese más copiosa nuestra redempción) aun este pequeño alivio de naturaleza no quiso admitir por nuestro amor.

Mira pues al Señor en esta agonía, y considera no sólo las angustias de su ánima, sino también la figura de su sagrado rostro. Suele el sudor principalmente acudir á la frente y á la cara. Pues si salía por todo el cuerpo de Jesú la sangre y corría hasta el suelo, ¡qué tal estaría aquella tan clara frente, que alumbra la luz, y aquella cara tan reverenciada del cielo, estando como lo estaba toda goteada y cubierta de sudor de sangre! Y si los que mucho se aman, en las enfermedades y peligros de muerte suelen estar colgados del rostro de sus amigos mirando el color y los accidentes que muda la enfermedad, tú, ánima mía, que miras á la cara de Jesús, ¿qué sientes cuando ves en ella señales tan extrañas y tan mortales? ¿Qué dolores serán los de adelante, cuando al principio de la enfermedad le toma tal agonía? ¿Qué sentirá padesciendo los dolores, pues en sólo pensallos suda sangre?

Si en este paso no te compadesces del Salvador, y si cuando Él suda sangre de todo su cuerpo, tú no viertes lágrimas de tus ojos, piensa que tienes corazón de piedra. Si no puedes llorar por falta

de amor, á lo menos llora por la muchedumbre de tus pecados, pues ellos fueron causa deste dolor. No lo azotan agora los verdugos, no lo coronan los soldados, no son los clavos ni las espinas las que agora le hacen salir la sangre, sino tus culpas. Ésas son las espinas que lo punzan, ésos los verdugos que lo atormentan, ésa la carga tan pesada que le hace sudar ese sudor. ¡Oh cuán caro te cuesta, Salvador mío, mi salud y mi remedio! ¡Oh mi verdadero Adán, echado del paraíso por mis pecados, que con sudores de sangre ganas el pan con que me has de mantener!

Considera también en este mismo paso por una parte aquella tan grande agonía y vigilias de Cristo, y por otra el sueño tan profundo de los discípulos, y verás aquí representado un grande misterio. Porque verdaderamente no hay cosa más para sentir en el mundo que ver el descuido en que viven los hombres, y el poco caso que hacen de un negocio tan grande como es su salvación. ¿Qué cosa puede ser más para sentir que tan grande descuido en tan grande negocio? Pues si quieres entender lo uno y lo otro, mira al Salvador y mira á los discípulos en este paso. Mira cómo el Salvador entendiendo en este negocio está puesto en un tan profundo cuidado y agonía que le hace sudar gotas de sangre, y mira á los discípulos por el contrario tendidos por aquel suelo durmiendo con un sueño tan pesado que no bastaba ni la reprehensión del Maestro, ni la mala cama que allí tenían, ni el desabrigo y sereno de la noche, para hacerlos volver en sí. Mira pues qué tan grande es el negocio de la salvación de los hombres, pues bastó para hacer sudar gotas de sangre al que sostiene los cielos y la tierra: y mira por otra parte en cuán poco lo tienen los hombres, pues tan dormidos y descuidados están al tiempo que así por ellos se desvela el mismo Dios. No se pudo más encarecer lo uno y lo otro que por estas dos cosas tan extrañas. Pues si trabajos ajenos pusieron á Dios en tanto cuidado, ¿cómo vive con tan extraño descuido aquél cuyo es el trabajo y el negocio y el provecho y el daño?

En este mismo cuidado y descuido podrás entender cuán de verdad sea este Señor nuestro padre, y cómo tiene para con nosotros entrañas y corazón de padre. ¡Cuántas veces acaesce estar la hija durmiendo á sueño suelto, y estar el padre toda la noche desvelado, cuidando y pensando en su remedio! Pues así este piadoso

padre estando nosotros tan dormidos y descuidados de nuestra salud como aquí se representa, está Él toda la noche velando y trasudando y agonizando sobre el cobro que nos ha de poner.

De cómo fué preso el Salvador.

§ II

Mira después cómo acabada la oración llegó aquel falso amigo con aquella infernal compañía, renunciado ya el oficio del apostolado y hecho adalid y capitán del ejército de Satanás. Mira cuán sin vergüenza se adelantó primero que todos, y llegado al buen Maestro lo vendió con beso de falsa paz. Gran miseria es ser un hombre vendido por dineros, y mucho mayor si es vendido de sus amigos y de aquéllos á quien hizo bien. Cristo es vendido de quien había hecho no solamente discípulo sino apóstol, y es vendido con engaños y traiciones, y es vendido á crudelísimos mercaderes que no quieren más dél que la sangre y el pellejo para hartar su hambre. Mas ¿por qué precio es vendido? La bajeza del precio acrescienta la grandeza de la injuria. Dime, Judas, ¿por qué precio pones en almoneda al Señor de lo criado? Por treinta dineros. ¡Oh qué bajo precio ése para tan grande Señor! Por más subido precio se suele vender una bestia en el mercado: y ¿tú por ése vendes á Dios? No te tiene Él á ti en ese precio, pues te compra agora con su sangre. ¡Oh estima del hombre, y desestima de Dios! ¡Dios es vendido por treinta dineros, y el hombre es comprado por la sangre del mismo Dios!

En aquella hora dijo el Señor á los que le venían á prender: Así como á ladron salistes á mí con espadas y lanzas, y habiendo yo estado con vosotros cada día en el templo no extendistes las manos en mí: mas ésta es vuestra hora y el poder de las tinieblas. Éste es un misterio de grande admiración. ¿Qué cosa de mayor espanto que ver al Hijo de Dios tomar imagen, no solamente de pecador, sino también de condenado? Ésta es (dice Él) vuestra hora y el poder de las tinieblas. De las cuales palabras se saca que por aquella hora fué entregado aquel inocentísimo cordero en poder de los príncipes de las tinieblas, que son los demonios, para que por medio de sus miembros y ministros ejecutasen en Él todos los tormentos y crueldades que quisiesen. Y así como el sancto Job

por divina permisión fué entregado en poder de Satanás para que le hiciese todo el mal que quisiese, con tanto que no le tocase en la vida, así fué dado poder á los príncipes de las tinieblas sin excepción de vida ni de muerte para que empleasen todas sus furias y rabias contra aquella sancta Humanidad. De aquí nascieron aquellos tantos ensayos y maneras de escarnios y vituperios nunca vistos, con que el demonio pretendía hartar su odio, vengar sus injurias y derribar aquella sancta ánima en alguna impaciencia, si le fuera posible. Mostróme Dios (dice el profeta Zacarías) á Jesús sacerdote grande, vestido de una vestidura manchada, y Satanás estaba á su diestra aparejado para hacerle contradición (1). Mas el Salvador responde por su parte diciendo (2): Ponía yo al Señor siempre delante de mis ojos, porque él está á mi diestra para que no pueda yo ser movido. Piensa pues agora tú hasta dónde se abajó aquella alteza divina por ti, pues llegó al postrero de todos los males, que es, á ser entregado en poder de los demonios. Y porque la pena que tus pecados merecían, era ésta, Él se quiso poner á esta pena porque tú quedases libre della (3). Oh sancto Profeta, ¿de qué te maravillas viendo á Dios hecho menor que los ángeles? Maravíllate agora mucho más de vello entregado en poder de los demonios. Sin dubda los cielos y la tierra temblaron de tan grande humildad y caridad.

Dichas estas palabras, arremetió luego toda aquella manada de lobos hambrientos con aquel manso cordero, y unos lo arrebataban por una parte, otros por otra, cada uno como más podía. ¡Oh cuán inhumanamente lo tratarían, cuántas descortesías le dirían, cuántos golpes y estirones le darían, qué gritos y voces alzarían, como suelen hacer los vencedores cuando se ven ya con la presa! Toman aquellas sanctas manos, que poco antes habían obrado tantas maravillas, y átanlas fuertemente con unos lazos corredizos, hasta desollarle los cueros de los brazos y hasta hacerle reventar la sangre, y así lo llevan atado por las calles públicas con grande ignominia. ¡Oh espectáculo de nueva admiración! Piensa tú agora qué sentirías si conocieses alguna persona de grande autoridad y merescimiento, y la vieses llevar por las calles públicas, en poder de la justicia, con una soga á la garganta, cruzadas y atadas las manos, con grande alboroto y con-

(1) Zachar. 3. (2) Psalm. 15. (3) Psalm. 8.

curso de pueblo, y con grande estruendo de armas y de gente de guerra. Mira lo que en este caso sentirías, y luego alza los ojos y contempla este Señor de tanta reverencia y que tales maravillas obraba en aquella tierra, y tales sermones predicaba, á quien reverenciaban todos los enfermos y necesitados, y pedían el remedio de todos sus males: mira cómo agora lo llevan tan desautorizado y avergonzado, medio andando, medio arrastrando, haciendo llevar el paso, no cual á su gravedad y persona convenía, sino cual quería la furia de sus enemigos y el deseo que tenían de contentar á los fariseos, que tanta hambre tenían por ver ya aquella presa en sus uñas. Míralo muy bien cuál va por este camino, desamparado de sus dicípulos, acompañado de sus enemigos, el paso corrido, el huelgo apresurado, la color mudada, y el rostro ya encendido y sonroseado con la priesa del caminar. Y contempla en tan mal tratamiento de su persona tanta mesura en su rostro, tanta gravedad en sus ojos, y aquel semblante divino que en medio de todas las descortesías del mundo nunca pudo ser escurecido.

Sube luego más arriba, y párate á considerar quién es éste que así ves llevar con tanta deshonra. Éste es verbo del Padre, sabiduría eterna, virtud infinita, bondad suma, bienaventuranza cumplida, gloria verdadera y fuente clara de toda la hermosura. Mira pues cómo por tu salud y remedio es aquí atada la virtud, y presa la inocencia, y escarnecida la sabiduría, y vituperada la honra, y atormentada la gloria, y enturbiada con lágrimas y dolores la fuente clara de toda la hermosura. Si tanto sintió el sacerdote Helí (1) la prisión del arca del testamento, que de espanto cayó de la silla donde estaba, y quebradas las cervices súbitamente murió, ¿qué debe sentir el ánima cristiana cuando ve el arca de todos los tesoros de la sabiduría de Dios llevada y presa en poder de tales enemigos? Alábenlo pues los cielos y la tierra y todo lo que en ellos es (2), porque oyó el clamor de los pobres, y no menospreció el gemido de sus presos, pues Él quiso ser preso por libertallos.

---

(1) I Reg. 4. (2) Psalm. 68.

De los que espiritualmente atan las manos á Cristo.

§ III

Pues, oh clementísimo y dulcísimo Salvador, que quisiste ser atado por desatarnos y librarnos de nuestro captiverio, suplícote por las entrañas de misericordia que á este paso te trujeron, no permitas que cometa yo tan grande maldad como es atarte las manos, como hicieron los judíos. Porque no solos ellos ataron tus manos, sino también te las ata el que resiste á tus sanctas inspiraciones, y no quiere ir por donde tú lo quieres guiar, ni recibir lo que tú misericordiosamente le quieres dar.

También ata tus manos el que á su prójimo escandaliza, y lo aparta con su mal ejemplo y consejo de su buen propósito, y impide la buena obra que tú comenzabas á obrar en él.

Los desconfiados también, Señor, y los incrédulos atan las manos de tu liberalidad y clemencia, porque así como la confianza abre las manos de tu gracia, así las ata la incredulidad y la desconfianza: conforme á lo cual dice el Evangelista (1) que no podías hacer muchas virtudes y milagros en tu patria por la incredulidad de los vecinos y moradores della.

Los desagradecidos también y los negligentes te atan las manos y ponen impedimento á tu gracia, los unos porque no te dan gracias por la gracia, y los otros porque la tienen ociosa y baldía, sin querer aprovecharse della.

Finalmente, los que toman vanagloria por las gracias que les has dado, éstos también atan tus manos más fuertemente, porque con esta culpa se hacen del todo indignos de tu gracia. Porque no es justo que tú prosigas en hacer mercedes á quien toma de ellas ocasión para hacerse más vano, ni que tú des las riquezas de tu gracia á quien no te acude con el tributo de la gloria, sino antes como traidor y robador se alza con ella y usurpa los derechos de la gloria que á ti solo pertenecían.

También diría yo, Señor, que te atan las manos los parleros y los que tienen poco secreto de las consolaciones y sentimientos

(1) Matth. 13.

que les das, porque así como los hombres avisados y discretos dejan de dar parte de sus secretos á los que hallaron infieles en guardallos, así tú también muchas veces dejas de dar parte de los tuyos á los que sin causa los publican á otros, y toman de ahí ocasión para hacerse más vanos.

EL MIÉRCOLES POR LA MAÑANA

El miércoles por la mañana, hecha la señal de la cruz, con la preparación que arriba dijimos, se ha de contemplar la presentación del Señor ante los pontífices y jueces: la primera á Anás, la segunda á Caifás, la tercera á Herodes, la cuarta á Pilato, y después desto los azotes á la coluna.

El texto de los Evangelistas dice así:

Pues como el Señor fuese presentado al pontífice Anás, preguntóle el Pontífice por sus discípulos y doctrina. Respondió Jesús: Yo públicamente he hablado al mundo, yo siempre enseñé en públicos ayuntamientos y en el templo, donde todos los judíos se juntan, y en secreto no he hablado nada. ¿Qué me preguntas á mí? Pregunta á los que lo han oído, que ellos saben lo que yo he dicho. Como Él dijese esto, uno de los ministros que asistían al Pontífice dió una bofetada á Jesú, diciendo: ¿Así respondes al Pontífice? Respondió Jesús: Si mal hablé, muéstrame en qué: y si bien, ¿por qué me hieres?

Y envióle Anás atado á Caifás, donde los letrados de la ley y los ancianos estaban ayuntados. Y el príncipe de los sacerdotes y los letrados buscaban algún falso testimonio contra Jesús por donde le condenasen á muerte, y no lo hallaban, aunque se juntaron allí muchos falsos testigos. En fin, vinieron dos falsos testigos y dijeron: Éste dijo: yo puedo destruir el templo de Dios y volvello á reedificar después de tres días. Y levantándose el príncipe de los sacerdotes díjole: Conjúrote de parte de Dios vivo que nos digas si tú eres Cristo hijo de Dios. Díjole Jesús: Tú lo dijiste: mas en verdad vos digo que presto veréis el hijo de la Virgena asentado á la diestra de la virtud de Dios, y venir en las nubes del cielo. Entonces el príncipe de los sacerdotes rasgó sus vestiduras, y dijo: Blasfemado ha: ¿qué necesidad tenemos aquí de

testigos? Catad aquí habéis oído la blasfemia. ¿Qué os paresce? Ellos respondieron: Merecedor es de muerte. Entonces escupieron en su rostro y diéronle de pescozones, y otros le daban en la cara de bofetadas, y decían: Profetízanos, Cristo: ¿quién es el que te hirió?

El día siguiente por la mañana toda la muchedumbre de los príncipes del pueblo llevaron á Jesús á Pilato, y comenzaron á acusalle diciendo: Á este hombre hallamos que pervertía nuestra gente, y vedaba que no se pagase el tributo á César, diciendo que él era el rey Mesías. Y Pilato preguntóle diciendo: ¿Tú eres rey de los judíos? Y Él respondió: Tú lo dices. Y siendo acusado de los príncipes de los sacerdotes y de los más ancianos, no respondía nada. Entonces le dijo Pilato: ¿No oyes cuántos testimonios dicen contra ti? Y Él no le respondió á ninguna palabra, tanto que el juez estaba maravillado en gran manera. Dijo pues Pilato á los príncipes de los sacerdotes y á la gente: No hallo culpa en este hombre. Mas ellos daban voces y porfiaban diciendo: Ha alborotado el pueblo, enseñando por toda Judea, comenzando desde Galilea hasta aquí.

Pilato oyendo que se hacía mención de Galilea, preguntó si por ventura el Señor fuese natural de Galilea. Y como supo que era de la jurisdición de Herodes, envióle á él, que en aquellos días estaba en Hierusalén. Y Herodes viendo á Jesú, gozóse mucho, porque había mucho tiempo que lo deseaba ver, y había oído muchas cosas dél, y esperaba de ver algún milagro que hiciese delante dél. Estaban allí los príncipes de los sacerdotes y letrados de la ley acusándole fuertemente, y menospreciólo Herodes con toda su corte, y hizo burla dél. Y vistiéndolo de una vestidura blanca, volviólo á enviar á Pilato.

Y por razón del día solemne de la Pascua tenía por costumbre el presidente soltalles un preso, cual ellos le pidiesen. Y tenía entonces preso un malhechor famoso que se decía Barrabás. Pues ayuntándolos á todos en uno, díjoles Pilato: ¿Á quién queréis que os suelte de los dos, á Barrabás, ó á Jesús, que se llama Cristo? Y ellos respondieron: No á éste, sino á Barrabás: el cual estaba en la cárcel por una revuelta que había hecho en la ciudad, en la cual había muerto un hombre. Díjoles entonces Pilato: Pues ¿qué haré de Jesús, que se llama Cristo? Dicen todos: Sea crucificado. Entonces tomó Pilato á Jesús, y azotólo.

Meditación sobre estos pasos del texto.

MUCHAS cosas tienes, ánima mía, que contemplar hoy, muchas estaciones tienes que andar en compañía del Salvador, si no quieres con los discípulos huir, ó si no te pesan los pies para andar los caminos que el Señor tuvo por bien de caminar por ti. Cinco veces es hoy llevado á diversos jueces, y en cada casa dellos es maltratado por ti y paga tu merecido. En una casa es abofeteado, en otra escupido, en otra escarnecido, en otra azotado, y coronado con espinas, y sentenciado. Mira qué estaciones éstas para no quebrar el corazón, y para no andallas los pies descalzos y corriendo sangre.

Vamos pues á la primera, que fué á casa de Anás, y mira cómo allí respondiendo el Señor cortésmente á la pregunta que el Pontífice le hizo sobre sus discípulos y doctrina, uno de aquellos malvados que presentes estaban, dió una gran bofetada en su rostro diciendo: ¿Así has de responder al Pontífice? Al cual el Salvador benignamente respondió: Si mal hablé, muéstrame en qué: y si bien, ¿por qué me hieres? Mira pues aquí, oh ánima mía, no solamente la mansedumbre desta respuesta, sino también aquel divino rostro señalado y colorado con la fuerza del golpe, y aquella mesura de ojos tan serenos y tan sin turbación en aquella afrenta, y aquella ánima sanctísima en lo interior tan humilde y tan aparejada para volver la otra mejilla, si el verdugo lo demandara. Oh malaventurada mano, ¡qué tal has parado el rostro ante cuyo acatamiento se arrodilla el cielo, ante cuya majestad tiemblan los serafines y toda la naturaleza criada! ¿Qué viste en él porque así borraste el traslado de la gloria del Padre, y así afeaste y avergonzaste el más hermoso de los hijos de los hombres?

Mas no será ésta la postrera de las injurias desta noche. Porque desta casa llevan al Señor á la del pontífice Caifás, donde será razón que lo vayas acompañando, y ahí verás eclipsado el Sol de justicia, y escupido aquel divino rostro en que desean mirar los ángeles. Porque como el Salvador siendo conjurado por el nombre del Padre que dijese quién era, respondiese á esta pregunta, aquéllos que tan indignos eran de oir tan alta respues

ta, cegándose con el resplandor de tan grande luz, vuélvense contra Él como perros rabiosos, y allí descargan en Él todas sus iras y rabias. Allí todos á porfía le dan de bofetones y pescozones, allí escupen con sus infernales bocas en aquel divino rostro, allí le cubren los ojos, y dándole palmadas en la cara, juegan con Él diciendo: Adevina quién te dió. ¡Oh maravillosa humildad y paciencia del Hijo de Dios! ¡Oh hermosura de los ángeles! ¿Rostro era ése para escupir en él? Al rincón más despreciado suelen volver los hombres la cara, cuando quieren escupir, ¿y en todo ese palacio no se halló otro lugar más despreciado que tu rostro para escupir en él? ¿Cómo no te humillas con este ejemplo, tierra y ceniza? Dios calla escupido y abofeteado, los ángeles y todas las criaturas tienen las manos quedas, viendo así maltratar su Criador, ¿y el vil gusanillo trastorna el mundo sobre un punto de honra? ¿De qué os espantáis, hombres, por ver á Dios tan abatido y maltratado en el mundo, pues venía á curar la soberbia del mundo? Si te espanta la aspereza de la medicina, mira la grandeza de la llaga, y verás que tal llaga tal medicina como ésta requería, pues aun con todo esto no está sana. Espántaste de ver á Dios tan humillado. yo me espanto de ver á ti todavía tan soberbio, estando Dios tan humillado. Espántaste de ver á Dios abajado al polvo de la tierra: yo me espanto de ver que con todo esto el polvo y la tierra se levante sobre el cielo y quiera ser más honrado que Dios.

Pues ¿cómo no basta este tan maravilloso ejemplo para vencer la soberbia del mundo? Bastó la humildad de Cristo para vencer el corazón de Dios y amansarlo, y ¿no bastará para vencer el tuyo y humillarlo? Dijo el ángel al patriarca Jacob (1): No te llamarás ya más Jacob, sino Israel será tu nombre, porque si para con Dios fuiste poderoso, ¿cuánto más lo serás para con los hombres? Pues si la humildad y mansedumbre de Cristo prevalescieron contra el furor y la ira divina, ¿cómo no prevalecen contra nuestra soberbia? Si trocaron y amansaron un corazón tan poderoso como el de Dios airado, ¿cómo no truecan y amansan el nuestro? Espántome y mucho me espanto cómo con esta paciencia no se vence tu ira, con este abatimiento tu soberbia, con estas bofetadas tu presunción, con este silencio tan profundo entre tantas

(1) Genes. 32.

injurias los pleitos que tú revuelves porque te tocaron en la ropa. Gran maravilla es ver que por medio de tan terribles injurias quisiese Dios derribar el reino de nuestra soberbia, y gran maravilla es también que hecho todo esto, esté aún viva la memoria de Amelech debajo del cielo (2) y queden todavía reliquias desta mala generación.

Cura pues en mí, oh buen Jesú, con el ejemplo de tu humildad la locura de mi soberbia, y pues la grandeza de tus llagas me dice claro que tengo necesidad de remediador, tu remedio me diga claro que ya lo tengo.

De los trabajos que el Salvador pasó en aquella noche de su pasión, y de la negación de Sant Pedro.

§ II

Después desto considera los trabajos que el Salvador pasó toda aquella noche dolorosa: porque los soldados que lo guardaban, escarnecían dél (como dice Sant Lucas) y tomaban por medio para vencer el sueño de la noche estar burlando y jugando con el Señor de la Majestad. Mira pues, oh ánima mía. cómo tu dulce esposo está puesto aquí como blanco á las saetas de tantos golpes y bofetadas como allí le daban. ¡Oh noche cruel! ¡Oh noche desasosegada, en la cual, oh buen Jesú, no dormías, ni dormían los que tenían por descanso atormentarte! La noche fué ordenada para que en ella todas las criaturas tomasen reposo, y los sentidos y miembros cansados de los trabajos del día descansasen: y ésta toman agora los malos para atormentar todos tus miembros y sentidos, hiriendo tu cuerpo, afligiendo tu ánima, atando tus manos, abofeteando tu cara, escupiendo tu rostro y atormentando tus oídos, porque en el tiempo en que todos los miembros suelen descansar, todos ellos en ti penasen y trabajasen. ¡Qué maitines éstos tan diferentes de los que en aquella hora te cantarían los coros de los ángeles en el cielo! Allí dicen: Sancto, Sancto, acá dicen: Muera, muera, crucifícalo, crucifícalo. Oh ángeles del paraíso, que las unas y las otras voces oíades, ¿qué sen-

(1) I Reg. 15.

tíades viendo tan maltratado en la tierra Aquél á quien vosotros con tanta reverencia tratáis en el cielo? ¿Qué sentíades viendo que Dios tales cosas padescía por los mismos que tales cosas hacían? ¿Quién jamás oyó tal manera de caridad, que padezca uno muerte por librar de la muerte al mismo que se la da? No se puede encarescer más la malicia del hombre, que haber llegado á poner las manos en su mismo Dios, ni la bondad y misericordia de Dios, que haber venido á padescer esto por criatura que tal hizo.

Crescieron sobre todo esto los trabajos desta noche dolorosa con la negación de Sant Pedro. Aquel tan familiar amigo, aquel escogido para ver la gloria de la transfiguración, aquel entre todos honrado con el principado de la Iglesia, ése primero que todos, no una sino tres veces, en presencia del mismo Señor jura y perjura que no lo conosce ni sabe quién es. Oh Pedro, ¿tan mal hombre es ése que ahí está, que por tan gran vergüenza tienes aún haberle conocido? Mira que eso es condenarlo tú primero que los pontífices, pues das á entender en eso que Él sea persona tal, que tú mismo te desprecias y deshonras de conocerla. Pues ¿qué mayor injuria puede ser que ésta?

Volvióse entonces el Salvador y miró á Pedro, y vánsele los ojos tras aquella oveja que se le había perdido. ¡Oh vista de maravillosa virtud! ¡Oh vista callada, mas grandemente significativa! Bien entendió Pedro el lenguaje y las voces de aquella vista, pues las del gallo no bastaron para despertallo, y éstas sí. Mas no solamente hablan, sino también obran los ojos de Cristo, y las lágrimas de Pedro lo declaran: las cuales no manaron tanto de los ojos de Pedro cuanto de los ojos de Cristo.

De manera que cuando alguna vez despertares y volvieres en ti, debes entender que ése es beneficio de los ojos del Señor que te miran. Ya habían cantado los gallos, y no se acordaba Pedro, porque aún no lo había mirado el Señor. Miról o, y acordóse, y arrepentióse, y lloró su pecado, porque sus ojos abren los nuestros, y ellos son los que despiertan á los dormidos.

Luego dice el Evangelista que Pedro salió fuera y lloró amargamente, para que entiendas que no basta llorar el pecado, sino que es menester también huir el lugar y las ocasiones del pecado. Porque llorar siempre los pecados y siempre repetirlos es oficio de condenados, que siempre pecan y siempre lloran porque pecaron.

Y pára mientes que la principal culpa de Pedro fué haber tenido empacho y temor de parescer discípulo de Cristo, y esto se dice haberlo negado. Pues si esto es negar á Cristo, ¡cuántos cristianos hallarás que desta manera lo nieguen! ¡Cuántos hay que rehusan de confesar, y comulgar, y orar, y tratar de Dios, y conversar con buenos, y sufrir injurias, porque el mundo no los desestime y burle dellos! Pues ¿qué es esto sino tener vergüenza de parescer discípulo de Cristo? Y ¿qué es esto sino negar á Cristo, como lo negó Sant Pedro, que tuvo vergüenza de parecer discípulo suyo? Pues ¿qué esperan lo que esto hacen, sino aquel castigo y sentencia del Salvador, que dice: El que se afrentare de ser mi discípulo delante los hombres, el Hijo de la Virgen se afrentará de reconocerlo por suyo (1) cuando venga con su majestad y con la del Padre y de los sanctos ángeles?

Acabada esta noche tan triste, llevan luego al Salvador á casa del Adelantado Pilato: y él (porque supo que era natural de Galilea) envióle á Herodes, que era rey de aquella tierra, el cual lo tuvo por loco, y como á tal lo mandó vestir de una vestidura blanca, y así lo volvió á enviar á Pilato. En lo cual paresce que el Salvador en este mundo no sólo fué tenido por malhechor, sino también por loco. ¡Oh misterio de grande veneración! La principal virtud del cristiano es no hacer caso de los juicios y pareceres del mundo. Pues aquí tienes, hermano, dónde puedas aprender muy bien esta filosofía y consolarte con este ejemplo cada vez que fueres desestimado del mundo. Porque no te puede el mundo hacer injuria ni levantar testimonio que primero no lo levantase á Cristo. Él fué tenido por malhechor y revuelvedor de pueblos, y por tal lo acusan ante los jueces y le piden la muerte. Fué tenido por nigromántico y endemoniado, y así decían que en virtud de Beelcebub lanzaba los demonios. Fué tenido por glotón y comedor, y así decían: Cata aquí un hombre tragador y bebedor de vino. Fué tenido por hombre que andaba en malos tratos y compañías, y así decían que se juntaba con publicanos y pecadores y comía con ellos. Fué tenido por hombre de mala generación y mala casta, y así dijeron: Tú samaritano eres, y demonio tienes. Fué tenido por hereje y blasfemo, y así dijeron que se hacía Dios y que perdonaba los pecados como Dios. No faltaba sino

(1) Marc. 8.

que después de todo esto lo tuviesen por loco, y por tal es agora tenido, no de quienquiera, sino de los príncipes y cortesanos de Herodes, y así lo visten como á loco, porque todos lo tuviesen por tal. ¡Oh inestimable humildad! ¡Oh ejemplo de toda virtud! ¡Oh consuelo de toda tribulación! Pues para que tú hagas poco caso de los juicios y aprecios del mundo, pon los ojos en este dechado de todas las virtudes y en este consuelo general de todos los males, y mira aquí cómo la sabiduría de Dios es tenida por locura, la virtud por maleficio, la verdad por herejía, la templanza por glotonía, el pacificador del mundo por alborotador del mundo, el reformador de la ley por quebrantador de la ley, y el justificador de los pecadores por pecador y seguidor de pecadores.

En todas estas idas y venidas, y en todas estas demandas y respuestas ante los jueces, mira con grande atención aquella mesura del Salvador, aquella serenidad de su rostro y aquella entereza de ánimo, nunca vencido ni quebrantado con tan grandes encuentros. Y viéndose en presencia de tantos jueces y tribunales, en medio de tantas injurias y heridas, entre tanta confusión de voces y clamores de los que lo acusaban y pedían para la muerte, entre tanta furia y rabia de enemigos, y aun estando ya la muerte y el madero de la cruz presente, en medio de tantas olas y torbellinos, fué tan maravillosa su constancia, su paciencia y su templanza, que no hizo ni dijo cosa que no fuese de grande y generoso corazón. No salió de su boca palabra áspera ni dura, no se acuitó ni abajó á ruegos ni suplicaciones ni lágrimas, sino en todo y por todo guardó la mesura que convenía á la dignidad de tan alta persona. ¡Qué silencio entre tantas y tan falsas acusaciones! ¡Qué miramiento (cuando había de hablar) en sus palabras! ¡Qué prudencia en sus respuestas! Finalmente tal fué la figura de su rostro y de su ánimo en estos negocios, que ella sola sin más testimonio bastara para justificar su causa, si la bajeza de aquellos ánimos tan viles entendiera la alteza desta probanza.

De los azotes que el Señor recibió en la columna.

§ III

Después de todas estas injurias, considera los azotes que el Salvador padesció en la columna. Porque el juez, visto que no podía aplacar la furia de aquellos tan crueles enemigos, determinó de hacer en Él un tan famoso castigo, que bastase para satisfacer á la rabia de aquellos tan crueles corazones, para que contentos con esto, dejasen ya de pedirle la muerte.

Éste es uno de los grandes y maravillosos espectáculos que ha habido en el mundo. ¿Quién jamás pensó que habían de caer azotes en las espaldas de Dios? Dice David (1): Altísimo es, Señor, el lugar de tu refugio: no llegará mal á donde tú estuvieres, y el azote no tendrá que ver en tu morada. Pues ¿qué cosa más lejos de la alteza y gloria de Dios que la bajeza de los azotes? Castigo es éste de esclavos y ladrones, y tan abatido castigo, que bastaba ser uno ciudadano de Roma para no estar subjecto á él. Y con todo esto, ¡que venga agora el Señor de los cielos, el Criador del mundo, la gloria de los ángeles, la sabiduría y el poder y la gloria de Dios vivo, á ser castigado con azotes! Creo verdaderamente que todos los coros de los ángeles estuvieron aquí como atónitos y espantados mirando esta maravilla, y adorando y reconosciendo la inmensidad de aquella divina bondad que aquí se les descubría. Porque si hinchieron los aires de voces y alabanzas el día de su nascimiento, no habiendo visto más que los pañales y el pesebre, ¿qué harían agora viendo los azotes y la columna? Pues tú, ánima mía, á quien tanto más que á los ángeles toca este negocio, ¡cuánto más lo debes sentir y agradescer!

Entra pues agora con el espíritu en el pretorio de Pilato, y lleva contigo las lágrimas aparejadas, que serán bien menester para lo que allí verás. Mira cómo aquellos crueles y viles carniceros desnudan al Salvador de sus vestiduras con tanta inhumanidad, y cómo Él se deja desnudar dellos con tanta humildad, sin abrir la boca ni responder palabra á tantas descortesías como

(1) Psalm. 90.

allí le dirían. Mira cómo luego atan aquel sancto cuerpo á una columna, para que así lo pudiesen herir más á su placer donde y como ellos más quisiesen. Mira cuán solo estaba allí el Señor de los ángeles entre tan crueles verdugos, sin tener de su parte ni padrinos ni valedores que hiciesen por Él, ni aun ojos que se compadesciesen dél. Mira cómo luego comienzan con grandísima crueldad á descargar sus látigos y disciplinas sobre aquellas delicatísimas carnes, y cómo se añaden azotes sobre azotes, y llagas sobre llagas, y heridas sobre heridas. Allí vieras luego ceñirse aquel sacratísimo cuerpo de cardenales, rasgarse los cueros, reventar la sangre, y correr á hilo por todas partes.

Mas sobre todo esto, ¡qué sería ver aquella tan grande llaga que en medio de las espaldas estaría abierta, adonde principalmente caían todos los golpes! Creo sin duda que estaría tan abierta y tan ahondada, que si un poco pasaran más adelante, llegaran á descubrir los huesos blancos entre la carne colorada, y acabar aquella sancta vida antes de la cruz en la columna. Finalmente, de tal manera hirieron y despedazaron aquel hermosísimo cuerpo, de tal manera lo cargaron de azotes y lo araron y sembraron de llagas, que ya tenía perdida la figura de quién era, y aun apenas parescía hombre. Mira pues, ánima mía, cuál estaría allí aquel mancebo hermoso y vergonzoso, estando (como lo estaría) tan maltratado y tan avergonzado y desnudo. Mira cómo aquella carne tan delicada, tan hermosa y como una flor de toda carne, es allí por todas partes abierta y despedazada.

Mandaba la ley de Moisén que azotasen á los malhechores, y que conforme á la medida de los delictos así fuese la de los azotes, con tal condición que no pasasen de cuarenta (1), porque no caiga (dice la ley) tu hermano delante de ti feamente despedazado: paresciéndole al dador de la ley que exceder este número era una manera de castigo tan atroz que no se compadescía con las leyes de hermandad. Mas en ti, oh buen Jesú, que nunca quebrantaste la ley de la justicia, se quebrantan todas las leyes de la clemencia y de la justicia: y de tal manera se quebrantan, que en lugar de cuarenta te dan cinco mil y tantos azotes, como muchos sanctos doctores testifican. Pues si tan afeado estaría un cuerpo pasando de cuarenta azotes, ¡cuál estaría el tuyo, dulcísi-

(1) Deuter. 25.

mo Señor y Padre mío, pasando de cinco mil! Oh alegría de los ángeles y gloria de los bienaventurados, ¿quién así te descompuso, quién así afeó con tantas manchas el espejo de la inocencia? Claro está, Señor, que no fueron tus pecados sino los míos, no tus hurtos sino los míos, los que así te maltrataron. El amor y la misericordia te cercaron y te hicieron tomar esa carga tan pesada. El amor hizo que me dieses todos tus bienes, y la misericordia que tomases sobre ti todos mis males. Pues si en tales y tan rigurosos trances te pusieron misericordia y amor, ¿quién habrá que esté ya dudoso de tu amor? Si el mayor testimonio del amor es padecer dolores por el amado, ¿qué será cada uno desos dolores sino testimonio de amor? ¿Qué serán todas esas llagas sino unas bocas celestiales que todas me predican amor y me demandan amor? Y si tantos son los testigos cuantos fueron los azotes, ¿quién podrá poner duda en la probanza que con tantos testigos es probada? Pues ¿cuál incredulidad es la mía, que con tales y tantos argumentos no se convence? Maravíllase el evangelista Sant Juan de la incredulidad de los judíos, diciendo (1) que habiendo el Señor hecho tantas señales entre ellos para confirmar su doctrina, no quisiesen creer en Él. Oh sancto Evangelista, deja ya de maravillarte desa incredulidad, y maravíllate de la misericordia. Porque no es menor argumento el padescer dolores para creer el amor de Cristo, que el hacer milagros para creer en Cristo. Pues si es gran maravilla, habiendo hecho tantos milagros, no creer lo que dice, ¿cuánto mayor lo será, habiendo recibido por nosotros cinco mil y tantos azotes, no creer que nos ama?

Pues ¿qué será si juntamos con las heridas de la columna todos los otros pasos y trabajos de su vida, pues todos nascieron de amor? ¿Quién te trujo, Señor, del cielo á la tierra, sino amor? ¿Quién te abajó del seno del padre al de la madre, y te vistió de nuestro barro, y te hizo participante de nuestras miserias, sino el Espíritu Sancto, que es amor? ¿Quién te puso en un establo, y te reclinó en un pesebre, y te echó por tierras extrañas, sino amor? ¿Quién te hizo traer á cuestas el yugo de nuestra mortalidad por espacio de tantos años, sino amor? ¿Quién te hizo sudar, y caminar, y velar, y trasnochar, y cercar la mar y la tierra buscando las ánimas, sino amor? ¿Quién ató á Sansón de pies y manos (2)

(1) Joan. 12. (2) Judic. 16.

lo tresquiló y despojó de toda su fortaleza, y lo hizo escarnio de sus enemigos, sino el amor de Dalila su esposa? Y ¿quién á ti, nuestro verdadero Sansón, ató, y tresquiló, y despojó de su virtud y fortaleza, y entregó en manos de sus enemigos para que te escarneciesen, y escupiesen, y burlasen, sino el amor de tu esposa la Iglesia y de cada una de nuestras ánimas? ¿Quién, finalmente, te trujo hasta poner en un palo, y estar allí todo de pies á cabeza tan mal tratado, las manos enclavadas, el costado partido, los miembros descoyuntados, el cuerpo sangriento, los sentidos turbados, los labios secos, las venas agotadas, la lengua amargada, y todo finalmente despedazado? ¿Quién pudo hacer tal estrago como éste, sino el amor? ¡Oh amor grande! ¡Oh amor gracioso! ¡Oh amor tal cual convenía á las entrañas y á la inmensidad de la divina bondad!

Pues con tales y tantos testimonios como éstos, ¿cómo no creeré yo, Señor, que me amas, pues es cierto que no has mudado en el cielo el corazón que tenías en la tierra? No eres tú como aquel copero de Faraón (1) que cuando se vió en prosperidad, se olvidó de los humildes amigos que en la cárcel habia dejado, sino antes la prosperidad y gloria de que agora gozas en el cielo, te hace tener mayor compasión de los hijos que dejaste acá en la tierra. Pues si es cierto que tanto me amas, ¿cómo no te amaré yo? ¿Cómo no esperaré en ti? ¿Cómo no me fiaré de ti? ¿Cómo no me tendré ya por dichoso y rico teniendo al mismo Dios por tal amigo? Gran maravilla es por cierto que me ponga ya en cuidado alguna cosa desta vida, pues tengo de mi parte un tan rico y tan poderoso amador, por cuyas manos pasa todo.

EL JUEVES POR LA MAÑANA

EL jueves por la mañana se ha de pensar la coronación de espinas, y el Ecce homo, y cómo el Salvador llevó la cruz á cuestas.

El texto de los Evangelistas dice así:

Entonces, conviene á saber, después de haber azotado al Señor los soldados del presidente recibiendo á Jesús en el audiencia,

(1) Genes. 40.

convocaron allí toda la gente de guerra, y desnudándolo de sus vestiduras, cubriéronlo con una ropa colorada, y tejiendo una corona de espinas, pusiéronla sobre su cabeza, y una caña en su mano derecha, y hincadas las rodillas burlaban dél diciendo: Dios te salve, Rey de los judíos. Y escupiendo en él, tomaban la caña que tenía en la mano, y heríanle con ella en la cabeza, y dábanle de bofetadas.

Salió pues otra vez Pilato y díjoles: Veis aquí os lo traigo fuera para que conozcáis que no hallo en él causa para lo justiciar. Salió pues Jesús fuera, puesta la corona de espinas en la cabeza y vestida la ropa de púrpura. Y díceles: Ecce homo. Pues como lo viesen los pontífices y los ministros del pueblo, daban voces diciendo: Crucifícalo, crucifícalo. Díceles Pilato: Tomadlo vosotros y crucificadlo, porque yo no hallo causa para lo crucificar. Respondiéronle los judíos diciendo: Nosotros tenemos ley, y según esta ley ha de morir, porque se hizo hijo de Dios. Pues como oyese Pilato estas palabras, temió más. Y entrando otra vez en el audiencia dijo á Jesú: ¿De dónde eres tú? Y Jesús no le respondió. Dícele Pilato: ¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo poder para crucificarte, y poder para soltarte? Respondió Jesús: No ternías poder ninguno sobre mí, si no te fuera dado de arriba. Y por tanto, el que me entregó en tus manos, mayor pecado tiene sobre sí. Desde entonces procuraba Pilato de soltarlo. Mas ellos daban grandes voces pidiendo que fuese crucificado, y prevalecían las voces dellos, y Pilato determinó que se cumpliese su petición. Y soltóles al que por razón del homicidio y escándalo había sido echado en la cárcel, y entregó á Jesús á la voluntad dellos.

Y tomaron á Jesús, y sacáronlo fuera, y llevando él sobre sí la cruz, salió al lugar que se decía Calvario. Seguíalo en este camino mucha compañía del pueblo y de mujeres que iban llorando y lamentando en pos dél, y volviéndose á ellas díjoles: Hijas de Hierusalem, no lloréis sobre mí, sino sobre vosotras llorad, y sobre vuestros hijos. Porque presto vernán días en que digan: Bienaventuradas las estériles, y los vientres que no engendraron, y los pechos que no criaron. Entonces comenzarán á decir á los montes: Caed sobre nosotros, y á los collados; cubridnos. Porque si esto hacen en el madero verde, en el seco ¿qué se hará?

Meditación sobre estos pasos del texto.

Salid, hijas de Sión, y mirad al rey Salomón con la corona que lo coronó su madre en el día de su desposorio y en el día del alegría de su corazón. Anima mía, ¿qué haces? Corazón mío, ¿qué piensas? Lengua mía, ¿cómo has enmudecido? ¿Cuál corazón no revienta, cuál dureza no se ablanda, qué ojos se pueden contener de lágrimas, teniendo delante sí tal figura? Oh dulcísimo Salvador mío, cuando yo abro los ojos y miro este retablo tan doloroso, ¿cómo no se me parte el corazón de dolor? Veo esa delicadíma cabeza, de que tiemblan los poderes del cielo, traspasada con crueles espinas. Veo escupido y abofeteado ese divino rostro, escurecida la lumbre desa fuente clara, cegados con la lluvia de la sangre esos ojos serenos. Veo los hilos de sangre que gotean de la cabeza, y descienden por el rostro, y borran la hermosura desa divina cara. Pues ¿cómo, Señor, no bastaban ya los azotes pasados, y la muerte venidera, y tanta sangre derramada, sino que por fuerza habían de sacar las espinas la sangre de la cabeza, á quien los azotes perdonaron? Si por denuestos y bofetadas lo habías, para satisfacer por las que yo te di pecando, ¿ya no habías recebido muchas destas toda la noche pasada? Si sola tu muerte bastaba para redimirnos, ¿para qué tantos ensayos? ¿Para qué tantas invenciones y maneras de vituperios? ¿Quién jamás oyó ni leyó tal manera de corona y tal linaje de tormento? ¿De qué entrañas salió esta nueva invención al mundo, que de tal manera sirviese para deshonrar un hombre, que no menos lo atormentase que lo deshonrase? ¿No bastan los tormentos que se han usado en todos los siglos pasados, sino que se han de inventar otros nuevos en tu pasión?

Bien veo, Señor mío, que no eran estas injurias necesarias para mi remedio: bastaba para esto una sola gota de tu sangre. Mas eran convenientísimas para que me declarases la grandeza de tu amor, y para que me echases cadenas de perpetua obligación, y para que confundieses los atavíos y galas de mi vanidad, y me enseñases por aquí el menosprecio de la gloria del mundo.

Pues para que sientas algo, ánima mía, deste paso tan doloroso, pon primero ante tus ojos la imagen antigua deste Señor y la ex-

celencia de sus virtudes, y luego vuelve á mirarlo de la manera que aquí está. Mira la grandeza de su hermosura, la mesura de sus ojos, la dulzura de sus palabras, su autoridad, su mansedumbre, su serenidad, y aquel aspecto suyo de tanta veneración. Míralo tan humilde para con sus discípulos, tan blando para con sus enemigos, tan grande para con los soberbios, tan suave para con los humildes, y tan misericordioso para con todos. Considera cuán manso hayá sido siempre en el sufrir, cuán sabio en el responder, cuán piadoso en el juzgar, cuán misericordioso en el recebir, y cuán largo en el perdonar.

Y después que así lo hobieres mirado y deleitádote de ver una tan acabada figura, vuelve los ojos á mirallo tal cual aquí lo ves, cubierto con aquella púrpura de escarnio, la caña por ceptro real en la mano, y aquella horrible diadema en la cabeza, y aquellos ojos mortales, y aquel rostro defunto, y aquella figura toda borrada con la sangre y afeada con las salivas que por todo el rostro estaban tendidas. Míralo todo dentro y fuera, el corazón atravesado con dolores, el cuerpo lleno de llagas, desamparado de sus discípulos, perseguido de los judíos, escarnecido de los soldados, despreciado de los pontífices, desechado del rey inicuo, acusado injustamente, y desamparado de todo favor humano.

Y no pienses esto como cosa ya pasada sino como presente, no como dolor ajeno sino como tuyo proprio. Á ti mismo te pon en lugar del que padesce, y mira lo que sentirías si en una parte tan sensible como es la cabeza, te hincasen muchas y muy agudas espinas que penetrasen hasta los huesos. Y ¿qué digo espinas? Un solo alfiler que fuese, apenas lo podrías sufrir. Pues ¿qué sintiría aquella delicadísima cabeza con este linaje de tormento?

Pues, oh resplandor de la gloria del Padre, ¿quién te ha tan mal tratado? Oh espejo sin mancilla de la majestad de Dios, ¿quién te ha todo manchado? Oh río que sales del paraíso de deleites, y alegras con tus corrientes la ciudad de Dios, ¿quién ha enturbiado esas tan serenas y tan dulces aguas? Mis pecados, Señor mío, las han enturbiado, mis maldades las han escurecido. ¡Ay de mí, pobre y miserable! ¡Ay de mí! Y ¡qué tal habrán parado mis pecados á mi ánima, cuando tal pararon los ajenos á la fuente clara de toda la hermosura! Mis pecados son, Señor, las espinas que te punzan, mis locuras la púrpura que te escarnece,

mis hipocresías y fingimientos las cerimonias con que te desprecian, mis atavíos y vanidades la corona con que te coronan. Yo soy tu verdugo, yo soy la causa de tu dolor. Limpió el rey Ezequías (1) el templo de Dios que estaba por los malos profanado, y toda la basura que en él había, mandó echar en el arroyo de los cedros. Yo soy este templo vivo por los demonios profanado y ensuciado con infinitos pecados, y tú eres el río limpio de los cedros, que sustentas con tus corrientes toda la hermosura del cielo. Pues ahí son lanzados todos mis pecados, ahí desaparecen mis maldades. Porque por el mérito desa inefable caridad y humildad con que te inclinaste á tomar sobre ti todos mis males, no sólo me libraste dellos, mas también me heciste participante de todos tus bienes. Porque tomastes mi muerte, me diste tu vida. Porque tomaste mi carne, me diste tu espíritu. Porque tomaste sobre ti mis pecados, me diste tu gracia. Así que, Redemptor mío, todas las penas tuyas son tesoros y riquezas mías. Tu púrpura me viste, tu corona me honra, tus cardenales me hermosean, tus dolores me regalan, tus amarguras me sustentan, tus llagas me sanan, tu sangre me enriquece, y tu amor me embriaga. ¿Qué mucho es que tu amor me embriague, pues el amor que tú me tuviste, bastó para embriagarte y dejarte como á otro Noé tan avergonzado y desnudo? Con la púrpura encendida dese amor sostienes esa púrpura de escarnio, y con el celo de mi aprovechamiento esa caña en la mano, y con la compasión de mi perdimiento esa corona de confusión.

Del Ecce homo.

§ II

Acabada la coronación y escarnios del Salvador, tomólo el juez por la mano así como estaba tan maltratado, y sacándolo á vista del pueblo furioso, díjoles: Ecce homo. Como si dijera: Si por envidia le procurábades la muerte, veislo aquí tal, que no está para tenerle envidia, sino lástima. ¿Temíades no se hiciese rey? Veislo aquí tan desfigurado, que apenas parece hombre.

(1) II Paral. 29.

Destas manos atadas, ¿qué os teméis? A este hombre azotado, ¿qué más le demandáis?

Por aquí puedes entender, ánima mía, qué tal saldría entonces el Salvador, pues que el juez creyó que bastaba la figura que allí traía, para quebrar el corazón de tales enemigos. En lo cual puedes bien entender cuán mal caso sea no tener un cristiano compasión de los dolores de Cristo, pues ellos eran tales que bastaban (según el juez creyó) para ablandar unos tan fieros corazones. Donde hay amor, hay dolor. Pues ¿cómo dice que tiene amor de Cristo quien no tiene compasión de Cristo, viéndolo en esta figura?

Y si tan gran mal es no compadecerse de Cristo, ¿qué será acrecentar sus martirios y añadir dolor á su dolor? No pudo ser mayor crueldad en el mundo que después de mostrada por el juez tal figura, responder los enemigos aquella tan cruel palabra: Crucifícalo, crucifícalo. Pues si tan grande fué esta crueldad, ¿cuál será la de un cristiano que con las obras dice otro tanto, ya que con las palabras no lo diga? Veamos. ¿No dice Sant Pablo (1) que el que peca, vuelve otra vez á crucificar al Hijo de Dios, pues cuanto es de su parte hace cosa con que lo obligaría otra vez á morir, si la muerte pasada no bastara? Pues ¿cómo tienes tú corazón y manos para crucificar tantas veces á este Señor con tus pecados? Debrías considerar que así como el juez presentó aquella figura tan lastimera á los judíos (creyendo que no había otro medio más eficaz para apartallos de su furor que aquella vista) así el Padre Eterno la representa hoy á todos los pecadores, entendiendo que á la verdad no hay otro medio más poderoso para apartarlos del pecado, que ponerles delante tal figura. Haz pues agora cuenta que te la pone Él también á ti delante, y que te está diciendo: Ecce homo. Como si dijese: Mira este hombre cuál está, y acuérdate que es Dios y que está de la manera que aquí lo ves, no por otra causa, sino por los pecados del mundo. Mira cuál pararon los pecados á Dios. Mira qué fué menester para satisfacer por un pecado. Mira cuán aborrescible es á Dios el pecado, pues tal paró la cara de su Hijo por destruirlo. Mira la venganza que tomará Dios del pecador por sus pecados proprios, pues tal la tomó del Hijo por los ajenos. Mira finalmente el rigor de la divina

(1) Hebr. 6.

justicia y la malicia del pecado, la cual resplandece en la cara de Cristo. Pues ¿qué más que esto se pudiera hacer para que los hombres se apartasen de pecar?

Parece que se hubo Dios aquí con el hombre como la buena madre con la mala hija que se le va echando á perder. Porque cuando no le valen ya palabras ni castigos, vuelve las iras contra sí misma, dase de bofetadas y despedázase la cara, y pónese así desfigurada delante de la hija, para que por esta vía conozca ella la grandeza de su yerro y siquiera por lástima de la madre se aparte dél. Pues esta manera de remedio parece que tomó Dios aquí para castigo de los hombres, poniéndoles delante su divina imagen, que es la cara de su Hijo tan maltratada y desfigurada, para que ya que por tantas reprehensiones y castigos como les había enviado antes por boca de sus profetas, no se querían apartar del mal, se apartasen siquiera por lástima de ver tal aquella divina figura. De manera que antes ponía las manos en los hombres, agora vino á ponerlas en sí, que era lo último que se podía facer. Y por esto aunque siempre fué gran maldad ofender á Dios, mas después que tal figura tomó para destruir el pecado, no sólo es gran maldad, sino también grandísima ingratitud y crueldad.

Perseverando en la contemplación deste mismo paso (demás del aborrecimiento del pecado) puedes también de aquí tomar grande esfuerzo para confiar en Dios, considerando esta misma figura, la cual así como es poderosa para mover los corazones de los hombres, así también lo es, y mucho más, para mover el de Dios. Para lo cual debes considerar que la misma figura que sacó entonces el Salvador á los ojos del pueblo, esa misma representa hoy á los del Padre, tan fresca y tan corriendo sangre como estaba aquel mismo día. Pues ¿qué imagen puede ser más eficaz para amansar los ojos del Padre, que la cara amancillada de su Hijo? Éste es el propiciatorio de oro, éste es el arco de diversas colores puesto entre las nubes del cielo, con cuya vista se aplaca Dios. Aquí se apascentaron sus ojos, aquí quedó satisfecha su justicia, aquí se le restituyó su honra, aquí se le hizo tal servicio cual convenía á su grandeza.

Pues dime, hombre flaco y desconfiado, si en este paso estaba tal la figura de Cristo, que bastaba para amansar los ojos crueles de tales enemigos, ¿cuánto más lo estará para amansar los ojos de aquel Padre piadoso, especialmente padesciendo por su honra

y obediencia todo lo que allí padescía? Compárame ojos con ojos y personas con persona, y verás cuánto más segura tienes tú la misericordia del Padre, presentándole esta figura, que tuvo Pilato la de los judíos cuando allí se la representó. Pues en todas tus oraciones y tentaciones toma á este Señor por escudo, y ponlo entre ti y Dios, y preséntalo ante Él, diciendo: Ecce homo. He aquí, Señor Dios mío, el hombre que tú buscabas tantos años ha, para que se pusiese de por medio entre ti y los pecadores. He aquí el hombre tan justo como á tu bondad convenía, y tan justiciado cuanto nuestra culpa demandaba. Pues, oh defensor nuestro, míranos, Señor, y para que así lo hagas, pon los ojos en la cara de tu Cristo. Y tú, Salvador y medianero nuestro, no ceses de presentarte ante los ojos del Padre por nosotros, y pues tuviste amor para ofrecer tus miembros al verdugo para que los atormentase, tenlo, Señor, para presentarlos al Padre Eterno para que por ti nos perdone.

De cómo el Salvador llevó la cruz á cuestas.

§ III

Pues como Pilato viese que no bastaban las justicias que se habían hecho en aquel santo cordero para amansar el furor de sus enemigos, entró en el pretorio, y asentóse en su tribunal para dar final sentencia en aquella causa. Estaba ya á las puertas aparejada la cruz, y asomaba por lo alto aquella temerosa bandera amenazando á la cabeza del Salvador. Dada pues ya y promulgada la sentencia cruel, añaden los enemigos una crueldad á otra, que fué cargar sobre aquellas espaldas tan molidas y despedazadas con los azotes el madero de la cruz. No rehusó con todo esto el piadoso Señor esta carga, en la cual iban todos nuestros pecados, sino antes la abrazó con suma caridad y obediencia por nuestro amor, y así camina su camino como otro verdadero Isaac con la leña en los hombros al lugar del sacrificio (1). Repartida va la carga entre los dos. El Hijo lleva la leña y el cuerpo que ha de ser sacrificado, y el Padre lleva el fuego y el cuchillo con que lo ha de sacrificar. Porque el fuego del amor de

(1) Genes. 22.

los hombres y el cuchillo de la divina justicia pusieron en la cruz al Hijo de Dios. Estas dos virtudes litigaron en el pecho del Padre, pidiendo cada una su derecho. El amor le decía que perdonase á los hombres, y la justicia que castigase á los pecadores. Pues porque los hombres quedasen perdonados y los pecados castigados, dióse por medio que muriese el inocente por todos. Éste es el fuego y el cuchillo que lleva en sus manos el patriarca Abrahán para sacrificar á su hijo: porque el amor de nuestra salud y el celo de la justicia hicieron al Padre eterno ofrecer su Hijo á la cruz.

Camina pues el inocente con aquella carga tan pesada sobre sus hombros tan flacos, siguiéndolo mucha gente y muchas piadosas mujeres que con sus lágrimas lo acompañaban. ¿Quién no había de derramar lágrimas viendo al Rey de los ángeles caminar paso á paso con aquella carga tan pesada, temblando las rodillas, inclinado el cuerpo, los ojos mesurados, el rostro sangriento, con aquella guirnalda en la cabeza, y con aquellos tan vergonzosos clamores y pregones que daban contra Él?

Entretanto, ánima mía, aparta un poco los ojos deste cruel espectáculo, y con pasos apresurados, con aquejados gemidos, con ojos llorosos, camina para el palacio de la Virgen, y cuando á ella llegares, derribado ante sus pies, comienza á decirle con dolorosa voz: ¡Oh Señora de los ángeles, Reina del cielo, puerta del paraíso, abogada del mundo, refugio de los pecadores, salud delos justos, alegría de los sanctos, maestra de las virtudes, espejo de limpieza, título de castidad, dechado de paciencia, y suma de toda perfección! ¡Ay de mí, Señora mía! ¿Para qué se ha guardado mi vida hasta agora? ¿Cómo puedo yo vivir habiendo visto con mis ojos lo que vi? ¿Para qué son más palabras? Dejo á tu unigénito Hijo y mi Señor en manos de sus enemigos, con una cruz acuestas, para ser en ella justiciado.

¿Qué sentido puede aquí alcanzar hasta dónde llegó este dolor á la Virgen? Desfalleció aquí su ánima, y cubrióse la cara y todos sus virginales miembros de un sudor de muerte, que bastara para acaballe la vida, si la dispensación divina no la guardara para mayor trabajo y para mayor corona.

Camina pues la Virgen en busca del Hijo, dándole el deseo de verle las fuerzas que el dolor le quitaba. Oye dende lejos el ruido de las armas, y el tropel de la gente, y el clamor de los pregones

con que lo iban pregonando. Ve luego resplandescer los hierros de las lanzas y alabardas, que asomaban por lo alto: halla en el camino las gotas y el rastro de la sangre, que bastaban ya para mostrarle los pasos del Hijo y guialla sin otra guía. Acércase más y más á su amado Hijo, y tiende sus ojos escurecidos con el dolor para ver, si pudiese, al que amaba su ánima. ¡Oh amor y temor del corazón de María! Por una parte deseaba verlo, y por otra rehusaba de ver tan lastimera figura. Finalmente, llegada ya donde lo pudiese ver, míranse aquellas dos lumbreras del cielo una á otra, y atraviésanse los corazones con los ojos, y hieren con la vista sus ánimas lastimadas. Las lenguas estaban enmudecidas para hablar, mas al corazón de la Virgen hablaba el afecto natural del hijo dulcísimo y le decía:

¿Para qué veniste aquí, paloma mía, querida mía y madre mía? Tu dolor acrecienta el mío, y tus tormentos atormentan á mí. Vuélvete, madre mía, vuélvete á tu posada, que no pertenece á tu pureza virginal compañía de homicidas y de ladrones. Si lo quisieres así hacer, templarse ha el dolor de ambos, y quedaré yo para ser sacrificado por el mundo, pues á ti no pertenece este oficio, y tu inocencia no merece este tormento. Vuélvete pues, oh paloma mía, al arca hasta que cesen las aguas del diluvio, pues aquí no hallarás dónde descansen tus pies. Allí vacarás á la oración y contemplación acostumbrada, y allí levantada sobre ti misma pasarás como pudieres este dolor.

Pues al corazón del hijo respondería el de la sancta madre, y le diría: ¿Por qué me mandas eso, hijo mío? ¿Por qué me mandas alejar deste lugar? Tú sabes, Señor mío y Dios mío, que en presencia tuya todo me es lícito, y que no hay otro oratorio sino dondequiera que tú estás. ¿Cómo puedo yo partirme de ti sin partirme de mí? De tal manera tiene ocupado mi corazón este dolor, que fuera dél ninguna cosa puedo pensar. Á ninguna parte puedo ir sin ti, y de ninguna pido ni puedo recibir consolación. En ti está todo mi corazón, y dentro del tuyo tengo hecha mi morada, y mi vida toda pende de ti. Y pues tú por espacio de nueve meses tuviste mis entrañas por morada, ¿por qué no terné yo estos tres días por morada las tuyas? Si ahí dentro me recibieres, ahí seré yo contigo crucificado crucificada, y contigo sepultado sepultada. Contigo beberé de la hiel y vinagre, y contigo penaré en la cruz, y contigo juntamente expiraré.

Tales palabras en su corazón iría diciendo la Virgen, y desta manera se anduvo aquel trabajoso camino hasta llegar al lugar del sacrificio.

EL VIERNES POR LA MAÑANA

L viernes por la mañana se ha de contemplar el misterio de la cruz y aquellas siete palabras que el Señor en ella habló.

Síguese el texto.

Vinieron (dice el Evangelista) al lugar que se dice Gólgota, que es el monte Calvario, y allí dieron á beber al Señor vino mezclado con hiel: y como lo gustase, no lo quiso beber. Era entonces hora de tercia, y crucificáronlo, y con Él crucificaron dos ladrones, uno á la diestra y otro á la siniestra. Y allí se cumplió la Escritura que dice: Con los malos fué reputado. Escribió también un título Pilato, y púsolo sobre la cruz, y estaba escrito en él: Jesús Nazareno, Rey de los judíos. Este título leyeron muchos de los judíos, porque el lugar donde Jesús fué crucificado, estaba cerca de la ciudad. Y estaba escrito con letras hebreas, griegas y latinas. Decían pues á Pilato los pontífices de los judíos: No escribas Rey de los judíos, sino que Él dijo, Rey soy de los judíos. Respondió Pilato: Lo escrito, escrito.

Mas los soldados después que lo vieron crucificado, tomaron sus vestiduras y repartiéronlas en cuatro partes, para que les cupiese á cada uno su parte. Y tomaron también la túnica, la cual no era cosida sino tejida de alto abajo. Dijeron pues entre sí los soldados: No partamos esta túnica, sino echemos suertes sobre quién se la llevará. Para que se cumpliese la Escriptura que dice: Partieron mis vestiduras entre sí, y sobre mi vestidura echaron suertes. Esto fué lo que hicieron los soldados.

Y los que pasaban por aquel camino, blasfemaban del Señor, meneando las cabezas y diciendo: Ah que destruyes el templo de Dios y en tres días lo vuelves á reedificar, hazte salvo á ti mismo. Si eres hijo de Dios, desciende de la cruz. Ansimismo los príncipes de los sacerdotes escarnescían dél, con los letrados de la ley y con los ancianos, y decían: Á otros hizo salvos, y á sí no se puede

salvar. Pues que es rey de Israel, descienda de la cruz, y creeremos en él. Tiene su esperanza en Dios, líbrelo si quiere librarlo, pues él dijo: hijo soy de Dios. Y con aquellas mismas palabras le daban en cara los ladrones que estaban crucificados con Él. Mas Jesú decía: Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen.

Y uno de los ladrones que estaban allí colgados, lo blasfemaba diciendo: Si tú eres Cristo, salva á ti y á nos. Y respondiendo el otro decía: ¿Ni aun tú temes á Dios, estando padesciendo la misma pena? Nosotros por cierto justamente padecemos, pues que recebimos el pago de nuestras obras: mas éste no ha hecho mal ninguno. Y decía á Jesús: Señor, acuérdate de mí cuando estuvieres en tu reino. Y díjole Jesús: En verdad te digo, hoy serás comigo en el paraíso.

Y estaba en pie junto á la cruz de Jesú su madre, y una hermana de su madre, que se decía María, mujer de Cleofás, y María Magdalena. Pues como viese Jesús á la madre y al discípulo que Él amaba, que asimismo estaba allí, dijo á su madre: Mujer, cata ahí tu hijo. Y luego dijo al discípulo: Cata ahí tu madre. Y desde aquella hora el discípulo la tomó por madre.

Y á la hora de nona clamó Jesús con gran voz diciendo: Elí, Elí, lamazabachthani. Que quiere decir: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste? Y alguno de los circunstantes decían: Cata que llama á Elías. Otros decían: Esperad, veamos si viene Elías á librallo.

Después desto sabiendo Jesús que ya todas las cosas eran cumplidas, porque se cumpliese la Escriptura, dijo: Sed tengo. Y estaba allí á la sazón un vaso lleno de vinagre, y ellos tomando una esponja llena del vinagre, y atándola en una caña con una rama de hisopo, pusiéronsela en la boca. Y como tomase Jesús el vinagre, dijo: Acabado es.

Y clamando otra vez con una voz grande dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y desde la hora de sexta se hicieron tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora de nona. Y el velo del templo se partió en dos partes desde lo alto hasta lo bajo, y la tierra tembló, y las piedras se partieron, y muchos cuerpos de sanctos que dormían, resuscitaron. Y estaban todos sus amigos y conocidos y las mujeres mirándolo desde lejos, entre las cuales estaban María Magdalena, y María, madre de Santiago el menor y de Josef, y Salomé, las cuales cuando el Señor estaba en Galilea

le seguían y proveían de lo necesario de sus haciendas, y otras muchas mujeres que juntamente con Él habían salido á Hierusalén.

Meditación sobre estos pasos del texto.

Venido hemos, ánima mía, al sacro monte Calvario, y llegado á la cumbre del misterio de nuestra reparación. ¡Oh cuán maravilloso es este lugar, y cuán alto! Verdaderamente ésta es casa de Dios, puerta del cielo. tierra de promisión, paraíso de deleites, y lugar de salud. Aquí está plantado el árbol de la vida, aquí está asentada aquella escalera mística que vió Jacob (1), que junta el cielo con la tierra, por donde los ángeles descienden á los hombres y los hombres suben á Dios. Éste es, oh ánima mía, lugar de oración, aquí debes adorar y bendecir al Señor y darle gracias por este sumo beneficio, diciendo así:

Adorámoste, Señor Jesucristo, y bendecimos tu sancto nombre, pues por medio desta sancta cruz redimiste el mundo. Gracias sean dadas á ti, clementísimo Salvador, porque así nos amaste y lavaste de nuestros pecados con tu sangre, y te ofreciste por nosotros en esta cruz, para que con el olor suavísimo dese noble sacrificio encendido con el fuego de tu amor satisficieses y aplacases á Dios. Bendito seas para siempre, Salvador del mundo, reconciliador de los hombres, reparador de los ángeles, restaurador de los cielos, triunfador del infierno, vencedor del demonio, autor de la vida, destruidor de la muerte, y redemptor de los que estaban en tinieblas y sombra de muerte.

Todos pues los que tenéis sed, venid á las aguas (2), y los que no tenéis oro ni plata, venid á recebir todos los bienes de balde. Los que deseáis agua de vida, ésta es aquella piedra mística herida con la vara de Moisén en el desierto (3), de la cual salieron aguas en abundancia para el pueblo sediento. Los que deseáis paz y amistad con Dios, ésta es también aquella piedra que roscio el patriarca Jacob con olio (4) y la levantó por título de amistad y paz entre Dios y los hombres. Los que deseáis vino para curar vuestras llagas, éste es aquel racimo que se trujo de la tie-

(1) Genes. 28. (2) Isai. 55. (3) Exodi 17. (4) Genes. 35.

rra de promisión á este valle de lágrimas (1), el cual agora es pisado y estrujado en el lagar de la cruz para nuestro remedio. Los que deseáis el olio de la divina gracia, éste es aquel vaso precioso de la viuda de Eliseo lleno de olio (2) con que todos hemos de pagar nuestras deudas. Y aunque el vaso paresce pequeño para tantos, no miréis á la cuantidad sino á la virtud, la cual es tan grande que mientras hobiere vasos que hinchir, siempre correrá la vena deste sagrado licuor.

Despierta pues agora, ánima mía, y comienza á pensar el misterio desta sancta cruz, por cuyo fructo se reparó el daño de aquel venenoso fructo del árbol vedado, como lo significó el Esposo á la Esposa en los Cantares cuando dijo: Debajo de un árbol te resuscité, Esposa, porque debajo de otro árbol fué corrompida tu madre (3), cuando fué engañada por la antigua serpiente.

Mira pues cómo llegado ya el Salvador á este lugar, aquellos perversos enemigos (porque fuese más vergonzosa su muerte) lo desnudan de todas sus vestiduras, hasta la túnica interior, que era toda tejida de alto á bajo sin costura ninguna. Mira pues aquí con cuánta mansedumbre se deja desollar aquel inocentísimo Cordero, sin abrir su boca ni hablar palabra contra los que así lo trataban: antes de muy buena voluntad consentía ser despojado de sus vestiduras y quedar á la vergüenza desnudo, porque con ellas se cubriese mejor que con hojas de higuera (4) la desnudez de aquéllos que por el pecado habían perdido la vestidura de la inocencia y de la gracia recibida.

Dicen algunos doctores que para desnudar al Señor esta túnica, le quitaron con grande crueldad la corona de espinas que tenía en la cabeza, y después de ya desnudo se la volvieron á poner de nuevo y á hincalle otra vez las espinas por el celebro y hacer nuevas aberturas y llagas en Él. Y es de creer cierto que usarían desta crueldad los que de otras muchas y muy extrañas usaron con Él en todo el proceso de su pasión.

Y como la túnica estaba pegada á las llagas de los azotes, y la sangre estaba ya helada y abrazada con la misma vestidura, al tiempo que se la desnudaron (como eran tan ajenos de piedad aquellos malvados) despegáronsela de golpe y con tanta fuerza, que le desollaron y renovaron todas las llagas de los azotes, de

(1) Num. 13. (2) IV Reg. 4. (3) Cant. 8. (4) Genes. 3.

tal manera que el sancto cuerpo quedó por todas partes abierto y como descortezado y hecho todo una grande llaga que por todas partes manaba sangre.

Considera pues aquí, ánima mía, la alteza de la divina bondad y misericordia que en este misterio tan claramente resplandesce. Mira cómo Aquél que viste los cielos de nubes y los campos de flores y hermosura, es aquí despojado de todas sus vestiduras. Mira cómo la hermosura de los ángeles es aquí afeada, y la alteza de los cielos humillada, y la majestad y grandeza de Dios abatida y avergonzada. Mira cómo aquella sangre real corre hilo á hilo por el celebro, y por los cabellos, y por la barba sagrada, hasta teñir y regar la tierra.

Considera el frío que padescería aquel sancto cuerpo, estando como estaba despedazado y desnudo, no sólo de sus vestiduras sino también de los cueros y de la piel, y con tantas puertas y ventanas de llagas abiertas por todo él. Y si estando Sant Pedro vestido y calzado la noche antes padescía frío, ¡cuánto mayor lo padescería aquel delicadísimo cuerpo, estando tan llagado y desnudo!

Por do parece que aunque en todo el discurso de su vida nos dió el Salvador tan maravillosos ejemplos de desnudez y pobreza, mas en la muerte se nos dió por un perfectísimo espejo desta virtud, pues allí estuvo tan pobre, que no tuvo sobre qué reclinar su cabeza, y tan desnudo, que no tuvo hilo de ropa sobre sí, sino que desnudo como entró en este mundo, así salió desnudo dél, para dar á entender que no había tomado cosa del mundo, ni se le había pegado nada dél. Conforme á este ejemplo leemos del bienaventurado Sant Francisco, verdadero imitador desta pobreza de Cristo, que al tiempo que quiso expirar, se desnudó de todo cuanto sobre sí tenía, y derribándose de la cama en el suelo, se abrazó con la tierra desnudo, para imitar en esto (como fiel siervo) la desnudez y pobreza de su Señor. Ea pues, ánima mía, aprende tú también aquí á seguir á Cristo pobre y desnudo, aprende á menospreciar todo lo que puede dar el mundo, para que merezcas abrazar al Señor desnudo con brazos desnudos, y ser unido con Él por amor que también esté desnudo, sin mezcla de otro amor.

De cómo el Señor fué enclavado en la cruz.

§ II

Después desto considera cómo el Señor fué enclavado en la cruz, y el dolor que padescería al tiempo que aquellos clavos gruesos y esquinados entraban por las más delicadas partes del más delicado de todos los cuerpos. Y mira también lo que la Virgen sentiría cuando viese con sus ojos y oyese con sus oídos los crueles y duros golpes que sobre aquellos miembros divinales tan á menudo caían.

Mira cómo luego levantaron la cruz en alto, y cómo la fueron á meter en un hoyo que para esto ternían hecho, y cómo (según eran crueles los ministros) al tiempo del asentar la dejaron caer de golpe, y así se estremecería todo aquel sancto cuerpo en el aire, y se rasgarían más las llagas, y crescerían más sus dolores.

Pues, oh Salvador y Redemptor mío, ¿qué corazón habrá tan de piedra que no se parta de dolor (pues en este día se partieron las piedras) considerando lo que padesces en esa cruz? Cercado te han, Señor, dolores de muerte, y embestido han sobre ti las olas de la mar, atollado has en el profundo de los abismos, y no hallas sobre qué estribar. El Padre te ha desamparado. ¿Qué esperas, Señor mío, de los hombres? Los enemigos te dan grita, los amigos te quiebran el corazón, tu ánima está afligida, y no admites consuelo por mi amor. Duros fueron cierto mis pecados, y tu penitencia lo declara. Véote, Rey mío, cosido con un madero, no hay quien sostenga tu cuerpo sino tres garfios de hierro, dellos cuelga tu sagrada carne sin tener otro refrigerio. Cuando cuelga el cuerpo sobre los pies, desgárranse las heridas de los pies con los clavos que tienen atravesados: cuando lo cargas sobre las manos, desgárranse las heridas de las manos con el peso del cuerpo. No se pueden socorrer los miembros unos á otros sino con igual perjuicio. Pues la sancta cabeza atormentada y enflaquecida con la corona de espinas, ¿qué almohada la sosternía? ¡Oh cuán bien empleados fueran allí vuestros brazos, serenísima Virgen, para este oficio! Mas no servirán agora allí los vuestros, sino los de la cruz. Sobre ellos se reclinará la sagrada cabeza cuando

quisiere descansar, y el refrigerio que dellos recibirá, será hincarse más las espinas por el celebro. Sobre todo esto, veo esas cuatro llagas principales como cuatro fuentes que están siempre manando sangre: veo el suelo encharcado y arroyado de sangre: veo ese tan precioso licuor hollado y derramado sobre la tierra, dando voces y clamando mejor que la sangre de Abel (1), pues aquélla pedía venganza contra el homicida, mas ésta pide perdón para los pecadores.

De la compasión del Hijo á la madre y de la madre al Hijo en la cruz.

§ III

CRESCIERON los dolores del Hijo con la presencia de la madre, con los cuales no menos estaba su corazón crucificado de dentro, que el sagrado cuerpo lo estaba de fuera. Dos cruces hay para ti, oh buen Jesú, en este día: una para el cuerpo, y otra para el ánima: la una es de pasión, y la otra de compasión. La una traspasa el cuerpo con clavos de hierro, y la otra tu ánima sanctísima con clavos de dolor. ¿Quién podrá, oh buen Jesú, declarar lo que sentías cuando considerabas las angustias de aquella ánima sanctísima, la cual tan de cierto sabías contigo estar crucificada en la cruz: cuando veías aquel piadoso corazón traspasado y atravesado con cuchillo de dolor: cuando tendías los ojos sangrientos, y mirabas aquel divino rostro cubierto de amarillez de muerte, y aquellas angustias de su ánimo sin muerte ya más que muerto, y aquellos ríos de lágrimas que de sus purísimos ojos salían, y oías los gemidos que se arrancaban de aquel sagrado pecho, exprimidos con el peso de tan grave dolor? Verdaderamente mucho más atormentaba esta cruz invisible tu piadoso corazón, que la otra en que penaba tu cuerpo.

Y ¿quién otrosí podrá, oh bendita madre, declarar la grandeza de los dolores y ansias de tus entrañas, cuando veías morir con tan graves tormentos al que viste nascer con tanta alegría: cuando veías escarnecido y blasfemado de los hombres Aquél que allí viste alabado de ángeles y adorado de reyes: cuando veías

(1) Gen. 4.

aquel sancto cuerpo que tú tratabas con tanta reverencia, y criaste con tanto regalo, tan mal tratado y atormentado de los malos: cuando mirabas aquella divina boca que tú con leche del cielo recreaste, amargada con hiel y vinagre, y aquella divina cabeza que tú tantas veces en tus virginales pechos reclinaste, ensangrentada y coronada de espinas? ¡Oh cuántas veces alzabas los ojos á lo alto para mirar aquella divinal figura, que tantas veces alegró tu ánima mirándola, y se volvían los ojos del camino, porque no podía sufrir su vista la ternura de tu corazón!

Pues ¿qué lengua podrá declarar la grandeza deste dolor? Si las ánimas que verdaderamente aman á Cristo, cuando contemplan estos dolores ya pasados, tan tiernamente se compadecen dél, ¡qué harías tú, siendo madre y más que madre, viendo de presente con tus ojos padescer á tal hijo tal pasión! Si aquellas mujeres que acompañaban al Señor cuando caminaba con la cruz, sin habelle nada ni tenelle parentesco, lloraban y lamentaban por vello ir con tan lastimera figura, ¡cuáles serían tus lágrimas cuando vieses á quien tanto te tocaba, no sólo llevando la cruz á cuestas, sino enclavado ya y levantado en la misma cruz!

Y con ser tan grandes estos dolores, no rehusaste, Virgen bendita, la compañía de la cruz, ni le volviste las espaldas, sino allí estuviste junto á ella, y no caída ni derribada, sino en pie como coluna de fortaleza, contemplando con inestimable dolor al hijo en la cruz, para que así como Eva mirando con deleite aquel fructo y árbol de muerte entrevino en la perdición del mundo, así tú mirando con tan grande amargura el fructo de vida que de aquel árbol pendía, entrevenieses en el remedio del mundo.

De la doctrina que se aprende al pie de la cruz,
de F. Baptista de Crema.

§ IV

Estaba (dice el Evangelista) junto á la cruz la madre de Jesú, y la hermana de su madre María, mujer de Cleofás, y María Magdalena. ¡Quién me diese agora que en compañía destas bienaventuradas tres Marías estuviese yo siempre al pie de la cruz! Oh bienaventuradas Marías, ¿quién os ha hecho estar tan fijas al pie de la cruz? ¿Qué cadena es ésa que así os tiene atadas

con ese árbol sagrado? ¡Oh Cristo muerto, que mortificas los vivos y das vida á los muertos! Oh vosotros, ángeles del Paraíso, no os indignéis contra mí (aunque pecador y malo) si me atreviere á llegar á esta sancta compañía, porque el amor me trae y el amor me fuerza á abrazarme con esta cruz. Si estas tres Marías no quieren partirse de la cruz, ¿dónde me partiré yo, pues en ella está toda mi salud? Primero se resfriará el fuego, y el agua naturalmente se calentará, que mi corazón se aparte desta cruz, mientras yo entendiere lo que el amor me ha dicho, cuán grande bien sea estar siempre al pie de la cruz. Oh cruz, tú atraes á ti más fuertemente los corazones, que la piedra imán al hierro: tú alumbras más claramente los entendimientos, que el sol los ojos: tú abrasas más encendidamente las ánimas, que el fuego los carbones. Atráeme pues á ti, oh sancta cruz, fuertemente, alúmbrame continuamente, inflámame poderosamente, para que mi pensamiento nunca se parta de ti. Y tú, oh buen Jesú, alumbra, Señor, mis ojos para que te sepa yo mirar en esa cruz, porque no sólo contemple los crueles dolores que por mí padesciste, para compadecerme dellos, sino también los ejemplos de tan maravillosas virtudes como ahí me descubriste, para poder imitallos.

Pues, oh maestro del mundo, oh médico de las ánimas, aquí me llego al pie de tu cruz á presentarte mis llagas. Cúrame, Dios mío, y enséñame lo que debo hacer. Conózcome, Señor, por muy sensual y amigo de mí mismo, y veo que esto impide mucho mi aprovechamiento. Muchas veces por tomar mis recreaciones y pasatiempos, ó por temor del trabajo del ayunar ó madrugar, pierdo los piadosos y devotos ejercicios, los cuales perdidos, yo me pierdo. Esta sensualidad mía me es importuna: querría comer y beber delicadamente á sus horas y tiempo: querría después de las comidas y cenas tener sus pláticas y recreaciones: huélgase aquella hora de pasear por los verjeles y tomar allí su refrigerio. Enséñame tú, Salvador mío, lo que yo debo hacer por tu ejemplo. ¡Oh cuánta confusión es para mí ver cómo tú trataste ese más delicado de todos los cuerpos! En medio de las agonías y dolores de muerte no le diste otra comida ni otra letuario sino aquel que hicieron aquellos crueles boticarios, de hiel y vinagre confícionado. ¿Quién terná de aquí adelante lengua para quejarse que le den la comida fría, ó salada, ó mal aderezada, ó que se la den tarde ó temprano, viendo la mesa que pusieron á ti, Dios

mío, en tiempo de tanta necesidad? En lugar de los donaires y pláticas que yo busco en mis cenas y convites, los donaires que tú tenías eran las voces de los que meneando sus cabezas te escarnecían y blasfemaban, diciendo: ¡Ah, que destruyes el templo de Dios, y en tres días lo vuelves á reedificar! Ésta era la música de tu comida, y el pasear del verjel era estar enclavado de pies y manos en la cruz, aunque otro verjel hobo donde fuiste acabada la cena, mas no á pasear sino á orar, no á tomar aire sino á derramar sangre, no á recrearte sino á entristecerte y estar puesto en agonía de muerte. Pues ¿qué diré de los otros refrigerios de tu carne bendita? La mía quiere la cama blanda, la vestidura preciosa y la casa grande y espaciosa. Dime tú, oh amor sancto, ¿cuál es tu cama, cuál es tu casa, y cuál tu vestidura? Tu vestidura es la desnudez y una púrpura de escarnio. Tu casa es estar en público al sol y al aire, y si otra busco, es un establo de bestias. Las raposas tienen cuevas y los pájaros del cielo nidos (1), y tú, Criador de todas las cosas, no tienes sobre qué reclinar la cabeza. Oh curiosidades y demasías, ¿cómo sois vosotras acogidas en tierras de cristianos? Ó bien seamos cristianos, ó bien desechemos de nosotros todos estos regalos y demasías, pues nuestro Señor y Maestro no sólo desechó de sí todo lo demasiado, sino también lo necesario.

La cama, Señor mío, me queda por ver qué tal es. Dime, oh dulcísimo Señor, ¿dónde yaces (2), dónde duermes al medio día? Aquí me pongo á tus pies: enséñame lo que debo hacer, porque esta sensualidad mía no quiere bien entender el lenguaje de tu cruz. Yo deseo la cama blanda, y si despierto á la hora del rezar, déjome vencer de la pereza y aguardo al sueño de la mañana por dar á mi cabeza reposo. Dime tú, Señor, ¿qué reposo tuviste en aquella cama de la cruz? Cuando estabas ya cansado de estar acostado sobre un lado, ¿cómo te volvías del otro para mejor descansar? ¿Aquí no revienta el corazón? ¿Aquí no muere toda sensualidad? ¡Oh consuelo de pobres! ¡Oh confusión de ricos! ¡Oh esfuerzo de penitentes! ¡Oh condenación de regalados y sensuales! Ni la cama de Jesucristo es para vosotros, ni su gloria. Dame, Señor, gracia para que á ejemplo tuyo mortifique yo esta mi sensualidad: y si no me la das, suplícote que se acabe en esta hora mi

(1) Math. 8. (2) Cant. 1.

vida, porque no se sufre que estando tú en esa cruz recreado con hiel y vinagre, busque yo sabores y regalos en esta vida, y estando tú tan pobre y desnudo, ande yo perdido tras de los bienes del mundo, y teniendo tú por cama un madero, busque yo la cama blanda y el regalo de mi cuerpo.

Avergüénzate pues, oh ánima mía, mirando al Señor en esta cruz, y haz cuenta que desde ella te predica y te castiga, diciendo: Oh hombre, Yo por ti recibí una corona de espinas, y ¿tú traes en desprecio mío una guirnalda de flores? Yo por ti extendí mis manos en la cruz, y ¿tú las extiendes á los placeres y bailes? Yo no tuve muriendo una gota de agua, y ¿tú buscas preciosos vinos y manjares? Yo estuve en la cruz y en toda la vida que viví, lleno de deshonras y dolores, y ¿tú andas toda la tuya perdido tras de las honras y deleites? Yo me dejé abrir el costado para darte mi corazón, y ¿tú tienes el tuyo abierto para vanos y peligrosos amores?

De la paciencia que hemos de tener en los trabajos, á imitación de Cristo.

§ V

Enseñado me has, Señor, dende esa cátedra las leyes de la templanza: enséñame también agora las de la paciencia, que me es mucho necesaria. Curado has la parte concupicible de mi ánima: cura también la iracible, pues tu cruz es medicina de todo el hombre, y las hojas de ese árbol sagrado son sanidad de la gentes. Algunas veces he dicho entre mí: No querría airarme con nadie, con todos querría tener paz, y para esto me parece que sería bien huir de toda compañía por excusar todas las ocasiones de turbación. Mas agora conozco en esto mi flaqueza, porque no es vencer la ira huir de la compañía, sino encubrir la imperfección. Quiero pues de aquí adelante estar aparejado para hacer vida no solamente con los buenos sino también con los malos, y tener paz con los que aborrecen la paz. Yo propongo de lo hacer así: dame tú, Dios mío, la gracia para que lo pueda cumplir. Si me quitaren la hacienda, no por eso me entristezca yo, pues te veo en esa cruz tan despojado y desnudo. Si me quitaren la honra,

tampoco eso me haga perder la paz, pues ahí te veo tan deshonrado y abatido. Si me faltaren los amigos, no por eso me confunda yo, pues ahí te veo solo y desamparado, no sólo de tus discípulos y amigos, sino también de tu mismo Padre. Y si de ti me pareciere alguna vez que soy desamparado, no por eso pierda la confianza, pues no la perdiste tú, que acabando de decir: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste? luego encomendaste tu espíritu en las manos de Aquél que te había desamparado. Pues yo os llamo desde aquí á todas las angustias y persecuciones que vengáis á dar sobre mí, pues no me podéis hacer otro mal que darme ocasión para ser imitador de mi Señor Jesucristo.

Mas, oh Señor mío, si los trabajos fueren largos y prolijos, ¿con qué me consolaré? Porque los tuyos, aunque fueron grandes, parece que fueron breves, porque aun no duró veinte horas todo el martirio de tu pasión. Pues el que ha diez años que está en una cama, ó en una cárcel, ó en continuas necesidades y guerras dentro de su misma casa, ¿qué consuelo hallará en ti para tan luenga contienda? Responde, Señor mío, á esta pregunta, pues tú eres la palabra y la sabiduría del Padre. Dime si eres tú el consuelo universal de todos los males, aunque sean prolijos, ó si hemos de buscar para éstos otro consolador. Ciertamente no es menester otro consuelo sino tú. Porque sin dubda esa cruz en que padesces, no fué martirio de un solo día, sino de toda la vida. Porque dende la misma hora y punto de tu sanctísima concepción se te puso delante así la cruz como todo lo que en ella habías de padescer, y siempre la trujiste ante los ojos todos los días que viviste. Porque así como todas las cosas pasadas y venideras estaban presentes á tu divino entendimiento, así también lo estaban todos los martirios y instrumentos de tu pasión. Allí estaba la cruz, y los clavos, y los azotes, y las espinas, y la lanza cruel: allí estaban todos estos cuchillos tan presentes como cuando los viste con tus ojos el mismo viernes de la cruz. Nosotros por recios males que padezcamos, siempre tenemos alguna hora de reposo, cuando la medicina ó el alivio ó el sueño nos la da: mas tu pena siempre fué continua, sin ninguna hora libre de pasión. Y aunque esta pena no te atormentara, bastaba para continuo tormento el celo de la honra del Padre y de la salud de nuestras ánimas, el cual de verdad comía y despedazaba tu corazón, y te era más cruel martirio que el de la misma muerte. Juntábase con esto la obstinación de aquel

pueblo rebelde, y la dureza de todos los otros pecadores, para cuyo remedio fuiste enviado: los cuales no habían de querer aprovecharse deste beneficio ni reconocer el tiempo de su visitación. De aquí nascieron aquellas piadosas lágrimas que derramaste sobre Hierusalén (1), y de aquí aquella queja que diste por Isaías diciendo (2): Yo dije: en vano he trabajado, de balde y sin causa he gastado mi fortaleza.

Pues aquí tienes, ánima mía, con quién te acompañar y consolar en los largos trabajos: porque aunque los trabajos postrimeros de aquel sancto cuerpo fueron breves, los de su piadoso corazón y ánima fueron continuos y largos.

EL SÁBADO POR LA MAÑANA

El sábado por la mañana se ha de contemplar la lanzada que se dió al Salvador, y el descendimiento de la cruz, con el llanto de nuestra Señora, y oficio de la sepultura.

El texto de los Evangelistas dice así:

En aquel tiempo los judíos (porque era Pascua) no queriendo que los cuerpos se quedasen en la cruz el día del sábado, porque era muy solemne aquel día del sábado, rogaron á Pilato que les quebrasen las piernas y los quitasen de la cruz. Vinieron pues los soldados, y quebraron las piernas del primero de los crucificados, y luego del otro. Y como viniesen á Jesú y lo viesen ya muerto, no le quebrantaron las piernas, sino uno de los soldados abrió con una lanza su costado, y luego salió sangre y agua. Y el que lo vió, da dello testimonio, y sabemos que su testimonio es verdadero.

Y como se llegase ya la tarde, vino Josef de Arimatía, noble caballero, el cual esperaba también el reino de Dios, y osadamente entró á Pilato, y pidió el cuerpo de Jesú. Y Pilato maravillóse que ya fuese muerto. Y llamando al centurión, preguntóle si ya era muerto. Y como supiese dél que lo era, concedió á Josef el cuerpo. Vino también con él Nicodemus, aquél que había venido á hablar á Jesú de noche: el cual traía cuasi cient libras de

(1) Luc. 19. (2) Isai. 49.

ungüento, hecho de mirra y áloe. Y Josef compró una sábana: y abajándolo de la cruz, envolviéronlo en aquel lienzo con aquellos olores, según que los judíos tienen por costumbre sepultar los muertos. Y había en aquel lugar donde lo crucificaron, un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo donde ninguno había sido sepultado. Allí pues, por razón de la Pascua de los judíos (porque estaba cerca la sepultura) pusieron á Jesú. Y María Magdalena y María, mujer de Josef, miraban el lugar donde lo ponían.

Meditación sobre estos pasos del texto.

Hasta aquí has celebrado, ánima mía, la muerte y los dolores del Hijo: tiempo es ya que comiences á celebrar y lamentar los de la madre. Pues para esto, asiéntate agora un poco á los pies del profeta Hieremías, y tomándole las palabras de la boca, con amargo y doloroso corazón sospirando di así (1): ¿Cómo quedas agora sola, innocentísima Virgen? ¿Cómo quedas viuda, la Señora del mundo, y sin tener ninguna culpa te han hecho tributaria de tanta pena? Oh Virgen sanctísima, querría consolarte, y no sé cómo. Querría aliviar un poco la grandeza de tus dolores, y no sé por qué camino. Reina del cielo, si la causa de tus dolores eran los de tu Hijo bendito y no los tuyos (porque más amabas á Él que á ti) ya han cesado sus dolores, pues el cuerpo ya no padesce, y su ánima es ya del todo gloriosa. Cese pues la muchedumbre de tus gemidos, pues cesó la causa de tu dolor. Lloraste con el que lloraba: justo es que goces agora con el que ya se goza. Ciérrense las fuentes desos purísimos ojos, más claros que las aguas de Hesebón, y agora turbios y escurecidos con la lluvia de tantas lágrimas (2). Aplacada es ya la ira del Señor con el sacrificio del verdadero Noé (3): cese pues el diluvio de tus sacratísimos ojos, y esclarézcase la tierra con nueva serenidad. Salida es ya la paloma del arca: señales traerá cuando vuelva de la clemencia divina. Alégrate con esta esperanza, y cesen ya tus gemidos. El mismo Hijo tuyo pone silencio á tus clamores, y te convida á nueva alegría en sus Cantares diciendo así (4): El invierno es ya pasado, las lluvias y los torbellinos han cesado, las

(1) Thren. 1. (2) Cant. 7. (3) Gen. 8. (4) Cant. 2.

flores han aparescido en nuestra tierra: levántate, querida mía, hermosa mía y paloma mía, que moras en los agujeros de la piedra y en las aberturas de la cerca, que es en las heridas y llagas de mi cuerpo: deja agora esa morada, y ven comigo.

Bien veo, Señora, que no basta nada desto para consolaros, porque no se ha quitado sino trocado vuestro dolor. Acabóse un martirio, y comienza otro: renuévanse los verdugos de vuestro corazón: idos unos, suceden otros con nuevos géneros de tormentos, para que con tales mudanzas se os doble el tormento de la pasión. Hasta aquí llorábades sus dolores, agora su muerte: hasta aquí su pasión, agora vuestra soledad: hasta aquí sus trabajos, agora su absencia: una ola pasó, y otra viene á dar de lleno en lleno sobre vos, de manera que el fin de su pena es comienzo de la vuestra.

Y como si esta pena fuera pequeña, veo que os aparejan otra no menor. Cerrad, Señora mía, cerrad los ojos, y no miréis aquella lanza que va enristrada por el aire, á dónde va á parar. Cumplido es ya vuestro deseo: escudo sois hecha de vuestro Hijo, pues aquel golpe á vos hiere, y no á Él. Deseábades los clavos y las espinas, eso era para su cuerpo, la lanzada se guardaba para vos. ¡Oh crueles ministros! ¡Oh corazones de fierro! ¿Y tan poco os paresce lo que ha padescido el cuerpo vivo, que no lo queréis perdonar aun después de muerto? ¿Qué rabia de enemistad hay tan grande que no se aplaque cuando ve el enemigo ya muerto delante sí? Alzad un poco esos crueles ojos, y mirad aquella cara mortal, aquellos ojos defunctos, aquel caimiento de rostro, y aquella amarillez y sombra de muerte: que aunque seáis más duros que el hierro, y que el diamante, y que vosotros mismos, viéndolo, os amansaréis. ¿Por qué no os contentáis con las heridas del Hijo, sino que también queréis herir á la madre? Á ella herís con esa lanza, á ella tira ese golpe, á sus entrañas amenaza la punta dese hierro cruel.

Llega pues el ministro con la lanza en la mano, y atreviésala con gran fuerza por los pechos desnudos del Salvador. Estremecióse la cruz en el aire con la fuerza del golpe, y salió de allí agua y sangre con que se lavan los pecados del mundo. ¡Oh río que sales del paraíso, y riegas con tus corrientes toda la sobrehaz de la tierra! ¡Oh llaga del costado precioso, hecha más con el amor de los hombres que con el hierro de la lanza cruel! ¡Oh

puerta del cielo, ventana del paraíso, lugar de refugio, torre de fortaleza, sanctuario de los justos, sepultura de peregrinos, nido de las palomas sencillas, y lecho florido de la esposa de Salomón! Dios te salve, llaga del costado precioso, que llagas los devotos corazones, herida que hieres las ánimas de los justos, rosa de inefable hermosura, rubí de precio inestimable, entrada para el corazón de Cristo, testimonio de su amor, y prenda de la vida perdurable. Por ti entran los animales á guarecerse del diluvio en el arca del verdadero Noé, á ti se acogen los tentados, en ti se consuelan los tristes, contigo se curan los enfermos, por ti entran al cielo los pecadores, y en ti duermen y reposan dulcemente los desterrados y peregrinos. ¡Oh fragua de amor, casa de paz, tesoro de la Iglesia, y vena de agua viva, que salta hasta la vida eterna! Ábreme, Señor, esa puerta, recibe mi corazón en esa tan deleitable morada, dame por ella paso á las entrañas de tu amor, beba yo desta dulce fuente, sea yo lavado con esa sancta agua y embriagado con ese tan precioso licuor. Adormezcase mi ánima en este pecho sagrado, olvide aquí todos los cuidados del mundo, aquí duerma, aquí coma, aquí cante dulcemente con el profeta, diciendo: Ésta es mi morada en los siglos de los siglos: aquí moraré, porque esta morada escogí (2).

Del descendimiento de la cruz y llanto de la Virgen.

§ II

Después desto considera cómo fué quitado aquel sancto cuerpo de la cruz, y recibido en los brazos de la Virgen. Llegan pues el mismo día sobre tarde aquellos dos sanctos varones Josef y Nicodemus, y arrimadas sus escaleras á la cruz, descienden en brazos el cuerpo del Salvador. Como la Virgen vió que acabada ya la tormenta de la cruz, llegaba el sagrado cuerpo á tierra, aparéjase ella para darle puerto seguro en sus pechos, y recibirlo de los brazos de la cruz en los suyos. Pide pues con grande humildad á aquella noble gente que pues no se había despedido de su Hijo ni recibido dél los postreros abrazos en la cruz

(1) Psalm. 131.

al tiempo de su partida, que la dejen agora llegar á Él, y no quieran que por todas partes crezca su desconsuelo, si habiéndoselo quitado por un cabo los enemigos vivo, agora los amigos se lo quitan muerto. ¡Oh por todas partes desconsolada Señora! Porque si te niegan lo que pides, desconsolarte has: y si te lo dan (como lo pides) no menos te desconsolarás. No tienen tus males consuelo sino en sola tu paciencia. Si por una parte quieres excusar un dolor, por otra parte se dobla. Pues ¿qué haréis, sanctos varones? ¿Qué consejo tomaréis? Negar á tales lágrimas y á tal señora cosa que pida, no conviene: y darle lo que pide, es acabarle la vida. Teméis por una parte desconsolarla, y teméis por otra no seáis por ventura homicidas de la madre, como fueron los enemigos del Hijo. Finalmente vence la piadosa porfía de la Virgen, y paresció á aquella noble gente (según eran grandes sus gemidos) que sería mayor crueldad quitarle el Hijo que quitarle la vida, y así se lo hobieron de entregar.

Pues cuando la Virgen lo tuvo en sus brazos, ¿qué lengua podrá explicar lo que sintió? Oh ángeles de la paz, llorad con esta sagrada Virgen, llorad cielos, llorad estrellas del cielo, y todas las criaturas del mundo acompañad el llanto de María. Abrázase la madre con el cuerpo despedazado, apriétalo fuertemente en sus pechos (para solo esto le quedaban fuerzas) mete su cara entre las espinas de la sagrada cabeza, júntase rostro con rostro, tíñese la cara de la madre con la sangre del Hijo, y riégase la del Hijo con las lágrimas de la madre. Oh dulce madre, ¿es ése por ventura vuestro dulcísimo Hijo? ¿Es ése el que concebistes con tanta gloria, y paristes con tanta alegría? Pues ¿qué se hicieron vuestros gozos pasados? ¿Dónde se fueron vuestras alegrías antiguas? ¿Dónde está aquel espejo de hermosura, en quien vos os mirábades? Ya no os aprovecha miralle á la cara, porque sus ojos han perdido la luz. Ya no os aprovecha darle voces y hablarle, porque sus orejas han perdido el oir. Ya no se menea la lengua que hablaba las maravillas del cielo, ya están quebrados los ojos que con su vista alegraban al mundo. ¿Cómo no hablas agora, Reina del cielo? ¿Cómo han atado los dolores vuestra lengua? La lengua estaba enmudescida, mas el corazón allá dentro hablaría con entrañable dolor al Hijo dulcísimo, y le diría:

¡Oh vida muerta! ¡Oh lumbre escurecida! ¡Oh hermosura afeada! ¿Y qué manos han sido aquéllas que tal han parado vuestra

divina figura? ¿Qué corona es ésta que mis manos hallan en vuestra cabeza? ¿Qué herida es ésta que veo en vuestra costado? Oh Sumo Sacerdote del mundo, ¿qué insignias son éstas que mis ojos ven en vuestro cuerpo? ¿Quién ha borrado el traslado de la gloria del Padre? ¿Quién ha manchado el espejo y hermosura del cielo? ¿Quién ha desfigurado la cara de todas las gracias? ¿Éstos son aquellos ojos que escurecían al sol con su hermosura? ¿Éstas son las manos que resuscitaban los muertos á quien tocaban? ¿Ésta es la boca por do salían los cuatro ríos del Paraíso? ¿Tanto han podido las manos de los hombres contra Dios? Hijo mío y sangre mía, ¿de dónde se levantó á deshora esta fiera tempestad? ¿Qué ola ha sido ésta que así te me ha llevado? Hijo mío, ¿qué haré sin ti? ¿Adónde iré? ¿Quién me remediará? Los padres y los hermanos afligidos venían á rogarte por sus hijos y por sus hermanos defuntos, y Tú con tu infinita virtud y clemencia los consolabas y socorrías. Mas yo que veo muerto á mi hijo y mi padre y mi hermano y mi Señor, ¿á quién rogaré por Él? ¿Quién me consolará? ¿Dónde está el buen Jesú Nazareno, hijo de Dios vivo, que consuela á los vivos y da vida á los muertos? ¿Dónde está aquel grande Profeta poderoso en obras y palabras?

Hijo, antes de agora descanso mío y agora cuchillo de mi dolor, ¿qué heciste por que los judíos te crucificasen? ¿Qué causa hobo para darte tal muerte? ¿Éstas son las gracias de tantas buenas obras? ¿Éste es el premio que se da á la virtud? ¿Ésta es la paga de tanta doctrina? ¿Hasta aquí ha llegado la maldad del mundo, hasta aquí la malicia del demonio, hasta aquí la bondad y clemencia de Dios? ¿Tan grande es el aborrescimiento que Dios tiene contra el pecado? ¿Tánto fué menester para satisfacer por la culpa de uno? ¿Tan grande es el rigor de la divina justicia? ¿En tánto tiene Dios la salud de las ánimas?

Oh dulcísimo hijo mío, ¿qué haré sin ti? Tú eras mi hijo, mi padre, mi esposo, mi maestro y toda mi compañía. Agora quedo huérfana sin padre, madre sin hijo, viuda sin esposo, y sola sin tal maestro y tan dulce compañía. Ya no te veré más entrar por mis puertas cansado de los discursos y predicación del Evangelio. Ya no alimpiaré más el sudor de tu rostro asoleado y fatigado de los caminos y trabajos, Ya no te veré más asentado á mi mesa comiendo y dando de comer á mi ánima con tu divina presencia. Ya no me veré más á tus pies oyendo las palabras de tu

dulce boca, ni sonará más en mis orejas la dulce voz de madre, ni de mujer, ni de María. Fenecida es ya mi gloria: hoy se acaba mi alegría y comienza mi soledad.

Hijo, ¿no me habláis? Oh lengua del cielo, que á tantos consolastes con vuestras palabras, á tantos distes habla y vida, ¿quién os ha puesto tanto silencio que no habléis á vuestra madre? ¿Cómo no me dejáis siquiera alguna manda, con que yo me consuele? Yo la tomaré con vuestra licencia. Esta corona real será la manda: destos clavos y desta lanza quiero ser vuestra heredera. Estas joyas tan preciosas guardaré yo siempre en mi corazón: allí estarán hincados vuestros clavos, allí estará guardada vuestra corona, vuestros azotes y vuestra cruz. Éste es el mayorazgo que yo elijo para mí, mientras me durare la vida.

¡Cómo dura poco el alegría en la tierra, y cómo se siente mucho el dolor después de mucha prosperidad! Oh Betleén y Hierusalén, ¡cuán diferentes días he llevado en vosotros! ¡Qué noche fué aquélla tan clara, y qué día éste tan escuro! ¡Qué rica entonces, y qué pobre agora! No podía ser pequeña la caída de tan grande felicidad. Oh ángel bienaventurado, ¿dónde están agora aquellas tan grandes alabanzas de la antigua salutación? No era vana mi turbación ni mi temor en aquella hora, porque á grandes alabanzas por fuerza es que se ha de seguir ó gran caída, ó grande cruz. No quiere el Señor que estén sus dones ociosos: nunca da honra sin carga, ni mayoría sin servidumbre, ni mucha gracia sino para mucho trabajo. Entonces me llamaste llena de gracia: agora estoy llena de dolor. Entonces bendita entre las mujeres: agora la más afligida de las mujeres. Entonces dijiste: El Señor es contigo: agora también está comigo, mas no vivo sino muerto, como lo tengo en mis brazos.

Oh dulce Redemptor mío, ¿fué alguna culpa tenerte yo en mis brazos con tanta alegría recién nascido, por do viniese agora á tenerte en ellos tan atormentado? ¿Fué algún pecado recibir tanto gozo en darte la dulce leche de mis pechos, por que agora me hayas querido dar á beber un cáliz de tanta amargura? ¿Fué algún yerro mirarme yo en tu rostro como en un espejo luciente, por que agora has querido que te vea yo tan afeado y atormentado? ¿Fué algún delicto amarte tanto, por que agora has querido que el amor se me hiciese verdugo, y que tanto más padesciese cuanto más te amo?

¡Oh Padre Eterno, oh amador de los hombres, piadoso para con ellos y para con vuestro hijo riguroso! Vos sabéis cuán grandes sean las olas y tempestad de mi corazón. Vos sabéis que cuantos azotes y heridas ha recibido este sancto cuerpo, tantas muertes ha llevado este corazón. Mas con todo esto yo la más afligida de todas las criaturas os doy gracias infinitas por este dolor. Bástame quererlo Vos, para que yo me consuele. De vuestra mano, aunque sea el cuchillo, lo meteré yo en mis entrañas. Por los favores y por los dolores igualmente os doy las gracias. Por el usofruto de vuestros bienes, de que hasta aquí he gozado, os bendigo: y porque agora me lo quitáis, no me indigno, sino antes os vuelvo vuestro depósito con hacimiento de gracias. Por lo uno y por lo otro os bendigan los ángeles, y mis lágrimas también con ellos os bendigan. Mas suplícoos, Padre mío, si Vos dello sois servido, os deis por contento con treinta y tres años de martirio que hasta aquí se han pasado. Vos sabéis que dende el día que aquel sancto Simeón me anunció este martirio, se echó acíbar en todos mis placeres, y dende entonces traigo este día atravesado en el corazón. En medio de mis alegrías me salteaba siempre la memoria deste dolor, y nunca tuve gozo tan puro que no se aguase con los dolores y temores deste día. Bien sé que todo esto fué encaminado por vuestra providencia, y que Vos quisistes que dende entonces tuviese yo conoscimiento deste misterio, para que así como el hijo trujo siempre la cruz ante los ojos dende el día de su concepción, así también la trujese la madre. Así queréis Vos que los vuestros en esta vida siempre padezcan, y en este valle de lágrimas no queréis que sean grandes ni perpetuas nuestras alegrías, aunque sean en Vos. Pues, oh Rey mío, habed ya por bien que sea éste el postrero de mis martirios, si Vos dello sois servido: y si no, hágase en esto y en todo vuestra divina voluntad. Si para una mujer os paresce poco un martirio, bien sabéis Vos que tantas veces he sido mártir cuantas fué herido el cuerpo de mi Salvador. Ya se acabaron sus martirios, y el mío viéndolo se renueva. Mandad á la muerte que vuelva por los despojos que dejó, y lleve á la madre con el hijo á la sepultura. ¡Oh dichosa sepultura, que has sucedido en mi oficio, y la corona que á mí quitan, á ti la dan, pues encerrarás dentro de ti al que tuve yo encerrado en mis entrañas! Mis huesos se alegrarían, si allí se viesen, y allí sería de verdad mi vida en la sepultura. El corazón y ánima, que

yo puedo, yo la sepultaré: mas Vos también, Señor mío, el cuerpo, que yo no puedo sin Vos. Oh muerte, ¿por qué eres tan cruel, que me apartas de aquél, en cuya vida está la mía? Más cruel eres á las veces en perdonar que en matar. Piadosa fueras para mí, si nos llevaras á entrambos: mas agora fuiste cruel en matar al hijo, y más cruel en perdonar á la madre.

Tales palabras en su corazón diría la Virgen, y semejantes las dirían aquellas sanctas Marías que la acompañaban. Lloraban todos los que presentes estaban, lloraban aquellas sanctas mujeres, lloraban aquellos nobles caballeros, lloraba el cielo y la tierra, y todas las criaturas acompañaban las lágrimas de la Virgen.

Lloraba otrosí el sancto Evangelista, y abrazado con el cuerpo de su Maestro le decía: Oh buen Maestro y Señor mío, ¿quién me enseñará ya de aquí adelante? ¿Á quién iré con mis dubdas? ¿En cúyos pechos descansaré? ¿Quién me dará parte de los secretos del cielo? ¿Qué mudanza ha sido ésta tan extraña? Antenoche me tuviste en tus sagrados pechos dándome alegría de vida, y ¡agora te pago aquel tan grande beneficio teniéndote en los míos muerto! ¿Éste es el rostro que yo vi transfigurado en el monte Tabor? ¿Ésta es aquella figura más clara que el sol del medio día?

Lloraba también aquella sancta que fué pecadora, y abrazada con los pies del Salvador decía: Oh lumbre de mis ojos y remedio de mi ánima, si me viere fatigada de los pecados, ¿quién me recibirá? ¿Quién curará mis llagas? ¿Quién responderá por mí? ¿Quién me defenderá de los fariseos? ¡Oh cuán de otra manera tuve yo estos pies, y los lavé, cuando en ellos me recibiste! Oh amado de mis entrañas, ¡quién me diese agora que yo muriese contigo! Oh vida de mi ánima, ¿cómo puedo decir que te amo, pues estoy viva teniéndote delante de mis ojos muerto?

Desta manera lloraban y lamentaban toda aquella sancta compañía, regando y lavando con lágrimas el cuerpo sagrado. Llegada pues ya la hora de la sepultura, envuelven el sancto cuerpo en una sábana limpia, atan su rostro con un sudario, y puesto encima de un lecho, caminan con él al lugar del monumento, y allí depositan aquel precioso tesoro. El sepulcro se cubrió con una losa, y el corazón de la madre con una escura niebla de tristeza. Allí se despide otra vez de su hijo, allí comienza de nuevo á sentir su soledad, allí se ve ya desposeída de todo su bien, y allí se le queda el corazón sepultado, donde quedaba su tesoro.

Aquí se declara por qué la sagrada Virgen y por qué todos los justos son afligidos en esta vida con diversas tribulaciones.

§ III

Oh Padre eterno, ya que por tu infinita bondad y misericordia quisiste que así padesciese tu bendito Hijo por nuestros pecados, ¿por qué quieres que padezca también esta sagrada Virgen, que ni por los pecados ajenos merece muerte (pues basta la del hijo) ni tampoco por los suyos, pues no los tiene? ¡Cuán fácilmente se pudiera templar este trabajo si en aquella sazón se hallara fuera de Hierusalem, donde no viera con sus ojos al hijo morir, ni creciera tanto su dolor con la vista del objecto presente! ¡Oh maravillosa dispensación y consejo de Dios! Quieres, Señor, que padezca, no por la redempción del mundo, sino porque no hay en el mundo cosa que más te agrade que el padecer por tu amor. No hay en todo lo criado cosa más preciosa que en el cielo el amor glorioso de los bienaventurados, y en la tierra el amor atribulado de los justos. En la casa de Dios no hay otra mayor honra que padecer por su amor. Entre todas las buenas obras y servicios que el Salvador te hizo en este mundo, ésta fué la que principalmente señalaste y aceptaste para que fuese el medio de nuestra reparación. Ésta fué la joya y la piedra preciosa que entre todas las riquezas de virtudes que aquel tan rico mercader te puso delante, más te agradó, para darle por ella todo lo que pedía, que era el remedio del mundo. Pues si tan rica es esta joya, no era razón que faltase tal pieza como ésta á la más perfecta de las perfectas y á aquélla que tanto agradó á los ojos de Dios.

Y demás desto no hay obra en el mundo que más declare la verdadera virtud que el padescer trabajos por amor de Dios. Porque la prueba del verdadero amor es la verdadera paciencia por el amado, y toda otra probanza fuera désta es sospechosa. Así como el mismo Dios nunca descubrió á los hombres tan claramente la grandeza de su amor (por muchos otros beneficios que les hizo) hasta que vino á padescer por ellos, así nunca ellos descubrirán el suyo enteramente (por muchos servicios que le ha-

gan) hasta que vengan á padescer por Él. La tribulación, dice Sant Pablo (1), es ocasión y materia de paciencia, y la paciencia es la prueba de la verdadera virtud, y esta prueba nos asegura la esperanza de la gloria. Pues por esta causa siempre debe el hombre tener por sospechosa toda virtud y sanctidad que en sí conozca, hasta que sea probado con el testimonio de la tribulación. Porque, como dice el Sabio (2), los vasos de barro se prueban en el horno, mas los corazones de los justos en la fragua de la tribulación.

No hizo Dios en todas las obras de naturaleza cosa que estuviese ociosa: mucho menos querrá que en las de gracia estén sus dones ociosos. Y por esto Él se tiene cargo de repartir á cada uno de los escogidos la carga que ha de llevar, conforme á las fuerzas y al talento de la gracia recibida. De manera que no se tiene aquí respecto á la mayor privanza para mayor regalo, sino para mayor trabajo. Darnos has, Señor, dice el Profeta, á beber lágrimas por medida (3): y la medida será ésta, que el más privado sea más afligido y atribulado. Cuando Moisén hizo aquellas amistades y conciertos de paz entre Dios y su pueblo, dice la Escritura divina que roció á todos los del pueblo con un hisopo de sangre, y esto hecho, el resto de la sangre que quedaba, derramóla toda sobre el altar (4). Pues por aquí entiendan todos los que determinan ser amigos de Dios, que sus amistades han de ser celebradas y dedicadas con sangre, no sólo con la de Cristo, sino también con la propria de cada uno, que es con la paciencia y sufrimiento de los trabajos. Él bebió primero del cáliz en aquella postrera cena que cenó con los discípulos: mas después de haber Él bebido, dió las sobras á los convidados, y mandó que las repartiesen entre sí, y bebiese cada uno dellos también su trago. De manera que á todos ha de caber su parte de este cáliz, y todos es menester que como miembros de Cristo se conformen con Cristo en el padescer. Sino que en esto está la diferencia, que á los hombres populares y imperfectos basta que sean rociados con sangre: mas los que están más allegados á Dios y son tales que merecen ya ser llamados altares suyos, éstos no sólo han de ser rociados con sangre, sino teñidos y bañados en sangre. Porque para los fuertes se guardan las batallas más fuertes y el premio y las co-

(1) Rom. 5. (2) Eccli. 27. (3) Psal. 79. (4) Exodi 24.

ronas mayores. Las dos personas que en este mundo hubo más amadas de Dios, fueron Jesucristo y su madre, y la ventaja que hicieron á todas las criaturas en la virtud, ésa les hicieron en el padecer, no habiendo en el mundo dos personas mejores ni más atribuladas que estas dos.

Consolaos pues todos los atribulados, pues mientra más lo fuéredes, más semejantes seréis á Jesucristo y á su madre. Consolaos, atribulados, que no por eso sois más desamparados de Dios, antes (si paciencia tenéis) más queridos y más amados. Consolaos otra y otra vez, atribulados, porque no hay sacrificio más agradable á Dios que el corazón atribulado, ni señal más cierta de su amistad que la paciencia en la tribulación. No infame nadie las tribulaciones, porque eso es infamar á Cristo y á su madre y al mismo Dios, que siempre envía tribulaciones á sus amigos.

¿Qué cosa es la tribulación, sino cruz? Pues ¿qué será infamar la tribulación, sino infamar la cruz? Y ¿qué huir de la tribulación, sino huir de la cruz? Pues si adoramos la cruz muerta, que es la figura de la cruz, ¿por qué huímos de la viva, que es el padescer por la cruz? Esto es ser como los judíos, de quien dice el Salvador que habiendo perseguido á los profetas, venían después á edificarles muy grandes y suntuosos sepulcros (1), persiguiéndolos cuando eran vivos, y honrándolos después de muertos. Pues así parece que hacen los malos cristianos, los cuales adorando por una parte la cruz muerta, por otra escupen y reniegan de la viva, que es el padescer por la cruz.

Y no se debe nadie desconsolar diciendo que padesce por sus pecados, ó sin pecados, porque como quiera que padezcas, todo eso es finalmente padescer en cruz. Si padesces por tus pecados, padesces en la cruz del buen ladrón: mas si padesces sin pecados y sin culpa, por eso te debrías más de consolar, porque eso es padescer en la cruz del Salvador.

---

(1) Luc. 11.

EL DOMINGO EN LA MAÑANA

El domingo por la mañana, hecha la señal de la cruz, con la preparación que arriba dijimos, pensarás en el misterio de la sancta Resurrección, en el cual podrás meditar estos cuatro pasos principales: conviene saber, la descendida del Señor al limbo, y la resurrección de su sagrado cuerpo, y el aparescimiento á nuestra Señora, y después á la Magdalena y á los discípulos.

El texto del evangelista Sant Juan dice así:

El domingo siguiente después del viernes de la cruz vino María Magdalena muy de mañana, antes que esclareciese, al sepulcro, y vió quitada la piedra dél y que no estaba allí el cuerpo. Pues como no lo halló, estábase allí fuera de la casa del monumento en el huerto llorando. Y estando así llorando, inclinóse, y miró en el monumento, y vió dos ángeles asentados vestidos de blanco, uno á la cabecera y otro á los pies del lugar donde fuera puesto el cuerpo de Jesú. Los cuales le dijeron: Mujer, ¿por qué lloras? Y ella respondió: Porque han llevado á mi Señor, y no sé dónde lo pusieron. Y como dijo esto, volvió el rostro, y vió al Señor, y no lo conoció. Díjole pues el Señor: Mujer, ¿por qué lloras? ¿Á quién buscas? Ella creyendo que era el hortelano de aquel huerto, díjole: Señor, si tú lo tomaste, dime dónde lo pusiste, que yo lo llevaré. Dijo entonces el Señor: María. Respondió ella: Maestro. Dícele el Señor: No toques en mí, sino ve y di á mis hermanos que subo á mi Padre y á vuestro Padre, á mi Dios y á vuestro Dios. Vino luego María Magdalena, y dió cuenta desto á los discípulos diciendo: Vi al Señor, y díjome esto y esto que os dijese.

En este mismo día en la tarde, estando las puertas cerradas, donde estaban ayuntados los discípulos por miedo de los judíos, vino el Señor, y púsose en medio de ellos, y díjoles: Paz sea con vosotros. Y como dijese esto, mostróles las manos y el costado. Alegráronse pues los discípulos, visto el Señor. Díceles otra vez: Paz sea con vosotros. Así como el Padre me envió al mundo, así yo os envío á vosotros. Y dichas estas palabras, sopló, y díjoles:

Recebid el Espíritu Santo: cuyos pecados perdonáredes, serán perdonados, y los que retuviéredes, serán retenidos.

En este tiempo Tomás, uno de los doce, que se llamaba por otro nombre Dídimo, no estaba con los discípulos cuando vino Jesús. Y después de venido, dijéronle los otros discípulos: Visto hemos al Señor. Á los cuales él respondió: Si yo no viere en sus manos los agujeros de los clavos, y pusiere mi dedo en el lugar dellos y mi mano en su costado, no lo creeré. Y pasados ocho días, estando otra vez los discípulos dentro del cenáculo, y Tomás también con ellos, vino el Señor otra vez, cerradas las puertas, y puesto en medio de ellos, díjoles: Paz sea con vosotros. Y luego dijo á Tomás: Pon aquí tu dedo y mira mis manos, y llega tu mano y ponla en mi costado, y no quieras ser incrédulo sino fiel. Respondió Tomás y dijo: Señor mío y Dios mío. Y díjole el Señor: Porque me viste, Tomás, creíste. Bienaventurados los que no vieron, y creyeron. Otras muchas señales hizo Jesús en presencia de sus discípulos, que no están escritas en este libro. Mas éstas se escrebieron para que creáis que Jesucristo es Hijo de Dios, para que creyéndolo así, alcancéis vida por él.

Meditación sobre estos pasos del texto.

Este es el día que hizo el Señor: gocémonos y alegrémonos en él (1). Todos los días hizo el Señor, que es el hacedor de los tiempos: mas éste señaladamente se dice que hizo Él, porque en éste acabó la más excelente de sus obras, que fué la obra de nuestra redempción. Pues así como ésta se llama por excelencia la obra de Dios, por la ventaja que hace á todas sus obras, así también éste se llama día de Dios, porque en él se acabó ésta que fué la más excelente de todas sus obras.

Dícese también que este día hizo el Señor, porque todo lo que hay en él, fué hecho por sola su mano. En las otras fiestas y misterios del Salvador siempre se halla algo que hayamos hecho nosotros, porque siempre hay en ellos algo de pena, y la pena nació de nuestra culpa, y por eso hay algo de nos. Mas este día

(1) Psalm. 117.

no es de trabajo ni de pena, sino destierro de toda pena, y cumplimiento de toda gloria, y así todo él es puramente de Dios.

Pues en tal día como éste, ¿quién no se alegrará? En este día se alegró toda la humanidad de Cristo, y se alegró la madre de Cristo, y se alegraron los discípulos de Cristo, y se alegró el cielo y la tierra, y hasta al mismo infierno cupo parte desta alegría. Más claro se ha mostrado el sol este día que todos los otros, porque razón era que sirviese al Señor con su luz en el día de sus alegrías, así como le sirvió con sus tinieblas en el día de su pasión. Los cielos que viendo padecer al Señor se habían escurecido por no ver á su criador crucificado y desnudo, éstos agora con doblada claridad resplandecen, viendo cómo sale vencedor del sepulcro. Alégrese pues el cielo, y tú, tierra, toma parte desta alegría, porque mayor resplandor nace hoy del sepulcro, que del mismo sol que alumbra en el cielo.

Dice un doctor contemplativo que todos los domingos cuando se levantaba á maitines, era tanta el alegría que recibía acordándose del misterio deste día, que le parescía que todas las criaturas del cielo y de la tierra en aquella hora cantaban á grandes voces y decían: En tu resurrección, Cristo, aleluya, los cielos y la tierra se alegren, aleluya.

Pues para sentir algo del misterio deste día, piensa primeramente cómo el Salvador acabada ya la jornada de su pasión, con aquella misma caridad que subió por nosotros en la cruz, con esa misma descendió á los infiernos para dar cabo á la obra de nuestra reparación. Porque así como tomó por medio el morir para librarnos de la muerte, así también el descender al infierno para librar á los suyos dél.

Desciende pues el noble triunfador á los infiernos vestido de claridad y fortaleza, cuya entrada describe un sancto doctor por estas palabras: ¡Oh luz hermosa, que resplandesciendo dende la alta cumbre del cielo, vestiste de súbita claridad á los que estaban en tinieblas y sombra de muerte! Porque en el punto que el Redemptor allí descendió, luego toda aquella eternal noche resplandesció, y el estruendo de los que lamentaban cesó, y toda aquella cruel tienda de atormentadores tembló viendo al Salvador presente. Allí fueron conturbados los príncipes de Edom (1),

(1) Exod. 15.

y temblaron los poderosos de Moab, y pasmaron los moradores de la tierra de Canaán. Luego todos aquellos infernales atormentadores en medio de sus escuridades y tinieblas comenzaron entre sí á murmurar, diciendo: ¿Quién es ése tan terrible, tan poderoso y tan resplandesciente? Nunca tal hombre como éste se vió en nuestro infierno: nunca en estas cuevas tal persona nos envió hasta hoy el mundo. Acometedor es éste, no deudor: quebrantador es, no pecador: juez paresce, no culpado: á pelear viene, no á penar. Decidme: ¿dónde estaban nuestras guardas y porteros cuando este conquistador rompió nuestras cerraduras y por fuerza nos entró? ¿Quién será éste que tanto puede? Si éste fuese culpado, no sería tan osado: y si trujera alguna escuridad de pecado, no resplandescieran tanto nuestras tinieblas con su luz. Mas si es Dios, ¿qué tiene que ver con el infierno? Y si es hombre, ¿cómo tiene tanto atrevimiento? Si es Dios, ¿qué hace en el sepulcro? Y si es hombre, ¿cómo ha despojado nuestro limbo? ¡Oh cruz, que así has burlado nuestras esperanzas, y causado nuestro daño! En un madero alcanzamos todas nuestras riquezas, y agora en un madero las perdimos.

Tales palabras murmuraban entre sí aquellas infernales compañías, cuando el noble triunfador entró allí á libertar sus captivos. Allí estaban recogidas todas las ánimas de los justos que dende el principio del mundo hasta aquella hora habían salido desta vida. Allí viérades un profeta aserrado, y otro apedreado, y otro quebradas las cervices con una barra de hierro, y otros que con otras maneras de muertes glorificaron á Dios. ¡Oh compañía gloriosa! ¡Oh nobilísimo tesoro del cielo! ¡Oh riquísima parte del triunfo de Cristo! Allí estaban aquellos dos primeros hombres que poblaron el mundo, que así como fueron los primeros en la culpa, así fueron los primeros en la fe y en la esperanza. Allí estaba aquel sancto viejo que con la fábrica de aquella grande arca guardó semiente para que se volviese á poblar el mundo después de las aguas del diluvio. Allí estaba aquel primer padre de los creyentes, el cual mereció primero que todos recibir el testamento de Dios y la señal y divisa de sus siervos en su carne. Allí estaba su obediente hijo Isaac, que llevando á cuestas la leña en que había de ser sacrificado, representó el sacrificio y el remedio del mundo. Allí estaba el sancto padre de los doce tribus, que ganando con ropas ajenas y hábito peregrino la ben-

dición del padre, figuró el misterio de la encarnación del Verbo divino. Allí estaba también como huésped y nuevo morador de aquella tierra el sancto Baptista, y el bienaventurado viejo que no quiso salir del mundo hasta que viese con sus ojos el remedio del mundo, y lo recibiese en sus brazos, y cantase antes que muriese como cisne aquella dulce canción. También tenía su lugar allí el pobrecico Lázaro del Evangelio, que por medio de sus llagas y paciencia meresció ser participante de tan noble compañía y esperanza.

Todo este coro de ánimas sanctas estaban allí gimiendo y sospirando por este día, y en medio dellos (como maestro de capilla) aquel sancto Rey y Profeta repetía sin cesar aquella su antigua lamentación, que decía (1): Así como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así desea mi ánima á ti, mi Dios. Fuéronme mis lágrimas pan de noche y de día, mientras dicen á mi ánima: ¿Dónde está tu Dios? Oh sancto Rey, si ésa es la causa de tu lamentación, cesa ya dese cantar, porque aquí está ya tu Dios presente y aquí está tu Salvador. Muda pues agora ese cantar, y canta lo que mucho antes en espíritu cantaste cuando escribiste (2): Bendijiste, Señor, á tu tierra, y sacaste á Jacob de captiverio. Perdonaste la maldad de tu pueblo, y disimulaste la muchedumbre de sus pecados. Y tú, sancto Hieremías, que por el mismo Señor fuiste apedreado, cierra ya el libro de las lamentaciones que escribías por ver á Hierusalem destruída y el templo de Dios asolado, porque otro más hermoso templo que ése verás de aquí á tres días reedificado, y otra más hermosa Hierusalem por todo el mundo renovada.

Pues como aquellos bienaventurados padres vieron ya sus tinieblas alumbradas, y su destierro acabado, y su gloria comenzada, ¿qué lengua podrá explicar lo que sentirían? ¡Cuán de veras (viéndose ya salidos del captiverio de Egipto, y muertos ya sus enemigos en el mar Bermejo) cantarían todos y dirían (3): Cantemos al Señor, que gloriosamente ha triunfado, pues al caballo y al caballero arrojó en la mar! ¡Con qué entrañas aquel primer padre de todo el género humano, derribado ante los pies de su hijo y Señor, diría: Veniste ya, muy amado Señor y muy esperado, á remediar mi culpa: veniste á cumplir tu palabra, y no

(1) Psalm. 41. (2) Psalm. 84. (3) Exod. 15.

echaste en olvido á los que esperaban en ti! Venció al camino duro la piedad grande, y á los trabajos y dolores de la cruz la grandeza del amor.

No se puede con palabras explicar el alegría destos padres: mas mucho mayor era sin comparación la que el Salvador tenía viendo tanta muchedumbre de ánimas remediadas por su pasión. ¡Cuán por bien empleados darías entonces, Señor, los trabajos de la cruz, cuando vieses el fructo que comenzaba ya á dar aquel árbol sagrado! Con dos hijos que nacieron al patriarca Josef en la tierra de Egipto, ya no hacía caso de todos sus trabajos pasados. Y en significación desto, al primer hijo que en aquella tierra le nasció, puso por nombre Manasés (1), diciendo: Héchome ha Dios olvidar de todos mis trabajos y de la casa de mi padre. Pues ¿qué sintiría el Salvador cuando se viese ya cercado de tantos hijos, acabado el martirio de la cruz, cuando se viese aquella oliva preciosa con tantos y tan hermosos pimpollos al derredor?

De la resurrección del cuerpo del Salvador.

§ II

Mas, oh Salvador mío, ¿qué hacéis, que no dais parte de vuestra gloria á aquel cuerpo sanctísimo que os está aguardando en el sepulcro? Acordaos que la ley del repartimiento de los despojos dice que igual parte le ha de caber al que se queda en las tiendas que al que entra en la batalla. Vuestro sancto cuerpo se quedó aguardándoos en el sepulcro, y vuestra ánima sanctísima entró á pelear en el infierno: repartid con él de vuestra gloria, pues habéis ya vencido la batalla.

Estaba el sancto cuerpo en el sepulcro con aquella dolorosa figura que el Señor lo había dejado, tendido en aquella losa fría, amortajado con su mortaja, cubierto el rostro con un sudario, y sus miembros todos despedazados. Era ya después de media noche, á la hora del alba, cuando quería prevenir el Sol de justicia al de la mañana y tomalle en este camino la delantera. Pues en esta hora tan dichosa entra aquella ánima gloriosa en su sancto

(1) Gen. 41.

cuerpo. Y ¿qué tal, si piensas, lo paró? No se puede esto explicar con palabras: mas por un ejemplo se podrá entender algo de lo que es. Acaesce alguna vez estar una nube muy escura y tenebrosa hacia la parte del poniente: y si cuando el sol se quiere ya poner, la toma delante y la hiere y la embiste con sus rayos, suele pararla tan hermosa y tan dorada, que parece al mismo sol. Pues así aquella ánima gloriosa después que se embistió en aquel sancto cuerpo y entró en él, todas sus tinieblas convertió en luz, y todas sus fealdades en hermosura, y del cuerpo más afeado de los cuerpos hizo el más hermoso de todos los cuerpos. Desta manera resuscita el Señor del sepulcro, todo ya perfectamente glorioso, como primogénito de los muertos y figura de nuestra resurrección. ¿Quién es éste que después de tan grandes tempestades y deshonras sale tan resplandesciente y tan hermoso? Éste es aquel sancto patriarca Josef (1), salido ya de la cárcel, tresquilados los cabellos de su mortalidad, y vestido de ropas inmortales, y hecho señor de la tierra de Egipto. Éste es aquel sancto Moisén (2) sacado de las aguas y de la pobre canastilla de juncos, que después viene á destruir todo el poder y carros de Faraón. Éste es aquel sancto Mardoqueo (3) despojado ya de su saco y cilicio, y vestido de vestiduras reales, el cual vencido su enemigo y crucificado en su misma cruz, libró á todo su pueblo de la muerte. Éste es aquel sancto Daniel (4), salido ya del lago de los leones sin haber recibido perjuicio de las bestias hambrientas. Éste es aquel fuerte Sansón (5), que estando cercado de sus enemigos y encerrado en la ciudad, se levanta á la media noche y quebranta sus puertas y cerraduras, dejando burlados los propósitos y consejos de sus adversarios. Éste es aquel sancto Jonás (6) entregado á la muerte por librar della á sus compañeros, el cual entrando en el vientre de aquella gran bestia, al tercero día es lanzado en la ribera de Nínive. ¿Quién es éste que estando entre las hambrientas quijadas de la bestia carnicera, no pudo ser comido della, y engolfado en los abismos de las aguas, gozó de aires de vida, y sumido en el profundo de la perdición, la misma muerte le sirvió? Éste es nuestro Salvador glorioso, á quien arrebató aquella cruel bestia que jamás se harta, que es la muerte: la cual después que lo tuvo en la boca, conociendo la presa, tembló en tenerla. Porque

(1) Gen. 41. (2) Exod. 2. (3) Ester. 6 et 7. (4) Daniel 14. (5) Jud. 16. (6) Jon. 2.

dado caso que la tierra después de muerto lo tragó, mas hallándolo libre de culpa, no pudo detenerlo en su morada, porque la pena no hace al hombre culpado, sino la causa.

De cómo el Salvador apareció á la Virgen nuestra Señora.

§ III

Ya, Señor, habéis glorificado y alegrado esa carne sanctísima que con vos padesció en la cruz. Acordaos también que es vuestra carne la de vuestra madre, y que también padesció ella con vos, viéndoos padecer en la cruz. Ella fué crucificada con vos: justo es que también resuscite con vos. Sentencia es de vuestro Apóstol (1) que los que fueron compañeros de vuestras penas, también lo han de ser de vuestra gloria: y pues esta Señora os fué fiel compañera desde el pesebre hasta la cruz en todas vuestras penas, justo es que también agora lo sea de vuestras alegrías. Serenad aquel cielo escurecido, descubrid aquella luna eclipsada, deshaced aquellos nublados de su ánima entristecida, enjugad las lágrimas de aquellos virginales ojos, y mandad que vuelva el verano florido, después del invierno de tantas aguas.

Estaría la sancta Virgen en aquella hora en su oratorio recogida, esperando esta nueva luz. Clamaba en lo íntimo de su corazón, y como piadosa leona daba voces al hijo muerto al tercero día, diciendo: Levántate, gloria mía, levántate, psalterio y vihuela: vuelve, triunfador, al mundo: recoge, buen pastor, tu ganado: oye, hijo mío, los clamores de tu afligida madre, y pues éstos te hicieron bajar del cielo á la tierra, éstos te hagan agora subir de los infiernos al mundo.

En medio destos clamores y lágrimas resplandece súbitamente aquella pobre casita con lumbre del cielo, y ofrécese á los ojos de la madre el hijo resuscitado y glorioso. No sale tan hermoso el lucero de la mañana, no resplandece tan claro el sol del medio día como resplandeció en los ojos de la madre aquella cara llena de gracias y aquel espejo sin mancilla de la gloria divina. Ve el cuerpo del hijo resuscitado y glorioso, despedidas ya todas las

(1) Rom. 6.

fealdades pasadas, vuelta la gracia de aquellos ojos divinos, y restituída y acrescentada su primera hermosura. Las aberturas de las llagas, que eran para la madre cuchillos de dolor, velas hechas fuentes de amor. Al que vió penar entre ladrones, velo acompañado de sanctos y ángeles. Al que la encomendaba desde la cruz al discípulo, ve cómo agora extiende sus brazos y le da dulce paz en su rostro. Al que tuvo muerto en sus brazos, velo agora resuscitado ante sus ojos. Tiénelo, y no lo deja: abrázalo, y pídele que no se le vaya. Entonces, enmudecida de dolor, no sabía qué decir: agora, enmudecida de alegría, no puede hablar.

¿Qué lengua, qué entendimiento podrá comprehender hasta dónde llegó este gozo? No podemos entender las cosas que exceden nuestra capacidad, sino por otras que dicen con ella, haciendo una como escalera de lo bajo á lo alto, y conjecturando las unas por las otras. Pues para sentir algo desta alegría, considera el alegría que recibió el patriarca Jacob cuando después de haber llorado con tantas lágrimas á Josef su muy amado hijo por muerto, le dijeron que era vivo y señor de toda la tierra de Egipto. Dice la Escritura divina (1) que cuando los hijos le dieron estas nuevas, fué tan grande su alegría y espanto, que como quien despierta de un pesado sueño, así él no acababa de entrar en su acuerdo, ni podía creer lo que los hijos le decían. Y ya que finalmente lo creyó, dice el texto que volvió su espíritu á revivir de nuevo, y que dijo estas palabras: Bástame este solo bien, si Josef mi hijo es vivo: iré, y verlo he, antes que muera. Pues dime agora: si quien tenía otros once hijos en casa, tánta alegría recibió de saber que uno solo, á quien él tenía por muerto, era vivo, ¿qué alegría recebiría la que no tenía más que uno, y éste tal y tan querido, cuando después de haberlo visto muerto, lo viese agora resuscitado y glorioso, y no señor de toda la tierra de Egipto, sino de todo lo criado? ¿Hay entendimiento que esto pueda comprehender? Verdaderamente tan grande fué esta alegría, que no pudiera su corazón sufrir la fuerza della, si por especial milagro de Dios no fuera para ello confortado. Oh Virgen bienaventurada, bástate solo este bien: bástate que tu hijo sea vivo, y que lo tengas delante, y lo veas antes que mueras, para que no tengas más que desear. ¡Oh Señor, y cómo sabes consolar

(1) Genes. 45.

á los que padecen por Ti! No parece ya grande aquella primera pena en comparación desta alegría. Si así has de consolar á los que por Ti padecen, bienaventuradas y dichosas sus pasiones, pues así han de ser remuneradas.

Conforme á esto se debe pensar cómo el Salvador aparesció á los discípulos, y señaladamente á la sancta Magdalena, de que aquí no tratamos al presente por no alargar más esta meditación.

Acabada la meditación, síguese luego el hacimiento de gracias y la petición, etc.

FIN DE LAS PRIMERAS SIETE MEDITACIONES

PARA LOS SIETE DÍAS DE LA SEMANA POR LA MAÑANA

COMIENZAN LAS OTRAS SIETE MEDITACIONES

PARA LOS MISMOS DÍAS DE LA SEMANA EN LA NOCHE

EL LUNES EN LA NOCHE

El lunes en la noche, hecha la señal de la cruz, con la preparación que arriba señalamos, entenderás en el conoscimiento de ti mismo y en la memoria de los pecados, que es el camino por do se alcanza la verdadera humildad de corazón y la penitencia, que son las dos primeras puertas y fundamentos de la vida cristiana.

Para esto debes primero pensar en la muchedumbre de los pecados de la vida pasada, especialmente en aquellos que heciste en el tiempo que menos conoscías á Dios. Porque si lo sabes bien mirar, hallarás que se han multiplicado sobre los cabellos de tu cabeza, y que viviste en aquel tiempo como un gentil que no sabe qué cosa es Dios. Discurre pues brevemente por todos los diez mandamientos y por los siete pecados mortales, y verás que ninguno dellos hay en que no hayas caído muchas veces, por obra, ó por palabra, ó por pensamiento. De un solo árbol vedado comió aquel primer hombre cuando hizo el mayor de los pecados del mundo, y tú en todos has puesto los ojos y las manos infinitas veces.

Discurre otrosí por todos los beneficios divinos y por los tiempos de la vida pasada, y mira en qué los has empleado, pues de todos ellos has de dar cuenta, y es bien que tú te la tomes primero y entres en juicio contigo, porque no seas después juzgado de Dios. Pues dime agora, ¿en qué gastaste la niñez, en qué la mocedad, en qué la juventud, en qué finalmente todos los días de la vida pasada? ¿En qué ocupaste los sentidos corporales y las potencias del ánima que Dios te dió, para que lo conoscieses y sirvieses? ¿En qué se emplearon tus ojos, sino en ver la vanidad? ¿En qué tus oidos, sino en oir la mentira? ¿En qué tu lengua, sino en todos los juramentos y murmuraciones y deshonestidades de

mundo? ¿En qué tu gusto, y tu oler, y tocar, sino en regalos y blanduras sensuales? ¿Cómo te aprovechaste de los Sacramentos que Dios ordenó para tu remedio? ¿Cómo le diste gracias por sus beneficios? ¿Cómo respondiste á sus inspiraciones? ¿En qué empleaste la salud, y las fuerzas, y las habilidades de naturaleza, y los bienes que dicen de fortuna, y los aparejos y oportunidades que Dios te dió para bien vivir? ¿Qué cuidado tuviste del prójimo que Él te encomendó, y de aquellas obras de misericordia que te señaló para con él? Pues ¿qué responderás en aquel día de la cuenta, cuando Dios te diga: dame cuenta de tu mayordomía y de la hacienda que te entregué (1), porque ya no quiero que trates más en ella? Oh árbol seco y aparejado para los tormentos eternos, ¿qué responderás en aquel día, cuando te pidan cuenta de todo el tiempo de tu vida y de todos los puntos y momentos della?

Lo segundo piensa en los pecados que has hecho y haces cada día después que abriste más los ojos al conoscimiento de Dios, y hallarás que todavía vive en ti Adán con muchas de las raíces y costumbres antiguas. Para lo cual puedes discurrir por las negligencias y faltas en que cada día caes para con Dios, y para con el prójimo, y para contigo mismo, que en todo te hallarás muy defectuoso.

Considera pues cuán desacatado eres para con Dios, cuán ingrato á sus beneficios, cuán rebelde á sus inspiraciones, cuán perezoso para las cosas de su servicio, las cuales nunca haces ni con aquella presteza y diligencia que debrías, ni con aquella pureza de intención como debrías, sino por otros respectos y intereses del mundo.

Considera otrosí cuán duro eres para con el prójimo, y cuán piadoso para contigo, cuán amigo de tu propria voluntad y de tu carne y de tu honra y de todos tus intereses. Mira cómo todavía eres soberbio, ambicioso, airado, súbito, vanaglorioso, envidioso, malicioso, regalado, mudable, liviano, sensual, amigo de tus recreaciones y conversaciones y risas y parlerías. Mira otrosí cuán inconstante eres en los buenos propósitos, cuán inconsiderado en tus palabras, cuán desproveído en tus obras, y cuán cobarde y pusilánime para cualesquier graves negocios.

Lo tercero, considerada ya por esta orden la muchedumbre

(1) Luc. 16,

de tus pecados, considera luego la gravedad dellos, para que veas cómo por todas partes es crecida tu miseria. Para lo cual debes primeramente considerar estas tres circunstancias en los pecados de la vida pasada, conviene á saber: contra quién pecaste, por qué pecaste, y en qué manera pecaste. Si miras contra quién pecaste, hallarás que pecaste contra Dios, cuya bondad y majestad es infinita, y cuyos beneficios y misericordias para con el hombre sobrepujan las arenas de la mar, en quien sólo se hallan todas las excelencias y todos los títulos y obligaciones que tenemos á todas las criaturas en sumo grado de obligación: y por esto en el pecado que se hace contra Él están encerradas todas las deformidades de todos los pecados del mundo. De manera que pecar contra Él es traición, y hurto, y adulterio, y sacrilegio, y finalmente el mayor de todos los males. Mas ¿por qué causa pecaste? Por un punto de honra, por un deleite de bestias, por un cabello de interese, y muchas veces sin interese, por sola costumbre y desprecio de Dios. Desto se queja Él gravemente por un profeta diciendo (1): Deshonrábanme en presencia de mi pueblo por un puñado de cebada y por un mendruguillo de pan. Mas ¿en qué manera pecaste? Con tanta facilidad, con tanto atrevimiento, tan sin escrúpulo, tan sin temor, y á veces con tanto contentamiento y alegría como si pecaras contra un Dios de palo que ni sabe ni ve lo que pasa en el mundo. Pues ¿ésta era la honra que se debía á tan alta Majestad? ¿Éste es el agradescimiento de tantos beneficios? ¿Así se paga aquella sangre preciosa que se derramó en la cruz, y aquellos azotes y bofetadas que se recibieron por ti? ¡Oh miserable de ti por lo que perdiste, y mucho más por lo que heciste, y muy mucho más si con todo esto no sientes tu perdición!

Considera también el aborrescimiento espantoso que Dios tiene del pecado, y los castigos tan grandes que tiene hechos contra él, para que por aquí entiendas más claro cuánta sea la malicia dél, según que adelante se declara.

Pues consideradas todas estas cosas susodichas, siente de ti lo más bajamente que te sea posible. Piensa que no eres más que una cañavera que se muda á todos vientos, sin peso, sin virtud, sin firmeza, sin estabilidad y sin ninguna manera de ser. Piensa que eres un Lázaro de cuatro días muerto, y un cuerpo hediondo

(1) Ezech. 13.

y abominable, lleno de gusanos, que todos cuantos pasan se tapan las narices y los ojos por no lo ver. Parézcate que desta manera hiedes delante de Dios y de sus ángeles, y tente por indigno de alzar los ojos al cielo, y de que te sustente la tierra, y de que te sirvan las criaturas, y del mismo pan que comes, y de la luz y aire que recibes. Y si desto eres indigno, mira cuánto más lo serás de hablar con Dios, y mucho más de las consolaciones del Espíritu Sancto y de los regalos y tratamiento de los hijos de Dios. Tente por una de las más pobres y miserables criaturas del mundo y que más mal usa de todos los beneficios divinos, y piensa que si en Tiro y en Sidón (1), esto es, en otros muy grandes pecadores, hobiera Dios obrado lo que en ti, que ya hobieran hecho penitencia en cilicio y en ceniza. Conoce que eres muy más malo de lo que tú puedes imaginar, y que por mucho que ahondes en este cieno, y que hayas llegado ya al cabo, cada día hallarás más en qué ahondar. Da voces á Dios y dile: Señor, nada tengo, nada valgo, y nada soy, y nada puedo hacer sin Ti, sino pecados.

Derríbate con aquella pública pecadora á los pies del Salvador, y cubierta tu cara de confusión, con aquella vergüenza que parescería una mujer delante de su marido cuando le hobiese hecho traición, con esa misma te presenta delante de aquel esposo del cielo contra quien has cometido tantos y tan vergonzosos adulterios, y con mucho dolor y arrepentimiento de tu corazón pídele perdón de tus yerros, y que por su infinita piedad y misericordia haya por bien de volverte á recibir en su casa.

TRATADO PRIMERO

DE LA CONSIDERACIÓN DE LOS PECADOS

en el cual

se declara más por extenso la meditación pasada.

LA primera tabla después del naufragio dice Sant Hierónimo que es la penitencia. Ésta es el primer paso desta subida y la primera piedra deste espiritual edificio. Para alcanzar esta virtud (demás de la divina gracia, cuyo don es la verdadera pe-

(1) Math. 11.

nitencia) aprovecha considerar la muchedumbre de nuestros pecados, así presentes como pasados, y la gravedad y malicia dellos, porque desta consideración procede la compunción y arrepentimiento dellos.

Y no sólo esta virtud, mas otras muchas y muy altas virtudes nascen desta misma consideración: porque de aquí nasce el conocimiento de sí mismo (de que también se trata en la meditación siguiente) y el desprecio de sí mismo, y el temor de Dios, y el aborrecimiento del pecado, y otros semejantes afectos, en los cuales consiste muy gran parte de la perfección. Pues á todos estos fines debes aplicar y enderezar esta consideración, para que te sea más provechosa, procurando sacar todos estos fructos tan dulces de la raíz amarga desta consideración. Mas porque para alcanzar tales fructos es necesaria la divina gracia, la cual principalmente se da á los humildes y devotos, pide tú agora al Señor esta humildad y devoción para que recogido en lo íntimo de tu corazón, puedas imitar aquel sancto Rey que decía (1): Pensaré, Señor, delante Ti todos los años de mi vida con amargura de mi corazón.

De la muchedumbre de los pecados de la vida pasada.

§ I

Pues si quieres saber qué tantos sean los pecados que en los tiempos pasados tienes hechos, discurre brevemente por todos los mandamientos y pecados mortales, y hallarás por cierto que apenas hay mandamiento que no hayas quebrantado, ni pecado mortal en que no hayas caído.

El primer mandamiento es honrar á Dios, el cual (como dice Sant Augustín) se honra con aquellas tres virtudes teologales, fe, esperanza y caridad. Pues ¿qué fe tenía quien vivía tan rotamente, como si creyera que todo lo que predica la fe, era mentira? ¿Qué esperanza tenía quien ni se acordaba de la otra vida, ni en sus trabajos supo qué cosa era llamar á Dios ni asegurarse con Él? ¿Qué caridad tenía quien amaba más el puntillo de honra, y la paja del interese, y el cieno del deleite, que al mismo Dios,

(1) Isaiæ 38.

pues por cada cosa déstas lo despreciaba y ofendía? ¿Qué reverencia tenía á aquella soberana Majestad quien tenía por costumbre de traer arrastrado aquel nombre de tanta veneración, jurando y perjurando por él á cada paso y por cada nonada? ¿Cómo sanctificaba sus fiestas quien esperaba estos días para ofenderle más en ellos, y para jugar, y para pasear, y para escandalizar á la inocente doncella, y para andar en malos tratos y compañías?

Después desto considera cuán duro y descomedido hayas sido para con tus padres, cuán desobediente á los mayores, cuán descuidado para con tus súbditos para emponerlos en lo bueno y encaminarlos á Dios. Pues los odios y pasiones y deseos de venganzas que has tenido, ¿quién los contará? Y si éstos no se pueden explicar, ¿quién explicará la muchedumbre de las fealdades y torpezas en que has caído por obras, y por palabras, y por deseos? ¿Qué ha sido tu corazón, sino un cenagal y revolcadero de puercos? ¿Qué tu boca, sino (como dice el profeta (1) una sepultura abierta por do salían los malos olores del ánima que estaba dentro muerta? ¿Qué tus ojos, sino ventanas de perdición y de muerte? ¿Qué se ofresció á esos ojos que no lo cobdiciases y procuraseses, sin acordarte jamás que tenías á Dios presente y que te había puesto entredicho en ese árbol? Al hombre fornicador (dice el Sabio (2) todo pan es dulce, pues su apetito y hambre es tan insaciable, que en todo pica y en todo halla sabor, sin acordarse que tiene Dios.

Demás desto, ¿quién podrá explicar la grandeza de tu avaricia y los hurtos de tus deseos, los cuales estaban tan lejos de contentarse con lo que Dios te daba, que les parecía poco todo el mundo? Y si el que desea lo ajeno es ladrón delante Dios, ¡cuántas horcas tiene merecidas quien con el corazón cometió tantos hurtos! Pues las mentiras, y las murmuraciones, y los juicios temerarios, tampoco tienen cuenta, como lo demás: porque apenas te juntabas á hablar con otros, que no fuese la principal parte de la plática la vida ajena, y la viuda, la doncella, y el sacerdote, y el lego, sin perdonar á orden ni condición.

Desta manera pues guardaste los mandamientos divinos; veamos agora cómo te apartaste de los pecados, y cómo usaste de los sentidos y de todos los otros beneficios divinos. La soberbia de

(1) Psalm. 5. (2) Eccli. 23.

tu corazón, ¿qué tal fué? El deseo de honra y alabanza, ¿hasta dónde llegó? La presumpción y estima de ti mismo y el desprecio de los otros, ¿quién lo explicará? ¿Qué diré de la vanagloria y de la liviandad de tu corazón, pues una sola pluma en la gorra, y una calza justa, y una faja de seda, bastaba para levantarte los pies del suelo y desear ser mirado? ¿Qué paso dabas, qué obra hacías, qué palabra hablabas que no fuese vestida de vanidad y deseo de la propria estimación? El vestido, el servicio, el acompañamiento, la mesa, la cama, las cortesías, y finalmente todos tus pasos y meneos tenían olor de soberbia, y todos iban vestidos de vanidad. Pues la ira, como de una serpiente: la gula, como de un lobo tragador: la pereza, como de un asno flojo: la invidia, más que de una víbora, y en todo finalmente (si bien te miras) te hallarás muy estragado y perdido.

Discurre luego por los sentidos, y no sólo por los sentidos, sino por todos los beneficios que Dios te ha hecho, y mira de qué manera has usado dellos, y hallarás por cierto que de todas estas cosas, con las cuales habías de servir más al dador de todo, has hecho armas para más ofenderlo. En esto se gastaron las fuerzas, y la salud, y la hacienda, y la vida, y el entendimiento, y la memoria, y la voluntad, y la vista, y la lengua, y todo lo demás.

Estos y otros muchos peores males habrás cometido en la vida pasada, por donde con mucha razón podrás decir con aquel gran pecador, aunque penitente (1): Pecado he, Señor, sobre el número de las arenas de la mar, y por todas partes se han extendido mis pecados, haciendo muchas abominaciones y multiplicando las ofensas. Y habiendo tantas cosas que fuera razón te pusieran algún freno y temor de Dios, como era la muchedumbre de sus beneficios y la grandeza de su bondad y justicia, nunca por sus beneficios lo reconociste, ni por su bondad lo amaste, ni por su justicia lo temiste, sino olvidado de todo y cerrados los ojos á todo, te derramaste por todo género de vicios. Y si fueran grandes los intereses y motivos que tenías para pecar, pudieran por ventura tener alguna manera de excusa tus ofensas: mas ¿qué diré? Que por cosas de aire, por juguetes de niños, y muchas veces sin ningún interese, sino de balde, por solo desprecio de Dios pecaste. Y otros cuando pecan, suelen pecar con algún temor y remordimiento de

(1) II Paral. 36.

consciencia, á lo menos sienten el mal después que lo han hecho: y tú por ventura estarías tan ciego y tan insensible, que harías mil cuentos de pecados sin ninguna manera de temor ni remordimiento de consciencia, no más que si no creyeras que había Dios, ó creyendo que lo había, mas de la manera que lo creían aquéllos que dijeron (1): No verá el Señor lo que acá pasa, ni lo entenderá el Dios de Jacob. Éste es uno de los mayores males del mundo, porque entre aquellas seis cosas que Salomón dice (2) ser aborrescidas de Dios, una dellas es los pies ligeros para correr al mal, que es la facilidad y ligereza que los malos tienen en pecar.

De los pecados y defectos en que el hombre puede haber caído aun después de haber conoscido á Dios.

§ II

En estos y otros muchos pecados es cierto que cairías antes que conocieses á Dios: mas después que lo conosciste (si por ventura lo has conoscido) pídele que te abra un poco los ojos, y hallarás todavía muchas reliquias de aquel hombre viejo y muchos jebuseos que habrán quedado en la tierra de promisión (3) por haber sido tú muy piadoso para ellos.

Mira pues cómo en todo eres defectuoso, así en lo que debes á Dios como en lo que debes al prójimo y á ti mismo. Mira lo poco que has aprovechado en el servicio de tu criador á cabo de tanto tiempo como ha que te llamó, cuán vivas se están todavía las pasiones, cuán poco has alcanzado de las virtudes, y cómo te estás siempre en un mismo ser como árbol añudado y revegido, que nunca medra: antes por ventura habrás vuelto hacia tras, pues en el camino de Dios el no ir adelante es volver atrás. A lo menos en el fervor y devoción del espíritu no será mucho que estés agora muy lejos de lo que por ventura otros tiempos estuviste.

Mira también la poca penitencia que has hecho por tus pecados, el poco amor y temor y esperanza que tienes en Dios. El poco amor se ve en lo poco que por Él trabajas: el poco temor, en las muchas culpas que contra Él cometes: mas la poca confianza el

(1) Psalm. 93. (2) Prov. 6. (3) Josue 15; Judic. 1.

tiempo de la tribulación la declara, y las grandes olas y trabajos que padesces en esta tormenta, por no estar afirmado tu corazón con las áncoras de la esperanza.

Demás desto mira cuán mal respondes á las inspiraciones divinas, cómo eres rebelde á la lumbre del cielo, cómo entristeces al Espíritu Sancto y le dejas dar tantas voces en vano, pues por no contradecir á tu propria voluntad, contradices á la suya. Él te llama á un camino, y tú sigues otro. Él quiere que le sirvas en una obra, y tú quieres en otra. Y aunque sientas claramente cuál sea la voluntad de Dios, si la tuya acierta á ser contraria, sírvesle en lo que tú quieres, y no en lo que Él quiere que le sirvas. Él por ventura te llama á los ejercicios interiores, tú acudes á los exteriores. Él te llama á la oración, tú acudes á la leción. Él quiere que primero entiendas en ti que en los otros, tú, olvidado de ti mismo, dejas tu proprio aprovechamiento por el de los otros, de donde viene á ser que ni aprovechas á ti ni á ellos. Finalmente, cada vez que se contradice tu voluntad con la divina, siempre la tuya es vencedora, y cae vencida la divina.

Y si por ventura haces algunas obras buenas, ¡cuántos son los defectos que haces en ellas! Si eres dado á la oración, ¡cuántas veces estás allí distraído, y enfadado, y soñoliento, y perezoso, y sin reverencia de aquella divina Majestad con quien estás hablando, no viendo ya la hora de acabar aquella tarea para entender en otras cosas que son más á tu gusto! Pues si haces otras buenas obras, ¡con cuánta tibieza las haces, y con cuántos defectos! Y si es cierto que no mira Dios tanto al cuerpo de la buena obra cuanto á la intención con que se hace, ¿cuántas obras buenas habrás hecho que vayan limpias de polvo y de paja y sin que las haya esquilmado el mundo? ¡Cuántas se habrán hecho por sola importunidad ó cumplimiento, cuántas por tu proprio honor y reputación, cuántas por agradar á los hombres, cuántas por tu proprio gusto y contentamiento, y cuán pocas serán las que se habrán hecho puramente por Dios, sin pagar tributos al mundo! Pues ¿qué es todo esto sino oro falso, hipocrisía y engaño?

Pues si miras cómo has cumplido con los prójimos, hallarás que ni los has amado como Dios lo manda, ni sentido sus trabajos como los tuyos, ni procurado ayudarlos, ni aun compadecídote siquiera dellos. Y por ventura en lugar de compasión les habrás hecho pago con indignación y murmuración de sus hechos, como

quiera que sea verdad que la verdadera justicia tenga compasión, y la falsa indignación. Á lo menos aquella liga de amor que tantas veces pide el Apóstol (1), mandando que nos amemos unos á otros como miembros de un mismo cuerpo, pues todos participamos de un mismo espíritu, ¡qué tan lejos has estado de tenerla! ¡Cuántas veces habrás dejado de socorrer al pobre, y acudir al enfermo, y ayudar á la viuda, y entrevenir por el que poco puede! ¡Á cuántos habrás escandalizado con tus palabras, y con tus obras, y con tus respuestas! ¡Cuántas veces te habrás antepuesto á tus iguales, y despreciado los menores, y lisonjeado á los mayores, haciéndote para con los unos hormiga y para con los otros elefante!

Ya pues si miras á ti mismo y metes la mano en tu seno, ¡oh cuán leprosa la sacarás, y cuán hondas llagas atentarás! ¡Qué vivas hallarás en ti las raíces de la soberbia, y el amor de la honra, y el sentimiento de la vanagloria, y la hipocrisía disimulada, con la cual procuras de encubrir tus defectos y parecer muy otro del que eres! ¡Cuán amigo eres de tu interese y del regalo de tu carne, á la cual muchas veces so color de necesidad no provees sino sirves, no sustentas sino regalas! Pues ya si el que era tu igual, te echa un poco el pie delante, ¡cuán presto brotan luego las raíces de la invidia! Y si otro te toca en punto de honra, ¡cuán acelerada sale luego la ira!

Mas entre todos estos males, ¿quién explicará la soltura de la lengua, la liviandad del corazón, la entereza de la propria voluntad, y la inconstancia en los buenos propósitos? ¡Cuántas palabras salen desa lengua perdidas! ¡Cuántas vanas! ¡Cuántas en perjuicio del prójimo y en alabanza de ti mismo! ¡Cuán pocas veces se niega esa propria voluntad, y suelta la presa en que esté cebada, por cumplir la de Dios ó del prójimo! Mira bien en ello, y hallarás que muy raras son las veces que alcanzas victoria de ti mismo, siendo siempre necesario alcanzarla para ser virtuoso. Pues de la inconstancia de los buenos propósitos, ¿qué diré sino concluir en pocas palabras que no hay veleta de tejado que así se mueva á todos vientos, como tú te mueves con el menor soplo de cualquier ocasión que se te ofrezca? ¿Qué es toda tu vida sino un juego de niños, y un tejer y destejer, proponiendo á la mañana y quebrantando á la tarde, si ya no es luego á la misma

(1) Ephes. 4

hora? Pues ¿qué es esto, sino ser aquel lunático del Evangelio (1), á quien los discípulos del Salvador no pudieron sanar, por ser tan recia esta enfermedad?

Pues la liviandad de tu corazón, sus mudanzas, su instabilidad y pusilanimidad tampoco se pueden explicar, pues está claro que tantas figuras y semblantes muda, cuantos accidentes se le ofrescen á cada hora, sin tener ninguna estabilidad ni firmeza. ¡Cuán presto se distrae con cualquier negocio! Y ¡cuán presto vierte todo lo que tiene! Y ¡cuán pequeños trabajos bastan para apretarlo, y congojarlo, y ahogarlo!

Finalmente, echada bien la cuenta y visto lo que tienes y lo que te falta, hallarás muy gran razón para temer no sea todo lo que tienes, engaño, y sombra de virtud, y falsa justicia, pues no hay en ti más que un gustillo de Dios, que puede ser quizá más de carne que de espíritu, y con esto te parece por ventura que estás ya seguro, y aun quizá dirás con el Fariseo que no eres como los otros hombres (2), porque no sienten lo que tú sientes, teniendo por otra parte los senos de tu ánima llenos de amor proprio, y de tu propria voluntad, y de todos los otros defectos y pasiones que arriba dijimos. De manera que todo tu caudal es decir: Señor, Señor, y no hacer la voluntad de Dios: lo cual es imitar la falsa justicia de los fariseos, y ser aquel tibio del Apocalipsi (3) que Dios alanza de su boca.

Todas estas cosas debes considerar diligentemente, y enderezar esta consideración al dolor y sentimiento de tus pecados y al conoscimiento de tu propria miseria, para que por lo uno pidas perdón al Señor de lo que le ofendiste, y por lo otro, virtud y gracia para no ofenderle.

De la gravedad de los pecados.

§ III

Y para mayor dolor y arrepentimiento de los pecados, no te debes contentar con haber pensado la muchedumbre dellos, sino piensa también la gravedad dellos, especialmente la del pecado mortal. Y aunque en esto haya infinitas cosas que pensar,

(1) Math. 17. (2) Luc. 18. (3) Apoc. 3.

principalmente piensa cuán aborrescible sea á Dios el pecado, para que así veas cuánto debes despreciarte y aborrescerte, pues cometiste cosa tan aborrescible.

El aborrescimiento que Dios tiene contra el pecado, no se puede estimar: porque como Él sea una infinita bondad, está claro que ha de tener infinito aborrescimiento á la maldad. Pero por los castigos que tiene hechos contra el pecado, se verá algo del aborrescimiento que tiene con él. ¡Qué tan grande fué el castigo de aquel primer ángel (1), y de aquel primer hombre (2), y de todo el mundo con las aguas del diluvio (3), y de aquellas cinco ciudades (4) que ardieron con llamas del cielo! ¡Cuán espantosamente fué castigada la murmuración y invidia de Datán y Abirón (5), y la desobediencia de Saúl, y el adulterio de David (6), y el hurto de Ananías y Safira (7) en el Nuevo Testamento! Bien paresce qué tan grande aborrescimiento tiene contra el pecado quien así lo castiga en este mundo, demás de la pena que le tiene reservada para el otro.

Mas aun todo esto es poco en comparación del aborrescimiento que Dios mostró contra el pecado en la muerte de su Hijo, pues tuvo por bien de matar al Hijo por destruir el pecado. Quien esto pensare con atención, no podrá dejar de conocer cuán aborrescible cosa sea en los ojos de Dios la que por tal medio quiso Él que se desterrase del mundo. Mire pues el hombre cuán grande cargo tiene sobre sí, si después de tal juicio osó despreciar á tan grande Majestad, y cometer contra ella una cosa más aborrescible que le fué la muerte de su proprio Hijo.

De la acusación de la propria consciencia, y del aborrecimiento y desprecio de sí mismo.

§ IV

CONSIDERADA pues así por esta vía como por otras muchas la malicia del pecado, y viéndose el hombre por todas partes tan cargado de pecados, debe humillarse y compungirse cuanto le sea posible, y desear ser despreciado de todas las criaturas,

(1) Isa. 14. (2) Gen. 3. (3) Gen. 7. (4) Gen. 19. (5) Num. 16. (6) II Reg. 12. (7) Act. 5.

pues él así despreció al Criador de todas. Para esto le podrá aprovechar una muy devota exhortación de Sant Buenaventura, en la cual, hablando desta confusión de la consciencia y desprecio de sí mismo, dice así:

Miremos, hermanos, nuestra gran vileza y la grandeza de la divina ofensa, y humillémonos ante Dios cuanto nos sea posible. Temamos alzar nuestros ojos al cielo, y hiramos nuestros pechos con aquel publicano del Evangelio (1), para que el Señor se apiade de nosotros. Esforcémonos y tomemos armas contra nuestra misma malicia, y hagámonos jueces de nosotros mismos, diciendo cada uno dentro de sí: si por los pecados que yo hice, mi Señor fué tan avilitado y aflicto, ¿cómo dejaré de abatirme y despreciarme, siendo yo el mismo que pequé? Lejos sea de mí presumir otra cosa más que de un muladar vilísimo y abominable, cuyo hedor yo mismo no pueda comportar. Yo soy aquel que menosprecié á Dios, y el que lo volví otra vez á poner en la cruz. Ya paresce que tienen asco y horror de mí las vestiduras que traigo, y tengo por maravilla cómo no lo tienen todas las criaturas, pues yo ofendí al Criador de todas. Ya me parece que toda la máquina deste mundo da voces en pos de mí y contra mí, diciendo: Éste es el que ofendió y despreció á nuestro común Señor. Éste es el perverso y desconocido que más se movió por los embaimientos del demonio que por los beneficios de Dios: á quien más agradó la malicia diabólica que la bienquerencia divina, y más quiso ser esclavo de Satanás que hijo de Dios. Éste nunca pudo ser atraído al bien con los halagos divinos, ni atemorizado con el espanto de sus juicios. Éste es el que cuanto fué en sí, deshizo y escarneció el poder y la sabiduría y la bondad de Dios. Más temió ofender á un hombre flaco que á la omnipotencia de Dios: más vergüenza tuvo de hacer una cosa torpe ante un vilísimo rústico, que ante la presencia de Dios: más quiso abrazar un poco de estiércol hediondo que el sumo bien. Éste es el que puso los ojos y el corazón en la podre y corrupción de las criaturas, y volvió las espaldas al Criador. ¿Qué diré? Ninguna cosa torpe ni abominable dejó de cometer en presencia de Dios, sin tener respecto ni vergüenza de tan grande Majestad.

Dan pues voces contra mí en su manera todas las criaturas

(1) Luc. 18.

y dicen: Éste es el que usó mal de todas nosotras, pues que habiendo de ordenarnos al servicio y gloria de nuestro Criador, nos hizo servir á la voluntad del demonio, y preciándonos tanto, que nos quiso más que á Dios, á nosotras mismas hizo injuria con este amor. Éste es aquel perverso que volvió en injuria del Criador todo lo que Él había criado para su servicio. Estaba su ánima hermoseada con la imagen de Dios, y él borrando esta imagen divina, vistióse de nuestra vil imagen y semejanza. Más terrenal fué que la tierra, más deleznable que el agua, más mudable que el viento, más encendido en sus cobdicias que el fuego, más endurecido que las piedras, más cruel contra sí mismo que las fieras, y más ponzoñoso contra los otros que los mismos basiliscos. ¿Qué diré? Que ni temió á Dios, ni hizo caso de los hombres, y así derramó cuanto en él fué, su ponzoña sobre muchos, atrayéndolos á la compañía de sus maldades. No se contentó con ser él solo el que injuriase á Dios, sino quiso también tener muchos ayudadores y compañeros en sus injurias. Pues ¿qué diré de los otros males? Fué tan grande su soberbia, que no se quiso subjectar á Dios ni inclinar las cervices al yugo de su obediencia, antes quiso vivir como á él se le antojase, y hacer en todo su voluntad, levantándose cuanto le fué posible contra Dios. Si Dios no cumplía con sus apetitos, ó le enviaba algunas adversidades, así se airaba contra Él como contra cualquiera de sus criados. No amó á Dios por amor de Dios, sino por amor de sí mismo, ordenando á Dios y á todas las otras cosas para su proprio provecho, haciéndose (como si él fuera Dios) fin de todo. Y si alguna vez dejó de pecar, no lo hizo por el aborrecimiento del pecado ni por amor del sumo bien, sino por solo temor de su proprio interese. De manera que en todo lo que hacía ó dejaba de hacer, siempre tenía respecto á sí mismo, y no á la gloria del Criador. En todas las cosas que hacía quiso ser alabado, así en las malas como en las buenas, como si él fuera Dios, á quien sólo pertenece que por todo sea alabado, pues todo lo que hace es bueno, ó ordenado para bien. ¿Qué más diré? Más soberbio fué que Lucifer, más presumptuoso que Adán, porque aquéllos como estaban llenos de caridad y hermosura, tuvieron algún motivo para presumir de sí, mas éste, siendo un muladar sucio y hediondo, ¿qué razón tenía para tenerse en algo?

Dan pues voces justamente contra mí todas las criaturas y

dicen: Venid, y destruyamos á este injuriador de nuestro Criador. La tierra dice: ¿por qué lo sustento? El agua dice: ¿por qué no lo ahogo? El aire dice: ¿por qué le doy huelgo? El fuego dice: ¿por qué no lo abraso? El infierno dice: ¿por qué no lo trago y lo atormento?

¡Ay, ay, pues, miserable de mí! ¿Qué haré? ¿Á dónde iré? Pues todas las cosas están armadas contra mí, ¿adónde me acogeré? ¿Quién me recibirá, pues á todas las cosas tengo ofendidas? Á Dios menosprecié, á los ángeles enojé, á los sanctos deshonré, á los hombres ofendí y escandalicé, y de todas las otras criaturas usé mal. Mas ¿para qué es tan largo discurso? Por el mismo caso que ofendí al criador de todas las cosas, ofendí á todas ellas juntas. No sé pues, miserable de mí, adónde vaya, pues todas las cosas he hecho enemigas contra mí, de tal manera que en todo lo que veo al derredor de mí y dentro de mí, no hallo quien esté de mi parte, porque hasta mi misma consciencia ladra contra mí, y todas mis entrañas me acusan y despedazan.

Lloraré pues como miserable sin poner fin á mis lágrimas mientras viviere en este valle de miserias, esperando si por ventura terná por bien volver los ojos sobre mí aquel piadosísimo Salvador. Derribarme he á sus pies, y con toda la humildad y vergüenza que pudiere, decirle he: Señor, yo soy aquel grande enemigo tuyo que en presencia de tus ojos divinos hice cosas abominables. Conózcome por tan culpado delante Ti, que aunque yo solo padesciese toda aquella pena infernal que los demonios y los hombres condenados padescen, no pagaría con todo esto suficientemente lo que merescen mis pecados. Extiende pues, Señor, sobre este miserable el palio de tu misericordia, y pueda más que mi maldad tu infinita bondad. Gócese el padre dulcísimo con la vuelta del hijo pródigo (1), y el buen pastor con la oveja perdida, y la piadosa mujer con la pieza de oro hallada. ¡Oh cuán dichoso será aquel día, cuando tendieres tus brazos sobre mi cuello y me dieres besos de paz!

Pues para alcanzar este bien ya sé lo que haré. Tomaré armas contra mí mismo, y seré para mí el más cruel de todos y más riguroso. Afligirme he por todas partes con trabajos y penas, y despreciarme he así como á un cieno hediondo. Alegrarme he en mis

(1) Luc. 15.

desprecios y deshonras por cualquiera parte que me vengan, y gozarme he cuando se descubriere y publicare mi confusión. Y porque yo solo no basto para aborrecerme y despreciarme, juntaré toda la universidad de las criaturas, y de cada una desearé ser afligido y despreciado, pues yo desprecié al Criador de todas. Éste me será un tesoro muy deseado, amontonar penas y desprecios contra mí, y amar con entrañable corazón á los que en esto me ayudaren. Todas las consolaciones y honras desta vida me serán tormento, y á todas ellas tendré por enemigos engañosos y lisonjeros. Creo firmemente que si así lo hiciere, inclinaré todas las cosas (aunque por mí ofendidas) á compadecerse de mí, y las que antes daban voces contra mí, agora en su manera rogarán y abogarán por mí. Corran pues por todas partes deshonras y azotes, para que por todas me lleven á mi dulcísimo Señor. Toda honra y todo deleite vaya lejos de mí, y no se oya en mi morada. En todas las cosas no busque yo sino la honra sola de mi Señor y mi proprio desprecio y confusión

Hasta aquí son palabras de Sant Bonaventura, las cuales ayudarán mucho al que devotamente las meditare, á engendrar en él cuatro nobilísimos afectos, conviene á saber, dolor de los pecados, temor de Dios, aborrecimiento de sí mismo, y deseo de ser menospreciado por Dios. Del primer afecto nasce la penitencia, que lava todos los pecados pasados: en el segundo está el temor de Dios, que excluye todos los venideros: por el tercero se alcanza el aborrescimiento de sí mismo, contra el amor proprio, y por el cuarto la verdadera humildad, contra el deseo de la gloria del mundo. Quienquiera que estas cuatro virtudes desea alcanzar, en estas y otras semejantes consideraciones se debe ejercitar. Mas particularmente se alcanza por aquí este aborrescimiento de sí mismo, el cual tiene por oficio no sólo huir los regalos del cuerpo y buscar los trabajos, sino mucho más despreciar toda dignidad y honra del mundo y amar todo menosprecio y deshonra. Y este afecto pertenesce propriamente á la humildad, la cual es un menosprecio entrañable de sí mismo, que nasce del verdadero conoscimiento de sí mismo y de sus proprios pecados. Digo esto para que sepan los amadores de la verdadera humildad que desta misma fuente de donde se coge agua para criar el aborrescimiento de sí mismo, se coge también para sustentar y regar el árbol de la verdadera humildad, de do nascen todas las virtudes.

EL MARTES EN LA NOCHE

El martes en la noche, hecha la señal de la cruz, con la preparación que ya dijimos, pensarás en la condición y miserias desta vida, para que por ellas veas cuán vana sea la gloria del mundo, pues se funda sobre tan flaco cimiento, y en cuán poco se deba tener el hombre á sí mismo, pues á tantas miserias está subjecto.

Pues para esto considera primeramente la vileza de la origen y nascimiento del hombre, conviene saber, la materia de que es compuesto, la manera de su concepción, las injurias y dolores del parto, la fragilidad y miserias de su cuerpo, según que adelante se tratará.

Lo segundo, considera las grandes miserias de la vida que vive, y señaladamente estas siete. Primeramente considera cuán breve sea esta vida, pues el más largo término della es setenta ó ochenta años, porque todo lo demás (si algo queda, como dice el Profeta) es trabajo y dolor (1). Y si de aquí se saca el tiempo de la niñez, que más es vida de bestias que de hombres, y el que se gasta durmiendo, cuando no usamos de los sentidos ni de la razón, hallaremos ser aún más breve de lo que parece. Y si sobre todo esto la comparas con la eternidad de la vida advenidera, apenas te parecerá un punto. Por do verás cuán desvariados son los que por gozar deste soplo de vida tan breve, se ponen á perder el descanso de aquélla que para siempre durará.

Lo segundo, considera cuán incierta sea esta vida (que es otra miseria sobre la pasada) porque no basta ser de suyo tan breve como es, sino que eso poco que hay de vida, no está seguro sino dubdoso. Porque ¿cuántos llegan á esos setenta ó ochenta años que dijimos? ¡A cuántos se corta la tela en comenzándose á tejer! ¡Cuántos se van en flor (como dicen) ó en agraz! No sabéis (dice el Salvador) cuándo vendrá vuestro Señor (2), si á la mañana, si al medio día, si á la media noche, si al canto del gallo. Esto es: No sabéis si vendrá en el tiempo de la niñez, ó de la mocedad, ó de

(1) Psalm. 89. (2) Marc. 13.

la juventud, ó de la vejez. Aprovecharte ha para mejor sentir esto, acordarte de la muerte de muchas personas que habrás conocido en este mundo, especialmente de tus amigos y familiares, y de algunas personas ilustres y señaladas, á las cuales salteó la muerte en diversas edades, y dejó burlados todos sus propósitos y esperanzas. Conozco yo una persona que tenía hecho un memorial de todas las personas señaladas que en este mundo había conocido en todo género de estados, que eran ya difuntas, y alguna vez lo leía ó pasaba por la memoria, y en cada uno dellos se le representaban sumariamente toda la tragedia de su vida y la burlería y engaño deste mundo y el paradero y fin de las cosas humanas. Por lo cual entendía con cuánta razón había dicho el Apóstol que se pasaba la figura deste mundo. En las cuales palabras quiso dar á entender el poco ser que tenían las cosas desta vida, pues no las quiso llamar cosas verdaderas sino solamente figuras (1), que no tienen ser, sino parecer, por donde aún son más engañosas.

Lo tercero, piensa cuán frágil y quebradiza sea esta vida, y hallarás que no hay vaso de vidrio en el mundo tan delicado como ella es, pues un aire, un sol, un jarro de agua fría, un vaho de un enfermo basta para despojarnos della, como parece por las experiencias cuotidianas de muchas personas, á las cuales en lo más florido de su edad bastó para derribar cualquier ocasión de las sobredichas.

Lo cuarto, considera cuán mudable es, y cómo nunca permanesce en un mismo ser. Para lo cual debes considerar cuánta sea la mudanza de nuestros cuerpos, los cuales nunca permanescen en una misma disposición, y cuánto mayor la de los ánimos, que siempre andan como la mar alterados con diversos vientos y olas de pasiones que á cada hora nos perturban: y finalmente, cuánta la de todo el hombre que está subjecto á todos los vaivenes de la fortuna, la cual nunca permanesce en un mismo ser, sino siempre rueda de un lugar en otro. Y sobre todo esto considera cuán continuo sea el movimiento de nuestra vida, pues día y noche nunca pára, sino que siempre va perdiendo de su derecho y gastándose con el uso y acercándose cada hora más y más á la muerte. Según esto, ¿qué es nuestra vida sino una candela que siempre se está gastando, y mientra más arde y resplandece, más se gasta? ¿Qué

(1) I Cor. 7.

es nuestra vida sino una flor que se abre á la mañana, y al medio día se marchita, y á la tarde se seca? Así la comparó el Profeta en el Psalmo, cuando dijo (1): La mañana de la niñez se pasa como una hierba: á la mañana florece, y luego pasa, y á la tarde cáese la flor, y endurécese y sécase.

Lo quinto, considera cuán engañosa es (que por ventura es lo peor que tiene) porque por esta vía nos engaña, pues siendo fea, nos parece hermosa, y siendo breve, á cada uno la suya le parece larga, y siendo tan miserable, parece tan amable, que no hay peligro, ni trabajo, ni pérdida á que no se pongan los hombres por ella, aunque sea haciendo cosas por do vengan á perder la vida perdurable.

Lo sexto, considera cómo demás de ser tan breve, etc. (según está dicho) eso poco que hay de vida, está subjecto á tantas miserias así del ánimo como del cuerpo, que toda ella no es otra cosa sino un valle de lágrimas y un piélago de infinitas miserias. Escribe Sant Hierónimo que Jerjes, aquel poderosísimo rey que derribaba los montes y allanaba las mares, como se subiese á un monte alto á ver dende allí un ejército que tenía ayuntado de infinitas gentes, después que lo hobo mirado, dice que se paró á llorar. Y preguntado por qué lloraba, respondió: Lloro porque de aquí á cien años no estará vivo ninguno de cuantos aquí veo presentes. ¡Oh si pudiésemos (dice Sant Hierónimo) subirnos á alguna atalaya tan alta, que dende ella pudiésemos ver toda la tierra debajo de nuestros pies! Dende ahí verías las caídas y miserias de todo el mundo, y gentes destruídas por gentes, y reinos por reinos. Verías cómo á unos atormentan, á otros matan: unos se ahogan en la mar, otros son llevados captivos. Aquí verás bodas, allí planeto: aquí nacer unos, allí morir otros: unos abundar en riquezas, otros mendigar. Y finalmente verías no sólo el ejército de Jerjes, sino á todos los hombres del mundo que agora son, los cuales de aquí á pocos días acabarán.

Discurre también por todas las enfermedades y trabajos de los cuerpos humanos, y por todas las afliciones y cuidados de los espíritus, y por los peligros que hay así en todos los estados como en todas las edades de los hombres, y verás aún más claro cuántas sean las miserias desta vida, para que viendo tan clara-

(1) Psalm. 89.

mente cuán poco es todo lo que el mundo puede dar, más fácilmente menosprecies todo lo que hay en él.

Á todas estas miserias sucede la última, que es el morir: la cual así para lo del cuerpo como para lo del ánima es la última de todas las cosas terribles, pues el cuerpo será en un punto despojado de todas las cosas, y del ánima se ha de determinar entonces lo que para siempre ha de ser.

Acabada la meditación, síguese luego el hacimiento de gracias y la petición, etc.

TRATADO SEGUNDO

DE LA CONSIDERACION DE LAS MISERIAS

DE LA VIDA HUMANA

en el cual se declara más por extenso la meditación pasada.

QUÉ tan grandes sean las miserias en que la naturaleza humana quedó por el pecado, no hay lengua que lo pueda explicar. Muy bien dijo Sant Gregorio que solos aquellos dos primeros hombres que conoscieron por experiencia aquella noble condición y estado en que Dios crió al hombre, sabían muy bien las miserias del hombre, porque acordándose de las prosperidades de la vida que habían vivido, veían más claro las miserias del destierro en que habían quedado. Mas los hijos destos miserables, como nunca supieron qué cosa era buenaventura, y siempre se criaron en miseria, no saben qué cosa es miseria, porque nunca supieron qué cosa era buenaventura. Antes muchos dellos están como frenéticos, tan sin sentido, que querrían (si les fuese posible) perpetuarse en esta vida, y hacer del destierro patria y de la carcelería morada, porque no sienten los males della. Onde así como los acostumbrados á estar en lugares de mal olor no reciben ya pena desto, por la costumbre que dello tienen, así estos miserables no sienten las miserias desta vida, por estar tan hechos á vivir en ellas.

Pues para que tú no cayas en este engaño ni en otros mayores que de aquí se siguen, considera con atención la muchedumbre destas miserias, y primero las del origen y nascimiento del hombre, y después las condiciones de la vida que vive.

Comenzando pues este negocio por sus principios, considera primeramente de qué materia sea compuesto el cuerpo del hombre, porque de la nobleza ó bajeza de la materia se suele muchas veces conoscer la condición de la obra. Dice la Escriptura divina (1) que crió Dios al hombre del cieno de la tierra. Entre todos los elementos el más bajo es la tierra, y entre todas las partes de la tierra la más baja es el cieno: según lo cual paresce haber criado Dios al hombre de la más vil y baja cosa del mundo. De manera que los reyes, y los emperadores, y los papas, por muy altos y esclarescidos que sean, cieno son. Entendían muy bien esto los egipcios, de los cuales se escribe que celebrando cada un año la fiesta de su nascimiento, traían en las manos unas hierbas que nascen en las lagunas cenagosas, para significar la semejanza y parentesco que los hombres tenemos con la paja y con el cieno, que es el común padre de entrambos. Pues si tal es la materia de que somos compuestos, ¿de qué te ensoberbeces, polvo y ceniza? ¿De qué te ensoberbeces, paja y cieno?

Pues la manera y artificio con que se edificó la obra desta materia, no es para escribirse ni para mirarse, sino para pasar adelante cerrados los ojos por no ver cosa tan fea. Si los hombres supiesen tener vergüenza de lo que era razón, de ninguna cosa se afrentarían más que de ver la manera en que son concebidos. Solamente diré una cosa, que aquel tan piadoso Señor que vino á este mundo á tomar sobre sí todas nuestras miserias, para descargarnos dellas, sola ésta fué la que en ninguna manera quiso tomar. Y no paresciendo cosa fea ser abofeteado, y escupido, y tenido por el más bajo de los hombres, sola ésta le paresció indigna cosa de su majestad, si fuese concebido de la manera que ellos. Pues ya la substancia de que se sustentan estos cuerpos antes que nazcan, no es tan limpia que se deba hacer memoria della, ni tampoco de otras muchas suciedades que al tiempo del nascer se ven cada día.

Vengamos al parto. Dime, ¿qué cosa más miserable que ver parir una mujer? ¡Qué dolores tan agudos! ¡Qué vueltas, qué vaivenes tan peligrosos! ¡Qué aullidos y gritos tan lastimeros! Dejo de decir de los partos monstruosos y revesados, porque esto sería nunca acabar. Y con todo esto, ya que sale á luz la criatura,

(1) Gen. 2.

sale llorando, pobre, desnuda, flaca, y miserable, y necessitada de todas las cosas, y inhabilitada para todas. Los otros animales nascen calzados y vestidos, unos de lana, otros de escamas, otros de plumas, otros de cueros, otros de conchas: hasta los árboles nascen vestidos de sus cortezas, y éstas á veces dobladas. Sólo el hombre nasce desnudo, sin ningún género de vestidura sino una piel sucia y asquerosa, en que sale revuelto. Con estos atavíos sale al mundo el que después de salido, por su soberbia, no cabe en el mundo.

Demás desto los otros animales á la hora que nascen, luego saben buscar lo que les cumple, y tienen habilidades para ello. Unos andan, otros nadan, otros vuelan, y cada uno finalmente sin maestro sabe buscar lo que le es necesario. Sólo el hombre ninguna cosa sabe ni puede hacer sino en brazos ajenos. ¡Cuántos días gasta en aprender á andar, y aún esto, primero en cuatro pies que en dos! ¡Cuánto tiempo está sin poder hablar! Y no solamente hablar, mas ni aun comer sabe, si no se lo muestran. Una sola cosa sabe hacer por sí mismo, que es llorar. Ésta es la primera que hace, y la que sola sabe hacer sin maestro. Y el reir, ya que por sí también lo sabe hacer, no lo hace hasta los cuarenta días después de nascido, como quiera que siempre llore, para que entiendas cuán más prompta está la naturaleza para lágrimas que para alegría. ¡Oh locura de los hombres, dice un sabio, que de tales y tan bajos principios creen haber nascido para soberbia!

Pues el mismo cuerpo del hombre (de que tanto se precian y envanescen los hombres) querría que mirases con buenos ojos qué tal es, por muy hermoso que por defuera parezca. Dime, ruégote: ¿qué otra cosa es el cuerpo humano sino un vaso dañado, que todos cuantos licuores echan en él, luego los aceda y corrumpe? ¿Qué es el cuerpo humano sino un muladar cubierto de nieve, que por defuera parece blanco, y de dentro está lleno de inmundicias? ¿Qué muladar hay tan sucio, qué albañal, que tales cosas eche de sí por todos sus desaguaderos? Los árboles y las hierbas, y aun algunos animales, dan de sí muy suaves olores: mas el hombre tales cosas echa de sí, que no parece ser otra cosa sino un manantial de suciedad.

De un gran filósofo llamado Plotino se escribe que se afrentaba de la condición y bajeza de su cuerpo, y que oía de mala gana

que se hablase en su linaje, y nunca se pudo acabar con él que consintiese sacar al natural un retrato de su figura, diciendo que bastaba traer consigo una cosa tan fea y tan indigna de la generosidad de su ánima todo el tiempo de su vida, sin obligarle á que para siempre quedase memoria perpetua de su deshonra.

Del abad Isidoro se escribe que estando una vez comiendo, no se podía contener de lágrimas, y preguntado por qué lloraba, respondió: Lloro porque he vergüenza de estar aquí comiendo manjar corruptible de bestias, habiendo sido criado para estar en compañía de ángeles y comer con ellos el mantenimiento divino.

De las miserias y condiciones desta vida, y primero de la brevedad della.

§ I

Después desto considera las miserias grandes de la vida humana, y principalmente estas siete, conviene saber: cuán breve sea esta vida, cuán incierta, cuán frágil, cuán inconstante, cuán engañosa, y finalmente cuán miserable, y después el fin en que viene á parar, que es la muerte.

Considera pues primeramente la brevedad de nuestra vida, la cual consideraba el sancto Job cuando decía (1): Breves son, Señor, los días del hombre, y el número de los meses que ha de vivir, tú lo sabes. ¿Qué tanto es agora setenta ó ochenta años de vida? Pues ése es el común término de la vida de los hombres que no se tienen por muy malogrados, como lo significó el profeta cuando dijo (2): Los días del hombre, cuando muchos, son setenta años, y si á más tirar llegan á ochenta, lo que de ahí se sigue, todo es trabajo y dolor.

Y si quieres tomar esta cuenta por menudo y no así á carga cerrada, no me paresce que debes tomar en cuenta de vida el tiempo de la niñez, y menos el que se pasa durmiendo. Porque la vida de la niñez, cuando no ha venido aún el uso de la razón que nos hace hombres, no se puede llamar vida de hombres sino vida de bestias, como es la de un cabritillo que se anda por ahí sal-

(1) Job 14. (2) Psalm. 89.

tando, especialmente constándonos que en toda aquella edad ni se aprende ni se hace cosa digna de hombre. Pues el tiempo que se duerme, no veo yo cómo se pueda llamar tiempo de vida, pues lo principal de la vida es usar de los sentidos y de la razón, y entonces lo uno y lo otro está suspenso y como muerto. Claro está que si un rey estuviese captivo por espacio de un año ó de dos, que no podríamos decir con verdad que aquel tiempo reinó, pues ni gozó del reino, ni lo gobernó. Pues ¿cómo se podrá decir que el hombre vive cuando duerme, pues en todo este tiempo está suspenso el señorío y uso de la razón y de los sentidos, por quien vivimos? Por esta causa un poeta llamó al sueño pariente de la muerte, y otro, hermano, por la semejanza que entendían haber entre lo uno y lo otro. Pues si es tanta parte de vida la que se duerme, ¿qué tanta será la que no se vive? Y si lo común es dormirse la tercera parte del día, que son ocho horas (aunque algunos hay que ni con esto se contentan) síguese por esta cuenta que la tercera parte de la vida se duerme, y por consiguiente que no se vive: porque por aquí veas cuán gran pedazo de tan breve vida nos lleva el sueño de cada día. Pues hecha esta cuenta, que es verdadera, ¿cuánto es lo que quedará de vida, aun á los muy vividores?

Por cierto muy gran razón tuvo aquel filósofo que preguntado qué le parescía de la vida del hombre, dió una vuelta delante los que esto le preguntaban, y luego desapareció, dando á entender que no era más que sólo aquello nuestra vida. No es más que una carrera de un apresurado cometa, que en un punto pasa y se consume, y de ahí á poco aun aquel rastro que dejó en pos de sí, desaparece. Porque muy pocos días después de acabada la vida, se acaba también con la vida la memoria, por muy resplandesciente que haya sido la persona. Finalmente, parecía tan breve á muchos de aquellos sabios antiguos esta vida, que uno dellos la llamó sueño, y otro no contento con esto, la llamó sueño de sombra, paresciéndole que era mucho llamarla sueño de cosa verdadera, no siendo á su juicio más que sueño de cosa vana.

Pues si esto poco que resta de vida lo comparamos con la vida advenidera, ¡cuánto menos aún parecerá! Muy bien dijo el Eclesiástico (1): Los días del hombre á más tirar son cien años. Pues ¿qué es todo esto comparado con la eternidad, sino una gota

(1) Eccli. 18.

de agua comparada con la mar? Y está clara la razón. Porque si una estrella (que es mucho mayor que toda la tierra) comparada con lo restante del cielo parece tan pequeña, ¿qué parecerá la vida presente, que es tan breve comparada con la venidera, que no tiene cabo? Y si (como dicen los astrólogos) toda la tierra comparada con el cielo no es más que un punto (porque la grandeza inestimable de los cielos la hace parecer tan pequeña) ¿qué parecerá este soplo de vida tan breve comparado con la eternidad, que es infinita? Sin dubda parecerá nada. Porque si mil años delante de Dios son como el día de ayer que ya pasó (1), ¿qué parecerán delante dél cien años de vida, sino nada?

Eso mismo parece á aquellos malaventurados cuando hacen comparación de la vida que dejaron, con la eternidad de los tormentos que para siempre padescen, como ellos mismos lo confiesan en el libro de la Sabiduría por estas palabras (2): ¿Qué nos aprovechó nuestra soberbia y la pompa de nuestras riquezas? Pasáronse todas estas cosas como sombra que vuela, y como correo de posta, ó como el navío que va por las aguas, que no deja rastro de su camino, ó como saeta arrojada á cierto lugar, que así como el aire se abrió y le hizo camino, luego se volvió á cerrar sin que se supiese por dó pasó. Así nosotros luego en nasciendo dejamos de ser, sin dejar rastro ni señal de ninguna virtud. Mira pues cuán breve les parecerá allí á los miserables todo el tiempo desta vida, pues claramente confiesan que no vivieron, sino que luego en nasciendo dejaron de ser.

Pues si esto es así, ¿qué locura mayor puede ser que por gozar este sueño momentáneo de tan vanos deleites, querer ir á padescer tormentos eternos? Item, si tan breve es el plazo desta vida, y tan largo el de la otra, ¿qué locura es, proveyéndonos de tantas cosas para vida tan breve, no proveer de algo para aquella tan larga? ¿Qué locura sería si determinándose un hombre de vivir en España, gastase todo cuanto tiene en comprar raíces y edificar casas en Indias, y no proveyese nada para la tierra donde se va á morar? Pues ¡cuánto mayor es la de aquéllos que todo su caudal emplean en proveerse para esta vida, donde tan poco han de vivir, y ninguna cosa aparejan para aquella donde para siempre han de morar, especialmente teniendo tan gran apare-

(1) Psalm. 89. (2) Sap. 5.

jo para trasladar á ella todos sus bienes por manos de pobres, como dijo el Sabio (1): Echa tu pan sobre las aguas que corren, que después de mucho tiempo lo hallarás!

De cómo es incierta nuestra vida.

§ II

Mas ya que la vida tiene tan cortos los plazos, si estos plazos fuesen ciertos, y todo este tiempo tuviésemos seguro, como lo tuvo el rey Ezequías, á quien Dios otorgó quince años de vida (2), aún sería más tolerable nuestra miseria. Mas no es así, sino que siendo la vida tan breve como hemos dicho, eso que hay de vida tanto cuanto, no está cierto sino dudoso, porque como dice el Sabio (3), no sabe el hombre el día de su fin, sino que así como á los pesces cuando más seguros están, los prenden en un anzuelo, y á los pájaros en un lazo, así saltea la muerte á los hombres en el tiempo malo. Muy sabida es aquella sentencia que dice que ni hay cosa más cierta que la muerte, ni más dudosa que la hora del morir. Por esto comparaba un filósofo las vidas de los hombres á las campanillas ó burbujicas que se hacen en los charcos de agua cuando llueve, de las cuales unas se deshacen luego en cayendo, otras duran un poquito más y luego se deshacen, otras también duran algo más, y otras menos. De manera que aunque todas ellas duran poco, en ese poco hay grande variedad.

Pues si tan dudoso es el término de nuestra vida y la hora de nuestra cuenta, ¿cómo vivimos con tanto descuido y negligencia? ¿Cómo no advertimos á aquellas palabras del Salvador que dicen (4): Velad, porque no sabéis cuándo vendrá el hijo de la Virgen? ¡Oh si supiesen los hombres pesar la fuerza desta razón! Porque no sabéis (dice) la hora, velad y estad siempre apercebidos. Como si más claro dijera: Porque no sabéis la hora, velad en toda hora: y porque no sabéis el mes, velad en todos los meses: y porque no sabéis el año, estad apercebidos en todos los años. Porque aunque no sepáis de cierto cuál désos es el año en que os han de llamar, es cierto que en alguno dellos os llamarán.

(1) Eccli. 11. (2) Isai. 38. (3) Eccli. 9. (4) Matth. 24.

Mas porque mejor se vea la fuerza desta razón, pongamos un ejemplo. Dime: si te pusiesen en una mesa treinta ó cuarenta manjares, y te avisasen de cierto que uno dellos tenía ponzoña, ¿osarías por ventura comer de alguno dellos, aunque tuvieses mucha hambre? Claro está que no, porque el temor de encontrar con aquel uno solo te haría abstener de todos los otros. Pues veamos: ¿cuántos años, á más tirar, te pueden quedar de vida? Dirás por ventura que, á bien librar, podrán ser treinta ó cuarenta. Pues si es cierto que en uno desos años está tu muerte, y no sabes en cuál, ¿por qué no temes en cada uno dellos, pues es cierto que uno dellos te ha de matar? No osas llegar á ninguno de los cuarenta platos, aunque mueras de hambre, porque sabes que en uno dellos está la muerte: y ¿no temerás en cada uno desos cuarenta años, pues tan cierto es que en uno dellos has de morir? ¿Qué se puede responder á esta razón?

Oye aún otra no menos eficaz. Dime: ¿por qué se vela siempre un castillo cuando está en frontera de enemigos? No por más de porque no saben cuándo vendrán á dar sobre él. El no saber cuándo los hace velar en todo tiempo: porque si supiesen el tiempo cierto de su venida, podrían descuidarse en el entretanto y guardar para entonces la diligencia de la vela. Pues por amor de Dios te pido seas agora buen juez de lo que diré. Veamos: si por estar dudoso si vernán hoy, si mañana, si este año, si esotro los enemigos, velas cada día tu castillo, ¿cómo no velas continuamente sobre tu ánima, pues no sabes cuándo ha de llegar su hora? La misma duda que hay allí, hay aquí, y mucho mayor, y el negocio y lo que importa, sin ninguna comparación es mayor, Pues ¿en qué juicio cabe velar allí siempre, y aquí siempre dormir? ¿Qué cosa puede ser más contra razón? Mira que vale más tu ánima que todos los castillos y reinos del mundo: y si miras al precio por que fué comprada, más aún que todos los ángeles del cielo. Mira que tiene mayores enemigos que día y noche andan por saltearla: mira que por ninguna vía se puede saber el día ni la hora deste salto: mira que todo el punto deste negocio está en tomarte apercebido ó desapercebido en esta hora, pues según la parábola del Evangelio, las vírgines que estaban aparejadas, entraron con el esposo á las bodas, y las no aparejadas se quedaron fuera (1).

(1) Matth. 25.

Pues ¿qué falta aquí por donde no hayas siempre de velar, pues la duda es mayor, y el peligro mayor, y la causa mayor, y todo lo demás sin ninguna comparación es mayor?

De cuán frágil sea nuestra vida.

§ III

Mas no sólo es incierta nuestra vida, sino también frágil y quebradiza. Si no, dime: ¿qué vidrio hay tan delicado y tan ligero de quebrar como la vida del hombre? Un aire basta muchas veces, y un sereno, y un sol recio, para despojarnos de la vida. Mas ¿qué digo sol? Los ojos y la vista sola de una persona bastan muchas veces para quitar la vida á una criatura. No es menester sacar espada ni menear armas, sólo mirar basta para matar. Mira qué castillo éste tan seguro, en que se guarda el tesoro de nuestra vida, pues que sólo mirallo dende lejos basta para batillo por tierra.

Mas no es esto tanto de maravillar en la edad de los niños, cuando el edificio es tan nuevo y tan tierno. Lo más admirable es, que después de asentada y fraguada ya la obra de muchos años, poco menores causas bastan para derribarla. Si preguntas de qué murió fulano ó fulano, responderte han que de un jarro de agua fría que bebió, ó de una cena demasiada que cenó, ó de algún placer ó pesar grande que tomó: y á las veces no hay causa que dar, sino que acostándose el hombre sano, otro día amanesce al lado de su mujer finado. ¿Hay vidrio en el mundo, hay vaso de de barro más quebradizo que éste? Y no es cierto de maravillar que sea tan quebradizo, pues él también es de barro: antes es más de maravillar cómo siendo de tal materia y tal hechura, pueda durar tanto tiempo cuanto dura. ¿Por qué se desconcierta tantas veces un reloj? La causa es, porque tiene tantas ruedas y puntos y tanto artificio, que aunque sea como lo es, de fierro, cualquier cosa basta para desconcertallo. Pues ¡cuánto es más delicado el artificio de nuestros cuerpos, y cuánto más frágil la materia de de nuestra carne! Pues si el artificio es más delicado, y la materia más frágil, ¿de qué nos maravillamos que se embarace algún punto destas ruedas, y así pare el movimiento de nuestra vida?

Antes es cierto de maravillar, no cómo los hombres se acaban tan presto, sino cómo duran tanto, siendo tan delicado este artificio, y de tan flaca materia compuesto.

Ésta es aquella miserable fragilidad que significó Isaías por estas palabras (1): Dijo Dios á este profeta: Da voces. Responde el profeta: ¿Qué diré? Dícele Dios: Toda carne es heno, y toda la gloria della es como la flor del campo. Secóse el heno, y cayóse la flor: mas la palabra de Dios permanesce para siempre. Sobre las cuales palabras dice S. Ambrosio: Verdaderamente así es, porque así floresce la gloria del hombre en la carne como el heno, la cual aunque parece grande, es pequeña como hierba, temprana como flor, caduca como heno, y así no tiene más que frescura en el parescer, mas no firmeza ni estabilidad en el fructo. Porque ¿qué firmeza puede haber en materia de carne, ni qué bienes que sean durables en tan flaco subjecto? Hoy verás un mancebo en lo más florido de su edad, con grandes fuerzas y con muy buen parescer: y si esta noche lo saltea una enfermedad, otro día lo verás con un rostro tan mudado, que el que antes parescía muy agradable y hermoso, agora paresce del todo miserable y feo. Pues ¿qué diré de los otros accidentes y mudanzas de nuestros cuerpos? Á unos quebrantan los trabajos, á otros enflaquece la pobreza, á otros atormenta la indigestión, á otros corrompen los vinos, á otros debilita la vejez, á otros hacen muelles los regalos, y á otros trae descoloridos la lujuria. Pues según esto, ¿no es verdad que se secó el heno, y se le cayó la flor? Veréis otro de muy nobles abuelos y bisabuelos, de muy esclarescida sangre, de muy antiguo solar, muy lleno de amigos, y muy acompañados ambos los lados de criados, llevando y trayendo consigo muy grande familia y compañía: y si un poquito se le trastorna el viento de la fortuna, á la hora es dejado de sus amigos, y maltratado de sus iguales, y desamparado de todos. Veréis otro lleno de riquezas, volando por las bocas de todos con fama de liberal y dadivoso, esclarescido con honras, levantado con poderes, subido en tribunales, y tenido por bienaventurado de todos: y acaescerá que llevándolo agora con voces y pregones magníficos por la ciudad, se revuelvan de tal manera los tiempos, que venga á parar en la misma cárcel donde él tenía encarcelados á los otros. ¡Á cuántos

(1) Isai. 40.

acaesce llevar agora con toda la pompa del mundo á sus casas, y una noche que se atraviesa de por medio, escuresce el resplandor de toda aquella gloria, y un solo dolor de costado que sobreviene, deshace toda aquella fábula compuesta! ¡Oh engañosas esperanzas de los hombres (dice Tulio) y fortuna frágil, y vanas nuestras porfías, que muchas veces á medio camino se quiebran y caen, y primero se hunden en la carrera que puedan llegar á ver el puerto!

Pues ¿qué locura es la de los hijos de Adán, que sobre tan flacos cimientos edifican torres tan altas, y no miran que edifican sobre arena, y que al mejor tiempo se llevará el viento todo lo mal cimentado? ¡Oh qué malas cuentas echan á veces los hombres, por no querer volver los ojos hacia dentro y hacer primero cuenta consigo!

Y si ésta es tan gran ceguera, ¡cuánto mayor es la de aquellos malaventurados que osan estar muchos años en pecado, sabiendo que no hay entre ellos y el infierno más que esta vida tan quebradiza! Imaginemos agora que estuviese un hombre colgado de un hilo delgado, y que tuviese debajo de sí un pozo muy profundo de tal manera puesto, que en quebrándose aquel hilico hobiese luego de caer en él. Dime, ¿qué tal estaría el que así se viese? ¡Cuán temeroso, cuán turbado y cuán aparejado para dar cuanto tuviese por salir de aquel peligro! Pues tú, miserable, que osas contra las leyes de Dios perseverar tantos días y años en pecado, ¿cómo no miras que estás en este mismo peligro? En quebrándose este hilo tan frágil de la vida, estás para dar contigo en el profundo del infierno. Pues ¿cómo duermes? ¿Cómo juegas? ¿Cómo ríes? ¿Cómo nunca echas de ver un tan gran peligro?

De cuán mudable sea nuestra vida.

§ IV

Tiene aún otro defecto nuestra vida, que es ser mudable y nunca permanescer en un mismo ser, según que lo afirma el sancto Job (1) en un triste memorial que hace de las miserias de la vida humana por estas palabras: El hombre nasce de mujer,

(1) Job 14.

vive pocos días, es lleno de muchas miserias, sale como una flor, y luego se marchita. Huyen sus días así como sombra, y sobre todo esto nunca permanesce en un mismo estado. Pues dejadas agora esotras miserias, ¿qué cosa hay en el mundo más mudable? Dicen que el camaleón muda en una hora muchos colores, y el mar Euripo es infamado de muchas mudanzas, y la luna tiene para cada día su figura. Mas ¿qué es todo esto para las mudanzas del corazón humano? ¿Qué Proteo mudó jamás tantas figuras como muda el hombre á cada hora? Ya enfermo, ya sano, ya contento, ya descontento, ya triste, ya alegre, ya temeroso, ya confiado, ya sospechoso, ya seguro, ya pacífico, ya airado, ya quiere, ya no quiere, y muchas veces él á sí mismo no se entiende. Finalmente, tantas son las mudanzas cuantos accidentes se levantan á cada hora, porque cada uno lo trastorna de su manera. Lo pasado le da pena, lo presente lo turba, y lo venidero lo congoja, Si no tiene hacienda, vive con trabajo: si la tiene, con soberbia: si la pierde, con dolor. Pues ¿qué lunas ni qué mares están subjectos á tantas alteraciones y mudanzas? La mar no se muda sino cuando se revuelven los vientos: mas acá con los vientos y con la calma siempre hay mudanzas y tormenta.

Pues ¿qué diré del continuo movimiento de nuestra vida? ¿Qué punto de tiempo hay en que no demos un paso hacia la muerte? ¿Qué piensas tú que es el movimiento de los cielos, sino un torno muy ligero en que se está siempre hilando nuestra vida? Mira de la manera que se hila un copo de lana en un torno, que á cada vuelta que da el torno, se recoge un poco, y á otra vuelta otro poco, hasta que se acaba toda, que desa misma manera se está siempre hilando en el torno de los cielos nuestra vida. Por esto dijo el sancto Job (1) que sus días eran más ligeros que el correo de posta: porque el correo por mucha priesa que lleve, alguna vez la necesidad le hace parar, mas nuestra vida nunca pára, ni se nos hace jamás gracia de una hora. Conforme á lo cual dice Sant Hierónimo: Esto que agora ordeno, esto que escribo y que vuelvo á releer y emendar, se me está quitando de la vida, y cuantos puntos escribe el notario, tantos son los daños y menoscabos de mi vida. De manera que así como los que van en un navío, aunque estén asentados ó acostados, siempre caminan y siem-

(1) Job 9.

pre se van acercando más y más al término de su navegación, así en esta vida todo el tiempo que vivimos, caminamos y nos vamos acercando más al común puerto desta navegación, que es la muerte.

Pues si no es otra cosa nuestro vivir sino caminar á la muerte, y si esta hora de la muerte es también hora de nuestro juicio, ¿qué será luego vivir, sino caminar al tribunal de Dios y acercarnos más á su juicio? Pues ¿qué desvarío puede ser mayor que yendo actualmente á ser juzgados, ir por el camino ofendiendo al que nos ha de juzgar, y provocando más su ira contra nos? Abre los ojos, miserable, y mira el camino que llevas y adónde vas, y ten vergüenza ó lástima siquiera de ti mismo, y considera cuán mal concuerda eso que haces con lo que vas á hacer.

De cómo es engañosa nuestra vida.

§ V

Mas todos estos males perdonaría yo á esta vida, si no tuviese otro (á mi juicio) mayor, que es ser engañosa y parescer muy otra de lo que es. Porque así como suelen decir que la sanctidad fingida es doblada maldad, así también es cierto que la felicidad engañosa es doblada miseria. Porque si esta vida paresciese lo que es, y no nos mintiese nada, está claro que ni nos perderíamos por ella, ni nos fiaríamos della, y siempre viviríamos apercebidos contra ella: mas ella es tan llena de hipocresía y engaño, que siendo fea se nos vende por hermosa, y siendo breve nos parece larga, y mudándose á cada hora se nos figura que siempre permanesce en un mismo ser. ¿Sientes por ventura (dice S. Hierónimo) cuándo te haces niño, y cuándo mozo, y cuándo hombre, y cuándo viejo? Cada día morimos y cada día nos mudamos, y con todo esto creemos que somos eternos.

De aquí nascían aquellos soberbios edificios de los megarenses, de los cuales dijo un filósofo que edificaban como si nunca hobiesen de morir, y vivían como si otro día hobiesen de morir. ¿De dónde nasce tanto olvido de Dios, tanta avaricia, tanta vanidad, tanto cuidado en amontonar riquezas, y tanto descuido en aparejarnos para la muerte, sino de creer que será muy larga nuestra vida? Esta falsa imaginación nos hace creer que para

todo tendremos tiempo, para el mundo, y para la vanidad, y para los vicios, y para otros muchos vanos y curiosos ejercicios, y que después quedará también su parte de tiempo para Dios. De la manera que echaríamos la cuenta sobre una pieza de paño que tuviésemos sobre una mesa, señalando un pedazo para uno y otro para otro, así la echamos sobre nuestra vida, como si tuviésemos nosotros el señorío y presidencia de los tiempos y della.

Este engaño nasce de una tácita persuasión y crédito que cada uno tiene dentro de sí mismo, no de alguna razón ni fundamento verdadero, sino de sólo el amor proprio: el cual así como aborresce la muerte, así ni se quiere acordar della ni creer que tan presto vendrá por su casa, por la pena que recibiría si esto creyese: y de aquí nasce que de los otros fácilmente cree que presto se podrán morir, porque como no los ama tanto, no le amarga tanto el conoscimiento desta verdad: mas de sí es otra cuenta, porque como se ama mucho, no puede dejar de recibir pena, si creyere cosa que así lo lastima. Mas muchas veces se hallan éstos burlados, y se les vuelve el sueño al revés: porque los otros de cuyas vidas desconfiaban, se quedan acá, y ellos que pensaban quedarse, les llevan la delantera. De manera que les acaesce como á los que comienzan á navegar, que en saliendo del puerto les paresce que la tierra y los edificios della se les van desviando: y no es así, sino al contrario, que ellos son los que se desvían, y la tierra se está queda en su lugar.

De cuán miserable sea nuestra vida, y de diversas miserias que hay en ella así en los cuerpos como en las ánimas.

§ VI

Mas ya que nuestra vida tiene todas estas miserias susodichas, si eso que hay de vida fuera todo vida, algo fuera. Mas lo que excede toda miseria es que eso que hay de vida tanto cuanto, está subjecto á tantas miserias y trabajos así de espíritu como de cuerpo, que más se puede llamar muerte que vida, pues como dice un poeta, no es vivir, sino pasarlo bien, la vida. De manera que aunque en todas las cosas sea esta vida estrecha y breve, en solos trabajos y miserias es rica y larga. Breve es sin duda para vivir, y breve para gozar, y breve para alcanzar esos

y cordura: mas con ser para todas las cosas buenas breve, para una sola la hallo larga, que es para penar. ¡Oh peligroso estrecho de mar, que cuanto tienes menos de término en el espacio, tanto tienes más de peligro en el pasaje! Ciertamente si ojos tuviésemos para mirarnos, siempre habíamos de andar llorándonos, como hombres por justo juicio de Dios condenados á tan grandes males. Mas porque por todas partes fuésemos miserables, esta miseria se había de añadir á las otras, que á manera de frenéticos, estando cuales estamos, no sintiésemos nuestro daño. Mejor lo sentían aquellos dos filósofos, aunque gentiles, Heráclito y Demócrito, de los cuales el uno diz que siempre anduvo llorando, y el otro siempre riendo, porque veían claro cómo toda nuestra vida no era otra cosa sino pura vanidad y miseria,

Si no, dime: ¿cuántos son los cuidados en que viven los hombres, las congojas, los temores, las lágrimas, las pasiones, las sospechas, las malicias, con todas las otras tribulaciones y aflicciones del ánima? Á las cuales pasiones está el hombre tan subjecto, que muchas veces se apasiona sin causa, y teme donde no hay que temer: y cuando le falta quien le atormente de fuera, él mismo se es tormento de dentro, como decía el santo Job (1): ¿Por qué me pusiste, Señor, contrario á ti, y soy hecho pesado á mí mismo?

Pues las miserias exteriores del cuerpo, ¿quién las contará? ¡Cuánto trabajo es menester para ganar un pedazo de pan con que sustentar la vida! Los pajarillos y los brutos animales sin ningún oficio ni trabajo se mantienen: y el hombre ha menester sudar noche y día, y revolver la mar y la tierra para este fin. Ésta es aquella miseria que lloraba el profeta cuando decía (2): Los días de nuestra vida gastamos como las arañas: porque así como este animal trabaja noche y día en aquella tela que hace, desentrañándose y consumiéndose por darle cabo, y todo este trabajo tan largo y tan costoso no se ordena á más que hacer una red muy delicada para cazar moscas, así el hombre miserable ninguna cosa hace sino trabajar noche y día con espíritu y cuerpo, y todo este trabajo no es más que para cazar moscas, que son cosas de aire y de muy poco valor. Y algunas veces acaesce que después de muchos caminos y trabajos, acabada ya la tela, un

(1) Job 7 (2) Psalm. 89.

viento recio que sobreviene, se lleva en el aire la tela, y á su dueño también con ella, y así perece el trabajo y el trabajador todo junto en un momento.

Y aun si con todos estos trabajos estuviese la vida segura, no sería tan grande nuestra miseria. Mas ya que la vida esté segura de hambre, no lo está de pestilencia y de otros infinitos peligros y enfermedades que á cada paso la saltean. ¿Quién podrá contar cuántos géneros de enfermedades tiene aparejadas la naturaleza para un cuerpo de un hombre? Llenos están los libros de los médicos de enfermedades y de remedios, y cada día cresce la doctrina con la novedad de los males, y excede ya al ingenio de los pasados el número de los males presentes. ¡Y entre todos estos remedios apenas hay uno deleitable! Y muchos hay más penosos que la misma dolencia: de manera que no se pueda desechar un tormento grande sin otro á veces mayor.

Y si alguna complexión hay tan dichosa que no haya lidiado con estos males, no está segura de otros acaescimientos con que cada día peligran aquéllos á quien las enfermedades perdonan. ¡Cuántos millares de hombres se bebe cada día la mar! ¡Cuántos se tragan las guerras! ¡Cuántos han peligrado con temblores de tierra, con crescientes de ríos, con caídas de casas, con picaduras y heridas de bestias ponzoñosas! ¡Cuántas mujeres en el parto compraron las vidas que dieron á los hijos, con sus proprias muertes!

Y ya que las bestias pelean contra nosotros (y cuasi todas las cosas que fueron criadas para nuestro servicio, no menos son para nuestro daño que para nuestro servicio, antes parece que todos ellas han conjurado contra nosotros) ya que esto es así, fuera algún remedio si los hombres se hicieran á una y fueran tan conformes en la paz como lo son en naturaleza. Mas no es así, sino que ellos mismos han vuelto sus armas contra sí mismos: y entre todas las criaturas no hay otra contra quien más se encruelezca el hombre que contra el consorte de su misma naturaleza. ¡Cuántos géneros de máquinas y de municiones y de armas han inventado los hombres para ofender y defenderse de otros hombres! ¡Á cuántos despoja cada día de la vida la espada cruel del enemigo! ¡Cuántas amenazas, robos, injurias, heridas, muertes, deshonras, captiverios, padecen cada día unos hombres de otros hombres! Ni la tierra, ni la mar, ni los caminos, ni las plazas pú-

blicas están seguras de ladrones, de salteadores, de cosarios y de enemigos. Adondequiera halla aparejo la ira cruel para tomar de su enemigo dulce venganza. ¿Qué quiere decir tanta espada, tanta artillería, tanta munición, tanta pólvora, tantos maestros y inventores de nuevos pertrechos y ardides de guerra, sino multiplicarse por todas partes las calamidades del género humano, para que cuando el aire y el cielo nos perdonaren, nos persigan los compañeros de nuestra misma naturaleza?

De un solo hombre llamado Julio César (que entre todos los emperadores fué muy alabado de clemencia) se escribe que él solo con sus ejércitos mató en diversas batallas un cuento y ciento y tantos mil hombres. Mira tú qué tanto más hiciera, si fuera cruel, pues tanto hizo el alabado de piadoso.

Tulio hace memoria de un filósofo insigne, el cual escribió un libro de las muertes de los hombres, en el cual cuenta muchas causas de mortandades que ha habido en el mundo, como fueron diluvios, pestilencias, destrucciones, concurso de bestias fieras, que viniendo súbitamente sobre algunas gentes, del todo las acabaron y consumieron. Y después desto viene á concluir que mucho mayor número de hombres ha sido destruído por otros hombres, que por todas las otras maneras de calamidades ayuntadas en uno. Pues ¿qué cosa puede ser de mayor dolor y admiración? ¿Éste es aquel animal político y sociable, nascido sin uñas, y sin armas, y sin ponzoña, para vivir con los otros animales en paz y concordia?

Pues ¿qué será sobre todo esto, si discurrimos por las miserias de todas las edades y estados desta vida? ¡Cuán llena de ignorancia es la niñez, cuán liviana la mocedad, cuán arrebatada la juventud, y cuán pesada la vejez! ¿Qué es el niño, sino un animal bruto en figura de hombre? ¿Qué el mozo, sino un caballo desbocado y sin freno? ¿Qué el viejo ya pesado, sino un saco de enfermedades y dolores? El mayor deseo que tienen los hombres es de llegar á esta edad, donde el hombre está más necesitado que en toda la vida y menos socorrido. Al viejo desampara el mundo, y desamparan sus deudos, y desamparan hasta sus miembros y sentidos, y él mismo se desampara á sí, pues ya le falta el uso de la razón, y solamente le acompañan enfermedades. Éste es el blanco adonde tiene puestos los ojos la felicidad humana y la ambición de la vida.

De los estados no acabaríamos de decir el poco contentamiento que hay en ellos, y el deseo que cada uno tiene de trocar el suyo por el ajeno, creyendo que en él ternía más reposo. Y así andan los hombres como el enfermo que no hace sino dar vuelcos en la cama á una parte y á otra, creyendo que con estas mudanzas hallará más descanso del que tenía: y no lo halla, porque dentro de sí tiene la causa de su desasosiego, que es el mal.

Finalmente tal es esta vida, que pudo con muy gran razón decir el Sabio (1): Grande y pesado es el yugo que traen á cuestas los hijos de Adam dende el día que salen del vientre de sus madres hasta el día de la sepultura, que es común madre de todos. Y Sant Bernardo osó decir que le parecía á él poco menos mal esta vida que la del infierno, si no fuera por la esperanza que en ella tenemos de poder ganar el cielo.

Y aunque todo esto fué castigo del pecado, pero fué castigo piadoso y medicinable, porque todo esto ordenó así aquella soberana Providencia para apartar nuestros corazones del amor desordenado desta vida. Pues por esto nos puso tanto acíbar en sus pechos, para desterrarnos della: por eso nos la afeó tanto, porque no pusiésemos nuestro amor en ella, por eso quiso que recibiésemos tantos malos tratamientos en ella, porque de mejor gana la dejásemos, y sospirásemos siempre por la vida verdadera. Porque si aun con ser tal cual es, la dejamos de tan mala gana, y todavía lloramos por las frutas y carnes de Egipto (2), ¿qué hiciéramos si toda ella fuera deleitable y á nuestro gusto? ¿Quién la menospreciara por Dios? ¿Quién la trocara por el cielo? ¿Quién dijera con Sant Pablo (3): Deseo ser desatado desta carne, y verme con Cristo?

De la última de las miserias humanas, que es la muerte.

§ VII

A todas estas miserias sucede la última y la más terrible, que es el morir. Ésta es aquella miseria que lloraba un poeta diciendo: El mejor día de los mortales, ése es el que primero huye: y luego cargan enfermedades, y con ellas la triste vejez, y el trabajo continuo, y sobre todo la aspereza de la muerte cruel.

(1) Eccli. 11. (2) Exod. 16. (3) Phil. 1.

Éste es el paradero de la vida humana, de quien dice Job (1): Bien sé que me has de entregar, Señor, á la muerte, adonde está aparejada casa para todo viviente.

Cuántas sean las miserias que encierra en sí esta sola miseria, no me atreveré yo al presente á contarlas: solamente diré lo que un doctor exclamando contra la muerte dice así: ¡Oh muerte, cuán amarga es tu memoria, cuán presta tu venida, cuán secretos tus caminos, cuán dudosa tu hora, y cuán universal tu señorío! Los poderosos no te pueden huir, los sabios no te saben evitar, los fuertes contigo pierden las fuerzas. Para contigo ninguno hay rico, pues ninguno puede comprar la vida por dineros. Todo lo andas, todo lo cercas, y en todo lugar te hallas. Tú pasces las hierbas, bebes los vientos, corrompes los aires, mudas los siglos, truecas el mundo, y no dejas de sorber la mar. Todas las cosas tienen sus crescientes y menguantes: mas tú siempre permaneces en un mismo ser. Eres un martillo que siempre hiere, espada que nunca se embota, lazo en que todos caen, cárcel en que todos entran, mar donde todos peligran, pena que todos padescen, y tributo que todos pagan.

Oh muerte cruel, ¿cómo no tienes lástima de venir al mejor tiempo y impidir los negocios encaminados á bien? Robas en una hora lo que se ganó en muchos años, cortas la sucesión de los linajes, dejas los reinos sin herederos, hinches el mundo de orfandades, cortas el hilo de los estudios, haces malogrados los buenos ingenios, juntas el fin con el principio, sin dar lugar á los medios. Finalmente eres tal, que Dios lava sus manos de ti, y se justifica diciendo que Él no te hizo, sino que por invidia y arte del diablo tuviste entrada en el mundo (2).

Del fructo que se saca destas consideraciones susodichas.

§ VIII

Estas y otras infinitas son las miserias de nuestra vida, cuya consideración debe el hombre enderezar á dos fines principales, entre otros: el uno, al conoscimiento y desprecio de la gloria del mundo, y el otro, al conocimiento y desprecio de sí

(1) Job 30. (2) Sap. 1 et 2.

mismo, porque para lo uno y para lo otro sirve grandemente esta consideración. ¿Quieres saber en una palabra qué tal sea la gloria del mundo? Mira con atención las condiciones de la vida humana, y por ahí verás qué tal sea la gloria della. Dime: ¿puede ser más larga ni más firme la gloria del hombre que la vida del hombre? Claro está que no, porque esta gloria es como un accidente que se funda sobre esta vida como sobre un subjecto, y faltando el subjecto, es por fuerza que han de faltar sus accidentes. Y por esto ningunas riquezas ni deleites pueden llegar más que hasta la sepultura, porque aquí viene á faltar el fundamento que las sostenía, que es la vida

Pues dime agora: si esta vida es tal cual aquí has oído, conviene á saber, breve, incierta, frágil, inconstante, engañosa y miserable, ¿qué tanto podrá durar el edificio que se armare sobre este cimiento, y los accidentes que se fundaren sobre tan flaca substancia? Á bien librar durarán tanto cuanto ella, y á las veces antes della se acabarán, como lo suelen hacer muchas veces los bienes de fortuna, que se acaban primero que la misma vida.

Pues si es verdad lo que decía aquel poeta (1), que esta vida no era más que un sueño de sombra, ¿qué te paresce que será la gloria mundana, pues aún es más breve que ella? ¿Qué caso harías de un hermoso edificio, si estuviese armado sobre un falso cimiento? ¿Qué caso harías de una imagen de cera muy ricamente labrada, si estuviese puesta al sol, donde así como se derritiese la cera, se deshiciese luego esta figura? ¿Por qué tenemos en poco la hermosura de las flores, sino porque están en subjectos tan flacos, que en apartándolas de su tronco, luego pierden su hermosura? No es posible hallarse hermosura firme en materia frágil y corruptible. Será luego la gloria del hombre tal cual es la vida del hombre. Porque aunque después de la vida permanezca todavía la gloria, ¿qué aprovecha esa gloria al que nada siente della? ¿Qué provecho le viene á Homero que le alabes tú agora mucho sus Iliadas? No otro sin duda sino aquél que dice Sant Hierónimo hablando de Aristóteles: ¡Ay de ti, Aristóteles, que eres alabado donde no estás, que es en el mundo, y eres atormentado donde estás, que es en el infierno!

Otros inestimables provechos sacarás desta misma considera-

(1) Píndaros.

ción. Porque si consideras atentamente todas estas miserias susodichas, luego se te abrirán los ojos, y maravillarte has de la ceguedad de los hombres, y comenzarás á decir: Pues ¿de qué se ensoberbesce este miserable linaje de Adam? ¿De dónde tanta hinchazón de ánimos, tanta altivez de corazones, tan gran menosprecio de los otros, tanta estima de sí mismos, y tanto olvido de Dios? ¿De qué te ensoberbesces, polvo y ceniza? ¿Por qué te magnificas y engrandesces, hombrecillo de tierra? ¿Cómo no deshaces la rueda de tu vanidad mirándote á los pies, que es á la vileza de tu condición? ¿Qué tienes por donde buscar con tanto cuidado la gloria del mundo, pues está aguada con tantas miserias? ¿Qué cosa puede haber tan dulce, que no se haga amarga con la mezcla de tantas amarguras?

Item, si esta vida es un valle de lágrimas, una cárcel de culpados y un destierro de condenados, ¿cómo dicen con el lugar de lágrimas tanta vanidad, tanta pompa de mundo, tantos aderezos de casa y familia, tantas risas y placeres, tantas fiestas y locuras, tanto allegar para acá, tanto olvido de lo de allá, como si de todo punto nasciera para vivir acá con las bestias, y no tuviera parte en el cielo con los ángeles? Gran linaje de miseria es que tantos argumentos de miserias no basten para abrirte los ojos y sacarte de tan gran ceguera.

EL MIÉRCOLES EN LA NOCHE

El miércoles en la noche, hecha la señal de la cruz, con la preparación que dijimos, pensarás en el paso de la muerte, que es una de las más provechosas consideraciones que un cristiano puede tener así para alcanzar la verdadera sabiduría como para huir el pecado, como también para comenzar con tiempo á aparejarse para la hora de la muerte.

Mas para que esta consideración te sea provechosa, debes pedir á nuestro Señor te dé á sentir algo de lo que en esta última batalla se pasa, para que de tal manera ordenes tus cosas y tu vida como entonces querrías haber vivido. Y para que mejor puedas sentir algo desto, no lo pienses como cosa venidera, sino

como ya presente, ni como cosa ajena, sino como tuya propria, haciendo cuenta que estás acostado en una cama desafuciado ya de los médicos, y entendiendo cierto que has de morir.

Piensa pues, primeramente, cuán incierta es aquella hora en que te ha de saltear la muerte: porque no sabes en qué día, ni en qué lugar, ni en qué disposición te tomará. Solamente sabes que has de morir: todo lo demás es incierto, sino que ordinariamente suele sobrevenir esta hora al tiempo que el hombre está más descuidado y olvidado della.

Lo segundo, piensa en el apartamiento que allí se ha de hacer, no sólo entre todas las cosas que se aman en este mundo, sino también entre el ánima y el cuerpo, compañía tan antigua y tan amada. Si se tiene por grande mal el destierro de la patria y de los aires en que el hombre se crió, pudiendo el desterrado llevar consigo todo lo que ama, ¡cuánto mayor será el destierro universal de todas las cosas, de la casa, y de la hacienda, y de los amigos, y del padre, y de la madre, y de los hijos, y desta luz y aire común, y finalmente de todas las cosas! Si un buey da bramidos cuando lo apartan del otro buey con quien araba, ¡qué bramido será el de tu corazón, cuando te aparten de todos aquéllos con cuya compañía trujiste á cuestas el yugo de las cargas desta vida!

Considera también la pena que el hombre allí recibe cuando se le representa en lo que han de parar el cuerpo y ánima después de la muerte. Porque del cuerpo ya sabe que por muy honrado que haya sido, no le puede caber otra suerte mejor que un hoyo de siete pies en largo, en compañía de los otros muertos: mas del ánima no sabe cierto lo que será, ni qué suerte le ha de caber. Porque aunque la esperanza de la divina misericordia lo esfuerza, la consideración de sus pecados lo desmaya. Júntase también con esto la grandeza de la justicia de Dios, y la profundidad de sus juicios: el cual muchas veces cruza los brazos y trueca las suertes de los hombres. El ladrón sube de la cruz al paraíso, y Judas cae de la cumbre del apostolado. Manasés halló lugar de penitencia después de tantas abominaciones, y Salomón no sabemos si lo halló después de tantas virtudes. Ésta es una de la mayores congojas que allí se padescen, saber que hay gloria y pena para siempre, y estar tan cerca de lo uno y de lo otro, y no saber cuál destas dos suertes tan desiguales nos ha de caber.

Tras desta congoja se sigue otra no menor, que es de la cuen-

ta que allí se ha de dar, la cual es tal, que hace temblar aun á los muy esforzados. De Arsenio se escribe que estando ya para morir comenzó á temer. Y como sus discípulos le dijesen: Padre, ¿y tú agora temes? respondió: Hijos, no es nuevo en mí este temor, porque siempre viví con él. Allí pues se le representan al hombre todos los pecados de la vida pasada como un escuadrón de enemigos que vienen á dar sobre él: y los más grandes y en que mayor deleite recibió, ésos se representan más vivamente, y son causa de mayor temor. Allí viene á la memoria la doncella deshonrada, y la casada solicitada, y el pobre despojado ó maltratado, y el prójimo escandalizado. Allí dará voces contra mí, no la sangre de Abel, sino la sangre de Cristo, la cual yo derramé y disperdicié cuando al prójimo escandalicé. Y si esta causa se ha de sentenciar según aquella ley que dice (1): Ojo por ojo, diente por diente, y herida por herida, ¿qué espera quien echó á perder un ánima, si lo juzga por esta ley? ¡Oh cuán amarga es allí la memoria del deleite pasado, que en otro tiempo parescía tan dulce! Por cierto con mucha razón dijo el Sabio (2): No mires al vino cuando está dorado y cuando resplandesce en el vidrio su color, porque dado caso que al tiempo del beber paresce blando, mas á la postre muerde como culebra, y derrama su ponzoña como basilisco. ¡Oh si supiesen los hombres cuán gran verdad es ésta que aquí nos dicen! ¿Qué picadura hay de culebra que así lastime, como aquí lastimará la memoria del deleite pasado? Éstas son las heces de aquel brebaje ponzoñoso del enemigo: éste es el dejo que tiene aquel cáliz de Babilonia, por defuera dorado (3).

Pues entonces el hombre miserable, viéndose cercado de tantos acusadores, comienza á temer la tela deste juicio, y á decir entre sí: ¡Miserable de mí, que tan engañado he vivido, y por tales caminos he andado! ¿Qué será de mí agora en este juicio? Si Sant Pablo dice (4) que lo que el hombre hobiere sembrado, eso cogerá, yo que ninguna otra cosa he sembrado sino obras de carne, ¿qué espero coger desta sementera sino corrupción? Si Sant Juan dice (5) que en aquella soberana ciudad, que es toda oro limpio, no ha de entrar cosa sucia, ¿qué espera quien tan sucio ha tenido el corazón y la vida? ¡Oh cuán mala mercadería es la del pecado,

(1) Exod. 21. (2) Prov. 23. (3) Hier. 51. (4) Gal. 6. (5) Apoc. 21.

pues lo que entonces parescía tan barato, agora se paga con tan grande tributo!

Después desto suceden los sacramentos de la confesión y comunión, y en cabo el de la extremaunción, que es el último socorro con que la Iglesia nos puede ayudar en aquel trabajo: y así en éste como en los otros debes considerar las ansias y congojas que allí el hombre padecerá por haber vivido mal, y cuánto quisiera haber llevado otro camino, y qué vida haría entonces si le diesen tiempo para eso, y cómo allí se esforzará á llamar á Dios, y los dolores y la prisa de la enfermedad apenas le darán lugar.

Mira también allí aquellos postreros accidentes de la enfermedad, que son como mensajeros de la muerte, cuán espantosos son, y cuán para temer. Levántase el pecho, enronquécese la voz, muérense los pies, hiélanse las rodillas, afílanse las narices, húndense los ojos, y párase el rostro defunto, y la lengua no acierta ya á hacer su oficio, y finalmente con la priesa del ánima que se parte, turbados todos los sentidos, pierden su valor y su virtud. Mas sobre todo el ánima es la que allí padesce mayores trabajos, la cual está entonces batallando y agonizando, parte por la salida, y parte por el temor de la cuenta que se le apareja: porque ella naturalmente rehusa la salida, y ama la estada, y teme la cuenta.

Salida ya el ánima de las carnes, aún te quedan dos caminos por andar, el uno acompañando el cuerpo hasta la sepultura, y el otro siguiendo el ánima hasta la determinación de su causa, considerando lo que á cada una destas partes acaescerá. Mira pues cuál queda el cuerpo después que su ánima lo desampara, y cuál es aquella noble vestidura que le aparejan para enterrallo, y cuán presto procuran echarlo de casa. Considera su enterramiento, con todo lo que en él pasará: el doblar de las campanas, el preguntar todos por el muerto, los oficios y cantos dolorosos de la Iglesia, el acompañamiento y sentimiento de los amigos, y finalmente todas las particularidades que allí suelen acaescer hasta dejar el cuerpo en la sepultura, donde quedará sepultado en aquella tierra de perpetuo olvido. Y según vemos que se muda el curso de las cosas humanas, podrá ser que algún tiempo venga á hacerse algún edificio par de tu sepultura, por muy esclarescida que sea, y que saquen della tierra para hacer una pared: y vendrá tu pobre cuerpo hecho tierra á ser después una tapia,

aunque agora sea el más noble y regalado del mundo. Si no, dime cuántos cuerpos de reyes y emperadores habrán venido á parar en esta dignidad.

Pues dejado el cuerpo en la sepultura, vete luego en pos del ánima, y mira el camino que llevará por aquella nueva región, y en lo que finalmente parará, y cómo será juzgada. Imagina que estás ya presente á este juicio, y que toda la corte del cielo está aguardando el fin desta sentencia, donde se hará el cargo y el descargo de todo lo recebido, hasta el cabo del agujeta. Allí se pidirá cuenta de la vida, de la hacienda, de la familia, de las inspiraciones de Dios, de los aparejos que tuvimos para bien vivir, y sobre todo de la sangre de Cristo y del uso de sus sacramentos, y allí será cada uno juzgado según la cuenta que diere de lo recebido.

Acabada la meditación, sígase luego el hacimiento de gracias y la petición, etc.

TRATADO TERCERO

EN EL CUAL

SE TRATA DE LA CONSIDERACIÓN DE LA MUERTE

donde se declara más por extenso la meditación pasada.

PARA muchas cosas es en gran manera provechosa la consideración de la muerte, y especialmente para tres. La primera, para alcanzar la verdadera sabiduría, que es saber el hombre regir y ordenar su vida. Porque (como dicen los filósofos) en las cosas que se ordenan á algún fin, la regla y la medida para encaminarlas se toma del mismo fin. Y por esto los que edifican, y los que navegan, y finalmente todos los que algo quieren hacer, siempre ponen los ojos en el fin que pretenden, y conforme á él encaminan todo lo demás. Pues como entre los fines y términos de nuestra vida uno dellos sea la muerte (donde todos vamos á parar) el que quisiere acertar á encaminar bien su vida, ponga los ojos en este blanco, y conforme á él encamine todo lo que hobiere de hacer. Mire cuán pobre y desnudo ha de salir de aquí, y cuán recio juicio ha de pasar allí, y cuán hollado y olvidado ha de estar en la sepultura, y conforme á esto mire cómo le conviene vivir. Desta manera regía su vida un filósofo que decía: Desnudo salí

del vientre de mi madre, y desnudo tengo de volver á la sepultura: pues ¿para qué quiero perder tiempo en allegar riquezas, si el fin ha de parar en desnudez?

De no mirar este fin nascen todos nuestros yerros. De aquí nace nuestra presumpción, y nuestra soberbia, y nuestra codicia, y nuestros regalos, y las torres de vientos que edificamos sobre arena. Porque si pensásemos cuáles nos hemos de ver de aquí á pocos días en aquella pobre casa, más humilde y más templada sería nuestra vida. ¿Cómo tendría presumpción quien allí mirase cómo es polvo y ceniza? ¿Cómo tendría por Dios á su vientre quien allí mirase cómo es manjar de gusanos? ¿Quién levantaría tan alto sus pensamientos, viendo cuán flaco es el cimiento sobre que se fundan? ¿Quién andaría perdido buscando riquezas por mar y por tierra, viendo que le han de hacer allí pago con una pobre mortaja? Finalmente, todas las obras de nuestra vida se corregirían, si todas las midiésemos con esta regla.

Por esto decían los filósofos que la vida del sabio no era otra cosa sino un continuo pensamiento de la muerte. Porque esta consideración enseña al hombre lo que es algo y lo que es nada, lo que debe seguir y lo que debe huir, conforme al fin en que ha de parar. De aquellos filósofos que llamaban bracmanos se escribe que eran tan dados á este pensamiento, que tenían las sepulturas abiertas á las puertas de sus casas, para que entrando y saliendo por ellas, siempre se acordasen deste paso.

Al profeta Hieremías dijo Dios (1) que descendiese á la casa donde se labraba el barro, porque quería hablar allí con él. Bien pudiera Dios hablar en otro cualquier lugar con su profeta, mas quísole hablar en éste, para dar á entender que la casa del barro (que es la sepultura) es la escuela de la verdadera sabiduría, donde Dios suele enseñar á los suyos grandes maravillas y doctrinas. Allí les enseña cuán grande sea la vanidad del mundo, la miseria de la carne, la brevedad de la vida, y sobre todo, allí les enseña á conoscer á sí mismos, que es la más alta filosofía que se puede saber. Desciende pues, oh hombre, con el espíritu á esta casa, y ahí verás quién eres, y de qué eres, y en qué has de parar, y en qué pára la hermosura de la carne y la gloria del mundo. Y así aprenderás á despreciar todo lo que el mundo adora por no saber

(1) Hier. 18.

mirarlo, pues no mira más que á la cara de Jezabel (1) que asoma por la ventana muy compuesta, y no á los extremos miserables della, los cuales, después de comido el cuerpo, quiso Dios que quedasen enteros, para que por aquí viésemos que otra cosa es el mundo de lo que por defuera parece, y para que de tal manera le mirásemos á la cara, que también nos acordásemos de los extremos dolorosos en que pára su gloria.

Lo segundo, aprovecha esta consideración para apartarnos del pecado, según que lo testifica el Eclesiástico diciendo (2): Acuérdate de tus postrimerías, y nunca jamás pecarás. Gran cosa es no pecar, y gran remedio es para esto acordarse el hombre que ha de morir. Sant Juan Clímaco escribe de un monje que siendo gravemente tentado de la hermosura de una mujer que él había visto en el mundo, como viniese á saber que ya era muerta, fuese á la sepultura donde estaba, y refregó un pañizuelo en el cuerpo hediondo de la defunta, y todas las veces que el demonio le volvía á convidar con aquel mal pensamiento, poníase aquel pañizuelo en las narices, y decía: Cata aquí, miserable, lo que amas, y cata aquí en qué paran los deleites y hermosura del mundo. Gran remedio era éste para vencer el pecado, y no es menor la profunda consideración de la muerte, según aquello que dice Sant Gregorio: No hay cosa que así mortifique los apetitos desta carne perversa, como considerar qué tal ha de estar ella misma después de muerta.

El mismo sancto cuenta de otro monje que teniendo ya la mesa puesta para comer y dar un poco de refrigerio al cuerpo fatigado, que le sobrevino á deshora la memoria de la muerte, y como si este pensamiento fuera un alguacil, de tal manera lo atemorizó y sobresaltó, que finalmente le hizo dejar la comida. Mira cuánto puede en el corazón del justo la memoria desta cuenta, pues le hace abstener de una obra tan lícita y necesaria.

Verdaderamente una de las cosas más espantosas que hay en el mundo, es saber los hombres tan de cierto la cuenta que en esta hora se les ha de pedir, y tener tanta facilidad en pecar. Si un caminante que no lleva más que un solo maravedí en la bolsa, entrase en una venta, y asentado á la mesa pidiese al huésped perdices y gallinas y capones, y finalmente todo cuanto hay en

(1) IV Reg. 9. (2) Eccli. 7.

la posada, y cenase muy á su placer sin acordarse que había de haber hora de cuenta, ¿quién no tendría á éste por burlador ó por loco? Pues ¿qué mayor locura que la de aquéllos que tan desenfrenadamente se derraman por todos los vicios, y duermen tan á su sabor en ellos, sin acordarse que de ahí á poco rato al salir de la posada se les ha de pedir tan estrecha cuenta de toda aquella soltura?

Por esto es de creer cierto que el demonio trabaja cuanto puede por hacernos perder esta memoria, porque sabe él muy bien cuánto ganaríamos con ella. Porque de otra manera, ¿cómo sería posible olvidarse los hombres de una cosa tan terrible y tan espantable, y que tan de cierto saben que ha de venir por sus casas? Un recelo de una pérdida muy pequeña de hacienda, ó de otra cosa semejante, nos trae muchas veces desvelados, y nos hace perder el sueño y aun la salud. Pues ¿cómo no hace esto la memoria de la muerte, que así para lo del cuerpo como para lo del ánima es la cosa más horrible de cuantas nos pueden venir? Por grandísima maravilla tengo que estando los hombres tan cuidadosos en cosas de paja, vivan tan descuidados en cosa que tanto va.

Lo tercero, aprovecha esta consideración no sólo para bien vivir (como está dicho) sino allende desto, para bien morir, Grande ayuda es el apercibimiento para las cosas arduas y dificultosas. Un tan grande salto como es el de la muerte, que llega dende esta vida á la otra, no se puede bien saltar si no se toma muy de atrás y muy de lejos la corrida. Ninguna cosa grande se hace bien de la primera vez. Y pues tan grande cosa es el morir, y tan necesaria el bien morir, muramos muchas veces en la vida, por que acertemos á morir bien aquella vez en la muerte. La gente que ha de pelear, tiene primero sus estudios y ejercicios, con los cuales aprende en tiempo de paz lo que ha de hacer en tiempo de guerra. El caballo que ha de pasar la carrera, primero la pasea y anda toda, y reconosce los pasos della, por no hallarse nuevo al tiempo que la haya de correr. Y pues á todos nos es forzado pasar esta carrera (pues no hay hombre que viva, que no haya de ver la muerte) y el camino es tan escuro y tan fragoso como todos sabemos, y el peligro tan grande, que el que cayere ha de ir á dar consigo en el profundo del infierno, bien será que paseemos agora todo este camino y miremos todos los pasos

que hay en él, uno por uno, porque en todos ellos hay mucho que considerar. Y no nos contentemos con mirar solamente lo que pasa por defuera al derredor de la cama del doliente, sino mucho más debemos trabajar por entender lo que pasa dentro de su corazón.

De cómo es incierta la hora de la muerte, y de la pena que da el apartamiento de todas las cosas que viene con ella.

§ I

Comenzando pues agora dende el principio desta batalla, mira cómo la muerte, cuando haya de venir, vendrá cuando más seguro estés y menos pienses en su venida, como suele acaescer á muchos. El día del Señor, dice el Apóstol (1), vendrá como ladrón, el cual aguarda siempre á venir cuando los hombres están más descuidados y seguros para hacer mejor su salto. Pues así suele las más veces acaescer, que al tiempo que el hombre menos piensa que ha de morir, y más olvidado está deste paso, echando sus cuentas para adelante y proponiendo negocios de muchos días y años, súbitamente viene la muerte, y corta el hilo de todas estas esperanzas y devaneos, y deja burlados todos los consejos humanos. Desta manera viene á cumplirse lo que dijo aquel sancto Rey (2): Fué cortada mi vida así como la tela que el tejedor corta antes de tiempo: apenas estaba comenzada á tejer, al mismo tiempo que se urdió, se cortó.

El primer golpe con que suele herir la muerte, es el temor del morir. Recia cosa es ésta para el que ama la vida. Duele tanto esta palabra, que muchas veces la disimulan los amigos de la carne, aunque sea con perjuicio del ánima miserable. Esforzado ánimo tenía el rey Saúl: mas después que le apareció aquella sombra de Samuel (3) y le dijo cómo había de morir en la batalla, y al cabo añadió diciendo: mañana tú y tus hijos os veréis acá comigo, fué tan grande el temor y espanto que recibió, que á la hora, perdido todo el esfuerzo, cayó en tierra como muerto. Pues

(1) I Thes. 5. (2) Isaiae 37. (3) I Reg. 28.

¿qué sentirá el amador desta vida cuando le den á él semejante nueva que ésta?

Allí luego se representa el apartamiento y destierro perpetuo deste mundo y de todo cuanto hay en él. Allí verá el hombre cómo es ya llegada su hora, y cómo amanesció ya aquel día por su casa, en que se ha de apartar de todo lo que amaba en esta vida. El cuerpo morirá una vez, mas el corazón morirá tantas veces cuantos amores de cosas piensa perder, pues entre todas ellas y él pondrá la muerte cuchillo de división. Tanto más suele doler la muela al tiempo de sacar, cuanto más encarnada estaba en las encías. Pues como el corazón del malo esté tan arraigado en el amor de las cosas desta vida, cuando piensa que es llegada ya la hora en que se ha de apartar de cada una dellas, con cada cual hace su llanto, y de cada una se despide con dolor. Entonces las cosas más amadas hieren más agudamente el corazón, y lo que suele ser consuelo de los trabajos, en aquella hora es verdugo más cruel. Cuenta Sant Augustín que al tiempo que deliberaba apartarse del mundo y de todos sus deleites, que le parecía que todos ellos se le ponían delante, y le decían: ¿Cómo? ¿Y para siempre nos has de dejar? ¿Y nunca más nos has de ver? Pues mira tú qué sentirá un corazón de carne cuando las cosas que más amaba se le pongan en aquella hora delante, y se vea despojar de todas, de tal manera que le sea forzado decir: Ya no habrá más mundo para mí, ni más aire ni cielo para mí, ni más hijos y mujer y regalos para mí. Del todo quedo desnudo, de todo me ha de despojar agora la muerte. Llegada es ya mi vez, cumplido es el número de mis días: agora moriré á todas las cosas, y todas ellas á mí. Pues, oh mundo, quedaos á Dios. Heredades y hacienda mía, quedaos á Dios. Amigos y mujer y hijos míos, quedaos á Dios, que ya en carne mortal no nos veremos jamás.

Otro apartamiento hay aún más temeroso después déste, que es del ánima y del cuerpo, compañía tan antigua y tan amada. De todas las cosas había despojado el demonio al sancto Job (1), si no era de la vida: parecíale que en comparación deste despojo todos los otros eran livianos, y así dijo: Piel por piel, y todo lo que el hombre posee dará por la vida. Ésta es la cosa que naturalmente más se ama, y cuyo apartamiento más se siente. Si apartarse un

(1) Job 2

caminante de otro cuando han caminado un poco de tiempo juntos, causa tristeza y soledad, ¿qué será apartarse dos tan grandes amigos y compañeros como son el ánima y el cuerpo, que juntos han caminado desde el vientre de la madre hasta aquella hora, y que con tan grandes beneficios se tienen obligados uno á otro? ¿Qué será cuando el espíritu diga á la carne: Sin ti me tengo de ver solo, y la carne diga al espíritu: Pues ¿qué tal quedaré yo sin ti, que todo el ser que tenía lo recibía de ti?

Del horror de la sepultura.

§ II

Después desto luego naturalmente se representa al hombre en lo que ha de parar su cuerpo después que el ánima se parta dél. Ve pues que la mejor suerte que le puede caber al cuerpo, no es más que una pequeña sepultura. Maravíllase de tan baja suerte como ésta, porque considerando por una parte la estima en que él tenía su cuerpo, y viendo por otra á cuán bajo y miserable lugar ha de venir á parar, no acaba de maravillarse desto. Mira cuán estrecha es aquella casa que se le apareja en la tierra, cuán escura, cuán hedionda, cuán acompañada de gusanos y de huesos y calaveras de muertos, y cuán horrible aun de solo mirar á los vivos. Y como ve que aquel cuerpo á quien él solía tratar con tanto regalo, y aquel vientre á quien él tenía por su Dios, y aquel paladar, á cuyos deleites servían la mar y la tierra, y aquella carne para quien se tejía el oro y la seda y se aparejaba la cama blanda, ha de ser echada en tan miserable muladar, y allí ha de ser pisada y comida de gusanos, y allí ha de venir á tener la misma figura que tiene un rocín que se muere por esos campos, que el caminante se atapa las narices y se da priesa á caminar por no olerlo: cuando todo esto considera y ve que á la cama blanda sucede la tierra dura, y á la vestidura preciosa la pobre mortaja, y á los suaves olores la podre y la hediondez, y en lugar de tantos manjares y servidores ha de haber tantos gusanos y comedores, no puede (si algún juicio tiene) dejar de maravillarse viendo á cuán baja suerte desciende tan noble naturaleza, y con quién es igualado en aquella hora el que con tanta desigualdad vivía en la vida.

No es de los sabios maravillarse, y la costumbre de cada día quita á las cosas grandes su admiración: y con todo esto se maravillaba aquel gran Sabio desta miseria (aunque tan cuotidiana y tan usada) cuando decía (1): Si de una manera muere el hombre y la bestia, ¿qué me aprovecha haber trabajado más en buscar la sabiduría? Si el cuerpo en este apartamiento viniera á parar en alguna cosa que fuera de precio ó de provecho, parece que fuera esto alguna manera de consuelo. Mas esto es cosa de admiración, que venga á parar una tan excelente criatura en la más deshonrada y abominable cosa del mundo. Ésta es aquella gran miseria de que con mucha razón se maravillaba el sancto Job cuando decía (2): El árbol después de cortado tiene esperanza de revivir y volver á reverdecer. Y si se envejeciere en la tierra su raíz, y el tronco estuviere muerto en el polvo, con la frescura del agua vuelve á retoñescer y á criar hojas como cuando de nuevo fué plantado. Mas el hombre, después de muerto y despojado y consumido, ruégote que me digas, ¿en qué viene á parar? Grande fué sin duda el tributo que se cargó sobre los hijos de Adam por el pecado. Bien entendió aquel eterno Juez la penitencia que daba al hombre cuando dijo (3): Polvo eres, y en polvo te volverás.

Del temor y duda de la suerte que le ha de caber al ánima.

§ III

Mas no es ésta la mayor causa que allí hay para temer: mucho más es cuando el ánima tiende los ojos adelante, y comienza á pensar los peligros de la otra vida, y se pone á imaginar lo que adelante será. Porque esto es ya como alejarse de la lengua del agua y meterse en alta mar, donde no se ve sino cielo y agua por todas partes, que para los nuevos navegantes suele ser causa de mayor temor. Porque cuando el hombre mira aquella eternidad de siglos que se sigue después de la muerte, y aquella nueva región no conocida ni hollada de los vivos, por do ya quiere comenzar á caminar, y aquella gloria perdurable que allí ha de caber (4), y ve que á doquiera que el madero cayere, allí esta-

(1) Eccles. 2 et 3. (2) Job 14. (3) Genes. 3. (4) Eccles. 11.

rá para siempre, y no sabe hacia cuál de las dos partes ha de caer, no puede dejar de tener aquí grande turbación. Estaba Benadab rey de Siria enfermo (1), y dábale tanta pena el no saber si había de morir de aquella enfermedad, ó no, que envió al príncipe de su ejército con cuarenta camellos cargados de riquezas al profeta Eliseo, pidiéndole con palabras de grande humildad que lo sacase de aquella perplejidad en que estaba, haciéndole saber de cierto si sanaría de aquella enfermedad, ó no. Pues si en tan gran cuidado pone á un hombre el amor de una vida tan breve como ésta, ¡qué tan grande será el que tendrá un sabio cuando se vea en tal paso que pueda decir con verdad: De aquí á dos horas me darán una de dos cosas, ó vida para siempre, ó muerte para siempre, y no sé cierto cuál destas dos ha de ser! ¿Qué martirio puede ser igual á esta congoja? Dime: si un rey estuviese preso en tierra de turcos, y yendo sus embajadores á rescatarlo concertasen los infieles que aquel negocio se determinase por suertes, y que si le cupiese buena suerte, fuese rescatado y llevado por sus embajadores á su reino, y si la contraria, que luego fuese echado en una gran foguera que ya estuviese allí encendida delante dél: dime, cuando se estuviesen ya echando las suertes, cuando estuviesen ya metiendo la mano en el cántaro, y todo el mundo suspenso aguardando lo que saldría, y el mismo rey presente esperando aquella tan dubdosa fortuna que le había de caber, ¿qué tal te parece que estaría? ¡Cuán turbado, cuán temeroso y cuán aparejado para prometer y ofrecer á Dios todo lo posible por salir bien de aquel trabajo! Pues ¿qué es todo esto (por mucho que sea) sino una sombra, si se compara con el peligro de que hablamos? ¡Cuánto mayor es el reino que nosotros pretendemos, y cuánto mayor la hoguera que tememos, y cuánto más penosa la perplejidad deste negocio, pues por una parte nos estarán aguardando los ángeles para llevarnos al reino del cielo, y por otra los demonios para echarnos en la hoguera del infierno, y nadie sabe cuál destas dos suertes de ahí á una hora te ha de caber! Mira pues cuál estará tu corazón en este paso, cuán temeroso, cuán humilde, cuán derribado ante la cara de Aquél que sólo puede sacarte deste peligro. No me parece que hay lengua en el mundo que pueda declarar esto como es.

(1) IV Reg. 8.

De cómo se conoscen aquí los yerros y ceguedad de la vida pasada.

§ IV

Tras desta congoja se sigue otra no menor (especialmente en aquéllos que han vivido mal), que es venir á caer tan tarde en la cuenta de su engaño y en los yerros de la vida pasada. ¡Oh cuán confusos se hallarán allí los malos cuando les abra los ojos el dolor de la pena, los cuales había cerrado antes el sabor de la culpa! ¡Qué claro verán entonces cuán falsos eran aquellos dioses á quien servían, y cuán engañosos aquellos bienes tras que andaban, y cómo por el camino que pensaban hallar descanso, hallaron su perdición! Venían los criados del rey de Siria á prender al profeta Eliseo (1), y como Dios los cegase á todos por la oración del profeta, después de ya ciegos, díjoles: andad acá comigo, y mostraros he lo que venís á buscar. Y dicho esto, llevólos en pos de sí hasta Samaria, y púsolos en la plaza de la ciudad en medio de todos sus enemigos, y hizo otra vez oración, y dijo: Abre, Señor, los ojos destos miserables, para que vean adónde están. Pues cuando éstos abriesen los ojos y viesen adónde habían venido á parar, creyendo que iban á hallar buen recaudo de lo que buscaban, ¡qué espantados quedarían, y qué confusos! Pues ¿qué cosa puede representar más al proprio el discurso y los engaños de nuestra vida? Todos andamos en este mundo por el camino de nuestros apetitos y codicias, unos á buscar oro, otros honra, otros deleites, otros oficios y dignidades, y á cada uno le parece que va bien encaminado, y que si hallare lo que busca, que tendrá luego su paraíso y descanso. Mas al cabo de la jornada, como nos hallamos alcanzados de cuenta, conocemos claramente nuestro engaño, y vemos que por el camino que pensábamos hallar descanso, hallamos nuestra perdición. ¡Oh miserables de nosotros, qué ciegos andamos agora, y qué ojos tendremos entonces! ¡Cuán diferentes serán allí los juicios, y cuán otros los pareceres! Allí veremos cuán miserable cosa sea todo lo que hay en este mundo, cuán falsos sus bienes, cuán vanas sus esperanzas, cuán desvaria-

(1) IV Reg. 6.

dos sus caminos, cuán mentirosas sus promesas, cuán amargos sus placeres, y cuán breve su gloria! Allí conoceremos, aunque tarde, cómo sus riquezas eran espinas, y sus deleites ponzoña, y finalmente cómo cerrados los ojos sin saber adónde íbamos, al cabo de la jornada nos hallamos en la plaza de Samaria y en la tela del juicio divino, cercados de nuestros enemigos, que son los demonios y los pecados.

¡Oh cuán confusos se hallarán los malos en aquella hora, y cuán burlados! ¡Cuán de veras podrá cada uno decir allí: Miserable de mí, ¿qué provecho me traen agora todos mis placeres pasados, sino tener indignado contra mí para esta hora el Juez que me ha de sentenciar! Ya los placeres se acabaron, y no queda dellos ni reliquia ni memoria para hecho de alegrarme (no más que si nunca fueran) y por otra parte quedan como espinas que atraviesan mi corazón, y hacen mi causa dubdosa, y atormentan agora mi ánima, y por ventura para siempre la atormentarán. Éste es el fructo que he cogido de mis deleites, ésta es la dentera que me causan agora mis golosinas pasadas. Los deleites ya dejaron de ser: fuéronse, y nunca más volverán, y por ventura por deleites que duraron un puncto, se me apareja eterno tormento. Pues ¿qué ceguedad pudo ser mayor? ¡Cuánto mejor me fuera nunca haber nascido, que haber ofendido á quien para esta hora tanto había menester! ¡Cuánto mejor fuera que la tierra se abriera y me tragara antes que pensara de ofendelle! ¡Oh día desdichado, oh hora malaventurada en que yo, Señor, te ofendí! ¿Cómo no miré por esta hora? ¿Cómo no me acordé deste juicio? ¿Cómo se cegaron mis ojos con tan pequeño resplandor? ¿Éste es el camino que yo tenía por acertado? ¿En esto paran las honras del mundo? ¿Tan poco vale para esta hora todo lo que en él se estima?

Del temor de la cuenta que allí se ha de dar.

§ V

Desta congoja se sigue otra no menor, que es el temor de la cuenta que se nos ha de pedir. Éste es uno de los mayores trabajos que allí se pasan. Porque demás de ser cosa tan temerosa entrar en juicio con Dios, acrescientan los mismos demonios este temor en aquella hora, los cuales antes lo deshacían con la

esperanza de la misericordia divina. Allí traen á la memoria la grandeza de los juicios de Dios y de su justicia, la cual muestran ser tan grande, que á su mismo Hijo no perdonó por los pecados ajenos (1). Pues si esto se hace en el madero verde, en el seco (dicen) ¿qué se hará? Allí pues comenzará el malo á temblar y decir entre sí: ¡Miserable de mí! Si es verdad lo que toda la Escriptura clama, que Dios ha de dar á cada uno según sus obras, yo que tan malas tengo hechas, ¿qué espero recibir? Si el Evangelista dice que conforme al fructo que diere el árbol, así será juzgado (2), quien tan malos fructos tiene dados como yo, ¿qué juicio puede esperar? Si el profeta dice que no subirá al monte de Dios sino el que tuviere las manos inocentes y el corazón limpio (3), yo que tan malas manos he tenido, y tan sucio corazón, ¿adónde iré? Si el Sabio dice que el que cierra sus orejas por no oir la ley, que él clamará, y no será oído (4), ¿qué espera quien tan cerradas las ha tenido para Dios, y tan abiertas para las mentiras del mundo? Pues, oh Dios mío, ¿con qué cara pareceré agora delante ti, y te pediré que me oyas, pues tú tantas veces me llamaste, y no te oí? ¿Cómo te pediré que me recibas en tu casa, pues tú tantas veces llamaste á la mía, y te di con las puertas en la cara? ¿Cómo te hallaré yo agora al tiempo del menester, pues tú tantas veces me hobiste menester, y no me hallaste? ¿Con qué título te pediré al cabo de la jornada que me des el cielo, habiendo empleado toda la vida en servicio de tu enemigo? ¡Oh cuán justamente me podrás, Señor, allí decir: Al mundo y al demonio serviste: ve á ésos que te den el galardón! Desta manera respondió el profeta Eliseo al rey Acab, el cual habiendo empleado toda la vida en servicio y culto de los ídolos, en el tiempo de la necesidad acogióse al profeta de Dios para que le diese remedio. Al cual el sancto profeta respondió (5): ¿Qué tienes tú que ver comigo, rey Acab? Corre, ve á los profetas de tu padre y madre, á quien has seguido, y pídeles que te den remedio. Todos imitamos á este mal rey en vida y en muerte. En la vida servimos al mundo, y en la muerte llamamos á Dios. Pues ¿qué respuesta esperamos en aquella hora, sino la que tiene Él respondido en semejante causa? ¿Qué tienes tú que ver comigo, pues que nunca me serviste? Corre, ve á los consejeros que seguiste, y á los ídolos á

(1) Luc. 23. (2) Mat. 3 et 7. (3) Psalm. 23. (4) Proverb. 28. (5) IV Reg. 3.

quien amaste y serviste y adoraste, y diles que te den el pago de tu servicio. Cuando clamares, dice Dios por Isaías (1) vengan á socorrerte tus valedores, á los cuales todos se llevará el viento y soplará el aire.

Aquí comienza ya el hombre á desear espacio de penitencia, y parécele que si se lo diesen, que no se contentaría con cualquier penitencia, sino que haría la más áspera vida del mundo. Y como ve que no se lo dan, y se acuerda del tiempo y de los aparejos que antes tuvo para esto, y cómo los dejó pasar en vano, duélese en gran manera desta pérdida, y conosce que tal castigo meresce quien tan mal cobro puso en lo que tenía. ¡Oh á cuántos de nosotros acaesce esta misma burla, que gastamos el tiempo que Dios nos da en vanidades y burlerías, y después viene á faltarnos cuando más era menester! Y así nos acaesce como á los pajecillos ó mozos de palacio, que les dan una vela para acostarse, y ellos gástanla en jugar toda la noche, y después vienen á acostarse á escuras.

De la extrema unción y agonía de la muerte.

§ VI

LLEGA ya la enfermedad á lo postrero, y comienza la Iglesia á ayudar entonces á sus hijos con oraciones y sacramentos y con todo lo que puede. Y porque la necesidad es tan grande (pues en aquel punto se ha de determinar lo que para siempre ha de ser) dase priesa á llamar á todos los sanctos, para que todos nos ayuden en tan gran peligro. ¿Qué otra cosa es aquella letanía que allí se manda rezar sobre el que muere, sino que la Iglesia, como piadosa madre, congojada por el peligro de su hijo, llama á todas las puertas del cielo y da voces á todos los sanctos para echarlos por rogadores ante el acatamiento divino, por la salud de aquel necesitado?

Luego el sacerdote unge todos los sentidos y miembros del doliente con aquel sagrado olio, pidiendo á Dios le perdone todo lo que pecó con cualquiera dellos. Y así ungiendo los ojos dice:

(1) Isa. 57.

Por esta unción y por su divina misericordia te perdone Dios todo lo que pecaste con la vista. Y desta manera unge todos los demás. Pues si el pecador miserable ha sido suelto de la vista, ó de la lengua, ó de alguno de los otros sentidos, y si se le representan en aquella hora todas estas solturas pasadas, y ve el poco fructo que le queda en las manos dellas, y el aprieto en que allí se ve por ellas, ¿cómo podrá dejar de sentir entrañable dolor? ¡Qué diera por nunca haber alzado los ojos del suelo, ni haber abierto la boca para hablar palabra!

Tras desto llega el agonía de la muerte, que es la mayor de las batallas de la vida, cuando ya encienden la candela, y comienzan á aparejar el hábito ó la mortaja, y dicen al doliente que es llegada ya la hora de la partida, que comience á encomendarse á Dios y llamar á su bendita Madre, que suele socorrer en aquella hora á los que la llaman: cuando ya comienzan á sonar en las orejas del enfermo los gritos y gemidos de la pobre mujer que comienza á sentir los daños de la nueva viudez y soledad, cuando ya comienza á despedirse el ánima de las carnes, y al tiempo del despedirse cada uno de los miembros hace sentimiento por su salida. Entonces es cuando se renuevan los cuidados del ánima, entonces es cuando ella está batallando y agonizando, no tanto por la salida, cuanto por la hora de la cuenta que se le viene acercando. Aquí es el temer y temblar, aun de los muy esforzados. Estando en este paso el bienaventurado Hilarión, comenzó á temblar y rehusar la salida, y él esforzábase diciendo: Sal fuera, ánima, sal fuera, ¿de qué temes? Setenta años ha que sirves á Cristo, ¿y aún temes la muerte? Pues si temía esta salida quien tantos años había servido á Cristo, ¿qué hará quien ha por ventura otros tantos que le ofende? ¿Adónde irá? ¿Á quién llamará? ¿Qué consejo tomará? ¡Oh si pudiesen los hombres entender hasta dónde llega esta perplejidad y congoja! Ruégote que imagines agora qué tal estaría el corazón del patriarca Isaac (1) cuando su padre lo tenía sobre la leña atado de pies y manos para haberlo de sacrificar. Encima de sí veía relucir el cuchillo del padre: debajo de sí veía arder la llama del fuego: los mozos que lo pudieran socorrer, habíanse quedado á la subida del monte: él tenía atados los pies y las manos para no poder huir ni defenderse. Pues ¿qué tal esta-

(1) Gen. 22.

ría entonces el corazón deste sancto mozo cuando así se viese? Sin duda muy afligido y apretado. Pues desta manera has de imaginar que está cercada el ánima del malo en aquella hora: sino que el conflicto y el peligro sin ninguna comparación es mayor. Á ninguna parte volverá los ojos que no vea causas de turbación y de temor. Si mira hacia arriba, ve la espada de la divina justicia que lo está amenazando: si mira hacia abajo, ve la sepultura abierta que lo está esperando: si mira dentro de sí, ve la consciencia que lo está remordiendo: si mira al derredor de sí, barrunta que están allí los ángeles y los demonios aguardando y esperando cada una de las partes á quién ha de caber la presa. Si vuelve los ojos hacia atrás, ve cómo ya los criados y los parientes y los bienes desta vida se quedan acá, y no son parte para lo socorrer, pues él solo sale de esta vida, y todo lo demás se queda en ella. Finalmente, si después de todo esto vuelve los ojos hacia dentro y se mira á sí mismo, espantarse ha de verse tal, y si posible fuese, querría echar á huir de sí. Salir del cuerpo esle intolerable, quedarse en él es imposible, dilatar la salida no le es concedido. Lo pasado le parescerá un soplo, y lo venidero (como ello es) infinito. Pues ¿qué hará la miserable cercada de tantas angustias? ¡Oh locura y ceguedad de los hijos de Adam, que para tal trance como éste no se quieren proveer!

De la fealdad del cuerpo muerto, y del enterramiento, y de la sepultura.

§ VII

Finalmente, acabada ya esta tan larga contienda, arráncase el ánima de las carnes, y sale de su antigua morada, y queda el cuerpo despojado de todo el bien que tenía.

Agora consideremos cuál sea la suerte que á cada una destas dos partes le ha de caber. Primeramente considera qué tal queda el cuerpo después que el ánima se parte dél. ¿Qué cosa más estimada que el cuerpo de un príncipe cuando vive, y qué cosa más desestimada y más vil que el mismo cuerpo cuando muere? ¿Dónde está aquella antigua majestad, aquella gentileza, aquella antoridad, aquel temblar todos delante dél, y aquel hablarle de rodillas y con tantas reverencias? ¡Qué presto se deshace toda

aquella pompa, como si fuera una cosa de sueño, ó un negocio de farsa que se deshace en una hora!

Luego se apareja la mortaja, que es la más rica joya que se puede sacar desta vida, con la cual se hace pago al más rico de los hombres en aquella hora. Esto sería bien que mirasen todos los avarientos y los que tienen al dinero por Dios: cuya ceguedad y locura reprehende el profeta por estas palabras (1): No temas cuando el hombre enriqueciere mucho y cuando vieres que se multiplica la gloria de su casa, porque cuando muriere, no llevará consigo sus cosas, ni descenderá con él su gloria.

Luego abren un hoyo de siete ó ocho pies en largo, aunque sea para Alejandro Magno, que no cabía en el mundo, y con solo esto se da allí el cuerpo por contento. Allí le dan casa para siempre, allí toma solar perpetuo en compañía de los otros muertos, allí lo salen á recebir los gusanos, y allí finalmente lo depositan en una pobre sábana, cubierto el rostro con un sudario, y atados los pies y manos en balde, porque bien seguro está que no huirá de la cárcel ni se defenderá de nadie. Allí lo recibe la tierra en su regazo, y le dan paz los huesos de los finados, y lo abrazan los polvos de sus antepasados, y lo convidan á aquella mesa y á aquella casa que está constituída para todo viviente.

Y la postrera honra que le puede hacer el mundo en aquella hora, es echarle encima una capa de tierra y cobijarlo muy bien con ella, para que no vean las gentes su hediondez y su deshonra. Y el mayor beneficio que le puede allí hacer el mayor de sus amigos, es honrarlo con un puñado de tierra. Y por esto los fieles suelen usar desta cerimonia con los difuntos, porque Dios depare quien haga con ellos otro tanto. ¿Qué mayor confesión se puede tomar de nuestra miseria, que ver aquí los hombres prevenirse con tiempo para no carecer de un tan pequeño beneficio? ¡Oh avaricia de vivos y pobreza de muertos! ¿Cómo desea tanto para tan breve vida quien con tan poco espera contentarse en aquella hora?

Luego el enterrador toma el azada y pisón, y comienza á trastornar huesos sobre huesos, y tapiar encima la tierra muy tapiada. De manera que el más lindo rostro del mundo, y más curado, y más guardado de sol y aire, andará allí debajo del

(1) Psalm. 48.

pisón del rústico cavador, que no tiene empacho de darle con él en la frente, y quebrarle los cascos, y sumirle los ojos y las narices, porque quede bien acompañado de tierra. Y sobre el otro gentil hombre que cuando vivía, no le había de tocar el aire, ni caer un pelico en la ropa, sin que luego anduviese la escobilla por cima, echarán aquí un muladar de basura. Y el otro que andaba lleno de ámbar y olores, se verá aquí cubierto de hediondez y de gusanos. Éste es el paradero de las galas y de la gloria del mundo.

Desta manera lo dejarán aposentado sus amigos en aquella casa tan estrecha, en aquella tierra de olvido, y en aquella cárcel tenebrosa, en la cual queda acompañado de perpetua soledad. Oh mundo, y ¿qué es de tu gloria? Riquezas, ¿qué es de vuestro poder? Amigos, ¿dónde me habéis dejado? ¿Cómo desapareció tan presto una tan antigua compañía? ¿Cómo se deshizo tan presto la rueda de tan grande felicidad? Los que vieron á la reina Jezabel (2) por justo juicio de Dios comida de perros (y que no quedó otra cosa más de toda aquella su hermosura que la calavera y los extremos de los pies y manos) como la habían conocido antes en tanta gloria, y entonces la veían en tal figura, maravillados de tan gran mudanza, preguntaban y decían: ¿Ésta es aquella Jezabel? Y todos cuantos pasaban por aquel camino, y la miraban así comida de perros como estaba, repitían aquella misma exclamación, diciendo: ¿Ésta es aquella Jezabel? ¿Ésta es aquella gran reina y señora de Israel? ¿Ésta es aquella tan poderosa, que se enseñoreaba de las haciendas de sus vasallos con la sangre de sus dueños? ¡Á tan baja suerte puede traer la muerte á los poderosos!

Pues desciende tú agora, hermano, con el espíritu á las sepulturas de los príncipes y grandes señores que habrás oído ó conocido en este mundo, y mira aquella tan horrible y tan disforme figura que allí se muestra, y verás cómo tienes tú también razón para exclamar con las mismas palabras, y decir: ¿Ésta es aquella Jezabel? ¿Ésta es aquella cara que yo conocí tan viva, éstos aquellos ojos tan claros, ésta aquella lengua tan ligera, éste aquel cuerpo tan polido? ¿En esto paran los ceptros y las coronas? ¿Éste el fin de la gloria del mundo? ¡Oh cuántas veces (dice un sabio) me acaesce entrar en los sepulcros donde están algunos cuerpos de muertos, y maravillado y atónito de lo que veo, pongo los

(1) IV Reg. 9.

ojos en aquella figura, meneo los huesos, junto las manos, concierto los labios, y póngome á decir entre mí: Mira aquellos pies, cuántos caminos anduvieron: aquellas manos, cuánto apañaron y guardaron: aquellos ojos, cuántas vanidades miraron: para aquella boca, cuántas golosinas se guisaron: aquellos huesos de la cabeza, cuántas torres de viento fabricaron: por el deleite de aquellos polvos y pellejos tan sucios, cuántos pecados se hicieron, por los cuales el ánima deste cuerpo por ventura estará agora penando para siempre! Salgo después de aquel lugar atónito, y encontrando con algunos hombres, pongo los ojos en ellos, y miro que éstos también, y yo con ellos, nos hemos de ver presto de aquella manera y en aquella misma vileza. Pues, oh miserable de mí, ¿para qué son las riquezas, si aquí me tengo de ver tan desnudo? ¿Para qué las galas y atavíos, pues aquí me tengo de ver tan feo? ¿Para qué los deleites y las comidas, pues aquí tengo de ser manjar de gusanos?

Del camino que lleva el ánima salida del cuerpo, y del juicio y sentencia que espera.

§ VIII

Agora dejemos el cuerpo en el sepulcro, y veamos el camino que lleva el ánima por aquel nuevo mundo, que es como otro hemisferio, donde hay cielo nuevo y tierra nueva, y otra suerte de vida, y otro modo de entender y conoscer. Salida pues de la carne, entra en esta nueva región, por donde nunca jamás anduvieron los vivos, llena de espanto y de sombras de muerte. Pues ¿qué hará aquí el nuevo peregrino en tierra tan extraña, si no tiene merecida para este tiempo la guarda y la defensión angélica? Oh ánima mía, dice Sant Bernardo, ¿cuál será aquel día cuando sola entrarás en aquella región no conoscida, donde te saldrán al camino aquellos monstruos tan temerosos y tan terribles? ¿Quién volverá por ti? ¿Quién te defenderá? ¿Quién te librará de aquellos leones que rabian de hambre y están aparejados para tragar?

Temeroso es por cierto este camino: mas muy más temeroso es el juicio que allí se ha de celebrar. ¿Quién podrá declarar cuán estrecha sea la tela deste juicio, cuán derecho el juez, cuán solíci-

tos los acusadores, cuán pocos los padrinos, cuán menuda la cuenta, y cuán largo el proceso de nuestra vida? Pues si el justo (como dice S. Pedro) apenas se salvará (1), el pecador y malo ¿dónde parecerá? Y es cosa muy para notar que en esta tan gran necesidad (donde paresce que las cosas que más amamos y por quien más hecimos, nos habían más de ayudar) no solamente no nos ayudarán, sino antes ellas serán las que más allí nos apretarán. La cosa que más amaba y preciaba aquel hermoso Absalón, eran sus cabellos (2), y ésos mismos ordenó Dios por su justo juicio que le viniesen á causar la muerte. Este mismo juicio se apareja á los malos en aquella hora, que las cosas que más amaron en esta vida, y por quien más ofendieron á Dios, ésas vengan entonces á hacer su pleito más dubdoso y darles mayor tormento. Allí los hijos que por fas y por nefas procuramos enriquescer, allí la mala mujer por cuyo amor quebrantamos la ley de Dios, allí la hacienda, y la honra, y los deleites, que fueron nuestros ídolos, se harán nuestros verdugos, y nos atormentarán más crudamente. Allí hará Dios sus juicios en todos los dioses de Egipto, ordenando que aquellas mismas cosas en quien nosotros teníamos puesta nuestra gloria, ésas mismas vengan allí á ser causa de nuestra perdición.

Pues el golpe de aquella sentencia divina, si es conforme á nuestras culpas, ¿quién lo podrá esperar? Decía uno de aquellos Padres del yermo que de tres cosas vivía siempre con gran temor. La primera cuando había de salir su ánima de las carnes, y la segunda cuando había de ser presentada ante el juicio de Dios, y la tercera cuando había de ser pronunciada la sentencia de su causa. Pues ¿qué será sobre todo esto, si al cabo se da por sentencia que seas para siempre condenado? ¡Qué angustias serán aquéllas para ti, y qué día de fiesta para tus enemigos! ¡Cómo se cumplirán entonces aquellas palabras del profeta, que dicen (3): Abrieron su boca sobre ti tus enemigos, silbaron y bramaron con sus dientes, y dijeron: Tragaremos. Éste es el día que esperábamos, hallámoslo, vímoslo!

Mas tú, oh buen Jesú, alumbra los ojos de mi ánima, porque no duerma yo en la muerte, porque nunca diga mi enemigo: Prevalecido he contra él (4). Amén.

---

(1) I Petr. 4. (2) II Reg. 13, et 18. (3) Thren. 2. (4) Psalm. 12.

EL JUEVES EN LA NOCHE

EL jueves en la noche, hecha la señal de la cruz, con la preparación que arriba dijimos, pensarás en el juicio final, para que por esta consideración se despierten en tu ánima aquellos dos tan principales afectos que debe tener todo fiel cristiano, conviene saber, temor de Dios y aborrescimiento del pecado.

Piensa pues, primeramente, cuán terrible será aquel día, en el cual se averiguarán las causas de todos los hijos de Adam, y se concluirán los procesos de nuestras vidas, y se dará sentencia definitiva de lo que para siempre ha de ser. Aquel día abrazará en sí los días de todos los siglos presentes, pasados y venideros, porque en él dará el mundo cuenta de todos estos tiempos, y en él derramará Dios la ira y saña que tiene recogida en todos los siglos. Pues ¡qué tan arrebatado saldrá entonces aquel tan caudaloso río de la indignación divina, teniendo tantas acogidas de ira y saña cuantos pecados se han hecho dende el principio del mundo! Por esto con mucha razón dice el profeta (1): Aquel día será día de ira, día de calamidad y de miseria, día de tinieblas y escuridad, día de nieblas y de torbellino, día de trompeta y de sonido sobre las ciudades fuertes y sobre las altas esquinas.

Lo segundo, considera las señales espantosas que precederán este día, porque (como dice el Salvador) antes que venga este día, habrá señales en el sol, y en la luna, y en las estrellas (2), y finalmente en todas las criaturas del cielo y de la tierra. Porque todas ellas sentirán su fin antes que fenezcan, y se estremecerán, y comenzarán á caer primero que del todo caigan. Mas los hombres dice que andarán secos y ahilados de muerte, oyendo los bramidos espantosos de la mar, y viendo las grandes olas y tormentas que levantará, barruntando por aquí las grandes calamidades y miserias que amenazan al mundo tan temerosas señales. Y así andarán atónitos y espantados, las caras amarillas y desfiguradas, antes de la muerte muertos, y antes del juicio senten-

(1) Soph. 1. (2) Luc. 21.

ciados, midiendo los peligros con sus proprios temores, y tan ocupados cada uno con el suyo, que no se acordará del ajeno, aunque sea padre de hijo, ni hijo de padre. Nadie habrá para nadie, porque nadie bastará para sí solo. Las Sibilas dicen que en este tiempo andarán las bestias dando bramidos por los campos y por las ciudades, y que los árboles sudarán sangre, y que la mar dejará en seco sus pescados. Mas si esto no se recibe, mucho más es lo que en el Evangelio se nos dice, porque más es secarse los hombres que secarse la mar, y más es alterarse las virtudes de los cielos que todas las criaturas de la tierra.

Lo tercero, considera aquel diluvio universal de fuego que vendrá delante del Juez, y aquel sonido temeroso de la trompeta que tocará el arcángel para convocar todas las generaciones del mundo á que se junten en un lugar y se hallen presentes en juicio, y sobre todo, la majestad espantable con que ha de venir el Juez, la cual describe el profeta Nahum por estas palabras (1): El Señor vendrá como una tempestad y torbellino arrebatado, y sus pies levantarán una grande polvareda delante sí. Indignóse contra la mar, y secóse, y todos los ríos de la tierra se agotaron. El monte Basán y Carmelo se marchitaron, y la flor del monte Líbano se cayó. Los montes se estremecieron delante dél, y los collados quedaron asolados. La tierra tembló de su presencia, y el mundo y todos los moradores dél. ¿Quién parecerá delante la cara de su indignación? Y ¿quién resistirá á la ira de su furor? Su indignación se derramó así como fuego, y las piedras se hicieron polvo delante dél.

Después desto considera cuán estrecha será la cuenta que allí á cada uno se pedirá. Verdaderamente (dice Job) no podrá ser el hombre justificado si se compara con Dios (2). Y si se quisiere poner con él en juicio, de mil cargos que le haga, no le podrá responder á solo uno. Pues ¿qué sentirá entonces cada uno de los malos, cuando éntre Dios con él en este examen y allá dentro de su consciencia le diga así: Ven acá, hombre malaventurado, ¿qué viste en mí, porque así me despreciaste y te pasaste al bando de mi enemigo? Yo te levanté del polvo de la tierra, y te crié á mi imagen y semejanza, y te di virtudes y gracia con que pudieses alcanzar mi gloria: mas tú, menospreciando los mandamientos

(1) Nahum 1. (2) Job. 4.

de vida que yo te di, quisiste más seguir la mentira del engañador, que el consejo saludable de tu Señor. Para librarte desta caída descendí del cielo á la tierra, donde padescí los mayores tormentos y deshonras que jamás se padescieron. Por ti ayuné, caminé, velé, trabajé y sudé gotas de sangre.

Por ti sufrí persecuciones, azotes, blasfemias, escarnios, bofetadas, deshonras, tormentos y cruz. Por ti, finalmente, nascí en mucha pobreza, viví con muchos trabajos, y morí con gran dolor. Testigos son esta cruz y clavos que aquí parescen, testigos estas llagas de pies y manos que en mi cuerpo quedaron, testigo el cielo y la tierra delante quien padescí, y testigo el sol y la luna que en aquella hora se eclipsaron. Pues ¿qué heciste desa ánima tuya, que yo con mi sangre hice mía? ¿En cúyo servicio empleaste lo que yo compré tan caramente? Oh generación loca y adúltera, ¿por qué quisiste más servir á ese enemigo tuyo con trabajo, que á mí tu criador y redemptor con alegría? Espantaos, cielos, sobre este caso (1), y vuestras puertas se cayan de espanto, porque dos males ha hecho mi pueblo: á mí desampararon, que soy fuente de agua viva, y desamparáronme por otro Barrabás. Llaméos tantas veces, y no me respondistes: toqué á vuestras puertas, y no despertastes: extendí mis manos en la cruz, y no las mirastes: menospreciastes mis consejos y todas mis promesas y amenazas. Pues decid agora vosotros, ángeles, juzgad vosotros, jueces, entre mí y mi viña: ¿qué más debí yo hacer por ella de lo que hice?

Pues ¿qué responderán aquí los malos, los burladores de las cosas divinas, los mofadores de la virtud, los menospreciadores de la simplicidad, los que tuvieron más cuenta con las leyes del mundo que con las de Dios, los que á todas sus voces estuvieron sordos, á todas sus inspiraciones insensibles, á todos sus mandamientos rebeldes, y á todos sus azotes y beneficios ingratos y duros? ¿Qué responderán los que vivieron como si creyeran que no había Dios, y los que con ninguna ley tuvieron cuenta sino con solo su interese? ¿Qué haréis los tales, dice Isaías (2), en el día de la visitación y calamidad que os vendrá de lejos? ¿A quién pediréis socorro, y qué os aprovechará la gloria de vuestras riquezas, para que no seáis llevados captivos en hierros, y caigáis entre los muertos?

(1) Hier. 2 (2) Isai. 10.

Lo quinto, considera después de todo esto la terrible sentencia que el Juez fulminará contra los malos, y aquella tenebrosa palabra que hará retiñir las orejas de quien la oyere. Sus labios (dice Isaías) están llenos de indignación, y su lengua es como fuego que traga (1). ¿Qué fuego abrasará tanto como aquellas palabras, Apartaos de mí, malditos, al fuego perdurable? Ésta es la más recia palabra que Dios puede decir á una criatura, porque por este apartamiento se entiende la pena que dicen de daño, que es un despojo universal de todas las cosas y una privación de aquel sumo bien, en quien están todos los bienes. Pues ¿adónde irán, Señor, los que de ti se apartaren? ¿Á qué puerto se acogerán? ¿A qué señor servirán? Los que de ti se apartaren, serán escritos en la tierra (2), porque desampararon la vena de las aguas vivas, que es el Señor. La mayor pena con que castigaban los romanos á un ciudadano por un gravísimo delicto, era desterrándolo de aquella noble ciudad y policía de Roma, y echándolo en algunas islas apartadas, entre gente bárbara. Pues si tan gran pena era carecer de Roma, ¿qué será carecer de la compañía de Dios y de todos sus escogidos, y ir para siempre desterrado á la compañía de Satanás y de aquellos bárbaros infernales?

Apartaos (dice), malditos. Como si dijera: Roguéos con la bendición, y no la quisistes: agora tomad la maldición á vuestro pesar. Amó el malo (dice el profeta) la maldición (3), y comprenderle ha: y desechó la bendición que Dios le ofrecía, y alejarse ha dél. Maldijo Dios á la figuera, y secáronse luego no solamente las hojas, sino también el tronco y las raíces, para nunca más fructificar (4): y desta manera comprehenderá la maldición á estos miserables, quitándoles del todo la esperanza de salud y de todo fructo y merecimiento para siempre jamás.

Mas ¿adónde, Señor, los enviáis? Al fuego perdurable. ¡Qué cama ésta para delicados y regalados! ¿Quién de vosotros (dice el profeta) podrá morar con los ardores sempiternos? ¿Quién podrá hacer vida (5) con el fuego abrasador? Mas ¿qué tanto durará ese fuego? Al fuego, dice, perdurable. ¿Qué mayor maldición puede ser que ésta? ¿Qué calamidad, qué sentencia, qué desventura se puede comparar con la sombra désta? Éste es aquel terrible y espantoso fuego que encaresce Isaías por estas palabras (6):

(1) Isai. 30. (2) Hier. 17. (3) Psalm. 108. (4) Marc. 11. (5) Isai. 33. (6) Ibid. 34.

Volverse han sus ríos en pez derretida, y el polvo de la tierra en piedra zufre, y la misma tierra será toda una pez ardiente. Nunca dejará de arder noche ni día, ni dejará jamás de subir á lo alto el humo della: de generación en generación será destruída, y en los siglos de los siglos no habrá quien pase por ella.

TRATADO CUARTO

DE LA CONSIDERACIÓN DEL JUICIO FINAL

en el cual

se declara más por extenso la meditación pasada.

GRANDES son los efectos que óbra en el ánima el temor de Dios. Al que teme á Dios (dice el Eclesiástico) irá bien en sus postrimerías, y en el día de la muerte le vendrá la bendición (1). Y en otro lugar (2): ¡Cuán grande es (dice él) el que ha llegado á la cumbre de la sabiduría y de la ciencia! Mas por muy grande que sea, no es mayor que el que teme á Dios. Porque el temor de Dios sobre todas las cosas puso su silla. Bienaventurado el varón á quien es dado temer al Señor. El que este temor tiene, ¿con quién lo compararemos? Porque el temor de Dios es principio de su amor. Todas éstas son palabras del Eclesiástico, por las cuales parece claro cómo el temor de Dios es principio de todos los bienes (pues lo es de su amor), y no sólo principio, sino también llave y guarda de todos ellos, como lo testifica Sant Bernardo diciendo: Verdaderamente he conoscido que ninguna cosa hay tan eficaz para conservar la divina gracia, como vivir en todo tiempo con temor, y no tener altos pensamientos.

Pues para alcanzar esta joya tan preciosa, aprovecha mucho la consideración y memoria continua de los juicios divinos, y mayormente de aquel supremo juicio que se ha de hacer en el fin del mundo, el cual es la más horrible cosa de cuantas nos anuncian las Escrituras divinas. Porque son tan espantosas las nuevas que deste día se nos dan, que si no fuera Dios el que las dice, del todo fueran increíbles. Por donde el Salvador, después de haber predicado algunas dellas á sus discípulos, porque la

(1) Eccli. 1. (2) Ibid. 25.

grandeza dellas parecía exceder la común credulidad y fe de los hombres, acabó la materia con esta afirmación diciendo (1): En verdad os digo que no se acabará el mundo sin que todas estas cosas se cumplan. Porque el cielo y la tierra faltarán, mas mis palabras no faltarán.

En los Actos de los Apóstoles se escribe (2) que predicando Sant Pablo de las cosas deste día delante del presidente de Judea, que el juez comenzó á temblar de lo que el Apóstol decía, puesto caso que como gentil no tenía fe ni crédito de aquel misterio. Por do paresce cuán terribles cosas debrían ser las que el Apóstol predicaba, pues el sonido solo dellas bastó para causar tan grande espanto y temblor en un hombre que no las creía. Pues el cristiano que las cree y las tiene por fe, ¿qué será razón que sienta en esta parte?

Y no piense nadie excusarse con su inocencia, diciendo que esas amenazas no dicen á él, sino á los hombres injustos y desalmados. Porque justo era Sant Hierónimo, y con todo eso decía que cada vez que se acordaba del día del juicio, le temblaba el corazón y el cuerpo. Justo era también David, y hombre hecho á la condición de Dios, y con todo eso temía tanto la cuenta deste día, que decía en un psalmo (3): No entres, Señor, en juicio con tu siervo, porque no será justificado delante ti ninguno de los vivientes. Justo era también el inocentísimo Job, y con todo eso era tan grande el temor con que vivía, que dice de sí (4): De la manera que teme el navegante en medio de la tormenta, cuando ve venir sobre sí las olas hinchadas y furiosas, así yo siempre temblaba delante la majestad de Dios: y era tan grande mi temor, que ya no podía sufrir el peso dél. Mas sobre todos aún era más justo el apóstol Sant Pablo, y con todo eso decía (5): No me remuerde la consciencia de cosa mal hecha: mas no por eso me tengo por seguro, porque el que me ha de juzgar, el Señor es. Como si dijera: Muchas veces puede acaescer que nuestros ojos no hallen cosa que tachar en nuestras obras, y que la hallen los ojos de Dios, porque lo que se esconde á los ojos de los hombres, no se esconde á los de Dios. Á un pintor grosero parecerá muy perfecta una pintura que tiene hecha, en la cual un pintor famoso hallará muchos defectos que notar. Pues ¿cuánto mayores los

(1) Marc. 13. (2) Actuum 24. (3) Psalm. 152. (4) Job. 31. (5) I ad Cor. 4.

hallará aquella suma bondad y sabiduría en una criatura tan mal inclinada como el hombre, que como se escribe en Job (1) bebe así como agua la maldad? Y si la espada de Dios halló tanto que cortar en el cielo, ¿cuánto más hallará en la tierra, que no lleva sino cardos y espinas? ¿Quién habrá que tenga todos los rincones de su ánima tan barridos y limpios, que no tenga necesidad de decir con el profeta (2): De mis pecados ocultos líbrame, Señor?

Así que á todos conviene vivir con temor deste día, por muy justificadamente que viva, pues el día es tan temeroso, y nuestra vida tan culpable, y el Juez tan justo, y sobre todo sus juicios tan profundos, que nadie sabe la suerte que le ha de caber: sino que como dice el Salvador (3), dos estarán en el campo, á uno tomarán y á otro dejarán: dos en una misma cama, á uno tomarán y á otro dejarán: dos moliendo en un molino, á uno tomarán y á otro dejarán. En las cuales palabras se da á entender que de un mismo estado y manera de vida, unos serán llevados al cielo, y otros al infierno, porque ninguno se tenga por seguro mientra vive en este mundo.

De cuán riguroso haya de ser el día del juicio.

§ I

PARA pensar en la grandeza deste juicio has primero de presuponer que no hay lengua en el mundo que sea bastante para explicar el menor de los trabajos deste día. Por donde el profeta Joel (4), queriendo hablar de la grandeza dél, hallóse tan atajado de razones y tan embarazado, que comenzó á tartamudear como niño y á decir: ¡A, a, a, qué día será aquél! Desta manera de hablar usó Hieremías cuando Dios lo quería enviar á predicar, para significar que era niño y del todo inhábil para aquella embajada tan grande á que Dios lo escogía, y desta misma usa agora este profeta para dar á entender que no hay lengua en el mundo que no sea como de niño tartamudo para significar lo que ha de ser en este día.

En este día reducirá Dios á su debida hermosura toda la feal-

(1) Job. 15. (2) Psalm. 50. (3) Matth. 24. (4) Joel. 1.

dad que los malos han causado en el mundo con sus malas obras. Y como éstas hayan sido tantas, así la emienda ha de ser proporcionada con ellas, para que á costa del malo quede el mundo tan hermoseado con su pena cuanto antes estuvo afeado con su culpa. Cuando un hombre da alguna gran caída y se le desconcierta un brazo, tanto cuanto fue mayor el desconcierto, tanto con mayor dolor se viene después á concertar y poner en su lugar. Pues como los malos hayan desconcertado todas las cosas deste mundo, y puéstolas fuera de su lugar natural, cuando aquel celestial reformador venga á restituir el mundo con el castigo de tantos desconciertos, ¡qué tan grande será el castigo, pues tales y tantos fueron los desconciertos!

No sólo se llama este día de ira, sino también día de Dios, como lo llama el profeta Joel (1), para dar á entender que todos estotros han sido días de hombres, en los cuales hicieron ellos su voluntad contra la de Dios: mas éste se llama día de Dios, porque en él hará Dios su voluntad contra la dellos. Tú agora juras y perjuras y blasfemas, y calla Dios. Día vendrá en que rompa Dios el silencio de tantos días y de tantas injurias, y responda por su honra. De manera que no hay más que dos días en el mundo, un día de Dios, y otro del hombre. En este su día puede el hombre hacer todo lo que quisiere, y á todo callará Dios. En este día puede el rey Sedecías mandar empozar el profeta de Dios, y darle á comer pan por onzas (2), y hacer todo cuanto se le antojare, y á todas estas injurias callará Dios. Mas tras de este día vendrá otro día, y tomará Dios al rey Sedecías, y quitarle ha el reino, y destruirá á Hierusalem, y llevará en hierros á Sedecías delante del rey de Babilonia, y allí matarán todos sus amigos y hijos en presencia dél, y luego le mandarán sacar los ojos guardados para ver tanto mal, y tras desto lo hará llevar en hierros á Babilonia y poner en una cárcel hasta que muera. De manera que así como el hombre tuvo licencia para hacer en su día todo cuanto se le antojó, sin que nadie le fuese á la mano, así la tendrá Dios para hacer en este día todo lo que Él quisiere, sin que nadie se lo estorbe.

(1) Joel. 1. (2) II Paral. 18.

De las señales que precederán este día.

§ II

Finalmente, si quieres saber qué tal será este día, párate á considerar las señales que le precederán, porque por las señales conoscerás lo señalado, y por la víspera y vigilia la fiesta del día.

Primeramente, aquel día cuándo haya de ser, nadie lo sabe, ni los ángeles del cielo, ni el Hijo (para haberlo de revelar á nadie) sino solo el Padre. Mas todavía precederán antes dél algunas señales, por las cuales puedan pronosticar los hombres no sólo la vecindad deste día, sino también la grandeza dél. Porque como dice el Salvador (1), primero que este día venga, habrá grandes guerras y movimientos en el mundo: levantarse han gentes contra gentes, y reinos contra reinos, y habrá grandes temblores de tierra en muchas partes, y pestilencias, hambres, y cosas espantosas que parecerán en el aire, y otras grandes señales y maravillas.

Y sobre todos estos males vendrá aquella persecución tantas veces denunciada, del mayor perseguidor de cuantos ha tenido la Iglesia, que es el Anticristo: el cual no sólo con armas y tormentos horribles, sino también con milagros aparentes y fingidos, hará la más cruel guerra contra la Iglesia que jamás se hizo. Piensa pues agora tú (como dice Sant Gregorio) qué tiempo será aquél, cuando el piadoso mártir ofrecerá sus miembros al verdugo, y el verdugo hará milagros delante dél. Finalmente, será tan grande la tribulación destos días, cual nunca fué dende el principio del mundo, ni jamás será. Y si no proveyese la misericordia de Dios que se abreviasen estos días (2), no se salvara en ellos toda carne. Mas por amor de los escogidos se abreviarán (3).

Después destas señales habrá otras más espantosas y más vecinas á este día, las cuales parecerán en el sol, y en la luna, y en las estrellas: de las cuales dice el Señor por Ezequiel (4): Haré que se escurezcan sobre ti las estrellas del cielo, y cubriré el sol

(1) Matth. 23. (2) Marc. 13. (3) Matth. 24. (4) Ezech. 32.

con una nube, y la luna no resplandescerá con su luz, y todas las lumbreras del cielo haré que se entristezcan y hagan llanto sobre ti, y enviaré tinieblas sobre toda tu tierra. Pues habiendo tan grandes señales y alteraciones en el cielo, ¿qué se espera que habrá en la tierra, pues que toda se gobierna por él? Vemos que cuando en una república se revuelven las cabezas que la gobiernan, que todos los otros miembros y partes della se revuelven y desconciertan. Pues si todo este cuerpo del mundo se gobierna por las virtudes del cielo, estando éstas alteradas y fuera de su orden natural, ¿qué tales estarán todos los miembros y partes dél? ¿Cuál estará el aire, sino lleno de relámpagos y torbellinos y cometas encendidos? ¿Cuál estará la tierra, sino llena de aberturas y temblores espantosos? Los cuales se cree que serán tan grandes, que bastarán para derribar no sólo las casas fuertes y las torres soberbias, mas aún hasta los montes y peñas arrancarán y trastornarán de sus lugares. Mas la mar sobre todos los elementos se embravescerá, y serán tan altas sus olas, y tan furiosas, que parecerá que han de cubrir toda la tierra. A los vecinos espantará con sus crescientes, y á los distantes con sus bramidos, los cuales serán tales, que de muchas leguas se oirán.

¡Cuáles andarán entonces los hombres! ¡Cuán atónitos, cuán confusos, cuán perdido el sentido, la habla y el gusto de todas las cosas! Dice el Salvador (1) que se verán entonces las gentes en grande aprieto y ahogamiento, y que andarán los hombres secos y ahilados de muerte por el temor grande de las cosas que han de sobrevenir al mundo. ¿Qué es esto? dirán. ¿Qué significan estos pronósticos? ¿Qué ha de venir á parir esta preñez del mundo? ¿En qué han de parar estos tan grandes remolinos de todas las cosas? Pues así andarán los hombres espantados y desmayados, caídas las alas del corazón y los brazos, mirándose los unos á los otros: y espantarse han tanto de verse tan desfigurados, que esto solo bastaría para hacerlos desmayar, aunque no hobiese más que temer. Cesarán todos los oficios y granjerías del mundo, y con ellos el estudio y la cobdicia de adquirir: porque la grandeza del temor traerá tan ocupados sus corazones, que no sólo se olvidarán destas cosas, sino también del comer, y del beber, y de todo lo necesario para la vida. Todo el cuidado será andar á buscar lugares

(1) Luc. 21.

seguros para defenderse de los temblores de la tierra, y de las tempestades del aire, y de las crescientes de la mar. Y así los hombres se irán á meter en las cuevas de las fieras, y las fieras se vendrán á guarecer en las casas de los hombres: y así todas las cosas andarán revueltas y llenas de confusión. Afligirlos han los males presentes, y mucho más el temor de los venideros, porque no sabrán en qué fines hayan de parar tan dolorosos principios. Faltan palabras para encarecer este negocio, y todo lo que se dice es menos de lo que será. Vemos agora que cuando en la mar se levanta alguna brava tormenta, ó cuando en la tierra sobreviene algún grave torbellino ó terremoto, cuáles andan los hombres, cuán medrosos, y cuán cortados, y cuán pobres de esfuerzo y de consejo. Pues cuando entonces el cielo, y la tierra, y la mar, y el aire ande todo revuelto, y en todas las regiones y elementos del mundo haya su propria tormenta, cuando el sol amenace con luto, y la luna con sangre, y las estrellas con sus caídas, ¿quién comerá? ¿Quién dormirá? ¿Quién terná un solo punto de reposo en medio de tantas tormentas? ¡Oh desdichada suerte la de los malos, á cuya cabeza amenazan todos estos pronósticos, y bienaventurada la de los buenos, para quien todas estas cosas son favores y regalos y buenos anuncios de la prosperidad que les ha de venir! ¡Cuán alegremente cantarán entonces con el profeta (1): Dios es nuestro refugio y nuestra firmeza, y por esto no temeremos, aunque se trastorne la tierra, y se arranquen los montes, y vengan á caer en el corazón de la mar! Así como entendéis, dice el Salvador (2), que cuando la figuera y todos los árboles comienzan á florecer y dar su fructo, que se llega ya el verano, así, cuando viéredes estas cosas, sabed que se acerca el reino de Dios. Entonces podréis abrir los ojos y levantar la cabeza, porque se allega el día de vuestra redempción. ¡Cuán alegre estará entonces el bueno, y por cuán bien empleados dará todos sus trabajos! Y por el contrario ¡cuán arrepentido estará el malo, y por cuán condenados terná todos sus pasos y caminos?

(1) Psalm. 45. (2) Luc. 21.

Del fin del mundo, y de la resurrección de los muertos.

§ III

Después de todas estas señales, acercarse ha la venida del Juez, delante del cual vendrá un diluvio universal de fuego que abrase y vuelva en ceniza toda la gloria del mundo. Este fuego á los malos será comienzo de su pena, y á los buenos principio de su gloria, y á los que algo tuvieren por pagar, purgatorio de su culpa. Aquí fenescerá toda la gloria del mundo, aquí expirará el movimiento de los cielos, el curso de los planetas, la generación de las cosas, la variedad de los tiempos, con todo lo demás que de los cielos depende. Y así escribe Sant Juan en el Apocalipsi (1) que vió un ángel poderoso vestido de una nube resplandesciente, el cual tenía el rostro como el sol, y el arco del cielo por corona en su cabeza, y los pies como colunas de fuego, de los cuales el uno tenía puesto sobre la mar, y el otro sobre la tierra. Y este ángel dice que levantó el brazo hacia el cielo, y juró por el que vive en los siglos de los siglos que de ahí adelante no habría más tiempo: es á saber, ni movimiento de cielos, ni cosa que se gobierne por ellos (y lo que más es) ni lugar de penitencia, ni de mérito, ni de demérito para la otra vida.

Después deste fuego vendrá, como dice el Apóstol (2), un arcángel con grande poder y majestad, y tocará una trompeta que sonará por todas las partes del mundo, con la cual convocará todas las gentes á juicio. Ésta es aquella temerosa voz de que dice Sant Hierónimo: Agora coma, agora beba, siempre parece que me está sonando á las orejas aquella voz que dirá: Levantaos, muertos, y venid á juicio. ¿Quién apelará desta citación? ¿Quién podrá recusar este juicio? ¿Á quién no temblará la contera con esta voz? Esta voz quitará á la muerte todos sus despojos, y le hará restituir todo lo que tiene tomado al mundo. Y así dice Sant Juan (3) que allí la mar entregó los muertos que tenía, y asimismo la muerte y el infierno entregaron los que tenían. Pues ¿qué cosa será ver allí parir á la mar y á la tierra por todas partes

(1) Apoc. 10. (2) Thes. 4. (3) Apoc. 20.

tantas diferencias de cuerpos, y ver concurrir en uno tantos ejércitos y tantas suertes y maneras de naciones y gentes? Allí estarán los Alejandres, allí los Jerjes, allí los Daríos, y los Césares de los romanos, y los reyes poderosísimos con otro hábito y otro brío y con otros pensamientos muy diferentes de los que en este mundo tuvieron: y allí finalmente se juntarán todos los hijos de Adam para que cada uno dé razón de sí y sea juzgado según sus obras.

Mas aunque todos resusciten para nunca más morir, será grande la diferencia que habrá entre cuerpos y cuerpos. Porque los cuerpos de los justos resuscitarán hermosos y resplandescientes como el sol, mas los de los malos escuros y feos como la misma muerte. Pues ¿qué alegría será entonces para las ánimas de los justos ver del todo ya cumplido su deseo, y verse juntos los hermanos tan queridos y tan amados, á cabo de tan largo destierro? ¡Cómo podrá entonces decir el ánima á su cuerpo: Oh cuerpo mío y fiel compañero mío, que así me ayudaste á ganar esta corona, que tantas veces comigo ayunaste, velaste y sufriste el golpe de la disciplina. y el trabajo de la pobreza, y la cruz de la penitencia, y las contradiciones del mundo! ¡Cuántas veces te quitaste el pan de la boca para dar al pobre! ¡Cuántas quedaste desabrigado por vestir al desnudo! ¡Cuántas renunciaste y perdiste de tu derecho por no perder la paz con el prójimo! Pues justo es que te quepa agora parte desta hacienda, pues me ayudaste á ganarla, y que seas compañero de mi gloria, pues también lo fuiste de mis trabajos. Allí pues se ayuntarán en un supuesto los dos fieles amigos, no ya con apetitos y paresceres contrarios, sino con liga de perpetua paz y conformidad, para que eternalmente puedan cantar y decir: Mirad cuán buena cosa es, y cuán alegre, morar ya los hermanos en uno (1).

Mas por el contrario, ¡qué tristeza sentirá el ánima del condenado cuando vea su cuerpo tal cual allí se lo ofrecerán, escuro, sucio, hediondo y abominable! ¡Oh malaventurado cuerpo! dirá ella. ¡Oh principio y fin de mis dolores! ¡Oh causa de mi condenación! ¡Oh no ya compañero mío sino enemigo, no ayudador sino perseguidor, no morada sino cadena y lazo de mi perdición! ¡Oh gusto malaventurado, y qué caros me cuestan agora tus regalos!

(1) Psalm. 132.

¡Oh carne hedionda, que á tales tormentos me has traído con tus deleites! ¿Éste es el cuerpo por quien yo pequé? ¿Déste eran los deleites por quien yo me perdí? ¿Por este muladar podrido perdí el reino del cielo? ¿Por este vil y sucio tronco perdí el fructo de la vida perdurable? Oh furias infernales, levantaos agora contra mí, y despedazadme, que yo merezco este castigo. ¡Oh, malaventurado el día de mi desastrado nascimiento, pues tal hubo de ser mi suerte, que pagase con eternos tormentos tan breves y momentáneos deleites!

Estas y otras más desesperadas palabras dirá la desventurada ánima á aquel cuerpo que en este mundo tanto amó. Pues dime agora, ánima miserable: ¿por qué tanto aborresces lo que tanto amaste? ¿No era esta carne tu querida? ¿No era este vientre tu Dios? ¿No era este rostro el que curabas y guardabas del sol y aire, y pintabas con tan artificiosos colores? ¿No eran éstos los brazos y los dedos que resplandescían con oros y diamantes? ¿No era éste el cuerpo para quien se cercaba la mar y la tierra, para tenelle la mesa delicada, y la cama blanda, y la vestidura preciosa? Pues ¿quién ha trocado tu afición? ¿Quién ha hecho tan aborrescible lo que antes era tan amable?

Cata aquí pues, hermano, en qué pára la gloria del mundo con todos los deleites y regalos del cuerpo.

De la venida del Juez, y de la materia del juicio, y de los testigos y acusadores.

§ IV

Pues estando ya todos resuscitados y juntos en un lugar esperando la venida del Juez, descenderá de lo alto aquél á quien Dios constituyó por juez de vivos y muertos: y así como en la primera venida vino con grandísima humildad y mansedumbre, convidando á los hombres con la paz y llamándolos á penitencia, así en la segunda vendrá con grandísima majestad y gloria, acompañado de todos los poderes y principados del cielo, amenazando con el furor de su ira á los que no quisieron usar de la blandura de su misericordia. Aquí será tan grande el temor y

espanto de los malos, que como dice Isaías (1), andarán á buscar las aberturas de las piedras y las concavidades de las peñas para esconderse en ellas, por la grandeza del temor del Señor y por la gloria de su majestad, cuando venga á juzgar la tierra. Finalmente será tan grande este temor, que como dice Sant Juan, los cielos y la tierra huirán de la presencia del Juez, y no hallarán lugar donde se esconder. Pues ¿por qué huís, cielos? ¿Qué habéis hecho? ¿Por qué teméis? Y si por cielos se entienden aquellos espíritus bienaventurados que moran en los cielos, vosotros, bienaventurados espíritus, que fuistes criados y confirmados en gracia, ¿por qué huís? ¿Qué habéis hecho? ¿Por qué teméis? No temen cierto por su peligro, sino temen por ver en el Juez una tan grande majestad y saña que bastara para poner en espanto y admiración á todos los cielos. Cuando la mar anda brava, todavía tiene su espanto y admiración el que está seguro á la orilla: y cuando el padre anda hecho un león por casa castigando al esclavo, todavía teme el hijo inocente, aunque sabe que no es contra él aquel enojo. Pues ¿qué harán entonces los malos, cuando los justos así temerán? Si los cielos huyen, ¿qué hará la tierra? Y si aquéllos que son todo espíritu tiemblan, ¿qué harán los que fueron del todo carne? Y si como dice el profeta (2), los montes en aquel día se derritirán delante la cara de Dios, ¿cómo nuestros corazones son más duros que las peñas, pues aun con esto no se mueven?

Delante del Juez vendrá el estandarte real de la cruz, con todas las otras insignias de la sagrada pasión, para que sean testigos del remedio que Dios envió al mundo, y cómo el mundo no lo quiso recebir. Y así la sancta cruz justificará allí la causa de Dios, y á los malos dejará sin consuelo y sin excusa. Entonces dice el Salvador (3) que llorarán y plantearán todas las gentes de la tierra, y que unas á otras se herirán en los pechos. ¡Oh cuántas razones ternán para llorar y plantear! Llorarán porque ya no pueden hacer penitencia, ni huir de la justicia, ni apelar de la sentencia. Llorarán las culpas pasadas, la vergüenza presente y los tormentos advenideros. Llorarán su mala suerte, su desastrado nacimiento y su malaventurado fin. Por estas y por otras muchas causas llorarán y plantearán, y como atajados por todas partes, y

(1) Isaiae 2. (2) Isaiae 64. (3) Math. 24.

pobres de consejo y de remedio, darán palmas con las manos, y herirse han en los pechos unos á otros.

Entonces el Juez hará división entre malos y buenos, y pondrá los cabritos á la mano siniestra, y las ovejas á la diestra (1). ¿Quién serán éstos tan dichosos, que tal lugar y honra como ésta recibirán? Atribúlame, Señor, aquí: aquí mata, aquí corta, aquí abrasa, porque allí me pongas á tu mano derecha. Luego comenzará á celebrarse el juicio, y tratarse de las causas de cada uno, según lo escribe el profeta Daniel por estas palabras (2): Estaba yo (dice él) atento, y vi poner unas sillas en sus lugares, y un anciano de días se asentó en una dellas: el cual estaba vestido de una vestidura blanca como la nieve, y sus cabellos eran también blancos así como una lana limpia. El trono en que estaba asentado eran llamas de fuego, y las ruedas dél como fuego encendido, y un río de fuego muy arrebatado salía de la cara dél. Millares de millares entendían en servirle, y diez veces cien mil millares asistían delante dél. Miraba yo todo esto en aquella visión de la noche, y vi venir en las nubes uno que parescía hijo de hombre. Hasta aquí son palabras de Daniel, á las cuales añade Sant Juan, y dice (3): Y vi todos los muertos así grandes como pequeños estar delante deste trono, y fueron abiertos allí los libros: y otro libro se abrió, que es el libro de la vida, y fueron juzgados los muertos según lo contenido en aquellos libros y según sus obras. Cata aquí, hermano, el arancel por donde has de ser juzgado: cata aquí las tasas y precios por donde se ha de apreciar todo lo que heciste, y no por el juicio loco del mundo, que tiene el peso falso de Canaan (4) en la mano, donde tan poco pesan la virtud y el vicio. En estos libros se escribe toda nuestra vida con tanto recaudo, que aún no has echado la palabra por la boca, cuando ya está apuntada y asentada en su registro.

Mas ¿de qué cosas (si piensas) se nos ha de pedir cuenta? Todos los pasos de mi vida tienes, Señor, contados, dice Job (5). No ha de haber ni una palabra ociosa, ni un solo pensamiento de que no se haya de pedir cuenta. Y no sólo de lo que pensamos ó hecimos, sino también de lo que dejamos de hacer cuando éramos obligados. Si dijeres: Señor, yo no juré, dirá el juez: Juró tu hijo, ó tu criado, á quien tú debieras castigar. Y no sólo de las obras

(1) Matth. 25. (2) Dan. 7. (3) Apoc. 20. (4) Osee 12. (5) Job. 31.

malas, sino también de las buenas daremos cuenta, con qué intención y de qué manera las hecimos. ¿Qué diré, sino que (como dice Sant Gregorio) de todos los puntos y momentos de nuestra vida se nos ha de pedir allí cuenta en qué y cómo los gastamos? Pues si esto ha de pasar así, ¿de dónde nasce en los que esto creemos, tanta seguridad y descuido? ¿En qué confiamos? ¿Con qué nos satisfacemos y lisonjeamos en medio de tantos peligros? ¿En qué va esto, que los que más tienen por qué temer, menos teman, y los que menos tenían por qué temer, vivan con mayor temor? Justo era el bienaventurado Job (1), pues por tal fué pronunciado por boca de Dios, y con todo esto vivía con tan gran temor desta cuenta, que decía (2): ¿Qué haré cuando se levante Dios á juzgar? Y cuando comience á preguntarme, ¿qué le responderé? Palabras son éstas de corazón grandemente afligido y congojado ¿Qué haré? dice. Como si dijera: un cuidado me fatiga continuamente, un clavo traigo hincado en el corazón, que no me deja reposar. ¿Qué haré? ¿Adónde iré? ¿Qué responderé, cuando éntre Dios en juicio comigo? ¿Por qué temes, bienaventurado sancto? ¿Por qué te congojas? ¿No eres tú el que dijiste (3): Padre era yo de pobres, ojo de ciegos, y pies de cojos? ¿No eres tú el que dijiste (4) que en toda tu vida tu corazón te reprehendió de cosa mala? Pues un hombre de tanta inocencia, ¿por qué teme? Porque sabía muy bien este sancto que no tenía Dios ojos de carne, ni juzgaba como juzgan los hombres, en cuyos ojos muchas veces resplandesce lo que ante Dios es abominable. ¡Oh verdaderamente justo, que por eso eres tan justo, porque vives con tan gran temor! Este temor, hermanos, condena nuestra falsa seguridad, esta voz deshace nuestras vanas confianzas. ¿Á quién habrá alguna vez quitado la comida ó el sueño alguna vez este cuidado? Pues los que esto sienten como se debe sentir, algunas veces llegan á perder el sueño y la comida, y algo más. En las vidas de los Padres leemos que como uno de aquellos sanctos varones viese una vez reir á un discípulo suyo, que le reprehendió ásperamente diciendo: ¡Cómo! ¿Y habiendo de dar á Dios cuenta delante del cielo y de la tierra, te osas reir? No le parecía á este sancto que tenía licencia para reirse quien esperaba hallarse en esta cuenta.

(1) Job. 2. (2) Job. 31. (3) Job. 29. (4) Job. 27.

Pues acusadores y testigos tampoco faltarán en esta causa. Porque testigos serán nuestras mismas consciencias, que clamarán contra nosotros, y testigos serán también todas las criaturas de quien mal usamos, y sobre todo, será testigo el mismo Señor á quien ofendimos, como Él mismo lo significa por un profeta diciendo (1): Yo seré testigo apresurado contra los hechiceros y adúlteros y perjuros, y contra los que andan buscando calumnias para quitar al jornalero su jornal, y contra los que maltratan á la viuda y al huérfano, y fatigan á los peregrinos y extranjeros que poco pueden, y no miraron que estaba yo de por medio, dice el Señor.

Acusadores tampoco faltarán, y bastará por acusador el mismo demonio, que (como Sant Augustín escribe) alegará muy bien ante el Juez de su derecho, y decirle ha: Justísimo Juez, no puedes dejar de sentenciar y dar por míos á estos traidores, pues ellos han sido siempre míos, y en todo han hecho mi voluntad. Tuyos eran ellos, porque tú los criaste y heciste á tu imagen y semejanza y redemiste con tu sangre. Mas ellos borraron tu imagen, y se pusieron la mía: desecharon tu obediencia, y abrazaron la mía: menospreciaron tus mandamientos, y guardaron los míos. Con mi espíritu han vivido, mis obras han imitado, por mis caminos han andado, y en todo han seguido mi partido. Mira cuánto han sido más míos que tuyos, que sin darles yo nada ni prometerles nada, y sin haber puesto mis espaldas en la cruz por ellos, siempre han obedescido á mis mandamientos, y no á los tuyos. Si yo los mandaba jurar, y perjurar, y robar, y matar, y adulterar, y renegar de tu sancto nombre, todo esto hacían con grandísima facilidad. Si yo les mandaba poner hacienda, vida y alma por un punto de honra que yo les encarescía, ó por un deleite falso á que yo los convidaba, todo lo ponían á riesgo por mí: y por ti, que eras su Dios y su criador y su redemptor, que les diste la hacienda y la salud y la vida, que les ofrecías la gracia, y les prometías la gloria, y sobre todo esto, que por ellos padesciste en cruz, con todo esto nunca se pusieron al menor de los trabajos del mundo por ti. ¡Cuántas veces te acontesció llegar á sus puertas llagado, pobre y desnudo, y darte con ellas en la cara, teniendo más cuidado de engordar sus perros y caballos, y vestir sus pa-

(1) Malach. 3.

redes de seda y oro, que de ti! Y pues esto es así, justo es que algún día sean castigadas las injurias y desprecios de tan grande majestad.

Pues oída esta acusación, pronunciará el Juez contra los malos aquella terrible sentencia que dice (1): Id, malditos, al fuego eterno, que está aparejado para Satanás y para sus ángeles: porque tuve hambre, y no me distes de comer, tuve sed, y no me distes de beber, etc. Y así irán los buenos á la vida eterna, y los males al fuego eterno. ¿Quién podrá explicar aquí lo que los malaventurados sentirán con estas palabras? Allí es donde darán voces á los montes para que caigan sobre ellos, y á los collados para que los cubran. Allí blasfemarán, y renegarán, y pondrán su boca sacrílega en Dios, y maldirán siempre el día de su nascimiento y su malaventurada suerte. Allí se acabará su día, allí fenescerá su gloria, allí se volverá la hoja de su prosperidad, y se comenzará para siempre el día de su dolor, como lo significó S. Juan en su Apocalipsi (2) debajo del nombre de Babilonia por estas palabras: Llorarse han y harán llanto sobre sí los reyes de la tierra que gozaron de los regalos y deleites de Babilonia y fornicaron con ella, cuando vean el humo que sale de sus tormentos, y ponerse han lejos por el temor dellos, y dirán: ¡Ay, ay de aquella ciudad grande de Babilonia que en una hora le vino su juicio! Y los mercaderes de la tierra llorarán, porque ya no habrá quien compre más sus mercaderías de oro y plata y piedras preciosas, y harán llanto sobre ella, y dirán: ¡Ay, ay de aquella ciudad grande que se vestía de holanda y grana y carmesí, y se cubría de oro y piedras preciosas, que en una hora perecieron tantas riquezas!

Pues, oh hermanos míos, si esto ha de pasar así, proveámonos con tiempo, y tomemos el consejo que nos da Aquél que primero quiso ser nuestro abogado que nuestro juez. No hay quien mejor sepa lo que sea menester para aquel día, que el que ha de ser juez de nuestra causa. Él pues nos enseña brevemente lo que nos conviene hacer, por estas palabras: Mirad, dice él por Sant Lucas (3), no se carguen y apesguen vuestros corazones con demasiados comeres y beberes, y con los cuidados y negocios desta vida, y os venga de rebato aquel temeroso día: porque así como lazo ha de

(1) Matth. 25. (2) Apoc. 18. (3) Luc. 21.

venir sobre todos los que moran sobre la haz de la tierra. Y por esto velad y haced oración en todo tiempo, porque merezcáis ser librados de todos estos males que han venir, y parescer delante el hijo de la Virgen. Pues considerando esto, hermanos, venid y levantémonos deste sueño tan pesado, antes que caiga sobre nosotros la noche escura de la muerte, antes que venga este tan temeroso día, de quien dice el profeta (1): Ya viene, y ¿quién lo esperará? Y ¿quién podrá sufrir el día de su venida? Aquél por cierto podrá esperar el día deste juicio, que hubiere tomado la mano al Juez, y juzgádose á sí mismo.

EL VIERNES EN LA NOCHE

El viernes en la noche, hecha la señal de la cruz, con la preparación que arriba señalamos, meditarás en las penas del infierno, para que con esta meditación también como con la pasada se confirme más tu ánima en el temor de Dios y aborrescimiento del pecado que allí dijimos.

Estas penas dice Sant Bonaventura que se deben imaginar debajo de algunas figuras y semejanzas corporales que los sanctos nos enseñaron. Por lo cual será cosa conveniente imaginar el lugar del infierno (según él mismo dice) como un lago escuro y tenebroso puesto debajo de la tierra, ó como un pozo profundísimo lleno de fuego, ó como una ciudad espantable y tenebrosa que toda se arde en vivas llamas, en la cual no suena otra cosa sino voces y gemidos de atormentadores y atormentados, con perpetuo llanto y crujir de dientes.

Pues en este malaventurado lugar se padescen dos penas principales, la una que llaman de sentido, y la otra de daño. Y cuanto á la primera, piensa cómo no habrá allí sentido ninguno dentro ni fuera del ánima, que no esté penando con su proprio tormento. Porque así como los malos ofendieron á Dios con todos sus miembros y sentidos, y de todos hicieron armas para servir al pecado, así ordenará Él que todos sean allí atormentados, y que cada

(1) Malach. 3.

uno dellos pene con su proprio tormento y pague su merescido. Allí pues los ojos deshonestos y carnales serán atormentados con la visión horrible de los demonios, los oídos con la confusión de las voces y gemidos que allí sonarán, las narices con el hedor intolerable de aquel sucio lugar, el gusto con rabiosísima hambre y sed, el tacto y todos los miembros del cuerpo con frío y fuego incomportable. La imaginación padescerá con la aprehensión de los dolores presentes, la memoria con la recordación de los placeres pasados, el entendimiento con la consideración de los bienes perdidos y de los males advenideros.

Finalmente, allí se hallarán en uno todos los males y tormentos que se pueden pensar. Porque (como dice Sant Gregorio) allí habrá frío que no se pueda sufrir, fuego que no se pueda apagar, gusano inmortal, hedor intolerable, tinieblas palpables, azotes de atormentadores, visión de demonios, confusión de pecados, y desesperación de todos los bienes. Pues dime agora: si el menor de todos estos males que hay acá, se padesciese por muy pequeño espacio de tiempo, sería tan recio de llevar, ¿qué será padescer allí en un mismo tiempo toda esta muchedumbre de males en todos los miembros y sentidos interiores y exteriores, y esto no por espacio de una noche sola ni de mil, sino de una eternidad infinita? ¿Qué sentido, qué palabras, qué juicio hay en el mundo que pueda sentir ni encarescer esto como es?

Pues no es ésta la mayor de las penas que allí se pasan: otra hay sin comparación mayor, que es la que llaman los teólogos pena de daño, la cual es haber de carescer para siempre de la vista de Dios y de su gloriosa compañía. Y aunque esta pena sea común á todos los dañados, pero muy más grave será á aquéllos que mayor aparejo tuvieron para gozar deste bien, como son primeramente todos los cristianos á quien se predicó el Evangelio, y después todos los malos religiosos y sacerdotes. Los cuales así como tuvieron más á la mano este bien, así se angustiarán más por haberlo perdido.

Éstas son las penas que generalmente competen á todos los condenados. Mas allende destas penas generales hay otras particulares que allí padescerá cada uno conforme á la calidad de su delicto. Porque una será allí la pena del soberbio, y otra la del envidioso, y otra la del avariento, y otra la del lujurioso, y así de los demás. En lo cual resplandescerá maravillosamente la sabi-

duría y la justicia divina, la cual en tan grande infinidad de culpas y de culpados sabrá tan perfectamente todos los excesos de cada uno, y medirá como una balanza la pena de su delicto, como dijo el Sabio (1): Los juicios del Señor son peso y medida. ¡Oh qué cosa tan dolorosa para los malos ver cómo allí les acertará Dios en las coyunturas, y qué cosa tan deleitable para los buenos ver aquella tan maravillosa proporción y consonancia de penas en tan grande muchedumbre de culpas. Allí se tasará el dolor conforme al deleite recebido, y la confusion conforme á la presumpción y soberbia, y la desnudez conforme á la demasía y abundancia, y la hambre y sed conforme al regalo y á la hartura pasada. Así mandó Dios que fuese castigada aquella mala mujer del Apocalipsi, que estaba asentada sobre las aguas de la mar con un cáliz en la mano lleno de ponzoñosos deleites, contra la cual se fulminó aquella sentencia del cielo que decía (2): Cuanto se ensalzó y gozó de sus deleites, tanto le dad de tormento y de llanto.

A todas estas penas sucede la eternidad del padescer, que es como el sello y la llave de todas ellas. Porque todo esto aún sería tolerable si fuese finito, porque ninguna cosa es grande si tiene fin. Mas pena que no tiene fin ni alivio ni declinación ni diminución, ni hay esperanza que se acabará jamás, ni la pena, ni el que la da, ni el que la padesce, sino que es como un destierro preciso y como un sant benito irremisible que nunca jamás se quita, esto es cosa para sacar de juicio á quien atentamente lo considera.

De aquí nasce aquel odio rabiosísimo que los malaventurados tienen contra Dios, y aquellos reniegos y blasfemias que dicen contra Él. Porque como ellos tienen perdida ya la esperanza de su amistad, y saben que ya ni han de volver más en su gracia, ni se les ha de aflojar nada de la pena, y ven que Dios es el que los azota, y el que los enclava dende lo alto, y el que los tiene presos en aquella cadena, embravéscense en tanta manera contra Él, que día y noche nunca cesan de renegar y blasfemar su sancto nombre, diciendo: Maldito sea Dios porque nos hizo, y porque nos condenó á muerte, y porque no nos quiere acabar de matar. Maldito sea su poder, pues tan fuertemente nos azota, y maldito su saber, pues ninguna culpa nuestra se le encubre, y maldita su justicia, pues por culpas temporales nos condenó á tormentos

(1) Proverb 16. (2) Apoc. 18.

eternos. Sea también maldita la cruz, pues nada nos vale, y maldita la sangre que en ella se derramó, pues clama contra nosotros pidiendo justicia. Sea también maldita la madre de Dios, que para todos fué piadosa y para nosotros cruel, y malditos cuantos sanctos hay en el cielo, pues así se huelgan de nuestro mal. Éstas serán sus perpetuas canciones noche y día, y éstos sus perpetuos maitines y psalmos en los siglos de los siglos. El Benedícite que cantarán á Dios, será decir: Maldecid todas las criaturas de Dios á Dios, blasfemadlo y renegadlo en todos los siglos.

Éstas serán las voces desesperadas de los malaventurados, las cuales declaran bien cuál sea la pena y la rabia y la desesperación y el aborrecimiento que ternán contra Dios los que así lo tratarán. Pues si sólo oir estas palabras hace temblar los corazones, ¿qué será estar donde siempre se digan y se oyan? Y ¿qué sería razón que hiciesen los hombres, por no aportar á lugar donde tales oficios se celebran?

Acabada la meditación, sígase luego el hacimiento de gracias y la petición como arriba, etc.

TRATADO QUINTO

DE LA CONSIDERACIÓN DE LAS PENAS DEL INFIERNO

en el cual se declara más por extenso la meditación pasada.

La consideración de las penas del infierno es en gran manera provechosa para muchas cosas. Lo primero para movernos á los trabajos y asperezas de la penitencia, como se movía el bienaventurado Sant Hierónimo, el cual dice de sí mismo que por el gran miedo que había concebido de las penas del infierno, se había condenado á hacer tan áspera penitencia como él allí describe que hacía en aquel desierto.

Aprovecha también (como dice Ricardo) para vencer las tentaciones del enemigo, cuando á la primer entrada del mal pensamiento ponemos luego delante el horror destas penas y apagamos la llama del deleite antes que arda, con la memoria de las llamas que nunca se apagarán, Conforme á esto se escribe de uno de aquellos Padres del yermo que siendo una vez tentado del enemigo con un mal pensamiento, puso la mano sobre unas brasas

de fuego para ver si podía sufrir aquel poco de calor: y como no lo pudiese sufrir, volvióse contra sí mismo y dijo: Si no puedo sufrir este poco de calor por un espacio tan breve, ¿cómo podré sufrir el fuego del infierno, que durará para siempre?

Aprovecha también esta consideración para despertar en nuestros corazones el temor de Dios, el cual es principio de la sabiduría y comienzo de la caridad, y después della es el mayor freno que podemos tener para todo lo malo. Y sobre todo esto aprovecha grandemente para temer el pecado, visto el miserable galardón que por él se da, que es la muerte perdurable. Por lo cual es mucho de maravillar cómo los que esto creen y confiesan, osan cometer una ofensa contra Dios. Dos grandes maravillas han acaescido en el mundo en este género de cosas: la una, que habiendo nuestro Salvador hecho tantos milagros entre los hombres como hizo, hobiese muchos que no le quisiesen creer: y la otra, que después de haberlo ya creído, haya tantos que le osen ofender. Maravillosa cosa fué por cierto que habiendo el Señor hecho un tan gran milagro, entre otros, como fué resuscitar á Lázaro de cuatro días muerto, que muchos de los que allí se hallaron presentes, no quisiesen creer en Él: y maravilla es también que habiendo los hombres ya creído por su predicación que hay pena y gloria para siempre, haya tantos que le osen ofender. Admirable cosa es ver después de tales milagros tal infidelidad, y admirable es también ver después de tal fe tales costumbres.

Mas porque esto más viene por falta de consideración que de fe, por tanto es muy provechoso ejercicio considerar esto que nos dice la fe, para que entendida la graveza de la pena, vivamos con mayor temor de la culpa, por la cual se meresce tan grande pena.

De dos maneras de penas que hay en el infierno.

§ I

Y aunque sean innumerables las penas del infierno, todas ellas finalmente (como ya dijimos) se reducen á dos, que son pena de sentido, y pena de daño. Pena de sentido es la que atormenta los sentidos y cuerpos de los condenados, y pena de daño es el haber de carescer para siempre de la visión y compa-

ñía de Dios. Estas dos maneras de penas responden á dos males y desórdenes que hay en el pecado: el uno de los cuales es amor desordenado de la criatura, y el otro es menosprecio y desestima del Criador. Pues á estos dos males responden dos maneras de penas en el infierno. Al amor y deleite sensual que se tomó en la criatura, responde la pena del sentido para que el sentido que se deleitó contra lo que Dios mandaba, pague con el dolor de la pena la golosina de su culpa: y al menosprecio y desestima de Dios responde el perder para siempre al mismo Dios, porque pues el hombre primero lo desechó de sí, justo es que sea para siempre desechado dél. Y porque entre estos dos males el postrero, que es el menosprecio de Dios, es sin comparación mayor que el primero, por eso la pena del daño (que á este mal corresponde) es sin comparación mayor que la del sentido.

Comenzando pues por las penas de los sentidos exteriores, la primera es fuego de tan gran ardor y eficacia, que (según dice Sant Augustín) éste nuestro de acá es como pintado, si se compara con él. Este fuego atormentará no solamente los cuerpos, sino también las ánimas: y de tal manera las atormentará, que no las consumirá, porque así la pena sea eterna. Lo cual dice Sant Augustín que se hará por especial milagro: porque Dios que dió su naturaleza á todas las cosas, dió esta propriedad á aquel fuego, que de tal manera atormente que no consuma.

Pues mira tú agora qué sentirán los malaventurados estando siempre acostados en tal cama como ésta. Y para que mejor esto puedas entender, párate á imaginar lo que sentirías si te echasen en una grande calera, cuando ella estuviese más viva y más encendida, ó en algún grande horno de fuego, cual era aquél que encendió Nabucodonosor en Babilonia, cuyas llamas subían cuarenta y nueve cobdos en alto: y por aquí podrás barruntar algo de lo que allí se pasará. Porque si este nuestro fuego que (según dijimos) es como pintado, así atormenta, ¿qué hará aquél, que es verdadero? No me parece que sería necesario pasar adelante, si el hombre quisiese detenerse un poco en este paso y hacer aquí una estación hasta sentir esto como es.

Con esta pena se juntará otra contraria á ella, aunque no menos intolerable, que será un horrible frío, que con ninguno de los nuestros se puede comparar: el cual se dará por miserable refrigerio á los que arden en aquel fuego, pasándolos (como se escri-

be en Job) de las aguas de nieve á los calores del fuego (1), para que no quede ningún género de tormento por probar, á los que ningún género de deleite quisieron dejar de gustar.

Y no solamente los atormentará el frío y el fuego, sino también los mismos demonios con figuras horribles de fieras y monstruos espantables en que les aparecerán: los cuales con su vista atormentarán los ojos adúlteros y deshonestos y los que se pintaron con artificiosos colores para ser lazos hermosos y redes de Satanás.

Esta pena es mucho mayor de lo que nadie puede pensar: porque si nos consta que algunas personas han perdido el sentido, y aun muerto de espanto con la vista ó imaginación de algunas cosas temerosas, y á veces la sospecha sola dellas nos hace erizar los cabellos y temblar, ¿qué será el temor de aquel lago tenebroso, lleno de tan horribles y espantosas quimeras como allí se ofrecerán á los ojos de los malos, especialmente si consideramos cuán horrible sea la figura del demonio, pues por tan terribles semejanzas nos la representa el mismo Dios en las Escrituras sagradas, como cuando en el libro de Job dice así (2): ¿Quién descubrirá la haz de su vestidura, y quién será poderoso para entrar en su boca, y quién abrirá las puertas con que se cubre su rostro? Al derredor de sus dientes está el temor, su cuerpo es como un escudo de acero cubierto de escamas tan trabadas entre sí, que ni un poquito de aire puede colar por ellas. Su estornudo es un resplandor de fuego, y sus ojos bermejean como los arreboles de la mañana. De su boca salen hachas como de tea encendidas, y de sus narices sale humo como de una olla que hierve. Con su resuello hace arder las brasas, y llamas salen de su boca. Pues ¿qué tanto nos espantará allí la vista de un tan horrible monstruo como por estas semejanzas es aquí figurado?

Al tormento de los ojos se añade otra pena terrible para las narices, que será un hedor incomportable que habrá en aquel lugar para castigo de los olores y atavíos que los hombres carnales y mundanos buscaron en este mundo, como lo amenaza Dios por Isaías diciendo (3): Porque se envanecieron la hijas de Sión, y anduvieron los cuellos levantados, halconeando con los ojos y pavoneándose en su pasear, haciendo alarde de sus pompas y

(1) Job. 24. (2) Job. 41. (3) Isai. 3.

riquezas entre los flacos y desnudos, por tanto el Señor les pelará los cabellos de la cabeza con todos los otros atavíos profanos, y darles ha en lugar de los suaves olores hedor, y en lugar de la cinta una soga, y en lugar de los cabellos ondeados la calva pelada, y en lugar de la faja de los pechos un cilicio. Ésta es la pena que se debe á los olores y atavíos de los hombres mundanos.

Para sentir algo de esta pena, párate á considerar aquel tan horrible género de tormento que un tirano crudelísimo inventó para justiciar los hombres: el cual, tomando un cuerpo muerto, mandábalo tender sobre un vivo, y atando muy fuertemente al vivo con el muerto, dejábalos estar así juntos hasta que el muerto matase al vivo con la hediondez y gusanos que dél salían. Pues si te parece muy horrible este tormento, dime, ¿qué tal será aquél que procederá del hedor de todos los cuerpos de los condenados y de aquel tan abominable lugar donde los malos estarán? Allí se dirán á cada uno de los miserables aquellas palabras de Isaías (1): Descendió hasta los infiernos tu soberbia, y allí cayó tu cuerpo muerto: debajo de ti se tenderá la polilla, y la cobija que ternás encima serán gusanos.

Y si esta pena se da á las narices, ¿qué tal es la que se dará á las orejas, con las cuales se cometen mayores pecados? Éstas pues serán atormentadas con perpetuas voces y clamores y gemidos y blasfemias que allí sonarán. Porque así como en el cielo no suena otra cosa sino Aleluya perpetuo y alabanzas divinas, así no suena otra cosa en esta infernal tienda de atormentadores sino blasfemias y maldiciones de Dios y una desacordada melodía de infinitas voces desiguales que allí se cantan al sonido de los martillos y golpes de los verdugos. En la cual será tanta la confusión y variedad de las voces, y tan grandes los alaridos de toda aquella miserable carcelería, que ni cuando Troya se perdió, ni cuando Roma se ardía, es todo nada en comparación de lo que allí será.

Para sentir algo desta pena, imagina agora que pasases por un valle muy hondo, el cual estuviese lleno de una infinita muchedumbre de captivos y heridos y enfermos, y que todos ellos estuviesen dando gritos y voces cada uno de su manera, así hombres como mujeres, como niños, como viejos. Dime, ¿qué pares-

(1) Isa. 14.

cería este ruido tan grande y de tanta confusión? Pues ¿qué parescerá aquel espantoso ruido de tan gran número de condenados, los cuales perpetuamente otra cosa no harán sino gritar y blasfemar y renegar de Dios y de sus sanctos? ¿Qué galera hay en el mundo que de tantos renegadores y forzados esté poblada? Éstos son los maitines que allí se cantan, ésta es la triste capilla del príncipe de las tinieblas, y éstos sus laudes y cantores, de los cuales serán hermanos y confrades todos los murmuradores y maldicientes y los que dieron sus oídos á las mentiras del enemigo.

Ni tampoco faltará á la lengua y al gusto regalado su tormento, pues leemos en el Evangelio la sed que padecía aquel rico goloso entre las llamas de sus tormentos, y las voces que daba al santo Patriarca pidiéndole una sola gota de agua para refrescar la lengua que tenía tan abrasada (1).

Del tormento de los sentidos y potencias interiores del ánima.

§ II

Gravísimas son todas estas penas de los sentidos exteriores del cuerpo, pero mucho mayores serán las de los sentidos interiores del ánima, á los cuales ha de caber tanta mayor parte de la pena cuanto fueron más negligentes en atajar la culpa. Porque primeramente la imaginación será allí atormentada con una tan vehemente aprehensión de aquellos dolores, que en ninguna otra cosa pensará ni podrá pensar. Porque si vemos que cuando un dolor es agudo, no podemos, aunque queramos, apartar el pensamiento dél, porque el mismo dolor despierta la imaginación para que otra cosa no piense sino lo que le duele, ¿cuánto más acaescerá esto allí donde el dolor es sin comparación más intolerable? Desta manera la imaginación avivará al dolor, y el dolor á la imaginación, para que así por todas partes crezca el tormento del condenado. Éstas serán las meditaciones continuas de aquéllos que nunca quisieron mientras vivían acordarse destas penas, para que los que no las quisieron pensar aquí para freno de su vida, las padezcan allí para castigo de su culpa.

(1) Luc. 16.

La memoria también por su parte los atormentará cuando allí se les acuerde de su antigua felicidad y de sus deleites pasados, por los cuales vinieron á padescer tales tormentos. Allí verán claramente cuán caro les costó aquella miserable golosina, y cuánta pimienta tenían aquellos bocados que tan dulces les parescían. Entre todas las maneras de adversidades la mayor dice un sabio que es haberse visto en prosperidad, y después venir á miseria. Pues cuando los ricos y poderosos deste mundo vuelvan los ojos atrás, y se acuerden de aquella primera prosperidad y abundancia en que vivieron, y vean cómo á aquella abundancia sucedió tanta esterilidad que no se les da una sola gota de agua, y que ya los regalos se trocaron en trabajos, y las delicadezas en miserias, y los olores en hedores, y las músicas en gemidos, ¡qué tormento será tan grande el que con esta memoria recibirán!

Mas mucho mayor aún será cuando se pongan á medir la duración de los placeres pasados con la de los dolores presentes, y vean cómo los placeres duraron un punto, y los dolores durarán para siempre. Pues ¿qué dolor será aquél, y qué gemido de corazón, cuando echada bien esta cuenta, vean que todo el tiempo de su vida no fué más que una sombra de sueño, y que por deleites que tan presto se acabaron, pasarán tormentos que nunca se acabarán?

Éstas son las penas que padescerán en la memoria, acordándose de la felicidad pasada: pero mucho mayores serán las que padescerán en el entendimiento, considerando la gloria perdida. De aquí les nace aquel gusano remordedor de la consciencia, con que tantas veces amenaza la Escriptura divina, el cual noche y día siempre morderá, y roerá, y se apascentará en las entrañas de los malaventurados.

El gusano nasce del madero, y siempre está royendo en el madero de do nasció: y así este gusano nasció del pecado, y siempre tiene pleito con el mismo pecado que lo engendró.

Este gusano es un despecho y una penitencia rabiosa que tienen siempre los malos cuando consideran lo que perdieron, y la causa por qué lo perdieron, y la oportunidad que tuvieron para no lo perder. Esta oportunidad nunca se les quita delante, ésta siempre (aunque en balde) les está comiendo las entrañas, y les hace estar siempre diciendo: ¡Oh malaventurado de mí, que tuve tiempo para ganar tanto bien, y no me quise dél aprovechar! Tiempo

hobo en que me ofrescían este bien y me rogaban con él y me lo daban de balde, y no lo quise. Por sólo confesar y pronunciar por la boca mis pecados, me los perdonaban: por sólo pedir á Dios el remedio, me lo otorgaba: por solo un jarro de agua fría me daban la vida eterna. Agora para siempre ayunaré y lloraré y me arrepentiré de lo que hice, y todo será sin fructo. ¡Oh cómo ya se pasó aquel tiempo y nunca más volverá! ¿Qué me dieron porque tanto aventuré? Aunque me dieran todos los reinos y deleites del mundo, y que dellos hubiera de gozar por tantos años cuantas arenas hay en la mar, todo esto era nada en comparación de la menor pena que aquí se pasa. Y no dándome nada desto, sino una pequeña sombra de placer fugitivo, ¿por ésta tengo de llevar á cuestas eterno tormento? ¡Oh malaventurado deleite, y malaventurado trueque, y malaventurada hora y punto en que así me cegué! ¡Oh ciego de mí, oh miserable de mí, oh mil veces malaventurado de mí, que así me engañé! Maldito sea quien me engañó, y maldito quien no me castigó, y maldito el padre que me regaló, y maldita la leche que mamé, y el pan que comí, y la vida que viví. Maldito sea mi parto, y mi nascimiento, y todo cuanto ayudó y sirvió para que yo tuviese ser. Dichosos y bienaventurados los que nunca fueron, los que nunca nascieron, los vientres que no engendraron, y los pechos que no criaron.

Desta manera los miserables maldirán á todas las criaturas, y principalmente á aquéllas que les fueron causa de su perdición. Así leemos en las vidas de los Padres de un sancto varón que vió en revelación un pozo muy hondo, lleno de grandes llamas de fuego, y en medio dellas andaban un padre y un hijo, atados uno á otro, maldiciéndose entre sí con grandísima rabia. El padre decía: Maldito seas, hijo, que por dejarte rico me hice usurero, y por esto me condené. Y el hijo decía: Maldito seas, padre, que pensando que me hacías bien, me destruiste, pues me dejaste la hacienda mal ganada, por la cual me condené.

Sobre todo esto, ¡cuáles serán los tormentos y dolores de la mala voluntad! En ella estará siempre una envidia rabiosa de la gloria de Dios y de sus escogidos, la cual les estará siempre royendo las entrañas no menos que aquel gusano susodicho. Desta pena dice el Psalmo (1): El pecador verá y airarse ha, con sus dientes

(1) Psalm. 111.

regañará y deshacerse ha, y el deseo de los malos perecerá. Tendrán otrosí un tan grande aborrescimiento y odio contra Dios porque los detiene y castiga en aquel lugar, que así como el perro rabioso, herido con la lanza, se vuelve con gran furia á dar bocados en ella, así ellos querrían (si les fuese posible) despedazar á Dios, porque saben que Él es el que les hinca la lanza y el que desde lo alto los hiere con la espada de su justicia. Tienen también grandísima obstinación en lo malo, porque no les pesa ni porque son malos ni porque lo fueron, antes quisieran haber sido peores: y si les pesa por haber vivido mal, no es por amor que tengan con Dios, sino por su amor proprio y porque pudieran excusar aquellos tormentos, si de otra manera vivieran. Con esto tienen también una perpetua desesperación: porque sienten tan mal de Dios y de su misericordia, que no esperan della que los podrá jamás perdonar. Y ésta es la causa de sus blasfemias y de aquel deslenguamiento contra Dios: porque como ya no esperan nada dél, procuran vengarse dél en lo que pueden con sus lenguas rabiosas.

De la pena que llaman de daño.

§ III

Quién podrá creer que después de todas estas penas susodichas queda más aún que padescer? Pues es cierto que todas estas penas son como nada en comparación de la que queda por decir. Mira tú cuál será esta pena, pues tan horribles tormentos como los susodichos se llaman nada, comparados con ella. Porque todas las penas que hasta aquí hemos dicho, pertenescen por la mayor parte á la pena del sentido: queda después désta la pena del daño (que arriba tocamos) que es sin comparación mayor. Lo cual parece claro por esta razón. Porque no es otra cosa pena sino privación de algún bien que se poseía, ó se esperaba poseer: y cuanto es mayor este bien, tanto es mayor la pena que se recibe cuando se pierde, como parece claro en las pérdidas temporales, que cuanto son de mayores bienes, tanto causan mayor dolor. Pues como Dios sea un bien infinito, y el mayor de todos los bienes, claro está que carescer dél será mal infinito, y el mayor mal de todos los males.

Demás desto, como Dios sea el centro del ánima racional y el lugar donde ella tiene su reposo cumplido, de aquí nasce que apartar esta ánima de Dios le es el más penoso dolor y apartamiento de todos cuantos pueden ser. Por lo cual dice Sant Crisóstomo que mil fuegos de infierno que se juntasen en uno, no darían al ánima tanta pena como le ha de dar este apartamiento de Dios.

No se puede explicar con palabras hasta dónde llega este dolor. No es nada el apartamiento que suele entrevenir en las guerras y captiverios, cuando quitan á los hijos de los pechos de sus madres, para lo que será aquella perpetua división y apartamiento de Dios. Pues para entender algo desto, párate á mirar aquel tan horrible género de muerte con que un tirano dicen que atormentaba los hombres, el cual hacía abajar hasta el suelo dos ramas de dos grandes árboles, y á las dos puntas dellas mandaba atar los pies del hombre miserable que quería justiciar: y esto hecho, mandábalas soltar de presto para que resurtiendo ellas á sus lugares naturales, volasen el cuerpo en lo alto y lo despedazasen en el aire, llevándose cada una de las ramas su pedazo colgado. Pues si este apartamiento de las partes del cuerpo entre sí mismas era tan grande tormento, ¿qué te parece que será aquel apartamiento de Dios, que no es la parte, sino el todo de nuestra ánima, especialmente habiendo de durar, no tanto tiempo cuanto fuese menester para subir la rama en alto, sino tanto cuanto Dios fuere Dios?

De las penas particulares de los condenados.

§ IV

SOBRE todas estas penas susodichas hay aún otras: porque éstas son penas generales y comunes á todos los condenados, mas sobre éstas hay otras particulares señaladas y proporcionadas á cada uno según la cualidad de su delicto, como lo significó el profeta Isaías cuando dijo (1): Medida se dará contra medida, porque así lo determinó el Señor en su corazón duro en el día

(1) Isaiæ 27.

del estío. El estío significa el encendimiento y furor de la ira divina: el corazón duro, la terribleza de la sentencia que castigará culpas temporales con penas eternas: la medida contra medida será la cuantidad y proporción de la pena conforme á la cualidad de la culpa. Porque allí ha de resplandescer la hermosura y orden de la divina justicia, dando á cada uno su merescido, según la condición de su pecado (1). Desta manera serán castigados allí los avarientos con miserable necesidad. Los perezosos serán allí pungidos con aguijones encendidos. Los glotones serán atormentados con grandísima hambre y sed. Los carnales y deshonestos serán envestidos en llamas de piedra zufre hediondas. Los envidiosos aullarán con dolores entrañables como perros rabiosos. Los soberbios y presumptuosos serán llenos de perpetua confusión, y así todos los demás. Pues ¡oh idólatras del mundo, amadores de honra, allegadores de hacienda, inventores de nuevos trajes y comidas y deleites! Oh ciudad triste y miserable de Babilonia, ¡quién tomase agora llanto sobre ti, y te llorase otra vez con aquellas piadosas lágrimas del Salvador diciendo (2): Si conocieses agora tú! ¡Oh si conocieses cuán caros te han de costar estos bocados, y cuán recios verdugos te han de ser allí esos ídolos que adoraste! Los que comen la fruta antes de tiempo, es por fuerza que les haya de hacer dentera: y así porque los mundanos quisieron gozar antes de tiempo del descanso, y tener paraíso en el lugar de destierro, estaba claro que algún día les había de hacer dentera este bocado, según que lo amenaza Dios por su profeta diciendo (3): Todo hombre que comiere las uvas acedas antes que maduren, sepa cierto que le han de amargar. Pues aquél come las uvas antes que maduren, que quiere anticipar y prevenir en esta vida los deleites de la otra, al cual amargará después este bocado, cuando sea castigado en el juicio de Dios, porque se adelantó á querer gozar y descansar antes de tiempo.

(1) Isaiae. 27. (2) Lucae 19. (3) Hier. 31.

De la eternidad de todas estas penas susodichas.

§ V

Y si todas estas penas son tan grandes, ¿qué será si juntamos con todas ellas la eternidad de los tormentos y el nunca haberse de acabar? Pasados diez mil años, añadirse han otros cien mil, y después destos cien mil añadirse han tantos millares de millones de años cuantas estrellas hay en el cielo y cuantas arenas hay en la mar: y después de todo esto cumplido comenzarán á padescer de nuevo, y así andará siempre la rueda perpetua de su tormento. Aparejado está, dice Isaías (1), dende ayer el valle de Tofet, aparejado está por mandamiento del rey: su mantenimiento es fuego y mucha leña, y el soplo del Señor Dios de los ejércitos así como un arroyo de piedra zufre corriente soplará en él. Este valle es el abismo de los infiernos, aparejado dende ayer, conviene saber, dende el principio del mundo para castigo de los malos. Su manjar es fuego que abrasa y no acaba, y la leña deste fuego no es de mil cargas ni de cien mil, sino de tantos millares de cargas cuantos cuerpos y ánimas hay allí de condenados. Y porque estén seguros que este fuego nunca se apagará, por eso tendrán los demonios siempre cargo de soplarlo y atizarlo: los cuales como sean inmortales, nunca jamás se cansarán de soplar en él. Y si ellos se cansaren, por eso está ahí el soplo de Dios eterno, que nunca se cansará.

Gran cosa sería si pudiesen los hombres entender algo desta duración como es. Porque sin dubda solo esto bastaría para freno de nuestra vida. Y por esto no será fuera de propósito traer aquí algunos ejemplos de cosas semejantes, para que por ellos se pueda entender algo de lo que esto es.

Párate pues á pensar en aquella manera de tormento que se usa en algunas provincias, donde queman vivos á los malhechores: y tanto cuanto mayor es su delicto, tanto los queman con menos fuego, para que así sea más largo su tormento. Mas ¿qué tanto más será lo que con esta tan ingeniosa crueldad se podrá aña-

(1) Isai. 30.

dir de espacio al tormento? Apenas podrá ser un día natural. Pues dime agora por caridad: si tan terrible y tan inhumano linaje de tormento es el que aún no dura un día entero y con poco fuego, ¿qué tal será aquél que dura por una eternidad y con fuego tan grande? ¿Hay matemático en el mundo que pueda señalar aquí la ventaja que hay de lo uno á lo otro? Pues si por escapar un hombre de aquel tormento no habría peligro, ni camino, ni trabajo á que no se pusiese, ¿qué sería razón que todos hiciésemos por escapar deste tormento?

Piensa también cuán terrible género de tormento era aquél que inventó aquel crudelísimo tirano Falaris, de quien se escribe que mandaba meter al hombre que había de justiciar, en el vientre de un toro hecho de metal, y que le hacía dar fuego por bajo, para que el hombre miserable con el calor del hierro se fuese poco á poco quemando, y ni pudiese huir, ni se pudiese amparar, ni tuviese otro remedio sino arder y bramar y volquearse en aquel tan estrecho aposento hasta morir. ¿Quién oye decir esto, que no se le estremezcan las carnes en sólo pensarlo? Pues dime agora, cristiano, ¿qué es todo esto en comparación de lo que aquí tratamos, sino un sueño de sombra? Pues si sólo pensar esto nos espanta, ¿qué hará, no pensarlo, sino padescer este tormento? Verdaderamente cosa es tan grande el penar para siempre, que aunque no fuera más que uno solo entre todos los hijos de Adam el que desta manera hobiera de padescer, solo esto bastaba para hacernos temblar á todos. Porque no era más que uno entre los discípulos de Cristo el que le había de vender (1), y cuando Él dijo: uno de vosotros me ha de entregar, todos comenzaron á temer y entristecerse por ser la cosa tan grave. Pues ¿cómo no temblamos nosotros, sabiendo cierto que es infinito el número de los locos, y que es estrecho el camino de la vida, y que el infierno ha dilatado sus senos para recibir los muchos que van á él? Si esto no creemos, ¿dónde está la fe? Y si lo creemos y confesamos, ¿dónde está el juicio y la razón? Y si hay fe y razón, ¿cómo no andamos dando gritos y voces por las calles? ¿Cómo no nos vamos por esos desiertos (como hicieron muchos de los sanctos) á hacer vida entre las bestias, por escapar destos tormentos? ¿Cómo dormimos de noche? ¿Cómo no perdemos el seso imaginando en tan

(1) Matth 26.

extraño peligro, pues otros menores acaescimientos han bastado no sólo para desvelar y sacar de juicio los hombres, sino también para acabarles la vida?

Pues ésta es la mayor pena de los miserables, saber que Dios y su pena corren á la pareja, y por esto su mal no tendrá consuelo, porque su pena no tiene fin. Si los malaventurados creyesen que después de cien mil cuentos de años su pena se había de acabar, esto solo tendrían por grandísimo consuelo, porque todo esto, aunque tarde, tendría fin. Mas su pena no la tiene, porque (como dice Sant Gregorio) dase allí á los malos muerte sin muerte, y fin sin fin, y defecto sin defecto, porque allí la muerte siempre vive, y el fin siempre comienza, y el defecto no sabe desfallecer. Por esto dijo el profeta (1): Así como ovejas están puestas en el infierno, y la muerte los pascerá. La hierba que se pasce, no se arranca del todo, porque queda viva la raíz, que es el origen de la vida, la cual la hace tornar á revivir para que otra vez se pueda pascer. Y por esto es inmortal el pasto de los campos, porque siempre se pasce y siempre revive. Pues desta manera se apascentará la muerte en los malaventurados: y así como la muerte no puede morir, así nunca se hartará deste pasto, ni se cansará en este oficio, ni acabará jamás de tragar este bocado, porque ella tenga siempre qué comer, y ellos siempre qué padescer.

EL SÁBADO EN LA NOCHE

El sábado en la noche, hecha la señal de la cruz, con la preparación que dijimos, podrás pensar en la bienaventuranza de la gloria. Esta consideración es tan provechosa, que si fuese ayudada con lumbre de viva fe, bastaría para hacernos dulces todos los trabajos y amarguras que pasásemos por este bien. Porque si el amor de la hacienda hace dulces los trabajos que se pasan por ella, y si el amor de los hijos hace desear á la mujer los dolores del parto, ¿qué hará el amor deste soberano bien, en cuya comparación todos los otros no son bie-

(1) Psalm. 48.

nes? Y si del patriarca Jacob se dice (1) que le parescían poco los siete años de servicio, por el amor grande que tenía á Raquel, ¿qué haría el amor de aquella infinita hermosura y de aquel eterno casamiento, si con ojos de fe viva se contemplase?

Pues para entender algo deste bien, puedes considerar estas cinco cosas, entre otras, que hay en él: conviene saber, la excelencia del lugar, el gozo de la compañía, la visión de Dios, la gloria de los cuerpos, y finalmente el cumplimiento de todos bienes que allí hay.

Primeramente considera la excelencia del lugar, y señaladamente la grandeza dél, que es admirable. Porque cuando el hombre lee en algunos gravísimos autores que cualquier de las estrellas del cielo es mayor que toda la tierra, y (lo que más es) que hay algunas entre ellas de tan notable grandeza que son noventa veces y cien veces mayores que toda ella, con esto alza los ojos al cielo, y ve en él tanta muchedumbre de estrellas y tantos espacios vacíos donde podrían caber muchas más, ¿cómo no se espanta? ¿Cómo no queda atónito y fuera de sí, considerando la inmensidad de aquel lugar, y mucho más la de aquel soberano Maestro que lo crió?

Pues la hermosura dél no se puede explicar con palabras: porque si en este valle de lágrimas y lugar de destierro crió Dios cosas tan admirables y de tanta hermosura como vemos, ¿qué habrá criado en aquel lugar, que es aposento de su gloria, trono de su grandeza, palacio de su majestad, casa de sus escogidos, y paraíso de todos los deleites?

Después de la excelencia del lugar considera la nobleza de los moradores dél, cuyo número, cuya sanctidad, cuyas riquezas y hermosura excede todo lo que se puede pensar. Sant Juan dice (2) que es tan grande la muchedumbre de los escogidos, que nadie basta para poderlos contar. Sant Dionisio dice que es tan grande el número de los ángeles, que excede sin comparación al de todas cuantas cosas materiales hay en la tierra. Santo Tomás conformándose con este parescer, dice que así como la grandeza de los cielos excede á la de la tierra sin ninguna proporción, así la muchedumbre de aquellos espíritus gloriosos excede á la de todas las cosas materiales que hay en este mundo, con esta

(1) Gen. 39. (2) Apoc. 7.

misma ventaja y proporción. Pues ¿qué cosa puede ser más admirable? Por cierto cosa es ésta que si bien se considerase, bastaba para dejar atónitos á todos los hombres. Y si cada uno de los ángeles (aunque sea el menor dellos) es más hermoso de ver que todo este mundo visible, ¿qué será ver tanto número de ángeles tan hermosos, y ver las perfecciones y oficios que cada uno dellos tiene en aquella soberana ciudad? Allí discurren los ángeles, ministran los arcángeles, triunfan los principados, alégranse las potestades, enseñorean las dominaciones, resplandecen las virtudes, relampaguean los tronos, lucen los querubines, y arden los serafines, y todos cantan alabanzas á Dios. Pues si la compañía y comunicación de los buenos es tan dulce y amigable á la condición del hombre, ¿qué será tratar allí con tantos buenos. hablar con los apóstoles, conversar con los profetas, comunicar con los mártires, y finalmente con todos los escogidos?

Y si tan grande gloria es gozar de la compañía de los buenos, ¿qué será gozar de la compañía y preferencia de Aquél á quien alaban las estrellas de la mañana, de cuya hermosura el sol y la luna se maravillan, ante cuyo acatamiento se arrodillan los ángeles, y de cuya presencia se glorían los hombres? ¿Qué será ver aquel bien universal en quien están todos los bienes, y aquel mundo mayor en quien están todos los mundos, y aquél que siendo uno es todas las cosas, y siendo simplicísimo abraza las perfecciones de todas? Si tan grande cosa fué oir y ver al rey Salomón, que decía la reina Sabá (1): Bienaventurados los que asisten delante ti y gozan de tu sabiduría, ¿qué será ver aquel sumo Salomón, aquella eterna sabiduría, aquella infinita grandeza, aquella inestimable hermosura, aquella inmensa bondad, y gozar della para siempre? Ésta es la gloria esencial de los sanctos, éste es último fin y centro de todos nuestros deseos.

Considera después desto la gloria de los cuerpos, en los cuales ninguna cosa habrá que no esté glorificada, porque allí cada uno de los miembros y sentidos tendrá su particular gloria y objecto en que se deleite, y allí los cuerpos gozarán de aquellas cuatro singulares dotes, que son, subtileza, ligereza, impasibilidad y claridad, la cual será tan grande, que cada uno de aquellos cuerpos resplandecerá como el sol en el reino de su Padre (2). Pues si no

(1) IV Reg. 10. (2) Matth. 13.

más de un sol que está en medio de ese cielo basta para dar luz y alegría á todo el mundo, ¿qué harán tantos soles y lámparas como allí resplandecerán?

Finalmente, por abreviar, en esta gloria se hallarán en uno todos los bienes, y della estarán desterrados todos los males. Allí habrá salud sin enfermedad, libertad sin servidumbre, hermosura sin fealdad, inmortalidad sin corrupción, abundancia sin necesidad, sosiego sin turbación, seguridad sin temor, conoscimiento sin error, hartura sin hastío, alegría sin tristeza, y honra sin contradición. Allí será (dice Sant Augustín) verdadera la gloria, donde ninguno será alabado por error ni por lisonja. Allí será verdadera la honra, la cual ni se negará al que la meresciere, ni se dará á quien no la meresciere. Allí será verdadera la paz, donde ni de sí ni de otro será el hombre molestado. El premio de la virtud será el mismo que dió la virtud, y se prometió á sí por galardón della, que es el mayor y mejor de todas las cosas. Él será el fin de nuestros deseos, el cual se verá sin fin, y se amará sin hastío, y será alabado sin cansancio. Allí el lugar es ancho, hermoso, resplandeciente y seguro, la compañía muy buena y agradable, el tiempo de una manera, no ya distinto en tarde y mañana, sino continuado con una simple eternidad. Allí habrá perpetuo verano, que con el frescor y aire del Espíritu Sancto siempre floresce. Allí todos se alegran, todos cantan, y todos siempre alaban aquel sumo dador de todo, por cuya largueza viven y reinan en su gloria. ¡Oh ciudad celestial, morada segura, tierra donde se halla todo lo que deleita, pueblo sin murmuración, vecinos quietos, y hombres sin ninguna necesidad! ¡Oh si se acabase ya esta contienda! ¡Oh si se concluyesen los días de mi destierro! ¡Oh cómo se alarga el tiempo de mi peregrinación! ¿Cuándo llegará este día? ¿Cuándo vendré y paresceré ante la cara de mi Dios?

TRATADO SEXTO

DE LA CONSIDERACIÓN DE LA GLORIA DEL PARAÍSO

en el cual

se declara más por extenso la meditación pasada.

Una de las cosas en que más convenía tener siempre puestos los ojos en este valle de lágrimas es en la bienaventuranza de la gloria, porque esta sola consideración bastaría para animarnos á todos los trabajos que se han de pasar por ella. Cuando prometió Dios al patriarca Abrahán la tierra de promisión, mandóle que la anduviese y rodease toda, diciendo (1): Levántate y pasea toda esta tierra en ancho y largo, y mírala por todas partes, porque á ti la tengo de dar. Levántate pues agora, ánima mía, á lo alto, dejados acá abajo todos los cuidados y negocios terrenos, y vuela con alas de espíritu á aquella noble tierra de promisión, y mira con atención la longura de su eternidad, y la anchura de su felicidad, y la grandeza de sus riquezas, con todo lo demás que en ella hay.

De la reina Sabá se escribe (2) que oída la fama de Salomón, vino á Hierusalem para ver las grandezas y maravillas que de aquel rey se decían. Y pues no es menor la fama de aquella celestial Hierusalem y de aquel sumo Rey que la gobierna, sube tú agora con el espíritu á esta noble ciudad á contemplar la sabiduría deste Rey soberano, y la hermosura deste templo, y el servicio desta mesa, y las órdenes de los que la sirven, y las libreas de los criados, y la policía y gloria desta noble ciudad. Porque si sabes mirar cada cosa déstas, por ventura será tu espíritu levantado sobre sí, y conoscerás que ni aun la más pequeña parte desta gloria te ha sido denunciada.

Mas para esto es menester especial lumbre de Dios, como lo significó el Apóstol diciendo (3): Suplico á aquel Dios de la gloria y Padre de nuestro Señor Jesucristo os dé espíritu de sabiduría, y alumbre los ojos de vuestro corazón, para que conozcáis qué tan grande sea la esperanza de vuestro llamamiento y

(1) Gen. 13. (2) III Reg. 10. (3) Ephes. 1.

las riquezas de aquella heredad y gloria que Él tiene aparejada para los sanctos.

Y aunque en esta gloria haya muchas cosas que contemplar, mas particularmente puedes tú agora considerar estas cinco más principales: conviene saber, la excelencia del lugar, el gozo de la compañía, la visión de Dios, la gloria de los cuerpos, y la duración y eternidad de todos estos bienes tan grandes.

De la hermosura y excelencia del lugar.

§ I

Primeramente considera la hermosura del lugar, la cual en figura nos describe Sant Juan en el Apocalipsi por estas palabras (1): Uno de los siete ángeles habló comigo diciéndome: ven y mostrarte he la esposa mujer del Cordero. Y levantóme en espíritu en un monte alto y grande, y mostróme la ciudad sancta de Hierusalem que descendía del cielo: la cual resplandescía con claridad de Dios, y la lumbre della era semejante al resplandor de las piedras preciosas. Tenía esta ciudad un muro grande y alto, en el cual había doce puertas, y en las puertas doce ángeles, según el número de las puertas. Los cimientos de los muros desta ciudad eran todos labrados de piedras preciosas, y las doce puertas della eran doce piedras preciosas, cada puerta de su piedra: y la plaza desta ciudad era de oro limpio, semejante á un vidrio muy claro. Y templo no vi en ella, porque el Señor Dios todopoderoso es su templo, y el Cordero. Y la ciudad no tiene necesidad de sol ni luna que le den lumbre, porque la claridad de Dios la alumbra, y la lámpara que en ella arde, es el Cordero. Y mostróme más el ángel un río de agua viva, claro así como un cristal, el cual salía de la silla de Dios y del Cordero: y en medio de la plaza y de la una ribera del río y de la otra estaba plantado el árbol de la vida, que llevaba doce fructos en el año, cada mes el suyo: y las hojas deste árbol eran para salud de las gentes. Todo género de maldición nunca más allí se verá, sino la silla de Dios y del Cordero allí estarán, y sus siervos le servirán,

(1) Apoc. 21.

y ellos verán su cara, y tendrán el nombre dél escripto en sus frentes, y reinarán en los siglos de los siglos.

Cata aquí, hermano, debujada la hermosura desta ciudad, no para que hayas de pensar que hay en ella estas cosas así materialmente como suenan las palabras, sino para que por éstas entiendas otras más espirituales y más excelentes que por éstas se nos figuran.

El asiento desta ciudad es sobre todos los cielos, la grandeza y anchura della excede toda medida. Porque si cada una de las estrellas del cielo es tan grande como arriba dijimos, ¿qué tan grande será aquel cielo que abraza todas las estrellas y todos los cielos? No hay grandeza en el mundo que con ésta se pueda comparar. Porque (como dice un sancto) dende los términos occidentales de España hasta los últimos de las Indias corre un navío, si le hace tiempo, en pocos días: mas aquella región del cielo á estrellas más ligeras que rayos da que caminar por muchos años.

Pues si preguntas por las labores de su edificio, no hay lengua que esto pueda declarar. Porque si eso que paresce por defuera á los ojos mortales, es tan hermoso, ¿qué será lo que allá está escondido á los ojos inmortales? Y si vemos que por manos de los hombres se hacen aquí algunas obras tan vistosas y de tanta hermosura que espantan á los ojos de quien las mira, ¿qué será lo que terná obrado la mano de Dios en aquella casa real, y en aquel sacro palacio, y en aquella casa de solaz que Él edificó para gloria de sus escogidos? ¡Oh cuán amables son, dice el Profeta (1), tus tabernáculos, Señor Dios de las virtudes! Codicia y desfallesce mi ánima contemplando los palacios del Señor.

Lo que principalmente suele ennoblecer las ciudades, es la condición de los ciudadanos, si son nobles, si son muchos y concordes entre sí. Pues ¿quién podrá declarar en esta parte la excelencia desta ciudad? Todos sus moradores son hijosdalgo, y ninguno hay entre ellos de baja suerte, porque todos son hijos de Dios. Son tan amigables entre sí, que todos ellos son un ánima y un corazón, y así viven en tanta paz, que la misma ciudad tiene por nombre Hierusalem, que quiere decir visión de paz. Y si quieres saber el número y la población desta ciudad, á eso te res-

(1) Psalm. 83.

ponderá Sant Juan en el Apocalipsi diciendo (1) que vió en espíritu una tan grande compañía de bienaventurados, que no bastaría nadie para los contar, la cual había sido recogida de todo linaje de gentes y pueblos y lenguas. Los cuales estaban en presencia del trono de Dios y de su Cordero vestidos de ropas blancas y con palmas triunfales en las manos, cantando á Dios cantares de alabanza. Con lo cual concuerda lo que el profeta Daniel significa deste sagrado número diciendo (2): Millares de millares servían al Señor de la majestad, y diez veces cient mil millares asistían delante dél.

Y no pienses que por ser tantos están desordenados: porque no es allí la muchedumbre causa de confusión, sino de mayor orden y armonía. Porque Aquél que con tan maravillosa consonancia ordenó los movimientos de los cielos y los cursos de las estrellas, llamando á cada una por su nombre, ése ordenó todo aquel innumerable ejército de bienaventurados con tan maravilloso concierto, dando á cada uno su lugar y gloria, según su merescimiento. Y así, un lugar es el que allí tienen las vírgines, otro los confesores, otro los sanctos mártires, y otro los patriarcas y profetas, otro los apóstoles y evangelistas, y así todos los demás. Y de la manera que están repartidos y aposentados los hombres, así lo están en su manera los ángeles, divididos en tres hierarquías, las cuales se reparten en nueve coros, sobre todos los cuales reside el trono de la serenísima Reina de los ángeles, que sola ella hace coro por sí, porque no tiene par ni semejante. Y sobre todos, finalmente, preside aquella sanctísima humanidad de Cristo, que está asentada á la diestra de la majestad de Dios en las alturas.

Tú, ánima cristiana, discurre por estos coros, pasea por estas plazas y calles, mira la orden destos ciudadanos, la hermosura desta ciudad y la nobleza destos moradores. Salúdalos á cada uno por su nombre, y pídeles el sufragio de su oración. Saluda también esa dulce patria, y como peregrino que la ve aun dende lejos, envíale con los ojos el corazón, diciendo: Dios te salve, dulce patria, tierra de promisión, puerto de seguridad, lugar de refugio, casa de bendición, reino de todos los siglos, paraíso de deleites, jardín de flores eternas, plaza de todos los bienes, corona de to-

(1) Apoc. 7. (2) Dan. 7.

dos los justos, y fin de todos nuestros deseos. Dios te salve, madre nuestra, esperanza nuestra, por quien suspiramos, por quien hasta agora damos gemidos y peleamos, pues no ha de ser coronado sino el que fielmente peleare (1).

Del segundo gozo que el ánima recibirá con la compañía de los sanctos.

§ II

Quién podrá, después deste gozo, declarar el que se recibirá con aquella tan dichosa compañía? Porque allí la virtud de la caridad está en toda su perfección, á la cual pertenesce hacer todas las cosas comunes. Aquella petición del Salvador, que dice (2): Ruégote, Padre, que ellos sean una misma cosa por amor así como nosotros lo somos por naturaleza, allí es donde perfectamente se cumple, porque allí son todos entre sí más unos que los miembros de un mismo cuerpo, el cual da á todos un mismo ser y una bienaventurada vida. Si no, dime, ¿qué es la causa por que los miembros de un cuerpo tienen entre sí tan grande unidad y amor? La causa es, porque todos ellos participan de una misma forma, que es una misma ánima, la cual da á todos ellos un mismo ser y una vida. Pues dime: si el espíritu humano tiene virtud para causar tan grande unidad entre los miembros de tan diferentes oficios y naturalezas, ¿qué mucho es que aquel Espíritu divino, por quien viven todos los escogidos (que es como ánima común de todos) cause entre ellos otra mayor y más perfecta unidad, pues es más noble causa, y de más excelente virtud, y que da más noble ser?

Pues dime agora: si esta manera de unidad y amor hace todas las cosas comunes, así las buenas como las malas (como lo vemos en los miembros de un mismo cuerpo y en el amor de las madres para con los hijos, las cuales huelgan tanto con los bienes dellos como con los suyos proprios) siendo esto así, ¿qué gozo tendrá allí un escogido de la gloria de todos los otros, pues á cada uno dellos ama como á sí mismo? Porque (como dice Sant Gregorio) aquella heredad celestial para todos es una, y para cada uno

(1) II Tim. 2. (2) Joan, 17.

toda, porque de los gozos de todos recibe cada uno tan grande alegría como si él mismo los poseyera. Pues ¿qué se sigue de aquí, sino que (pues es casi infinito el número de los bienaventurados) que serán casi infinitos los gozos de cada uno dellos? ¿Qué se sigue sino que cada uno dellos terná las excelencias de todos, pues lo que uno no tuviere en sí, terná en los otros? Éstos son espiritualmente aquellos siete hijos de Job (1), entre los cuales había tan grande amor y comunicación, que cada uno dellos por su orden hacía un día de la semana su convite á todos los otros: de donde resultaba que no menos participaría cada uno de la hacienda de los otros que de la suya propria, y así lo proprio era común de todos, y lo común proprio de cada uno. Esto obraba en aquellos sanctos hermanos el amor y la hermandad. Pues ¿cuánto es mayor la hermandad de los escogidos, cuánto mayor el número de los hermanos, cuánto más bienes y riquezas de que gozar? Pues según esto, ¿qué convite será aquél que nos harán allí los serafines, que son los más altos espíritus y más allegados á Dios, cuando descubran á nuestros ojos la nobleza de su condición, y la claridad de su contemplación, y el ardor ferventísimo de su amor? ¿Qué convite harán luego los querubines, donde están encerrados todos los tesoros de la sabiduría de Dios? ¿Cuál será el de los tronos y dominaciones y todos los otros bienaventurados? ¿Qué será gozar y ver allí señaladamente aquel ejército glorioso de los mártires vestidos de ropas blancas, con sus palmas en las manos y con las insignias gloriosas de sus triunfos? ¿Qué será ver juntas aquellas once mil vírgines y aquellos diez mil mártires, imitadores de la gloria y de la cruz de Cristo, con otra muchedumbre innumerable? ¿Qué gozo será ver aquel glorioso diácono con sus parrillas en la mano, resplandeciendo mucho más que las llamas en que ardió, desafiando los tiranos, y cansando los verdugos con paciencia inexpugnable? ¿Cuál será ver la hermosísima virgen Caterina coronada de rosas y azucenas, vencida la rueda de sus navajas con las armas de la fe y de la esperanza? ¿Qué será ver aquellos siete nobles Macabeos con la piadosa y valerosa madre, despreciando las muertes y los tormentos por la guarda de la ley de Dios? ¿Qué collar de oro y pedrería será tan hermoso de mirar como el cuello del glorioso Bautista, que quiso antes

(1) Job. 1.

perder la cabeza que disimular la torpeza del rey adúltero? ¿Qué púrpura resplandescerá tanto como el cuerpo del bienaventurado Sant Bartolomé, por Cristo desollado? Pues ¿qué será ver el cuerpo de Sant Esteban con los golpes de las piedras señalado, sino ver una ropa rozagante sembrada de rubíes y diamantes? Y vosotros, Príncipes gloriosos de la Iglesia cristiana, ¿qué tanto resplandesceréis, el uno con la espada y el otro con el estandarte glorioso de Cristo, con que fuistes coronados? Pues ¿qué será gozar de cada una de todas estas glorias como si fuese propria? ¡Oh convite glorioso! ¡Oh banquete real! ¡Oh mesa digna de Dios y de sus escogidos! Vayan pues los mundanos á sus banquetes sucios y carnales á romper los vientres con sus excesos y demasías. Tal banquete como éste convenía para Dios, donde se sirviesen tan excelentes manjares.

Sube aún más arriba sobre todos los coros de los ángeles, y hallarás otra gloria singular, la cual maravillosamente alegra toda aquella corte soberana, y embriaga con maravilloso dulzor la ciudad de Dios. Alza los ojos, y mira aquella Reina de misericordia, llena de claridad y hermosura, de cuya gloria se maravillan los ángeles, de cuya grandeza se glorían los hombres. Ésta es la Reina del cielo, coronada de estrellas, vestida del sol, y calzada de la luna, y bendita sobre todas las mujeres. Mira pues qué gozo será ver esta señora y madre nuestra, no ya de rodillas ante el pesebre, no ya con los sobresaltos y temores de lo que aquel santo Simeón le había profetizado, no ya llorando y buscando por todas partes al niño perdido, sino con inestimable paz y seguridad asentada á la diestra del hijo, sin temor de perder jamás aquel tesoro. Ya no será menester buscar el silencio de la noche secreta para escapar el niño de las celadas de Herodes huyendo en Egipto. Ya no se verá más al pie de la cruz recibiendo sobre su cabeza las gotas de sangre que de lo alto caían, y llevando en su manto perpetua memoria de aquel dolor. Ya no padescerá más el agravio de aquel triste cambio cuando le dieron al discípulo por el Maestro, y al criado por el Señor. Ya no se oirán más aquellas tan dolorosas palabras que debajo de aquel árbol sangriento con muchas lágrimas decía (1): ¡Quién me diese que yo muriese por ti, Absalón hijo mío, hijo mío Absalón! Ya

(1) II Reg. 18

todo esto se acabó, y la que en este mundo se vió más afligida que toda pura criatura, se verá ensalzada sobre toda criatura, gozando para siempre de aquel sumo bien, y diciendo: Hallado he al que ama mi ánima: téngolo, no lo dejaré (1).

Y si éste es tan grande gozo, ¿qué será ver aquella sacratísima humanidad de Cristo, y la gloria y hermosura de aquel cuerpo que por nosotros fué tan afeado en la cruz? Cosa será por cierto (como dice Sant Bernardo) llena de toda suavidad, que vean los hombres á un hombre criador de los hombres. Por honra propria tienen los deudos ver á un deudo hecho cardenal ó papa. Pues ¿cuánto mayor honra será ver aquel Señor, que es nuestra carne y nuestra sangre, asentado á la diestra del Padre y hecho Rey de cielos y tierra? ¡Qué ufanos estarán los hombres entre los ángeles, cuando vean que el Señor de la posada y el común Criador de todos no es ángel sino hombre! Si los miembros tienen por honra suya la que se hace á su cabeza, por la grande unión que hay entre ellos y ella, ¿qué será allí, donde tan estrecha es la unión de los miembros y de la cabeza? ¿Qué será, sino que todos tengan por suya propria la gloria de su Señor? Éste será un gozo tan grande, que ningunas palabras bastan á darle debido encarescimiento. Pues ¿quién será tan dichoso que merezca gozar de tanto bien? ¡Oh quién te me diese, hermano mío, que te mantienes de los pechos de mi madre (2), que te hallase yo allá fuera, y te diese paz con labios de devoción, y te abrazase con brazos de amor! Oh dulcísimo Señor, y ¿cuándo será este día? ¿Cuándo paresceré delante tu cara? ¿Cuándo me veré harto de tu hermosura? ¿Cuándo veré ese rostro en que desean mirar los ángeles?

Del tercero gozo que el ánima recibirá con la visión clara de Dios.

§ III

Pues ¿qué será sobre todo esto ver claramente aquella divina cara, en que consiste la gloria esencial de los sanctos? Grandes motivos de gloria son todos los que hasta aquí hemos dicho: mas todos son muy pequeños si se comparan con éste. De

(1) Cant. 3. (2) Cant. 3.

Isacar se dice que vió el descanso que era bueno, y la tierra muy buena, y que por esto puso los hombros al trabajo, y se hizo tributario (1). El descanso y la gloria de los sanctos buena es: mas la tierra que lleva este descanso, muy buena es en superlativo grado, porque ésta es la cara y la hermosura de Dios, de cuya vista procede el descanso y gloria dellos. Ésta es la que sola basta para dar á nuestras ánimas cumplido reposo: porque toda la dulcedumbre y suavidad de las criaturas, bien puede dar deleite al corazón humano, mas no hartura. Pues si todos estos bienes susodichos tanto deleitan, ¿cuánto deleitará aquel bien que tiene en sí la perfección y suma de todos los bienes? Y si la vista sola de las criaturas es tan gloriosa, ¿qué será ver aquella cara, aquella lumbre y aquella hermosura, en quien resplandescen todas las hermosuras? ¿Qué será ver aquella esencia tan admirable, tan simplicísima y tan conmunicable, y ver en ella de una vista el misterio de la beatísima Trinidad, la gloria del Padre, la sabiduría del Hijo y la bondad y amor del Espíritu Sancto?

Allí veremos á Dios, y veremos á nos, y veremos todas las cosas en Dios. Dice Sant Fulgencio que así como el que tiene un espejo delante, ve al espejo, y ve á sí mismo en el espejo, y ve todas las otras cosas que están delante del espejo, así cuando tengamos aquel espejo sin mancilla de la majestad de Dios presente, veremos á Él, y veremos á nos en Él, y después todo lo que está fuera dél, según el conocimiento mayor ó menor que tuviéremos dél. Allí descansará el apetito de nuestro entendimiento, y no deseará más saber, porque terná delante todo lo que se puede saber. Allí descansará el de nuestra voluntad, amando aquel bien universal en quien están todos los bienes, fuera del cual no hay más bienes de que gozar. Allí reposará nuestro deseo con el bocado de aquel soberano gozo, que de tal manera hinchirá la boca de nuestro corazón, que no le quedará capacidad para más desear. Allí serán perfectamente remuneradas aquellas tres virtudes con que Dios es aquí honrado: conviene á saber, fe, esperanza y caridad: cuando á la fe se dé por premio la clara visión, y á la esperanza la posesión, y á la caridad imperfecta la caridad en toda su perfección. Allí verán y amarán, gozarán y alabarán, y estarán hartos sin hastío y hambrientos sin necesidad.

(1) Gen. 49.

Allí es donde siempre se canta aquel cantar cuasi nuevo que Sant Juan oyó cantar en su Apocalipsi (1). El cual llama cuasi nuevo, porque aunque él sea siempre de una manera (porque es una común alabanza que responde á una misma gloria que todos tienen) pero con todo esto es siempre nuevo cuanto al gusto y á la suavidad, porque el mismo sabor que tuvo á los principios, éste terná para siempre sin fin. No encanesce ni se envejece el alegría de los sanctos, como tampoco envejescerán sus cuerpos, pues el que hace los cielos estar siempre nuevos á cabo de tantos años, ése hará que la flor de su gloria esté siempre verde y que nunca se marchite.

Del cuarto gozo que el ánima recibirá con la gloria del cuerpo.

§ IV

Esta es la gloria esencial de las ánimas. Mas aquel justo Juez y Padre tan liberal no se contenta con sólo glorificar las ánimas, sino extiende también su magnificencia por honra dellas á glorificar sus cuerpos y dar lugar á las bestias en su palacio real. Oh amador de los hombres, oh honrador de los buenos, y ¿qué tiene que ver la carne podrida, y en todos sus apetitos como bestia, con el sanctuario del cielo? La carne que había de estar atada en el establo, ¿cómo ha de ser colocada entre los ángeles en el cielo? Deja, Señor, al polvo con el polvo, que no está bien la tierra sobre el cielo.

Mas aquél que dijo á Abraham (2), honraré y multiplicaré á Ismael, aunque sea hijo de esclava, por lo que á ti toca, ése quiere hacer este favor á los cuerpos de los sanctos por el parentesco que tienen con las ánimas dellos. Quiere también este Señor que el que ayudó á llevar la carga, éntre en el repartimiento de la gloria, y que así como el ánima por conformarse en esta vida con la voluntad de Dios, viene después á participar la gloria de Dios, así el cuerpo que contra su naturaleza se conformó con la voluntad del ánima, venga también á participar la gloria della. Y desta manera serán los justos en cuerpo y ánima gloriosos, y

(1) Apoc. 14. (1) Gen. 17.

como dice el profeta (1), poseerán en su tierra los bienes doblados, que es la gloria de las ánimas y de los cuerpos.

Pues ¿qué diré de la gloria de los sentidos? Cada uno terná allí su deleite y su gloria singular. Los ojos renovados y esclarecidos ya sobre la lumbre del sol, verán aquellos palacios reales, y aquellos cuerpos gloriosos, y aquellos campos de hermosura, con otras infinitas cosas que allí habrá que mirar. Los oídos oirán siempre aquella música de tanta suavidad, que una sola voz bastaría para adormescer todos los corazones del mundo. El sentido del oler será recreado con suavísimos olores, no de cosas vaporosas como acá, sino proporcionadas á la gloria de allá. Y asimismo el gusto será lleno de increíble sabor y dulzura, no para sustentación de la vida, sino para cumplimiento de toda gloria. Pues ¿qué sentirá entonces el ánima del bienaventurado, cuando por la mortificación y guarda de los sentidos que duró tan poco tiempo, se vea así anegada en aquel abismo de gloria, sin hallar suelo ni cabo á tan grandes alegrías? ¡Oh trabajos bien empleados! ¡Oh servicios bien galardonados! ¡Oh cosa no para hablarse, sino para sentirse y desearse y buscarse con mil vidas que tuviésemos para dar por ella!

Del quinto gozo, que es de la duración de la eternidad.

§ V

MAS agora veamos por qué tanto espacio se concede esta bienaventuranza tan grande. Esto es lo que solo debría bastar para hacernos andar dando voces y llamando á todos los trabajos que lloviesen sobre nosotros, para servir y agradar á quien tan largas mercedes nos ha de hacer. Durará este galardón tantos millares de años cuantas estrellas hay en el cielo, y muchos más. Durará tantas centenas de millares de años cuantas gotas de agua han caído sobre la tierra, y muchos más. Durará finalmente mientras durare Dios, que será en los siglos de los siglos, porque escrito está (2): El Señor reinará para siempre, y más. Y en otro lugar (3): Tu reino es reino de todos los siglos, y tu señorío de generación en generación.

(1) Isai. 61. (2) Psalm. 145. (3) Psalm. 144.

Pues, oh Padre de misericordia y Dios de toda consolación, suplícote, Señor, por las entrañas de tu piedad no sea yo privado de este soberano bien. Señor Dios mío, que tuviste por bien criarme á tu imagen y semejanza, y hacerme capaz de ti, hinche este seno que tú criaste, pues lo criaste para ti. Mi parte sea, Dios mío, en la tierra de los vivientes (1). No me des, Señor, en este mundo descanso ni riquezas: todo me lo guarda para allá. No quiero heredarme con los hijos de Rubén en la tierra de Galaad (2), y perder el derecho de la tierra de promisión. Una sola cosa pedí al Señor, y ésta siempre buscaré, que more yo en la casa del Señor todos los días de mi vida (3).

EL DOMINGO EN LA NOCHE

El domingo en la noche, hecha la señal de la cruz, con la preparación que arriba dijimos, pensarás en los beneficios divinos, para dar gracias al Señor por ellos y para encenderte más en el amor de quien tanto bien te hizo, y sentir más las ofensas hechas contra tan piadoso bienhechor.

Y aunque estos beneficios sean innumerables, todos ellos se pueden reducir á cinco maneras de beneficios, conviene saber, al beneficio de la creación, y conservación, y redempción, y vocación, y á los beneficios ocultos que cada uno tendrá en sí recibidos.

Cuanto al primer beneficio de la creación considera primeramente con mucha atención lo que eras antes que fueses criado, y lo que Dios hizo contigo y te dió ante todo merescimiento, conviene saber, ese cuerpo con todos sus miembros y sentidos, y esa tan excelente ánima, criada á su imagen y semejanza para un tan alto fin como es gozar de Dios, con aquellas tres tan nobles potencias que le dió, que son, entendimiento, memoria y voluntad. Y mira bien que darte esta tal ánima fué darte todas las cosas, pues está claro que ninguna perfección ni habilidad hay en alguna de todas las criaturas, que el hombre no la haya con-

(1) Psalm. 141. (2) Num. 32. (3) Psalm. 26.

trahecho con mayor perfección, mediante la virtud y habilidad de su ánima. Por do paresce que darnos esta pieza sola fué darnos de una vez todas las cosas juntas.

Cuanto al beneficio de la conservación mira cuán colgado está todo tu ser de la Providencia divina, cómo no vivirías un punto ni darías un paso si no fuese por Él, cómo todas las cosas del mundo crió para tu servicio, y hasta los mismos ángeles del cielo diputó para tu guarda y amparo. Considera con esto la salud que te da, las fuerzas, la vida, el mantenimiento, con todos los otros socorros temporales. Y sobre todo esto pondera mucho las miserias y desastres en que cada día ves caer los otros hombres, en los cuales pudieras tú también haber caído, si Dios por su piedad no te hobiera preservado.

Cuanto al beneficio de la redempción puedes considerar dos cosas. La primera, cuántos y cuán grandes hayan sido los bienes que nos dió mediante el beneficio de la redempción, y la segunda, cuántos y cuán grandes hayan sido los males que padesció en su cuerpo y ánima santísima para ganarnos estos bienes. Y para sentir más lo que debes á este Señor en lo que por ti padesció, puedes considerar siempre estas cuatro principales circunstancias en cualquier misterio de la sagrada pasión, conviene saber: quién padesce, qué es lo que padesce, por quién lo padesce, y por qué causa lo padesce. ¿Quién padesce? Dios. ¿Qué padesce? Los mayores tormentos y deshonras que jamás se padescieron en el mundo. ¿Por quién padesce? Por unas criaturas infernales y abominables, y semejantes á los mismos demonios en sus obras. ¿Por qué causa padesce? No por su provecho ni por nuestro merescimiento, sino por las entrañas de su caridad y misericordia, por las cuales tuvo por bien de venir á visitarnos desde lo alto.

Cuanto al beneficio de la vocación considera primeramente cuán grande merced de Dios fué hacerte cristiano, y llamarte á la fe por medio del sancto baptismo, y hacerte también participante de los otros sacramentos. Y si después deste llamamiento, perdida ya la inocencia, te sacó de pecado y volvió á su gracia, y te puso en estado de salud, ¿cómo le podrás alabar por este beneficio? ¿Qué tan grande misericordia fué aguardarte tanto tiempo, y sufrirte tantos pecados, y enviarte tantas inspiraciones, y no cortar el hilo de la vida, como se cortó á otros en ese mismo estado, y finalmente llamarte con tan poderosa gracia que resus-

citases de muerte á vida, y abrieses los ojos á la luz? ¿Qué misericordia fué después de ya convertido darte gracia para no volver al pecado, y para vencer al enemigo, y finalmente para perseverar en lo bueno? Ésta es aquella agua temprana y tardía que promete Dios por el profeta Joel diciendo (1): Y vosotros los hijos de Sión gozaos y alegraos en vuestro Señor Dios, porque os dió un maestro y enseñador de justicia, y porque hará descender sobre vosotros el agua temprana y tardía: conviene saber, la gracia preveniente con que comenzamos la sementera de las virtudes, y después la subsecuente y final, con que llega la sementera á su próspero fin.

Éstos son los beneficios públicos y conocidos: otros hay secretos que no conosce sino el que los ha recebido: y aun otros hay tan secretos, que el mismo que los recibió no los conosce, sino sólo aquél que los hizo. ¡Cuántas veces habrás en este mundo merecido por tu soberbia, ó negligencia, ó desagradescimiento, que Dios alzase su mano de ti y te desamparase, como habrá desamparado á otros muchos por alguna destas causas (porque por esto caen los que caen) y no lo ha hecho! ¡Cuántos males y ocasiones de males habrá prevenido el Señor con su providencia, deshaciendo las redes del enemigo, y acortándole los pasos, y no dando lugar á sus tratos y consejos! ¡Cuántas veces habrá hecho con cada uno de nosotros aquello que Él dijo á Sant Pedro (2): Mira que Satanás andaba muy codicioso y negociado para aventaros á todos como á trigo: mas yo he rogado por ti que no desfallezca tu fe! Pues ¿quién podrá saber estos secretos sino Dios? Los beneficios positivos bien los puede á veces conoscer el hombre: mas los privativos, que no consisten en hacernos bienes, sino en librarnos de males, ¿quién los conoscerá? Pues así por éstos como por los otros es razón que demos siempre gracias al Señor, y que entendamos cuán alcanzados andamos de cuenta, y cuánto más es lo que le debemos de lo que le podemos pagar, pues aun no lo podemos entender.

Acabada la meditación, sígase luego el hacimiento de gracias y la petición, etc.

(1) Joel. 2. (2) Luc. 22

TRATADO SÉPTIMO

DE LA CONSIDERACIÓN DE LOS BENEFICIOS DIVINOS

en el cual se declara más por extenso la meditación pasada.

Una de las mayores quejas que nuestro Señor tiene de los hombres, y de que les ha de hacer mayor cargo el día de la cuenta, es el desagradescimiento de sus beneficios. Por esta queja comenzó el profeta Isaías las primeras palabras de su profecía, llamando por testigos al cielo y la tierra contra la ingratitud y desconoscimiento de los malos. Oye, dice él, cielo, y recibe mis palabras en tus oídos, tierra, porque el Señor Dios ha hablado. Hijos crié y ensalcé, y ellos me han menospreciado. El buey conosció á su posesor, y el asno al pesebre de su señor: mas Israel no me ha conoscido, ni mi pueblo ha querido entender. Pues ¿qué cosa más extraña que no reconoscer el hombre lo que reconoscen las bestias? Y (como dice S. Hierónimo sobre ese paso) no los quiso comparar con otros animales más entendidos, como es el perro, que por un poco de pan defiende la casa de su señor, sino con los bueyes y con los asnos, que son animales muy más torpes y rudos, para dar á entender que los ingratos no son como quiera bestias, sino muy más brutos que las más brutas de las bestias.

Pues ¿de qué pena será merecedora tan grande bestialidad? Muchas penas tiene Dios aparejadas para los ingratos: mas la más justa y más ordinaria es despojarlos de todos los beneficios recibidos, pues no acuden al dador con el debido agradescimiento dellos. Porque (como dice Sant Bernardo) el desagradescimiento es un viento abrasador que seca el arroyo de la divina misericordia y la fuente de su clemencia y las corrientes de su gracia.

Pues así como el desagradescimiento es causa de tan grandes males, así por el contrario el agradescimiento es principio de grandísimos bienes, y especialmente de tres. El primero, de amor de Dios, porque (como dice Aristóteles) el bien es en sí amable: pero cada uno es más inclinado á amar su proprio bien. Pues como los hombres naturalmente sean tan amadores de sí mismos y de su proprio provecho, cuando claramente ven que todo lo que tienen es dádiva graciosa de aquel sumo bienhechor, no pueden

dejar de amar y querer bien á quien ven que les ha hecho tanto bien. De donde viene á ser que entre las consideraciones que más aprovechan para alcanzar el amor de Dios, una de las más principales es la de los beneficios divinos, porque cada uno destos beneficios es como un tizón que aviva y enciende más la llama deste amor. Y por consiguiente considerar muchos destos beneficios es juntar en uno muchos tizones para que así se encienda más y más la llama deste divino calor.

Aprovecha también esta consideración para despertar en el hombre el deseo de servir á Dios, cuando considera la grande obligación que tiene á quien tanto debe. Porque si aun hasta los pájaros y las bestias brutas por esta causa responden á la voz de quien los llama, y obedescen (como personas de razón) á todo lo que se les manda, ¿cuánto más justo será que haga esto quien tanto más recibió, y tanto mejor lo puede reconoscer?

Vale también esto mismo para despertar en nuestras ánimas dolor y arrepentimiento de los pecados. Porque cuando el hombre considera por una parte la muchedumbre de los beneficios que tiene recebidos de Dios, y por otra la muchedumbre de los maleficios que tiene hechos contra Él, no puede dejar de avergonzarse, y confundirse, y conoscer mejor lo prieto par de lo blanco: conviene saber, la grandeza de su maldad comparada con la grandeza de aquella suma bondad, la cual tanto tiempo perseveró en hacer bien á quien siempre perseveró en hacer mal.

Pues para estos tres fines debe considerar el hombre los beneficios divinos, y jnntamente para dar al Señor gracias por ellos: y así, cuando los fuere meditando, ha de ir con cuidado de hacer estas salidas en sus lugares, aplicando su corazón unas veces al amor de quien tanto bien le hizo, otras al deseo de su servicio, otras al dolor y arrepentimiento de sus pecados, y otras también á ofrescer sacrificio de alabanza y agradescimiento por ellos, que son aquellos becerricos de los labios que el profeta quiere que ofrezcamos á Dios por los beneficios recebidos (1).

Y aunque los beneficios divinos sean innumerables, solamente trataremos aquí de cinco géneros de beneficios más principales, á los cuales se pueden reducir todos los otros, conviene saber, del beneficio de la creación, y gobernación, y redempción, y vo-

(1) Osee 14.

cación, y finalmente de los beneficios particulares y ocultos, que cada uno podrá reconoscer dentro de sí.

Y no se requiere que de una vez se hayan de pensar todos estos beneficios. Basta pensar uno, ó dos, ó tres dellos, bien pensados y bien rumiados, porque los ejercicios de la meditación no se han de tomar á destajo (como tarea que se ha de llegar al cabo) sino como el mantenimiento de cada día, que cuanto más templadamente se toma y mejor se digiere, tanto suele ser más provechoso y saludable.

Del beneficio de la creación.

§ I

Comenzando pues por el beneficio de la creación, para que puedas mejor sentir algo de la grandeza deste beneficio, debes primero pensar muy profundamente lo que eras antes que fueses criado. Éste es uno de los principales avisos que suelen dar en esta parte los maestros de la vida espiritual, así para conoscer la grandeza deste beneficio como para la anihilación (que llaman) que es para ver el hombre clara y palpablemente cómo de su parte no es más que pura nada. Considera pues cómo hoy ha tantos años, y no mil años ni cien años, sino de ayer acá, conviene saber, de muy poco tiempo á esta parte, eras nada, y fuiste *ab æterno* nada, y pudieras ser para siempre nada, que es ser menos que tierra, menos que aire, menos aún que una paja: finalmente nada.

Mira luego cómo esa nada no se pudo hacer á sí misma algo, ni tampoco merescer que otro la hiciese algo, pues lo que no es, no puede obrar ni merescer. Pues estando tú en esas tinieblas y en ese abismo tan profundo de la nada, plugo á aquella infinita bondad y misericordia, ante todo merescimiento, por pura gracia, usar contigo de toda su virtud y omnipotencia, y sacarte con su poderosa mano de aquellas tinieblas y de aquel abismo tan profundo del no ser al ser, y hacer que fueses algo. Y (como dice S. Augustín) no cualquiera algo: no piedra, no ave, no serpiente, sino hombre, que es una de las más nobles criaturas del mundo. Él te dió ese ser que tienes, Él compuso y organizó ese cuerpo

tuyo, y lo guarnesció por todas partes así de miembros como de sentidos con tan maravillosa providencia y artificio, que cada uno dellos (si bien se considera) es por sí un gran milagro y un muy grande beneficio. Éste es aquel beneficio que húmilmente reconoscía el sancto Job cuando decía (1): Tus manos, Señor, me hicieron y formaron todo entero en derredor. Acuérdate, Señor, que así como de una masa de barro me heciste, y que en esa misma me volverás. De piel y de carne me vestiste, compusísteme de huesos y nervios, dísteme vida y misericordia, y guardaste mi espíritu con tú visitación.

Pues ¿qué diré de la nobleza de tu ánima, y de la alteza del fin para que fué criada, y de la imagen y capacidad que tiene? La imagen es la del mismo Dios, porque en hecho de verdad no hay cosa en la tierra que más se parezca á Dios, ni por donde más claro podamos venir en conoscimiento dél. Por donde los filósofos antiguos, y señaladamente Anaxágoras, no supieron otro nombre más conveniente que poner á Dios, sino mente, que es lo mismo que ánima racional, por la grande semejanza que hallaban entre Dios y ella. Y de aquí nasce el no poder ser entendida la substancia de nuestra ánima: porque como ella sea tan semejante á aquella divina substancia, la cual no puede ser en esta vida conoscida, así tampoco ella lo puede ser.

Pues el fin para que esta noble criatura fué criada, es conforme á esta dignidad, porque cónstanos que fué criada para ser participante de aquella bienaventurada gloria y felicidad de Dios, para morar en su casa, para comer en su mesa, para gozar de lo que goza Él, y vestir la misma ropa de inmortalidad que viste Él, y reinar para siempre con Él. Y de aquí le viene al ánima esta maravillosa capacidad que tiene, la cual es tan grande, que todas las criaturas y riquezas del mundo juntas no son más parte para hinchir el seno de su capacidad, que un grano de mijo el espacio de todo el mundo.

Pues ¿con qué pagaremos al Señor esta dádiva tan grande? Si tanto debemos á los padres carnales por haber sido alguna parte en la fábrica deste cuerpo, ¿cuánto más deberemos á aquel Padre eterno que por medio dellos formó el cuerpo, y sin ellos crió el ánima, que es sin comparación más excelente que el cuerpo, y sin

(1) Job. 10.

la cual el cuerpo no sería más que un muladar hediondo? ¿Qué son los padres sino un instrumento con que hizo Dios una pequeña parte desta obra? Pues si tanto debes al instrumento de la obra, ¿cuánto más deberás al principal agente que la hizo? Y si tanto debes al que entendió en hacer una parte, ¿cuánto más deberás al que lo hizo todo? Si en tanto precio estimas el espada con que se ganó una ciudad, ¿en cuánto más debes estimar al mismo rey que la ganó?

Del beneficio de la conservación.

§ II

Y no contento con haberte criado en tanta dignidad y gloria, Él mismo es el que después de criado te conserva en ella, como Él mismo lo dice por Isaías (1): Yo soy tu Señor Dios, que te enseño lo que te conviene saber, y te gobierno por el camino que andas. Muchas madres contentas con solo el trabajo de haber parido los hijos, no se quieren encargar de la crianza dellos, sino buscan para esto una ama que las descargue. Mas acá no es así, sino que el mismo Señor se quiso encargar de todo, de tal manera que Él es la madre que nos engendró, y el ama que nos cría con la leche y regalo de su providencia, según que Él mismo lo testifica por un profeta diciendo (2): Yo era como ama de Efraim, y los traía en mis brazos, y ellos no entendieron el cuidado que yo tenía dellos. De manera que un mismo es el hacedor y el conservador de todo lo hecho: y así como sin Él nada se hizo, así también sin Él todo se desharía. Lo uno y lo otro confiesa claramente el profeta David por estas palabras (3): Todas las cosas, Señor, esperan de ti que les des su ración y mantenimiento á sus tiempos: y dándoselo tú, lo reciben, y extendiendo tú la mano de tu largueza, son llenas y abastadas de todo lo que han menester. Mas apartando tú el rostro dellas, luego se turbarán, y desfallecerán, y se volverán á aquel mismo polvo de que fueron hechas. De manera que así como todo el movimiento y concierto de un reloj depende de las ruedas que lo traen y llevan en pos de sí, de tal modo

(1) Isai. 48. (2) Osee 11. (3) Psalm. 144.

que si ellas parasen, luego todo aquel artificio y movimiento pararía, así todo el artificio desta gran máquina del mundo depende de solo el peso de la divina providencia, de tal manera que si ella faltase de por medio, todo lo demás luego faltaría.

Mas ¿qué tantos beneficios (si piensas) encierra en sí este beneficio? Todos cuantos punctos y momentos tienes de vida, son partes deste beneficio, pues en ninguno dellos podrías vivir ni permanescer, si apartase Dios un punto sus ojos de ti. Todas cuantas criaturas hay en el mundo, son partes deste beneficio, pues todas ellas vemos que sirven para este fin. De manera que tuyo es el cielo, y la tierra, y el sol, y la luna, y las estrellas, y la mar, y los pesces, y las aves, y los árboles, y los animales, y finalmente todas las cosas, pues todas ellas están dedicadas á tu servicio. Éste es aquel beneficio de que tanto se maravillaba el profeta cuando decía (1): ¿Qué cosa es, Señor, el hombre, porque así te acuerdas dél, ó el hijo del hombre, porque así lo visitas? Hecístelo un poco menor que los ángeles, coronástelo de gloria y de honra, y dístele señorío sobre todas las obras de tus manos. Todas las cosas pusiste debajo de sus pies: las ovejas, las vacas y todos los animales del campo, las aves del cielo, y los pesces del mar, que caminan por las sendas de la mar. Oh Señor Dios nuestro, y ¡cuán maravilloso es tu nombre en toda la tierra!

Y no contento con haber deputado para este fin todas las criaturas visibles, también quiso por su gran misericordia diputar las invisibles, que son aquellas nobilísimas inteligencias que asisten delante dél y ven su divina cara, pues como dice Sant Pablo (2), todos son oficiales en esta gran casa y familia de Dios, á quien está encomendada la tutela y guarda de los hombres. Finalmente, á todo el mundo ocupó en tu servicio, para que tú te ocupases en el suyo, y no quiso que debajo del cielo ni sobre el cielo hobiese criatura exempta de tu aprovechamiento, porque dentro de ti no hobiese cosa que lo estuviese de su servicio.

Y aunque todo esto pases de corrida, no debes pasar así las mercedes que Dios te ha hecho en haberte librado de infinitos acaescimientos y miserias que cada día vemos acaescer á los otros hombres. Á uno ves tullido, á otro ciego, á otro manco, á otro perniquebrado, á otro con los dolores de la piedra, ó de la gota, ó

(1) Psalm. 7. (2) Hebr. 1.

con otros males semejantes. Porque en hecho de verdad no es otra cosa este mundo sino un piélago de infinitos trabajos, y apenas hallarás casa en toda esta tierra de Egipto donde no haya su gemido y su dolor. Pues dime agora, ¿quién te dió á ti esta bula de exempción? ¿Quién te hizo tan privilegiado que entre tantas maneras de lisiados estés tú sano, y entre tanta muchedumbre de caídos estés en pie? ¿No eras tú hombre como todos, y pecador como todos, y hijo de Adam como todos? Pues si todos estos males vienen, ó por parte de la naturaleza, ó por parte de la culpa, habiendo en ti las mismas causas, ¿cómo no hay los mismos efectos? Pues ¿quién suspendió los efectos destas causas? ¿Quién detuvo las corrientes de las aguas para que tú no perecieses en este común diluvio, sino sola la divina gracia? Pues echada bien esta cuenta, hallarás que todos los males del mundo son beneficios tuyos, y que por cada uno dellos debes especial agradescimiento y amor. De manera que por el beneficio pasado hallamos que todos los bienes del mundo son beneficios tuyos, pues todos sirven para tu conservación: mas agora por éste conoscemos que también todos los males del mundo son beneficios tuyos, pues de todos ellos te ha librado este Señor.

Del beneficio de la redempción.

§ III

VENGAMOS al beneficio inestimable de nuestra redempción, aunque mejor fuera adorar este misterio con un sancto silencio, que hablar dél tan bajamente con lengua mortal. Perdiste por tu culpa aquella primera inocencia y gracia en que fuiste criado, y pudiera justamente aquella divina Equidad dejarte en aquel estado miserable (como dejó al demonio) sin haber quien se lo demandara, y no lo quiso hacer, sino antes por el contrario, trocando las iras en misericordias, acordó de hacerte mayores mercedes cuando había recebido mayores ofensas. Y pudiendo Él remediar este daño con enviar un ángel ó un arcángel, ó de otras muchas maneras, no quiso sino venir Él mismo en persona; y pudiendo venir con majestad y gloria, quiso venir con humildad y pobreza para enamorarte más de sí con este beneficio, y obligarte

á más con este ejemplo, y redemirte más copiosamente con tan gran tesoro, y darte más claro á conocer lo mucho que te quería, para que así lo quisieses, y lo mucho que en Él tenías, para que en Él esperases. Esto es lo que con mucha razón encaresce el profeta Isaías por aquellas palabras que según la translación de los Setenta dicen así (1): En todas las tribulaciones de los hombres no se fatigó ni cansó de padescer por ellos, y no quiso enviarles embajador ni ángel para que los redimiese, sino Él mismo en persona por la grandeza de su piedad quiso venir á redemirlos y traerlos sobre sus hombros todos los días del siglo, aunque ellos conoscieron mal este beneficio, y entristecieron y provocaron á ira al Espíritu Sancto.

Y si tanto debes á este Señor porque Él mismo en persona quiso venir á remediarte, ¿cuánto más le deberás por la manera en que te remedió, que fué con tan grandes trabajos? Gran beneficio es por cierto que el rey perdone al ladrón los azotes que meresce: mas que el mismo rey los quiera recebir en sus espaldas por él, éste es sin comparación beneficio mayor. ¿Cuántos beneficios encierra en sí este beneficio? Alza los ojos á aquel sancto madero, y mira todas las heridas y dolores que padesce allí el Señor de la majestad, porque cada una dellas es un beneficio por sí, y grandísimo beneficio. Mira aquel inocentísimo cuerpo todo sangriento, sembrado de tantas llagas y cardenales, y reventada la sangre por tantas partes. Mira aquella sancta cabeza caída de flaqueza y derribada sobre los hombros, y aquella divina cara en que desean mirar los ángeles, cómo está desemejada y arroyada con los hilos de sangre, á unas partes reciente y colorada, á otras fea y denegrida. Mira aquel más hermoso rostro de todos los criados, y aquella cara que era común deleite de los ojos que la miraban, cómo ha perdido ya toda la flor de su belleza (2). Mira aquel sancto Nazareo más albo que la nieve, más blanco que la leche, más colorado que el marfil antiguo, cómo está más escurescido que los carbones, y tan desemejado y afeado, que apenas podrá ser de los suyos conoscido. Mira aquella sagrada boca amarilla y mortecina, y aquellos labios cárdenos y denegridos, cómo se mueven á pedir perdón y misericordia para sus mismos atormentadores.

Finalmente, por doquiera que lo mirares, hallarás que no hay

(1) Isai. 63. (2) Thren. 4.

en Él una sola parte libre de dolor, sino que todo Él de pies á cabeza está cubierto de heridas. Aquella frente clara y aquellos ojos más hermosos que el sol, están ya mortales y ciegos con la presencia de la muerte. Aquellos oídos que oyen los cantares del cielo, oyen blasfemias de pecadores. Aquellos brazos tan bien formados y tan largos que abrazan todo el poder del mundo, están descoyuntados y tendidos en el madero. Aquellas manos que criaron los cielos y no hicieron mal á nadie, están enclavadas y desgarradas con duros clavos. Aquellos sagrados pies que nunca anduvieron por el camino de los pecadores, están mortalmente heridos y traspasados. Y sobre todo esto, mira aquella cama donde yace y donde duerme aquel Esposo celestial al medio día, cuán estrecha es, y cuán dura, y cómo no tiene allí sobre qué reclinar la cabeza (1). Oh cabeza de oro, ¿cómo te veo por mi amor tan fatigada? Oh cuerpo sancto, del Espíritu Sancto concebido, ¿cómo te veo por mi amor tan herido y maltratado? Oh dulce y amoroso pecho, ¿qué quiere decir esa llaga, esa tan grande abertura? ¿Qué quiere decir tanta sangre? ¡Ay de mí, cómo te veo por mi amor fuertemente alanceado! Oh cruz rigurosa, no estés agora tan yerta, ablanda un poco tu dureza, inclíname esas ramas altas, abájame ese tan precioso fructo para que lo pueda yo gustar. Oh crueles clavos, dejad esos pies y manos inocentes, venid á mi corazón y heridlo, que yo soy el que pequé, y no Él. Oh buen Jesú, ¿qué á ti con tantos dolores? ¿Qué á ti con la muerte, y con los clavos, y con la cruz? Verdaderamente con mucha razón dijo el profeta (2): Muy ajena y peregrina será su obra de quien Él es. ¿Qué cosa más ajena ni más peregrina para la vida que la muerte, y para la gloria que la pena, y para la suma sanctidad y inocencia que imagen de pecador? Ciertamente, Señor, ese título y esa figura, peregrina es para ti. ¡Oh verdadero Jacob, que con ropas ajenas y hábito peregrino nos ganaste la bendición del Padre (3), pues tomando en ti imagen de pecador, nos ganaste victoria contra el pecado! ¡Oh inefable bondad! ¡Oh misericordia no debida! ¡Oh amor nunca pensado! ¡Oh incomprehensible caridad! Dime, Señor, ¿qué viste en nosotros? ¿Qué servicios te hecimos? ¿Con qué obras te obligamos á pasar tales tormentos? ¡Oh maravillosa largueza, que sin haber de nuestra parte ningún me-

(1) Cant. 1. (2) Isaiae 28. (3) Gen. 27.

rescimiento, ni de la tuya ninguna necesidad, quisiste por sola tu gracia y misericordia remediarnos por esta vía! Aparescido ha, dice el Apóstol (1), la benignidad y clemencia de nuestro Salvador, no por las obras de justicia que nosotros hecimos, sino por su gran misericordia, por la cual nos hizo salvos. ¡Oh cuánto deseaba este Señor que sintiésemos esta misericordia, cuando por Isaías dijo aquellas palabras tan de notar (2): No me invocaste, Jacob, ni trabajaste en mi servicio, Israel, no me ofresciste tus carneros en holocausto, ni con tus sacrificios me glorificaste: mas con todo esto me heciste servir en tus pecados, y me diste bien en qué entender con tus maldades. Yo soy, yo soy el que perdono tus pecados por amor de mí, y el que nunca más dellos me acordaré. Tráeme á la memoria, y entremos (si quieres) en juicio, y mira si tienes algo con que seas justificado.

Pues, oh clementísimo y dulcísimo Señor, ¿qué hay en mí con que te pueda yo pagar tan grande beneficio? Si yo tuviese todas las vidas de los hijos de Adam, y todos los días y años del siglo, y todos los trabajos de los hombres que son, fueron y serán, todo esto sería nada para pagarte el menor de los trabajos que padesciste por mí. Y pues por ninguna vía puedo salir desta deuda, páguete yo siquiera, Dios mío, con nunca jamás olvidarme della. Pídote, Señor, por las entrañas de tu inmensa caridad que así hieras mi corazón con tus heridas, y así embriagues mi ánima con tu sangre, que á doquiera que me volviere, siempre te vea crucificado, y doquiera que pusiere los ojos, todo me parezca resplandescer con tu sangre. Ésta sea toda mi consolación, estar siempre crucificado contigo, y ésta toda mi aflicción, pensar otra cosa fuera de ti. Mira, Dios mío, el precio por que me compraste, y no permitas que un tan precioso tesoro haya sido derramado en balde por mí, ni que sea yo como el hijo abortivo, al cual pare su madre con gran dolor, y él no goza del fructo de la vida.

---

(1) Tit. [illegible]. (2) Isai. 43.

Del cuarto beneficio de la vocación.

§ IV

Después desto piensa en el beneficio de la vocación ó llamamiento de Dios, sin el cual todos los otros beneficios suelen ser para mayor condenación del hombre. Aquí es de saber que son dos los llamamientos divinos: uno á la fe, mediante el sacramento del Baptismo, y otro á la gracia, después de perdida aquella primera inocencia baptismal.

Considera pues qué tan grande fué el beneficio del primer llamamiento mediante el santo Baptismo, donde fuiste alimpiado del pecado original, y librado de poder del demonio, y hecho hijo de Dios y heredero de su reino. Allí tomó Él á tu ánima por esposa, y la adornó con atavíos convenientes á tal estado, que es con la gracia y con las virtudes y dones del Espíritu Sancto, y con otras muy más ricas joyas y dones que los que se dieron á Rebeca cuando la tomaron por esposa de Isaac (1). Pues ¿qué heciste tú, por donde merescieses un tan grande beneficio como éste? ¿Cuántos millares, no ya de hombres, sino de naciones y gentes, por justo juicio de Dios, no alcanzan este bien? ¿Qué fuera de ti si nascieras entre ellas, y carescieras del conoscimiento del verdadero Dios, y adoraras piedras y palos? ¡Cuánto debes al Señor, que entre tanta muchedumbre de perdidos quiso que acertases á ser del número de los ganados y de aquéllos que hobiesen de nascer en los brazos de la Iglesia y criarse con la leche de los Apóstoles y con la sangre de Cristo!

Y si después de la gracia deste llamamiento perdiste por tu culpa la inocencia del baptismo, y con todo esto el Señor tuvo por bien de llamarte segunda vez, ó muchas veces, ¿qué tanto le deberás por este beneficio? ¿Cuántos beneficios se encierran en este beneficio? Un beneficio fué aguardarte tanto tiempo, y darte espacio de penitencia, y sufrirte en aquel estado de la culpa sin cortar el árbol infructuoso que ocupaba la tierra y recebía en vano las influencias del cielo. Otro beneficio fué sufrirte tantos y

(1) Gen. 24.

tan enormes pecados sin echarte en el infierno por ellos, donde por ventura estarán otros muchos penando por menores delictos que los tuyos Otro beneficio fué enviarte tantas buenas inspiraciones y propósitos, aun en medio de tus mismos delictos, y perseverar tanto tiempo en llamar á quien no hacía otra cosa sino ofender á su llamador. Otro beneficio fué dar finalmente conclusión á tan larga porfía, y llamarte con tan poderosa voz, que con ella resuscitases de muerte á vida, y salieses como otro Lázaro del sepulcro tenebroso de tus maldades, no ya atado de pies y manos, sino suelto y libre de las prisiones del enemigo. Mas sobre todo esto, ¿qué beneficio fué darte allí no sólo perdón de las culpas pasadas, sino también gracia para no volver á ellas, con todos los otros atavíos que al hijo pródigo se dieron en su recebimiento, con los cuales anduvieses como hijo de Dios, y burlases del demonio, y triunfases del mundo, y tomases gusto en las cosas de Dios, que antes te eran desabridas, y desgusto en las del mundo, que antes te eran tan sabrosas?

Pues ¿qué será si demás desto consideras á cuántos otros se negó este beneficio que á ti se concedió tan de gracia? Y siendo tú pecador como ellos, y tan indigno deste llamamiento como ellos, que quedándose ellos en su mal estado, te pusiese Dios á ti en estado de salud y de gracia, ¿con qué agradescimiento, con qué servicio le podrás pagar esta merced? ¿Qué sentirás cuando por virtud deste llamamiento te veas algún día gozando para siempre de Dios en el cielo, y veas á otros compañeros y conoscidos tuyos por falta de semejante gracia estar penando para siempre en el infierno? ¡Oh cuánto hay que pensar en esta gracia! Dime: cuando aquel dichoso ladrón que con una palabra compró la vida perdurable (1), se vea en tan grande gloria como agora posee, y vea á su compañero en tan grande tormento como es el del infierno, y se acuerde que él también era ladrón como él, y pagaba por sus hurtos como él, y poco antes blasfemaba de Cristo como él, y que con todo esto se inclinaron aquellos ojos divinos á mirar á él y darle tan grande luz, dejando al otro en sus tinieblas, ¿qué gracias te paresce que dará por esta gracia? ¡Cómo se alegrará con tan grande beneficio! ¡Cómo se maravillará de tan grande juicio! ¡Con qué amor amará á Aquél

(1) Luc. 23.

que lo quiso prevenir con un don tan admirable! Pues si te paresce grande este beneficio, acuérdate que no es otro el que á ti se hizo por Cristo, cuando este mismo Señor puso sus ojos piadosos en ti, dejando de llamar con esta manera de llamamiento á tu vecino ó amigo, que por ventura le había ofendido menos que tú. Mira pues lo que por esto debes al Señor, y la razón que aquí se te ofresce para desear morir por su amor.

Sobre todo esto considera cuánto le costó al Salvador este beneficio que á ti se dió tan de balde. Á ti se dió de pura gracia, y á Él le costó la sangre y la vida, pues nos consta que sin ella no pudieran ser perdonados nuestros pecados, ni curadas nuestras llagas. Dicen del pelícano que saca los hijos muertos, y que como así los ve, hiere su pecho con el pico hasta que lo hace manar sangre, con la cual rociados los hijuelos reciben calor y viven. Pues si tú quieres sentir qué tan grande sea este beneficio, haz cuenta que cuando tú estabas en tus pecados muerto, aquel piadoso pelícano, movido con entrañas de compasión, hirió su sagrado pecho con una lanza, y rosció las llagas mortales de tu ánima con las suyas, y así con su muerte te dió vida, y con sus heridas sanó las tuyas. No seas pues ingrato á tan grande y tan costoso beneficio, sino acuérdate (como te lo amonesta el Señor) deste día, en el cual saliste de Egipto (1). Éste fué tu pascua, éste el día de tu resurrección, pues en él pasaste por el mar bermejo de la sangre de Cristo á la tierra de promisión, y en él resuscitaste de muerte á vida.

De los beneficios particulares.

§ V

Estos son los beneficios generales. Hay otros particulares que se hacen á cada uno, los cuales no puede conoscer sino el mismo que los ha recibido. En esta cuenta se ponen muchas maneras de bienes, ó de fortuna, ó de naturaleza, ó de gracia, que el Señor habrá dado á cada uno en particular, y asimismo muchos males y peligros así de cuerpo como de ánima, de que por

(1) Exod. 13.

su misericordia lo habrá librado: por los cuales beneficios se debe aún mayor agradescimiento que por los pasados, porque son más ciertas prendas del particular amor y providencia que el Señor tiene de nosotros. Estos tales beneficios no se pueden escribir en libros: mas débelos cada uno escribir en su corazón, para juntarlos con estotros, y dar gracias al Señor por ellos.

Hay otros aún más ocultos, que el mismo que los ha recebido no los conosce, como son algunos peligros y lazos ocultos que el Señor suele prevenir y atajar con su providencia, porque entiende el daño que nos podría hacer si El no los atajase. ¿Quién sabe cuántas tentaciones habrá Dios excusado al hombre, y de cuántas ocasiones de pecar lo habrá librado, y cuántas veces habrá cortado los pasos y desarmado los lazos al enemigo para que no cayésemos en ellos? Del sancto Job dijo el mismo demonio (1) que lo tenía Dios cercado por todas partes para que ninguna cosa le pudiese dañar: y así suele este Señor traer á los suyos guardados como un vaso de vidrio en su vasera, para que nada les pueda empecer.

Podrá también el hombre haber recebido de Dios algunos dones secretos sin que él mismo sepa dellos, así como también puede y suele haber muchos pecados ocultos que el mismo que los hace, no los conosce. Pues así como por este género de pecados debemos cada día hacer oración con el profeta, y decir (2): De mis pecados ocultos líbrame, Señor, así también por aquel linaje de beneficios debemos cada día darle gracias, para que desta manera ni quede pecado sin penitencia, ni beneficio sin agradescimiento.

(1) Job, 1. (2) Psalm. 18.

FIN DE LAS OTRAS SIETE MEDITACIONES PARA LOS DÍAS DE LA SEMANA EN LA NOCHE

CAPITULO IV

DE CINCO PARTES QUE PUEDE TENER LA ORACIÓN

Estas son, cristiano lector, las meditaciones en que te puedes ejercitar los días de la semana, para que así no te falte materia en que pensar. Mas aquí es de notar que (como arriba dijimos) antes desta meditación pueden preceder dos cosas, y seguirse otras dos, de manera que sean por todas cinco partes las que entrevengan en este ejercicio, conviene saber: preparación, lición, meditación, hacimiento de gracias y petición.

Porque primeramente, antes que entremos en la oración, es necesario aparejar el corazón para aquel sancto ejercicio, que es como quien tiempla la vihuela para haber de tañer en ella. Por lo cual dijo el Eclesiástico (1): Antes de la oración apareja tu ánima, y no seas como el hombre que tienta á Dios. Tentar á Dios es querer que haga milagro en las cosas que se pueden hacer por otros medios. Pues como el aparejo del corazón sea un tan principal medio para alcanzar la devoción, el que pretende alcanzarla sin este medio, por el mismo caso quiere que Dios haga con él milagro, lo cual dice aquí el Eclesiástico que es como tentar á Dios.

Después de la preparación se sigue la lición del paso que se ha de meditar en aquel día, según el repartimiento de los días de la semana que arriba se hizo. Lo cual sin dubda es necesario á los principios, hasta que el hombre sepa lo que ha de meditar. Mas después que por el uso de algunos días se sabe ya esto, no será más necesaria esta lición, sino luego podemos proceder á la meditación.

Después de la meditación se puede seguir luego un devoto hacimiento de gracias por los beneficios recibidos, el cual ha de acompañar siempre todas nuestras oraciones, según que lo aconseja el Apóstol diciendo (2): Ocupaos con mucha instancia en la oración, velando en ella con hacimiento de gracias. Porque como

(1) Eccli. 18. (2) Col. 4.

dice Sant Augustín, ¿qué cosa mejor podemos tener en el corazón, y pronunciar por la boca, y escrebir con la pluma, que esta palabra: Gracias á Dios? No hay cosa que más brevemente se diga, ni más dulcemente se oya, ni más alegremente se entienda, ni más fructuosamente se haga.

La última parte es la petición, que propiamente se llama oración, en la cual pedimos todo aquello que conviene así para nuestra salud como para la de nuestros prójimos y de toda la Iglesia.

Estas cinco partes pueden entrevenir en la oración, las cuales entre otros provechos tienen también éste, que dan al hombre aún más copiosa materia de meditar, poniéndole delante todas estas diferencias de manjares, para que si no pudiere comer de uno, coma de otro, y para que si en una cosa se le acabare el hilo de la meditación, éntre luego en otra donde se le ofrezca otra cosa en que meditar.

Bien veo que ni todas estas partes ni esta orden es siempre necesaria para todos: mas todavía servirá esto á los que de nuevo comienzan, para que tengan alguna orden y hilo por donde se puedan á los principios regir. Cierto es que algunas cosas son necesarias á los principios para enseñar una facultad, que después de sabida serían demasiadas. Y por esto de ninguna cosa que aquí dijéremos, quiero que se haga ley perpetua ni regla general, porque mi intento no fué hacer ley, sino introdución, para imponer á los nuevos en este camino: en el cual, después que hobieren entrado por esta puerta, el uso (como dijimos) y el Espíritu Sancto les enseñará lo demás. Lo cual, dicho una vez en este lugar, quiero que se entienda en toda esta escriptura.

CAPITULO V

DE LA PREPARACIÓN QUE SE REQUIERE PARA ANTES DE LA ORACIÓN



AGORA será bien que tratemos en particular de cada una destas cinco partes susodichas, y primero de la preparación, que es la primera de todas.

Ya dijimos que era necesario algún aparejo para entrar en la oración. Este aparejo puede ser de muchas maneras. Porque puede el hombre disponerse para la oración trayendo á la memoria sus pecados, y señaladamente los de aquel día, y acusarse dellos, y pedir al Señor perdón dellos, según aquello del Sabio que dice (1): El justo al principio es acusador de sí mismo. Esto paresce que es descalzarse los pies para entrar en la tierra sancta (2), y lavar las vestiduras para salir á recibir á Dios cuando viene á tratar con los hombres y enseñarles su sancta ley (3). Esta manera de aparejo nos enseña la misma naturaleza, porque común cosa es, cuando vamos á pedir algo á nuestros amigos, pedirles primero perdón, si en algo los hemos ofendido, que les pidamos otra cosa. Esto se puede hacer á veces con solo el corazón, y á veces diciendo la confesión general, ó el psalmo de *Miserere mei Deus,* ó otro semejante, con tanto que ninguna cosa déstas se diga de corrida, sino con todo el reposo y sentimiento que sea posible.

Mas no se debe el hombre detener mucho en esta consideración de los pecados (como hacen algunos que aquí comienzan y acaban, y aquí se les pasa toda la vida) porque aunque esto sea siempre bueno, y á los principios necesario, mas todavía conviene que se tome con tal medida que no quite el lugar á otras cosas mejores. Y por esto no es menester que descienda el hombre á considerar muy por menudo sus pecados, especialmente aquéllos cuya representación lo podría incitar á mal, sino basta que hecho uno como haze de todos ellos, lo arroje en aquel abismo de la di-

(1) Prov. 18. (2) Exod. 3. (3) Exod. 19.

vina bondad y misericordia, para que allí se consuman y desaparezcan.

También nos podemos aparejar considerando la majestad y grandeza de aquel Señor con quien vamos á hablar en la oración. Porque esta consideración nos enseñará con cuánta reverencia y humildad y con cuánta atención debe hablar una criatura tan miserable como es el hombre, á un Señor de tanta majestad como es Dios, sobre un negocio de tanta importancia como es su salvación. Mas para entender algo desta divina majestad, debes considerar que los cielos y la tierra, y todo el universo, no es más que una hormiga, ó como dijo el Sabio (1), un grano de peso que se carga en la balanza, delante la majestad de Dios. Pues si todo lo criado no es más que una hormiga delante dél, tú que tan pequeña parte eres de todo ello, ¿qué parescerás delante dél?

Esta consideración es como una profunda reverencia que hace el ánima dentro de sí misma delante del trono de aquella soberana majestad, cuando entra en su palacio á hablar con ella. Con esta manera de humildad y reverencia nos enseñó á orar el Hijo de Dios, cuando se prostró en tierra para hacer oración, para darnos á entender cuán derribado ha de estar el hombre, y cuán sumido en el abismo de su vileza, cuando se pone á hablar con Dios. Con este espíritu y sentimiento puede el hombre repetir las palabras de aquel sancto Patriarca que decía (2): Hablaré á mi Señor, aunque sea polvo y ceniza.

Sobre todo esto aprovecha mucho para este aparejo considerar lo que vamos á hacer cuando nos llegamos á la oración. Porque bien mirado, no vamos allí á otra cosa sino á recebir el espíritu de Dios, y las influencias de su gracia, y el alegría de la caridad y devoción, de la cual vemos cuán llenas salen las ánimas de los justos, acabada una larga y devota oración. Y si esto es así, por aquí verás con cuánta humildad y reverencia y con cuánta atención y devoción debes estar cuando te llegas á abrir los senos del ánima, para recebir en ellos á Dios. Mira con qué devoción ardían los Apóstoles cuando estaban esperando la venida del Espíritu Sancto (3), y por aquí entenderás cómo debes tú estar cuando te llegas á esperar y recebir el mismo Espíritu Sancto, aunque no sea con tanta plenitud. Por aquí verás cuán

(1) Sap. 11. (2) Gen. 18. (3) Act. 1.

cerradas has de tener entonces las puertas de tu entendimiento y voluntad á todos los cuidados del mundo, y cuán abiertas á solo Dios, porque si viniere, no se vuelva, por hallar cerrada la puerta, ó embarazada la posada con otros huéspedes. Pues con este aparejo y espíritu puedes presentarte aquí ante la cara del Señor, como aquel hidrópico que estaba delante dél esperando de su misericordiosa mano el beneficio de su salud (1), ó como aquel leproso que arrodillado ante sus pies, húmilmente decía: Señor, si quieres, puédesme limpiar (2). Mira de la manera que está un perrillo ante la mesa de su señor, halagándolo con los ojos y con todo el cuerpo, esperando alguna migajuela de su mesa: y desta manera te debes presentar ante aquella rica mesa del Señor de los cielos, confesándote por menor que todas sus misericordias y pidiendo alguna partecica dellas para ti. Con este espíritu puedes decir aquel Psalmo (3): *Ad te levavi oculos meos, qui habitas in cœlis*, etc., el cual, aunque breve, es muy aparejado para despertar y encender este afecto susodicho.

Desta preparación ó de la otra puedes usar como quisieres, sino que la primera paresce que conviene más para la noche, cuando el hombre debe examinar su consciencia y pedir perdón de los defectos de aquel día, y la segunda para la mañana, cuando madruga á pedir á Dios limosna y socorro de gracia para mejor emplear aquel día en su servicio.

Y porque el saber orar como conviene es un muy especial don de Dios y obra del Espíritu Sancto, pídele húmilmente, así en la una preparación como en la otra, que Él te enseñe á hacer este oficio y te dé gracia para estar allí hablando con Él con aquella atención y devoción, y con aquel recogimiento de corazón, y con aquel temor y reverencia que conviene á tan grande majestad: y asimismo para que de tal manera perseveres y gastes aquel poco de tiempo en este ejercicio, que salgas del con nuevas fuerzas y aliento para las cosas de su servicio.

También suele ser buena manera de aparejo rezar algunas oraciones vocales antes de la mental, porque proprio es de la oración vocal disponer para la mental, como lo menos perfecto dispone para lo más perfecto. Mas así como el corazón se comenzare un poco á encender en devoción, luego se debe dejar la oración

(1) Luc. 14. (2) Matth. 8, Marc. 1. (3) Psal. 122.

vocal por la mental, así como el navegante, que no cura más del navío cuando se ve ya en el puerto, ó como el enfermo, que luego deja la medicina cuando se ve con la salud que deseaba.

Aquí conviene avisar de la intención con que el hombre se ha de llegar á la oración: porque no se ha de llegar principalmente por su propria consolación y regalo (como hacen algunos amadores de sí mismos) sino solo por hacer en esto la voluntad de Dios, y pedirle su gracia, y disponerse para ella. Y con todo esto ha de ir el hombre tan puesto en las manos de Dios, que tan aparejado ha de estar para las consolaciones como para las desconsolaciones, remitiendo todo este negocio liberalmente en el beneplácito de Dios, para que disponga dél y de sus cosas todo lo que por bien tuviere, conosciendo por una parte que no es merecedor de nada, y creyendo por otra que aunque esto sea así, el Señor por su infinita piedad y clemencia hará aquello que más convenga para su salud. Y por esto debe el hombre contentarse igualmente con lo poco y con lo mucho, y con cualquier tratamiento que nuestro Señor le hiciere, teniéndose por indigno de todo lo que le dan, y estando aparejado para todo lo que le mandaren, no por lo que espera recibir, sino por lo que ya tiene recebido, y por lo que Dios merece. Contra lo cual vemos que hacen muchos, los cuales son como los mozos harones, que si no les bailan delante, van refunfuñando á los mandados.

También conviene aquí avisar que cuando el hombre ha de tener su ejercicio de oración por la mañana, se acueste con este cuidado de antenoche: y como los que han de masar otro día, suelen recentar de antenoche, así debe el hombre prevenir con una piadosa solicitud y encomendar al Señor lo que otro día ha de meditar. Mas á la mañana en despertando luego debe ocupar la posada con aquel sancto pensamiento antes que otro la ocupe, porque en aquella hora está el corazón tan dispuesto, que cualquier pensamiento que primero se le ofrece, de tal manera se apodera dél, que después no hay quien lo pueda echar de casa.

Y porque la oración de muchos es muy agradable á nuestro Señor, para esto será bien que en la oración así de la mañana como de la noche pienses cuántos siervos y siervas de Dios así en monesterios como fuera dellos estarán en aquella misma hora velando y perseverando ante el acatamiento divino, derramando muchas lágrimas y por ventura mucha sangre por

Él: con los cuales te debes tú húmilmente ayuntar, para que la presencia y la dulce memoria dellos te sea incentivo de devoción y ejemplo de perseverancia en la oración. Y asimismo, cuando te hallares negligente en aquel ejercicio y te vinieren pensamientos de acabarlo, puedes avergonzarte y acusarte con el ejemplo de tantos buenos, los cuales con tanta atención y solicitud perseveran en aquel ejercicio sin cesar, ofresciendo allí sus cuerpos y ánimas á Dios en sacrificio.

CAPÍTULO VI

DE LA LICIÓN

Después de la preparación se sigue la lición: la cual no ha de ser apresurada ni corrida, sino muy sosegada y atenta, aplicando á ella no sólo el entendimiento para entender lo que se lee, sino mucho más la voluntad para gustar lo que se entiende. Y cuando halláremos algún paso devoto, será bien detenernos un poco más en él, y hacer allí una como estación, pensando en lo que se ha leído, y haciendo alguna breve oración sobre ello, según que lo aconseja Sant Bernardo diciendo: Menester es muchas veces recoger algún poco de espíritu y devoción de la escritura que se lee, y cortar el hilo de la lición con alguna oración, con la cual se levante el corazón á Dios y hable con Él, conforme á lo que pide el sentimiento y la materia del paso que se leyó.

Aquí conviene avisar que la lición no sea muy larga, porque no nos ocupe la mayor parte del tiempo, y así se hurte á los otros ejercicios más principales. Porque (como dice Sant Augustín) bueno es orar y leer, si podemos hacer ambas cosas: mas si no las podemos hacer, mejor es la oración que la lición. Mas porque en la oración algunas veces hay trabajo, y en la lición facilidad, de aquí nasce que este nuestro miserable corazón muchas veces rehusa el trabajo de la oración y se acoge al regalo de la lición, como el mismo Sant Bernardo quejándose de sí mismo, dice que lo hacía.

Verdad es que así como á falta de pan de trigo suelen comer los hombres el de centeno ó de cebada, por no quedar del todo ayunos, así cuando el corazón está tan distraído que no puede entrar en la oración, puede detenerse algo más en la lición, ó juntar en uno la meditación con la lición, leyendo un paso y meditando sobre él, y luego otro y otro, de la misma manera: porque yendo así atado el entendimiento á las palabras de la lición, no tiene tanto lugar para derramarse en diversas imaginaciones y pensamientos como cuando está libre y suelto. Aunque mejor sería luchar todo aquel tiempo con Dios, como el patriarca Jacob (1), porque en fin acabada la lucha nos daría su bendición, ó dándonos la devoción que procurábamos, ó alguna otra mayor gracia, la cual nunca se niega á los que fielmente trabajan y pelean por su amor.

CAPÍTULO VII

DE LA MEDITACIÓN

Después de la lición se sigue la meditación del paso que se ha leído. Acerca de lo cual es de saber que esta meditación unas veces es de cosas que se pueden figurar con la imaginación, como son todos los pasos de la vida y pasión de Cristo, y otras, de cosas que pertenecen más al entendimiento que á la imaginación, como cuando pensamos en los beneficios de Dios, ó en su bondad y misericordia, ó en cualquiera otra de sus perfecciones. Esta manera de meditación se llama intelectual, y la otra imaginaria. Y de la una y de la otra solemos usar en estos ejercicios, según que la materia de las cosas lo requiere.

Y por esto cuando el misterio que queremos pensar, es de la vida y pasión de Cristo, ó de alguna otra cosa que se puede figurar con la imaginación, como es el juicio final, ó el infierno, ó el paraíso, debemos figurar cada cosa déstas con la imaginación de la manera que ella es, ó de la manera que pasaría, y hacer cuen-

(1) Gen. 32.

que allí, en aquel mismo lugar donde estamos, pasa todo aquello en presencia nuestra, para que con esta representación de las cosas sea más viva la consideración y sentimiento dellas. Y algunos hay que dentro de su mismo corazón imaginan que pasa cualquiera cosa déstas que piensan, porque pues en él caben ciudades y reinos, no es mucho que pueda caber también la representación y figura destos misterios. Y aun esto suele ayudar mucho para traer el ánima recogida, entendiendo en labrar como abeja dentro de su corcho su panal de miel. De cualquiera destas dos maneras podemos usar en esta manera de meditación imaginaria. Porque ir con el pensamiento á Hierusalem para meditar las cosas que allí pasaron en sus proprios lugares, es cosa que suele enflaquescer y hacer daño á las cabezas.

Y por esta misma causa tampoco debe el hombre hincar mucho la imaginación en las cosas que piensa, porque demás de fatigarse en esto la cabeza, podría también caer en algún engaño con esta vehemente aprehensión, paresciéndole que realmente ve lo que con esta fuerza imagina.

CAPÍTULO VIII

DEL HACIMIENTO DE GRACIAS

Acabadas estas tres partes se puede seguir luego el hacimiento de gracias por los beneficios recibidos. Y por no cortar el hilo de la devoción con diversos afectos y materias, puede el hombre continuar esta parte con la precedente, tomando ocasión de lo que ha pensado, para dar gracias á nuestro Señor por el beneficio que en aquello le hizo, y juntar con este beneficio todos los otros, y darle gracias por ellos. Porque acabando de pensar algún paso de la pasión, podemos dar luego gracias á nuestro Señor por aquel beneficio de nuestra redempción, y especialmente por habernos querido redimir con tantos trabajos, y luego darle también gracias por todos los otros beneficios. Asimismo cuando hobiéremos pensado en nuestros pecados, podemos darle gracias porque nos esperó tanto tiempo y nos

llamó á penitencia, y cuando en las miserias desta vida, por las muchas de que nos habrá librado, y cuando en el paso de la muerte, porque nos ha dado vida y esperado á penitencia, y cuando en la gloria del paraíso, porque nos crió para tan grande bien, y así en todos los demás. Y después (según dijimos) debe el hombre juntar con este beneficio todos los otros beneficios, como son el beneficio de la creación, y conservación, y redempción, y vocación, y glorificación, de los cuales se trató arriba en la meditación del sábado. Por estos y otros infinitos beneficios, así públicos como secretos, dé todas cuantas gracias pudiere, y llame á todas las criaturas del cielo y de la tierra para que le ayuden á este oficio. Y con este espíritu podrá alguna vez decir aquel cántico: *Benedicite omnia opera Domini Domino,* etc., ó el Psalmo: *Benedic anima mea Domino, et omnia quæ*, etc.

CAPÍTULO IX

DE LA PETICIÓN

Resta la última parte de todas, que es la petición, la cual contiene dos partes, en la una de las cuales pedimos para los prójimos, y en la otra para nosotros.

La primera se puede continuar con la pasada, que es con el hacimiento de gracias, deseando que todas las criaturas sirvan y alaben á un Señor tan digno de ser alabado y servido, por ser tan piadoso y largo para con todas sus criaturas. Y así con este afecto y deseo de la gloria de Dios ruéguele primeramente por todo el universo mundo, porque todas las gentes conozcan y sirvan á tan gran Señor, y luego por la Iglesia cristiana y por todas las cabezas della, para que por ellas sean encaminados todos los fieles al conoscimiento y servicio de su Criador. Asimismo ruegue por todos los miembros desta Iglesia, por los justos, que Dios los conserve, y por los pecadores, que los perdone, y por los difunctos, que los lleve á su gloria perdurable. Asimismo ruegue por todos sus deudos, amigos y bienhechores, y por todos los atribulados, captivos, enfermos y encarcelados, con los cuales podrá sin discurso ni distraimiento cumplir las obras de miseri-

cordia, encomendándolos al Señor que los crió, y poniendo las necesidades de todos en aquellas manos que por todos se pusieron en cruz.

Después desto debe pedir el hombre para sí lo que sintiere que ha menester. Algunos dicen que no piden á Dios cosa en particular, sino que todo lo remiten y libran en su voluntad Mas aunque esto se pueda bien hacer, todavía tenemos ejemplo en los sanctos para pedir cosas particulares, según las particulares necesidades y miserias que cada uno siente en su ánima, especialmente cuando pedimos remedio para contra algunos vicios y pasiones de que somos más molestados, ó algunas virtudes de que tenemos mayor necesidad. Esta manera de petición entre otros provechos tiene éste, que renueva cada día en el ánima los buenos propósitos y deseos de las virtudes, y la mueve más á hacer aquello que tantas veces y con tanto deseo pidió, y avergüénzala más cuando no lo hace, acordándole con cuánto deseo y instancia pidió al Señor gracia para hacerlo. Conforme á lo cual dice Sant Crisóstomo: Los que de veras hacen oración, no les sufre el corazón cometer cosa indigna de tal ejercicio, sino teniendo respecto á Dios, con quien poco antes trataron y conversaron, presto desechan de sí todas las sugestiones del demonio, pensando entre sí cuán grande mal sea, el que poco antes habló con Dios y le pidió castidad y sanctidad con todas las otras virtudes, que se pase luego al bando del enemigo, y abra las puertas de su ánima á torpes y deshonestos deleites, y dé lugar al demonio en aquel pecho donde poco antes moró el Espíritu Sancto.

Mas es mucho de doler que algunos dicen que no saben lo que han de pedir. Gran miseria es por cierto que no sepa el hombre pedir remedio para su miseria. ¿Qué bestia hay tan insensible que no sepa significar por alguna vía la necesidad que tiene? ¿Qué enfermo hay que no sepa decir aquí me duele? Mira pues, oh hombre, á ti mismo: mira los vicios y pasiones que más te combaten, si la avaricia, si la ira, si la vanagloria, si la dureza de tu propria voluntad, si la soltura de la lengua, si la liviandad de corazón, si el amor de la honra ó del regalo, si la inconstancia en los buenos propósitos que propones, si el amor proprio, ó algunas otras semejantes pasiones y pestilencias del ánimo te combaten: y descubre todas estas llagas una por una á aquel médico del cielo, para que Él las cure con la unción de su gracia.

Pedido ya el remedio para los vicios, pide luego todas aquellas virtudes que más convienen para tu salud. Y porque ésta es una principal parte deste ejercicio, en la cual á veces se suele gastar todo el tiempo de la oración con mucho gusto y aprovechamiento, parescióme señalarte aquí las principales virtudes que son como columnas de la vida espíritual, para que siempre sospires por ellas, y siempre las pidas al Señor en tu oración.

Petición de las virtudes más necesarias.

§ II

Primeramente debes pedir al Señor estas cuatro virtudes, que son como fundamento de toda la vida espiritual, las cuales se han de traer siempre ante los ojos, porque siempre y en todos los pasos de la vida son necesarias, conviene saber: composición del hombre interior y exterior, discreción y atención en todo lo que se hobiere de hacer ó decir, para que todo vaya conforme al juicio de la razón, freno y cuenta con la lengua, y rigor y aspereza en el tratamiento de sí mismo. Entre las cuales virtudes pusimos por primera la composición del hombre interior y exterior, porque es principio que dispone para todas las otras. Y la composición del hombre interior consiste en traer el corazón siempre puesto en Dios, y la del exterior en hacer todas las cosas como quien está en su presencia y lo tiene siempre delante sí por juez y testigo de su vida.

Tras déstas se siguen otras cuatro virtudes, en que consiste la suma de toda la perfección, las cuales están de tal manera entre sí anejas y subordinadas, que no se puede sustentar la una sin la otra. Éstas son obediencia perfecta, mortificación de la propria voluntad, fortaleza para vencer toda dificultad y trabajo, y aborrescimiento y desprecio de sí mismo. Porque está claro que el fin de toda la perfección cristiana es una perfecta obediencia y conformidad con la divina voluntad, así en todo lo que manda, aconseja y inspira, como en todo lo que permite acerca de nos. Esta obediencia no se puede guardar si no tenemos un cuchillo en la mano para cortar todos los apetitos de nuestra propria sensualidad y voluntad, que siempre contradicen á la divina. Mas este

golpe nadie lo puede dar si no tiene grande fortaleza de ánimo para pelear consigo mismo y hacer guerra mortal á sus proprias inclinaciones y apetitos. Y esta guerra nunca jamás la hará sino el que por amor de Dios hobiere llegado á tener un verdadero y sancto aborrescimiento y desprecio de sí mismo: porque donde hay aborrescimiento, fácilmente se sigue mal tratamiento y desprecio de lo aborrescido, mas donde no lo hay, sino amor, de mala gana toma el hombre el azote en la mano para maltratar á quien ama. Por do paresce que ninguna destas virtudes puede dar un solo paso sin el ayuda y socorro de la otra.

Después déstas se siguen luego otras cuatro altísimas y nobilísimas virtudes, que son: humildad interior y exterior, pobreza de espíritu y de cuerpo, paciencia en todas las adversidades y tribulaciones, pureza de intención en las buenas obras, haciendo todo lo que hiciéremos puramente por amor de Dios, sin mezcla de otro interese ni respecto así temporal como espiritual.

Después déstas se siguen otras cuatro virtudes, que son el fin y principio de toda la perfección, las cuales son: fe firmísima de todo lo que Dios dice y promete, esperanza segura en Él como en verdadero padre en todas las necesidades y tribulaciones que se nos ofrescieren, amor de Dios, que siempre arda en nuestro corazón, y junto con él, temor y reverencia de su grande majestad y justicia, el cual siempre ha de acompañar todas nuestras obras.

Y con todo lo susodicho se ha de juntar la perseverancia y continuación en el ejercicio de todas estas virtudes, la cual hace en poco tiempo arribar á la cumbre de la perfección. En estas susodichas virtudes principalmente consiste la suma de toda la perfección, y por eso todo nuestro estudio y diligencia se ha de emplear en buscarlas por todos los medios que nos sea posible, y señaladamente por la oración, que es el principal medio por do se alcanza todo bien.

Aquí me paresce dar un aviso que por ventura para algunos será provechoso: el cual es, que cuando el hombre pidiere algunas destas virtudes, se detenga un poco y haga una como estación en cada una dellas, considerando brevemente los motivos principales que más nos pueden inducir al amor y ejercicio de la tal virtud. Pongamos ejemplo. Cuando pedimos la virtud de la esperanza, podemos considerar los motivos grandes que tenemos

para esperar en Dios, como son la grandeza de su misericordia, la verdad de sus promesas, las prendas que tenemos recebidas de sus beneficios, y sobre todo la eficacia de los merescimientos de Cristo, que es el principal estribo de nuestra confianza. Cuando pedimos su amor, podemos considerar la grandeza de su bondad y caridad y hermosura, y la muchedumbre de sus beneficios, y la unión y dependencia que tenemos con Él, pues por una parte es el origen y principio de nuestro ser, y por otra nuestro último fin. Cuando pedimos su temor, podemos considerar la alteza de la divina majestad, la profundidad de sus juicios, la grandeza de su justicia, la muchedumbre de nuestros pecados, y la rebeldía y resistencia á sus sanctas inspiraciones. Cuando pedimos la humildad, podemos considerar las miserias de nuestro cuerpo y ánima, y la corrupción de la naturaleza humana por el pecado, y finalmente los defectos de toda nuestra vida. Cuando pedimos paciencia, el ejemplo de Cristo y de todos los sanctos, y la grandeza del mérito y gloria de los que padescen algo por su amor.

Todo esto podemos tratar hablando interiormente con Dios, diciendo estas ó otras semejantes palabras: Señor, dame gracia para que te ame yo con todo mi corazón y ánima, pues Tú eres una infinita bondad y hermosura que meresces ser amada con amor infinito: y demás desto, porque Tú eres mi único bienhechor, y mi padre, y mi criador, y mi último fin, y el esposo de mi ánima, á quien se debe todo amor. Dame también gracia para que en todas las necesidades y tribulaciones que en esta vida se me ofrescieren, espere en Ti, pues tu misericordia es infinita, y tus promesas verdaderas, y los merescimientos de tu unigénito Hijo son de infinito valor, los cuales hablan y abogan por mí. Desta manera puedes pedir el temor de Dios, y la humildad, y algunas otras virtudes, cuyas peticiones no quise asentar aquí por escripto, porque así como dicen que aprovecha más al enfermo el manjar que él mismo come y desmenuza con los dientes, que el que se le da bebido, así suele ser más provechosa la oración que ordena el mismo que ora con las palabras que el Espíritu Sancto le enseña, que la que va ordenada y compuesta con palabras ajenas, que muchas veces se reza como oración de ciego, sin atención y sin afecto.

Esta última parte, que es la petición (demás de ser muy fácil de hacer) es de grandísimo provecho: porque como arriba tocamos,

no solamente es ejercicio de oración, sino también de todas las virtudes, y una como lición y conferencia de todas ellas: en la cual el hombre renueva todos sus buenos propósitos y deseos, y pasa por la memoria los principales puntos y capítulos de la ley de Dios (1), que es el ejercicio continuo del varón justo, de quien se dice que pensará en la ley del Señor día y noche.

Estas cinco partes susodichas puede tener el ejercicio de la oración, aunque (como dije) no son todas siempre necesarias, porque á las veces en la meditación sola ó en la petición se gasta todo aquel tiempo: pero señálanse todas éstas para que á lo menos por falta de materia no deje nadie esta sancta ocupación, y también porque en el tiempo que falta la devoción (en el cual no conviene por eso aflojar en los buenos ejercicios) tenga el hombre en qué poder ocuparse aquel rato de tiempo, haciendo de su parte lo que fuere en sí, que es lo que Dios principalmente quiere dél.

Aquí es mucho de notar que entre todas estas cinco partes la mejor es cuando el ánima habla con Dios, como se hace en la petición. Porque en la lición ó meditación el entendimiento discurre con poco trabajo por do le paresce: mas cuando hablamos con Dios, allí se levanta el entendimiento á lo alto, y tras de él también la voluntad, y allí entreviene comúnmente mayor devoción y atención de parte del hombre, y mayor temor y reverencia de la divina majestad con quien está hablando, junto con un humilde y encendido deseo de lo que le está pidiendo. Y este movimiento y levantamiento de espíritu con todos estos actos de virtudes que lo acompañan, dejan al ánima más ennoblescida y edificada que otro cualquier discurso, como lo puede cada uno ver en sí por experiencia. Porque está claro que en el discurso de la meditación no entreviene otra cosa más que una piadosa inquisición y consideración de las cosas espirituales, que así como es acto de entendimiento, así es de poco jugo y provecho: mas en la devota oración entrevienen cuasi todas las virtudes, con cuyas alas el ánima se levanta á lo alto y viene á juntarse con Dios.

Y como quiera que este coloquio espiritual con Dios sea el mejor bocado deste ejercicio, entre todos los coloquios el mejor es

(1) Psalm. 1.

el del amor, cuando estamos actualmente amando á Dios, y alabándolo y pidiéndole con grandes ahincos y entrañables deseos este amor: porque como la caridad sea la mayor de las virtudes, ninguna cosa hay más agradable á Dios, ni más dulce y provechosa para el hombre, que es el ejercicio della.

Éste llaman los sanctos ejercicio de aspirar al amor divino, del cual se tratará más por extenso en el fin deste tratado. Y á este fin se ordena la meditación y la oración, y todos los otros buenos ejercicios: por donde se da por regla general á todos los que oran, que procuren cuanto les sea posible de levantar su espíritu á este divino coloquio, que es hablar y tratar con el mismo Dios, mayormente en tratos de amor y ejercicios de aspiración. Y por esto será bien guardar esta petición del amor para en fin de todo el ejercicio, guardando el mejor vino para el fin de este convite, y para que acabada ya su jornada, se pueda detener aquí el hombre todo lo que quisiere: aunque no será inconveniente comenzar y acabar en esto, cuando el Espíritu Sancto abriere camino para ello.

También conviene aquí avisar que en todas las cosas que pidiéremos, siempre aleguemos de nuestra parte los merescimientos de Cristo nuestro único y verdadero Salvador, el cual como dice el Apóstol (1), es nuestra justicia y sanctificación y redempción. En éstos ha de estribar nuestra confianza, y éstos hemos de presentar ante el acatamiento divino, contándolos y ofresciéndolos al Padre uno por uno, y tomando (como dice Sant Bernardo) de aquel tesoro todo lo que nos sea necesario. Porque este Señor es el que sanctificó y ofreció á sí mismo en sacrificio, para que nosotros fuésemos de verdad sanctos, y por esto su sanctidad es nuestra, y sus méritos nuestros, y su justicia nuestra, y su sangre nuestra, y sus trabajos nuestros, y finalmente Él es todo nuestro. Pues si Dios es por nos (2), ¿quién contra nos? Si Dios justifica, ¿quién hay que condene? Éste es, dice Sant Pedro (3), Aquél á quien todos los profetas dan testimonio, que por Él se recibe el perdón de los pecados. Pues en virtud y nombre deste Señor hemos de ir seguros y confiados que todo lo que por Él pidiéremos, se nos dará. Ésta es la principal condición que ha de tener nuestra petición para que sea eficaz delante de Dios,

(1) I Cor. 1. (2) Rom. 8. (3) Act. 10.

como dice Santiago (1), que es fe y confianza: y esta confianza no ha de estribar en nosotros ni en nuestras obras y merescimientos, sino en los de Cristo, y junto con esto, en la infinita bondad y misericordia de Dios, que con ningún género de maldades puede ser vencida, y demás desto, en la verdad de las palabras y promesas de Dios, el cual en toda la Escriptura sagrada tiene prometido de nunca jamás faltar á quien de todo su corazón se convirtiere á Él, y lo llamare, y pusiere en Él su esperanza. Y aunque haya sido hasta entonces gran pecador, no por eso ha de desmayar, porque (como dice S. Hierónimo) los pecados pasados no dañan, si no agradan. Por do paresce cuán engañados viven los que considerando sus defectos y flaquezas, desconfían que Dios los oirá, y no miran que los estribos desta confianza no son principalmente los merescimientos del hombre, sino los de Cristo, y la misericordia divina, y la verdad de su palabra, que es (como dice el profeta) escudo de los que esperan en Él (2).

CAPÍTULO X

DE ALGUNOS AVISOS QUE SE HAN DE TENER EN ESTAS CINCO PARTES SUSODICHAS, ESPECIALMENTE ACERCA DE LA MEDITACIÓN

Dicho ya de las principales partes deste ejercicio, será razón dar algunos avisos y documentos que se deben guardar en ellas, y señaladamente en la meditación, que es de la que principalmente pretendemos aquí hablar.

El primer aviso.

§ I

Sea pues el primer aviso, en lo que toca á la materia de la meditación, que aunque sea bien que el hombre tenga señalados estos pasos que aquí van repartidos por los días de

(1) Jacob. I. (2) Psalm. 90.

la semana para ejercitarse en ellos, mas con todo eso, si á medio camino se ofresciere algún otro pensamiento donde halle más miel ó más provecho, que no lo debe desechar por cumplir con su tarea, porque no es razón desechar la lumbre que el Espíritu Sancto nos comienza á dar en algún buen pensamiento, por ocuparnos en otro donde por ventura no se nos dará. Y demás desto, como el fin de todos estos ejercicios sea alcanzar alguna devoción y sentimiento de las cosas divinas, fuera de razón sería, alcanzando éste con alguna buena consideración, andar á buscar por otro camino lo que ya tenemos alcanzado por éste.

Mas aunque esto, regularmente hablando, sea así, no por esto debe tomar en esto tanta licencia que se mueva luego ligeramente por cada ocasión que se le ofrezca, á soltar de las manos lo que tiene, por lo que se le antojare, si no fuere cuando sintiere conoscida ventaja de lo uno á lo otro.

El segundo aviso.

§ II

El segundo aviso sea que trabaje el hombre por excusar en este ejercicio la demasiada especulación del entendimiento, y procure de tratar este negocio más con afectos y sentimientos de la voluntad que con discursos y especulaciones del entendimiento.

Para lo cual es de saber que el entendimiento por una parte ayuda y por otra puede impedir la operación de la voluntad, que es el amor y sentimiento de las cosas divinas. Porque así como es necesario que vaya delante guiando á la voluntad y dándole conoscimiento de lo que ha de amar, así cuando es mucha su especulación, impide esta misma operación de la voluntad. porque no da lugar ni tiempo para que pueda obrar. Onde así como dicen del veneno que se echa en el atriaca, que si es poco, es saludable y necesario, mas si es mucho, sería dañoso, así podemos en su manera decir en este ejercicio que el entender á Dios con simplicidad, ayuda á la voluntad para que más lo ame: mas entendello con demasiada especulación, impide esa misma voluntad y hace por estonces más remisa y floja su operación. Y la ra-

zón desto es, porque como la virtud de nuestra ánima sea finita y limitada, cuanto más emplea su virtud por una parte, tanto menos le queda que emplear por otra, así como la fuente que corre por dos caños, que cuanto más se desaguare por el uno, tanto menos tiene que repartir por el otro. Y esto principalmente hace el ánima por la operación del entendimiento, por la cual (como sea tan íntima y tan noble) se desagua toda ella de tal manera, que cuasi nada óbra por las otras potencias, cuando está muy atenta y ocupada en esta operación. Y así se ve por experiencia que en cualquier otro ejercicio corporal que se haga de menos, puede uno con más facilidad conservar el afecto de la devoción, que cuando está con el entendimiento especulando algo con atención. Porque son el el entendimiento y la voluntad como dos balanzas de nuestra ánima, las cuales están de tal manera dispuestas, que el subir de la una es abajar de la otra, y al revés. De manera que si cresce mucho la especulación, abaja la afección: y si por el contrario, cresce la afección, abaja luego la especulación. Por esto le encojaron al patriarca Jacob el uno de los dos pies (1) cuando le dieron la bendición: porque como tenga nuestra ánima dos pies para llegarse á Dios, que son entendimiento y voluntad, menester es que cojee y desfallezca el uno, que es el entendimiento en su especulación, si la voluntad, que es el otro, ha de gozar de Dios en el reposo de la contemplación. Y así se ve por experiencia que si cuando un ánima está gozando de Dios, se desmanda á querer especular ó escudriñar algo del mismo Dios, luego en ese puncto pierde la devoción que tenía, y le desaparesce de entre los ojos aquel sumo bien de que gozaba. Por donde no sin causa avisa el esposo á la esposa en los Cantares, diciendo (2): Aparta tus ojos de mí, porque ellos me hicieron volar. Pues por esta causa se aconseja en este ejercicio que procure el hombre de especular con el entendimiento lo menos que sea posible, contentándose con una vista y conoscimiento sencillo de las cosas divinas, porque la virtud del ánima, recogidas todas sus fuerzas en uno, se pueda emplear por esta parte afectiva amando y adorando y reverenciando aquel sumo bien.

De lo cual todo paresce cómo no aciertan este camino los que de tal manera se ponen en la oración á meditar los misterios di-

(1) Gen. 32. (2) Cant. 6.

vinos como si los estudiasen para predicar: lo cual más es derramar el espíritu que recogello, y andar más fuera de sí que dentro de sí. De donde nasce que acabada su oración se quedan secos y sin jugo de devoción, y tan fáciles y ligeros para cualquier liviandad como lo estaban antes. Porque en hecho de verdad los tales no han orado, sino parlado y estudiado, que es un negocio bien diferente de la oración. Debrían los tales considerar que en este ejercicio más nos llegamos á escuchar que á parlar, pues como dijo el profeta (1), los que se llegan á los pies del Señor, recibirán de su doctrina, como la recibía aquél que decía (2): Oiré lo que hablare dentro de mí el Señor Dios. Pues por esto, sea todo tu negocio parlar poco y amar mucho, y dar lugar á la voluntad para que se ayunte con todas las fuerzas á Dios. No hemos de herir igualmente con las espuelas á estas dos potencias, ni caminar en este camino con pasos iguales. Particular destreza es menester para avivar la voluntad y sosegar el entendimiento, para que no impida con sus tratos proprios los del amor. Has de hacer cuenta que vas en un carro de dos caballos, uno apresurado y otro perezoso, y que has de llevar las riendas en la mano con tal destreza que al uno las aprietes, y al otro las aflojes, para que así se aguarden uno á otro.

Y si quieres otro ejemplo más palpable, haz cuenta que el entendimiento se ha de haber con la voluntad como el ama que cría á un niño, la cual después que le ha mastigado el manjar, se lo pone en la boca para que él lo guste y se sustente con él, porque de otra manera, si le mastigase los bocados y también se los comiese, dejando el niño sin comer, claro está que le hacía manifiesto agravio, pues lo dejaba morir de hambre por comerse lo que le daban para él. Pues desta manera se ha de haber el entendimiento con la voluntad, porque á él como á un ama pertenesce mastigar y desmenuzar las verdades espirituales, mas no para que todo el negocio pare en solo esto, sino para que después de así mastigadas, las ofrezca á la voluntad para que ella las guste y las sienta, y se encienda y confirme más en lo bueno con el sentimiento dellas.

Bien es que paguen sus aduanas y portazgos las vituallas que entran por las puertas de la ciudad: mas si los porteros se alza-

(1) Deuter. 33. (2) Psalm. 84.

sen con toda la provisión, sin dejar llegar nada á la plaza, claro está que los moradores de la ciudad perescerían de hambre. Pues desta manera, si el entendimiento, que es como la primera puerta de nuestra ánima (por donde le ha de entrar el mantenimiento espiritual) se toma para sí todo lo que había de pasar por él, ¿qué tal estará la voluntad, sino ayuna, y seca, y necesitada de todo bien?

El perro del cazador, si es bueno, no se come la liebre que ha cazado, sino guárdala fielmente para cuando llegue su señor. Pues desta misma manera se ha de haber nuestro entendimiento cuando hobiere cazado alguna destas altas y secretas verdades, que no se ha de entregar él á solas en ella, sino antes entregarla á la voluntad, para que ella como señora en esta parte se sirva della. Dichosas son por cierto algunas personas devotas y simples, las cuales así como saben poco, así cuando se llegan á Dios, les hace poco embarazo el negocio del entender, y así hallan su voluntad más tierna y más aparejada para toda piadosa afección.

Pues si quieres saber cómo se haya de hacer esto, entre otras muchas maneras que para ello hay, podrás usar désta. En cualquier cosa buena que pensares en la oración, ó fuera della, ten cuidado de irte luego con ella á Dios, como hace el niño, que con todas las cosas que halla, se va luego á su madre, y allí la platica con Él, y conforme á lo que hallares en ella, así puedes levantar tu corazón á amar, ó adorar, ó reverenciar, ó alabar á Dios por ella, y de allí tomar ocasión para humillarte delante dél y pedille su gracia. Ayuda también á esto mismo el espíritu de la verdadera humildad, el cual hace estar al hombre delante de Dios muy empobrescido y desnudo y muy prostrado ante aquella soberana Majestad, con mayor cuidado de pedille misericordia para las grandes miserias que conosce en sí, que de escudriñar la grandeza de sus misterios para entenderlos. Y así viene á estar delante Dios como estaría un malhechor sentenciado á muerte cuando entrase en el palacio del rey á pedirle perdón, el cual iría con tanto sentimiento de su miseria, que apenas ternía ojos ni corazón para ver ni sentir otra cosa más que su peligro.

Tercer aviso.

§ III

El aviso pasado nos enseña cómo debemos sosegar el entendimiento y entregar todo este negocio á la voluntad: mas el presente pone también su tasa y medida á la misma voluntad para que no sea demasiada ni vehemente en su ejercicio. Para lo cual es de saber que la devoción que pretendemos alcanzar, no es cosa que se ha de alcanzar á fuerza de brazos (como piensan algunos, los cuales con demasiados ahincos y tristezas forzadas y como hechizas procuran alcanzar lágrimas y compasión cuando piensan en la pasión del Salvador) porque éstas suelen secar más el corazón y hacerlo más inhábil para la visitación del Señor, como enseña Casiano. Y demás desto suelen estas cosas hacer daño á la salud corporal, y á veces dejan el ánima tan atemorizada con el sinsabor que allí recibió, que teme otra vez tornar al ejercicio como á cosa que experimentó haberle dado mucha pena. Y por esto si el Señor diere lágrimas ó semejantes sentimientos, débese tomar húmilmente: mas tomarlos el hombre como por fuerza, no es cordura. Conténtese con hacer buenamente lo que es de su parte, que es hallarse presente á lo que el Señor padesció, mirando con una vista sencilla y sosegada así lo que padesció como el amor y caridad con que lo padesció: y hecho esto no se congoje por lo demás, cuando el Señor no se lo diere.

Y quien esto no supiere hacer, y sintiere demasiada fatiga en su ejercicio, no porfíe á pasar adelante, sino humíllese delante Dios con entrañable sosiego y simplicidad, pidiéndole gracia para proseguir aquel camino sin tanta costa suya y sin peligro. Y si el Señor le hiciere merced de dar este sosiego de pensamientos, sentirá más entrañable devoción de la que se suele sentir con el desasosiego del corazón, y que dure por muchos días más, y podrá estar el hombre pensando muy largos ratos de tiempo sin sentir pesadumbre: lo cual todo se halla al contrario, si de la otra manera se piensa.

Y por esta causa conviene mirar mucho que si alguna vez se levantaren en el ánima movimientos hervorosos de devoción sen-

sual, ó demasiados sollozos y gemidos, que no se vaya la persona tras ellos, mas débelos templar y disimular, procurando guardar dentro de sí aquella consideración y pensamiento que se los causó: quiero decir que quitando de sí los alborotos de la carne, goce en el ánima con sosiego de la lumbre y devoción que Dios le dió. Y desta manera durarle ha más tiempo, y será su consolación más de raíz y más entrañable, y no verná á dar muestras de sí con gemidos y otras señales exteriores, lo cual no se podría evitar sin mucho trabajo, si una vez la persona se acostumbra á darse mucho á los dichos movimientos y fervores sensuales, los cuales, cuanto más recios parescen de fuera, tanto más suelen apagar la lumbre de dentro y ponerle impedimento para que no pase adelante.

Verdad es que á los principios mal se pueden excusar estos fervores, cuando la maravilla de la novedad y alteza de las cosas divinas hace á los hombres caer en tan grande admiración y espanto, que no se pueden valer. Mas después que con el uso cesa la novedad, sosiégase el corazón, y aunque ama con mayor fuerza, no tiene tanto fervor sensual y desasosiego en su amor. Así vemos que el mosto nuevo, y la olla cuando comienza á experimentar el extraño calor del fuego, suele hervir á borbollones, hasta verterse y dar por encima: mas después que haya hervido, cuece mejor y arde más, aunque con menos estruendo. Aquel tollido de muchos años que sanó S. Pedro en los Actos de los Apóstoles (1), así como se vió sano, dice la Escriptura que andaba y saltaba y alababa á Dios. No se contentaba con andar, sino como hombre que tanto tiempo había estado atado de pies y manos, con la experiencia de la nueva libertad soltaba los miembros á todo lo que querían. Después es de creer que asentaría el paso y que no andaría toda la vida saltando. Mas entonces el alegría de la nueva y no acostumbrada salud no lo dejaba sosegar.

(1) Act. 3.

Cuarto aviso, que se sigue de los pasados.

§ IV

De todo lo susodicho podremos coligir cuál sea la manera de atención que debemos tener en la oración. Porque aquí principalmente conviene tener el corazón no caído ni flojo, sino vivo, atento y levantado á lo alto. En figura de lo cual leemos que dijo el ángel al profeta Ezequiel que se levantase y estuviese sobre sus pies, cuando le quería hablar y dar parte de los misterios divinos (1). Asimismo leemos que aquellos dos querubines que puso Salomón á los dos lados del arca del testamento, estaban de puntillas y levantados en alto y tendidas las alas como quien quiere volar (2), para significar la atención y levantamiento de espíritu con que ha de estar el hombre cuando se pone en presencia de Dios á hablar y asistir delante dél.

Mas así como es necesario estar aquí con esta atención y recogimiento de corazón, así por otra parte conviene que esta atención sea templada y moderada, porque no sea dañosa á la salud ni impida la devoción. Porque algunos hay que fatigan la cabeza con la demasiada fuerza que ponen para estar atentos á lo que piensan (como ya dijimos) y otros hay que por huir deste inconveniente están allí muy flojos y remisos y muy fáciles para ser llevados de todos vientos. Para huir destos extremos conviene llevar tal medio que ni con la demasiada atención fatiguemos la cabeza, ni con el descuido y flojedad dejemos andar vagueando el pensamiento por do quisiere. De manera que así como solemos decir al que va sobre una bestia maliciosa, que lleve la rienda tiesa, conviene saber, ni muy apretada ni muy floja, porque ni vuelva atrás ni camine con peligro, así debemos procurar que vaya nuestra atención moderada y no forzada, con cuidado y no con fatiga congojosa. De lo uno y de lo otro somos avisados en la Escriptura divina. Porque por lo uno dice Salomón (3): El que mucho aprieta los pechos para sacar leche, sacará sangre: y por lo otro dice Isaías (4): Para que apretéis los pechos divinos, y seáis abastados y llenos de toda suavidad y consolación.

(1) Ezech. 2. (2) III Reg. 6. (3) Prov. 30. (4) Esai. 66.

Mas si á algunos destos extremos hobiéremos de declinar, más vale declinar en la atención demasiada que al descuido, porque al descuido ayuda la naturaleza corrupta y mal inclinada, mas no á la atención. Y por esto, así como no perdería mucho el edificio que se hace en una ladera, ya que no puede ir por nivel derecho, que fuese más acostado hacia arriba que hacia bajo, así no perderá nuestra atención si no pudiere estar en el medio que pretendemos, si se acostare al extremo menos peligroso, que es el susodicho.

Este aviso es tan necesario, que por falta dél hemos visto pasárseles muchos años á algunas personas con poco aprovechamiento por la tibieza con que oraban, y á otros, por el contrario, perder la salud y la cabeza por el demasiado calor y fuerza que en esto ponían.

Mas particularmente conviene avisar que al principio de la meditación no fatiguemos la cabeza con demasiada atención, porque cuando esto se hace, suelen faltar para adelante las fuerzas, como faltan al caminante cuando al principio de la jornada se da mucha priesa á caminar.

Quinto aviso.

§ V

Mas entre todos estos avisos el principal sea que no desmaye el que ora, ni desista de su ejercicio cuando no siente luego aquella blandura de devoción que él desea, como hacen algunos que en esta parte viven muy engañados. Para lo cual es mucho de notar que en hecho de verdad el corazón humano es muy semejante al agua turbia, la cual no se puede súbitamente aclarar por muchas diligencias que para esto se hiciesen, si no le dan tiempo y espacio para que poco á poco se vaya aclarando y asentando. Pues tal es sin dubda nuestro corazón, el cual así como suele enturbiarse con el cuotidiano trato de los negocios terrenos, así después de enturbiado no puede luego en breve asentarse y sosegarse, si no le dan para esto su espacio y tiempo convenible. Por lo cual, con mucha razón dijo el Eclesiástico (1) que era

(1) Eccli. 7.

mejor el fin de la oración que el principio: porque á los principios el corazón está turbado y inquieto, mas al cabo está ya más asentado y sosegado y más dispuesto para su ejercicio.

Por lo cual (como dice muy bien Serafino de Fermo) así como los que quieren encender fuego en leña verde, han de tener paciencia y esperar hasta que la leña se vaya poco á poco secando y enjugando, y con todo esto es menester estar allí soplando y atizando, y aun derramando muchas lágrimas con el humo, si quieren gozar de la deseada llama, así muchas veces conviene trabajar y perseverar al principio de la oración, si queremos al cabo gozar de la dulce y clara llama de la devoción y amor de Dios.

Menester es pues con longanimidad y perseverancia esperar la venida del Señor, porque á la gloria de su majestad y á la bajeza de nuestra condición y á la grandeza del negocio que tratamos, pertenesce que estemos muchas veces esperando y aguardando á las puertas de su palacio sagrado. Bienaventurado el hombre, dice la Sabiduría eterna (1), que oye mis palabras y que vela á mis puertas cada día y está aguardando á los postigos de mi casa, porque el que me hallare, hallará la vida y rescibirá salud del Señor. Buena cosa es, dice el profeta (2), esperar con silencio la salud de Dios. El soberbio y desconfiado no tiene paciencia ni humildad para esperar, mas el humilde dice con el profeta (3): Esperando esperé al Señor, y Él oyó mi oración. Si el que pesca ó el que caza no tuviesen paciencia para esperar la caza, ¿qué provecho sacarían de su trabajo? Pues no es ésta menor caza ni pesquería para que no sea bien empleado estar mucho tiempo aguardando y esperando tan rico y tan venturoso lance como es Dios.

De aquella mujer fuerte que describe Salomón en los Proverbios, entre otras cosas grandes se dice esto (4), que se hizo como navío de mercader que de lejos trae su pan: para que por aquí entiendas que cuando no hallares luego á la mano este pan de vida que deseas, trabajes y navegues todas las jornadas que sea menester hasta venir á hallarlo. Si perseverares llamando, dice el Salvador (5), cree que al cabo te responderán, porque lo que muchas veces al principio se niega, á la fin se suele dar acrescentado.

Sabido he por cosa cierta de un religioso que perseveró por

(1) Prov. 8. (2) Thren. 3. (3) Psalm. 39. (4) Prov. 31. (5) Luc. 11.

espacio de tres años en estos buenos ejercicios, teniendo después de maitines dos ó tres horas de oración, sin sacar della otro fructo más que sequedad de corazón, hasta que el Señor miró la aflicción de su ánima y extendió sobre él la largueza de su bondad con copiosa bendición, que pudo muy bien con ella recompensar toda la esterilidad de los años pasados. Y déstos se ven cada día por experiencia muchos otros. Bienaventuradas, pues, las ánimas que desta manera perseveran, porque sin duda cuanto mayor fuere su perseverancia, tanto mayor será su gracia. Una de las cosas principales que han de tener los que han de recebir grandes dones de Dios, es longanimidad de corazón para aguardar fielmente todo el tiempo que Él quisiere, y en el entretanto consolarse con aquella esperanza del profeta que dice (1): Si un poco se tardare, no dejes de aguardarle, porque viniendo vendrá, y no se tardará.

Pues cuando desta manera hayas aguardado un poco de tiempo, si el Señor viniere, dale gracias por su venida, y si te paresciere que no viene, humíllate delante dél, y conosce que no mereces lo que no te dieron, y conténtate con haber allí hecho sacrificio de ti mismo, y negado tu propria voluntad, y crucificado tu apetito, y luchado con el demonio y contigo mismo, y hecho á lo menos eso que era de tu parte. Y si no adoraste al Señor con la adoración sensible que deseabas, basta que lo adoraste en espíritu y en verdad, como Él quiere ser adorado. Y créeme cierto que éste es el paso más peligroso desta navegación, y el lugar donde se prueban los verdaderos devotos, y que si déste sales bien, en todo lo demás te irá prósperamente.

Finalmente, si todavía te paresciese que era tiempo perdido perseverar en la oración y fatigar la cabeza sin provecho, en tal caso no tendría por inconveniente que después de haber hecho lo que es en ti, tomases algún libro devoto y trocases por entonces la oración por la lición, con tanto que el leer fuese, no corrido ni apresurado, sino reposado y con mucho sentimiento de lo que vas leyendo, mezclando muchas veces en sus lugares la oración con la lición: lo cual es cosa muy provechosa y muy fácil de hacer á todo género de personas, aunque sean muy rudas y principiantes en este camino.

(1) Habac. 2.

Sexto aviso: de la profunda oración y devoción.

§ VI

Y no es diferente documento del pasado, ni menos necesario, avisar que el siervo de Dios no se contente con cualquier gustillo que halle en su oración, como hacen algunos que en derramando una lagrimilla, ó sintiendo alguna ternura de corazón, piensan que han ya cumplido con su ejercicio. Esto no basta para lo que aquí pretendemos. Porque así como no basta para que la tierra fructifique, un pequeño rocío de agua (que no hace más que matar el polvo y mojarla por defuera) sino es menester tanta agua que cale hasta lo íntimo de la tierra y la deje toda empapada en ella, así para que nuestra ánima dé fructo de virtudes y buenas obras, no basta aquel pequeño rocío de devoción, que á vuelta de cabeza con cualquier sol y aire se seca (con el cual el ánima paresce que está devota, mas en hecho de verdad en lo de dentro no lo está) sino es menester una profunda oración y devoción y que como una grande lluvia cale hasta lo íntimo del corazón y lo deje tan empapado en ella, que ni soles ni aires, quiero decir, ni negocios ni cuidados del mundo basten para secarlo ni sacarlo de donde está. Conforme á esto se lee de la bienaventurada Sancta Clara que salía algunas veces de la oración tan absorta en Dios, que con mucha dificultad podía inclinar el corazón á los negocios en que le era forzado entender por razón de su oficio. Y no es menos lo que se cuenta de uno de aquellos padres del yermo, que yendo otro á pedirle cierta cosa de su celda, como él entrase á buscalla, perdióla luego de la memoria: y como esto le acaesciese por tres ó cuatro veces, finalmente vino á decir al otro que entrase él y la buscase, porque de verdad él no podía por aquel tan breve espacio retener en la memoria lo que le pedían: tan grande era la suspensión y embebecimiento que su ánima tenía en Dios. Y no es esto de maravillar, porque sin duda las cosas espirituales son de tanta dignidad y nobleza, que el ánima que una vez las comienza á entender y gustar, apenas puede abrir los ojos á otra cosa, por excelente que sea. Y así se escribe del abad Silvano, cuando salía de la oración, que les parescían tan bajas y apocadas todas las cosas de la tierra, que cerraba los ojos por no

verlas, y hablando consigo mismo decía: Cerraos, ojos míos, cerraos, y no miréis cosa del mundo, porque no hay en él cosa bella que mirar. Esta manera de devoción no es como aquélla que se lleva el viento y se seca con cualquier aire, sino como aquélla de quien se escribe en los Cantares (1): Las muchas aguas no bastarán para matar el fuego de la caridad, ni los grandes ríos la cubrirán.

Pues por esto con mucha razón se aconseja que tomemos para este sancto ejercicio el más largo espacio que pudiéremos: y mejor sería un rato largo que dos cortos, porque si el espacio es breve, todo él se gasta en sosegar la imaginación y quietar el corazón, y después de ya quieto, levantámonos del ejercicio al tiempo que lo hobiéramos de comenzar. ¿Cuál es el cavador que buscando oro en una mina, suelta el azada al tiempo que halla la vena, y deja perder el trabajo pasado cuando había de gozar del fructo presente? Porque sin dubda el fructo de una larga y profunda oración á veces suele ser tan grande, que queda el hombre con caudal para gastar por muchos días y caminar con Elías hasta el monte de Dios en virtud del manjar y pasto que allí le dieron.

Y descendiendo más en particular á limitar este tiempo, parésceme que todo lo que es menos de hora y media ó dos horas, es corto plazo para la oración, porque muchas veces se pasa más que media hora en templar la vihuela y en quietar (como dije) la imaginación, y todo el otro espacio es menester para gozar del fructo de la oración. Verdad es que cuando este ejercicio se tiene después de algunos otros sanctos ejercicios, como es después de maitines, ó después de haber oído ó dicho misa, ó después de alguna devota lición ó oración vocal, más dispuesto se halla el corazón para este negocio, y así como en leña seca muy más presto se enciende este fuego celestial. Tambien el tiempo de la madrugada sufre ser más corto, porque es muy más aparejado para este oficio, como adelante se dirá. Mas el que fuere pobre de tiempo por sus muchas ocupaciones, no deje de ofrescer su cornadillo con la pobre viuda en el templo (2), porque (si esto no queda por su negligencia) Aquél que á todas las criaturas provee conforme á su necesidad y naturaleza, proveerá también á él según la suya.

(1) Cant. 8. (2) Luc. 21.

Séptimo aviso:
del no recebir en vano las visitaciones de nuestro Señor.

§ VII

Conforme á este documento se da otro semejante á él, y es que cuando el ánima fuere visitada en la oración ó fuera della con alguna particular visitación del Señor, que no la deje pasar en vano, sino que se aproveche de aquella ocasión que se le ofresce, porque es cierto que con este viento navegará el hombre más en una hora que sin él en muchos días (1). ¿Qué tanto más fué lo que S. Pedro pescó en aquel lance que le mandó echar el Salvador, que en toda la noche pasada? Pues muchas veces acaesce lo mismo en esta celestial pesquería, si sabemos aprovecharnos de las oportunidades que hay en ella. Por lo cual con mucha razón nos avisa el Eclesiástico, diciendo (2): No dejes de gozar del buen día que Dios te diere, y ni una pequeña parte dél se te pase sin aprovecharla.

Mucho puede la oportunidad en todas las cosas, y aquí más que en otra alguna, porque esto paresce que es descender el ángel á mover el agua de la piscina y darle virtud para sanar (3): ó por mejor decir, esto es descender Dios á tirar el arado con el hombre, y ayudarle á su labor, la cual ayuda vale más que todas las industrias y diligencias del mundo. El marinero cuando ve que le hace buen tiempo para surgir, luego coge las áncoras y se hace á la vela sin más aguardar, por no perder aquella buena sazón que el tiempo le ofresce. Y lo mismo deben hacer las personas espirituales con tanto mayor cuidado cuanto es mayor este negocio y más necesario este divino soplo para la oración, que aquél para la navegación.

Así se dice que lo hacía el bienaventurado S. Francisco, de quien escribe S. Buenaventura que era tan particular el cuidado que en esto tenía, que si andando camino lo visitaba nuestro Señor con alguna particular visitación, hacía ir delante á los compañeros, y él estábase quedo hasta acabar de rumiar y digerir

(1) Joan. 21. (2) Eccli. 14. (3) Joan. 5.

aquel bocado que le venía del cielo. Los que así no lo hacen, suelen comúnmente ser castigados con esta pena, conviene saber, que no hallen á Dios cuando lo buscaren, pues cuando Él los buscaba no los halló.

Éstos son los principales avisos que se deben tener en el ejercicio de la meditación y de cualquiera de las otras partes que andan en su compañía, si queremos acertar este negocio y no dejarlo á medio camino. Agora será bien que nos demos priesa á tratar lo demás, para que así se dé fin á esta primera parte, que ha sido por ventura más larga de lo que convenía.

CAPITULO ÚLTIMO

DE SEIS COSAS QUE DEBEMOS MEDITAR EN LA PASIÓN DEL SALVADOR

Pues la principal materia de la meditación es la sacratísima pasión del Salvador, razón será que pues hasta aquí hemos tratado de la meditación en común, tratemos agora en particular de la meditación de la sagrada pasión, para que sepamos de la manera que nos hemos de haber en esta parte.

Mas aquí se ha primero de presuponer que entre todas las devociones del mundo no hay otra más segura, ni más provechosa, ni más universal para todo género de personas, que la memoria de la sagrada pasión. Dice Alberto Magno que es de mayor provecho pensar cada día un poco en la pasión del Salvador, que ayunar todos los viernes del año á pan y agua, y disciplinarse hasta derramar sangre, y rezar todo el Psalterio de cabo á cabo. Á lo menos esto es cierto, que ninguno destos ejercicios es tanta parte para encaminar un ánima en todo bien como la meditación ordinaria deste sagrado misterio. Porque como Cristo sea, según Él mismo lo dice (1), el camino, y la verdad, y la vida, no hay otro ejercicio más proporcionado para ir á Dios, y conoscer á Dios, y gozar de Dios, que poner siempre los ojos en Cristo, el

(1) Joan. 14.

cual como en todas las cosas nos sea todo esto, mucho más lo es puesto y mirado en la cruz. Por donde dijo muy bien Sant Bernardo: Bien puedo, Señor, rodear el cielo y la tierra, y no te hallaré sino en la cruz: ahí yaces, ahí duermes al medio día.

Mas dejada agora esta materia para otro lugar, solamente quiero tratar al presente de la manera que hemos de tener en pensar en esta sagrada pasión. Porque hay algunas personas simples, las cuales no pretenden otra cosa en este ejercicio sino sólo derramar alguna lágrima, compadesciéndose de los trabajos y dolores del Salvador, haciendo hincapié en solo esto, sin pasar más adelante. Y aunque esto sea muy bueno y necesario (porque es como fundamento de todo lo demás, como adelante se dirá) mas no es solo éste el fructo que se coge deste árbol sagrado, sino otros mucho mayores, pues de aquí ha de nascer todo el aprovechamiento de la vida espiritual. Pues para esto es de saber que seis cosas (entre otras muchas) se pueden considerar en la pasión del Señor: conviene saber, la grandeza de sus dolores, la graveza de nuestro pecado, la alteza del beneficio, la excelencia de la divina bondad, la muchedumbre de las virtudes de Cristo que allí resplandescen, y la conveniencia deste medio que Dios tomó para nuestra redempción. Estas seis cosas hemos de considerar para seis efectos, en los cuales consiste todo el aprovechamiento de la vida espiritual. Porque la grandeza de los dolores de Cristo hemos de considerar para compadescernos dél, la grandeza de nuestro pecado, para aborrescerlo, la grandeza del beneficio, para agradescerlo, la excelencia de la divina bondad que allí se descubre, para amarla, la muchedumbre de las virtudes de Cristo, para imitarlas, y la conveniencia del misterio, para maravillarnos de la sabiduría divina y confirmarnos más en la fe deste misterio. Destas seis cosas trataremos agora por su orden.

De la grandeza de los dolores de Cristo.

§ I

Lo primero hemos de considerar la grandeza de los dolores de Cristo, para compadescernos dél, como es razón que se compadezcan los miembros de su cabeza. Para lo cual es de saber que (como dicen los doctores) los dolores que el Salvador pades-

ció en su pasión, fueron los mayores que se han padescido en el mundo, ni jamás se padescerán. Esto parecerá ser verdad si consideramos cinco causas principales, de do procedía la grandeza destos dolores.

La primera fué la grandeza de su caridad, por la cual deseaba redemir copiosísimamente el linaje humano y satishacer perfectísimamente á las injurias y ofensas hechas contra la divina Majestad. Y porque cuanto mayores dolores padescía, tanto más perfectamente cumplía con lo uno y con lo otro, y á él no le faltaban fuerzas de gracia para llevar cuan grande carga quisiese, de aquí es haber querido que fuese muy crescida la carga, para que así también lo fuese la satisfacción de nuestra deuda, y la obra de nuestra redempción más cumplida.

La segunda causa, que se sigue désta, fué el haber padescido sin ningún género de consuelo ni de alivio. Porque por la razón susodicha, él cerró todas las puertas por donde le podía entrar alguna manera de consolación así del cielo como de la tierra, hasta ser desamparado, no solamente de sus discípulos y amigos, sino también de su propio Padre y de sí mismo, para que así á solas y sin compañía se estuviese abrasando en la fragua de sus dolores sin ningún aire ni frescor de alivio que por alguna parte le pudiese entrar. Por esto dijo Él en el Psalmo (1): Hecho soy así como hombre sin ayuda, siendo yo el que solo entre los muertos estaba por derecho libre del pecado y de la muerte. Y en otro Psalmo dice (2): Estoy sumido en el profundo de las aguas y del cieno, y no hallo sobre qué estribar. Éste es aquel desamparo que el mismo Salvador significó en la cruz cuando dijo: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste? Porque en aquella hora fué aquella sancta humanidad dejada en medio de la corriente de los dolores, sin haber cosa alguna que resistiese ni mitigase á la fuerza dellos. Esto fué figurado en la ley por aquellos dos animales que se ofrecían por los pecados del pueblo, de los cuales el uno era degollado y ofrescido en sacrificio, y el otro desaparescía y era enviado á la soledad (3), dejando al compañero solo en el tormento. Pues así, en este celestial sacrificio, donde se ofrescía Dios y hombre por los pecados del mundo, la una de las dos naturalezas era sacrificada y padescía, mas la otra desaparescía,

(1) Psalm. 87. (2) Psalm. 68. (3) Lev. 16.

dejando á la hermana sola en el tormento. Porque aunque cuanto al vínculo de la unión nunca desamparó lo que una vez tomó, mas cuanto á la consolación y alivio de los trabajos, del todo la desamparó. Y de aquí vemos que los mártires cuando iban á padescer, iban muy ledos y gozosos, como se lee de Sancta Águeda y de S. Lorenzo y de otros muchos: mas el Salvador, siendo Él la misma fuente de gracia y de fortaleza (por cuya virtud pudieron los mártires lo que pudieron) temblaba y sudaba gotas de sangre cuando iba á padescer. Porque en aquéllos la virtud de la caridad (que redundaba en las fuerzas inferiores del ánima) causaba grandísima alegría: mas en Cristo estaban por especial milagro suspensas todas estas y otras cualesquier influencias, para que así bebiese el cáliz de los dolores puro y sin ninguna mezcla de consolación.

La tercera causa fué la delicadeza de su complexión: porque como aquel sancto cuerpo era formado milagrosamente por el Espíritu Sancto, y las cosas hechas por milagro son más perfectas que las que se hacen por naturaleza (como lo declara Sant Crisóstomo, hablando de aquel vino hecho de agua en las bodas) síguese que aquel cuerpo era el más bien acomplexionado y delicado de todos los cuerpos, en tanto, que (como dice un doctor) si no entreviniera allí alguna violencia exterior, aquel cuerpo fuera cuasi eterno por la perfección y delicadeza de su compostura. Y no solamente la compostura, sino también la materia era muy delicada: porque la materia dél era una carne toda virginal, tomada de las purísimas y virginales entrañas de Nuestra Señora, sin mezcla de otro metal. Por donde (como dice Sant Bonaventura) era aún más delicado y más sensible.

La cuarta causa fué el mismo género de muerte que el Salvador padesció, con todas las circunstancias que entrevinieron en todo el discurso de su pasión, porque cada una dellas (si bien se mira) fué un linaje de martirio por sí. Y para ver esto más claramente, comienza dende el principio hasta el cabo de la pasión, y hallarás doce gravísimos trabajos (entre otros) que el Salvador allí padesció, los cuales yo contaré aquí muy sumariamente, aunque en cada uno dellos hay mucho que decir y que pensar.

El primero fué la agonía del huerto y aquel espantoso sudor de sangre que corría á hilos por todo su cuerpo hasta la tierra,

que fué la cosa más nueva y más extraña de cuantas han acaescido en el mundo.

El segundo, el ser vendido por tan bajo precio, de su mismo apóstol y discípulo, á tan crueles enemigos.

El tercero, el ser tantas veces llevado por las calles públicas maniatado y preso, como si fuera un ladrón.

El cuarto, el castigo de los azotes, que demás de haber sido tantos y tan crueles, no es castigo de hombres de bien, sino de negros, y esclavos, y vilísimos hombres.

El quinto, aquella crudelísima invención de la corona de espinas, donde se juntaron en uno, por una parte grandísima deshonra, y por otra gravísimo dolor y tormento.

El sexto, aquellos tantos ensayes y maneras de injurias y vituperios que se juntaron con los tormentos, como fué escupirle tantas veces en la cara como á blasfemo, darle de bofetadas y pescozones como á negro, vestirlo ya de blanco, ya de colorado, como á loco, ataparle los ojos y jugar con él á adevina quién te dió, como con un tonto, vestillo de púrpura y ponello una caña en la mano y hincarse de rodillas delante dél y darle con la caña en la cabeza como á rey fingido, y después de todo esto pregonarlo por las calles públicas como á malhechor. ¿Quién jamás vió tantas maneras de injurias ayuntadas en uno?

El séptimo fué aquel espantoso desprecio y desestima del Hijo de Dios, cuando vino á ser comparado y tenido en menos que Barrabás. Donde aquel Señor por quien todas las cosas fueron criadas, y en quien todas viven y se conservan, vino á ser tenido por más inútil y más indigno de la vida que un público malhechor.

El octavo fué hacer que Él mismo llevase sobre aquellas espaldas tan molidas y quebrantadas el mismo instrumento de la cruz en que había de padescer. Suelen atapar los ojos á los que han de degollar, porque no vean el instrumento que les ha de acabar la vida: mas aquí no sólo no usan deste linaje de humanidad con el Salvador, sino antes se lo cargan sobre los hombros, para que el corazón padesciese primero el tormento de la cruz antes que el cuerpo lo experimentase.

El nono fué el mismo martirio de la cruz, que es un linaje de tormento muy cruel, porque no es muerte acelerada (como la de los que ahorcan ó degüellan) sino muy prolija, y las heridas son en las partes más sensibles del cuerpo, que son pies y manos, las

cuales están más llenas de venas y nervios, que son los órganos del sentir. Y demás desto crescen los dolores con el peso del cuerpo, que siempre carga para abajo, y así está siempre desgarrando y ensanchando las heridas, y acrescentando continuamente el dolor. Por donde vino á ser el martirio tan grande, que á fuerza de dolores, sin llaga mortal, se arrancó aquella ánima sanctísima del cuerpo.

El deceno fué que estando el Salvador así penando en la cruz, y hecho un piélago de dolor, y finalmente tal que un perro de la calle que así estuviera, bastara para quebrar el corazón, con todo esto sus enemigos estaban tan lejos de compadescerse dél, que entonces le estaban diciendo gracias y donaires, meneando las cabezas y diciendo: ¡Ah, que destruyes el templo de Dios, y en cabo de tres días lo vuelves á reedificar!

El onceno fué tener la madre inocentísima en todos estos martirios ante sus ojos presente, viendo tan claramente lo que padescía aquel inocentísimo corazón.

El doceno fué una crueldad nunca vista, conviene saber, que estando aquel sacratísimo cuerpo todo desangrado, agotadas ya todas las fuentes de las venas, y secas las entrañas por la mucha sangre que había perdido, que pidiese un poco de agua, y que no solamente no se la concediesen, sino que en lugar della le diesen á beber hiel y vinagre. Pues ¿qué cosa puede ser más cruel y más lastimera? Á aquel rico avariento que penaba en el infierno, si le negaron una gota de agua que pedía, no le dieron hiel: mas aquí al Hijo de Dios no solamente niegan lo que pide, sino acresciéntanle de nuevo otro dolor.

Cada una destas cosas por sí sola considerada es materia de grandísimo dolor. Y por esto el que desea tener compasión entrañable de los trabajos del Salvador, vaya por cada una dellas y haga en cada una su estación, que no será posible (por duro corazón que tenga) sino que en una ó en otra halle motivos de dolor y compasión.

Mas no se acaban aquí los trabajos de Cristo: otros quedan sin comparación mayores, que eran los de su ánima bendita. Porque todos éstos por la mayor parte pertenescen á los trabajos de aquella cruz en que el cuerpo padescía por defuera: mas después desta cruz visible había otra invisible, en que aquella ánima sanctísima estaba dentro del cuerpo crucificada, la cual tenía sus cua-

tro brazos y sus cuatro clavos, que eran cuatro dolorosas consideraciones, que le daban muy mayor tormento que la misma cruz exterior. Porque allí primeramente se le representaron todos los pecados del mundo presentes, pasados y venideros, por los cuales padescía, y esto tan distinctamente, así los tuyos, como los míos, como los de todo el mundo, como si fueran los de uno solo. Pues quien tanto amaba y celaba la honra del Padre, ¿qué tanto se dolería de una tan grande infinidad de abominaciones y ofensas hechas contra tan alta Majestad? Porque sin dubda los de un hombre solo bastaban para darle mayor tormento que la cruz; pues ¿qué harían los de todos los hombres y los de todos los siglos? No hay entendimiento criado que pueda comprehender la grandeza deste dolor.

Lo segundo allí también se le representó el desagradescimiento y condenación de muchos hombres, y especialmente de muchos malos cristianos, que ni habían de reconoscer este beneficio, ni aprovecharse deste tan grande y tan costoso remedio como Él allí les aparejaba. Esto era también para Él mucho mayor tormento que la misma cruz. Porque mayor pena es para un trabajador que le nieguen su jornal y el fructo de su trabajo, que el mismo trabajo, aunque fuese grande. Pues por esto se queja Él por Isaías al Padre deste agravio, diciendo (1): Yo dije, en vano he trabajado, en vano y sin causa he gastado mi fortaleza. Y no solamente al Padre, mas también á los mismos hombres se queja desto por Sant Bernardo, diciendo: Oh hombre, mira lo que por ti padezco: no hay dolor como éste que me atormenta. Á ti llamo yo, que por ti muero: mira las penas que me atormentan, mira los clavos que me traspasan, mira los denuestos con que me deshonran: y como sea tan grande el dolor que por defuera padezco, mayor es el que padezco de dentro, cuando te veo tan ingrato.

También se le representó allí el pecado de aquel miserable pueblo, y el castigo tan horrible que por él se le aparejaba de ahí á tan pocos días, lo cual sin dubda lo entristesció mucho más que el cáliz de su pasión. Porque si Hieremías da á entender que sentía más el pecado que los judíos hacían en querer matarle, que su propria muerte, ¿qué haría Aquél que tanto mayor caridad y gracia tenía que Hieremías?

(1) Isai. 49.

Allí tambien se le representaron los dolores y el cuchillo que había de traspasar el corazón de su bendita madre, cuando le viese padescer entre los ladrones en una cruz: que sin dubda fué para Él una cosa de tan gran dolor, cuan grande era el amor que le tenía, que era inestimable, pues que después del de Dios era el mayor.

Pues estas cuatro consideraciones y dolores eran como unos cuatro brazos de otra cruz interior, en que aquel ánima bendita estaba también dentro de aquel sancto cuerpo crucificada. De manera que dos cruces padesció el Salvador en aquel día: una visible, y otra invisible: en la una penaba el cuerpo acá defuera, y en la otra mucho más el ánima en lo de dentro. Pues qué tan grande haya sido el dolor que destas cuatro consideraciones resultaba, no hay entendimiento que lo pueda comprender, aunque por aquel indicio del sudor de sangre se puede conjecturar algo de lo que era. Porque como el sudor sea señal de trabajo, así como aquél fué el más extraño de todos los sudores del mundo, así fué señal del mayor de todos los trabajos y agonías del mundo.

Pues el que todas estas cosas atentamente considerare, verá claramente cuán grandes hayan sido los dolores del Salvador, que es el intento desta primera manera de contemplar su pasión. Mas no ha de ser éste el fin y paradero deste ejercicio, sino antes debe el hombre tomarlo por medio para otros fines: conviene saber, para entender por aquí lo mucho que lo amó quien por él tanto padesció, y el grande beneficio que le hizo quien por tan caro precio lo compró, y lo mucho que está obligado á hacer por quien tanto por él hizo, y sobre todo esto, lo mucho que debe aborrescer y dolerse de su pecado, pues él fué la causa deste tan prolijo martirio. Y para estos cuatro fines ha de servir esta manera de contemplación, de los cuales se trata en los capítulos siguientes. Por do paresce que esta primera manera de meditar por vía de compasión es como un medio ó escalón para todas las otras. Y por esta causa hace mucho caso Sant Bonaventura deste modo, porque sensiblemente se ve que esto abre camino para todos los demás.

Y para esto dice el mismo sancto que ayuda también tomar alguna disciplina que lastime y no haga daño, para que por el sentimiento de aquel tan pequeño trabajo se levante más el espíritu á sentir algo de lo mucho que aquel delicadísimo cuerpo por nuestra causa padesció.

De cómo resplandesce en la pasión de Cristo la grandeza del pecado.

§ II

La segunda cosa que hemos de considerar en la pasión del Salvador, es la graveza de nuestro pecado, para dolernos dél y aborrescerlo. Para lo cual es de saber que (como dicen todos los sanctos) nuestros pecados fueron causa de que el Hijo de Dios padesciese todo lo que padesció. Porque claro está que si no hobiera pecados de por medio, no fuera necesario padescer lo que padesció. No consta entre los doctores si el Hijo de Dios encarnara, si el hombre no pecara (porque unos dicen que sí, y otros que no) mas esto se tiene por averiguado, que si no hobiera pecados, no muriera. Por do paresce que nuestros pecados fueron los que lo echaron por estos hospitales, y los que lo metieron en aquella cárcel, y los que lo pusieron en aquella cruz.

Y no pienses que por no ser tú solo aquél cuyos pecados esto hicieron, eres digno de menor castigo, pues según leyes de justicia no meresce menor pena el que mata á un inocente en compañía de muchos, que si lo matase solo. Pues según esto, ¿qué tanta razón tienes para aborrescer los pecados y dolerte dellos, acordándote que ellos fueron los que en hecho de verdad pusieron al Hijo de Dios en tan grande conflicto? Mayor causa es ésta para aborrescer el pecado y dolerse dél, que todas las otras pérdidas y males que trae consigo, aunque sea la gloria que por él se pierde, y la pena que por él se gana.

Pues conforme á esta doctrina, cuando fueres meditando esta sagrada pasión, y vieres cómo prenden los enemigos al Salvador, y cómo lo acusan y lo abofetean y escupen y azotan, etc., piensa cierto que en hecho de verdad tú estás en compañía déstos, y que tú juntamente con ellos entrevienes en esta conjuración. De manera que con verdad puedes decir que tus pecados lo acusan, y tus solturas lo atan, y tus hurtos lo azotan, y tus atrevimientos le dan de bofetadas, y tus soberbias lo coronan de espinas, y tus atavíos y vanidades lo visten de púrpura, y tus deleites le dan á beber hiel y vinagre, y finalmente que tu desobediencia

lo enclavó de pies y manos en aquella cruz. Porque lo que tú merescías por estas culpas, Él lo quiso padescer por las entrañas de su infinita caridad. Porque claro está que nunca los verdugos fueran poderosos para hacer lo que hicieron, si tus pecados no les dieran la licencia y las fuerzas para ello. Ésta es una muy provechosa manera de meditar la pasión para todos, y mucho más para los que comienzan de nuevo á servir á Dios y entienden en alimpiar las culpas de la vida pasada con ejercicios de penitencia.

De la grandeza del beneficio de nuestra redempción.

§ III

Lo tercero, debemos considerar en la sagrada pasión la grandeza del beneficio que el Salvador nos hizo en redemirnos por este medio. Y aunque sobre esto había infinitas cosas que decir, mas por agora no haré más que apuntar sumariamente tres cosas principales que se deben considerar en este sumo beneficio, conviene saber, lo que el Salvador por él nos dió, y el medio por donde nos lo dió, y el amor con que nos lo dió.

Qué tanto sea lo que por este beneficio se nos dió, no hay lengua que lo pueda explicar. Mas podríase entender algo dello por dos vías. La primera, considerando todos los males en que el género humano incurrió por culpa del primer hombre, porque todos estos males fueron suficientemente remediados por Cristo, por quien nos fueron dados todos los bienes contrarios á ellos, pues está claro que Él nos fué dado por universal reparador de todos los males del mundo. Pues quien pudiere contar cuántos sean los males en que el mundo cayó por culpa de aquel primer hombre, ése podrá entender cuántos hayan sido los bienes que nos vinieron por el segundo, los cuales sin dubda son innumerables.

La segunda vía es, considerando, no ya todos los males que trujo Adam, sino todos los bienes con que vino Cristo, porque de todos ellos somos hechos participantes, mediante la comunicación de su espíritu, porque todos los que participan del espíritu de Cristo, participan también de todas las virtudes y preeminen-

cias de Cristo. Por lo cual dijo el Apóstol que todos los que habían recebido el sacramento del Baptismo, habían sido vestidos de Cristo (1), para dar á entender que todos ellos habían sido hechos participantes de Cristo, y estaban adornados de sus virtudes y merescimientos, y que así vestidos desta librea, parescían tales en los ojos del Padre, cual el mismo Hijo parescía delante dél. Por esto con mucha razón alega este maravilloso título el Eclesiástico en su oración diciendo (2): Ten, Señor, misericordia de tu pueblo Israel, al cual igualaste y heciste semejante á tu hijo primogénito. ¿Qué dignidad, qué gloria puede ser mayor que ésta? Pues según esto, quien pudiere contar cuántas hayan sido las virtudes y merescimientos de Cristo, ése podrá entender cuántos hayan sido los bienes que nos vinieron por Él, pues de todos ellos somos hechos participantes por medio de su pasión.

Finalmente, por Él se nos dió el perdón de los pecados, la gracia, la gloria, la libertad, la paz, la salud, la redempción, la sanctificación, la justicia, la satisfacción, los sacramentos, los merescimientos, la doctrina, y todo lo demás que Él tenía y convenía para nuestra salud. Y por razón desta comunicación tan estrecha se llama en las Escrituras padre, esposo y cabeza universal de la Iglesia, porque todo lo que tiene el padre pertenesce á los hijos, y todo lo que tiene el esposo parte con la esposa, y de todo lo que tiene la cabeza participan los miembros.

Éstos son pues los bienes que nos dió. Mas ¿por qué medio nos los dió? Claro está que por medio de su sanctísima incarnación y pasión, en la cual se hizo participante de todas nuestras deudas y miserias. De manera que por medio de haber tomado Él en sí todos nuestros males, nos hizo participantes de todos sus bienes. Mucho más es esto que lo pasado, porque claro está que más admirable cosa es en Dios padescer Él males que hacer bienes: porque así como no hay cosa más conveniente á aquella infinita bondad que hacer bienes, así no hay cosa más extraña y peregrina de aquella infinita bienaventuranza que padescer males. Por do paresce que mucho más le debemos por lo que por nosotros padesció, que por lo mucho que nos dió, y mucho más por la manera del remediar, que por el mismo remedio.

Mas ¿qué tan grande fué el amor con que todo esto nos dió?

(1) Gal. 3. (2) Eccli. 36.

Esto es sin ninguna comparación mucho más, porque mucho más fué lo que deseó padescer, que lo que padesció, y muy mucho más lo que padesciera, si nos fuera necesario. Tres horas estuvo penando en la cruz por nuestros pecados. ¿Qué es esto para lo que más pudiera hacer la grandeza de su caridad? Si fuera necesario estar allí penando hasta el día del juicio, amor tenía sobrado para hacerlo. De manera que aunque mucho padesció, mucho más es lo que amó que lo que padesció. Y por esto, si le debemos mucho por lo mucho que por nosotros hizo, mucho más le debemos por lo que deseó hacer. Esta consideración es muy provechosa para despertarnos á dar gracias á quien tanto bien nos hizo, y á amar á quien tanto más nos amó de lo que hizo. Otras infinitas cosas había que decir sobre esto, mas quedarse han agora para otro lugar.

De la grandeza de la divina bondad que resplandesce en la sagrada pasión.

§ IV

Lo cuarto, debemos pensar la grandeza de la divina bondad y misericordia que en esta obra de Dios más que en otra ninguna resplandesce. Para lo cual debes considerar profundamente cuatro cosas, que en toda la historia desta sagrada pasión y en cada parte della debían ser consideradas, conviene saber: quién padesce, qué es lo que padesce, por quién lo padesce, y por qué causa lo padesce. Y si te detienes un poco en cada cosa déstas, y consideras primero la alteza del que padesce, que es Dios, y de tal manera paras en este pensamiento que vienes á quedar espantado de cosa tan alta y tan admirable, y después vienes á caer de allí en la profundidad y bajeza de los dolores y vituperios que quiso padescer, y esto no por ángeles ni por arcángeles, sino por los hombres, esto es, por unas criaturas las más viles y abominables que se pueden pensar, y peores aún en sus obras que los mismos demonios, si en cada cosa déstas haces una estación y comparas la una con la otra, verdaderamente quedarás atónito y pasmado de ver hasta dónde se abajó una tan grande majestad por una tan vil y tan baja criatura, y entonces podrás exclamar

con el profeta (1): Señor, oí tus palabras, y temí, consideré tus obras, y quedé espantando. Mas si después de todo esto consideras la causa de tan grande abatimiento, y vienes á entender cómo esto no fué ni por interese suyo ni por merescimiento nuestro, sino sólo por las entrañas de su misericordia y amor, por las cuales tuvo por bien de visitarnos dende lo alto (2), esto bien considerado, levantarte ha en una tan grande admiración y amor que vengas á quedar atónito con Moisén en el monte, cuando vió la imagen deste misterio y comenzó á proclamar á grandes voces la inmensidad de la divina misericordia que allí se le descubrió. Éste era aquel desfallescimiento que sentía la Esposa en los Cantares cuando decía (3): Sostenedme con flores, y cercadme de manzanas, que estoy enferma de amor. Sobre las cuales palabras dice S. Bernardo: El ánima amorosa ve aquí al rey Salomón con la corona que lo coronó su madre, ve al único Hijo del Padre llevando la cruz á cuestas, ve azotado y escupido al Señor de la majestad, ve al autor de la vida y de la gloria atravesado con clavos, y traspasado con la lanza, y lleno de escarnios: velo finalmente poner aquella vida suya sanctísima por sus amigos: ve todo esto, y viéndolo queda ella traspasada con un cuchillo de amor, y por esto dice: Sostenedme con flores, y cercadme de manzanas, que estoy enferma de amor.

De la excelencia de las virtudes que resplandescen en la pasión de Cristo.

§ V

Lo quinto, debemos considerar en la pasión del Salvador la muchedumbre de las virtudes que resplandescen en ella, para esforzarnos á imitar algo de lo que allí se nos representa, en cuanto nos sea posible. Ésta es una de las más altas maneras que hay de contemplar la sagrada pasión, pues está claro que toda la perfección de la vida cristiana consiste en la imitación de las virtudes de Cristo. Á esto nos convida el apóstol S. Pedro diciendo (4): Cristo padesció por nosotros, dándonos ejemplo que

(1) Habac. 3. (2) Luc. 1. (3) Cant. 2. (4) I Pet. 2.

sigamos sus pisadas, el cual no maldecía cuando lo maldecían, ni amenazaba cuando lo atormentaban, sino antes húmilmente se entregaba á los que injustamente lo juzgaban.

Pues como quiera que todas las virtudes resplandezcan tan altamente en toda la vida de Cristo, muy más perfectamente resplandescen en su sagrada pasión. Y por esto aquí principalmente conviene mirar la hermosura de sus virtudes, las cuales resplandescen más entre aquellos dolores que las flores entre las espinas.

Esta manera de consideración trae consigo por una parte grande edificación, y por otra grande admiración y espanto de ver la excelencia de tantas virtudes como allí resplandescen en tan alto grado de perfección. Considera pues primeramente aquella tan profunda humildad, con que aquel altísimo y soberano Hijo de Dios vino á ser despreciado y tenido en menos que Barrabás, y á querer ser colgado de un palo en medio de dos ladrones como capitán y príncipe de malhechores. Considera otrosí aquella paciencia tan admirable en medio de tantas injurias y dolores: aquella fortaleza tan grande con que se ofresció tan voluntariamente á las huestes de sus enemigos y á los mayores trabajos y encuentros que jamás se padescieron: aquella perseverancia tan constante que llegó de cabo á cabo, hasta subir á la cruz, y descender al infierno, y dar cabo al negocio de nuestra salvación: aquella caridad que sobrepuja todo sentido, por la cual sola se quiso ofrescer en sacrificio por los pecados del mundo, y murió por dar la vida no sólo á sus amigos, sino también á sus enemigos y á aquéllos mismos que derramaban su sangre: aquella misericordia tan copiosa que se extendió á tomar sobre sí todas las miserias y deudas del mundo, y satisfacer por ellas como si fueran suyas proprias: aquella obediencia del Padre tan perfecta que llegó hasta la muerte, y muerte de cruz, donde inclinando la cabeza ofresció al Padre su ánima sanctísima, dando á entender que era ya acabada la obra de su obediencia: aquella mansedumbre tan grande que mostró en todos los autos de su pasión, dejándose llevar como una oveja al matadero, y como un cordero que no bala delante del que lo tresquila: aquel silencio tan admirable entre tan falsas acusaciones y testimonios, que bastó para poner en admiración y espanto al mismo juez que lo condenaba.

Pues si deseas ver un perfectísimo menosprecio del mundo y

de todas las honras y riquezas y placeres que hay en él, mira al Señor en aquella cruz tan deshonrado, y atormentado, y desnudo, que ni tiene otra cama sino una cruz, ni otra almohada sino una corona de espinas, ni otra mesa sino hiel y vinagre, ni otros consoladores sino aquellos crueles escarnescedores que meneando las cabezas, le decían: ¡Ah, que destruyes el templo de Dios y en tres días lo vuelves á reedificar! Pues la pobreza evangélica y la abstinencia y aspereza de vida en ninguna parte más resplandescen que en la cruz, y así todas las otras virtudes.

Mas entre todas ellas principalmente se señalan la humildad y la paciencia. Porque la paciencia dicen los sanctos que fué la vestidura nupcial y la ropa de fiesta de que el Hijo de Dios se vestió cuando se vino á tomar las manos con la Iglesia y casarse con ella: queriendo decir por esta metáfora que aunque Cristo resplandesció con la librea de todas las virtudes cuando vino á celebrar matrimonio con la Iglesia en la cama de la cruz, pero que más principalmente resplandesció allí con la púrpura de la paciencia, porque mediante el acto desta virtud, que es sufrir, bebió el cáliz de la pasión, por cuyo valor y merescimiento la Iglesia fué redemida, y hermoseada, y desposada con Cristo.

Pues en estas y otras semejantes virtudes debemos poner los ojos cuando contempláremos la sagrada pasión, para imitar algo de lo que allí se hizo, no sólo para nuestro remedio, sino también para nuestro ejemplo. Porque la mayor gloria de cuantas en este mundo puede alcanzar un cristiano, es llegar á tener semejanza con Cristo, no como la deseó tener Lucifer, sino como nos mandó Él mismo que la tuviésemos, cuando dijo: Ejemplo os he dado, para que como yo lo hice, así vosotros también lo hagáis (1).

De la conveniencia del misterio de nuestra redempción.

§ VI

Lo sexto, debemos contemplar en la sagrada pasión la conveniencia del misterio: conviene saber, cuán conveniente medio haya sido éste que Dios escogió para encaminar la salvación del hombre y socorrer á sus miserias. Esta manera de contem-

(1) Joan. 13.

plar sirve para alumbrar el entendimiento y confirmarlo más en la fe deste misterio, y para levantar el corazón del hombre en una grande admiración de la bondad y sabiduría de Dios, que tan admirable y tan conveniente medio escogió para sanar nuestras miserias y socorrer á nuestra necesidad.

Ésta es una materia tan copiosa para meditar, que verdaderamente aunque un hombre estuviese pensando en ella hasta el día del juicio, siempre hallaría nuevas conveniencias y nuevas causas por donde más y más se levantase su espíritu á la admiración desta soberana sabiduría y providencia de Dios. Y porque crescería mucho este volumen si desta materia se hobiese de tratar por entero, contentarme he al presente con sólo descubrir aquí el hilo y fundamento desta consideración, para que por aquí el ánima devota y religiosa abra camino para todo lo demás.

Pues para esto es de saber que para ver la proporción y conveniencia que tiene un medio para con su fin, es necesario hacer comparación del medio con el fin: y cuanto mayores ayudas se hallaren de parte del medio para conseguir el fin, tanto es el medio más convenible para él. Pongamos ejemplo. Si queremos examinar si una medicina es conveniente para una enfermedad, miramos los accidentes de la enfermedad y las propriedades y virtud de la medicina, y vista la proporción que hay de lo uno á lo otro, juzgamos si conviene ó no conviene para ello. Pues según esto, como nos conste ya que la pasión y sangre de Cristo es una general medicina de todas las miserias y necesidades del hombre, si queremos ver la conveniencia desta medicina, debemos hacer una larga comparación de la medicina con la dolencia, y si bien supiéremos escudriñar lo uno y lo otro, hallaremos por cierto que viene tan á propósito esta medicina para contra esta dolencia y para contra todos los ramos y accidentes della, como si para cada uno solamente fuera instituída: lo cual sin duda es cosa que pone al que atentamente lo considera, en un grande espanto y admiración. Si no, dime: para pagar la deuda común del linaje humano, ¿qué satisfación se pudiera ofrescer más suficiente que aquella sangre preciosa que derramó el Hijo de Dios en la cruz? Para curar las llagas de nuestra soberbia, y avaricia, y desagradescimiento, y amor proprio, con todos los otros males que dél proceden, ¿qué cosa más conveniente que Dios en una cruz? Para darnos conoscimiento de la divina bondad y misericordia, y para

encendernos más en el amor de Dios y del prójimo, y esforzar más nuestra confianza, y despertar más nuestro olvido y desconoscimiento, ¿qué cosa más convenible que Dios en una cruz? Pues para enriquescer al hombre con merescimientos, para levantallo á mayor honra, para encender su espíritu en devoción, para consolarlo en sus tribulaciones, para socorrerlo en sus tentaciones, para ayudarlo en sus trabajos, para darle ánimo para cosas grandes, y finalmente para todos los ejemplos de virtud, ¿qué cosa más conveniente que Jesucristo en la cruz? Y para comprehenderlo todo en una palabra, si la vida del Evangelio bien mirada no es otra cosa sino cruz, ¿qué cosa más conveniente para encaminar á un linaje de vida que toda es cruz, sino otra cruz? Si ninguna cosa es más eficaz para engendrar un fuego que otro fuego, y un semejante que otro semejante, ¿qué cosa habrá más proporcionada para engendrar una cruz, que otra cruz?

Pues cuando el ánima devota halla tantas maneras de fructos en este árbol de vida para todo género de tiempos y de necesidades, no puede dejar de maravillarse de la sabiduría de aquel soberano Maestro que tan excelente medio halló para nuestro remedio, y de reconoscer la bondad de aquel tan piadoso Padre que pudiendo remediar al hombre con sola su voluntad, se quiso poner á tan grandes trabajos y deshonras para que el hombre quedase por esta vía más honrado y aprovechado que por otra alguna.

Éstas son las seis principales maneras que hay para meditar la sagrada pasión. Y la orden que comúnmente se podrá tener en ellas, es comenzar por la primera (que es como fundamento de las otras) y della podemos salir luego á las demás, según que el mismo hilo de la meditación nos abriere camino, y la gracia del Espíritu Sancto, que es el principal maestro destos ejercicios. Porque (según arriba declaramos) considerada la grandeza de los dolores que el Salvador padesció, luego podemos salir á considerar cuánta sea la grandeza de nuestro pecado, que le hizo padescer todo esto, y cuánta sea también la grandeza deste beneficio, pues por nuestro amor quiso Dios padescer tan extraños dolores, y asimismo cuánta sea la alteza de aquella divina bondad y misericordia, que por nuestro amor se inclinó al profundo de tantas vilezas y miserias, y sobre todo esto, cuán grandes hayan sido los ejemplos de virtudes que allí se nos dieron, conviene sa-

ber, de paciencia, obediencia, caridad, humildad, mansedumbre y fortaleza, con todo los demás que hasta aquí se ha tratado.

Y aunque para todas estas consideraciones haya salida y paso conveniente de la primera, no se requiere que cada vez que el hombre se pone á pensar este misterio, haga todas estas salidas (porque para esto no bastaría tiempo) sino conténtese con aquel bocado en que más sabor hallare: porque en estos ejercicios (como ya dijimos) no se ha de tener respecto á lo mucho que se piensa ó que se reza, sino á la mucha devoción con que esto se hace.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

COMIENZA LA SEGUNDA PARTE

DESTE LIBRO

EN LA CUAL SE TRATA

DE LA DEVOCIÓN

Y DE LAS COSAS

QUE AYUDAN Ó IMPIDEN PARA ALCANZARLA

CAPÍTULO PRIMERO

EN EL CUAL SE DECLARA QUÉ COSA SEA DEVOCIÓN

Dos impedimentos principales dijimos arriba que hallaban los que se querían dar al ejercicio de la oración interior. El uno era falta de materia en que poder ocupar su pensamiento al tiempo de la oración, y el otro, falta de devoción y guerra de pensamientos, que allí más que en otra parte suelen molestar á los que oran. Para remedio del primero destos dos impedimentos sirve todo lo que se ha tratado hasta agora en la parte precedente, donde se pusieron sus meditaciones y declaraciones para todos los días de la semana, y se señalaron aquellas cinco partes de la oración, de que arriba tratamos, para que entre tanta variedad de cosas no faltase materia en que meditar.

Mas para remedio del segundo impedimento (que es falta de devoción) servirá esta segunda parte, en la cual trataremos de las cosas que ayudan á la devoción, y de las que la impiden, y de las tentaciones más comunes de las personas devotas, y daremos también algunos avisos necesarios para no errar este camino. Mas porque todo esto es obra de gracia y negocio del Espíritu Sancto, no pretendemos aquí hacer regla general, ni atarle las manos para que no pueda llevar por otro camino á quien Él qui-

siere, ni presumimos tampoco de comprehender todo lo que para este negocio se requiere, sino solamente dar algunos avisos á los que de nuevo comienzan, y ponerlos en el camino: porque después de entrados en él, la experiencia del negocio y la asistencia del Espíritu Sancto les serán mejores maestros desta doctrina.

Y pues hemos de tratar aquí de las cosas que ayudan y impiden la devoción, será necesario declarar primero qué cosa sea devoción, porque entendida la grandeza del bien que pretendemos, nos inclinemos más al trabajo y á los medios por do se alcanza.

Devoción (propriamente hablando) es cosa bien diferente de lo que muchos entienden. Porque muchos piensan que devoción es una ternura de corazón que sienten algunas veces los que oran, ó alguna consolación y gusto sensible de las cosas espirituales, lo cual (propriamente hablando) no es devoción. Porque esta ternura y consolación sensible muchas veces la tienen hombres carnales y sensuales, y á las veces personas que están en pecado mortal, y por el contrario, muchas veces los sanctos varones no sienten nada de esto en su oración, y no es razón que digamos que á éstos entonces falte la verdadera devoción, ni tampoco que la tengan los otros, siendo los que son.

Por esta causa dice un doctor que devoción propriamente no es ternura de corazón ni consolación espiritual, sino una promptitud y aliento para bien obrar y para el cumplimiento de los mandamientos de Dios y de las cosas de su servicio. Porque mirada la significación propria del vocablo, varón devoto es aquél que está dedicado y prompto para el servicio de nuestro Señor: y por consiguiente, devoción será aquella promptitud con que el hombre está ofrescido y aparejado para hacer su sancta voluntad.

Y allende desto, devoción llamamos aquello que acompaña siempre á la buena y sancta oración: y lo que siempre la acompaña es esta promptitud y esfuerzo para todo lo bueno, la cual muchas veces se halla sin aquellas consolaciones y ternura de corazón. Onde así como el caminante, después que ha tomado su refección, siente en sí un nuevo aliento y esfuerzo para caminar, aunque no tomase gusto en lo que comió, así la oración (que es un espiritual mantenimiento del ánima) causa en ella siempre una promptitud y aliento para andar por el camino de Dios, aunque algunas veces no sienta gusto en ella.

Este efecto de la oración nos representó el Salvador en aquella oración del huerto, de la cual se levantó la tercera vez con tan grande ánimo y esfuerzo para ir á recebir sus enemigos, que con una sola palabra los derribó en tierra (1), como quiera que en la tal oración no tuviese gustos ni alegrías espirituales, sino por el contrario agonías y tristezas tan grandes, que le hicieron sudar gotas de sangre. Y esto quiso Él que fuese así, no porque su gracia y fortaleza cresciese ni menguase con la oración (pues Él estaba lleno de todas las gracias) sino para representarnos en su persona la virtud y eficacia de la oración, la cual si no alcanza siempre aquella ternura de corazón, á lo menos alcanza esta promptitud y fortaleza para todo trabajo, y si no acaba con Dios que nos quite la carga, á lo menos acaba que nos dé fortaleza para llevalla.

Mas es aquí de notar que desta devoción y promptitud para lo bueno, muchas veces nasce aquella consolación espiritual que los simples llaman devoción, y por el contrario, esta misma consolación acrescienta la verdadera devoción, que es aquella promptitud y aliento para bien obrar, sirviendo como buena hija á su madre, y haciendo al hombre tanto más prompto para las cosas de Dios, cuanto más alegre y consolado anda dentro de sí mismo. De manera que se ayudan entre sí estas dos virtudes una á otra como madre á hija y hija á madre. Lo cual muchas veces acaesce en las cosas espirituales, como paresce en el amor de Dios, el cual es causa del aborrecimiento de los vicios, y por el contrario el aborrecimiento de los vicios ayuda y sirve para más amar á Dios.

Y que esta consolación susodicha acresciente la devoción y promptitud para lo bueno, muéstralo claro el profeta David, cuando dice (2): Por el camino de tus mandamientos, Señor, corrí cuando dilataste mi corazón. Esta dilatación procede del alegría espiritual (porque proprio es del alegría dilatar el corazón, como de la tristeza encogerlo) y esta alegría dice él que le hacía, no andar paso á paso, sino correr con ligereza por el camino de la ley de Dios.

Y ésta es la causa por donde los siervos de Dios pueden con mucha razón desear y pedir al Señor estas alegrías y consola-

(1) Joan. 18. (2) Psalm. 118.

ciones espirituales (como adelante se dirá) no por el gusto y contentamiento que hay en ellas (porque esto sería más amor proprio que amor de Dios) sino por este provecho que nos traen para el bien obrar. Porque verdadera es aquella sentencia que dice: el deleite acaba las obras.

Cuán gran bien sea la devoción.

§ II

De lo dicho paresce claro cuán gran bien sea la devoción, porque ella es una virtud general que abraza todas las virtudes y hace al hombre despierto y prompto para todo lo bueno. Y demás desto es muy alabada esta virtud, porque siempre anda en compañía de otras excelentes virtudes que con ella tienen grande vecindad y parentesco. Porque todo es cuasi una misma cosa, devoción, oración, contemplación, ejercicio en el amor de Dios, consolaciones espirituales y estudio de aquella divina sabiduría (que es conoscimiento amoroso de Dios) que tantas veces es alabado en las Escripturas sagradas. Todas estas virtudes, aunque en el escuela andan apartadas, en el ejercicio andan juntas: porque donde está la perfecta oración, ahí está la devoción, y la contemplación, y la consolación, y el amor actual de Dios, con todo lo demás, porque es tanta la semejanza que hay entre estas cosas, que fácilmente hay tránsito y pasaje de las unas á las otras: de donde viene á ser que aunque estas virtudes en la naturaleza sean distinctas, en el ejercicio (como dije) se platiquen juntas.

Pues siendo esto así, tratar agora de los medios por do se alcanza la devoción, es tratar de los medios por do se alcanza la perfecta oración, y la contemplación, y las consolaciones del Espíritu Sancto, y el amor de Dios, y la sabiduría del cielo, y aquella beatísima unión de nuestro espíritu con Dios, que es el fin de toda la vida espiritual, y finalmente, esto es tratar de los medios por donde se alcanza el mismo Dios en esta vida, que es aquel tesoro del Evangelio (1), y aquella preciosa margarita por cuya posesión el sabio mercader alegremente se deshizo de todas sus

(1) Matth. 13.

cosas. Por do paresce que ésta es la más alta teología y más excelente doctrina de cuantas se pueden enseñar, pues aquí se enseña el camino para el sumo bien, y paso por paso se arma una escalera para subir por ella á alcanzar el fructo de la suma felicidad, según que en esta vida se puede alcanzar.

De cómo es dificultosa de alcanzar la verdadera devoción.

§ III

Y pues este bien es tan grande, no se maravillará nadie que sea también dificultoso, pues ninguna cosa hay en el mundo que no tenga tanto de dificultad cuanto tiene de grandeza. Lo cual se ve aquí claramente, porque sin dubda no es cosa fácil quietar una cosa tan bulliciosa como es nuestra imaginación, lo cual se requiere para la verdadera oración y devoción. Conforme á lo cual decía el abad Agatón que entre los trabajos de la vida religiosa no había otro mayor que el de la oración. Porque por experiencia vemos á muchos ejercitarse y perseverar en otros buenos ejercicios, como son ayunos, vigilias, disciplinas y limosnas, los cuales no pueden sufrir el trabajo de la continua oración. Lo cual aún es mucho de maravillar, considerando que para esta sancta obra tenemos al Espíritu Sancto por ayudador, y á los ángeles por ministros, y á los sanctos por compañeros, y á las escripturas y sacramentos por estímulos y despertadores deste bien.

Esta dificultad nasce de tres raíces: la primera, de la corrupción de la naturaleza, la cual quedó por el pecado tan estragada, que no tiene ya el hombre aquel señorío sobre las potencias de su ánima que antes tenía. Y así la imaginación (que es una dellas) hace lo que quiere, y vase por do quiere, y desaparesce muchas veces (como esclavo fugitivo) de casa sin que lo echemos de ver. Lo cual no todas veces es vicio de la persona, sino de la misma naturaleza, que quedó así por el pecado estragada.

Lo segundo nasce también de la mala costumbre que algunos han tenido en dar soltura á su imaginación para discurrir por todo género de pensamientos, por donde viene á ser que después deste mal hábito apenas le pueden atar á un solo objecto

como á un pesebre, estando ella habituada á andar suelta y cerrera por todos los baldíos del mundo. ¡Cuántos hay que desean tener devoción pensando en la pasión del Salvador y en otros buenos pensamientos, y así como comienzan á pensar en esto, se les derrama el corazón en mil partes, y no pueden tener los ojos fijos en el blanco del crucifijo para enviar allí las saetas de su amor! ¿Sabéis por dónde os viene esto? Porque habéis hecho un mal hábito de dejar ir vuestro corazón por donde á él se le antoja, y cuando después queréis sosegarlo, no podéis, porque está habituado á andar suelto y libre por do ha querido. Es luego menester que el que se quiere de veras dar á la oración, cierre las puertas de su ánima á todo género de pensamientos vanos y desaprovechados, y se habitúe poco á poco á retraerla de las cosas exteriores á las interiores, y de las bajas á las altas. Desta manera se viene á quietar nuestra ánima, aunque no luego ni muy presto. Mas no por eso habéis de desmayar, porque por fuerza es que así como el ánima está de mucho tiempo habituada á este distraimiento, así también ha menester mucho tiempo para deshabitualla y hacelle perder sus malas mañas: y tanto más presto se acabará esto, cuanto fuere el hombre más diligente en pensar siempre cosas buenas y cerrar los sentidos á todo aquello que no convenga para este camino.

Lo tercero nasce también esta dificultad de la malicia de los demonios, los cuales con la envidia que tienen de nuestra salud, procuran molestar allí más que en otra parte á los que oran, para privarlos del fructo inestimable de la oración, según que lo dice Orígenes por estas palabras: Los demonios, así como procuran de estorbar las otras buenas obras, así también procuran impidir la oración, para que el que ora no se halle tal que pueda levantar á Dios las manos puras sin ira en su oración. Y si alguno hobiere tan bien librado que venga á levantallas sin ira, apenas habrá quien las levante sin contradición y guerra de superfluos y vanos pensamientos. Por lo cual sin dubda es grande la pelea y batalla de la oración, si hemos de procurar allí que nuestra ánima esté limpia de todo género de vanos pensamientos, y atenta y fija en solo Dios con estabilidad y firmeza de corazón. Hasta aquí son palabras de Orígenes, por las cuales se paresce bien la dificultad deste negocio.

Mas contra todas estas dificultades se contrapone la divina gra-

cia, que es más poderosa que todas las cosas. Á la cual servirán todos los avisos que al presente daremos, mediante los cuales este camino se hará, con el favor de Dios, de dificultoso fácil y después, con el uso, suave.

Por lo cual no se debe nadie maravillar que se pidan aquí muchas cosas para conseguir este fin: porque demás de las dificultades susodichas hase de mirar que aquí tratamos de la perfecta oración, mediante la cual se alcanza la unión de Dios: y por esto no se puede llamar mucho lo que se pide para una cosa tan alta, que hace al hombre un espíritu con Dios. Porque si tantas cosas dice el arte del alquimia que son necesarias para hacer de un poco de cobre oro, ¿cuánto más será menester para hacer de un hombre Dios?

Y demás desto, si la contemplación de las cosas divinas y el amor de Dios es el fin de toda la vida cristiana (á la cual sirven todos los mandamientos de la ley y los profetas como las medicinas á la salud) y todo esto anda en compañía de la perfecta oración y devoción (como arriba tratamos) no se maraville nadie que traigamos agora aquí toda esta muchedumbre de mandamientos para este propósito, pues todos ellos son medios que de lejos ó de cerca sirven para este fin.

CAPÍTULO II

DE LAS COSAS QUE AYUDAN PARA ALCANZAR LA VERDADERA DEVOCIÓN

Dicho ya qué es lo que entendemos aquí por devoción (que no es una virtud sola, sino todas aquéllas que dijimos andar en compañía dellas) digamos agora de los medios por do se alcanza.

Pues la primera cosa que ayuda para alcanzar este tan grande bien, es un grande y cuidadoso deseo de alcanzarlo, según que expresamente lo dice el Sabio por estas palabras (1): El principio

(1) Sap. 6.

para alcanzar la sabiduría es el verdadero y entrañable deseo della. Y poco antes, hablando deste mismo deseo y cuidado, dice así: Clara es, y que nunca se marchita, la flor de la sabiduría, y fácilmente se deja ver de los que la aman, y hallar de los que la buscan. Ella misma se adelanta y previene á los que de veras la desean, para mostrárseles primero, y el que por la mañana madrugare á buscarla, no pasará mucho trabajo, porque á sus puertas la hallará asentada. Porque ella se tiene cuidado de andar por todas partes buscando á los que son mercaderes della, y se les muestra con alegre rostro en el camino, y con todo cuidado y providencia los sale á rescebir. Hasta aquí son palabras del Sabio, por las cuales viene luego más abajo á concluir lo que arriba dijimos, que el primer principio para alcanzar la sabiduría es el verdadero y entrañable deseo della. Y así le aconteció á este mismo Sabio, porque no habló esto á lumbre de pajas, sino enseñado antes, no sólo por la asistencia del Espíritu Sancto, sino también por la misma experiencia del misterio. Y así dice él más abajo (2): Deseé, y fuéme dado sentido, y llamé, y vino en mí el espíritu de la sabiduría. Ves pues cómo el deseo fué el primer principio deste bien.

Toda la Escritura divina concuerda con este mismo parecer. ¡Cuántas veces leemos en la ley y en los profetas que hallaremos á Dios cuando lo buscáremos, si lo buscáremos con todo nuestro corazón! ¡Cuántas leemos en los libros de la Sabiduría: El que por la mañana velare, á mí hallarme ha! Si buscares, dice Salomón (2), la sabiduría con el cuidado que buscan los hombres el dinero, y con el deseo que cava la tierra el que busca algún tesoro, ten por cierto que la hallarás. Mas ¿qué es menester andar buscando más autoridades, pues tenemos aquella prenda tan segura del Salvador que dice (3): Pedid, y recibiréis, buscad, y hallaréis, llamad, y responderos han? Porque todo aquél que pidiere, recibirá, y el que buscare, hallará, y al que llamare, responderle han.

La razón por que vale tanto este deseo para hallar á Dios, es porque (como dicen los filósofos) en todas las cosas, y señaladamente en las obras morales, el amor del fin es la primera causa que mueve todas las otras á obrar, de tal manera, que cuanto es

(1) Sap. 7. (2) Prov. 2. (3) Matth. 7.

mayor el amor y deseo del fin, tanto es mayor el cuidado y la diligencia que se pone para alcanzarlo. Si no, dime, ¿quién hizo á Alejandro Magno ponerse á tan grandes trabajos y peligros, y emprender tantas batallas, sino el amor grande que tuvo del imperio del mundo? ¿Quién hizo al patriarca Jacob no sentir los siete años de tan duro servicio (1), sino el amor grande que tuvo á la hermosura de Raquel? ¿Quién hace al labrador, y al marinero, y al soldado, ponerse á tantas maneras de trabajos y peligros, sino el amor del interese? Pues si tanto puede el amor de cosas tan bajas, ¿qué haría el amor deste sumo bien, si verdaderamente se amase y conosciese? Porque no convidamos aquí con la hermosura frágil de la esposa Raquel, que muere de parto, no con la gloria perecedera del mundo, que se acaba con la vida, no con las honras fugitivas, que se lleva el viento, no con los vanos placeres del hipócrita, que no duran un puncto, ni menos con las riquezas terrenas que la polilla roe y los ladrones roban, sino con la hermosura de la sabiduría, con el reino del cielo, con el tesoro de la caridad, con las consolaciones del Espíritu Sancto, con el manjar de los ángeles, con la paz, con la libertad, y finalmente con el sumo bien. Pues ¿qué mayor tesoro quieres tú que éste? Bienaventurado el varón, dice aquella eterna Sabiduría (2), que me oye, y que vela á mis puertas cada día, y aguarda á los umbrales de mi casa, porque el que me hallare, hallará la vida y recibirá salud del Señor.

Pues con estas y otras semejantes consideraciones debes atizar y encender en tu corazón cuidadoso este deseo, y avivar en ti el avaricia espiritual destas verdaderas riquezas. Porque este deseo no ha de ser tibio, ni perezoso, ni flojo, sino vivo, diligente, solícito y cuidadoso. Mira tú cuáles andan los avarientos deste siglo, y los amadores de la honra, ó de la hermosura de alguna criatura, que de noche ni de día no piensan en otra cosa sino cómo hallarán camino para salir con lo que desean: y desta manera procura tú buscar á Dios, aunque Él sea merecedor de tanto mayor diligencia que ésta cuanto vale más que toda criatura. Mira también cuán cuidadosos andan los capitanes en la guerra, cuando tienen puesto cerco sobre algún castillo fuerte, y cuántas maneras de ardides y minas buscan para entrallo: y desta manera pro-

(1) Gen. 19. (2) Prov. 8.

cura tú de velar y trabajar por conquistar este sumo bien, pues está escrito que el reino de Dios padesce fuerza (1), y que los esforzados son los que lo arrebatan.

Bienaventurado el que desta manera busca á Dios, porque sin dubda el que así lo busca, algo tiene ya recebido, y prendas tiene que le darán lo demás. Víspera de hallar á Dios es el buscarlo, y ya tiene recebidas las primicias del Espíritu Sancto quien le busca con este deseo. Cuando el cazador ve que el perro se apresura más de lo acostumbrado, y que sigue alguna vereda derecha con esta priesa, luego entiende que ha dado en el rastro de la caza, y comienza ya á alegrarse con la esperanza della. Pues así te debes tú alegrar cuando esto vieres, y tanto cuanto más la grandeza del deseo te hiciere cuidadoso y temeroso, tanto debes estar más seguro, entendiendo que tras de esas flores vendrán los fructos, y que ya tiene Dios el uno de los dos pies dentro del ánima, cuando le ha dado deseos vivos de su presencia.

Ésta es la manera que tienen de buscar á Dios los que han sido prevenidos con las bendiciones de su dulcedumbre, y han visto ya la hermosura de Raquel, por cuya posesión y casamiento se determinan alegremente á los siete años de servicio. Éstos día y noche nunca paran ni reposan hasta hallar lo que buscan, diciendo siempre con el profeta (2): ¿Si daré yo sueño á mis ojos, y si dejaré cerrar un poquito mis párpados, y si daré descanso á mi vida, hasta hallar lugar para el Señor, y morada para el Dios de Jacob? Lo que éstos piensan, lo que hablan, lo que sueñan, esto es, y ningún trabajo les paresce grande cuando miran la grandeza del galardón.

De los tales en figura dice el Eclesiástico (3): El que tiene el arado y se precia del aguijada, apresura con cuidado sus bueyes, y todo se emplea en la labor del campo, y sus pláticas son en los hijos de los toros. Asimismo el esculptor, que pasa toda la noche de claro como el día esculpiendo sus imágines, y con sus vigilias acaba su obra. Desta manera el herrero asentado par de la fragua, y puestos los ojos en la obra que quiere hacer, no descansa toda la noche, afligiendo su carne con el vapor del fuego, y batallando con el hierro duro al calor de la fragua. Éstos son los cuidados del avariento labrador y del herrero cuidadoso, que ma-

(1) Matth. 11. (2) Psalm. 131. (3) Ecli. 38.

drugan y trasnochan en sus oficios por salir con lo que desean, á los cuales ha de imitar el verdadero amador de Dios, velando y pensando noche y día cómo hallará este tan grande bien, hasta enflaquecer con este cuidadoso pensamiento, y testificar con la flaqueza del cuerpo las ansias del corazón, según lo que dice el mismo Sabio por estas palabras (1): Las vigilias y el cuidado de la virtud enflaquescen las carnes, y el pensamiento y deseo de alcanzarla quita el sueño.

Mas por ventura dirás: en mucho cuidado me ponéis para haber de alcanzar este bien. Dime, ruégote: ¿es justo que un bien tan grande como es Dios, sea buscado con cuidado? Dirás que sí. Pues ¿qué menor cuidado se pudo pedir, ni qué partido más convenible se pudo hacer, que pedir para alcanzar el sumo bien, no más cuidado que el que se pone para alcanzar el dinero? Pondera mucho aquellas palabras de Salomón que dijimos (2): Si buscares la sabiduría como quien busca dinero, hallarla has. ¡Oh, bendígante, Señor, los ángeles, que siendo tú el mayor bien de los bienes, no pides ser buscado con mayor cuidado que con el que se busca el más bajo dellos, que es el dinero!

De la segunda cosa que ayuda á la devoción, que es fortaleza y diligencia.

§ II

ESTE deseo que hemos dicho, ha de estar acompañado con una grande diligencia y fortaleza, para que con ella podamos vencer todas las dificultades que de por medio se ofrescieren á estorbarnos este bien. Y aunque este deseo (según que arriba lo figuramos) traiga consigo esta diligencia y fortaleza, todavía será menester que en particular platiquemos algo della.

Para cuyo entendimiento has de saber que así como la naturaleza proveyó de dos virtudes y potencias á cada uno de los animales para su conservación, la una que llaman concupiscible, á la cual pertenesce desear lo que conviene para la conservación del individuo ó de la especie, y la otra que llaman irascible, á la cual

(1) Eccli. 31. (2) Prov. 2.

conviene pelear y acometer á las dificultades y contradiciones que impiden lo que para esto se desea, así has de entender que estas dos mismas virtudes en su manera se requieren para la conservación y sustentación de la vida espiritual, y señaladamente para alcanzar este bien que pretendemos. Porque primeramente es menester aquel deseo grande que dijimos deste bien, el cual nos mueva á buscarlo y procurarlo: y después desto es menester un esfuerzo y ánimo generoso para acometer y vencer muchas y grandes dificultades que se atraviesan de por medio á impedirlo. Porque (como adelante se verá) son muy muchas las cosas que nos impiden la devoción, y son muchas también las que se requieren para alcanzarla, y todas ellas muy dificultosas: y por esto es menester grande ánimo y fortaleza para romper por medio de todas estas dificultades y contradiciones hasta llegar á coger el agua deseada de la cisternica de Betlehem (1), sin que los enemigos nos impidan ni á la ida ni á la vuelta. Pues para conseguir un bien tan arduo y tan defendido, ¿qué podrá hacer el deseo pobre y desnudo, si no fuere armado y acompañado de fortaleza?

Por aquí entenderás la manquera que tienen los que viven con solos buenos deseos, sin tener esta fortaleza de que hablamos, porque éstos son como animales imperfectos y monstruosos que tienen concupiscible sin irascible, lo cual así como no bastaría para la provisión y conservación de la vida natural, así tampoco basta para la espiritual. Éstos son los deseos del perezoso, de quien dice Salomón que ya quiere, y ya no quiere, y que todo se le va en deseos (2). Quiere cuando considera la hermosura de la virtud, y no quiere cuando se le representa la dificultad que hay en ella, porque como animal imperfecto y monstruoso, tiene la una destas dos virtudes naturales del apetito, que es el deseo, y no la otra, que es el esfuerzo.

Pues por esta causa nos es tantas veces en la Escriptura encomendada la diligencia y la fortaleza, y tan condenada la pereza y negligencia, como dos raíces generales de todo nuestro mal y bien. Cosa es por cierto que me pone en admiración ver la guerra que el Espíritu Sancto tiene con el perezoso en los libros de Salomón, en los cuales apenas hay capítulo en que no le tire una saeta y le dé á entender el peligro en que está. Y con ser siempre

(1) II Reg. 23. (2) Prov. 13

una misma sentencia la que dice, guísala de mil maneras, y á propósito y sin propósito repítela en mil lugares, refrescando siempre la memoria della, para que por aquí entendiese el hombre cuán importante cosa era la que tan á menudo y con tanta importunidad el Espíritu Sancto repetía. En una parte dice (1): Los buenos pensamientos y propósitos del esforzado siempre crescen en abundancia, mas todo perezoso vive en pobreza. En otra dice (2): La pobreza nasce de la mano perezosa, mas la mano de los fuertes apareja riquezas. En otra dice: La pereza es causa que se vaya poco á poco arruinando la casa, y la flaqueza de las manos hace que se llueva toda. En otra dice (3): El que labra su tierra se hartará de pan, y el que se da á ociosidad será lleno de pobreza. En otra dice (4): El que es muelle y flojo en su manera de vivir, compañero es del que distraye sus obras. En otra dice (5): La pereza carga al hombre de sueño, y el ánima floja y desatada en sus obras padescerá hambre. Y sobre todos estos lugares es mucho de notar aquel lugar donde dice (6): Pasé por la viña del perezoso y por la heredad del varón loco, y vi que toda estaba cubierta de espinas y de ortigas, y que la cerca estaba aportillada por todas partes: lo cual, como yo viese, notélo con diligencia, y con el ejemplo deste descuido híceme más avisado, y miré por lo que á mí me convenía. ¿Pues hasta cuándo, perezoso, dormirás? ¿Hasta cuándo despertarás dese sueño? Un poquito dormirás, y otro poquito cabecearás, y otro poquito juntarás las manos por reposar, y vendrá sobre ti como un caminante la pobreza, y la mendicidad como hombre armado. Quiere decir: vendrá poco á poco la costumbre desa flojedad y descuido á convertirse en naturaleza, y tomará de tal manera la posesión y señorío sobre ti, que no seas más parte para echarla de casa que á un hombre poderoso y armado.

Pues pregunto agora: ¿ á qué propósito repetía tantas veces el Espíritu Sancto esta sentencia, y la engería entre tantos lugares, sino porque entendía que así como la llave de todo nuestro aprovechamiento es la diligencia y fortaleza, así la raíz de todo nuestro mal es la pereza y negligencia? Dime, ¿qué virtud hay que no tenga aneja alguna dificultad y trabajo? Pues si el hombre no tiene brazo para vencer esta dificultad, si no tiene martillo para

(1) Prov. 21. (2) Prov. 10. (3) Prov. 12. (4) Prov. 18. (5) Prov. 19. (6) Prov. 24.

domar el hierro duro de que hace la obra, ¿qué cosa virtuosa podrá acabar? Hermosamente dijo Prudencio que todas las virtudes eran viudas, sin la paciencia y fortaleza: porque si la virtud caresce de fortaleza, claro está que no podrá vencer la dificultad con que ella anda siempre acompañada. Pues por esto conviene que sacudida de nuestro ánimo toda pereza y negligencia, nos armemos de un muy fuerte y denodado propósito para acometer esta empresa, y no descansar hasta salir al cabo con ella, implorando siempre para esto con grande humildad la gracia divina.

Y no hemos luego de desmayar con las contradiciones que en el camino se nos ofrescieren, sino antes esforzarnos animosamente contra ellas, imitando en esta parte á los que van remando agua arriba en un río arrebatado y impetuoso, los cuales con la fuerza de los remos contrastan á la furia de las aguas: y si alguna vez prevalece contra ellos la corriente, no por eso desmayan, sino antes con doblada fuerza y diligencia vuelven á enderezar su barco y á proseguir su camino. Pues tales han de ser nuestros propósitos como éstos, conviene saber, firmes y determinados: y si alguna vez nos acaesciere que seamos vencidos, volver luego á cobrar ánimo de nuevo, porque según se suele decir, el trabajo importuno y porfiado de todas las cosas ha victoria.

Desta manera vemos también ser los hombres infatigables en los negocios del mundo, y no volver atrás, aunque muchas veces les haya sido contraria (como dicen) su fortuna. Así el mercader no luego deja su trato, aunque alguna vez no le suceda bien la ganancia, ni tampoco cesan los labradores de labrar la tierra, aunque alguna vez pierdan la costa y el trabajo, mas antes vuelven á su labor con mayor cuidado, por ver si podrán por esta vía recobrar algo de lo perdido. Pues ¿cuánto más debemos nosotros esforzarnos en este sancto ejercicio, en el cual hay mucho menor trabajo y mayor galardón, y éste no caduco ni dubdoso, sino cierto y perdurable?

Mas aquí es mucho de notar que así como aquel deseo que arriba dijimos ha de ser acompañado de fortaleza porque no sea perezoso, así esta fortaleza ha de estar acompañada de humildad porque no sea soberbia. Porque aunque es razón de trabajar en esta demanda todo lo posible, y meter en ella todas las velas, pero de tal manera hemos de hacer esto, que creamos muy de veras que no por nuestro trabajo, sino por la divina gracia y mise-

ricordia, se ha de alcanzar este bien. Porque como dice el Sabio (1), no es de los ligeros la carrera, ni de los fuertes la victoria, ni de los artífices la gracia. Pues si esto acaesce en las cosas humanas, ¿cuánto más acaescerá en las divinas, que todas van coladas y guiadas por gracia? Y porque la gracia principalmente se da á los humildes (como toda la Escriptura clama) por eso no menos sino mucho más aprovecha la humildad que la fortaleza para alcanzar este bien.

Por esto debe el hombre reconoscer profundamente su indignidad y flaqueza, y humillarse ante la mano poderosa de Dios, y presentarse ante Él como un niño que nada puede ni sabe, y suplicarle por los méritos de Cristo sea servido de mirarlo con ojos de piedad, y darle como á un pobre mendigo alguna de las migajas de la mesa rica de su gran misericordia. Mas con este reconoscimiento no debe el hombre echarse á dormir y librarlo todo en Dios (como hacen algunos) sino echar mano al arado y hacer lo que es en sí, para que el Señor haga lo que es de su parte: porque así como este Señor es amigo de humildes, así también es enemigo de haraganes y perezosos.

De la tercera cosa que ayuda á la devoción, que es la guarda del corazón.

§ III

Supuestos ya estos dos principios y fundamentos, y descendiendo más en particular á tratar esta materia, digo que la primera y más principal cosa que ayuda á la oración y devoción es la guarda y recogimiento del corazón. Porque así como para tañer en una vihuela ó en otro cualquier instrumento es menester que esté primero templado y dispuesto para que se pueda bien tañer en él, así (pues nuestro corazón es el principal instrumento desta música celestial) es necesario que esté primero templado y aparejado, porque de otra manera no podrá haber música concertada en instrumento desconcertado. Por esto nos aconseja Salomón diciendo (2): Con toda guarda procura guardar tu corazón,

(1) Eccli. 9. (2) Prov. 4.

porque dél procede la vida: porque como el corazón sea el principio de todas nuestras obras, claro está que cual él estuviere, tales también serán las obras que procedieren dél.

Y no sólo por esta razón conviene velar sobre esta guarda, sino también por la delicadeza y flaqueza increíble de nuestro corazón, el cual no se puede explicar con palabras cuán fácil sea de derramar y distraer. Porque sin dubda una de las grandes miserias del hombre es ver con cuánta dificultad se recoge, y con cuánta facilidad se derrama, y cuánto es menester que trabaje para alcanzar un poco de devoción, y cuán fácilmente la pierde después de alcanzada. Dicen que la leche y aun algunos otros manjares son tan delicados, que el aire basta para corromperlos, y de la vihuela dicen que el frío y el sereno bastan para destemplarla: pues muy más delicado es sin dubda el corazón del hombre, y menores causas bastan para destemplarlo. Finalmente, así como la vista de los ojos se impide con una pequeña mota, y sólo un poco de vaho basta para empañar y escurescer un espejo, así muy pequeñas cosas y muy menudas bastan para añublar la claridad de nuestro corazón, y escurescer los ojos del ánima, y despojarla de todo buen afecto y devoción. Y por esto con grandísimo recaudo y diligencia conviene velar sobre la guarda de un tesoro tan precioso como éste y que tan fácil es de perder.

Y si me preguntas de qué se haya de guardar el corazón, digo que de dos cosas principalmente: conviene saber, de vanos pensamientos y de afectos y pasiones desordenadas. Destas dos cosas conviene que esté libre y limpio el corazón donde se ha de aposentar el Espíritu Sancto. De manera que así como los pintores suelen primero alimpiar y aparejar las tablas en que algo han de pintar, así se ha de limpiar y aparejar primero la tabla de nuestro corazón, si se ha de pintar en él la imagen de Dios. Éste es aquel acipillar de las dos tablas que mandó Dios á Moisén para escrebir en ellas con su dedo la ley (1): para dar á entender cómo es necesario que el hombre apareje y alimpie primero las dos tablas de su ánima, que son entendimiento y voluntad (la una de pensamientos y la otra de afectos y apetitos desordenados) para que así pueda aquel dedo divino (que es el Espíritu Sancto) escrebir en ellas la sabiduría del cielo.

(1) Exod. 34; Deut. 10.

Mire pues el siervo de Dios por sí en esta parte, porque ésta es una de las principales diferencias que hay entre los buenos y malos, que los malos tienen el corazón como una plaza ó como una calle pública que de día y de noche no se cierra. Mas el corazón del bueno es aquel huerto cerrado, aquella fuente sellada (1) de la cual nadie bebe sino solo Dios. Finalmente, el corazón del bueno es aquella litera del verdadero Salomón (2), la cual guardan con grandísimo recaudo sesenta caballeros armados, de los más fuertes de Israel, los cuales tienen sus espadas en las manos, y son muy diestros en pelear. Tal es el corazón del bueno, y con este recaudo se guarda: mas por el contrario, el corazón del malo es como vaso sin guarda y sin cobertor, el cual está aparejado para recebir dentro de sí cualquier inmundicia (3), y por esto es reprobado y tenido por sucio en los mandamientos de la ley.

Y no sólo de los pensamientos, sino mucho más de los afectos y pasiones conviene que esté libre nuestro corazón, porque no hay cosa que más parte sea para perturbarlo que son estas nuestras pasiones naturales, como son, amor, odio, alegría, tristeza, temor, esperanza, deseo, ira, con todas las demás. Éstos son los vientos qne desasosiegan este mar, y los nublados qne escurescen este cielo; y las pesas que inclinan nuestro espíritu á lo bajo Porque está claro que las pasiones desasosiegan el corazón con sus cuidados, y derrámanlo con sus apetitos, y captívanlo con sus afecciones, y ciéganlo con sus perturbaciones y movimientos desordenados. Onde así como ni estos ojos de carne pueden ver las estrellas ni la hermosura del cielo, cuando hace nublado, así tampoco los de nuestra ánima pueden contemplar aquella luz eterna, cuando están escurescidos con los nublados y pasiones desta vida. Y como decía uno de aquellos sanctos Padres del yermo, así como en el agua clara se ve todo cuanto hay en ella, hasta las muy menudas arenicas que están en lo bajo, lo cual no se puede ver en agua turbia, así nuestra ánima conosce claramente todo lo que hay en sí cuando está quieta y serena: mas si los movimientos de las pasiones la escurescen y enturbian, ni puede ver á sí ni á otra cosa. Por lo cual muy sabiamente nos aconseja S. Augustín que miremos con todo cuidado no se nos peguen las alas del ánima (que son sus afectos y deseos) en la liria pegajosa de las cosas te-

(1) Cant. 4. (2) Ibid. 3. (3) Lev. 11.

rrenas, y así nos impidan el vuelo á las cosas divinas. Y así se lee deste mismo sancto que aunque era obispo, no se quería entremeter en negocios de fábricas de iglesias ni de otras cosas temporales, temiendo siempre no se le enlazase el corazón por esta vía en los cuidados de las cosas visibles.

Pues por esta causa encomendamos aquí tanto la mortificación y templanza de las pasiones, porque sin duda no hay cosa que tan poderosamente arrebate nuestro corazón y lo lleve en pos de sí, como cualquiera de estas pasiones, mayormente la del amor, que es como la raíz de todas, y así las lleva todas como raíz á las ramas en pos de sí. Porque donde hay amor demasiado de una cosa, luego hay aborrescimiento de la contraria, y deseo de alcanzalla, y temor de perdella, y alegría cuando está presente, y tristeza cuando está ausente, y cuidado cuando se le teme algún peligro, y enojo cuando alguno la maltrata, y así finalmente va toda la danza de las otras pasiones encaminada por do la lleva esta mala guía. Lo cual manifiestamente significó el Salvador cuando dijo (1): Adonde está tu tesoro, ahí está tu corazón, dando á entender que en las cosas donde tenemos puesto todo el tesoro de nuestro amor y afición, ahí están todos nuestros cuidados y pensamientos, con todo lo demás que nasce del corazón.

Pues para esto es menester que el siervo de Dios ande con un continuo cuidado y traiga echadas unas riendas á su corazón para que no se le vaya de boca, ni se deje llevar de las pasiones que le sobrevinieren, si no fuere según Dios y por Dios. No se entristezca sino de lo que le aparta de Dios, no se alegre sino de lo que lo llega á Dios, no tome otro cuidado más que de contentar á Dios, no viva con otro amor, ni temor, ni deseo, ni esperanza, sino de solo Él. Haga cuenta que no hay en todo el mundo más que Dios y él, y así con ninguna cosa tenga cuenta sino con solo Él, pues Él solo basta para cumplimiento de su felicidad. Ésta es aquella cruz en que se gloriaba el Apóstol (2), cuando decía que todo el mundo estaba crucificado para él, y él para todo el mundo: lo cual se hace no por muerte de cuerpo sino de espíritu, que es por muerte del amor de todas las cosas, porque entonces el espíritu está como muerto á todas ellas, y vive á solo Dios, en quien sólo tiene puesto su amor.

(1) Matth. 6. (1) Galat. 6.

Por esto mandaba Dios en la ley al Sumo Sacerdote (1) que no enterrase á su padre ni á su madre después de muertos, porque no se ensuciase con el tocamiento de cuerpo mortal. Y bien sabía el Señor que ni la vista ni el tocamiento corporal ensuciaba los hombres, sino el afecto del corazón, el cual quiere Él que esté tan puro en sus amigos, que ni aun con tan grande ocasión como es muerte de padres y madres, sea perturbado.

Mucho te parescerá quizá, hermano, esto que te pedimos. Vergüenza es por cierto entre cristianos, que estamos como árboles plantados par de las corrientes de las aguas de la gracia y de los sacramentos divinos (2), que nos parezca mucho pedírsenos lo que sin nada desto pedían los filósofos á sus discípulos, no teniendo más que lumbre sola de razón. Filósofos hubo que pretendieron hacer á los hombres tan libres de todas sus pasiones y afectos como si fueran dioses: ¿y maravillarnos hemos agora que se nos pida aquí un corazón pacífico y quieto para aposentar á Dios en él?

Y si en cabo no pudieres salir con esta empresa, á lo menos valerte ha esta doctrina para que sepas el blanco á donde has de encaminar tus propósitos y deseos, para que si no llegares derechamente á él, á lo menos no vayas tan mal encaminado como los que caminan sin saber á dónde van.

Servirte ha también esto mismo para que no seas del todo lunático y mudable, como algunos que tienen el corazón como una veleta de tejado, que cada viento la menea. Éstos nunca jamás están de un temple ni tienen un ser, porque ya están tristes, ya alegres, ya pacíficos, ya airados, ya graves, ya livianos, ya devotos, ya disolutos, y finalmente tantos colores y figuras mudan de dentro cuantos accidentes y ocasiones se les ofrescen de fuera. El camaleón es animal sucio y reprobado en la ley (3), y no menos lo son todos aquéllos que por él son figurados. Éstos son los que se mueven á cada viento, los cuales comúnmente suelen ser hombres sin estabilidad, sin gravedad, sin peso, sin prudencia, sin valor, sin ánimo ni fortaleza para nada. Son livianos, fáciles, pusilánimes, inconstantes, mudables y de quien no se puede esperar cosa grande. Finalmente, éstos paresce que son indignos del nombre de varones, pues tienen los ánimos tan mujeriles y fáci-

(1) Lev. 21. (2) Psalm. 1. (3) Lev. 11.

les: á lo menos sonlo del nombre de cuerdos y justos, pues está escripto que el loco es mudable como la luna, mas el justo es como el sol, que permanesce siempre en un mismo ser (1).

Pues el que destas dos cosas guardare su corazón, conviene á saber, de pensamientos vanos y pasiones desordenadas, luego alcanzará aquella paz y pureza de corazón que según los filósofos es el principal medio para alcanzar la verdadera sabiduría, y según los sanctos es el fin de la vida espiritual, según que muy por extenso se declara en la primera Colación de Casiano: finalmente ésta es la última disposición que se requiere para la contemplación de las cosas divinas, según aquellas palabras del Salvador, que dicen (2): Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios. Porque así como en el espejo puro y limpio resplandescen más claros los rayos del sol, así también en el ánima purificada y limpia relucen más claro los rayos de la divina verdad (3).

No quiso Dios que David, aunque varón justo y sancto, le edificase el templo en que Él morase, porque había sido hombre de guerras, sino Salomón su hijo, que había de ser hombre de paz, para dar á entender que el corazón pacífico y quieto es el lugar proprio y conveniente donde mora Dios. Y por esta misma causa cuando aparesció á Elías en el monte (4), no le aparesció en la tempestad, ni en el terremoto, ni en el fuego, sino en aquel silbo de aire delgado y blando, que es en el corazón pacífico y reposado, el cual solo es templo vivo y morada del mismo Dios.

De la cuarta cosa que ayuda á la devoción, que es la continua memoria de Dios.

§ IV

Para esta guarda del corazón susodicha no hay cosa que tanto aproveche como andar siempre en la presencia de Dios, y tenerlo siempre delante los ojos, no sólo en el tiempo de la oración, sino en todo lugar y tiempo. Porque hay algunos que son como los mochachos del escuela, que mientras están delante

(1) Eccli. 27. (2) Matth. 5 (3) III Reg. 5. (4) III Reg. 19.

de su maestro, están muy recogidos y compuestos, y en saliendo de allí, disparan por doquiera que los lleva el ímpetu de sus antojos. Pues no debe el siervo de Dios imitar á éstos, sino antes trabajar cuanto le sea posible por conservar aquel calor que sacó de la oración, y continuar aquel sancto pensamiento que allí tuvo: por que esta continuación es la cosa que más en breve hace subir á la cumbre de la perfección, mas de la otra manera toda la vida se pasa en tejer y destejer, sin llegar ninguna cosa al cabo.

Ésta es aquella bienaventurada unión de nuestro espíritu con Dios, la cual procuraron y estimaron tanto los sanctos, que la tenían por último fin de todos sus ejercicios. Ésta es la que David muestra que tenía, cuando tantas veces repite en sus Psalmos que traía siempre al Señor delante sus ojos, y que pensaba siempre en su sancta ley, y que traía siempre en la boca sus alabanzas. De manera que aunque era rey, y ocupado en muchos negocios así de paz como de guerra, con todo eso en medio de tantos cuidados estaba quieto, y entre tanta muchedumbre de negocios y criados estaba sólo con Dios.

Pues esta misma presencia y memoria de nuestro Señor debes tú procurar siempre de tener, para lo cual te aprovechará considerar que en hecho de verdad Él está presente en todo lugar, no sólo por potencia y por presencia, sino también por esencia. El rey está en todo su reino por potencia, y en su casa por presencia, mas por esencia no está en más lugar que donde tiene su cuerpo. Mas Dios en todo lugar está por todas estas maneras susodichas: lo cual, demás de la fe, se prueba claro por esta razón, porque Dios es el que da ser y vida á todas las cosas, y el principio y causa de todas ellas. Y pues la causa es necesario que esté juncta con su efecto, ó por sí misma, ó por alguna virtud y influencia suya, para que pueda obrar en Él, síguese que pues Dios es causa del ser de todas las cosas, que Él está junto con todas ellas, dándoles el ser que tienen. Porque en Dios no hay esa distinción de partes ni de cosas que hay en las criaturas, porque todo lo que hay en Dios, es Dios, y por eso, doquiera que está algo dél, está todo Él.

Y pues el ser de las cosas es lo más íntimo que hay en ellas, síguese que Él está más dentro de ellas, que ellas están dentro de sí mismas. Pues luego ¿qué mucho es traer siempre delante los ojos á aquél que te trae á ti en sus brazos, y te sustenta con sus pies, y

te rige con su providencia, y aquél finalmente en quien y por quien vives y eres?

Éste sea pues el testigo de toda tu vida, éste el compañero de tu peregrinación, á éste da parte de tus negocios, á Él te encomienda en todos tus peligros, con Él habla entre sueños de noche, y con Él despierta cuando te levantares por la mañana. Unas veces lo mira como á Dios, beatificando los ángeles en el cielo, y otras como hombre mortal, conversando con los hombres en la tierra: unas veces en el seno del Padre, otras en los brazos de la Madre: unas veces camina con Él á Egipto, otras acompáñalo en la oración del huerto: otras síguelo hasta el monte Calvario, y nunca lo desampares en la cruz. Cuando te asentares en la mesa, la salsa de la comida sea su hiel y vinagre, y la copa de que hobieres de beber, la fuente de su precioso costado. Cuando te acostares á dormir, imagina que la cama es la sancta cruz, y el almohada su corona de espinas, y cuando te vistieres ó desnudares, piensa con cuánta ignominia lo desnudaron y vistieron á Él en su pasión. Esto es seguir al Cordero con aquellas sanctas vírgines por doquiera que va, y de esta manera podrás ser discípulo de Cristo, y andar siempre en su compañía. En todos estos pasos habla siempre con Él palabras humildes y amorosas, porque con éstas quiere ser tratado Aquél que por la grandeza de su majestad debe ser temido, y por la de su bondad amado.

Y aunque estés ocupado en alguna obra de manos, ó en algún otro negocio, no por eso debes dejar del todo este ejercicio, porque esta habilidad dió el Señor á nuestro corazón, que pueda en un punto convertirse á Él, aunque el cuerpo esté ocupado en obras exteriores. De manera que así como una dama está labrando delante de una reina, y sin perder punto de su labor está con una mesura y recogimiento interior y exterior delante de su señora, sin que la una ocupación impida á la otra, así puede nuestro corazón estar con debida reverencia y atención ante aquella Majestad que hinche cielos y tierra, sin que por eso pierda punto de lo que hace, puesto caso que va poco en perderse todo lo demás por entender en esto.

Y no sólo cuando se hace algo de manos, mas también cuando el hombre habla, estudia y negocia puede hurtar muchas veces el corazón á lo que hace, y entrar dentro del templo de su corazón á adorar á Dios, y salir de ahí á lo que piden los negocios, y

tornarse luego ligeramente á Dios. En figura de lo cual se escribe de aquellos sanctos animales que vió Ezequiel (1), que iban y volvían á semejanza de un relámpago resplandesciente, para dar á entender la ligereza con que los varones espirituales han de volver á Dios cuando por alguna piadosa ocasión salieren del secreto de su recogimiento á socorrer al prójimo. Y si alguna vez el hombre tardare y se descuidare en esta vuelta, luego debe herirse con las espuelas de la atención y cuidado, y volver las riendas del corazón á Dios, diciendo con el profeta (2): Vuélvete, ánima mía, á tu descanso, pues el Señor te ha hecho tanto bien.

Este cuidado susodicho es de inestimable provecho, no sólo para la guarda del corazón, sino también para el buen regimiento y gobierno de toda la vida. Porque por esta vía trae el hombre siempre delante de sí uno como juez y testigo de todo lo que hace y dice, y esfuérzase por andar con un contino temor y cuidado de no hacer cosa con que ofenda los ojos de aquel Señor que lo está siempre mirando, y así trabaja por hacer todas las cosas con aquel peso y medida que se debe hacer. De aquí nasce una de las principales diferencias que hay entre los perfectos y imperfectos: porque los perfectos como traen siempre el corazón recogido, así traen el cuerpo y los sentidos recogidos, mas los imperfectos como andan secos y livianos de dentro, así también lo andan de fuera: porque está claro que así como la sombra anda al paso del cuerpo, y hace todo lo que hace él, así el hombre exterior es como una sombra del interior, y así anda siempre al paso dél.

De la quinta cosa que ayuda á la devoción, que es el uso de las oraciones breves que se deben hacer en todo lugar y tiempo

§ V

Muy dichoso sería quien pudiese guardar enteramente este documento susodicho: pero á falta desto es muy gran remedio usar en todo tiempo y lugar de aquellas breves oraciones que Sant Augustín dice que usaban los Padres de Egipto en medio de sus ocupaciones, para no dejar enfriar el calor de la devo-

(1) Ezech. 1. (2) Psalm. 114.

ción. De manera que así como los que moran en regiones frías procuran estar todo el día encerrados y amparados del frío en sus estufas y chimeneas, mas los que esto no pueden hacer, á lo menos trabajan por llegarse muchas veces al fuego á tomar de allí un poco de calor y luego volver á sus oficios, así lo debe también hacer el siervo de Dios, pues vive en esta miserable región del mundo, donde está tan resfriada la caridad cuan encendida la malicia. Y por esto, bienaventurado aquél que puede estar siempre en aquella estufa que significó el profeta cuando dijo (1): Será como el varón que se guarda del viento y se esconde de la tempestad. Mas el que esto no puede hacer, á lo menos vaya y venga muchas veces á aquel fuego divino para defenderse de los vientos y hielos terribles de la frigidísima región deste mundo.

Para esto pues sirven estas breves oraciones, que por esto se llaman jaculatorias, porque son como unas saetas amorosas que se arrojan de presto al corazón de Dios, con las cuales el ánima se despierta y se enciende más en su amor. Para esto sirven en gran manera muchos versos de David, los cuales debe el hombre traer siempre muy á la mano, para que por ellos se pueda levantar á Dios, no siempre de una manera (porque no tome hastío con unas mismas palabras) sino con toda aquella variedad de afectos que el Espíritu Sancto en su ánima despertare, porque para todos hallará palabras convenientes en aquellas voces celestiales. Y conforme á esto, unas veces puede levantar el corazón con afecto de penitencia y deseo del perdón de sus pecados, con aquellas palabras que dice (2): Aparta, Señor, tu rostro de mis pecados, y perdona todas mis maldades. Corazón limpio cría en mí, Dios, y renueva en mis entrañas un espíritu recto. Otras veces con afecto de agradescimiento podrá decir (3): Bendice, ánima mía, al Señor, y todas las cosas que dentro de mí están, bendigan su sancto nombre. Bendice, ánima mía, al Señor, y no te olvides de todos sus beneficios, etc. Otras veces con afecto de caridad y amor podrá decir (4): Ámete yo, Señor, fortaleza mía: el Señor es mi firmeza, y mi refugio, y mi librador. Dios mío, ayudador mío, esperaré en Él. Así como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así desea mi ánima á ti, Dios (5). Fuéronme mis lágrimas pan de noche y de día, mientras le dicen á mi ánima,

(1) Isai. 32. (2) Psalm. 1. (3) Psalm. 102. (4) Psalm. 17. (5) Psalm. 41.

¿dónde está tu Dios? Otras veces con deseos encendidos de aquella eterna felicidad podrá decir (1): ¡Cuán amables son tus moradas, Señor Dios de las virtudes! Codicia y desfallece mi ánima contemplando y deseando los palacios del Señor. Á este propósito escribe Sant Hierónimo en una epístola que repetían los Padres de Egipto aquel verso del mismo profeta que dice (2): ¿Quién me dará alas así como de paloma, y volaré y descansaré? Otras veces, finalmente, con reconocimiento de la propria miseria y deseo de la divina gracia, podrá decir (3): Inclina, Señor, tus oídos y oye mi oración, porque pobre y necesitado soy yo. Para este mismo propósito es muy alabado en las Colaciones de Casiano aquel verso que dice (4): Señor Dios, entiende en mi ayuda. Señor, no tardes en me ayudar.

También los tiempos, y los lugares, y los negocios que tratamos, y las cosas que oímos y vemos, nos darán ocasión para levantar el corazón á Dios con otras maneras de afectos que de aquellas mismas cosas se levantan: porque el que de verdad ama á Dios, en todas las cosas ve á Dios, y todo le paresce que le convida á su amor. En la mañana, el canto de las aves: en la noche, el silencio y la serenidad della nos convida á alabarlo. Cuando comemos, la merced que nos hace en darnos hartura: cuando despertamos, la que nos hizo en darnos sueño reposado. La hermosura del sol y de las estrellas y de los campos nos ha de representar la hermosura y providencia del Criador, y las miserias y trabajos que vemos en las otras criaturas, la merced que nos hace en librarnos dellas. Cuando el reloj diere la hora, es bien que nos acordemos de la hora de nuestra muerte y de aquélla en que Dios por nosotros también murió, y que digamos aquellas palabras que enseña un devoto Padre diciendo: Bendita sea la hora en que mi Señor Jesucristo nasció y murió por mí. Sant Hierónimo en una epístola aconseja que en todos los pasos y caminos que diéremos, hagamos sobre nosotros la señal de la cruz. Lo cual es aún más necesario cuando sobreviene alguna tentación, para lanzar de presto cualquier mal pensamiento del corazón. Asimismo cuando salimos á algún negocio donde pueda haber algún encuentro, ó alguna nueva ocasión de peligro, conviene apercebirnos primero con las armas de la oración, como cuando sali-

(1) Psalm. 83. (2) Psalm. 54. (3) Psalm. 85. (4) Psalm. 69.

mos fuera de casa, cuando vamos á tratar con alguna persona rencillosa, ó sobre algún negocio delicado, ó cuando vamos á comer en compañía de otros, donde hay peligro por una parte de la gula, y por otra de soltar la lengua con el calor de la comida á palabras demasiadas. Para estos y otros semejantes negocios es grande reparo la oración. Desta manera todas las cosas nos serán motivos para tratar siempre con Dios, y de todas sacaremos provecho y tomaremos ocasión para andar siempre en oración. Éste es aquel perpetuo ejercicio á que nos convida el Apóstol cuando dice (1): Procurad, hermanos, de andar siempre hablando dentro de vosotros mismos con psalmos y himnos y cantares espirituales, cantando y alabando en vuestros corazones á Dios, y dándole gracias en nombre de Cristo por todos sus beneficios.

Este ejercicio ayuda en gran manera así á la devoción como al recogimiento del corazón, porque esto es como guardar la casa para que no éntre otro huésped que Dios á ocupar la posada. Y esto mismo sirve para conservar el calor de la devoción: de donde nasce que los que con este cuidado andan, más fácilmente se recogen al tiempo de la oración, porque tienen ya el medio camino andado, por traer el corazón recogido y devoto. Porque ¿de dónde nasce, si piensas, que unos en allegándose á la oración luego entran en calor, y otros á cabo de mucho tiempo y trabajo apenas pueden quietar el corazón? No de otra causa sin dubda sino de que los unos traen siempre el corazón caliente y recogido con el uso destas breves oraciones, mas los otros déjanlo del todo enfriar con el olvido de Dios, y por esto los unos entran en calor de presto, y los otros tarde. Y por esto uno de los principales cuidados que ha de tener el siervo de Dios, es procurar cuanto le sea posible de traer siempre el corazón devoto con el uso destas breves oraciones, si quiere fácilmente recogerse al tiempo de la oración. Porque así como los que tienen á cargo un horno de pan, después de aquella primera calda que le dan por la mañana, procuran á cada rato de cebarlo con alguna leña para que se conserve aquel calor (porque si del todo lo dejasen enfriar, sería menester mucho tiempo y trabajo para meterlo en calor) así también conviene que trabajen los amadores de la de-

(1) Col. 3.

voción por conservar siempre en sus corazones este divino calor, si no quieren tomar trabajo de nuevo para encenderlo cada vez que se llegan á la oración. Porque la devoción en nuestros corazones es como el calor en el agua ó en el hierro, el cual naturalmente es frío, y accidentalmente caliente: y por esto, en apartándolo del fuego, luego se vuelve á su natural condición. Y por tanto, el que contra su naturaleza lo quisiere tener siempre caliente, es menester que lo tenga siempre dentro de la fragua, ó que lo llegue muchas veces á ella, para que así pueda conservar este peregrino calor.

De la sexta cosa que ayuda á la devoción, que es la lición de los libros devotos y provechosos.

§ VI

PARA esta misma guarda y pureza del corazón ayuda también la lición devota de libros espirituales, porque (como dice Sant Bernardo) nuestro corazón es como un molino que nunca pára y siempre muele aquello que echan en él, si trigo, trigo, y si cebada, cebada. Y por esto conviene ocuparlo muchas veces con la lición de los libros sagrados, porque cuando hobiere de pensar en algo, piense en aquello con que lo tenemos ocupado. Y por esto Sant Hierónimo encomienda tanto la lición de las Escripturas sanctas en todas sus epístolas, y señaladamente en aquella que escribió á la virgen Demetrias, donde al principio de la carta dice así: Una cosa te quiero aconsejar, virgen de Cristo, y repetirla muchas y muchas veces, conviene á saber, que ocupes siempre tu corazón en el amor y estudio de las Escripturas sagradas, y no permitas que en la buena tierra de tu pecho se siembre mala semilla. Y al fin de la misma carta vuelve otra vez á encargarle este mismo consejo, diciendo: Quiero juntar el fin con el principio, porque no me contento con haber amonestado esto una vez. Ama las Escripturas sagradas, y amarte ha la sabiduría: date á ellas, y guardarte han: abrázalas, y honrarte han. Qué tal haya de ser esta lición para que sea provechosa, ya en su proprio lugar se declaró.

Los libros que se deban leer, todo el mundo los conosce: pero

en nuestros tiempos se ha descubierto un gran tesoro, que son las obras de Serafino de Fermo, que agora se han trasladado de toscano en castellano, á cuya lición convido yo á todos los amadores de la verdadera sabiduría, si quieren en medio desta niebla escura del mundo atinar al camino de la perfección y al conoscimiento de la verdad.

De la séptima cosa que ayuda á la devoción, que es la guarda de los sentidos.

§ VII

Para esta misma guarda del corazón aprovecha también mucho la guarda de los sentidos, porque éstos son como las puertas de la ciudad por donde todas las cosas salen y entran, y por esto, teniendo las puertas á buen recaudo, estará seguro lo demás. Por esto, pues, conviene poner una guarda en los ojos, y otra en los oídos, y otra en la boca, porque por estas puertas entran y salen todas las mercadurías y cosas del mundo dentro de nuestra ánima. De manera que el varón devoto ha de ser sordo, y ciego, y mudo (como decían aquellos sanctos Padres de Egipto) para que cerradas las puertas destos sentidos, esté siempre su ánima limpia y aparejada para la contemplación de las cosas divinas.

Y porque algunas veces es forzado oir y ver muchas cosas que podrían ser causa de distración, por esto debe trabajar por oirlas así como por de fuera, de tal modo que no se le pegue el corazón á ellas. De suerte que el siervo de Dios ha de tener el corazón como una pared ensebada, ó como un navío muy bien calafeteado y betumado, que en llegando las aguas á él, luego las despide y las deja correr por cima, sin que lo puedan calar adentro ni empaparse en él. Y por ventura en figura desto mandó Dios á Noé (1) que guarneciese y betumase muy bien el arca por todas partes: porque así conviene que esté el arca de nuestro corazón, para que en medio de las aguas y del diluvio tempestuoso deste siglo esté ella en lo de dentro enjuta y segura. Los que des-

(1) Gen. 6.

ta manera guardan su corazón, siempre están pacíficos, y recogidos, y devotos: mas los que abren las puertas á todos vientos y se dejan prender de las afecciones y negocios del mundo, después lo vienen á pagar al tiempo de la oración con la guerra y molestia de pensamientos que allí los cercan. Y así les acaesce allí como á los que van á hablar con algún gran señor el estómago lleno de manjares groseros, que al mejor tiempo de la plática suelen torpemente regoldar aquello que han comido. Pues así les acaesce á éstos, que al tiempo que están en la oración hablando con Dios, les da allí el tufo de los ajos y cebollas de Egipto: quiero decir, de los pensamientos y negocios del mundo, de que traen sus corazones llenos.

Éstos no esperen de aprovechar en el ejercicio del recogimiento, porque á ellos comprehende aquella maldición del Patriarca, que dice (1): Derramástete así como agua, no crescerás. Porque los tales, como traen tan derramado el corazón y los sentidos por las cosas exteriores, tanto menos crescen de dentro cuanto más se derraman por de fuera, y tanto menos alcanzan de las consolaciones divinas cuanto más derramados andan por la tierra de Egipto buscando pajas. Éstos son los que se andan á ver hermosos edificios de ciudades, de iglesias, de casas y de otras cosas semejantes, y finalmente, los que procuran ver cosas hermosas y oir cosas nuevas, y así se vuelven á sus casas el corazón lleno de viento y vacío de devoción. Y los que en estos pasos andan, así como son instables y vagabundos en el ánima, así también lo son en el cuerpo, porque apenas pueden estar quietos en un lugar, sino antes discurren y andan de una parte á otra, y cuando no tienen á dónde ir, van á donde los lleva el viento, á buscar si hallaren alguna recreación de fuera, porque han perdido la verdadera recreación de dentro. Y muchas veces acaesce que en estos tales pasos y caminos el demonio los lleva como á Dina á algún tropezadero, donde vengan á perder no solamente la devoción y recogimiento, sino también la castidad y inocencia. Menester es luego excusar todos estos derramamientos, para que recogidas en uno todas las fuerzas de nuestra ánima tengamos más caudal y virtud para buscar el sumo bien, pues está escrito que cuando el Señor

(1) Gen. 49.

edificare á Hierusalem, ayuntará en uno los derramamientos de Israel (1).

Mas entre estos sentidos exteriores señaladamente conviene poner guarda en la lengua, porque como dice S. Bernardo, es un instrumento muy aparejado para vaciar y derramar por ella el corazón. Cosa es muy para notar ver cuán presto desaparesce y como que se desvanesce todo el jugo de la devoción en abriendo la boca á hablar demasiado, aunque sea en buenas cosas. Por lo cual dice un doctor que así como las aguas olorosas, si están en algún vaso destapado, luego pierden toda aquella suavidad y fragancia de su olor, así también el ungüento precioso de la devoción pierde toda su virtud y eficacia cuando la boca está desatapada, que es cuando la lengua se desmanda en hablar. Por esto, pues, te conviene traer siempre la boca cerrada, y si alguna vez te fuere forzado salir á hablar ó negociar, vuélvete lo más presto que pudieres con la paloma al arca, porque no perezcas en el diluvio de las palabras.

Y aunque á todos sea necesaria esta moderación, mucho más lo es á las mujeres que á los hombres, y señaladamente á las doncellas, cuyo principal decoro es la vergüenza y el silencio, guarda de la castidad. Á las cuales avisa Sant Ambrosio por estas palabras: Mira, virgen, por tus caminos, porque no desvares por tu lengua, porque muchas veces las buenas palabras se tienen por pecado en la virgen.

De la octava cosa que ayuda á la devoción, que es la soledad.

§ VIII

Para esta misma guarda de los sentidos y del corazón ayuda mucho la soledad exterior, como lo escribe Sant Buenaventura á una religiosa por estas palabras: Para la contemplación de las cosas divinas aprovecha mucho la soledad, porque no se puede hacer bien la oración donde hay ruido y desasosiego de fuera, y apenas puede el hombre ver y oir muchas cosas sin que pierda algo de la pureza y entereza del cora-

(1) Psalm. 146

zón. Y por esto procura siempre estar en el desierto con Cristo: esto es, que cuanto sea posible te apartes de la compañía de las otras, y estés sola, si quieres ver á Dios y hacerte una cosa con Él. Huye todas las pláticas y conversaciones, y especialmente las de las personas seglares. No busques nuevas amistades y devociones, ni hinchas los ojos ni los oídos de las figuras vanas de la cosas del mundo, y finalmente huye de todo aquello que puede perturbar la quietud de tu ánima, como veneno mortal. Porque no sin causa los sanctos Padres dejaban el mundo, y se iban á los desiertos, y se escondían en lo más secreto dellos, para darse á la contemplación de las cosas divinas.

Y para que más te confirmes en esto, oye lo que sobre ello dice Sant Bernardo: Tú, hermano, si eres tocado ya de las inspiraciones del Espíritu Sancto, y trabajas con encendidos deseos por hacer tu ánima esposa de Cristo, asiéntate con el profeta en soledad, pues te has ya levantado sobre ti mismo deseando ser una cosa con el Señor de los ángeles. ¿No te paresce que es sobre ti allegarte á Dios y hacerte un espíritu con Él? Pues asiéntate en soledad como la tórtola, y no tengas que ver con la compañía de los hombres, sino antes trabaja por olvidarte de tu pueblo y de la casa de tu padre, para que cobdicie el Rey tu hermosura (1). Oh sancta ánima, procura siempre de estar sola, porque así estés más guardada para aquél que entre todas las cosas escogiste solo. Huye de los lugares públicos, huye también aun de tus domésticos y familiares, apártate de amigos y de enemigos, y aun de los mismos que te sirven. ¿No sabes que tienes un esposo vergonzoso, el cual no te querrá hacer gracia de su presencia en presencia de otros? Apártate pues de la compañía, y apártate no con el cuerpo solo, sino también con el ánimo, y con la intención, y con la devoción. Porque espíritu es Dios, y no cuerpo, y por esto soledad espiritual quiere, y no corporal, aunque también la corporal á sus tiempos es provechosa, cuando se llega la hora de la oración. Y un poco más abajo vuelve á decir el mismo sancto: Solo estarás, si no tuvieres pensamientos vulgares y comunes, si no deseares los bienes presentes, si menospreciares las cosas de que el mundo se maravilla y tuvieres hastío de lo que desea, si te apartares de contiendas, si no hicieres caso de las pérdidas y

(1) Psalm. 44.

daños temporales, si no te acordares de las injurias: porque de otra manera, aunque estés solo con el cuerpo, no estarás de verdad solo. ¿Ves pues cómo puedes estar solo entre muchos, y no solo, aunque solo? Así que solo puedes estar entre la compañía de los hombres, y para esto guárdate que no seas curioso pesquisidor de la vida de nadie, ni juez temerario. Hasta aquí son palabras de Sant Bernardo.

De la nona cosa que ayuda á la devoción, que son los tiempos y horas diputadas para ella.

§ IX

TODAS estas cosas que hasta aquí hemos dicho, principalmente sirven para la guarda del corazón, la cual no sólo ayuda á la pureza de la oración, sino generalmente á toda virtud. Mas las que al presente diremos, más de cerca sirven á esa misma devoción que aquí buscamos. Entre las cuales la primera sea que el varón devoto tenga cada día sus tiempos y horas señaladas para llegarse á la oración y tratar y conversar allí un rato á solas con Dios. Así lo hacía el profeta Daniel, de quien dice la Escriptura que tres veces al día, hincadas las rodillas y abiertas las ventanas de su palacio hacia la parte de Hierusalem, hacía oración á Dios (1). Así lo hacía también el sancto rey David, el cual se levantaba á la media noche, y madrugaba por la mañana á alabar y contemplar en Dios, como él mismo confiesa en muchos de sus Psalmos. Y en uno dellos dice que siete veces al día se recogía á alabar á Dios (2), de donde la Iglesia tomó ocasión para señalar las siete horas canónicas para alabar y invocar en ellas el nombre de Dios. De los primeros fieles que en la Iglesia hubo, escribe Sant Lucas (3) que toda la mañana perseveraban en el templo en oración, y á la tarde se volvían á sus casas, donde recebían la sagrada Comunión con alegría de corazón, y así andaban llenos de la consolación del Espíritu Sancto. Y de los que á éstos sucedieron, escribe Plinio al emperador Trajano que eran una gente que vivía sin vicios y sin ofensa de nadie, y

(1) Dan. 6. (2) Psalm. 118. (3) Act. 2.

que no tenían otro pecado más que levantarse muy de mañana, y cantar unos himnos y alabanzas á honra de un hombre llamado Cristo, que había sido crucificado en Palestina. De nuestro Padre Sancto Domingo se lee que repartía de tal manera sus tiempos, que el día ocupaba con los prójimos, y la noche toda pasaba con Dios. Y generalmente se escribe de todos los sanctos que la mayor parte de las vigilias de la noche gastaban en ejercicios espirituales de oración y lición y contemplación, cumpliendo aquello del Psalmo que dice (1): En las noches levantad vuestras manos á cosas sanctas, y bendecid al Señor. Y sobre todos estos ejemplos, del mismo Salvador y Señor nuestro escriben los Evangelistas que el día gastaba en hacer milagros y discurrir por diversos lugares predicando, y la noche velaba y perseveraba en oración.

Lo cual no sólo pertenesce á religiosos y religiosas (como algunos imaginan) sino también á todos aquéllos que de veras desean agradar á Dios y caminar á la perfección. Así lo aconseja S. Hierónimo á una noble señora llamada Celancia en una epístola suya por estas palabras: De tal manera quiero que tengas cuidado de tu casa, que des también al ánima su tiempo de oración y recogimiento. Y para esto será bien que tengas algún oratorio y lugar secreto que esté un poco apartado del ruido y estruendo de la familia, al cual te debes acoger como á un puerto quieto y libre de la tempestad de los cuidados y negocios del siglo, en el cual no haya otra cosa sino lición de la Escriptura sagrada, y oración atenta, y meditación profunda de las cosas advenideras, para que que con esta sancta ocupación puedas recompensar todas las ocupaciones de los otros tiempos y negocios. Y no decimos esto para apartarte de los tuyos, sino antes para que ahí aprendas y sepas de qué manera te hayas de haber con ellos.

Y si me preguntares cuántas veces al día te debes recoger para esto, no te sabré yo dar regla cierta, porque no tienen todos una misma oportunidad de tiempo y aparejo, sino que todavía me paresce ser muy convenible regla aquélla que significó Dios en la ley, cuando mandó que en su altar siempre hobiese fuego, y que para esto se tuviese cuidado de cebarlo con leña dos veces al día, á la mañana y á la tarde (2). Y asimesmo son muy celebrados en

(1) Psalm. 133. (2) Lev. 6.

la ley aquellos dos principales sacrificios de cada día, conviene saber, el de la mañana y de la tarde: los cuales debe ofrescer espiritualmente todo fiel cristiano, recogiéndose en estos mismos tiempos para alabar y invocar en ellos el nombre del Señor. De manera que así como damos á este cuerpo su refección dos veces al día, que son comida y cena, así también es razón que las demos á nuestra ánima, pues ni ella es de menor dignidad que nuestro cuerpo para que la hayamos de echar en olvido, ni tampoco tiene menor necesidad deste mantenimiento, sino por ventura mayor. Porque así como el cuerpo tiene necesidad de su ordinario pasto y mantenimiento, porque el calor natural gasta siempre la substancia del hombre, y por esto conviene que se repare por una parte lo que se gasta por otra, así el ánima tiene otro calor pestilencial que es la codicia y mala inclinación de nuestro apetito, que siempre nos inclina á lo malo y nos gasta todo lo bueno, y por esto conviene que se repare con la devoción de cada día lo que con este dañoso calor siempre se gasta.

Asimismo sabemos ya que la naturaleza humana quedó por el pecado tan maltratada y tan inclinada á las cosas de la tierra, que siempre tira para ellas, como dijo el Sabio (1): El cuerpo que se corrompe apesga el ánima y la lleva tras sí, y esta morada terrena abate al sentido que piensa muchas cosas. Pues por esto, así como los que rigen un reloj suelen comúnmente dos veces al día subir las pesas á lo alto, porque ellas mismas su poco á poco van siempre caminando para abajo, así los que quieren traer sus ánimas bien regidas y concertadas han menester á lo menos estas dos veces al día subir las pesas á lo alto, pues la naturaleza miserable tanto cuidado tiene de inclinarlas siempre á lo bajo. ¡Oh cuán claramente ven esto cada día los que se dan á la oración! ¡Cuántas veces le paresce al hombre, acabada la oración de la mañana, que tiene ya las pesas del reloj subidas allá en el cielo, y que allá tiene todo su entendimiento y voluntad, y como que pierde ya de vista todas las cosas de la tierra, y después que se mete en los negocios del día y comienza á tratar con hombres, cuando vuelve á la noche, halla ya las pesas en el suelo caídas: quiero decir, halla tan caído su espíritu y tan inclinado á la tierra como si nunca de allí lo hobiera levantado! Pues por esta causa

(1) Sap. 9.

el que quisiere traer el reloj de su vida concertado, es por fuerza que ha de tener siempre este mismo cuidado, pues tiene contra sí esta misma carga y contrapeso.

Mas esto no se ha de hacer como por tarea ó como obra que se toma á destajo, que es por fuerza que se ha de acabar como quiera que sea, sino como quien acosado de sus mismas heridas y miserias se llega al médico de la vida para que le dé remedio.

Los que no tienen aparejo ó tiempo para recogerse dos veces al día, á lo menos trabajen por recogerse una: y si aun ésta no pudieren, no sé yo qué consejo les pueda dar sino remitirlos al uso de aquellas breves oraciones que arriba dijimos, las cuales se pueden entremeter en todo género de ocupaciones y negocios: porque con éstas he visto yo sustentarse algunos buenos espíritus, á los cuales la condición y manera de su vida y enfermedades no daban lugar para más. Aunque estas tales oraciones pocas veces se pueden sustentar y continuar cuando falta el cimiento de las otras más profundas y más largas.

De la décima cosa que ayuda á la devoción, que es la continuación y perseverancia en los buenos ejercicios.

§ X

MAS aquí es mucho de notar que para que estos sanctos ejercicios sean provechosos, es menester que haya grande continuación y perseverancia en ellos. Porque hay algunos que nunca llevan cosa seguida ni continuada, sino que paresce que siempre tejen y destejen la tela que dicen de Penélope. Los cuales toman á pechos este camino por tres ó cuatro días, y luego aflojan y se descuidan en él de tal manera, que cuando vuelven á lo que comenzaron, están ya tan fríos y tan remotos dello como si nunca lo comenzaran ni supieran jamás qué cosa era oración. Y así vuelven á proponer de nuevo y á trazar otra vez sus ejercicios, y después que han arribado algún tanto, ó por el cansancio de la subida, ó por parescerles que iban ya bien encaminados, tornan á asegurarse y descuidarse del trabajo, y así vuelven á comenzar como de primero, y en esto se les va la vida edificando y destruyendo y trastornando (como dicen) la piedra de Sísifo, que

cuando la tenía medio subida al monte, luego se le volvía á caer, y así comenzaba de nuevo á trabajar.

Éstos son los que por muy pequeñas ocasiones de negocios dejan sus oraciones y ejercicios virtuosos, á los cuales muchas veces acaesce (como yo lo he visto por experiencia) que pensando dejar la oración por tres ó cuatro días, la dejan por toda la vida: porque cuando quieren tornar á ella, no aciertan con la puerta, y aun háceseles más dificultoso el camino, y así vuelven del todo á quedarse fuera y volverse á las costumbres de la vida pasada. Porque el hombre sin oración y sin espirituales ejercicios es como Sansón sin cabellos, que luego pierde las fuerzas y queda tan flaco y enfermo como los otros hombres, y así es luego entregado en manos de sus enemigos.

Pues por esto conviene tener grande confianza en estos ejercicios, pues nos consta que del concierto dellos depende el de toda nuestra vida. Mira la constancia que tienen aquellos cuerpos celestiales en sus cursos y movimientos, los cuales nunca jamás han variado después que fueron criados: porque como ellos eran las causas de do pendía todo el gobierno deste mundo, convenía que en ellos hobiese grandísima constancia, porque el mundo siempre anduviese concertado. Y pues destos ejercicios espirituales depende todo el concierto de la vida espiritual (como la experiencia nos lo muestra) justo es que quien desea traer bien ordenada su vida, traiga bien ordenadas y regidas las causas de donde pende el concierto della.

Mira qué constancia tenía aquel sancto profeta Daniel (1) en aquellos tres tiempos de oración que arriba dijimos, pues que ni por temor de la muerte, ni de la ley, ni de la contradición de sus adversarios, quiso faltar en aquel ordinario que tenía. De manera que más quiso ponerse á que le cortasen la cabeza, que cortar el hilo de su oración. Pues así el varón devoto debe tener por tan principal negocio el tratar y conversar con Dios en sus tiempos acostumbrados, que antes falte en todos los otros negocios que en solo éste, pues éste solo dijo el Señor que era necesario, y todos los demás superfluos (2). Imita la prudencia natural de la serpiente, que esconde la cabeza y pone el cuerpo á recebir el golpe, dejando perder y maltratar lo menos por poner cobro en lo más.

(1) Dan. 6 (2) Luc. 10.

Imita la prudencia de aquel sancto patriarca Jacob, que á la vuelta de Mesopotamia, cuando iba á recebir á su hermano, de quien gravemente se temía, echó toda la hacienda delante, donde se recelaba el mayor peligro (1), mas á Raquel y Benjamín, que eran las dos cosas más amadas, puso en el postrero y más seguro lugar, queriendo que antes peligrase todo lo demás que aquellas dos cabezas que él tanto preciaba. Pues dime tú agora, oh siervo de Dios, ¿qué cosa hay en el mundo que debas tanto preciar como esta Raquel y Benjamín? ¿Quién es Raquel, sino la vida contemplativa, y quién Benjamín, sino el hijo espiritual que nasce della, que es la inocencia y pureza de la vida? Pues estas dos cosas has de preciar y estimar en tanto, que todas las demás se pongan á peligro por guardar la cara á solas éstas. Así que, hermano mío, dé do diere, y quiebre por do quebrare, mas tu Raquel y Benjamín siempre queden en salvo. No hagas como aquéllos que tienen á la oración y á los ejercicios y cosas espirituales como por trompo de excusa, y así cada vez que se ofresce algo que hacer ó perder, siempre ponen á peligro lo espiritual por guardar lo temporal.

Esta continuación y perseverancia así en los ejercicios de la oración como en el cuidado y concierto de la vida dice Sant Buenaventura que es la cosa del mundo que más presto hace llegar á la cumbre de la perfección, porque por poco camino que se ande cada día, si el caminante persevera en él, presto llega al cabo de la jornada. Mas si todo se le va en hacer paradillas y luego tornar á comenzar de nuevo, toda la vida se le pasará en esto, sin llegar al fin de su camino.

Y si alguna vez se ofrescieren casos en que hayas de cortar este hilo por algunas cosas que en esta vida no se pueden excusar, sea de tal manera que no pierdas de vista la guía que va delante, porque no pierdas el tino del caminar. Y si alguna vez también cayeres y desfallescieres como flaco, no por eso desmayes ni pierdas el corazón ni la esperanza: y aunque mil veces al día caigas, mil veces procura de levantarte, y torna presto á atar tu hilo donde se quebró, sin poner tela de nuevo, porque desta manera llegarás más presto al cabo.

Y no sólo es menester que haya constancia en estos ejercicios, sino también en la manera dellos. Porque hay algunos que nunca

(1) Gen. 33.

faltan en este ordinario de cada día, pero cada día tienen sus acuerdos y consejos, y hoy toman un camino y mañana otro, y siempre andan mudando hitos, sin tener constancia en ninguna cosa. Unas veces comienzan por la Pasión, otras déjanla y toman otras meditaciones y ejercicios, otras súbense al cielo, y dejada acá abajo la sagrada humanidad, vanse á lo alto de la divinidad: otras dejan todo esto y comienzan otra vez por la memoria de los pecados: de manera que nunca llevan cosa continuada ni seguida, y así nunca llegan al fin de la jornada, al cual sin dubda llegaran muy presto si anduvieran siempre en un camino, aunque no fuera el más derecho. Y así acaesce á éstos como á los perros en la caza cuando saltan muchas liebres, que por acometer ya á una, ya á otra, no siguen ninguna hasta el cabo, y así se quedan sin nada. Nunca nasce la planta que muchas veces es trasplantada, ni se cura bien la herida donde se mudan cada día los remedios.

Pues como haya muchos y diversos caminos por donde el hombre pueda caminar á Dios, y muchas maneras de consideraciones para levantar el espíritu á Él, mire cada uno cuál es la que más arma á su propósito, y la que hace más á su gusto, y ésa trabaje por llevar seguida, porque ésa es la mejor para él. Mas guárdese de caer en el error de muchos, los cuales si por algún cierto camino de ejercicio hallaron á Dios, quieren que no haya otro sino solo aquél, como quiera que los caminos para ir á Dios sean cuasi tantos cuantos son los que caminan á Él, porque el Espíritu Sancto (que es la guía) á cada uno lleva por su camino, como él ve que le conviene, ó como á él le place.

De la undécima cosa que ayuda á la devoción, que es el tiempo y lugar, y otras cosas convenientes para ella.

§ XI

PARA estas horas y tiempos de oración susodichos ayuda mucho el tiempo y lugar y la dispusición y figura corporal del que ora, y otras semejantes circunstancias, las cuales cada una en su manera sirven para despertar la devoción, mayormente en los principiantes, los cuales como no son del todo espirituales, tienen más necesidad del socorro y ayuda de las cosas corporales para levantar el corazón en Dios.

Entre los tiempos de la oración, el más convenible es el de la media noche, como lo dice S. Bernardo en un sermón por estas palabras: El tiempo quieto y sosegado es más aparejado para la oración, especialmente cuando el sueño de la noche pone todas las cosas en silencio, porque entonces sale la oración más desembarazada y más pura que en los otros tiempos. Levántate dice el profeta (1), de noche al principio de las vigilias, y derrama tu corazón así como agua delante el acatamiento de tu Dios. ¡Cuán segura va entonces la oración, cuando no tiene otros testigos sino los ojos de Dios y del ángel bueno, que tiene por oficio presentarla ante el altar soberano! ¡Cuán serena y sosegada, cuando no hay voces ni ruido que la estorben y desasosieguen! ¡Cuán pura y limpia, cuando no hay polvo de cuidados terrenos que la ensucien, ni ojos peligrosos que la miren, ni lisonjas de alabanzas que la perturben! Por esto la esposa no con menor vergüenza que providencia pedía el secreto de la cama y de la noche cuando quería orar y buscar á Dios (2). Hasta aquí son palabras de Sant Bernardo.

Los que no pueden levantarse á la media noche, trabajen por tomar un pedazo de la mañana. Pues como dice el Eclesiástico (3), conviene madrugar primero que el sol para bendecir al Señor. Á la mañana se levantaban los hijos de Israel á coger aquel sabroso maná que contenía en sí toda suavidad y deleite (4). Á la mañana dice el Evangelista que iba el Salvador al monte á hacer oración (5). Á la mañana dice David en muchos psalmos que se levantaba á pensar en Dios y contemplar en él. Á la mañana se dice del varón justo que levantará su corazón á aquél que lo crió, y hará su oración delante dél (6). Á la mañana junto con el roscío del cielo cae también la gracia del Espíritu Sancto sobre los corazones de aquéllos que madrugan á Dios, con la cual se defienden de los ardores del sol y del demonio del medio día. Finalmente, es tan aparejado este tiempo para vacar á Dios, que como enamorado de la oportunidad que hay en él, decía el Sabio (7): Muy bien hace en madrugar por la mañana el que anda en busca de los verdaderos bienes. Porque sin dubda éste es el más convenible tiempo del día para tratar con Dios y entender en los

(1) Thren. 2. (2) Cant. 3. (3) Sap. 16. (4) Ex. 16. (5) Luc. 6. (6) Eccli. 39. (7) Prov. 11.

negocios de nuestra salud, porque entonces están todas las fuerzas de nuestra ánima más aparejadas para esto, la vista más recogida, el estómago descargado, la cabeza descansada, el tiempo callado, y sobre todo el corazón ayuno y libre de los cuidados y negocios del día.

Para madrugar desta manera aprovecha mucho la cena templada, y la cama dura, y el acostarse algunas veces vestido, porque todo esto ayuda á que el sueño sea más corto, y el plazo de la oración más largo. Y por el contrario, cuando la cena es larga y la cama blanda, como hay mucho que digerir, hay mucho que dormir, y la cama blanda es peor de dejar.

Mas si por razón de la edad, ó enfermedad, ó compañía, no pudiere el hombre levantarse á aquella hora, no por eso deje de despertar en ella para ocupar allí un rato su corazón en Dios, porque no es inconveniente (cuando esta necesidad se ofresce) hacer de la cama oratorio, como la hacía el profeta David cuando decía (1): Lavaré cada una de las noches mi cama con lágrimas, y con ellas regaré mi estrado. Porque así como no es inconveniente hacer oración estando sentado, cuando la flaqueza del cuerpo no da lugar para más (como arriba dijimos) así tampoco lo es estando acostado, cuando hay alguna necesidad ó causa para ello. Esté el corazón arrodillado y prostrado delante la cara del Señor, y el cuerpo esté de la manera que pudiere, y aquélla es mejor manera de estar que menos impide la devoción. Cuanto más, que puede el hombre flaco estar medio vestido y asentado en su cama, si la mala disposición ó otra alguna causa lo excusa de levantar.

Y no es razón de callar que para esta oración de la mañana ayuda mucho haber tenido un poco de oración antes del acostar, porque á la mañana paresce que halla el hombre en su corazón el fructo de aquella buena sementera que de antenoche sembró. Pues por esto se debe el hombre acostar siempre con este sancto pensamiento, como quien tiene cuidado de envolver la lumbre de antenoche, porque pueda encender más presto fuego cuando se levanta por la mañana. Y para conservar este mismo fuego, hace mucho al caso que todas cuantas veces despertare de noche, luego alce el corazón á Dios diciendo el Gloria Patri, ó algún otro

(1) Psalm. 6.

verso semejante, porque esto ayuda en gran manera, no sólo para lo que está dicho, sino también para ojear las fantasmas y pensamientos del enemigo, que allí más que en otra parte se suelen representar. Por lo cual dice Sant Hierónimo que en aquella sancta cama de David que se regaba cada noche con lágrimas, tenía muy mala entrada el enemigo con toda la pompa de sus deleites.

Y sobre todo esto aviso que en despertando por la mañana, apenas hayamos abierto los ojos, cuando ya esté plantada en nuestro corazón la memoria del Señor, antes que otro pensamiento peregrino nos ocupe la posada, porque sin dubda en aquella hora está el ánima tan blanda y tan dispuesta, que el primer pensamiento que se imprime en ella, la prende de tal manera, que apenas lo puede desechar después, ni dar cabida á otro alguno.

Y por esto conviene acudir de presto con la buena simiente, porque no se ocupe la tierra de nuestro corazón con la mala. Va tanto en este aviso, que cuasi todo el buen gobierno de aquel día depende de solo este punto. Porque proveído esto, la oración de la mañana sale más recogida y más devota, y está claro que cual es la oración de la mañana, tal suele ser el concierto de todo el día, según que se escribe en el libro de Job por estas palabras (1): Si por la mañana te levantares al Señor y hicieres oración al todo poderoso, luego él madrugará á socorrerte y pacificará la morada de tu justicia.

El lugar también escuro y solitario es muy convenible para la oración, por lo cual nuestro Salvador se iba de noche á los lugares desiertos á orar, no porque Él tuviese necesidad desta oportunidad y aparejo, sino para darnos ejemplo de lo que nos convenía hacer. Y si la escuridad no ayudara mucho para que el corazón no se derramara por los ojos, no se quejara el bienaventurado Antonio del sol cuando amanescía, porque le impidía con su claridad el recogimiento de su contemplación.

La figura también y disposición del cuerpo ayuda en su manera á levantar el espíritu y despertar la devoción. Por donde la Iglesia ordenó todas aquellas figuras y cerimonias de la misa, porque todas ellas ayudan en su manera á despertar más la devoción. Y así el sacerdote unas veces se pone en cruz, otras se

(1) Job. 8.

hinca de rodillas, otras inclina el cuerpo hacia bajo, y todo esto sirve (como dijimos) á la devoción interior. Nuestro Salvador sin tener de nada desto necesidad, unas veces oraba prostrado en tierra, y otras levantando los ojos al cielo. Y asimismo se lee de Sant Martín que estando para morir decía: Dejadme levantar los ojos al cielo, para que el espíritu se vaya por su camino derecho al Señor. De aquellos Padres de Egipto escribe Casiano que muchas veces en medio de sus maitines y psalmos se prostraban con toda humildad en tierra á adorar á nuestro Señor, y luego ligeramente se levantaban, porque no pareciese aquello más refrigerio y descanso del cuerpo que adoración y reverencia de la divina Majestad. El Arzobispo de Florencia escribe de nuestro Padre Sancto Domingo nueve maneras de figuras y disposiciones corporales de que el sancto varón usaba muchas veces en el ejercicio de su oración, aunque como varón perfecto tenía desto menos necesidad.

Pues conforme á estos ejemplos debe el que ora usar á veces de algunas destas figuras para levantar su corazón á Dios, cuando más alcanzado se viere de devoción. Muy buena cosa es prostrarse algunas veces en tierra con profundísima humildad del espíritu y del cuerpo, y adorar aquella soberana Majestad con todos aquellos bienaventurados espíritus del cielo, que así la adoran derribando sus coronas ante la silla de Dios y del Cordero, declarando y protestando que todo lo que tienen es rescebido de su mano. También es muy loable cerimonia orar en cruz, como ora el sacerdote en la misa, y como oró el mismo Señor en esa cruz, cuando se ofresció en sacrificio al Padre por los pecados del mundo. También ayuda para esto levantar los ojos al cielo, especialmente cuando usamos de aquellas aspiraciones que Sant Buenaventura escribe en su Mística Teología, porque pues el Salvador usó desta figura y disposición corporal orando, no debe nadie condenar lo que nos dejó por ejemplo el Maestro de la verdad. Porque aunque Dios esté en todo lugar presente, pero particularmente se dice que su lugar proprio es el cielo, porque allí óbra más excelentes obras que en todo otro lugar.

Mas con todo esto conviene avisar en este paso que no es necesario estar siempre de rodillas en la oración, cuando viéremos que por aquí se impide algo nuestra devoción con la pena y flaqueza del cuerpo. Porque dado caso que sea bueno padescer en la

oración algún poco de trabajo, el cual se ofrezca á Nuestro Señor en sacrificio por los pecados, mas no es éste el principal fructo della, sino el menor, porque en comparación de la lumbre y del gusto de las virtudes que en ella da Dios, muy pequeña parte es la aflicción y ejercicio del cuerpo. Por tanto, de tal manera debe estar el cuerpo en el tiempo de la oración, como la salud lo sufra y como el ánima esté descansada para vacar al Señor, mayormente si el tiempo es largo de dos ó tres horas (como algunos lo usan) de los cuales muy pocos son los que pueden tener el cuerpo penado sin perder la atención qne pide este ejercicio.

Bien veo que son pequeñas estas cosas, pero todavía ayudan en su manera para el fin que pretendemos. Porque así como los retóricos (que pretenden formar un perfecto orador) no se contentan con enseñarle las cosas en que principalmente consisten los nervos y la fuerza del orar, sino otras también de muy poca substancia, como es la composición y el concurso de las vocales y consonantes, con otras cosas muy menudas (porque todo esto en su manera ayuda á la perfecta oración) así, pretendiendo formar aquí otro celestial orador que ore ante el acatamiento de Dios, es razón que sea enseñado en todo aquello que poco ó mucho puede ayudar á su propósito, especialmente que en este linaje de negocios ninguna cosa hay que no sea grande.

De la docena cosa que ayuda la devoción, que son las asperezas corporales.

§ XII

También ayudan á la devoción todas las asperezas corporales como es la disciplina, y la cama dura, y el cilicio de la sancta Judit, y el ayuno de que tanto se preciaron todos los sanctos, el cual no sólo reprime los vicios, sino también levanta los espíritus á Dios. Todos éstos son unos como postes de la devoción sobre quien ella se sustenta, y sin los cuales suele muy presto caerse. Y así vemos que muy pocas veces se halla devoción sin estos ejercicios, ni tampoco ellos sin ella.

Demás desto, toda la Escriptura á una voz clama que quien de verdad buscare á Dios, lo hallará: y aquél paresce que lo bus-

ca de verdad, que lo busca no con solas voces y palabras, sino con lágrimas y gemidos de corazón y con trabajos y asperezas exteriores, que son indicios de la aflicción interior. De aquella sancta pecadora leemos en el Evangelio que buscaba con lágrimas al Salvador en el sepulcro (1), y por esto meresció primero que todos gozar de su presencia, porque lo buscaba con mayor dolor. Mas ¿qué digo destas lágrimas piadosas, pues el cilicio de aquel perverso rey Acab bastó para inclinar aquellos ojos divinos (2), y para hacerle revocar ó dilatar la sentencia que estaba dada contra él? Finalmente, todas cuantas veces la Escritura dice que los hijos de Israel se afligieron y ayunaron y clamaron á Dios, siempre dice que fueron oídos y amparados por Él.

De la XIII cosa que ayuda á la devoción, que son las obras de misericordia.

§ XIII

También las obras de caridad y misericordia (demás del mérito y provecho que hay en ellas) ayudan mucho á la devoción: porque aunque de presente paresce que entibian el ánima con sus ocupaciones, pero entíbianla de la manera que el roscío del hisopo á la fragua, que aunque luego paresce que la amortigua, después la hace más arder. Porque como Dios sea tan fiel y tan amigo de los misericordiosos y de la misericordia, siempre tiene cuidado de guardar su ración al siervo fiel y piadoso que á tiempos deja su comida por ir á socorrer á la necesidad ajena. Por esto dijo el ángel á Tobías (3): Más vale la oración con ayuno y limosna, que atesorar grandes riquezas, porque la limosna libra de la muerte, y purga los pecados, y abre camino para la vida perdurable. Y luego más abajo dice: Cuando hacías oración con lágrimas, y enterrabas los muertos, y te levantabas á medio comer de la mesa por acudir á los prójimos, yo ofrescí tu oración á Dios.

Y no sólo la comida corporal, pero también la espiritual se ha de dejar á veces por acudir á las necesidades de la caridad. Por-

(1) Joan. 20. (2) III Reg. 21. (3) Tob. 12.

que como dice Sant Bernardo, el que algunas veces deja la consolación espiritual por socorrer á su prójimo, cuantas veces esto hace, tantas espiritualmente pone su vida por él. Esto es en su manera hacerse anatema de Cristo por los hermanos: conviene saber, apartarse por algún rato de la conversación y compañía suavísima de Cristo, por entender en el provecho del prójimo. Mas los que desta manera se apartan alguna hora de Cristo, después lo vienen á hallar todo juncto, porque finalmente Dios los viene á medir por su misma medida, usando de misericordia con los que usaron de misericordia, y recreando los espíritus de aquéllos que por su amor recrearon los cuerpos de sus prójimos, según que claramente lo afirma el Eclesiástico diciendo (1): El ánima que hace bien al prójimo, será engrosada, y la que embriague á los otros, ella también será de Dios embriagada.

CAPÍTULO III

DE LAS COSAS QUE IMPIDEN LA DEVOCIÓN

Dicho ya de las cosas que ayudan á la devoción, digamos agora de las que la suelen impedir, para que por todas partes sea ayudado el estudio y ejercicio de las personas devotas.

Del primer impedimento de la devoción, que son los pecados veniales.

§ I

El primero y el más principal de todos los impedimentos (de que aquí tratamos) es el de los pecados, no sólo de los mortales (porque éstos claro está que impiden todos los bienes del ánima) sino también de los veniales: porque á éstos pertenesce propriamente resfriar el fervor de la caridad, que es lo que aquí llamamos devoción. De manera que aunque no quitan del todo la

(1) Prov. 11.

caridad, quítanle las alas con que vuela, y aunque no matan al ánima, quítanle la salud y buena disposición con que ella óbra, y déjanla flaca y pesada para todo bien

Y por esto el varón devoto ha de traer pleito perpetuo contra este linaje de culpas, las cuales aunque parescen pequeñas, él no las debe tener por tales, pues que Dios se las defiende. Porque (como dice muy bien Sant Hierónimo) el siervo de Dios no ha de mirar lo que le mandan, sino quién se lo manda, que es Dios: y pues es cierto que no hay Dios pequeño, no ha de tener él mandamiento ninguno por pequeño, especialmente sabiendo que de una palabra ociosa hemos de dar cuenta en el juicio advenidero (1). Por lo cual, como dice el Sabio (2), el que teme á Dios, en ninguna cosa se descuida, por pequeña que sea.

Y demás desto debe mirar que ha de ser grande la pureza del ánima donde Dios ha de infundir este ungüento preciosísimo de la devoción: porque así como el fino rusicler no se asienta sobre barro sino sobre oro, así nunca Dios asentará este esmalte tan precioso sino sobre el ánima que estuviere limpia de todo pecado. Y por esto conviene que tengamos siempre en las manos un cedazo muy delgado para cernir todas las obras que hacemos, y la intención con que las hacemos, y el modo con que las hacemos, para que en todo y por todo vayan limpias de toda vanidad y pecado.

Y guárdese como de pestilencia del parescer de aquéllos que suelen decir: esto no es pecado mortal, no va mucho en ello, pues no es cosa de precepto. Dime, ¿qué tal sería el siervo que estuviese determinado de nunca hacer cosa que su señor le mandase, si no se la mandase desenvainada el espada y so pena de muerte? Item, ¿qué tal sería la mujer que dijese á su marido: yo no tengo de ser mala mujer ni haceros traición, mas fuera desto, sabed que tengo que hacer todo cuanto se me antojare, aunque sepa que os pesa dello? ¿Quién podría hacer vida con tal mujer como ésta? Pues tales son sin dubda los que no hacen caso de todo lo que Dios manda en toda la Escriptura sagrada, sino de solo aquello que manda so pena de muerte, que es debajo de precepto, y contentos con solo esto, pasan ligeramente por lo demás. Éstos tienen muy cerca la caída, porque está claro que el

(1) Matth. 12. (2) Eccle. 7.

pecado venial es disposición para el mortal, y por esto como dijo el Sabio (1), el que menosprecia las cosas pequeñas, poco á poco irá á dar consigo en las mayores. Á lo menos ésta puedes tener por una muy gran señal para conjecturar si estás en gracia, conviene saber, si temes el pecado mortal, que la quita, y al venial, que dispone para quitalla. Porque así como el cuerpo que está vivo, no sólo teme la muerte, sino también la calentura, y la herida, y un solo rascuño, por pequeño que sea, así el ánima que vive en gracia, no sólo teme el pecado mortal, que le quita la vida, sino también cualquiera dolencia del pecado venial, que dispone para quitarla. Pues así por esto como por lo que toca á la devoción, debe trabajar el siervo de Dios por evitar todo pecado venial, y entonces podrá alzar las manos puras á Dios en la oración, y tener siempre conservado y vivo el fervor de la caridad.

Segundo impedimento: del remordimiento de la consciencia.

§ II

Contrario impedimento á éste, y poco menos perjudicial, es la demasiada pena y desabrimiento que algunos toman por los pecados veniales en que caen, con la cual muchas veces se hacen más daño que con los mismos pecados. Porque como la culpa traiga consigo el remordimiento de la consciencia, hay algunos que toman esto tan por el cabo, que hinchen sus corazones de amarguras y congojas y desabrimientos demasiados, lo cual todo es grande impedimento para la divina suavidad y para el sosiego de la oración.

Y demás desto, como el pecado sea una ponzoña mortal que luego tira al corazón y lo hace desmayar, hay muchos que así como caen en este género de pecados, luego se les cae el corazón y pierden todo el esfuerzo y aliento que tenían para bien obrar. Porque así como no hay cosa que más ayude á todo lo bueno que el vigor y aliento del corazón, así no hay cosa que más corte los brazos que el desmayo y caimiento dél. Por lo cual aquellos sanctos Padres del yermo solían encomendar mucho á sus discípulos que anduviesen siempre con este vigor y esfuerzo de ánimo, por-

(1) Eccli. 19.

que mediante él estaba el hombre siempre como sobre los estribos aparejado para todo lo que debe hacer, lo cual todo pierden los que desta manera se dejan caer. Por donde no sin causa dijimos que muchos se hacían más daño con el indiscreto arrepentimiento de los pecados que con el mismo mal de los pecados.

Esta indiscreción nasce unas veces de pusilanimidad, otras de una secreta soberbia, la cual tácitamente hace creer al hombre que es algo y que no había de caer él ya en tales y tales defectos: lo contrario de lo cual presupone el humilde, y por esto no se le hace nuevo el caer en defectos, porque eso y más que eso tiene ya él entendido y presupuesto de su gran flaqueza. Nasce también esta pusilanimidad de no conoscer los hombres la gracia de la redempción de Cristo, ni saber aprovecharse de la medicina que Él nos dejó en su pasión y muerte para remedio destos desmayos y temores.

Sea pues el primer remedio conoscer á este Señor y el valor de sus merescimientos, para que no perdamos la esperanza de su misericordia aun en los grandes pecados, cuanto más en los pequeños. Esta esperanza nos da el evangelista Sant Juan por estas palabras (1): Fijuelos, esto os escribo porque no pequéis: mas si por ventura pecáredes, no por eso desmayéis, porque abogado tenemos de nuestra parte ante los ojos del Padre, que es Jesucristo justo, el cual es aplacador de su ira y el que satisface por todos nuestros pecados: y no sólo por los nuestros, sino también por todos los del universo mundo. Pues ¿qué desconfianza puedes tú tener debajo de las alas y merescimientos de tal intercesor? ¿Qué penitencia podrías tú hacer, ni qué satisfacción podría Dios tomar de tus pecados, que no sea mayor la que tiene ya tomada en las espaldas de su Hijo? Todos cuantos pecados hay en el mundo, delante de sus merescimientos no son más que una pajica liviana delante de un fuego infinito. Pues ¿por qué desmayarás, teniendo de tu parte tal satisfacción y tales merescimientos?

Dirás que pecas cada día y cada hora, sin acabar jamás de emendarte. Dime, si cada día Cristo padesciese de nuevo por los pecados que haces cada día, ¿tendrías razón para desmayar? Dirás que no. Pues ten por cierto que no menos te aprovecha aquella muerte ya pasada, que si cada día de nuevo padesciera, porque

(1) I Joan. 2.

como dice el Apóstol (1), con una ofrenda que ofreció este Sumo Sacerdote en la cruz, perficionó sus sanctificados para siempre.

Dices que pecas cada día, recibiendo cada día tantas mercedes de Dios, y que esto no lo puedes sufrir sin desmayar. Dígote de verdad que así como no hay cosa que más declare la maldad del hombre que esa manera de multiplicar pecados estando siempre recibiendo beneficios, así no hay cosa que más declare la grandeza de la bondad de Dios que estar Él siempre lloviendo beneficios sobre quien está siempre haciendo pecados. Nuestra maldad (dice Sant Pablo) hace más resplandescer la bondad de Dios, porque en hecho de verdad, ni en cielo, ni en tierra, ni en aves, ni en pesces, ni en flores resplandesce tanto la hermosura y la nobleza de las entrañas y corazón de Dios, como en el sufrir y perdonar pecadores. Por donde si usares de un poco de prudencia y destreza, del mismo desabrimiento de la culpa podrás (como de un veneno) hacer medicina contra ella, subiendo por ahí al conoscimiento de aquella soberana bondad, la cual sufre con tanta benignidad sus ofensas, siendo tantas y tales que el mismo que las hace no las puede ya sufrir, y cansado ya él mismo de sufrirse, no lo está Dios de perdonarle. Pues con la miel desta consideración podrás envolver esa amarga píldora para no sentir demasiadamente el acíbar que hay en ella. Y si desta manera lo hicieres, algunas veces te acaescerá recebir mayor suavidad con la consideración desta bondad, que desabrimiento con la consideración de tu maldad.

Por tanto, debes hacer en este caso lo que hace un criado fiel, aunque flojo, cuando acierta á tener un muy bueno y piadoso señor: el cual, si cae en algún defecto, cuando por una parte comienza á entristescerse por el mal que hizo, por otra, cuando se le acuerda que tiene un tan buen señor que tantas veces le ha perdonado, y de quien sabe cierto que con la facilidad que disimuló los defectos pasados, disimulará también el presente, cuando esto considera, vuelve la hoja del sentimiento que comenzaba á tener, y trueca el dolor que causaba la memoria de la culpa, con el alegría que siente considerando la bondad ajena. Pues esta misma consideración debes tú hacer cuando te afligiere demasiadamente el desabrimiento de las culpas, y desta manera harás una como

(1) Hebr. 10.

atriaca de la ponzoña, y quebrarás el ojo al enemigo con sus mismas armas, y tomarás ocasión para más amar, de lo que suele ser para más temer y desmayar. Y llevando el agua por este camino regarás con ella dos virtudes, conviene saber, caridad y humildad, tomando ocasión de la culpa en que caíste, para conoscer más claro tu miseria y para amar con mayor amor al que tan cierto sabes que ha de perdonarla.

Demás desto es bien que sepas que hay dos diferencias de pecados veniales, y que va mucho de los unos á los otros. Porque personas hay que pecan contra todo su propósito y determinación, por pura flaqueza ó negligencia, ó por las reliquias de los malos hábitos que se han quedado en el ánima, los cuales muchas veces llevan el hombre tras de sí cuasi sin sentirlo. Otros hay más sueltos en la consciencia, los cuales no tienen esta determinación ni propósito, sino que contentos con no hacer cosa que sea mortal, en lo demás quieren comer, y beber, y holgar, y parlar, y perder en estas cosas mucho tiempo, á las cuales ordinariamente están anejos muchos pecados veniales que entre tanta ociosidad y soltura no se pueden excusar. Éstos dice Enrico Herp que mientras tuvieren esta determinación, nunca serán perdonados destos pecados por mucho que los confiesen, porque no tienen propósito verdadero de emendallos, sino antes propósito contrario de hacellos. Y los tales no se puede negar sino que viven en mucho peligro porque (como dice muy bien Sancto Tomás) el que no tiene propósito verdadero de aprovechar, vive en gran peligro de desaprovechar. Porque así como el que estuviese en medio de la canal de un impetuoso río, si quisiese estarse quedo y no trabajase por subir agua arriba, estaría en gran peligro de irse tras de la corriente agua abajo, así en este camino de la vida espiritual (que es tan agua arriba y tan contrario á nuestra naturaleza) vive en mucho peligro de volver atrás quien no trabaja cuanto puede por ir adelante.

Mas los que pecan de la otra manera que decíamos, por algún descuido ó negligencia, éstos más fácilmente vuelven en sí y alcanzan perdón, porque no es en manos del hombre (por muy perfecto que sea) excusar todo linaje de pecados, pues como dice el Sabio (1), siete veces en el día cae el justo y otras tantas se levanta.

(1) Prov. 24.

Conforme á lo cual dice Sant Augustín: Los sanctos varones tienen cosas que de verdad puedan llorar, y con todo esto son sanctos, porque tienen afecto y deseo verdadero de hacer todo aquello que conviene para la perfecta sanctidad.

Para significar estas y otras diferencias de pecados, dijo el Apóstol que sobre el fundamento de la Iglesia, que es Cristo (1), unos edificaban oro y piedras preciosas, y otros madera y heno y paja, y cada una destas cosas había de pasar por el fuego y permanescer ó quemarse en él, según la materia que tuviese. Los que edifican oro y piedras preciosas, no tienen por qué temer el fuego: mas los que edifican madera, heno ó paja no pueden dejar de quemarse en él, sino que más tiempo arderá la leña, y menos el heno, y mucho menos aún la paja, que en un punto se acaba. Por las cuales cosas podemos entender las diferencias que hay en los pecados veniales y en los castigos y purgatorio dellos, porque algunos pecados hay que son como madera, cuales son los de los imperfectos y principiantes, los cuales durarán más en el fuego, otros como heno más livianos, cuales son los que están ya más aprovechados, que durarán menos que éstos, otros como una paja más liviana, cuales son los de los perfectos, los cuales durarán aún mucho menos, porque muy presto serán purgados. Éstos son una palabra ociosa, una indiscreción, un descuido ó negligencia en cosas pequeñas, en las cuales cosas caen muchas veces aun los perfectos y sanctos, por lo cual no es razón que desmayen los imperfectos, cuando desta manera desfallescieren.

Esto se ha dicho tan por extenso, por proveer de remedio eficaz á los pusilánimes y desconfiados. Mas porque el hombre es una criatura tan ciega que muchas veces hace de la medicina ponzoña, y no sabe huir de un extremo sin caer en otro, por tanto me paresce avisar al cabo que este emplasto no se ordenó aquí para los atrevidos ni flojos, sino para los pusilánimes y cobardes, y por esto si el atrevido ó el flojo quisieren aprovecharse dél, no harán más que tomar una medicina hecha para la cura de un humor frío, y aplicarla para la de un humor caliente.

Ni tampoco á los pusilánimes se les pone aquí perpetuo entredicho en el dolor y remordimiento de los pecados, el cual es como un escarmiento y hostigo saludable para no volver á ellos, sino

(1) I Cor. 3.

para que de tal manera tomen este desabrimiento, que no turben la paz del corazón, que es el centro y lugar donde reposa Dios. Bueno es dolor de los pecados, mas ha de tener su medio este dolor, con que se desvíe de los extremos: porque como dice un doctor, el arrepentimiento del corazón humano sin el espíritu de la gracia, cuanto es mayor, tanto es peor, porque trae consigo desperación. Y por esto el Apóstol aconseja en la segunda Epístola á los de Corinto (1) que consuelen y esfuercen á un cierto penitente, no porque tuviese él por mala la tristeza y dolor de los pecados, la cual allí alaba, sino porque con la demasiada tristeza no se ahogase y desmayase el que así se afligía.

Tercero impedimento: de los escrúpulos.

§ III

Los escrúpulos también que nascen de los mismos pecados, suelen impedir mucho la devoción por el desasosiego grande que traen consigo. Porque los escrupulosos siempre andan carcomiéndose consigo mismos, si consentí, si no consentí, si recé, si no recé, si confesé, si no confesé, y así en otras cosas semejantes: lo cual todo es grande impedimento para la paz y sosiego del corazón, en la cual mora Dios. Porque si la cama de aquel Esposo celestial es florida, según se escribe en los Cantares (2), ¿cómo podrá Él reposar en el corazón que está lleno de escrúpulos y congojas, que son como ortigas y espinas? Mas porque no basta decir que se quiten los escrúpulos, si no se da remedio contra ellos, por esto será necesario tratar de lo uno y de lo otro, porque no sea del todo manca y defectuosa esta doctrina.

Las causas de los escrúpulos son diversas, y así también lo son los remedios. Porque algunas veces permite Dios esta pasión en los suyos, como permite otras dolencias y trabajos, para que sean como una lima y purgatorio de sus pecados, ó para mayor mérito y corona dellos. Y para esto no hay otros mayores consuelos ni remedios que los que generalmente se dan para todo género de trabajos, de los cuales está llena toda la Escriptura divina.

(1) II Cor. 2. (2) Cant. 1.

Otras veces nascen de melancolía, que es un humor aparejado para mover la imaginación y apetito con diversas pasiones de tristezas y temores demasiados, de donde nascen diversos escrúpulos y desasosiegos de la consciencia. Y cuando los escrúpulos nascen deste humor, más necesidad tienen (como dicen Sant Hierónimo) de los remedios de Hipócrates, que de los que aquí se pueden dar.

En otros nascen del amor proprio y del no saber hacer los hombres diferencia entre el pensamiento y el consentimiento de la voluntad, por donde muchas veces vienen á tomar lo uno por lo otro y creer que pecaron. Porque el demasiado amor que el hombre se tiene, le hace temer más de lo que conviene su peligro, y este temor demasiado, junto con la ignorancia susodicha, hace muchas veces temer donde no hay que temer.

También esto viene otras veces por obra del enemigo, el cual si no puede quitar del ánima el temor de Dios, trabaja por hacer que no usemos bien dél, empleándolo no en temer (como era razón) los verdaderos peligros, sino los falsos y aparentes. De manera que si no puede secar la vena de agua viva que envía Dios á nuestra ánima, procura de divertirla por otras partes desaprovechadas, porque no se rieguen con ella las plantas saludables de las virtudes. Ésta fué la astucia de aquel cruel capitán Holofernes, el cual teniendo cercada la ciudad de Betulia, ya que no pudo secar la fuente de donde le iba el agua, mandó quebrar los caños por do iba, para que así se divertiese y derramase por donde no aprovechase á los moradores della (1).

También esto nasce de no tener los escrupulosos bien entendida la bondad de Nuestro Señor y el deseo grande que tiene de la salvación de los hombres, y lo que principalmente les pide para esto. Porque en hecho de verdad, los escrupulosos, cuanto es de parte de sus escrúpulos, son muy injuriosos á la divina bondad y no sienten della como era razón, antes tratan con Dios como tratarían con un juez muy achacoso que anduviese buscando puntillos de derecho y maneras de calumnias para negar al reo su derecho. De manera que no entienden cuán grande sea el deseo que Dios tiene de la salvación de los hombres, aunque saben el tormento que le daba esta sed en la cruz, la cual sentía más

(1) Judith 7.

que la misma cruz, pues no quejándose de la cruz, se quejaba della. Tampoco entienden lo que principalmente pide Él al hombre para agradarse dél, que es un corazón determinado en lo bueno, ó aparejado para cualquier trabajo antes que hacer una ofensa contra Él. Porque á lo menos el hombre que esto conosciese, y se hallase con tal propósito y determinación como ésta (como por la piedad de Dios se hallan muchos, que por todo el mundo no harían un pecado mortal) los que esto viesen en sí, muy poca razón tenían para tener escrúpulos, teniendo en sus ánimas una tan rica y tan cierta prenda del amistad y bienquerencia de Dios como es este propósito y determinación.

Entre los remedios que se suelen dar contra los escrúpulos, el primero y más principal es subjectarse húmilmente al parescer ajeno y dejarse regir por otro. Porque nuestro Señor, que no falta en las cosas necesarias, y que á ninguna dejó sin su remedio, éste fué el que principalmente proveyó para esta dolencia, conviene saber, que cuando el hombre no pudiese curarse por su propria razón y prudencia, se curase por el ajena. Porque en tal estado como éste ni debe el hombre creerse á sí, porque es parte en esta causa, ni hacerse médico de sí mismo (aunque sea letrado) pues está enfermo. Y por esto quiere el Señor que se deje curar de otro, y que le obedezca en todo cuando es persona para eso. Y si por caso errase el aconsejador en lo que decía, no por eso erraba el aconsejado, pues le mandan que en este caso siga su consejo.

Aprovecha también para curar esta dolencia no dar lugar á los escrúpulos en cuanto sea posible, ni condescender con ellos en lo que piden. Porque así como el medio que se suele tener para quitar un siniestro á una bestia, es no dejarle salir con él, así también conviene hacer esto mismo para curar los siniestros del corazón escrupuloso. Especialmente sabiendo que los escrúpulos son de tal cualidad, que por la misma razón que abrimos puerta para uno, la hemos de abrir para otros muchos, y así nunca el hombre acabará toda la vida con escrúpulos.

Y para ayudar á salir con esto, es mucho de notar una doctrina que Cayetano da en la Summa á los que son escrupulosos acerca de la confesión (que es una de las principales cosas en que ellos suelen tropezar) la cual es que no se ha de tener el escrupuloso por tan obligado á confesar todo aquello de que le vienen dubdas si lo confesó ó no lo confesó, como el que no lo es. Ponga-

mos ejemplo. Si yo, que no soy escrupuloso, tengo dubda si me confesé de un pecado ó no, ó si recé una hora canónica ó no, estando así formalmente dubdoso, obligado seré á hacer por donde salga desta dubda, por no ponerme á peligro de pecado mortal. Mas si soy escrupuloso, no basta cualquier dubda para ponerme en esta misma obligación, porque probablemente puedo creer de mí que la pasión de los escrúpulos, así como me hace muchas veces temer donde no hay que temer, así también me hará dubdar donde no hay que dudar. Y por esto, con mucha razón se aconseja al escrupuloso que después que una vez se hobiere confesado con mediano aparejo y examen de su consciencia, que no abra la puerta á cualquier dubda que después se le ofrezca sobre la confesión pasada, sino que se satisfaga con decir: Ya yo hice un mediano examen para haberme de confesar, y de creer es que como dije otras cosas, también diría ésta de que agora tengo dubda, con ellas, ó distinctamente, ó á lo menos debajo de alguna cláusula general que comprehendiese esta culpa con otras semejantes, y esto me debe por agora bastar, porque si comienzo á hurgar en este cieno, nunca jamás acabaré con escrúpulos, con los cuales haré gran daño á mi ánima y vendré á inhabilitarme y mancarme para todos los ejercicios de oración y de virtud, que es un grande inconveniente. Y por esta causa tan razonable quiero darme por contento con lo hecho, y no dar ocasión á nuevas marañas. Con esto, pues, se debe quietar cualquier escrupuloso, especialmente aquél que siente en su ánima aquel sancto propósito y determinación que arriba dijimos. Porque el que se halla con un corazón tan aparejado para todo lo que manda Dios, que si fuese menester decir todos sus pecados á voces en la plaza, los diría, ¿qué tiene éste por qué temer? Y si caso fuese que en hecho de verdad se quedase algún pecado por confesar, quedándose por esta vía, no por eso tiene el hombre por qué temer, porque este dictamen susodicho lo salva. No hizo Dios la confesión para lazo de las consciencias, sino para alivio y descargo dellas, y sin dubda no fuera alivio sino lazo, si le echara tan grandes cargas y obligaciones como los escrupulosos imaginan.

Y porque el no saber la diferencia que hay entre el pensamiento y el consentimiento, dijimos también que era causa de escrúpulos, será bien que demos alguna luz á los ignorantes en esta parte. Pues para esto es de saber que con un pensamiento malo

se puede haber el hombre en una de cuatro maneras. Porque si cuando el pensamiento se levanta, acude luego con el temor de Dios y con la representación y memoria de Cristo crucificado, y lo lanza de sí, aquí no hay pecado sino merescimiento, pues va vencido el enemigo. Mas si algún tanto se detiene en él, ya este detenimiento es culpable, y es pecado venial más grave ó más liviano, según fuere mayor ó menor el detenimiento. Y para acusarse deste exceso no es menester que diga el penitente por menudo todas las particularidades que pensó (como algunos hacen) sino basta que señale la especie del pecado, diciendo: Acúsome que tuve un pensamiento deshonesto, ó de ira, ó de vanagloria, y no lo deseché tan presto de mí como debiera, antes me detuve algún tanto en él. Pero si el negocio pasa tan adelante que llega el hombre á consentir en aquel mal pensamiento, determinando de ponerlo por obra (si se le ofresciere aparejo para ello) ya esto conoscidamente es pecado mortal, y por tal se ha de confesar. Y esto no es malo de conoscer, porque el tal consentimiento es una cosa tan fea y tan consentida por todo el hombre y por todas las partes que hay en él, que muy claramente podrá quienquiera conoscer la diferencia que hay entre un simple pensamiento y un consentimiento deliberado déstos. Porque ésta es ya una manifiesta desvergüenza contra Dios, y un dar el hombre sellado y firmado de su nombre que quiere alzarse y rebelar contra Él y quebrantar sus mandamientos.

Otro grado hay más delicado que éstos, que es el que llaman los teólogos delectación morosa, que es consentimiento deliberado, no en la obra exterior, sino en el deleite del pensamiento interior, que es cuando el hombre determinadamente quiere estarse deleitando en un pensamiento malo, aunque no lo quiere poner por obra, que es (como suelen decir) si no bebo en la taberna, huélgome en ella. Pues aquí es donde suelen tropezar los escrupulosos y tomar ocasión para sus escrúpulos. Para consuelo de los cuales es de saber que para que esta manera de delectación sea pecado mortal, se requiere que haya en ella consentimiento deliberado de querer el hombre deleitarse y ocuparse en pensar una cosa que de suyo es pecado mortal, como es un pensamiento sucio y torpe. Y digo deliberadamente, porque si esto acaesce como á traición, cuando el hombre sin mirar lo que piensa se embebesce en un pensamiento déstos, y cuando abre los ojos y echa de ver cómo

lo que piensa es malo, luego lo lanza de sí, ya aquí no hay pecado mortal, porque no fué este consentimiento deliberado.

Item, si después que advierte lo que pensaba, y procurando de apartarse dello, apenas lo puede hacer por estar el corazón ya tan cebado y encarnizado en lo que pensaba, que no lo puede bien sacar de allí, tampoco hay aquí pecado mortal: porque esto procede del ímpetu de la pasión precedente, la cual, así como no fué pecado, porque no fué voluntaria, así tampoco lo será todo lo que después se sigue della, porque si la causa no fué pecado, tampoco lo será el efecto que necesariamente della se siguió.

Y porque en esta materia hay muchas delicadezas que decir, de que tratan copiosamente los teólogos, solamente diré para este propósito lo que escribe uno dellos, conviene saber, que este pecado regularmente no cae sino en personas desalmadas, que viven sin temor de Dios, y que si dejan de pecar, no es por respecto de la consciencia, sino de la honra, ó del mundo, ó por falta de aparejo: las cuales, ya que no pueden salir con lo que pretenden, hacen eso que pueden, que es estarse deleitando en cosas torpes y deshonestas, y gozar de aquel deleite fantástico imaginado, porque no pueden gozar de otro.

Con estas cosas y con otras semejantes se podrá curar esta dolencia de los escrúpulos: porque aunque en algunos paresce incurable, pero en hecho de verdad no lo es, mayormente en los humildes y subjectos al parescer ajeno, de los cuales muchos hemos visto ya curados y restituídos á la salud.

Cuarto impedimento: de cualquier otra amargura y desabrimiento de corazón.

§ IV

No sólo el desabrimiento que nasce de los escrúpulos, pero generalmente cualquier otro desabrimiento y amargura de corazón, agora nazca de ira, agora de accidia, ó de rancor, ó de cualquier otra mala raíz, es impedimento grande para la devoción. Porque como la dulzura y amargura sean cosas entre sí contrarias, claro está que mal podrán caber en un mismo corazón la amargura del vicio y la suavidad de la devoción, que es

el más suave de todos los lectuarios del ánima. Por lo cual dice Sant Augustín: Mira que tu corazón es un vaso que está lleno de hiel, y por esto, si quieres hinchirlo de miel, es menester que primero vacíes la hiel. Por esto con mucha razón nos manda el Apóstol (1) que desechemos de nuestras ánimas todos estos desabrimientos y amarguras de corazón: las cuales, así como son contrarias á la caridad, así también lo son al fervor de la caridad y al alegría de la devoción. El lugar donde mora Dios, es el ánima pacífica y mansa, y por esto conviene desechar della todo lo que impide esta paz y tranquilidad, porque no la desampare este huésped celestial. Para lo cual debemos andar siempre con un sancto cuidado de nunca abrir la puerta á ningún género de pensamientos desabridos y congojosos, y cuando alguna vez se nos entraren en casa, echarlos muy presto la puerta fuera, arrojando, como el profeta dice (2), muy confiadamente todos nuestros cuidados en el Señor, y haciendo el corazón largo y ancho para todo trabajo, con esta fe y esperanza.

Quinto impedimento: de las consolaciones sensuales.

§ V

Estos cuatro impedimentos susodichos son algo semejantes entre sí, porque ó son pecados, ó cosa que nace de pecados. Agora añadiremos otros algunos, los cuales aunque sean algo diferentes de los pasados, no lo son en el daño que hacen para el fin que pretendemos. Entre los cuales es uno y muy principal el amor y gusto de las consolaciones sensuales, el cual de todo en todo cierra la puerta al amor y gusto de las espirituales. Porque así como nadie envía al zurujano á la casa del sano sino á la del herido, así nunca Dios enviará aquel Espíritu divino (que tiene por nombre Paracleto, que quiere decir consolador) á la casa de los consolados y alegres, sino á la de los afligidos y tristes por su amor. Dad sidra, dice Salomón (3), á los tristes, y vino á los que viven en amargura de corazón: beban y olvídense de su pobreza, y no se acuerden más de sus trabajos. Pues para curar

(1) Ephes. 4. (2) Psalm. 54. (3) Prov. 31.

esta dolencia provee Dios desta medecina, y por esto no la envía á la casa de los sanos, sino á la de los enfermos. Delicada es (dice Sant Bernardo) la divina consolación, y no se da á los que buscan la ajena. Es como la mujer casta y legítima, que así como meresce ser amada sola, así se agravia si la aman en compañía de otra. En figura desto leemos (1) que nunca se dió aquel manna (que contenía en sí toda suavidad) á los hijos de Israel en el desierto, hasta que del todo se les acabó la harina que habían sacado de la tierra de Egipto. Y así nunca se dará al hombre el pan de los ángeles en este destierro, hasta que haya renunciado por Dios todos los deleites y pasatiempos del mundo. Muy mala madrasta es la consolación humana para la divina, y por esto es menester que la una vaya fuera de casa, porque no dé mala vida á la otra.

Contra esto hacen algunos que por una parte querrían tener gusto y sabor en la oración, y después deste ejercicio quieren tener sus pasatiempos y recreaciones, sus pláticas y conversaciones, quieren comer, y beber, y vestir, y tratarse con todo regalo, y finalmente, de tal manera querrían gozar de Dios, que no querrían perder estos buenos bocados del mundo. Éstos no piensen que podrán jamás aprovechar en este camino del cielo mientras anduvieren á este paso. El ave que juntamente náda y vuela, es reprobada en la ley y tenida por sucia (2). Pues ¿quién es figurado por esta ave, sino el ánima del hombre regalado y sancto, que por una parte quiere zabullirse y bañarse en las aguas de sus deleites y refrigerios, y por otra quiere levantar su espíritu á la contemplación de las cosas divinas? No puede ser esto, no os engañéis: porque así como la luz y las tinieblas no se compadescen en uno, así tampoco las consolaciones espirituales y sensuales, pues tan bien contradicen entre sí espíritu y carne como tinieblas y luz: y por esto, el que quisiere gozar de las unas, es por fuerza que ha de desechar la otras. De manera que así como los que quieren entrar en un colegio renuncian primero todas las prebendas y beneficios que tienen (porque de otra manera no podrían ser admitidos en él) así tenga por cierto que ha de renunciar todas las consolaciones humanas el que quisiere ser admitido á las divinas. Bien entendía esto el profeta David cuando decía (3): No quiso mi ánima conso-

(1) Exod. 16. (2) Lev. 11. (3) Psalm. 76.

larse con las cosas de la tierra: acordéme de Dios, deleitéme con su memoria, y el deleite fué tan grande, que mi espíritu ya desfallecía. Mira si fué buen trueque éste, y si se podía llamar á engaño, pues por consolaciones tan pequeñas le dieron consolaciones tan grandes y tantas, que ya de lleno y colmado no las podía sufrir.

Ésta es pues la causa por que tantos se ponen á pensar en aquella fuente de deleites, sin ningún deleite, porque tienen los senos de su ánima llenos de otros peregrinos deleites. Amador celoso es Dios de nuestras ánimas, como Él mismo lo dice (1): por esto no quiere admitir otros deleites ni otros amores extranjeros con los suyos. Por tanto, si quieres gozar cumplidamente deste bien, toma aquel consejo de Sant Augustín, que en una palabra lo comprehendió todo diciendo: Déjalo todo, y hallarlo has todo: porque todas las cosas hallará en Dios quien todas las dejare por Él.

Sexto impedimento: de los cuidados demasiados.

§ VI

Contrario impedimento al de los deleites es el de los cuidados, mas no menos dañoso que él. Cuidados y deleites dice el Salvador que son las espinas que ahogan la simiente de la palabra de Dios (2). Por donde con mucha razón dice Sant Bernardo que necesidad y cobdicia eran las dos principales raíces de todos los males del mundo. Porque todos los males que se hacen, ó son por salir de alguna necesidad que nos da pena, ó por seguir algún deleite que nos dé alegría. Pues los cuidados destas necesidades son la cosa del mundo que más impide así el gusto de la devoción como el reposo de la oración: porque éstos arrebatan el corazón de tal manera, que no lo dejan pensar en otra cosa que en aquella que los causó: la cual está pungiendo el corazón, y dando golpes á la puerta, y solicitándonos por su remedio. Pues ¿quién podrá dormir y reposar en medio de tantas moscas y mosquitos como hay en esta tierra de Egipto? Menester es

(1) Exod. 20. (2) Matth. 13.

cierto aquel conjuro del Esposo en los Cantares (1), para que pueda tomar la Esposa este sueño de vida, entre tantas cosas que la inquietan.

Mas dirás: ¿qué remedio para sacudir estos cuidados que tan fuertemente se nos pegan? El remedio es, que trabajes cuanto te sea posible por descarnar tu corazón del amor sensual de todas las criaturas, porque deste amor nascen todas estas congojas, según que arriba se declaró. Y por tanto, si quieres carescer de todos los cuidados, el medio es trabajar por carescer de todos los amores: porque para un salto tan grande como es vivir en esta vida sin cuidados, muy de atrás y muy de lejos es menester que se tome la corrida. Así que en una palabra se concluye toda esta doctrina. No ames, y no te congojarás: no te deleites en la criatura sino según Dios, y no te entristecerás por ella sino según Dios. Créeme cierto que donde las dan las toman, y que el amor y deleite en las criaturas tiene sobre sí muy grandes tributos, y que son después mayores los dolores del parto que el deleite de la concepción.

El segundo remedio es tomar todos estos cuidados y arrojarlos en los brazos de Dios, teniendo entera fe y confianza que Él pondrá buen cobro en lo que fiáremos de sus manos, pues Él nos manda que lo hagamos depositario de todos nuestros negocios y tomemos solamente á cargo la guarda de sus mandamientos. Desta manera lo hacía la Esposa cuando decía (2): Mi amado es para mí, y yo para él. Él para mí, mirando lo que me cumple, y yo para él, mirando por lo que cumple á su servicio, dando á entender por estas palabras que si el hombre se emplea todo en el servicio de su Criador, él se empleará todo en el bien de su criatura. ¿Por qué se llama la ley de Dios pacto, sino porque hay en ella esta manera de correspondencia y concierto entre Dios y la criatura? Pues ¿cuándo quebrará este concierto por parte de Dios? ¿Cuándo faltará á nadie su palabra? Con solo este recaudo enviaba Sant Francisco sus frailes á negociar seguros, diciéndoles aquellas palabras del profeta (3): Arroja todos tus cuidados en el Señor, que Él te proveerá. ¡Oh cuán poquitos cristianos (aunque sean de los muy recogidos) saben hacer esto de verdad! Muchos hombres, dice el Sabio (4), se llaman misericordiosos: mas varón fiel

(1) Cant. 8. (2) Cant. 6. (3) Psalm. 54. (4) Prov. 20.

¿quién lo hallará? Pues ésta es una de las virtudes más proprias del verdadero cristiano, ésta es la que más paz acarrea consigo, ésta es en que Dios más veces lo prueba y examina, y ésta es finalmente la que el hombre menos puede alcanzar por sí, si no tiene especial favor de Dios. No es de todos tener aquella fe de Susana, que estando ya sentenciada á muerte en medio de las piedras y de los enemigos, estando ya el agua á la boca y la soga á la garganta, tenía su corazón seguro con la esperanza en Dios (1).

Mas dirás: ¿Qué haré yo para alcanzar esta virtud? Sigue á Dios como la Cananea hasta el fin (2), y no callen las lágrimas de tus ojos, y porfía sin descansar hasta que halles esta preciosa margarita. Considera también cuán fiel es Dios, y cuán leal, á aquéllos que esperan en Él, como lo fué á David, á Abraham, á Jacob, y finalmente á todos los que esperaron en Él. Mirad, hijos, dice el Eclesiástico (3), por todas las naciones del mundo, y decidme: ¿Quién esperó en el Señor, y cayó de su esperanza, ó quién perseveró en sus mandamientos, y fué desamparado dél?

¿Quieres entender por un ejemplo cuán grande sea la fidelidad de Dios para con los que esperan en Él? Mira cuán fiel fué aquel siervo de Dios Lot á dos huéspedes que había recebido en su casa (4), pues que ofresció dos hijas que tenía por casar á la mayor deshonra del mundo, sólo por salvar dos peregrinos que se fiaron dél, no alegando otra razón más que decir: Entraron en mi casa fiados de mi palabra, y por no faltar á quien se fió de mí, catad aquí dos hijas vírgines, haced dellas lo que quisiéredes, con tal que no me toquéis en estos hombres, porque se pusieron debajo de mi amparo. ¿Qué te paresce desta fidelidad? Pues ¿cuánto mayor será la fidelidad de Dios? ¿Qué perfección hay en las criaturas que no se halle en el Criador con infinitas ventajas? Tanto es sin dubda mayor la fidelidad de Dios que la del hombre, cuanto es mayor la bondad de Dios que la del hombre. Pues si la fidelidad humana llegó hasta aquí, ¿hasta dónde piensas que llegará la divina? Toma pues para todos tus negocios y cuidados aquel consejo de Sant Augustín, que dice: Arrójate en los brazos de Dios, y no hayas miedo que hurte el cuerpo y te deje caer: recebirte ha, curarte ha, y salvarte ha.

---

(1) Dan. 13. (2) Matth. 15 (3) Eccli. 2. (4) Gen. 19.

Séptimo impedimento:
de las ocupaciones, y más de la del estudio y especulación.

§ VII

Así como impiden los cuidados y congojas del espíritu, así también impiden las ocupaciones y trabajos del cuerpo cuando son demasiados, porque unos embarazan el espíritu para que no pueda orar, y los otros ocupan el tiempo para que no haya lugar de orar, y así dejan al hombre sin tiempo y sin espíritu para este ejercicio, que de ambas cosas tiene necesidad. Y como quiera que hagan esto todas las ocupaciones demasiadas, pero muy más particularmente lo hacen las de los estudios y letras, aunque sean de teología, porque no hay ocupación más contraria á la devoción, que es la especulación del entendimiento, la cual se bebe toda la virtud del ánima y deja como yerma y seca la voluntad para que no sienta ni guste de Dios. Porque con las otras ocupaciones que son puramente corporales, aunque fuese cavar ó hacer algo de manos, bien se compadesce tratar con el espíritu cosas de devoción, como las trataban aquellos Padres del yermo, haciendo sus canastillas y labrando sus huertos: mas con las ocupaciones del entendimiento mal se compadescen las de la voluntad, si no se ordenan de tal manera, que vengan á servir y no á impedir este ejercicio, como lo hacían los sanctos cuando estudiaban, y por esto no perdían sino antes acrescentaban con esto su devoción.

Mas en las unas y en las otras ocupaciones conviene tener medida para que no impida lo menos á lo más, conviene saber, la obra de Marta á la de María, que escogió la mejor parte. Por esto aconseja el bienaventurado Sant Francisco á sus frailes en la regla que de tal manera trabajen, que no maten el espíritu de la devoción, al cual todas las cosas deben servir. El Sabio otrosí nos aconseja que busquemos la sabiduría en el tiempo de la desocupación, y añade diciendo (1) que el que más se desocupare y en menos cosas entendiere, ése llegará más presto á la cumbre della. Con esta misma sentencia concuerda la de todos los filó-

(1) Eccli. 38.

sofos gentiles, los cuales dicen que el ánima se hace sabia con la quietud y reposo interior, y no sólo con la interior de las pasiones, sino también con la exterior de las ocupaciones, porque siempre lo uno anda junto con lo otro. De manera que así como el agua reposada está más dispuesta para que se puedan ver en ella todas las cosas como en un espejo claro, así también lo está el ánima cuando vive en este sosiego y quietud. Pues por esta causa el demonio trabaja tanto por enturbiar los corazones de los hombres con mil maneras de ocupaciones, fingiéndoles muchas necesidades falsas, para que embarazados y ahogados con ellas, ni tenga tiempo ni corazón para vacar á Dios. Así lo hizo en figura desto Faraón con los hijos de Israel, los cuales como dijesen que querían ir al desierto á sacrificar á Dios, dijo él que por estar ociosos y desocupados les venían aquellas nuevas devociones y sanctidades (1), y por tanto que él proveería cómo los cargasen de mayores ocupaciones, porque así ahogados y embarazados con ellas, no les vagase acordarse de Dios. ¡Oh á cuántos tiene el príncipe deste mundo así ahogados en obras de vanidades, haciéndolos rodear toda la tierra buscando pajas que se lleve el viento, y haciéndoles entender siempre en obras de barro y tamo para edificar torres de viento! Los cuales nunca tienen un rato de soledad para ofrescer en él á Dios sacrificio de oración, porque todo el tiempo de la vida les ocupan las obras de Faraón.

Demás desto, ¿quién echó fuera del convite del Evangelio (2) aquellas tres maneras de convidados, sino ocupaciones y cuidados demasiados? Uno se excusa diciendo que ha de ir á visitar sus heredades, otro con que quiere ir á probar sus novillos, otro con los cuidados y negocios de su casa y familia, y así todos se quedan fuera de aquel sagrado convite. ¿De dónde nasce que ocupados siempre los hombres en estas obras terrenas, y apartados de la conversación de Dios y de las cosas espirituales, vienen á hacerse del todo sensuales y aun insensibles para las cosas de su salud? Y porque creas esto ser así, oye cuán encarecidamente lo dice Sant Bernardo al Papa Eugenio por estas palabras:

Esto es lo que siempre te temí y te temo, que viéndote cercado de tantas ocupaciones como trae consigo el oficio pastoral, y desconfiando de ver el fin dellas, vengas á no hacer caso desto y

(1) Exod. 5. (2) Luc. 14.

carescer dese justo y necesario dolor que agora tienes por verte cercado dellas. Y por esto mayor cordura será que tú les hurtes el cuerpo á sus veces y tiempos, que no que te dejes ir tras ellas y ser llevado á donde tú no querrás. Y si me preguntas á dónde, dígote que al corazón duro. Y no me preguntes qué cosa sea corazón duro, porque si no sentiste agora este golpe, el tuyo es. Porque aquél solo es corazón duro, que no se espanta de sí mismo, porque no se siente. Y si quisieres más saber qué cosa sea corazón duro, no lo preguntes á mí, pregúntalo á Faraón, que él te responderá. Ninguno jamás de corazón duro alcanzó salud, sino aquél por ventura de quien Dios se apiadó y le quitó el corazón de piedra y se lo dió de carne. Pues ¿qué es corazón duro? El que ni se rasga con la compunción, ni se ablanda con la piedad, ni se mueve con ruegos, ni hace caso de amenazas, y con los azotes se enduresce más. Y relatados otros muchos males que se siguen deste tal corazón, al cabo concluye diciendo: Cata aquí pues á dónde te pueden llevar esas malditas ocupaciones, si todavía porfías á entregarte á ellas, sin dejar nada de ti para ti. Mira que pierdes el tiempo, y si quieres que te hable como Jetro á Moisén (1), tú te consumes con locos trabajos, los cuales no son otra cosa sino aflicción de espíritu, consumpción del ánima y perdimiento de la gracia. Hasta aquí son palabras de Sant Bernardo. Pues por aquí verá el hombre cuán grande sea el peligro de las ocupaciones demasiadas, y asimismo con cuánta discreción y templanza se deben tomar los negocios, aunque sean sanctos, pues vemos que á las ocupaciones del sumo pontificado (que parescen tan justas y necesarias) llama aquí este sancto malditas, y dice que son locos trabajos y perdimiento de tiempo cuando se toman de tal manera que no dan lugar á los ejercicios de la consideración. Y para esto conviene que tenga el hombre muy medidas y tanteadas las fuerzas de su espíritu, para que conforme á ellas tome la carga de las ocupaciones: porque de otra manera, si excede la carga á las fuerzas, ¿qué se puede esperar sino cierta caída?

Y para salir con esto, son necesarias dos muy señaladas virtudes, que son discreción y fortaleza. La discreción, para entender (como dije) el caudal de nuestras fuerzas, y las expensas cuotidianas de tiempo, y ejercicios de que tenemos necesidad para

(1) Exod. 18.

traer la vida concertada. Y entendido esto, es menester una grande constancia y fortaleza para sacudir todos los negocios que fuera desto se nos ofrescieren, y no subjectarnos (salva siempre la obediencia) á lo que no podemos llevar. Porque los que se dejan vencer de ruegos, ó de importunidades, ó de otros respectos humanos, por los cuales se cargan de cuidados demasiados, después vienen á dar con la carga en tierra, y ni pueden con lo uno ni con lo otro, y así vienen tarde á entender con el mal de su daño la culpa de su indiscreto atrevimiento.

Y para esta misma victoria sirve también aquella suprema virtud, á la cual pertenesce seguir en todo y por todo el beneplácito y llamamiento de Dios, el cual siempre nos llama á la mortificación de nuestras pasiones y á los ejercicios por donde ésta se alcanza, y no quiere ni acepta otros servicios peregrinos (aunque sea la salvación de todo el mundo) cuando no se cumple primero con esto. Por donde el siervo de Dios debe siempre tener ante los ojos aquellas palabras que envió á decir el rey Saúl á David cuando lo quería casar con su hija, al cual (como se excusase por pobre) mandó decir (1): No tiene el rey necesidad de hacienda ni de arras, sino de cient prepucios de filisteos, para que se tome venganza de los enemigos del rey. Pues si el rey de la tierra no tiene necesidad de las riquezas de nadie, ¿cuánto menos el del cielo, que podrá con un solo querer dar mil vueltas al mundo? Mas no quiere Él otra cosa del hombre sino venganza de sus enemigos, que son nuestros pecados y pasiones, y destas quiere que le demos los prepucios, cortando y mortificando todas las demasías dellas. Y porque esto no se puede hacer sino con el continuo ejercicio de la oración y consideración, esto es lo que principalmente nos pide, y no otros géneros de servicios á que no somos obligados. Y si el mundo está perdido el día de hoy, por ventura es ésta una muy principal causa, porque los hombres no quieren servir á Dios en lo que Él quiere ser servido, sino en lo que cada uno le quiere servir. Y porque hay algunas cosas que al principio se pueden fácilmente desechar, pero después de encargado el hombre dellas no las puede echar á puertas ajenas, y cuando se ve ya enredado por todas partes y desea salir, no halla por dónde, por esto es menester aún mayor prudencia para oler dende

(1) I Reg. 18.

lejos los peligros, y repararse con tiempo antes que llegue el golpe, y como dice el Sabio (1), aparejar la medicina antes de la dolencia. Y esto no es menester probarlo por razones, porque á cada paso hallará el hombre muchos ejemplos de personas inconsideradas, que por ser incautas al principio en no mirar las cargas y obligaciones que se echaban á cuestas, después vinieron á dar con ellas en tierra, y á sentir y llorar ya muy tarde lo que temprano debieran proveer.

Los que viven debajo de obediencia, menos tienen que deliberar en esta parte, porque la obediencia los excusa así desta perplejidad y trabajo como de otros muchos, que es un grande bien, aunque mal conoscido. Mas con todo esto conviene mirar no sirvamos algunas veces á nuestra voluntad so color de obediencia, como hacen algunos, que cuando les mandan lo que ellos mismos desean y procuran, creen que aquello todo es obediencia. Éstos muchas veces vienen á excusarse destos sanctos ejercicios con este título, diciendo que les mandan estudiar, ó predicar, ó entender en oficios y negocios semejantes, por cuya causa dicen que no pueden vacar á Dios, ni tienen tiempo para ello. Lo cual es un engaño muy grande. Porque no puede haber cargo de mayor obligación y cuidado en la Iglesia de Dios que el del sumo pontificado, de quien depende el bien universal de todo el mundo. Y con todo esto escribe Sant Bernardo á Eugenio papa aquellos tan excelentes libros de consideración, en los cuales todo su negocio es aconsejarle que hurte cada día sus ratos de tiempo á los negocios y despachos universales de toda la Iglesia, para ocuparse en este ejercicio, sin el cual no se puede hacer cosa bien ordenada. Conforme á lo cual, entre otras muchas cosas, le dice así: Mas agora (pues los días son malos) basta amonestarte que ni siempre ni todo te entregues á las ocupaciones de los negocios, sino que apartes un pedazo de tiempo y de ti mismo para la consideración. Esto digo, teniendo respecto á la obligación y necesidad de tu oficio, y no á lo que más convenía hacer, porque de otra manera, si te viera del todo libre, en todo y por todo te aconsejara que te entregaras á aquella virtud, que sola vale para todas las cosas, que es la piedad. Y si me preguntas qué es piedad, dígote que vacar á la consideración. Dirás por ventura que

(1) Eccli. 18.

en esto no concuerdo con aquél que dijo que la piedad era culto de Dios. No es así. Antes, si bien lo consideras, hallarás que con estas palabras declaré el sentido de aquéllas, á lo menos en parte. Porque, dime, ¿qué cosa hay que tanto pertenezca al culto de Dios como hacer aquello que Él amonesta en el Psalmo diciendo (1): Desocupaos y considerad cómo yo soy Dios? Pues ¿en qué otra cosa entiende la piadosa consideración sino en ésta? Y ¿qué cosa hay que tanto valga para todas las cosas como aquélla que prudentemente previene todas nuestras obras y ejercicios, ordenando y considerando de la manera que cada cosa se debe hacer, para que las cosas que hechas con acuerdo y consideración son provechosas, no vengan á ser dañosas, si se hacen inconsideradamente? Hasta aquí son palabras de S. Bernardo.

Por las cuales paresce que ningún oficio ni obediencia obliga á nadie tan pesadamente, que no le sea lícito tomar aquellos ratos de tiempos que paresciéren ser necesarios para traer su espíritu recogido y su vida concertada: lo cual todo se alcanza por medio de la consideración, como luego el mismo sancto lo declara muy copiosamente después destas palabras susodichas, que por ser algo largas no refiero en este lugar.

Y por esto, aunque este ejercicio generalmente convenga á todos, pero señaladamente conviene á aquéllos que de su estado y condición son obligados á mayor perfección, como son obispos y religiosos, á los cuales su misma profesión obliga á caminar á este fin: y todas las otras obediencias se han de entender guardando siempre la cara á esta primera obediencia. La cual no se puede negar sino que tiene necesidad de algunos ejercicios de oración y consideración para recoger el hombre á sus tiempos, y examinar su consciencia, y ordenar su vida, y curar sus llagas, y repararse para los peligros de cada día, y implorar para todo esto con ardientes deseos el favor y gracia del Señor. No hay servidumbre en el mundo tan dura ni tan obligatoria que prive al hombre del derecho natural que tiene á comer y dormir y tomar lo necesario para la vida corporal. Y pues el ánima tiene necesidad de su pasto y de su sueño espiritual, y de lo uno y lo otro goza en el silencio de la oración, todas las obediencias se han de interpretar piadosamente con esta moderación. Y esto

(1) Psalm. 45.

principalmente ha lugar en las obediencias que van á la larga (como es el estudiar, ó predicar, ó regir, etc.) y no en aquéllas que se mandan *ad horam:* porque ninguna de aquellas obediencias hemos de tomar tan apretadamente, que del todo nos priven de cosas tan necesarias. Y los que no quieren pasar por esta regla, á lo menos no echen las pedradas á la obediencia diciendo que por amor della no tienen tiempo para recogerse, porque yo no pienso que de ninguna destas obediencias susodichas se deba presuponer que me prive de aquello sin lo cual no puedo vivir ni caminar al último fin de la perfección que yo al principio profesé.

Y lo que digo de los religiosos, eso digo de los hijos y hijas que están en poder de sus padres (si por ventura los persiguiesen y maltratasen porque se dan algún poco de tiempo á la oración) porque aunque no es lícito desobedecer á los padres, lícito es tomarles algún poco de tiempo para este ejercicio, porque no vengamos á dar en aquella tan peligrosa roca del corazón endurescido de que arriba tratamos. Porque en hecho de verdad la miseria del hombre es tan grande, y el mundo tan malo, y los peligros tan cuotidianos, que si un poco nos apartamos de Dios, luego somos perdidos. Y sobre todo esto, nuestro corazón es tan inclinado á la carne, que en apartándolo de Dios, que es todo espíritu, luego se hace todo carne.

Octavo impedimento: del vicio de la curiosidad.

§ VIII

IMPIDE también mucho la devoción el vicio de la curiosidad. La cual puede acaescer en muchas maneras. Porque hay una curiosidad de querer saber los hechos de los otros; y las vidas y negocios ajenos: la cual (demás de ocupar el corazón con vanos pensamientos) también lo enreda con diversos afectos y cuidados, con los cuales se pierde la paz y sosiego de la consciencia. Éste suele ser ordinariamente vicio de hombres ociosos y holgazanes, los cuales como no se quieren ocupar en sus negocios, siempre entienden en los ajenos.

Hay otra curiosidad de entendimiento, cual es la de aquéllos que con solo apetito de querer saber, se dan á leer historias pro-

fanas, y libros de gentiles, y antigüidades inútiles, y otras cosas semejantes. Y no menos la de aquéllos que se dan á la lición de otros autores más graves, no con deseo de alcanzar por ellos la verdadera sabiduría, sino con esta misma curiosidad, buscando allí solo el artificio y elocuencia de las palabras, ó algunos puntos y sentencias más curiosas que ellos puedan vanamente enseñar á otros, sin tomar nada para sí. Éstos dice el Eclesiástico (1) que tienen el corazón como harnero ó como cedazo, que despide de sí la flor de la harina, y quédase con solas las pajas y salvado: porque así éstos dejan pasar de claro las verdades y sentencias saludables con que se habían de quedar, y quédanse con las pajas y salvados, que es con las palabras y artificio en que á manera de bestias se quieren apascentar. Lo cual sin dubda es una cierta señal de ingenios y ánimos desordenados: porque (como dice S. Augustín) de generosos y buenos ingenios es no amar en las palabras las palabras, sino la verdad que está en ellas.

Hay también otra curiosidad sensual, la cual es un apetito desordenado que muchos tienen de querer que sus cosas sean muy primas y muy bien labradas y polidas, así la casa y la vestidura como los libros y las imágines y otras alhajas semejantes, las cuales cosas ni se pueden adquirir ni conservar sin mucho cuidado, y cuando no se hacen á nuestro gusto, no pueden dejar de dar desgusto y de ponernos en cuidado de volverlas á trazar y ordenar de nuevo, con lo cual se pierde la paz y el reposo de la consciencia, y se viene el hombre á meter en cosas excusadas. Lo cual todo está claro que es grande impedimento para la devoción, que requiere el ánimo quieto y reposado y libre de todos estos embarazos. Y por esto, como el demonio ve cuán grande sea este impedimento, trabaja cuanto puede (como dice un doctor) por envolver á toda suerte de gentes en este vicio, ocupando y incitando á los legos que procuren cada día nuevas maneras de trajes y invenciones, y á los religiosos que trabajen porque sus iglesias y monasterios y ornamentos sean muy curiosos y ricos, y esto so color de una indiscreta piedad, haciéndoles en creyente que los siervos de Dios merescen todas las cosas, y que para ellos conviene labrar hermosos edificios y aposentos, porque se huelguen de estar en ellos. Lo cual es un engaño manifiesto, porque

(1) Eccli. 21.

los verdaderos siervos de Dios poco curan destas cosas, antes las aborrescen, como á cosas que no se pueden buscar ni conservar sin destraimiento de corazón y perdimiento de tiempo, lo cual es muy contrario á los ejercicios de la devoción, que como sea cosa tan delicada, con muy livianas ocasiones á vuelta de cabeza es perdida. Porque si al bienaventurado S. Antonio impedía el reposo de su contemplación no más que la lumbre del sol cuando salía por la mañana, ¿cuánto más la impedirán los cuidados con que se han de buscar y conservar los bienes terrenos, que tienen plumas y alas para huir?

Pues por esta causa (entre otras muchas) es muy alabada la virtud de la pobreza evangélica, á la cual pertenesce cortar de un golpe todas estas curiosidades y demasías, y contentarse con cosas viles y despreciadas á ejemplo de Aquél que siendo señor de todo lo criado, no tuvo (cuando nasció) otra mejor cama que un pesebre, ni otra mejor casa que un establo.

Nono impedimento: de la interrupción de los buenos ejercicios.

§ IX

También suele ser muy grande y aun muy ordinario impedimento de la devoción el cortar muchas veces el hilo á los buenos ejercicios sin haber causa legítima para ello. Para lo cual es de saber que entre todas las miserias del corazón humano, una de las mayores es que estando tan vivo y tan presto para cualquiera afecto malo, esté tan frío y tan pesado para el bueno. Porque no es menester más que un solo pensamiento que pase de vuelo para inflamar todo nuestro corazón, y á veces también el cuerpo: y para tener un afecto bueno (como es un poco de devoción) á ratos es menester rodear cielos y tierra, y con todo eso Dios y ayuda. Por eso se dice del hombre que es espíritu que va y no vuelve (1), porque se va tras la vanidad y corrupción con grandísima facilidad, y no vuelve della sino con grande dificultad. Ciertamente, si los hombres supiesen sentir lo que era razón, ninguna cosa habían de sentir tanto como ésta. Pues por esta

(1) Psalm. 77.

causa nos conviene poner gran recaudo en conservar la devoción, porque así como es fácil de conservar después de alcanzada, así es muy dificultosa de recobrar después de perdida.

Y por esto decimos que es grande impedimento para este negocio el cortar el hilo á los buenos ejercicios, porque cuando después quiere el hombre volver sobre sí, viene á hallarse tan inhábil y tan nuevo para ellos como si nunca los hobiera conoscido. De donde le viene á acaescer una cosa semejante á aquélla que dijo S. Pedro (1): Maestro, toda la noche hemos trabajado, y no hemos podido hacer nada. Pues esto mismo suele acontescer á los que desta manera se descuidan, como lo dice muy bien Sant Bernardo á Eugenio por estas palabras: ¿Cuántas veces te acaesce llegar á la oración y desear levantar el corazón á Dios, y quieres y no puedes? ¿Cuántas te esfuerzas, y no pasas adelante? ¿Cuántas estás con dolores de parto, y no pares? ¿Cuántas comienzas, y derríbaste, y donde comienzas, ahí acabas, y cuando comienzas á urdir, te cortan la tela? Toda esta dificultad nasce de haber dejado por algunos días enfriar el corazón, por donde justamente permite el Señor que seamos castigados con esta pena, pues tan mal cobro pusimos en la gracia recibida, porque á lo menos ésta nos sea escarmiento para otra. Todo esto dice maravillosamente Salomón por esta semejanza (2): Si el cuchillo se embotare y viniere á perder los hilos que antes tenía, con mucho trabajo se volverá á afilar: y después desta diligencia, seguirse ha sabiduría. Las cuales palabras, aunque tengan diversos sentidos y se puedan aplicar á muchas cosas, pero muy más propriamente se aplican al estudio de la devoción y de la Escriptura divina, como S. Hierónimo sobre este paso las aplica. Porque por experiencia se ve que si una vez pierde el hombre los hilos de la devoción y el fervor del espíritu, cuánto trabajo le sea menester para volver á recobrallo: después de lo cual viene á quedar escarmentado y avisado, y á trabajar por conservar el bien que tiene, por no verse otra vez en semejante conflicto.

Y así como la interrupción destos ejercicios impide mucho la devoción, así por el contrario la continuación dellos es la cosa que más ayuda para alcanzarla. El árbol que tiene sus riegos ordinarios á sus tiempos, presto viene á crescer y dar su fructo.

---

(1) Luc. 5. (2) Eccle. 10.

El niño que tiene la leche y los pechos aparejados á la hora que quiere, cada día cresce y se hace mayor El estudiante también que siempre cursa las liciones y sigue siempre la escuela de su maestro, en poco tiempo llega á la perfección de lo que estudia. Así como por el contrario el que hace muchas y largas interrupciones, tarde ó nunca llegará á saber nada, porque cuando vuelve otra vez á su estudio, ya tiene olvidados los principios, y así todo se le va en comienzos.

Verdad es que cuando esta interrupción es breve y por alguna causa piadosa ó necesaria, presto quiere el Señor que se cobre lo perdido, y aun á veces guarda al siervo fiel y obediente la oración doblada, después de acabada su obediencia. También es verdad que esta manera de interrupción con menor peligro pasa en los perfectos que en los principiantes, porque éstos como son aún pobres y necesitados, el día que no lo trabajan, no lo comen. Mas los que son ya más perfectos y ricos, siempre tienen dentro de sí más caudal para sustentarse por algún espacio, aunque no ganen de nuevo. Por lo cual paresce que una de las principales diferencias que hay entre los perfectos y imperfectos, es ésta, que los perfectos son como árboles de secano, que aunque, estén algunos días sin regarse, todavía conservan su verdor y dan su fructo, mas los imperfectos son como árboles de regadío que en faltándoles el riego, luego pierden todo aquel lustre y hermosura que tenían, mostrando bien claro por defuera la virtud y beneficio que les falta de dentro. Desta manera son agora la mayor parte de los devotos: mas de la otra, verdaderamente hay muy poquitos.

Y porque desta materia tratamos ya en otro lugar, al presente bastará lo dicho, encomendando mucho á los amadores de la devoción la continuación y perseverancia en sus buenos ejercicios, procurando de traer toda la vida como un reloj muy concertado, haciendo cada cosa en su tiempo señalado, y trabajando (cuanto les sea posible) que no se pierda este hilo,

Décimo impedimento: del regalo y demasía en comer y beber.

§ X

También es muy conoscido impedimento para este camino la demasía y regalo en comer y beber, así como por el contrario el ayuno y la templanza es grande ayuda para él. Por eso andan siempre juntos en la Escriptura divina como coadjutores y hermanos el ayuno y la oración, y por esto mismo aquellos sanctos Padres que se apartaban á los desiertos á vacar á la contemplación, eran tan extremados en sus ayunos y abstinencias, como leemos en sus historias.

Pues así como el ayuno corporal ayuda á levantar el espíritu á Dios, así por el contrario lo abate y derriba la demasía en comer y beber. Y la razón desto es, porque levantar el espíritu á contemplar aquella luz eterna, y hacer que esté hábil para recebir las influencias y resplandores della, es una cosa tan alta y tan sobrenatural, que (como dice Sant Augustín) es menester que el hombre recoja todas sus fuerzas en uno, y que emplee todo su caudal en esta subida si quisiere arribar á ella. Porque este vuelo tan alto requiere un hombre muy descargado y libre de todo aquello que puede tirar dél para otra parte. Lo contrario de lo cual hace la demasía del comer y beber, que no por una, sino por muchas vías nos impide esta subida. Lo primero, porque ocupa ya buena parte de la virtud del ánima en la obra de la digestión, en la cual la misma naturaleza como por justicia pide su derecho y quiere que toda la virtud por entonces se emplee en aquella obra tan necesaria para la vida. De donde nasce hallarse los hombres tan pesados, después que han excedido en comer y beber, para cualquiera cosa de estudio y atención. Lo segundo, porque los mismos humos y vapores de la comida como de olla que hierve suben al cerebro (donde está el asiento de las potencias que sirven á la obra de la contemplación) y cubren toda aquella parte como de una niebla escura, con la cual se impide la operación de aquellas potencias, y por consiguiente la del entendimiento, que se sirve dellas. De donde nasció aquella sentencia de los griegos (que alega Sant Hierónimo en una epístola) diciendo: El vientre lleno de mantenimiento no engendra delgado entendimiento. Y

por el contrario se dice de Julio César que iba templado y ayuno cuando se puso en usurpar el imperio romano, para dar á entender que iba con grande atención y cuidado á intentar este negocio, lo cual es proprio de hombres templados y ayunos, como efecto que siempre se sigue desta causa. Lo tercero, porque naturalmente vemos que la demasía en comer y beber solicita y llama el corazón del hombre á cosas vanas, como es á parlar, y reir, y burlar, y jugar, y porfiar, y otras cosas semejantes. Porque así como el espíritu cuando está lleno de devoción, llama el corazón á cosas espirituales y divinas, así el cuerpo lleno de mantenimiento lo llama á cosas corporales y vanas. Conforme á lo cual dice Sant Gregorio que de la hartura del vientre nascen alegría vana, burlerías, carnalidades, hablar demasiado, rudeza de entendimiento, y otras cosas semejantes, por las cuales se ve claro cuán dañoso sea este vicio para el fin que pretendemos, y por consiguiente cuán favorable sea la virtud á él contraria, que es el ayuno y la templanza, como lo muestra Sant Crisóstomo por estas palabras: El ayuno cría en el ánima unas alas espirituales, con las cuales sube á lo alto, y contempla desde allí á Dios, y mira como debajo de sus pies todas las cosas mundanas. Y así como los navíos que llevan menores cargas, navegan con mayor ligereza, mas los que van muy cargados caminan con mayor peligro, así las ánimas descargadas con el ayuno están más ligeras para navegar por el piélago desta vida y para levantar los ojos al cielo y despreciar desde allí como sombra todas las cosas presentes. Mas por el contrario, la demasía del comer y beber entorpesce el espíritu y apesga el cuerpo, y así hace el ánima captiva y subjecta á mil miserias.

Mas particularmente las cenas largas son más perjudiciales para este negocio, como arriba dijimos, lo uno, porque gastan el tiempo diputado para las sagradas vigilias y para regalar las ánimas, en regalar y engordar los cuerpos, y lo otro, porque cargando el estómago de mantenimiento, ni se puede levantar el hombre á la media noche, ni madrugar á la mañana con ligereza, que son los dos tiempos más aparejados para este negocio. Porque (como dice Sant Basilio) así como el soldado que va muy cargado, no puede menear bien las armas, así el clérigo ó religioso no puede bien perseverar en las vigilias de la oración cuando está entorpecido y pesado con la carga del mantenimiento.

Y no sólo la demasía de los manjares, sino también la curiosidad y regalo dellos y los convites y fiestas semejantes son una cierta polilla y pestilencia destos ejercicios. Porque ¿dónde se pierde más tiempo, y se desconcierta más el espíritu, y se relaja más todo el hombre que entre los convites y regalos? Así, con el calor del vino y con el sabor de los manjares y con la dulzura de la compañía, suelta el hombre la lengua á hablar cuanto se le antoja, y tras ella se va también el corazón, y así por todas partes se derrama el espíritu. Pues ¿cuánto es el tiempo que aquí se pierde, cuántos los inconvenientes á que se ponen los que á estas cosas son aficionados, especialmente aquéllos á quien por razón de su profesión les son prohibidas, cuántos son los medios y adherencias que los tales buscan para conservarse en ellas, y cuántas veces por esta causa se viene á perder la paz y la caridad y la concordia? Bien entendía esto aquel gran sabio, pues tantas veces en sus Proverbios nos avisa dello, como quien conoscía el gran daño que de aquí se podía seguir. En una parte dice (1): El que es amigo de convites, vivirá en pobreza, y el que busca manjares delicados y vinos preciosos, nunca enriquescerá. En otra parte dice (2): No te halles en los convites de los que son amigos de beber vino y comer carne, porque los que se dan á este vicio y aquí gastan su hacienda, serán consumidos, y el sueño y pereza de los tales vendrá á parar en pobreza. En otra parte aún más encendidamente refiere los grandes males que de aquí se siguen, diciendo (3): ¿Para quién es el ay, y para cúyo padre es el ay? ¿Para quién los tropiezos y las caídas, para quién los ruidos y contiendas, para quién las heridas sin causa, sino para los que se deleitan en el vino y son amigos de comeres y beberes? Todos éstos y otros muchos males trae consigo este vicio, por donde el mismo Sabio viene á concluir en otra parte, diciendo (4): Lujuriosa cosa es vino, y bulliciosa la embriaguez: quien en estas cosas se deleita, no será sabio. Y está clara la razón, porque conoscida cosa es que el camino para la verdadera sabiduría son las lágrimas, y la compunción, y la mortificación de las pasiones, á las cuales cosas de todo en todo contradice el regalo del cuerpo y el cuidado y apetito de sus deleites. Porque como dice Sant Crisóstomo, así como el fuego no se puede encender ni sustentar en ma-

(1) Prov. 21. (2) Ibidem 23. (3) Ibidem. (4) Ibidem, cap. 20.

teria húmida, así tampoco la compunción entre los deleites y regalos corporales, porque estas dos cosas son en sí tan contrarias, que la una mata la otra. Ca la una es madre del llanto, y la otra de la risa: la una aprieta el corazón, y la otra lo relaja.

Sea pues ésta regla general, que el siervo de Dios acordándose de aquella amarguísima hiel y vinagre que el Hijo de Dios por nuestro amor gustó en la cruz, se contente con manjares viles y groseros, y éstos procure tomar con tal templanza, que siempre se halle aparejado para levantar el espíritu á Dios y para cualquier otro ejercicio espiritual, sin que la carga del cuerpo y del mantenimiento lo lleve en pos de sí. Acuérdese que la vida cristiana no es otra cosa sino una perpetua oración y comunicación con Dios, y por esto quien ha de tener por oficio traer siempre el espíritu levantado á Dios, siempre ha de traer el espíritu y el cuerpo dispuesto y aparejado para esto. Si un músico estuviese obligado á tañer siempre, necesario le sería traer siempre templado ei instrumento en que ha de tañer. Y si un cazador quisiese todo un día cazar, necesario le sería también traer todo aquel día templados los perros y el gavilán. Pues como no sea otra la vida del cristiano sino andar siempre á caza de Dios y de su gracia, y traer siempre ocupado el corazón en esta música interior que se hace con la oración, quien siempre ha de entender en esto, siempre ha de traer el espíritu y cuerpo templado para ello. Así lo aconseja S. Hierónimo á una doncella, diciendo: Procura de comer con tal templanza, que siempre quedes con hambre, para que después de comer y beber puedas libremente orar y leer y entender en cualquier ejercicio espiritual, Y por esto dice el mismo sancto que es mejor guardar siempre un mismo tenor y regla de abstinencia, que desplegar agora todas las velas del ayuno hasta enflaquescer el cuerpo, y después soltar las riendas á la gula hasta derriballo. Y así dice en otro lugar: El manjar tomado con templanza y el vientre alcanzado siempre de mantenimiento es mejor que el ayuno de dos ó tres días, y mejor es comer cada día poco, que pocas veces mucho. Muy provechosa es el agua que poco á poco cae de lo alto: mas el torbellino furioso y arrebatado deslava y roba las tierras.

Los que desta manera viven, siempre serán ricos de tiempo (que es una muy gran riqueza) y en pocos días ternán larga vida, pues todo lo que viven es de provecho, sin tener nada que des-

echar Y por esto el varón justo, aunque acabe sus días en breve, todavía tiene la vida larga, porque se aprovecha de todas las horas y tiempos della. Mas los malos, y señaladamente los que tienen por Dios á su vientre, traen siempre las ánimas en vida muertas y sepultadas con la carga del mantenimiento, y así todo se les va en aflojar la petrina, y en hacer ejercicios para digerir y regoldar la demasía de los manjares, y alargar las horas del sueño para el mismo efecto. Y así como gente que no vive más que para comer y hinchir el vientre, así ni entienden en otra cosa, ni aun les queda tiempo ni habilidad para ella. Pues ¿cómo se podrá decir que éstos vivan larga vida, á lo menos vida de hombres, pues apenas tienen una hora para hacer cosas dignas de la generosidad del hombre?

Onceno impedimento: de la mala disposición y flaqueza del cuerpo.

§ XI

Contrario impedimento es á éste (como dice S. Bernardo) la demasiada abstinencia y la flaqueza del cuerpo, ó cualquier otra mala disposición y necesidad que padezca, ora sea de hambre, ó de frío, ó de calor, ó de cualquier otro accidente. Porque como sea tan grande la liga y amistad que hay entre ánima y cuerpo, cuando él está mal dispuesto ó necesitado de algo, no puede ella por entonces levantarse libremente á la contemplación de las cosas divinas, á lo menos con sosiego y reposo, porque el dolor de su amigo naturalmente la llama, y la inquieta, y la hace acudir allí donde le duele, sin le dar lugar para otra cosa, si Dios con ella por especial privilegio no dispensa, como muchas veces lo hace.

Por esto conviene que el varón devoto tenga tal moderación y templanza en el castigo y tratamiento de su cuerpo, que ni con el demasiado regalo se entorpezca, ni con el demasiado rigor se adelgace tanto que venga á dar con la carga en tierra. Porque así como en la vihuela ni conviene que las cuerdas estén muy tiradas (porque quebrarían) ni tampoco muy flojas (porque no harían sonido) así para esta música celestial ni conviene que esté el cuerpo demasiadamente hambriento, ni tampoco harto,

porque así lo uno como lo otro impide mucho este ejercicio. Por eso en todos los sacrificios de la vieja ley mandaba Dios que se echase sal (por la cual se entiende la discreción) para significar que no le agrada ningún sacrificio nuestro por grande, sino por salado, que es templado con el sabor desta virtud.

Mas porque es dificultoso acertar este medio, y la carne tira siempre para sí y aboga por su parte, por tanto siempre debe el hombre tener por sospechosos sus paresceres en este caso, y si á algún extremo hobiere de declinar, más seguro es que sea contra ella que por ella: porque por mucho que le contradigamos, ella siempre que una vez que otra se suele entregar en su derecho, y no es mucho que algunas veces sea defraudada de lo necesario, pues tantas veces hurta lo superfluo.

De otro género de impedimentos particulares.

§ XII

Estos son los impedimentos generales que comúnmente suelen ofrescerse á todos en este camino: otros hay más particulares conformes á las condiciones naturales y aficiones de cada uno, como vemos algunas personas que son naturalmente tan cuidadosas en lo que han de hacer, que una paja que hayan de menear, no pueden reposar ni aun dormir de noche con aquella espina: las cuales (si tienen algo en que entender) nunca pueden perseverar con reposo en la oración.

Otros hay como lunáticos, que les dan unas tan grandes priesas y fervores de corazón sobre cosas de aire, que en dándoles esta priesa, no se pueden contener si no van luego á cumplir su apetito, aunque dejen á Dios con la palabra en la boca, y por concluir su oración. Éste es vicio de personas apetitosas y criadas en hacer siempre su voluntad, las cuales suelen tener los apetitos y antojos como de preñadas, y están tan subjectas á este vicio (por el mal hábito que tienen) que si luego no hacen su voluntad, paresce que quieren reventar. Á éstos muy fácilmente saca el demonio de la oración, tirándoles por estos apetitos como por unas cadenas, según se lee de un monje que estaba en el monasterio de Sant Benito, el cual en ninguna manera podía sosegar en la oración, y así, al tiempo que los otros monjes estaban

orando, éste luego se descabullía de aquella sancta compañía y se iba á entender en otras cosas. Por el cual como hiciese oración el bienaventurado Padre Sant Benito, vió en espíritu un muy disforme negro que se llegaba á él, y tomándolo por la mano, lo sacaba como por fuerza de aquel lugar. Y así es de creer cierto que se aprovecha el demonio destas nuestras malas inclinaciones, para hacer dellas unas cadenas con que tire de nosotros y nos saque de tan provechoso ejercicio. Por donde el siervo de Dios cuando esto sintiere, crea cierto (aunque no lo vea) que todo ello es obra del enemigo que quiere hacer con él otro tanto.

Mas sobre todos estos particulares impedimentos, el que ordinariamente más impide, es el amor desordenado de algunas cosas en que tenemos puesta toda nuestra afición. Para cuyo entendimiento es de saber que apenas hay en el mundo persona tan religiosa ni tan libre de sus pasiones, que no tenga algún idolillo á quien sirva y adore: quiero decir, alguna cosa en que tenga puesta su afición, y por cuya posesión y amor trabaje y haga todo lo que le sea posible. Unos están presos del amor de las letras y del estudio de la sabiduría ó elocuencia, y aquí tienen cuasi puesta la suma de todos sus deseos de tal manera, que á ninguna de todas las otras cosas del mundo arrostran sino á ésta, paresciéndoles que ninguna otra es grande ni digna de la generosidad y nobleza del hombre sino sola ella. Á otros lleva en pos de sí el apetito de la honra del mundo, ó de la privanza de príncipes y grandes señores, ó de la hacienda y bienes temporales. Á unos veréis que todos sus deseos tienen empleados en allegar tesoro y raíces para instituir un mayorazgo, y ser ellos los primeros fundadores de una casa y familia. Á otros (que tienen los pensamientos más bajos) les paresce que serían bienaventurados si llegasen á tener caudal siquiera para comprar tal heredad ó tal oficio. Otros tienen puestos los ojos y el corazón en alcanzar tal casamiento para sí, ó para un hijo, ó hija, ó sobrina, paresciéndoles que cumplido este deseo, no les queda más que desear. Y otros finalmente están trabados de otras aficiones diversas, como bestias atadas á sus pesebres, cada una con su cabestro. Y después que han dado lugar en su corazón á estas aficiones, luego con el mismo estudio y amor que abrazan el fin, se emplean en buscar todos los medios por donde mejor lo puedan conseguir. Y así unos se dan á trastornar libros de noche y de día con aquella ansia de

llegar á su deseado fin, otros á buscar hacienda por todas las vías que pueden, otros á negociar y solicitar sus cosas, y otros á otras cosas semejantes. Porque dado lugar á aquella mala raíz, por fuerza es que se ha de dar á todas estas ramas que della proceden. Las cuales sin dubda son aquellas malas hierbas y espinas del Evangelio que ahogan la simiente de la palabra de Dios (1): porque ocupado el hombre en estos negocios con tan demasiada solicitud, ni le queda tiempo ni corazón libre para vacar á Dios. Y así acaesce muchas veces á éstos que estando en oración, los saca de allí el demonio, y los abaja del cielo á la tierra, y aun á veces los lleva arrastrando, para que vayan á entender en aquellas cosas á que los llama su afición. De manera que llamándolos Dios por una parte á su mesa, y á sus abrazos y regalos, y á la participación de su espíritu, dejan de acudir á este llamamiento por acudir á cosas de vanidad.

Pues los que desta manera buscan á Dios, tengan por cierto que nunca lo hallarán. Porque como dice nuestro Señor Jesucristo (2), nadie puede servir á dos señores, sino que por fuerza ha de amar al uno y aborrescer al otro, ó sufrir al uno y despreciar al otro. Y los que pretenden lo contrario, son semejantes á aquellos nuevos pobladores de la tierra de Samaria enviados por el rey de los Asirios (3), de los cuales dice la Escriptura que por una parte honraban y sacrificaban á Dios, y por otra también honraban y sacrificaban á sus ídolos. Por donde á los tales conviene decir aquellas palabras que el profeta Samuel decía á los hijos de Israel (4): Si os volvéis á Dios de todo vuestro corazón, quitad los dioses ajenos de en medio de vosotros y servid al Señor solo, y libraros ha del poder de vuestros enemigos. Si los hombres considerasen atentamente cuánto es lo que meresce Dios, y cuán poquito es lo que puede dar el corazón del hombre, verían claramente cómo no hay que repartir donde tanto es lo que se debe, y tan poco lo que se puede dar. La cama, dice Isaías (5), es estrecha, de manera que el uno de los dos ha de caer della, y la ropa es muy corta y no basta para cubrir á entrambos.

Ten por cierto que así como no puede ser bien casado el que tiene puestos los ojos en otra mujer que la suya, así nunca podrá ser bien casado con la sabiduría divina el que tiene otros peregri-

(1) Matth. 16. (2) Matth. 6. (3) IV Reg. 17. (4) I Reg. 7. (5) Isaías 28.

nos amores fuera della. Mira pues, hermano, que seas casto amador desta esposa del cielo: mira no seas adúltero á la sabiduría divina: mira no le metas en casa quien la haga mal casada y le dé mala vida. Porque certifícote de verdad que no hay manceba que así entibie el amor de los bien casados, y que así les robe y gaste cuanto tienen, como cualquier afición déstas entibia el amor de Dios y de todo lo bueno.

Y por esto, el que desea acertar este camino trabaje por desarraigar de su corazón todas estas aficiones extrañas, y presentarlo ante el acatamiento divino como una materia prima desnuda de todas las formas, para que así pueda Dios imprimir en él todo lo que quisiere, sin ninguna resistencia. Ésta es aquella resignación tan alabada y encomendada por todos los maestros de la vida espiritual, á la cual pertenesce ofrescer á Dios un corazón libre y desapiolado de todas las aficiones y deseos del mundo, para que no haya en él cosa que impida las influencias y operaciones del Espíritu Sancto. Acuérdate que dos cosas señaladamente se requieren para acabar cualquier obra: una que haga y otra que padezca, una que mande y otra que obedezca. Pues si tú quieres que Dios acabe su obra en ti, mira cuál destas dos partes te conviene eligir. Y pues á Dios no conviene obedescer, ni á ti mandar, deja lo que es de César á César, y lo que es de Dios á Dios. Quiero decir, deja á Él que te encamine y gobierne y haga lo que por bien tuviere de ti, y tú ponte en sus manos como un poco de barro que no resiste á las manos de su maestro. Y sábete que no hay otra resistencia sino la de las proprias aficiones y voluntades y de las obras y negocios que se siguen dellas.

Y porque no podemos en esta vida despedirnos de muchas ocupaciones y ejercicios peregrinos, á lo menos trabajemos por que no se prenda nuestro corazón en ellos, sino que siempre tenga el sceptro y principado entre todos el estudio y afición de la sabiduría divina. Á ésta digamos de todo nuestro corazón aquellas palabras del Sabio: Ésta es la que yo amé y busqué desde mi juventud, y trabajé de tomarla por esposa, y híceme amador de su hermosura (1). Éste es nuestro último fin, éste es el centro de nuestra felicidad, para esto fuimos criados, y para esto fueron criadas todas las cosas. Todo el tiempo que en esto gastáremos, pense-

(1) Sap. 8.

mos que vivimos, y todo lo que saliere de aquí (si no fuere por justa causa y necesidad) tengámoslo por perdido.

En todos los otros negocios entendamos más con el cuerpo que con el espíritu, y más con las manos que con el corazón, de la manera que nos aconseja el Apóstol, diciendo (1): Querría, hermanos, que mirásedes cómo es breve el tiempo desta vida. Por donde conviene que los que tienen mujeres, las tengan como si no las tuviesen, y los que lloran, como si no llorasen, y los que se gozan, como si no gozasen, y los que compran, como si no poseyesen, y los que usan deste mundo, como si no usasen dél, pues que se pasa como sombra la figura deste mundo. Y pues todo ello es tan breve y caduco, no es merescedor de amarse con aquel amor que el sumo bien meresce ser amado.

Va tanto en este documento, que de solo él depende todo el concierto ó desconcierto de la vida espiritual, como se prueba claro por esta razón. Porque como en las obras morales el fin sea la raíz y fundamento de todo lo que se ha de hacer, estando los fines ordenados y puestos en sus lugares, todo lo demás irá ordenado: mas si estuvieren pervertidos y trastrocados, así estará también todo lo demás. Porque como éstos son los que guían la danza, por doquiera que éstos van, tira todo lo demás. Asienta pues en tu corazón con grandísima determinación que el último fin de tu vida es esta comunicación y trato familiar con Dios: piensa que éste solo es tu pejugar, y tu heredad, y tu tesoro, y tu mayorazgo, y todo tu caudal, y cerrados los ojos á todas las cosas, y puesto debajo los pies todo lo demás (sea lo que fuere) trabaja por emplearte siempre en solo esto. Porque sin dubda éste es (como dijimos) el fin para que fuiste criado, y ésta es la mejor obra de cuantas puede hacer una criatura, y ésta es aquella mejor parte que escogió María, y ésta es la que entre todas las cosas es la más necesaria, y ésta es obra de la vida contemplativa, que es muy más perfecta que la activa, y aquí finalmente se ejercita nuestro corazón en el amor actual de Dios, que es la mejor de todas nuestras obras, porque (como dice Santo Tomás) la interior afección de la caridad es el más excelente acto y más meritorio de todas las virtudes. Pues ¿en qué mejor demanda, en qué más alta empresa puedes tú emplear tu corazón? Y si por ventura eres amigo

(1) I Cor. 7.

de saber, y deseas alcanzar sabiduría, ten por cierto que aquí enseña Dios á sus familiares amigos más en una hora que todos cuantos maestros hay en el mundo en toda la vida (1). Y demás desto la sabiduría que Él aquí enseña es tan alta, que todo oro (que es toda sabiduría humana) en comparación della es un poco de arena, y así como lodo será estimada la plata delante della (2). Porque (como dice el Sabio) si alguno fuere consumado entre los hijos de los hombres, y caresciere de tu sabiduría, como en nada será estimado. Por lo cual, así como á este fin no puedes ni debes anteponer otro fin, así á los ejercicios y medios por donde éste se alcanza, nunca debes anteponer otros negocios ni ejercicios. Todo lo demás sea accidental y accesorio: esto solo sea lo que nade sobre todo, y prevalezca sobre todo, y reine sobre todo, y por cuyo amor se posponga y sacrifique todo. No hagas tan gran pecado como es poner á Dagón par á par junto al arca del testamento (3) como hicieron los filisteos, sino el arca esté en lo alto, y Dagón esté prostrado delante della. Desta manera pues ordenado y graduado el amor del fin, toda la vida estará ordenada: mas desordenado este amor, todo lo demás irá desordenado.

CAPITULO IV

DE LAS TENTACIONES MÁS COMUNES QUE SUELEN FATIGAR Á LAS PERSONAS QUE SE DAN Á LA ORACIÓN

AGORA será razón que tratemos de las tentaciones más comunes que suelen fatigar á las personas devotas, y de los remedios que para ellas se han de tener.

De la primera y más principal tentación, que es la falta de las consolaciones espirituales.

§ I

LA primera y más común tentación es la demasiada pena que muchos reciben cuando les falta la devoción sensible y las consolaciones espirituales. Porque algunos se entristescen

(1) Sap. 7. (2) Ibidem, cap. 9. (3) I Reg. 5.

tanto cuando no hallan gusto ni lágrimas en sus ejercicios, que caen en tentaciones de pusilanimidad y desconfianza, creyendo que nuestro Señor está ya airado contra ellos y que no los ama, pues no les muestra aquella alegría y buena cara que antes solía.

Otros hay que en faltándoles las consolaciones divinas, luego se vuelven á las humanas, y comienzan á llamar á las puertas de la carne, cuando paresce que les han cerrado las del espíritu. De manera que los tales no duran más en el camino de Dios de cuanto son por Él recreados y consolados, y en faltándoles esta consolación, luego dejan de hacer todo lo que solían, y se descuidan en la guarda de sí mismos. Déstos nunca se puede esperar fructo de aprovechamiento (mientra así anduvieren) porque éstos son como aquella desaprovechada simiente del Evangelio (1) que cayó sobre las piedras, la cual en tanto que tuvo algún humor de las aguas del invierno, estuvo verde y cresció, mas en faltándole el tiempo fresco (como no tenía firmes raíces ni fundamento) luego á los primeros soles del verano se secó. Éstos nunca tienen estabilidad ni firmeza en su manera de vivir, porque así como la mar anda con la luna cresciendo y menguando cuando ella cresce y mengua, así éstos andan con las crescientes y menguantes desta consolación espiritual, ya recogidos, ya derramados, ya devotos, ya disolutos, ya sosegados, ya livianos. Porque como no tienen más caudal ni firmeza que aquélla, no pueden ser estables ni constantes en su manera de vida.

Otros hay también que cuando no hallan en su oración aquellas lágrimas y compunción que desean, trabajan por sacarlas y exprimirlas á fuerza de brazos, y cuanto más en esto trabajan, tanto más duros y desconsolados se hallan. En lo cual piadosamente los fatiga el Señor, para que entiendan que ésta no es agua de sangre, sino agua del cielo, y que no se ha de sacar á fuerza de brazos, sino esperándola con humildad y paciencia, cuando y como el Señor quisiere darla. Porque como se escribe en Job (2), Él es el que detiene las aguas en las nubes para que no caigan de golpe sobre la tierra, y esconde á sus tiempos la luz en sus manos, y mándale que vuelva á nascer cuando á Él le place.

Mas para mayor declaración de lo dicho, será bien que trate-

---

(1) Matth. 03. (2) Job. 26.

mos al presente cuáles sean las causas por donde el Señor quita muchas veces las consolaciones espirituales á los suyos, y qué es lo que en tales tiempos se deba hacer.

De las causas por que el Señor quita á sus amigos las consolaciones espirituales.

PARA esto es de saber que no siempre quita el Señor estas consolaciones á sus siervos por su culpa ó por su daño, sino muchas veces por otras causas.

I. Entre las cuales la primera dice un doctor que es por la conservación de la salud y vida corporal de los justos. Porque algunas veces es tan grande el alegría y consolación que reciben en la oración con la lumbre y conoscimiento que Dios allí les da de su bondad y sabiduría y hermosura, que si esto les durase mucho, ni el cuerpo flaco lo podría sufrir, ni ellos se acordarían de acudir á socorrerle según que lo ha menester. Y por esto aquel piadoso Señor les quita á sus tiempos estas consolaciones y dulzuras, para que vuelvan á mirar por su salud, y así sin especial milagro se conserve la vida, para que con ella puedan alcanzar mayor corona.

II. Hácelo también esto á veces por humillarnos, para que conozcamos claramente cómo aquel bien, cuando lo tenemos, no es nuestro sino suyo, pues no lo alcanzamos cuando lo queremos, sino cuando Él lo quiere dar. Y por esto (como dice S. Buenaventura) muchas veces se niega cuando se busca, y se concede cuando no se procura, para que por aquí vea el hombre claramente cómo ésta es obra de la divina gracia.

III. También hace esto para probarnos, esto es, para ver si le somos fieles amigos en todo tiempo, así de adversidad como de prosperidad, y si le servimos por nuestro contentamiento ó por el suyo: porque como dice Salomón (1), en todo tiempo ama el verdadero amigo, y el que de verdad es hermano, en el tiempo de los trabajos se conosce.

IV. Algunas veces también lo hace para que quitándonos por esta vía la ocasión de entender en los ejercicios de la vida contemplativa, descendamos á la activa, en la cual conviene que á

(1) Prov. 17.

sus tiempos nos ejercitemos, para que así seamos diestros en todo género de virtud y podamos decir con el profeta (1): Aparejado está mi corazón, Señor, aparejado está mi corazón. Dos veces dice aparejado: conviene saber, aparejado para los gozos de la vida contemplativa y para los trabajos de la activa, para la dulzura del amor divino y para los negocios del amor del prójimo. Para todo se hallaba igualmente aparejado, para el descanso y para el trabajo, para la cruz y para el reino, para cenar con El en su mesa y para hallarse con Él en la batalla. Esto es lo que nos aconseja el Sabio cuando dice (2): No tengas la mano abierta para recebir, y cerrada para dar: porque no sólo hemos de estar aparejados para recebir mercedes de Dios, sino también para ofrecernos por Él en sacrificio, cuando fuere necesario. Bienaventurada el ánima que tal tiene su corazón, la cual estando en perfecta subjección, goza de perfecta libertad, y siendo perfecta sierva de Dios, es verdaderamente señora de todas las cosas, pues todas las tiene tan subjectas, que ninguna es parte para quitarle su paz. No es de todos llegar á este grado de perfección, porque (como dice S. Gregorio) pocos son los que llegan á tener aquella destreza que tenía el capitán Ayoth (3), de quien dice la Escriptura que usaba tan bien de la mano siniestra como de la diestra cuando peleaba. El cual es figura de los varones perfectos, que tan promptos se hallan para los trabajos y obras de la vida activa, como para los regalos y dulzuras de la contemplativa: lo cual sin dubda es de muy pocos.

V. También acaesce hallarse algunas personas virtuosas que ordinariamente viven siempre en continua sequedad de corazón: y esto no todas veces es por culpa suya, sino por voluntad de nuestro Señor, el cual es servido de llevar á sus escogidos, no siempre por un camino ni de una manera, sino de muchas y diversas, para que así resplandezca más su sabiduría y providencia en las muchas maneras que tiene para encaminar la salvación de sus escogidos. Y por esto no hace siempre las obras de una manera (como quien las hace de molde) sino de muchas y diversas, como quien tiene libertad para hacer todo lo que á su divina Majestad paresciere. De manera que así como Él es de infinita virtud, así tiene infinitas maneras para obrar nuestra salud.

(1) Psalm. 107. (2) Eccli. 4. (3) Judic. 3.

Esta doctrina bien creo yo (dice un doctor) que será muy agradable á los tibios y negligentes, porque esto suelen ellos tomar por excusa y velo de sus negligencias, diciendo que es dispensación divina, y no negligencia suya, la falta de la devoción que tienen. De donde nasce que se descuiden en la oración, y cesen de todo buen ejercicio, y no quieran llamar á las puertas de aquél que nunca despreció los ruegos de los humildes y diligentes: á los cuales, si no da lo que piden, á lo menos da lo que les convenía pedir.

VI. Mas allende destas causas hay otra muy principal, que es querer el Señor subir á sus escogidos por esta vía á más alto grado de perfección. Para lo cual es de saber que las consolaciones espirituales son como manjar de niños, y como una dulce leche con que el Señor los cría y los desteta de los deleites del mundo, para que con el sabor destos deleites desprecien todos los otros deleites, y con la dulzura del amor divino despidan de sí todos los regalos del amor mundano. Porque de otra manera nunca los hombres (según es grande la flaqueza humana) podrían acabar consigo de soltar un amor, si no hallasen otro más dulce y más excelente, por el cual de buena gana renunciasen todo lo demás. Y por esto vemos que ordinariamente son más sensibles las consolaciones de los que comienzan que las de los más ejercitados, porque como el Señor ve que éstos tienen mayor necesidad, provéelos conforme á ella de mayor remedio. Mas después que están esforzados algo con este manjar, quiere el Señor que dejen ya de ser niños y comiencen andar por su pie y comer pan con corteza. Cuando era niño, dice S. Pablo (1), pensaba como niño, sentía como niño, y hablaba como niño: mas después que me hice hombre, dejé las cosas de niño y comencé á vivir como hombre. Así vemos entre las aves y animales que después que los padres han criado los hijos en el nido, buscándoles y poniéndoles la comida en la boca sin su trabajo, cuando los ven ya grandecillos, ellos mismos á picadas y encuentros los echan del nido para que dejen ya aquella vida imperfecta y regalada, y tomen otra mejor. Pues esto mismo hace con sus hijos espirituales el mismo Señor, el cual así como es el autor de la naturaleza y de la gracia, así guía las unas y las otras obras por una misma manera.

(1) I Cor. 13.

Y no por esta mudanza se menoscaba la devoción y amor que los buenos tienen con Dios, sino antes se muda en otra mejor, porque aquel amor era más dulce, éste más fuerte: aquél más fervoroso, éste más sosegado: aquél más en la carne, éste más en el espíritu, para que así pueda ya el hombre decir con el Apóstol, aunque un tiempo conoscimos á Cristo según la carne, mas ya no lo conoscemos así (1).

Cuando los hombres han llegado á este estado, no desfallescen en los trabajos, aunque les falten las consolaciones, sino antes velan y trabajan en la guarda de sí mismos, que tengan consolaciones, que no las tengan. Á este grado de perfección deben anhelar todos los amadores de Dios, y cuando en él se vieren, den muchas gracias al Señor porque los sacó ya de pañales, y los puso en estado más seguro. Gran fiesta dice la Escriptura que hizo Abraham cuando destetó á su hijo Isaac y lo apartó de los pechos de su madre (2). Cosa es cierto para notar que el sancto Patriarca no hiciese fiesta el día que el niño nasció, cuando toda la familia se alegraba por su nascimiento, sino el día que lo destetaron, cuando el niño lloraba y gritaba por la leche, y hallaba acíbar en los pechos de su madre. Pues ¿cuánto mayor fiesta hará aquel eterno Padre cuando vea á sus hijos destetados ya de todo género de deleites, no sólo carnales y mundanales, sino también espirituales? Gran fiesta dice el Salvador que hacen los ángeles en el cielo cuando un pecador hace penitencia (3): pero aun entonces está la viña en flor, que una helada se la puede llevar. Mas cuando está ya fuera deste peligro y comienza á dar su fructo, entonces cantan el cantar de los grados, porque ya el ánima ha llegado por su orden dende el primer grado de perfección hasta el postrero: porque el primero es obrar y perseverar en el bien cuando hay deleites, y el postrero es hacer lo mismo, que los haya, que no los haya. Porque el ánima que de verdad ama á Dios, ninguna cosa puede hacer mayor por Dios que carescer del gusto y comunicación del mismo Dios. No tenía otra cosa más sagrada el profeta David por qué jurar, que por aquella leche que su ánima recibía á los pechos divinos. Y así dice (4): Señor, si yo no tuve humilde corazón y pensamientos, venga tan grande azote de vuestra mano sobre mí, que sea yo destetado y apartado de

(1) II Cor. 5. (2) Gen. 21. (3) Luc. 15. (4) Psalm. 130.

Vos como el niño de los pechos de su madre. Pues ¿cuál será la perfición del ánima que llegándose á estos pechos, y hallándolos muchas veces al parescer secos, lo sufre con paciencia, y persevera todavía en su inocencia? Pues por esto no es maravilla que hagan fiesta los ángeles en el cielo, cuando los justos andan desta manera desconsolados en la tierra, pues ven ya á Isaac fuera de los pañales y de la leche y que comienza á ser perfecto varón. Á los hombres que han llegado á este estado, suele ya Dios dar parte de sus secretos como á perfectos varones, según que claramente lo testifica el profeta Isaías por estas palabras (1): ¿Á quién enseñará Dios su sabiduría, y á quién abrirá el entendimiento para que entienda sus secretos? Á los destetados de la leche y á los apartados de los pechos: conviene saber, á los que por su amor han renunciado ya todo género de deleites, no sólo temporales, sino también espirituales.

Éstas y otras semejantes son las causas por donde el Señor quita las consolaciones espirituales á sus siervos, por las cuales paresce claro cómo puede muchas veces acaescer esto sin culpa del hombre, como lo muestra la esposa en el libro de los Cantares por estas palabras (2): La piedra con que tenía atrancada la puerta, quité para abrir á mi amado, y él habíase ya ido. Busquélo, y no lo hallé: llamélo, y no me respondió. En decir que quitó la piedra con que estaba cerrada la puerta, da á entender (como declara Sant Gregorio) que ya el ánima sancta había hecho de su parte lo que debía para rescibir al amado, quitando la dureza del corazón y todo lo demás que podía impedir la entrada dél. Mas con todo esto no lo halló, porque así lo ordena muchas veces el Señor para bien de sus escogidos, como está declarado.

Aquella estrella que guiaba los Reyes Orientales (3), no venía siempre delante dellos: á tiempos se encubría, y á tiempos se descubría: mas lo uno y lo otro era para su bien. Cuando la primera vez les aparesció, convidólos á la adoración del nuevo Rey: cuando después desapareció, hízolos más diligentes en procurar por el lugar de su nascimiento: y cuando les volvió á aparescer, doblóles el alegría con su vista, y guiólos derechamente hasta el cabo de su jornada.

Mas ¿qué mucho es esconderse á los reyes la estrella, pues á la

(1) Isai. 28. (2) Cant. 5. (3) Matth. 2.

madre inocentísima se ausentó el niño de doce años, que tan lejos estaba de haber hecho por do meresciese perderlo? Mas con todo esto lo perdió para nuestro consuelo, y lo buscó para nuestro ejemplo, y lo halló para nuestro remedio. Buscólo con dolor y cuidado, y hallólo con inestimable gozo y alegría, no diminuyéndose, sino cresciendo (aunque por diferentes caminos) el amor: porque con el absencia crescía más el deseo del amado, y con su presencia el alegría. Desta manera aquel verdadero sol de justicia á tiempos se acerca, y á tiempos también se desvía de nuestro clima: mas todo ello es para bien y reparo de nuestra vida.

Los sembrados han menester á tiempos heladas, y á tiempos blandura: y no menos lo uno que lo otro les es necesario, para que con las heladas arraiguen más en la tierra, y con la blandura suban más á lo alto. Si todo fuese blandura, crescería el pan sin raíces y subiría sin fundamento, y así la subida sería disposición para caer más ligeramente. Y por esto es menester uno y otro, lo uno para crescer, y lo otro para arraigar. Pues estos mismos temporales han menester también las ánimas en su manera, porque de tal manera crezcan en caridad, que se arraiguen en humildad, y así cuando se vieren así resfriados y secos, conozcan su pobreza y se hagan más humildes, y cuando fueren visitados de Dios, conozcan su inefable dulzura y se enciendan más en su amor. De manera que como tenga el hombre necesidad de conoscerse á sí y conoscer á Dios, porque el un conoscimiento sin el otro no basta, menester es que haya dos tiempos deputados para estos dos conoscimientos, el uno en que el hombre por experiencia conozca su pobreza, y el otro en que también por experiencia conozca la divina gracia, para que con lo uno se menosprecie á sí, y con lo otro se levante al amor de Dios.

Por lo cual todo se ve claro cuán gravemente yerran los que luego desmayan y aflojan en sus ejercicios cuando no hallan á la hora y tiempo que ellos quieren, las consolaciones divinas. No es razón que piense nadie tener á Dios como atado con una cadena para que cada vez que lo quisiere lo haya de hallar en la manga, so pena de que si así no lo hallare, no lo haya de buscar más. Con mucha razón se indignó aquella sancta Judith contra aquéllos que habían señalado cierto tiempo para esperar el socorro del Señor, con presupuesto de no pasar de allí si dentro de aquel plazo

no les enviase socorro (1). Pusistes vosotros (dijo ella) tiempo á las misericordias de Dios, y conforme al vuestro albedrío le señalastes el plazo en que os había de socorrer. Pues esta misma reprehensión merescen los que desta manera quieren hallar á Dios á la hora que lo buscan, y si entonces no lo hallan, luego desconfían y dejan de lo buscar.

Qué es lo que el hombre debe hacer cuando le faltan las consolaciones divinas.

Pues cuando desta manera te hallares, no debes por eso dejar el ejercicio de la oración acostumbrada, aunque te parezca desabrido, sino antes debes allí presentarte como reo y culpado en presencia del Señor, y examinar muy bien tu consciencia, y mirar si por ventura lo perdiste por tu culpa. Y si así es, derríbate húmilmente á sus pies con aquella sancta pecadora, y no oses alzar los ojos al cielo con el publicano, y arrojándote muy confiadamente en las entrañas de su infinita caridad, suplícale con entera confianza que te perdone y declare las riquezas inestimables de su paciencia y misericordia en sufrir y perdonar á quien otra cosa no sabe sino ofenderle. Desta manera sacarás provecho de tu sequedad, y aun de tus culpas, tomando dellas ocasión para más humillarte, viendo lo mucho que pecas, y para más amar á Dios, viendo lo mucho que te perdona. Y demás desto levantarte has de ahí más avisado y más cauto para no descuidarte ni verte otra vez en semejante conflicto, que es el común provecho que los justos sacan de sus caídas.

Y aunque no halles entonces gusto en estos ejercicios, no por eso debes luego desistir dellos, porque no se requiere que sea siempre sabroso lo que ha de ser provechoso, sino muchas veces acontesce lo contrario. ¿Qué sería del enfermo si por no tomar gusto en lo que come, dejase del todo la comida? Menester es á veces que coma sin gusto, y por ahí vendrá á recobrar juntamente la salud con el gusto. Á lo menos esto se halla por experiencia, que todas las veces que el hombre persevera en la oración con un poco de atención y cuidado, haciendo buenamente eso poco que puede, que al cabo sale de allí consolado y alegre,

(1) Judith 8.

viendo que hizo de su parte algo de lo que era en sí. Mucho hace en los ojos de Dios quien hace todo lo que puede, aunque pueda poco. No ofresció más de un solo cornadillo aquella vejecica del Evangelio, y fué por sentencia del Señor preferida á todos los otros ricos que ofrecieron mayores ofrendas (1): porque el Señor no mira tanto al caudal del hombre, cuanto á su posibilidad y voluntad. Mucho da quien desea dar mucho, quien da todo lo que tiene, quien no deja nada para sí. ¿Qué mucho es hacer oración cuando hay mucha consolación? Eso haría cualquier hombre mundano. Lo mucho es que cuando la devoción es poca, la oración sea mucha, y mucho mayor la humildad, y la paciencia, y la perseverancia en el bien obrar. No es la principal gloria del marinero que lleve su navío bien encaminado cuando le hace buen tiempo: mas cuando éste le es contrario, saber entonces desplegar las velas y usar de toda buena industria para vencer la calma y la tormenta, ésta es gloria singular.

Lo segundo, es menester en estos tiempos andar con mayor temor y cuidado que en los otros, velando sobre la guarda de sí mismo, y mirando y examinando con mayor atención nuestras palabras y obras y pensamientos, con todo lo demás. Porque como por entonces nos falte el alegría espiritual, que es el principal remo desta navegación, es menester suplir allí con cuidado y diligencia lo que falta de gracia, aunque ésta también sea gracia, y muy grande gracia. Cuando así te vieres, has de hacer cuenta (como dice Sant Bernardo) que se te han dormido las velas que te guardaban, ó que se te han caído los muros que te defendían: y por esto toda la esperanza de salud está en las armas, pues ya no te ha de defender el muro sino la espada y la destreza en el pelear. ¡Oh qué gloria es la del ánima que desta manera batalla, que sin escudo se defiende, y sin armas pelea, y sin fortaleza es fuerte, y hallándose en la batalla sola, toma al esfuerzo y ánimo por compañía! ¡Cuán alabado es entre los fuertes de David (2) aquél que mató un león en tiempo de nieve! Gran gloria era matar un león, mas mucho mayor lo fué matarlo en este tiempo, cuando las manos estaban ateridas de frío y apenas podían apretar el espada. Pues cuando el ánima á su parescer está del todo fría y helada en el amor de Dios, y no siente en sí aquel fervor de caridad

(1) Luc. 21. (2) II Reg. 23.

que otras veces ha sentido, cuando estando desta manera pelea varonilmente contra las fuerzas de aquel rabioso león, y lo vence, ¿cómo no meresccrá ser contado entre los fuertes del verdadero David, que es Jesucristo?

No hay mayor gloria en el mundo que imitar en las virtudes al Salvador: y entre sus virtudes se cuenta por muy principal haber padescido lo que padesció, sin admitir en su ánima ningún género de consolación. De manera que el que así padesciere y peleare, tanto será más imitador de Cristo cuanto más caresciere de todo género de consuelo. Esto es beber el cáliz de la obediencia puro y sin mezcla de otro licuor con que se pueda templar su amargura, sino con sola fuerza de virtud.

Éste es el toque principal en que se prueba la fineza de los amigos, si son verdaderos ó no lo son. Dime: ¿cuál es más fiel mujer, y más digna de ser estimada de su marido, la que hace lo que debe, teniéndolo siempre delante y recibiendo cada día dél regalos y favores, ó la que teniéndolo muchos años ausente, y no recibiendo dél ni una letra, persevera todavía en el amor y fidelidad que le tenía? Pues ¿cuánto será más gloriosa el ánima que aunque se vea por muchos días al parescer desamparada de su esposo, todavía retiene su inocencia, y dice con el sancto Job (1): Aunque me mate, esperaré en él?

No es la mejor tierra la que si no tiene siempre el agua á la mano, luego deja perder la simiente, sino la que puede sufrir soles y aguas y sequedades, y todavía guarda fielmente lo que le encomendaron. Muy preciado es el amigo que permanesce fiel en el tiempo de la tribulación: mas el que no sigue á Cristo más que hasta el partir del pan, éste tal no se puede llamar amigo de Cristo, sino de sí mismo y de su proprio interese.

Contra los que menosprecian y deshacen las consolaciones divinas.

Todo lo que hasta aquí se ha dicho, ha sido necesario para curar la dolencia de los que desmayan y desfallecen cuando les falta la devoción sensible (que llaman) y las consolaciones

(1) Job. 13.

espirituales. Mas porque nuestra malicia es tan grande que muchas veces hace de la medecina ponzoña, aplicando á una enfermedad lo que se ordenó para otra, por esto conviene avisar que lo que aquí se ha dicho no es para excusar á los tibios y negligentes, sino para esforzar á los pusilánimes y desconfiados. Porque algunos hay que toman ocasión desta doctrina para no darse nada por las consolaciones espirituales ni por los ejercicios con que se alcanzan, diciendo que no está la sanctidad y perfección de la vida cristiana en las consolaciones espirituales, sino en las virtudes Es el hombre en gran manera enemigo de condenarse por su propria sentencia: y porque los soberbios, que nunca gustaron de Dios, quedarían condenados por lo que son, si esto se tuviese en algo, han tomado por medio deshacer y menospreciar las consolaciones espirituales, por no quedar ellos dentro de sí mismos confundidos, viéndose tan ajenos dellas. ¡Miserables de vosotros, pues no habéis gustado cuán suave es el Señor, y mucho más miserables, pues por excusar vuestra negligencia sembráis errores de pestilencia, encubriendo la lumbre de la verdad, porque no se vea con ella la confusión de vuestra maldad, y de tal manera usáis de la llave de la sciencia, que ni vosotros entráis en el cielo, porque no queréis, ni dejáis entrar á los otros, pues les cerráis el camino con los yerros que habéis aprendido en la escuela de vuestra negligencia!

Decís que tomáis ocasión desta doctrina para hacer poco caso de las consolaciones espirituales. Mirad que esta doctrina no se escribió para los negligentes (como lo sois vosotros) sino para los pusilánimes y flacos, que luego desmayan cuando les falta este socorro. Si las consolaciones y esfuerzos que la palabra de Dios da al temeroso y desconfiado, toma para sí el atrevido y presumptuoso, ¿en qué parará sino en hacerse peor? Si el rejalgar que la madre pone en un rincón de su casa para matar los ratones, fuesen á comer los hijos, claro está que sería para mal de su casa lo que ella hacía para el bien della. Desta manera los malos pervierten todas las buenas doctrinas, tomando para sí lo que era para otros, y procurando siempre asir de todo aquello con que se puede excusar su negligencia.

Dices que en las consolaciones espirituales no consiste la sanctidad. Verdad es: no está en ellas la sanctidad, mas son ayuda grande para la sanctidad: no está en ellas la perfección,

mas son instrumentos muy principales para alcanzar la perfección. Dices que más son partes de premio que de merescimiento. Es verdad: mas ese premio visto y gustado por experiencia, aviva y despierta más el corazón para el trabajo, con el deseo de alcanzar un bien tan grande, que basta para sacar de sí al que una vez lo ha gustado. Porque así como la piedra se mueve con más ligereza cuando llega á su centro, porque (como dicen los filósofos) ha comenzado ya á gustar y sentir la virtud y conveniencia de su lugar natural, así lo hace el corazón humano, criado para Dios, cuando comienza ya á sentir y gustar algo de Dios.

Dices que no está la perfección de la vida espiritual en tener muchas consolaciones, sino en tener paciencia cuando nos fueren quitadas. Así es verdad, mas con esa paciencia ha de haber grande diligencia para recobrar la gracia perdida, no por el gusto que tenemos en ella, sino por la necesidad que tenemos della para estar promptos en el servicio del Señor. Porque si no fueran grandes espuelas éstas para andar por el camino de la virtud, no dijera el profeta David (1): Por el camino de tus mandamientos, Señor, corrí, cuando dilataste mi corazón. Lo cual se hace con el gozo y alegría espiritual, que es uno de los principales fructos y obras del Espíritu Sancto, con la cual se dilata y ensancha nuestro corazón, y se despierta para todo lo bueno. Porque así como el deleite natural es el principal motivo y causa de todas las obras de naturaleza, así el deleite espiritual lo es de todas las obras de gracia, pues como dijo el Poeta, á cada uno lleva en pos de sí su deleite. Pues concluyendo esta parte digo que de tal modo nos conviene caminar entre estos dos extremos, que ni cuando nos faltare la gracia de la consolación divina desmayemos y desconfiemos de Dios, ni tampoco nos aseguremos del todo cuando nos falta, para dejar de hacer todo lo que en nos fuere por cobrarla.

(1) Psalm. 118.

Segunda tentación:
de la guerra de los pensamientos importunos.

§ II

TAMBIÉN es recia tentación (y no muy diferente de la pasada) la molestia y guerra de pensamientos que se ofrescen al tiempo de la oración: la cual hace á muchos desistir deste ejercicio, que es lo que el demonio por allí pretendía. No sé yo por cierto por qué reciben desto pena los tales, si no la reciben por ser hombres, pues esta flaqueza es aneja á nuestra naturaleza en el estado que agora está. Dirás que no recibes pena por la naturaleza que tienes, sino por la culpa que haces, pues estando hablando con Dios, al mejor tiempo le vuelves las espaldas y te vas á pasear. Á esto te respondo que si esto acaesce por tu propria voluntad y negligencia, es muy bien que recibas pena, porque no hay dónde mejor se emplee la pena que sobre la culpa. Mas cuando esto no viene por culpa tuya, sino de la misma naturaleza (como muchas veces acaesce) no hay por qué recibir pena, pues nos consta claro que en ello no hay culpa. Porque la naturaleza humana quedó por el pecado tan desordenada que las potencias y fuerzas inferiores no obedescen plenariamente á la parte superior del ánima, que es la voluntad y la razón. Y de aquí nasce que el apetito sensitivo nos inquieta muchas veces con diversas pasiones y cobdicias (sin que sea en nuestra mano excusar estos primeros movimientos dellas) y asimismo la imaginación (que es otra potencia semejante) nos hurta muchas veces el cuerpo, y se va sin licencia de casa, sin que lo echemos de ver. Lo cual es una cosa tan natural y tan ordinaria, que por muy perfectos que sean los hombres, no pueden estar del todo libres desta pasión. Todas las plagas de Egipto fueron curadas y remediadas por la oración de Moisén (1): mas la plaga de los mosquitos no se lee que fuese curada como lo fueron las otras: para que por aquí entiendas que por muy perfectos que vengan á ser los hombres, y á estar libres de todos los otros males que vinie-

(1) Exodi 8.

ron al mundo por el pecado, esta plaga de mosquitos importunos (que hacen más enojo que daño) no la pueden excusar del todo. Mas débese el hombre consolar acordándose que así como aquellos primeros movimientos que se adelantan á la razón, no se nos cargan por culpa, así tampoco este género de pensamientos que se van y vienen sin nuestro consentimiento fuera de casa, pues lo uno y lo otro es vicio de la misma naturaleza.

Y es aquí de notar que así como en las otras condiciones y propriedades naturales hay unos más vehementes que otros (porque no es menor la diferencia de los ánimos que la de los rostros, en los cuales la naturaleza mostró tan grande variedad y artificio, así también esta guerra de pensamientos naturalmente fatiga más á unos que á otros: y ni por esto los unos son más sanctos, ni los otros más pecadores, sino aquél será más sancto que mejor peleare consigo mismo, y aquél más pecador, que teniendo corazón más sosegado, es para lo que debe hacer más remiso.

Y el que en esta parte fuere más flaco, no por eso ha de desmayar, sino antes por el contrario consolarse mucho más: porque así como los hombres más necesitados tienen mayor derecho á las medecinas de los hospitales que los ricos, así las personas más mal inclinadas tienen más justo título para pedir socorro en el hospital de la divina misericordia, que las otras. Porque como dice Sant Pablo (1), el Espíritu Sancto (que conosce bien lo que podemos) ayuda tanto más á nuestra flaqueza cuanto conosce ser más necesitada, así como el buen padre de familia provee de más delicados manjares á los criados más enfermos, aunque menos útiles, no por más queridos, sino por más necesitados.

Pues por todas estas causas se concluye que no debe el hombre tomar demasiada pena cuando así fuere combatido de diversos pensamientos, pues esto no es cosa de que Nuestro Señor se ofende, sino antes de que misericordiosamente se compadesce, considerando cuán destruída quedó la naturaleza humana por el pecado, pues apenas podemos levantar el corazón al cielo sin que luego la carga del pecado nos incline á la tierra. Por lo cual es de creer que así como el padre que tiene un hijo frenético, llora

(1) Rom. 8.

cuando ve que comenzando á hablar agora en seso, luego falta en un disparate, así aquel piadosísimo Padre celestial lloraría (si fuese posible) cuando ve que es tanta la corrupción de nuestra naturaleza, que al mejor tiempo que estamos hablando con Él en seso, luego faltamos en mil pensamientos desvariados.

Pues lo que debes hacer en este caso es que al tiempo que te llegares á la oración, despidas de ti todo género de pensamientos y cuidados cuanto te sea posible, y solo sin compañía sube con Moisén al monte á hablar con Dios (1), y cerradas (como dice el Salvador) las puertas de tu palacio, haz oración á tu Padre en escondido (2). Y si con todo esto cargaren sobre ti aquellos mosquitos de que arriba tratamos, haz como el patriarca Abraham, de quien se escribe que estando una vez ofreciendo á Dios un sacrificio, cargaron sobre él muchas moscas importunas, las cuales él ojeaba con todo cuidado para que su sacrificio fuese limpio (3). Y si tú hicieres otro tanto, ten por cierto (como dice Guillermo Parisiense) que mucho más ganarás en esta batalla que si estuvieras gustando de Dios á todo sabor. Y desta manera el demonio que venía por lana, volverá tresquilado, y queriéndote hacer perder, darte ha ocasión para más ganar. Pues luego si tu afición es casta y pura (y no te llegas á Dios por tu contentamiento, sino por el suyo, y no miras á las dádivas del amado, sino al amado) no tienes por qué entristescerte, pues te ha dado lo que tú principalmente deseabas, y lo que á Él más agradaba, aunque no te fuese tan deleitable.

Mas aquí es mucho de notar que esta resistencia de pensamientos no ha de ser con demasiada fatiga y congoja de espíritu, como hacen algunos que en esta parte están muy engañados, los cuales pensando que se remedia esto con poner de su parte una muy grande y vehemente atención, trabajan tanto en esta parte, que vienen á fatigar la cabeza y los pechos: de donde nasce que ni pueden perseverar por largo espacio en oración, y después de salidos della naturalmente rehusan volver á ella como á cosa penosa y trabajosa. Éste es un yerro muy grande, porque (como arriba dijimos) no es este negocio tanto de fuerza cuanto de gracia y de humildad. Y por esto el remedio es que cuando el hombre así se hallare, vuelva á Dios sin escrúpulo y sin congoja

(1) Exodi 24. (2) Matth. 6. (3) Gen. 15.

alguna (pues esto ó no es culpa, ó es muy liviana) y con humilde corazón le diga: Veis aquí, Señor, quién yo soy ¿Qué se esperaba deste muladar sino semejantes olores? ¿Qué se esperaba desta tierra que por Vos fué maldita y descomulgada (1), sino zarzas y espinas? Éste es el fruto solo que ella puede dar, si Vos, Señor, no la alimpiáis. Y dicho esto, vuelva el hombre á atar su hilo como de antes, y espere con paciencia la visitación de nuestro Señor, que no suele tardar.

Y para mayor entendimiento desto es mucho de notar que nuestro corazón es como una laguna cenagosa, que siempre está echando de sí muy gruesos vapores, los cuales tienen todo el aire tan escurescido, que apenas se puede ver en él cosa clara. Mas así como el sol sale por la mañana y comienza con sus rayos á herir en ellos, luego se van su poco á poco resolviendo hasta que del todo se deshacen, y queda el cielo escombrado y sereno. Pues sin dubda debes creer que ésta misma es la naturaleza de nuestro corazón, y éste mismo es el remedio que tenemos contra esta niebla de pensamientos que salen dél. Y por esto el mayor y más necesario aviso es que no luego como esto viéremos, desmayemos, sino que tengamos un poco de paciencia y longanimidad, porque poco á poco irá entrando en nuestra ánima el calor de la devoción, y así como él fuere entrando, así se irá resolviendo toda esta niebla de pensamientos, y nos dejará el cielo escombrado y sereno. Y esto hecho, una hora de las que después desto se siguen, es suficientísima recompensa de todo el trabajo pasado. Los que desta manera tratan este negocio, no reciben trabajo en él, sino antes grandísima paz y consolación, y no sólo no rehusan (como los otros) la vuelta de la oración, sino antes acabados los otros negocios, no ven la hora de volver á ella como á cosa de inestimable deleite. Porque (como está escrito) los que de mí comieren, todavía tendrán más hambre, y los que de mí bebieren, siempre les crescerá la sed (2). Torno á decir que éste es el principal aviso deste ejercicio, y la causa principal por donde unos rehusan el trabajo de la oración como cosa penosa, y otros perseveran en él como en todos los deleites, según que lo podrá ver por experiencia quien usare deste aviso susodicho.

(1) Gen. 3. (2) Eccli. 24.

Tercera tentación:
de pensamientos de blasfemias y de infidelidad.

§ III

Otros pensamientos hay más pesados y enojosos que éstos, los cuales señaladamente suelen combatir á los que de nuevo comienzan este camino, que son de infidelidad y de blasfemia. Porque los hombres carnales, cuyos pensamientos y deseos fueron todos carnales, aunque se vuelvan á Dios, no pueden luego perder las figuras y semejanzas de aquellas cosas en que trataban. Onde así como Raquel, cuando salió de su tierra, se llevó consigo los ídolos de la casa de su padre (1), así éstos, aunque salen del mundo, todavía se llevan consigo las imágines y figuras del mundo, y cuando se ponen á pensar en cosas espirituales, allí se les representan cosas torpes y carnales.

Y algunos hay que se escandalizan y desmayan tanto con esta tentación, que se tienen por perdidos y reprobados de Dios, creyendo que como á tales permite el Señor tan horrible género de pensamientos. Lo cual sin dubda es un engaño muy grande. Porque así como ningún linaje de tentaciones hay más penoso que éste, así ninguno hay menos peligroso. Porque cuan lejos está el hombre de recebir alegría con estas tentaciones, tan lejos está de tener culpa en ellas, pues todo el peligro de la tentación está en el deleite y consentimiento della. Así que no es esto señal de reprobación, sino cosa natural y consecuente al estado en que han vivido y á la disposición y hábito de su corazón. Por experiencia vemos que cuando en una casa ó despensa han estado por espacio de tiempo algunas cosas de mal olor, todavía permanescen allí las reliquias dél, aunque saquen fuera todas aquellas cosas que lo causaban. Ni es maravilla que el hombre regüelde á lo que siempre ha comido, ni que hable en aquel lenguaje que siempre ha usado. Antes por aquí debe creer que así como el hábito de pensar cosas malas, le tiene tan subjecto á ellas que no puede pensar en otras buenas, así por el contrario el hábito de las bue-

(1) Gen. 31.

nas lo vendrá á mudar de tal manera que no pueda pensar en malas.

También en estos mismos principios suelen combatir mucho los pensamientos de la fe, mayormente á los entendimientos curiosos y no mortificados. Á los cuales acaesce como á un rústico labrador que entra en un palacio real, donde hay muchas maneras de casas y aposentos, y como él nunca vió semejantes edificios, no acaba de maravillarse y preguntar qué es esto, qué es lo otro. Así, el hombre criado y habituado á tratar y medir todas las cosas por sola razón y no por fe, y acostumbrado á pensar cosas que no exceden los límites y capacidad de su naturaleza, cuando súbitamente lo arrebatan y llevan á ver los palacios del rey Salomón, y la grandeza de los misterios y maravillas de su casa real, halla tan nueva y tan desproporcionada esta manera de obras con su razón, que no acaba de maravillarse y preguntar dentro de sí mismo qué es esto, qué es aquello, qué necesidad había de hacerse Dios hombre, y otras cosas semejantes. Todas éstas son consideraciones y bajezas del rústico labrador que acostumbrado á su vil y pobre chozuela, quiere medir y tantear con esta medida las grandezas y maravillas de la divina sabiduría.

Por esto conviene que el hombre, acordándose de la bajeza y pobreza de su condición, mire que es grandísimo desatino querer medir por sí á Dios, y sacar las obras divinas por las humanas. Porque la grandeza de las obras divinas es tan admirable, que no sólo excede todo lo que el hombre puede hacer, sino todo lo que puede entender. Y demás desto, como sea infinita la distancia que hay del ser divino al de todas las criaturas, así lo es también la que hay de las unas obras á las otras, pues está claro que cual es la manera del ser, tal es también la del obrar. Muy sabio era Salomón, y con todo esto dice que de ninguna de todas las obras de Dios puede dar el hombre entera razón, por pequeña que sea. Pues ¿cómo la dará de las obras de gracia, que sin ninguna comparación son mayores? Así como no sabes, dice él (1), por qué camino entra el ánima en el cuerpo del niño, ni de qué manera se conciertan los huesos en el vientre de la mujer preñada, ni cómo (según dice Sant Hierónimo) de una misma materia y elemento

(1) Eccle. II.

una parte se hace blanda en la carne, otra dura en los huesos, otra está como palpitando en las venas, y otra se aprieta en los nervios, así no podrás alcanzar las obras de Dios, que es el artífice de todas las cosas.

Pues considerando esto, debe el hombre decir entre sí con toda humildad aquellas palabras del Sabio: Si con tanta dificultad alcanzamos las cosas de la tierra y las que tenemos delante de nuestros ojos, ¿quién podrá, Señor, comprehender las cosas del cielo, y más los consejos y obras de tu sabiduría? Mas ¿qué mucho es no entender un hombre el artificio de las obras de Dios, pues muchas veces no entiende el de las obras de otro hombre como él? Si mostrásedes (dice S. Crisóstomo) una rica pieza de vidrio á quien nunca jamás hobiese visto cosa de vidrio, y le dijésedes que aquel vaso tan hermoso se había hecho de ciertas hierbas y de arena, y (lo que más es) con un soplo de un hombre, apenas podría acabar de creer ó de entender cómo aquello fuese posible. Pues si un hombre no alcanza el artificio de las obras de otro hombre, ¿cómo presumirá de comprehender el artificio de las obras de aquel Señor que así como tiene por nombre Admirable, así hace todas sus obras admirables? Mas ¿qué digo de otro hombre? Dime, ¿sabrásme tú decir cómo labran las abejas el panal y la miel, cómo teje el araña aquella tela tan sutil, cómo hila el gusano el capullo de la seda? Pues si no entiendes el artificio de las obras de los gusanos, ni sabrías hacer lo que ellos hacen, ¿cómo quieres medir y comprehender con tu sabiduría las obras de Dios?

Pues por esto la suma discreción es en este caso que acordándose el hombre por un cabo de la pequeñez humana, y por otro de la grandeza divina, siga húmilmente aquel consejo del Eclesiástico, que dice (1): No quieras inquirir las cosas más altas que tú, ni escudriñar lo que excede tu capacidad, sino piensa en lo que Dios te mandó hacer, y no seas curioso en querer escudriñar sus obras, pues ves que muchas dellas exceden todo nuestro saber.

Por donde el que quisiere entrar en este sanctuario de las obras divinas, ha de entrar con mucha humildad y reverencia, y llevar consigo ojos de paloma sencilla y no de serpiente maliciosa, y corazón de discípulo humilde y no de juez temerario. Hágase

(1) Eccli. 3.

como niño pequeñuelo, porque á los tales enseña Dios sus secretos. No cure de saber el por qué de las obras divinas, porque esta palabra por qué es palabra de serpiente, y ésta fué el primer comienzo de nuestra perdición. Cierre el ojo de la razón, y abra sólo el de la fe, porque éste es el instrumento con que se han de tantear las cosas divinas. Para mirar las obras humanas, muy bueno es el ojo de la razón humana, mas para mirar las divinas, no hay cosa más desproporcionada que él.

Y aunque esto generalmente convenga á todos, mucho más á los principiantes, á los cuales como á discípulos y niños primero conviene creer, y después podrán venir á determinar y á juzgar. Porque así como el niño cuando le enseñan el a, b, c, ha de creer lo que le dicen, sin pararse á preguntar por qué razón se llama ésta a, y ésta b, porque después que sepa leer podrá entender la razón de cada cosa déstas, así, el que de nuevo comienza á considerar y entender estos misterios, primero ha de creer lo que le proponen, y después irá entendiendo las conveniencias admirables de cada cosa. Mas los que sean de otra manera, nunca jamás las entenderán, porque como dice el profeta, si no creyéredes, no entenderéis (1).

Cuarta tentación: del temor demasiado.

§ IV

También suele perturbar á algunas personas, y especialmente á mujeres, el temor que tienen de recogerse de noche en lugares solos y apartados á hacer oración. Mas este temor no hay cosa con que mejor se pueda vencer que con hacerse el hombre fuerza y perseverar en su ejercicio, porque esta tentación no se vence huyendo, sino peleando: antes comúnmente vemos que huyendo cresce el temor, y peleando la osadía. Y por tanto, así como á las bestias espantadizas no dejamos salir con sus temores y siniestros, sino antes á poder de palos y espoladas les hacemos pasar por do rehusan, así también conviene que se haga con los ánimos temerosos y espantadizos, para que así pierdan sus vanos temores y siniestros.

(1) Isa. 7.

Mas querría yo saber del que desta manera teme, por qué teme. ¿Si por cosas de la otra vida? Claro está que ninguna déstas es poderosa para dañar á nadie, si no es con licencia del común Señor. Y si Él quiere castigarnos, dondequiera lo puede hacer: y si no quiere castigar, no basta la oportunidad del lugar para que nadie lo pueda hacer sin Él. Si dices que temes al demonio, tan limitado tiene ése el poder como todo lo demás. Porque no se extiende á más su fuerza de aquello que quiere la divina providencia. Aquel león que mató al profeta desobediente cuando volvía de Betel, ni tocó en el cuerpo del muerto ni en la bestia que lo llevaba: y así cuando vinieron por su cuerpo para enterrarlo, hallaron al cuerpo entero y á la bestia viva, y al león á par de entrambos, sin tocar en uno ni en otro (1). En lo cual se nos representa cuán limitado tiene su poder aquel león rabioso para con los hombres, y cómo no se puede extender á más de aquello que Dios le manda.

Pues ¿qué diré del ángel de la guarda que tenemos á nuestro lado? ¿Cómo es posible que tema el hombre con tal amparo y defensor? Temía el criado de Eliseo viendo cercada de enemigos la casa de su señor, y abrióle Dios los ojos, y vió todo el monte lleno de caballos y carros de fuego que estaban al derredor de su profeta (2). Pues aunque tú no seas profeta, basta que vivas en temor de Dios para que te alcance parte desta guarda, según aquello del Profeta que dice (3): El ángel del Señor anda siempre al derredor de los que lo temen, para librarlos de todo mal. Bien deben conoscer los demonios la fortaleza desta guarda, pues uno dellos decía hablando con Dios de Job (4): ¿Por ventura sirve Job á Dios de balde? ¿Por ventura no lo tienes tú cercado por todas partes, y á toda su familia y hacienda, para que nadie le pueda empescer? Mira tú de la manera que los hermanos mayores traen á los menores en sus brazos cuando son chiquitos, y cómo miran por ellos con todo recaudo y providencia, que desa manera aquellos bienaventurados espíritus, que son como nuestros hermanos mayores, miran por nosotros, que somos sus hermanillos pequeños, y nos traen en sus brazos, como dice David (5): A sus ángeles tiene mandado de ti que te traigan en las palmas de las manos, porque no tropiecen tus pies en la piedra. Mas ¿qué

(1) III Reg. 13. (2) IV Reg. 6. (3) Psalm. 33. (4) Job. 1. (5) Psalm. 90.

mucho es que nos traigan los ángeles en sus manos, pues el mismo Señor hace lo mismo, como Él lo significó por su Profeta, diciendo (1): Yo, así como ama de Efraim los traía en mis brazos, y ellos no entendieron el cuidado que yo tenía dellos? Él mismo es el que dijo por el profeta Zacarías (2): El que á vosotros tocare, tocará á mí en las lumbres de los ojos. Y por el mismo profeta dice que les será un muro de fuego que los cerque por todas partes. Pues ¿de qué temes agora tú debajo de este muro? ¿Por qué has de creer más á los antojos y fantasmas de tu corazón que á las palabras y promesas de Dios?

Y especialmente debes más asegurarte estando en oración que en otro cualquier ejercicio, porque según la doctrina de los sanctos allí es donde más presentes están los ángeles para ayudarnos á orar, y llevar nuestras oraciones al cielo, y defendernos del enemigo y de todo aquello que nos puede perturbar aquel sancto silencio, según que lo dice el Esposo en los Cantares, por estas palabras (3): Conjúroos, hijas de Hierusalem, por las cabras monteses y por los ciervos de los campos que no despertéis á mi amada de su sueño hasta que ella quiera despertar. En lo cual se pone silencio, no sólo á los demonios, sino á todas las criaturas del mundo para que no impidan á la esposa de Cristo el dulce sueño de su contemplación, interponiendo para ello la autoridad de los sanctos ángeles, que son figurados por estos animales así por la velocidad y ligereza de su contemplación como por la agudeza de su vista, según dice S. Bernardo.

Estas y otras semejantes cosas deben considerar los temerosos, no sólo cuando los combate el temor, sino también cuando están fuera dél, porque como esta pasión procede de engañosa y falsa imaginación, estando ya tomado este puerto con el conoscimiento de la verdad, no terná tanta fuerza el engaño y la mentira.

---

(1) Osee 11. (2) Zac. 2. (3) Cant. 3.

Quinta tentación: del sueño demasiado.

§ V

También suele fatigar á muchas personas el sueño al tiempo del orar. El cual unas veces procede de necesidad, otras de enfermedad, otras de pereza, y otras también del demonio, que por todas vías pretende impedirnos este bien. Cuando procede de necesidad, el remedio es no negar al cuerpo lo que es suyo, porque no nos impida lo que es nuestro. Porque la naturaleza tiene grandes fuerzas, y no quiere ser defraudada de cosa que le pertenezca. Mas cuando procede de enfermedad, ni debe el hombre congojarse por eso (pues no tiene culpa) ni tampoco dejarse del todo vencer, sino hacer de su parte aquello que buenamente pudiere, á veces usando de industria, y á veces de alguna fuerza, porque del todo no se pierda la oración, sin la cual no tenemos seguridad en esta vida.

Mas cuando el sueño nasce de pereza, ó del demonio que lo procura, el remedio es el ayuno y la disciplina y otra cualquier aspereza que despierte y punce la carne, para que así la deje el sueño. Y particularmente ayuda mucho para esto el ayuno, porque comúnmente andan juntos el sueño con la comida de tal manera, que al comer mucho se sigue dormir mucho, y al comer poco, dormir poco. Y por esto se escribe de S. Basilio que se le pasaban casi todas las noches enteras velando, porque era templadísimo en sus comidas. Y ésta misma fué la causa por donde todos los sanctos fueron grandes veladores, porque todos ellos eran grandes ayunadores.

Finalmente, el único y singular remedio, así para este mal como para todos los otros, es pedirlo á Aquél que siempre está aparejado para dar, si hobiere quien siempre le quiera pedir. Porque pues á ninguna criatura de la mar ni de la tierra falta su providencia, mucho menos faltará á los hombres que crió á su imagen y semejanza. Seamos nosotros humildes y fieles, y perseveremos en pedirle misericordia, que Él nos será fiel en concederla, según aquello que está escripto (1): El varón cuerdo cree

(1) Eccli. 33.

las palabras de la ley de Dios, y esa ley le será fiel, porque nunca faltará el cumplimiento de las promesas á quien no faltare el crédito y la esperanza dellas.

Esto que toca al sueño demasiado, se debría mirar mucho, no sólo por amor de la oración, sino también por el tiempo que en ello se pierde. Porque si una palabra ociosa es pecado, y tal pecado que se ha de pedir cuenta dél en el día del juicio, ¿cómo no lo será tanto tiempo perdido como algunos gastan en dormir, en el cual podrían velar, y leer, y orar, y hacer otras cosas merecedoras de corona perdurable? Y si según reglas de medecina bastan seis ó siete horas para satisfacer á la necesidad del cuerpo, ¿qué hace el cristiano, y mucho más el religioso, en una noche de invierno, que es de un año, en la cama, emperezando, y durmiendo, y perdiendo tiempo, y volviéndose como la puerta en el quicial de un lado para otro, pudiendo en aquel tiempo dar una vista al cielo, y pasear todos los coros de los ángeles, y contemplar la gloria de Dios? Y lo que peor es, que está ya esto tan recibido y tan usado, que nadie lo tiene por pecado, ni hace consciencia dello, no mirando el mucho tiempo que aquí se pierde, y lo mucho que se podría ganar en tantos ratos perdidos.

De otras dos tentaciones que pone Serafino de Fermo.

§ VI

Otras dos tentaciones entre sí contrarias pone Serafino de Fermo, las cuales junto con sus remedios me pareció poner en este lugar, para que los que no hobieren encontrado con su escriptura, no carezcan de doctrina tan necesaria.

Destas dos tentaciones la primera es desconfianza, la cual suele desmayar á muchas personas haciéndoles en creyente que es imposible llegar á tanta alteza de perfección: y la otra es presumpción, la cual por el contrario les hace creer que han ya llegado al cabo, ó á lo menos que han aprovechado algo en este camino. Los cuales engañados con esta falsa confianza, no trabajan por pasar adelante, y no miran que en este camino (en el cual hay infinitos grados de aprovechamiento) solo aquél va más adelante, que se ve estar más desviado, y que cuanto más se

acerca, más lejos le paresce que está. Á este mal con dificultad se halla remedio, porque quien no se conoce por enfermo, no procura la medecina, y así viene á hacerse del todo incurable. En esta cuenta entran todos los tibios, los cuales gozan del título de la sanctidad, que teniendo nombre de vivos, están muertos, y siendo ciegos y paralíticos, presumen adestrar á otros y enseñarles el camino que ellos no supieron andar.

Pues por causa destos dos peligros nos conviene andar armados á la diestra y á la siniestra, á la diestra de la esperanza y á la siniestra del temor, para que lo uno nos sea como espuelas para apresurar el camino, y lo otro como freno para andar lo más atentadamente. Si quieres pues vencer la desconfianza, la cual nasce, ó de la flaqueza de tus fuerzas, ó de la dificultad de la empresa, considera que este negocio no se ha de alcanzar por solas tus fuerzas, sino por la divina gracia, la cual tanto más presto se alcanza cuanto más el hombre desconfía de su propria virtud. Onde si sabes usar bien desta tentación, ella misma te será una grande ayuda para lo que deseas, porque te dará ocasión de ser más humilde. Porque necesario es, si has de llegar á este grado de perfección, que de todo punto desconfíes de ti. Y cuando el enemigo te dijere que del todo eres insuficiente, respóndele tú que esa misma insuficiencia, así claramente conoscida, te hará más humilde y por consiguiente más hábil para recibir la divina gracia, á la cual ninguna cosa es imposible.

Si te desmaya también ver que á cabo de muchos años no has aprovechado en este ejercicio, piensa que muchas veces dilata el Señor su gracia porque más claramente conozca el hombre su flaqueza, y también para darle tanto mayores dádivas, cuanto más tiempo gastó en aparejarse para recibirlas. En testimonio de lo cual vemos que de mujeres de muchos años estériles quiso que nasciesen varones tan señalados como fueron Isaac, Jacob, Sansón, Samuel, Sant Juan Baptista y otros muchos. Por cuyo ejemplo te debes esforzar, sabiendo de cierto que muchas veces el trabajo de muchos años viene á parir en un día. Si no, dime, ¿cuántos años había que hacía oración Zacarías por haber hijos, cuando le dijo el ángel (1): No temas, Zacarías, porque tu oración ha sido

(1) Luc. I.

oída, y Isabel tu mujer te parirá un hijo, el cual desde el vientre de su madre será lleno del Espíritu Sancto? Mira qué tan alta gracia se concedió á oración de tantos años.

Pues si te hace desmayar la propria fragilidad, y la fortaleza del demonio, y la malicia de los tiempos presentes, piensa que muchos más en número y en valor son los que te ayudan que los que son contra ti. Con esta respuesta esforzó el profeta Eliseo á su discípulo, que temblaba de ver la casa cercada (de enemigos como arriba dijimos) y así, abriéndole Dios los ojos, vió el monte lleno de carros y armas que venían en socorro de su maestro (1). Y ciertamente si te abriese Dios los ojos, y vieses todos los ángeles y todos los sanctos y al mismo Dios estar mirando el fin de tu batalla y ofreciéndote la corona, sin dubda no temerías, aunque vieses todo el infierno puesto en armas contra ti, como hacía el apóstol Sant Pablo, el cual con este esfuerzo paresce que desafiaba á todas las criaturas del mundo cuando decía (2): ¿Quién será poderoso para apartarnos del amor de Cristo? Como si dijera: No conozco criatura en cielos ni tierra que para esto sea bastante.

No es menor tentación el pensar que has ya llegado al cabo, que pensar de nunca poder llegar: para lo cual también probaré á darte su remedio. Y tú puedes hacer desta misma ponzoña la triaca para contra ella, concluyendo y averiguando por muy cierto que no hay más claro indicio de estar muy lejos, que creer que has ya llegado. Porque en este maravilloso camino los que van descubriendo más tierra, éstos se dan más priesa por ver lo que falta, y con el sabor de lo que han visto, siempre les cresce el deseo de lo que queda por ver, y por esto nunca hacen caso del pasado en comparación de lo venidero. Así dice el Apóstol que echaba en olvido todo lo pasado y que siempre anhelaba y sospiraba por lo de adelante (3), como hace la piedra que se mueve hacia bajo, que cuanto más se llega á su centro tanto se da mayor priesa por acabar de llegar. Y si tú piensas cómo el centro que vas á buscar es infinitamente perfecto, siempre te paresccrá que estás lejos dél y que no has alcanzado nada, aunque estuvieses lleno de inestimables riquezas. Mas si crees que ya lo posees

(1) IV Reg. 6. (2) Rom. 8. (3) Philip. 3.

todo, argumento es muy claro que todo lo que has recibido, es cosa pequeña.

Muchos otros remedios te pudiera dar contra esta presumpción temeraria: mas deseando llegar al fin, solo este aviso te daré, que si quieres entender cuán lejos estás de la verdadera oración, te mires como en un espejo en aquéllos que fueron verdaderamente devotos, en cuya comparación te parescerá que eres un enano en presencia de un gigante.

Y callando primeramente los ejemplos de Cristo y de la Virgen nuestra Señora, porque la grandeza de su resplandor no te ciegue la vista, recogeré otros ejemplos más bajos y más proporcionados con tu flaqueza, para que mirándote en presencia déstos veas claramente lo que eres, y viendo que lo que tú eres, fueron ellos, no pierdas la esperanza de alcanzar lo que ellos.

Y primeramente dime, ¿á qué alteza de contemplación fué arrebatado el apóstol Sant Pablo (1) cuando él mismo no sabía si estaba en el cuerpo ó fuera dél? Verdaderamente á todas las criaturas había pasado de vuelo, y á sí mismo con todas ellas, y todo estaba absorto y anegado en Dios.

De la Magdalena se lee que muchas veces en el día era levantada en el aire, y tanta era la violencia del espíritu, que llevaba tras de sí el cuerpo pesado y lo hacía contra toda su naturaleza subir á lo alto.

Aquel ilustre Padre del yermo llamado Antonio, después de haber pasado toda la noche en oración, á la mañana, cuando sobrevenía la luz, se quejaba della, diciendo: ¡Oh sol, y cómo te has dado priesa á caminar! Ciertamente tu luz me es enojosa, porque me impide la contemplación suavísima de otra más excelente luz.

Del bienaventurado Arsenio se lee que muchas veces en la oración lo hallaban á manera de fuego encendido: por lo cual puedes entender qué tanto ardería allá dentro de su espíritu, pues así reverberaba acá fuera aquella tan resplandesciente llama.

El abad Silvano, después de aquellas excesivas lumbres en que todo era interiormente absorpto, cuando volvía en sí, cubría el rostro con las manos y decía: Cerraos, ojos míos, cerraos. ¿Qué queréis ver deste mundo, donde no hay cosa hermosa?

(1) II Cor. 12.

Dime también qué tal era la conversación de aquel sancto abad Besarión, de quien se escribe que estuvo catorce días con sus noches sin moverse de un lugar, contemplando en Dios y gozando dél.

Y del bienaventurado Sant Hierónimo leemos que estaba algunas veces las semanas enteras suspenso en una altísima contemplación, y salido della decía que ninguna lengua humana podría declarar lo que allá había gustado.

¿Qué diremos de Gregorio papa, el cual después de llevado á la silla del Sumo Pontificado no de otra manera se quejaba por haber salido del reposo de la contemplación á las ocupaciones del mundo, que se quejaría el navegante por haberlo sacado del puerto seguro á una fiera tempestad?

Sant Bernardo algunas veces andaba tan fuera de los sentidos, que le acontescía comer unos manjares por otros, y á cabo de muchos días no sabía si la casa donde moraba era de bóveda ó no lo era, y después de haber caminado todo un día par de un cierto lago, á la tarde preguntaba por él.

Ni tampoco faltan á este propósito otros ejemplos más vecinos y cercanos á nuestros tiempos. Del bienaventurado Sancto Tomás de Aquino leemos que muchas veces fué visto estar orando levantado sobre la tierra, con una resplandesciente estrella sobre la cabeza. Y asimismo del bienaventurado Sant Francisco se lee que unas veces era visto levantado del suelo una estatura de un hombre, otras veces tanto como un árbol, otras se levantaba tan alto, que pasaba las nubes y se perdía de vista. Pues si tú crees esto ser verdad, claramente podrás conoscer por aquí tu bajeza: y si no lo crees, en eso verás cuán lejos estás de llegar á esta perfección, pues aún no llegas á creerla.

Mas muchos por excusar su propria imperfección, dicen que ya no es aquel tiempo que solía, como si no fuese agora aquel mismo Dios que entonces era, ó como si no desease agora nuestra perfección como entonces la deseaba. Por lo cual me paresce que después de los ejemplos de los antiguos, será bien poner algunos de los presentes, para que así quede más confundida por todas partes nuestra soberbia y pereza. No ha muchos años que estaba en la ciudad de Ravena una virgen llamada Margarita, la cual allende de otros clarísimos argumentos y testimonios de sanctidad, fué éste uno, que por espacio de cuarenta años vi-

vió siempre tan suspensa y tan levantada en la contemplación de Dios, que nunca tomó gusto ni sabor en manjar terreno.

Elena, esclarescida virgen boloñesa, si muchas veces no refrescara los pechos con agua fría, aun en medio del invierno, viniera á caer en grandes enfermedades, por la grandeza del fervor que ardía en su corazón.

Otra virgen de Mantua llamada Osana muchas veces era arrebatada fuera de los sentidos, porque no podía contenerse en el pequeño vaso la grandeza del espíritu recibido.

Y si quisiese yo agora hacer mención de algunos de los presentes, tampoco me faltarían muy graves ejemplos: mas la sanctidad de los tales (por grande que sea) suele ser á los buenos más envidiosa y menos digna de fe. Pero nada desto es increíble, puesto que todo ello sea admirable. Porque si de la reina Saba dice la Escriptura que desfallecía su espíritu y que no le quedaba huelgo cuando veía las obras de Salomón (1), ¿qué hará un ánima, á quien el Espíritu Sancto ha abierto los ojos con aquella divina luz para que vea, no la grandeza de las obras de Salomón (que era un hombre terreno) sino de las obras de Dios, donde hay tantas maravillas que mirar, así en las obras de naturaleza como de gracia y de gloria? Antes es de maravillar cómo puede vivir quien ve cosas tan grandes y con tan grande luz como la que el Espíritu Sancto suele comunicar á sus familiares amigos.

Pues con estos ejemplos te será fácil conoscer lo que eres, y cuánto camino te queda por andar, pues tan lejos estás deste grado de perfección. Y así por una parte vendrás á ser más humilde, considerando lo que eres, y por otra más diligente, viendo lo que te falta, si has de llegar á estar unido con Aquél que es un piélago de infinita grandeza.

Octava tentación: del demasiado apetito de estudiar y de saber

§ VII

Después de todas estas tentaciones susodichas, quedan agora otras dos muy semejantes entre sí, y tanto mayores que las pasadas cuanto tienen más color y aparencia de virtud, con la

(1) III Reg. 10.

cual tienen engañado mucho número de personas, mayormente aquéllas que son más deseosas y celosas del bien común. Y por esto con ellas principalmente entiendo agora tratar.

La primera déstas es el demasiado apetito que algunos tienen de estudiar y saber, so color de aprovechar á otros. Y digo demasiado, porque cuando es templado y medido con el peso de la razón, no es tentación sino inclinación muy loable y ejercicio muy provechoso para todo género de personas, y más para mancebos, que con estos ejercicios ocupan la mocedad, y excusan la ociosidad y con ella muchos vicios, y aprenden con qué puedan aprovechar á sí y á otros. Mas si esto no se toma con templanza, sin dubda es grandísimo impedimento para este negocio, y por ventura el mayor. Y no es maravilla que una cosa tan loable pueda venir á ser tan dañosa, si no se toma con templanza, porque no es cosa nueva ser dañoso el exceso de todas las cosas, aunque sean de suyo buenas y necesarias. ¿Qué cosa más necesaria que el comer, y el beber, y el ejercicio moderado, y las medicinas corporales? Todas estas cosas son muy buenas y necesarias: mas si no se toman con templanza, vemos que son muy empecibles y dañosas.

Pues esto mismo decimos del estudio y apetito demasiado de saber, el cual sin dubda es una mala madrastra del estudio de la oración. Porque esta manera de estudio pide todo el tiempo y todo el hombre desocupado: porque (como un filósofo dijo) el tiempo es sabio, porque él es descubridor de las cosas y el que hace los hombres sabios: y por otra parte el estudio de la oración y contemplación requiere tiempo, y quiere también tener al hombre libre y desembarazado de todo, para que así pueda vacar á Dios. Por donde viene á ser muy grande la porfía sobre cuál destas partes prevalescerá, y no muy diferente de aquello que había entre las dos hermanas Lía y Raquel, sobre cuál dellas tendría más parte en el marido (1).

Demás desto, el estudio (allende de ocupar el tiempo, ó la mayor parte dél, por lo mucho que hay que ver y que trastornar, y por el gran trabajo que es menester para salir con algo) es también un ejercicio que seca mucho el afecto de la devoción (como arriba dijimos) porque en hecho de verdad no hay viento cierzo

(1) Gen. 30.

que así seque la tierra como suele secar la demasiada especulación del entendimiento los afectos de la voluntad. Porque con las ocupaciones puramente corporales muy bien se sufre tener ocupado el espíritu en lo que quisiéremos: mas cuando el espíritu mete todas las velas y emplea toda su virtud por la parte intelectual, queda en el entretanto la voluntad tan ociosa y tan muerta, que apenas hay en ella una sola centella de devoción. Y por estas dos causas dijimos arriba que era grande impedimento éste de los estudios, así porque ocupa mucho tiempo como porque seca el espíritu, y lo uno y lo otro impide mucho este ejercicio.

Mas con todo esto hay algunas personas fuertemente combatidas desta tentación, por los grandes aparejos y motivos que el demonio tiene para combatirnos por esta parte. Porque primeramente es muy natural en todos los hombres el apetito de saber (como Aristóteles dice) y tanto, que no supo el demonio con qué cebo más apetitoso pescar los dos primeros hombres que con éste, cuando les dijo que serían como dioses en saber de bien y de mal (2). Y por ventura de aquí nasce que como entonces con este cebo echó tan buen lance, presume que también podrá agora hacer lo mismo, y que como hijos de tales padres picaremos en lo que ellos picaron, y seremos engañados por el mismo camino, aunque hayamos visto por experiencia cuán mal les sucedió en la cabalgada.

Con este natural apetito se junta la nobleza del ejercicio y la suavidad que hay en él: porque en hecho de verdad no paresce que hay otro ejercicio más digno de la nobleza del hombre (que es criatura racional) que emplearse todo en perfeccionar aquella más noble parte que hay en él, que es la razón, la cual se hace cada día más perfecta con el uso continuo de las letras. Pues la suavidad es tan grande y tan continua y tan segura, que (como dijo un filósofo) sin el estudio de las letras no entiendo que haya en este mundo cosa suave.

Crece aun más este apetito con el de la propria excelencia, que es el mayor de todos nuestros apetitos. Porque claro está que uno de los principales medios y caminos que hay para la honra, es el de la sabiduría. Y como los hombres tienen tan arraigado en lo íntimo de las entrañas este amor, no pueden dejar de amar

(2) Gen. 3.

y procurar un tan principal medio por do se alcanza, como son letras y sabiduría.

Y sobre todo esto se añade el color de piedad y título del provecho común que en esto hay, el cual es un bien dignísimo de ser deseado de todos, y mucho más de los perfectos, que sobre todas las cosas lo desean. Por do acaesce que muchas veces so color deste título favoresce el hombre sus proprios apetitos y inclinaciones, diciendo y aun creyendo que hace puramente por Dios lo que hace por otros naturales ó viles intereses. Porque (como dice Sant Bernardo) muchos son los fines por que los hombres desean saber, ca unos desean saber solamente por saber, lo cual es torpe curiosidad. Otros quieren saber porque todos lo sepan y conozcan, lo cual es torpe vanidad. Y otros quieren saber para vender su sabiduría por honras ó por dineros, lo cual es torpe ganancia. Y otros hay que quieren saber para aprovechar al prójimo, lo cual es caridad, y otros por aprovechar á sí, y esto es verdadera prudencia. Todos estos fines puede haber en este apetito, en lo cual muchas veces se engaña el hombre, porque no siente lo que principalmente le mueve, lo cual es un engaño muy grande.

Pues tornando al propósito, si tantas son las cosas que llaman nuestro corazón á este ejercicio, ¿quién será tan mortificado y tan constante que pueda resistir á todas estas fuerzas? Si por una parte nos convida el natural apetito del saber, por otra el deleite natural del estudio, y por otra la nobleza del ejercicio, y por otra el apetito de la honra que por aquí se alcanza, y por otra se justifica todo esto con el mérito de la obediencia y con la utilidad nuestra y de la Iglesia, ¿quién será tan fuerte y tan discreto que no se deje llevar de todas estas cadenas?

Pues por esta causa dije que era grande esta tentación, porque tiene grandes garfios para prender el corazón y llevarlo tras sí. ¡Oh cuántas veces acaesce estar el hombre de rodillas en oración y á ratos entre los coros de los ángeles, y estar todos estos señuelos ofresciéndose al corazón, solicitándolo y dándole priesa para que dé cabo á aquello que hace, y acuda á complir la tarea del estudio cuotidiano, á leer sus liciones, á acabar de pasar tal y tal libro, y finalmente á no dejar pasar aquel día sin acrescentar algo á la doctrina, aunque sea con menoscabo de su proprio aprovechamiento! Y á veces es tanta la fuerza de este apetito, que el ánima miserable viene á dejar el cielo por la tierra y el oro por

la escoria, y á cerrar las puertas á las crescientes de la divina gracia, por abrirlas á la vena estéril de la sabiduría terrena. ¡Oh si supieses el que esto haces, cuánto es lo que Dios puede enseñar y en cuán poco tiempo, y cuán poco es todo lo que puede alcanzar el ingenio humano, y cuán á la larga! Y ya que fuese mucho todo lo que por esa vía se alcanza, ¿qué aprovecha todo ello sin la sabiduría de Dios? Si alguno, dice el Sabio (1), fuere consumado en los hijos de los hombres, y caresciere de tu sabiduría, en nada será tenido. Conforme á lo cual dice S. Augustín: Bienaventurado, Señor, el que conosce á ti, aunque no sepa otra cosa, y miserable el que sabe todas las cosas, si á ti no sabe. Y si á ti y á ellas sabe, no es bienaventurado porque sabe á ellas, sino porque sabe á ti, Señor. ¿No está claro que vale más un punto de lo que Dios enseña, que todo cuanto pueden enseñar todos los sabios del mundo? La sabiduría del mundo levanta y ensoberbesce, mas la de Dios dice S. Augustín que no ensoberbesce sino enamora, ni hace los hombres soberbios y parleros sino humildes y llorosos. Pues si al tiempo que Dios actualmente así me está enseñando, le vuelvo las espaldas y le dejo con la palabra en la boca por acudir á los maestros de la tierra, ¿no hago grandísima injuria al del cielo? ¿No desestimo su doctrina, y la tengo en menos que la humana, pues la trueco por ella? ¡Oh cuán mal sabe preciar el espíritu de Dios quien tan poco caso hace dél!

Y si fuesen pocos los que desta manera yerran, menor sería esta querella. Mas ¿qué diré, que cuasi todo el mundo vive en este engaño? Dicen que en el estrecho de Magallanes, de tres navíos se perdió uno: mas en éste de que hablamos, de ciento apenas se salva uno. ¡Cuántos estudiantes tiene hoy el mundo, y cuán pocos discípulos tiene Cristo! Y lo que más es para sentir, que aun aquéllos que de nuevo dejan el mundo y entran en religión, en aquel tiempo que estaba diputado para esta disciplina, con la cual se había de dejar el hombre viejo con todos sus siniestros, y vestir el nuevo, como si fuese este negocio de pocos días ó de poca importancia, apenas han comenzado á abrir los ojos y conoscer á Dios, cuando luego los entregan á filósofos gentiles y estudios humanos, donde por muchos años no se oye el nombre ni palabra de Cristo. Los cuales estudios, aunque por la mudanza de los tiem-

(1) Sap. 9.

pos y por las importunidades de los herejes sean en parte necesarios, pero todavía los habíamos de tener por una gran plaga de nuestra vida, pues nos roban tanta parte del tiempo y nos hacen tantos años andar como desterrados de la compañía de Cristo, especialmente considerando que (como dice Gregorio Nacianceno) todas estas letras y disciplinas de gentiles son como unos azotes y plagas de Egipto que se nos entraron en la Iglesia por nuestros pecados.

Mas ya que la miserable condición de nuestra vida nos puso en esta necesidad, debríase de aguardar tiempo convenible para ella, proveyendo que de tal manera estuviese ya fraguada la obra y asentado el edificio de las virtudes en el que comienza, que pudiese sufrir bien esta carga. Mas estando aún tan tierna la obra, estando aún el mozo gustando la leche de Cristo, que lo aparten destos pechos y lo arrimen á los de los filósofos gentiles, donde no hallen otro pasto sino argumentos y sofismas, esto es más para sentir. Porque dime, ¿qué es esto, bien mirado, sino hacer lo que hacía aquel crudelísimo Faraón para destruir el pueblo de Dios, cuando mandaba que en nasciendo el hijo varón luego lo ahogasen en las aguas de Egipto? Pues ¿qué otra cosa vemos en nuestros tiempos sino que apenas ha comenzado uno á renascer en Cristo, antes que crezca y tome fuerzas en el nuevo ser que recibió, cuando luego lo meten hasta los ojos en estas aguas, donde se ahogue y pierda todo el espíritu que tenía?

Todas las cosas tienen sus tiempos, y como dice el Sabio (1), tiempo hay de abrazar y tiempo de alejarse de los abrazos. Aquél cierto era tiempo de abrazar á Dios y de cobrar con estos abrazos un amor tan fuerte, que no bastasen las crescientes de las muchas aguas para matarlo, y esto hecho, vendría el tiempo de alejarse un poco de los abrazos por acudir á las necesidades de nuestros prójimos.

¿Qué otra cosa quiso Dios significar cuando proveyó en la ley (2) que los recién casados no fuesen obligados á tomar armas ni ir á la guerra? ¿Qué otra cosa quiso significar cuando mandó que no arasen con el primogénito del buey, ni trasquilasen el primogénito de la oveja (3), sino dar á entender que este linaje de primogénitos de que tratamos, ha de ser sobrellevado de todas estas cargas

(1) Eccle. 3. (2) Deut. 24. (3) Deut. 15.

y obligaciones, para que pueda emplear todo su caudal en su propio aprovechamiento? Pues contra todas estas leyes hacen los que hurtan este tiempo al estudio de la verdadera sabiduría, por entregarse del todo á la sabiduría mundana.

De los remedios contra esta tentación.

El primer remedio pues contra esta tentación es considerar cuánto más excelente cosa es la virtud que la sabiduría, y cuánto más excelente la sabiduría divina que la humana, para que por aquí vea el hombre cuánto más se debe ocupar en los ejercicios por do se alcanza la una que la otra. ¿Quieres oir esto en una palabra? Mira lo que dice el Eclesiástico (1): ¡Cuán grande es el que ha hallado la sabiduría y la sciencia! Mas no es mayor que el que teme á Dios. Porque el temor de Dios sobre todas las cosas puso su silla. Mira otrosí lo que dice S. Augustín: En mucho suelen estimar los hombres la sciencia de las cosas del cielo y de la tierra, mas mucho más son de estimar los que anteponen á esta sciencia el conoscimiento de sí mismos, y más loable es el ánima que tiene conoscida su flaqueza, que el que olvidado este conoscimiento, trabaja por saber los caminos de las estrellas, no sabiendo el camino por do se ha de ir al cielo.

Tenga la sabiduría del mundo todas las grandezas que quisieres, á lo menos no le puedes quitar una gran miseria, que es acabarse con la vida. Pues ¿qué cosa puede ser más miserable que adquirir con tanto trabajo lo que por tan poco tiempo se ha de gozar? Ésta era la causa por que lloraba un filósofo (como escribe S. Hierónimo) estando para morir, diciendo que le pesaba por acabar la vida al tiempo que comenzaba á saber. Porque cierto, si alguna pérdida hay en el mundo que merezca lástima, es la muerte de un grande sabio, pues allí viene á ponerse debajo de la tierra una cabeza llena de tantos secretos y maravillas. Y pues esto ha de ser así, gran prudencia es tomar aquel consejo del Salvador, que dice (2): No queráis atesorar en la tierra, donde el orín y la polilla destruyen las cosas, y donde los ladrones cavan y roban, sino trabajad por atesorar en el cielo, donde nada desto ha

(1) Eccli. 25. (2) Matth. 6.

lugar, y donde los bienes estarán eternalmente seguros. Pues según esto, ¿cuánto mejor será ejercitarnos en actos de caridad que en especulaciones de entendimiento, pues el fructo de los unos dura para siempre y el de los otros se acaba con la vida? Mira cuánto mejor hacienda es juro perpetuo que juro de por vida, que tanto mejor es el ejercicio de la caridad que el de las sciencias humanas. Y si mucho deseas el saber, espera un poco, no te des tanta priesa, porque todo lo que puedes aquí saber es nada, y si te ejercitares en el amor de Dios, presto lo irás á ver, y en él verás todas las cosas.

Demás desto debes también acordarte que en el día del juicio (como dice un sancto) no nos preguntarán qué leímos, sino qué hecimos, y no cuán bien hablamos ó predicamos, sino cuán bien vivimos. Ésta es una consideración que bien pesada bastaba para convencer todos aquéllos que de veras desean acertar. Porque dime, ¿qué cosa hay en el mundo más acertada que agradar á Dios y estar bien con Él? ¿Y cuál es la cosa que más le agrada que la caridad? Ésta es la que solamente le agrada, y por quien todas las cosas le son agradables. Ésta es por quien hemos de ser juzgados y examinados, y por cuya medida nuestras obras han de ser galardonadas. Y en tanta manera es esto verdad, que si un hombre hobiese no digo aprendido todas las sciencias del mundo, sino predicado y convertido todas las naciones del mundo, si en una vejecica que nada desto ha hecho, se hallare más caridad, no hay que dudar sino que será más agradable á Dios y terná más parte en Él. Pues según esto no podemos negar sino que aquélla será mejor vida, y aquéllos más acertados ejercicios, que más ayudan á alcanzar esta virtud. Y pues nos consta que los ejercicios y actos de la vida contemplativa ayudan más para esto que otros ningunos, síguese que éstos serán los mejores y más acertados de todos. ¡Oh si supieses cuántas personas hay hoy en el mundo que nunca aprendieron silogismo, ni convertieron alma, las cuales en los ojos de Dios son más preciadas que todos los sabios y predicadores del mundo! Así que, hermano mío, si deseas acertar, cata aquí el camino cierto y seguro por do lo puedas hacer: lo cual no digo yo para que del todo dejes el estudio, sino para que lo tomes de la manera que en una breve palabra te lo aconseja S. Augustín diciendo: No seamos en las disputaciones continuos y en las oraciones perezosos.

Demás desto, toda ley y toda razón natural nos enseña que de tal manera debemos tomar así el ejercicio de las letras como todos los otros, que no echemos en olvido á nosotros mismos, ni troquemos lo menos por lo más. Porque (como dice muy bien S. Crisóstomo) gran condenación es la del hombre que trabaja mucho por limar y polir la lengua, y no procura por ordenar y componer su vida: porque como nos vaya tan poco en que la habla sea compuesta, y tanto en que lo sea la vida, ¿qué mayor locura que tener tanto cuidado en lo que va tan poco, y tanto descuido en lo que va tanto?

Esto es lo que tan encarecidamente escribe S. Bernardo á Eugenio por estas palabras: Tu consideración comience de ti mismo, porque no te extiendas vanamente á otras cosas olvidándote de ti. ¿Qué te aprovecha ganar todo el mundo, si pierdes á ti solo? Y si fueres sabio, fáltate para la verdadera sabiduría que lo seas también para ti. Y si me preguntas cuánto te falta para esto, dígote que todo, si no lo eres para ti. Sepas todos los misterios de la Escriptura, la anchura de la tierra, y las alturas del cielo, y las profundidades de la mar: si con todo esto no conosces á ti mismo, serás semejante al que edifica sin fundamento y hace obra para caer. Todo lo que edificares fuera de ti, ten por cierto que será como un montón de polvo que se lleva el viento. De manera que no es sabio el que para sí no lo es, y por esto el que de verdad lo quiere ser, séalo para sí y beba de su misma fuente. Y por esto de ti comience tu consideración, y no sólo comience en ti, sino también se acabe. Á doquiera que fuere, mira que de tal manera vaya, que finalmente vuelva: tú seas para ti el primero y el postrero. Imita en esto el ejemplo de aquel Padre soberano que de tal manera produce y envía de sí aquella Palabra eterna, que también la retiene. Tu palabra es tu consideración, y por esto si alguna vez saliere, mira que vuelva, y de tal manera salga, que no te desampare. En lo que toca al negocio de tu salud, no has de tener otro más vecino ni más hermano que el único hijo de tu madre, que es á ti mismo. Cosa que sea contra su salud, no la debes pensar. Menos dije de lo que debiera decir. Porque no digo yo cosa que sea contra tu salud, mas aún cosa que sea fuera della, no la debes admitir. Hasta aquí son palabras de S. Bernardo. En las cuales se paresce cuán celoso amador debe el hombre ser de su salud, y con cuánto tiento debe entender en la ajena para que no

perjudique á la suya. El cual consejo en pocas palabras nos da el el Espíritu Sancto por el Eclesiástico, diciendo (1); Trabaja por recobrar el prójimo según tus fuerzas, y mira por ti no cayas.

Esto solo bastaba para convencer á los estudiosos á que de tal manera se entregasen al estudio y provecho de los prójimos, que guardasen la cara al estudio de su aprovechamiento, aunque el provecho de los otros por esta causa fuese menor, pues la ley de la caridad no da licencia para que nadie aproveche á otro con su proprio perjuicio. Mas ¿qué será si probáremos que por esta vía no solamente no se menoscaba el aprovechamiento de los prójimos, sino que antes se acrescienta con grandes ventajas, y que el único y verdadero camino para aprovechar á otros es aprovechar primero á sí?

Pues ten por cierto, hermano mío, si de verdad deseas aprovechar, que no hay otro medio más proporcionado para esto que la buena vida y el ejercicio de la oración y meditación, con que ella se alcanza, lo cual podría yo probar por muchas y muy fuertes razones: mas por la brevedad deste volumen contentarme he al presente con poner algunas dellas.

Y la primera es, porque está claro que el principal instrumento que se requiere para aprovechar, es la verdadera sabiduría. Pues para alcanzar esta, ¿qué cosa hay más importante que el temor de Dios, y la buena vida, y la práctica y experiencia cuotidiana de la virtud, y la consideración y meditación continua de la ley de Dios? ¿Qué otra cosa repite más veces toda la Escriptura sagrada sino que el principio de la sabiduría es temer á Dios, y que la plenitud de toda la sabiduría es este mismo temor? Antes, sin estos medios imposible es alcanzarse esta virtud, como claramente lo dice S. Augustín por estas palabras: Á muchos hallamos muy codiciosos de la sciencia, y muy negligentes en la guarda de la justicia, á los cuales conviene avisar que no alcanzarán lo que desean sino guardando lo que desprecian, pues dice la Escriptura (2): Hijo, si deseas sabiduría, guarda la justicia, y el Señor te la dará. Dádiva es ésta de Dios, y uno de los principales dones del Espíritu Sancto. Y por esto más se alcanza con lágrimas que con disputas, y más con oraciones que con porfías. Pues si esta sabiduría es el principal instrumento para aprovechar otros, ¿cómo

(1) Eccli. 29. (2) Eccli. 1.

no lo serán los medios por donde ésta se alcanza, que son los susodichos?

Lo segundo, porque el convertir ánimas es una de las más altas y sobrenaturales obras del mundo, porque para esto conviene vencer la naturaleza depravada y la costumbre, que es aún más fuerte que ella, y sobre todo esto las fuerzas y poder del enemigo, que tiene muy fuertemente presos y encadenados los corazones de los suyos. Y para vencer tan grandes fuerzas menester es otra fuerza mayor, y ésta no la hay en la tierra sino en el cielo, la cual no se alcanza tanto con estudios y especulaciones cuanto con lágrimas y gemidos y merescimientos de buena vida. Por donde los que de verdad se convierten á Dios, más son hijos de lágrimas que de palabras, porque más parte es la oración para convertirlos que la predicación. Onde así como la oración de Moisén fué más parte para alcanzar victoria contra Amalec que todas aquellas espadas que peleaban, así es de creer que más parte es la oración y los gemidos del verdadero predicador para alcanzar esta victoria, que todas sus voces y palabras, aunque sean muy afiladas.

Lo tercero, porque (como se ve por experiencia) más pecan los hombres por la corrupción de sus afectos y pasiones que por ignorancia de la verdad. Y por esto el que trata de su remedio, más ha de trabajar por moverles la voluntad que por enseñarles el entendimiento. Para lo cual dicen todos los maestros de la elocuencia que no hay otro medio más principal que estar de verdad dentro de sí movido el que pretende mover á otros. Lo cual dice Quintiliano por estas palabras: La suma deste negocio, á todo lo que yo puedo alcanzar, consiste en que si queremos mover los corazones de los otros, estén movidos los nuestros. Y más abajo: De tal ánimo ha de salir la oración cual quiere poner. Porque de otra manera, ¿cómo será posible que se duela el que ve que yo mismo que aquello digo, no me duelo? ¿Cómo se indignará el que ve que yo que lo quiero indignar, no me indigno? ¿Cómo dará lágrimas el que me ve á mí hablar con ojos enjutos? No es posible, porque no enciende sino el fuego, ni humedesce sino el agua, ni hay cosa que pueda dar á otra el calor que ella no tiene. Pues según esto, ¿qué hay que dubdar sino que el varón devoto que día y noche no entiende sino en llorar y sentir las cosas de Dios, que tendrá el sentimiento dellas mayor y más profundo y más á la

mano que aquél que por mucho que sepa, nunca supo qué cosa es derramar una lágrima por amor de Dios?

Añado más á esto, que como dice Tulio, la elocuencia que no llega á poner en admiración á los oyentes, no vale nada. Y si esta manera de elocuencia se requiere para tratar cosas humanas, ¿cuánto más para tratar las divinas y para sacar á los hombres de pecado y vencer las fuerzas del enemigo, las cuales así como son sobrenaturales, así requieren espíritu y elocuencia sobrenatural? Pues para alcanzar esta manera de elocuencia es cierto que no hay cosa más proporcionada que el espíritu de Dios y el decir de tal manera que resplandezcan las centellas deste espíritu en las palabras del que dice. Porque como este espíritu sea cosa que excede toda la facultad de la naturaleza, no hay cosa que más arrebate y suspenda los corazones de los hombres, y los ponga en admiración, que una sola centella dél: porque aquí luego reconoscen la virtud y fuerza del Espíritu Sancto, y así se humillan y abajan las lanzas, y dicen con los magos de Faraón (1): El dedo de Dios está aquí.

Y sobre todo esto se junta otra ayuda maravillosa para aprovechar, que es el ejemplo de la vida del que predica. Porque no hay mayor argumento para creer que uno habla de corazón, que verle hacer lo que dice, y conformar la vida con doctrina. Éste es el mejor y más eficaz de todos los sermones, y el que solo aprovecha más á los oyentes. Porque como la sanctidad de la vida sea también una cosa sobrenatural y divina, y los justos sean como unas lenguas y moradas del Espíritu Sancto, todos los hombres naturalmente les tienen una manera de veneración y acatamiento más que humano, y los miran y oyen no como á hombres sino como á ángeles, ni como á moradores de la tierra sino como á ciudadanos del cielo, y así miran sus obras y palabras como á unas reliquias del Espíritu Sancto. Lo cual todo bien considerado muestra muy á la clara cuánta parte sea para aprovechar á otros estar el hombre aprovechado, y para enseñar y hacer á otros virtuosos, ser virtuoso el enseñador. Porque si como dicen los filósofos, un semejante engendra á otro semejante, el hombre, hombre, y la bestia, bestia, ¿qué cosa habrá más poderosa para engendrar virtud que otra virtud?

(1) Exodi 8.

Pues por esto los que verdaderamente buscan á Dios y no á sí mismos, conviene saber, ni honras, ni libertades, ni dignidades, ni magisterios, ni autoridades, sino sola edificación, asienten en sus corazones aquellas palabras que el Apóstol escribe á su Timoteo diciendo (1): Mira por ti y por tu doctrina, porque desta manera podrás hacer salvo á ti y á los que te oyen. De manera que el primero de los cuidados quiere que sea de su vida, y el segundo de la doctrina, y que desta manera estando él aprovechado, podrá aprovechar á otros. Lo cual es en tanta manera verdad, que así como los árboles que más han crescido para sí, son más fructuosos para sus dueños, así el predicador más aprovechado en sí, será más provechoso para los otros, y según la medida de su aprovechamiento, así será la de sus oyentes.

Nona tentación: del indiscreto celo y deseo de aprovechar á otros.

§ VIII

Y no es diferente tentación de la pasada el indiscreto deseo que algunos tienen de aprovechar á los prójimos con olvido de su propria salud. Ésta paresce una de las más peligrosas tentaciones que hay en este camino. Porque todas las otras por la mayor parte traen la cara descubierta, y vese claro lo que son. Mas ésta represéntasenos con una cara tan hermosa y tan honesta, que no hay más que pedir. La cual tentación es tanto mayor cuanto es más virtuoso el tentado, porque cuanto más lo es, tanto está más inclinado á la utilidad y provecho común. Porque así como la cosa más natural que hay en Dios, es hacer bien á todas las criaturas, así todos los que más participan del espíritu y bondad de Dios, están muy más inclinados á esto que á otra cosa, tanto, que no hay cosa que más reine en el corazón del que es verdaderamente bueno, que un entrañable y continuo deseo de hacer á todos buenos y de aprovecharles en algo.

Y por esta causa aquel astutísimo engañador de los hombres siempre acomete á los justos por esta parte, paresciéndole que no hay cebo más conveniente para cazarlos que éste, en que ellos

(1) I Tim. 4.

toman tanto gusto. Y así vemos á muchos dellos meterse en cosas arduas y dificultosas, y tomar cargas que exceden todo su caudal y fuerzas, con este mismo color y título de aprovechar.

Y por esto de ningún deseo nos debemos más recatar que de aquél que viene colorado con imagen de bien y sobrescrito de virtud, porque ése es el que nos puede hacer la guerra mayor. Y pues el sancto Josué viendo el ángel de Dios en el ejército, no se fió luego dél sin que primero le preguntase (1): ¿Eres nuestro, ó de los contrarios? así tampoco nos debemos fiar luego de cualquier pensamiento, aunque parezca bueno, pues sabemos ya que el ángel de tinieblas se transfigura en ángel de luz (2). Lo cual señaladamente procura más en esta obra que en otra alguna, porque las más veces nos aparta della so color de piedad y con título de acudir á la caridad. Por lo cual decían aquellos Padres del yermo que muchas veces el demonio sacaba á los religiosos de los ejercicios de la oración con cuerdas de razón, haciéndoles en creyente que hay causa para ello, sin la haber.

Pues por esto no nos debemos contentar con mirar solamente la especie y condición desta obra, sino también todas las otras circunstancias que según regla de prudencia se deben mirar. Entre las cuales principalmente se debe proveer que de tal manera entendamos en el provecho del prójimo, que no sea con perjuicio y daño nuestro, según aquello del Eclesiástico que dice (3): Trabaja por recobrar al prójimo según tus fuerzas, y mira por ti no cayas. Por lo cual Sant Pablo escribiendo á su discípulo Timoteo le aconseja diciendo (4): Mira por ti y por la doctrina que predicas, porque desta manera podrás hacer salvo á ti y á los que te oyen. En las cuales palabras le da bien claro á entender que no eche en olvido á sí mismo por amor de los otros, sino que de tal manera se ocupe en el aprovechamiento dellos, que también entienda en el suyo. Y aunque sobre este punto se pudieran decir aquí muchas cosas, y muy necesarias, mas por la brevedad desta escriptura contentarme he al presente con sólo poner aquí el parecer de Sant Bernardo acerca desto, el cual escribiendo al papa Eugenio entre otras cosas le dice así: Óyeme agora lo que te reprehendo y lo que te aconsejo. Si toda la vida y todo lo que sabes, empleas en las obras de la vida activa, y no dejas nada para el

(1) Josue 5. (2) II Cor. 11. (3) Eccli. 29. (4) I Tim. 4.

ejercicio de la consideración, alábote, mas en esto no te alabo. Ni tampoco te alabará el que hobiere leído en Salomón que el que más se desocupare y en menos obras entendiere, aprovechará más en la sabiduría. Y aun esto es cierto, que á esas mismas obras que debemos hacer, conviene que sean prevenidas y ordenadas con la misma consideración, para que se hagan como conviene. Si también dices que quieres ser de todos, á ejemplo de aquél que á todos se hizo todas las cosas alabo esta humanidad, mas si fuere cumplida. ¿Y cómo será cumplida, si tú te quedas afuera? Sí, que tú también hombre eres. Luego para que sea cumplida la humanidad, abrace también á ti el seno que á todos abraza. Porque de otra manera, ¿qué te aprovecha, según la palabra del Salvador (1), si ganares á todo el mundo, y perdieres á ti mismo? Y por tanto, pues todos te poseen, seas tú también uno de los poseedores. ¿Por qué quieres tú solo carescer de ti mismo? ¿Hasta cuándo quieres ser espíritu que va y no vuelve? ¿Hasta cuándo no tendrás tú también tu vez entre los otros para gozar de ti? Eres deudor á sabios y á ignorantes, ¿y á ti solo te quieres negar? El loco y el sabio, el pobre y el rico, el malo y el bueno juntamente participan de ti, y todos beben desa fuente pública: ¿y tú sólo estarás al rincón pereciendo de sed? Si es maldito el que menoscaba su proprio caudal, ¿qué será de aquél que del todo lo destruye? Concedámoste que corran tus aguas afuera, y que las dividas y repartas por las plazas, y que des también de beber á los camellos de Abraham: pero entre todos éstos bebe tú también de la fuente de tu pozo. El extranjero (dice la Escriptura) no beba dél. ¿Por ventura tú eres extranjero? Pues ¿para quién eres, si para ti no eres? Finalmente, el que para sí es malo, ¿para quién será bueno? Hasta aquí son palabras de Sant Bernardo, las cuales por cierto debrían bastar para prueba deste negocio y para que por aquí entiendan los grandes amadores y procuradores de la salud ajena cuánto cuidado deben tener de la suya propria, y con cuánta prudencia deben entender en este negocio, para no dejarse llevar indiscretamente del fervor de la caridad con el sabor y golosina del aprovechar. En lo cual debrían imitar la discreción de aquellas prudentes vírgines del Evangelio, que pidiéndoles las otras locas parte de su olio, cuerdamente respondieron diciendo (2): Por

(1) Matth. 16. (2) Matth. 25.

ventura no bastará nuestro olio para nosotras y para vosotras: por tanto, id á las tiendas donde se vende, y proveeos en ellas.

Pues si tú quieres imitar la prudencia destas vírgines, procura tratar de tal manera los negocios de las consciencias ajenas, que siempre tomes tiempo para entender en la tuya. Y si me preguntares qué tanto tiempo será menester para eso, muy determinadamente te responderé que tanto cuanto baste para traer el corazón á la continua con actual recogimiento y devoción, lo cual es andar en espíritu, como nos lo aconseja Sant Pablo (1). Y para que entiendas qué cosa sea andar en espíritu, y qué provecho se siga desto, por agora no diré más de que andar el hombre en espíritu es andar más en Dios que en sí mismo, trayendo el corazón, no con la disposición y con los afectos naturales que él se tiene de suyo, sino con los que le vienen por parte de la devoción actual con que anda. Porque esta manera de disposición no es la que nos viene por parte de la carne y de la sangre, sino la que viene por parte del Espíritu Sancto y del afecto continuo del amor y temor de Dios. De donde nasce que como el corazón sea principio de todas nuestras obras, que cual es la disposición que él tiene, tales sean todas las obras que proceden dél, como vemos que tal suele salir el agua de la fuente cual ella está, si turbia, turbia, si clara, clara. Y así vemos que del corazón compuesto y ordenado salen todas las obras y palabras compuestas y ordenadas, mas del descompuesto y desordenado todo sale desordenado, como lo significó el Salvador cuando dijo (2): El buen hombre del buen tesoro de su corazón saca buenas cosas, y el malo del mal tesoro las saca malas.

Pues como ésta sea raíz y principio de todo nuestro bien, todo nuestro trabajo ha de ser en procurar de tener tan larga y tan profunda oración, que baste para traer siempre el corazón con actual devoción y continua memoria de Dios. Para lo cual no basta cualquier manera de oración, sino es menester que sea tan larga y tan profunda que así como una sala muy bien regada por la mañana, en tiempo de verano, conserva todo el día un frescor y templanza suave que le viene de aquel riego que recibió, así el ánima del justo ha de quedar á sus tiempos tan regada y tan empapada en Dios con los ejercicios de la oración, que

(1) Gal. 5. (2) Matth. 12.

siempre haya en ella un continuo frescor de devoción, con el cual se defienda de los ardores y cobdicias del mundo. De manera que la devoción ha de ser como aquel río de quien dice la Escritura que salía del lugar de los deleites (1), el cual regaba con sus corrientes toda la haz de la tierra. Porque de nuestro corazón (que es el lugar de los deleites de Dios) ha de salir un río tan caudaloso de devoción, que baste para regar todas las obras de nuestra vida y hacer que todas ellas vayan empapadas en devoción.

Ésta es la manera de vivir que tuvieron los sanctos, éste es el fin de toda la vida espiritual, ésta es la que hace al hombre todo espiritual y divino, ésta es la que dispone en peso, número y medida todas sus obras, y finalmente ésta es la que hace andar siempre sobre los estribos y en vela y atalaya sobre sí mismo para mirarse y defenderse por todas partes. Y quien hobiere probado por experiencia cuán diferente sea la manera de vivir y obrar que se sigue de andar desta manera ó de la otra, hallará que lo uno paresce todo espíritu y lo otro todo carne, y que lo uno es vivir en Adán y lo otro en Cristo.

Y pues es tan conoscida la ventaja que hay de lo uno á lo otro, creo yo por cierto que (regularmente hablando) nunca será nuestro Señor servido que nadie de tal manera se cargue de negocios ajenos, por muy graves que sean, que del todo se imposibilite á no poder andar á este paso. Para lo cual no es menester que señalemos aquí tiempo de recogimiento, tanto más tanto: porque aunque esto requiere sus horas y tiempos ciertos (como arriba dijo S. Bernardo) pero no consiste tanto esto en la medida del tiempo cuanto del cuidado continuo en traer siempre el espíritu recogido y atento á Dios.

Ni tampoco piensen los deseosos de aprovechar á otros que por aquí se les cierra la puerta de su aprovechamiento, porque verdaderamente no hay dos hermanas que tanto se ayuden una á otra, ni que tanta necesidad tenga una de otra, como la predicacación de la oración: porque así como el cuerpo sin el espíritu no tiene vida, así tampoco la predicación si caresce del espíritu y vida de la oración.

Y sobre todo esto añado lo que hace más al caso, que si tú de

(1) Gen. 2.

veras no deseas otra cosa más que aprovechar y servir á la caridad, y miras el estado en que agora están las cosas humanas, y las calamidades y necesidades de la Iglesia, y el poco provecho que se saca de los sermones de cada día, entenderás claramente cuánto mayor necesidad tiene el mundo de ser ayudado con oraciones que con palabras, dando voces y clamores, no tanto en los oídos del pueblo, cuanto en los de Aquél que con un solo querer podría torcer el curso de las cosas humanas, si hobiese oraciones que lo forzasen á ello.

Á lo menos esta regla podrás tener en esta materia, si no quieres errar, que si tuvieres á cargo la administración de la palabra de Dios, lo menos que sea posible te entremetas en negocios temporales, aunque sea con título de caridad: porque pues los Apóstoles, que estaban llenos del Espíritu Sancto, desecharon de sí esta carga, no debe presumir nadie tanto de sí que se quiera encargar della. Por donde en el Concilio Cartaginense cuarto se manda al obispo que no se ocupe él por su persona en la provisión y remedio de los pobres, sino que tenga para esto sus ministros diputados, porque así pueda él libremente vacar á los ejercicios de la lición, oración y predicación. Pero aún muy más alto ejemplo desto tenemos en la persona de nuestro Salvador, el cual siendo requerido por un hombre para que acabase con un hermano suyo que le diese la parte que le cabía de su legítima, denodadamente respondió (1): Oh hombre, ¿quién me hizo á mí juez entre vosotros? Y por esta causa aquellos sanctos perlados de la primitiva Iglesia no consentían que ningún sacerdote pudiese ser ejecutor de los testamentos de nadie. Por donde, como un defunto hobiese dejado á un sacerdote por su albacea, fué privado de todos los sufragios de la Iglesia por el bienaventurado mártir Cipriano, como consta por una de sus epístolas

(1) Luc. 12.

CAPÍTULO V

DE ALGUNOS AVISOS QUE SE DEBEN TENER EN ESTOS EJERCICIOS CONTRA LOS ENGAÑOS DEL ENEMIGO

Declaradas ya las tentaciones más comunes de las personas que se dan á la oración, será necesario dar también algunos avisos y documentos necesarios para este camino. Y aunque en el fin de la primera parte deste tratado se dieron algunos, pero aquéllos eran para enseñar cómo nos habíamos de haber en la meditación, mas éstos principalmente servirán para descubrir las celadas y artes del enemigo, el cual suele muchas veces y por muchas vías engañar á los que se dan á estos ejercicios, convertiéndoles la medecina en ponzoña y haciéndoles padescer dentro del mismo puerto tormenta.

Primer aviso: del fin que se ha de tener en estos ejercicios.

§ I

El primer aviso es acerca del fin que se debe tener en estos ejercicios. Porque como el fin sea la principal circunstancia de las obras morales, y la raíz y fundamento de todo lo demás, si éste va errado, todo va errado, y si fuere acertado, todo lo demás también lo irá.

Pues para esto es de notar que el fin de toda la vida cristiana es el cumplimiento de la ley de Dios, que es una general obediencia de todos sus mandamientos, y una perfectísima conformidad con su divina voluntad. Y aunque S. Pablo dice que el fin de la ley es la caridad (1), no contradice esto á nuestra sentencia, porque (como dijo un filósofo) un querer y un no querer es la firme y verdadera amistad.

(1) I Tim. 1.

Y allende desto están tan coligadas entre sí estas dos virtudes, que ni se puede hallar caridad sin obediencia, ni obediencia sin caridad, como claramente se colige de las palabras del Salvador, el cual en una parte dice (1): Si alguno me amare, guardará mis mandamientos, y mi Padre lo amará, y á él vendremos, y en él haremos nuestra morada. Y en otra parte dice (2): El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama. Y el que á mí ama, será amado de mi Padre, y yo también lo amaré y me descubriré á él. Por donde paresce que todo viene á ser una misma cosa, perfecto amor y perfecta obediencia, porque ni el que ama puede dejar de guardar lo que le manda el amado, ni guardarlo sin que lo ame.

Mas para esta manera de obediencia se requiere ante todas cosas la mortificación y negamiento de nuestra propria voluntad: porque así como no se puede engerir un árbol, si no se corta primero la rama que se ha de engerir, así no puede engerirse en nuestros corazones la voluntad divina, si no se corta primero la humana, lo cual pertenesce al oficio de la mortificación y al uso de las virtudes morales, que principalmente se emplean en esto. Porque la mayor parte dellas tiene por oficio mortificar alguna destas pasiones, para que dé lugar al uso de las virtudes, en el cual consiste la guarda de la ley de Dios.

Por do paresce que el fin de todo este negocio es amor y obediencia y mortificación de nuestras malas inclinaciones, como en pocas palabras lo significó el Eclesiástico diciendo (3): Hijos de la sabiduría son todos los justos, y la generación dellos es obediencia y amor. En lo cual se da á entender que los principales fructos de la justicia son estos dos: porque el hijo primogénito es el amor de Dios, y déste nasce la obediencia de su divina voluntad, y para cumplir ésta es menester negar la nuestra, que es el oficio proprio de la mortificación. Y por esta causa hacen tanto caso todos los sanctos de la mortificación, porque ella es la primera puerta y la llave de todo. Ésta es aquella cruz que el Salvador tanto nos encomienda en el sancto Evangelio, en la cual hemos de crucificar todos nuestros apetitos, como lo hicieron y hacen todos aquéllos de quien el Apóstol dice (4): Los que son de Cristo, crucificaron con Él su carne con todos sus vicios y codicias.

(1) Joan. 14. (2) Ibidem. (3) Eccli. 3. (4) Gal. 5.

Pues como esta cruz sea una cosa tan pesada y tan desabrida para nuestra carne, y ni las cosas pesadas se puedan llevar sin fuerzas, ni las desabridas sin algún sabor, para esto principalmente sirve la oración, en quien está lo uno y lo otro. Porque por la oración se alcanzan fuerzas para pelear contra Amalec nuestro adversario, y por ella se impetra la divina gracia, la cual sola puede todas las cosas, y en ella se ejercita y enciende la caridad, que es la madre de todas las virtudes, y por ella se abren cada día más los ojos al conoscimiento de Dios, y en ella finalmente se comunica el alegría del Espíritu Sancto, con la cual se hace dulcísimo y suavísimo el camino de Dios, según que lo significó el profeta cuando dijo (1): Por el camino de tus mandamientos, Señor, corrí, cuando dilataste mi corazón.

Pues ésta es la causa por que es tan encomendada y alabada la oración de todos los sanctos, no tanto por lo que ella es en sí (aunque ella es también acto de religión, que es la más excelente de las virtudes morales) sino principalmente por el favor y ayuda grande que nos da para conseguir este fin. De manera que no es tanto alabada como fin cuanto como medio principalísimo para el fin, y no tanto como la salud cuanto como una medicina eficacísima para alcanzar la salud. Por do paresce que si uno se diese mucho á la oración, y con todo esto no fuese más virtuoso ni más mortificado, sería como un enfermo que siempre usase de medicinas y no tuviese más mejoría, en lo cual sería dos veces miserable, lo uno por el trabajo de la enfermedad y lo otro por el de la cura.

Éste es un principio muy universal y muy verdadero, por el cual podrá cada uno entender muchas maneras de engaños que en esta parte suelen acaescer. Porque hay algunas personas que como hallan en la oración suavidad, y en la mortificación dificultad, dejan lo agro por lo dulce, y lo dificultoso por lo fácil, y así todo su negocio es darse á la oración sin hacer caso de la mortificación. Porque el corazón humano es en gran manera goloso y amigo de deleites, tanto que por esta ocasión algunos filósofos dijeron que éste era el último fin y centro de su felicidad, y todos generalmente dijeron que era el cebo de todos los males, porque mediante la golosina del deleite se deja prender de muchos dellos.

(1) Psalm. 118.

Y es tan poderosa esta inclinación en el hombre, que así como el agua naturalmente corre para bajo, y si la queréis por fuerza represar y detener, ella siempre busca algún portillo por do salir, así nuestro corazón está siempre tan inclinado á todo género de deleites, que si le ponéis silencio y entredicho en unos, él busca luego salida para otros y otros, porque no descansa fuera dellos. Conforme á lo cual dice muy bien un doctor que la naturaleza es subtil, y que en todas las cosas busca á sí misma, aun en los muy altos y divinos ejercicios. Llámala subtil, porque muy de callada y cuasi sin sentirlo se cuela por do quiere, y se entremete donde no la llaman, para ver si hay allí algo de su gusto ó de su provecho que pueda pretender, ó en que se pueda entregar.

De aquí pues nasce la mayor parte de los engaños que hay en este camino. Porque primeramente de aquí nasce la corrupción de la intención de las buenas obras que hacemos, donde el fin único y principal había de ser solo Dios: contra lo cual reclama este apetito sensual que siempre busca algo de carne en que se pueda cebar. Y esto es lo que principalmente corrompe nuestras obras y hace que no sea todo agua limpia lo que se hace por Dios. Y así acontesce á muchos vivir muy engañados, creyendo que tienen muchas buenas obras hechas en su servicio, las cuales cuando vengan á ser examinadas en el contraste de su juicio, se verá claro que no era oro sino escoria todo lo que tenían, ó á lo menos lleno de mucha liga del proprio amor.

De aquí nasce también que muchos en los ejercicios de sus oraciones, liciones y comunicaciones, no pretenden otra cosa más que algún deleite ó alegría espiritual, y en solo esto ponen la suma de todos sus deseos, parresciéndoles que por ser el deleite espiritual está ya todo canonizado y que no puede haber peligro donde el deleite no es de carne: y no miran que también puede tener su lugar (como dice un doctor) el amor proprio, y la gula espiritual, y el avaricia, y otros semejantes apetitos, y por ventura tanto más cuanto son mayores estos deleites y más para desear. Á lo menos es cierto que muchas veces la raíz de todo esto suele ser amor proprio, el cual siempre tiene ojo á su interese, ora sea en esta materia, ora en aquélla, sino que en aquélla hay mayor culpa y menor engaño, porque el deleite es más torpe, mas en ésta, si no hay culpa en el deseo, puede haber engaño en la opinión, cuando el hombre por esta causa se tiene en más de lo que es.

Y si por ventura me dijeres que no son muchos los que desta manera se engañan, porque ninguno habrá tan ciego que solo esto pretenda en el ejercicio de sus oraciones y estudios, á esto te respondo que antes creo que son muy muchos los que en esta parte viven engañados, porque por experiencia vemos que muchas destas personas son muy continuas en estos estudios y ejercicios, á las cuales si se ofresce una obra de caridad ó de obediencia ó de algún trabajo corporal, luego vuelven las espaldas y procuran echarlo á puertas ajenas: lo cual es manifiesta señal de que no buscaban puramente el beneplácito y contentamiento de Dios, pues ofreciéndoseles materia de mayor servicio y contentamiento suyo, dejan de acudir á esto por acudir á lo que es más á su contentamiento, como si no fuese agradable á Dios sino lo que es agradable al hombre, siendo por la mayor parte lo contrario, que lo que menos agrada al hombre, eso agrada más á Dios.

Los que desta manera sirven y aman á Dios, aún no del todo han recebido espíritu de hijos, sino de siervos, y así más se pueden llamar mercenarios que hijos, pues su principal intento es el interese. Por cierto, Señor, muy injurioso es á tu bondad el que desta manera te ama, y no ha conoscido lo que tú vales y lo que eres el que en este partido busca otra cosa fuera de ti. Á lo menos es cierto que el que desta manera te ama, no te ama con amor puro y casto, cual es el de la esposa al esposo, sino con amor doblado y adulterino, cual es el de las mujeres públicas, que más respecto tienen al interese ó al deleite que á la persona que aman. Pues ¿qué cosa puede ser más injuriosa que amar á Dios con tal amor?

De aquí también nasce otro engaño muy principal, que es (como ya dijimos) hacer mucho caso de los ejercicios de la oración, y ninguno de la mortificación. Porque como en lo uno haya deleite y en lo otro desabrimiento, el corazón humano, amigo de lo uno y enemigo de lo otro, abraza lo que le deleita, y desecha lo que le atormenta. Y de aquí nasce que veréis á muchos acudir con todo cuidado á los sermones y misas, y rezar muy largas coronas de Pater nostres y Ave Marías, y confesar y comulgar muchas veces, y holgarse de hablar y oír hablar de Dios, y de conversar con personas espirituales y virtuosas, y con todo esto están muy enteros en su ira, y en su cobdicia, y en sus pundonores, y en hacer su propria voluntad, y en no perder un punto de

su derecho, ni querer dar á torcer su brazo, ni dejarse hollar de nadie. Huelgan de comer y beber y vestir y tratarse muy bien, y con todo esto quieren gustar y regalarse con Dios. De donde nasce que si alguna vez en la oración no hallan aquel gusto y dulzura que deseaban, luego se congojan y pierden la paciencia, y lloran porque no lloraron, no lágrimas de devoción, sino de desgusto y impaciencia. Y los tales que por esta causa lloran, no lloran por verse llenos de ira y de soberbia y de avaricia y de amor proprio y de otros vicios, y vacíos de humildad, caridad y de otras virtudes mucho más necesarias que todas aquellas lágrimas.

Y llega este negocio á tanto, que algunos de éstos que tanto caso hacen desta su devoción, no lo hacen de la verdadera justicia y de muchas cosas á que por ley divina son obligados. Á los cuales paresce que el día que no oyeron misa ó que no cumplieron con las devociones de su calendario, que no pueden dormir ni comer con sabor: y con todo esto pueden dormir con las arcas llenas de vestiduras trasdobladas y dineros ociosos habiendo tantos pobres desnudos, pueden dormir con las consciencias entrampadas y llenas de deudas y marañas, pueden dormir teniendo de muchos años quitada la habla á sus prójimos con escándalo común del pueblo, y pueden también dormir sin cumplir con las obligaciones de sus estados y de su casa y familia. Y si alguna vez se les ofresce ocasión de entender en alguna obra déstas, mayormente si tiene anejo algo de trabajo, luego le dan de mano y se despiden della diciendo que se les derrama y distrae allí el corazón, y que así no pueden después estar devotos y recogidos en la oración, no mirando que esto es dejar la cabeza por los pies, pues en más estiman el recogimiento del corazón, que dispone para la oración, que la obediencia de la ley de Dios, para la cual dispone la misma oración. Éstos no deben haber leído aquellas palabras del Salvador que dice (1): No todo aquél que me dice, Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hiciere la voluntad de mi Padre que está en ellos.

Esta devoción sin fundamento de justicia es uno de los mayores engaños que en este camino puede haber, y más universal, porque de todo en todo destruye la orden de la vida espiritual:

(1) Matth. 7.

porque como el fin desta vida sea el cumplimiento de la ley de Dios, y el medio para conseguir este fin sea la oración (como ya dijimos) pervertida esta orden, y hecho del fin medio y del medio fin, todo queda pervertido. Y pluguiese á Dios no hobiese muchos engañados en esta parte: mas pienso yo que así como es muy universal el reino del amor proprio, así es también muy general esta pestilencia que nasce dél, y aunque en unas partes reinará más que en otras, pero apenas hay quien del todo esté libre della.

Y no piense nadie que esta doctrina es contraria á la que arriba dimos contra las ocupaciones demasiadas, porque aquélla era contra los que del todo dejan la oración por entregarse á las ocupaciones exteriores, mas ésta es para curar el extremo contrario de los que del todo dejan toda manera de ocupaciones, aunque sean necesarias, por no faltar en el ordinario de sus oraciones. Y lo uno y lo otro es extremo, del cual siempre huye la virtud, que está en el medio. Porque ni han de ser tantas las ocupaciones que ahoguen la oración, ni se ha de tener en tanto la oración que por ella deje el hombre de acudir á las cosas de virtud y obligación.

Por aquí también se descubre otro mayor y más subtil engaño que los pasados, que es medir el hombre su aprovechamiento por los sentimientos que tiene de Dios, y no por las virtudes que ha alcanzado. Porque hay algunas personas (y pluguiese á Dios no fuesen muchas) que por tener algunas lágrimas ó algunas consolaciones espirituales (que á su parescer no tienen los otros) se juzgan por mejores y más espirituales que ellos, y á veces vienen á despreciarlos como á hombres carnales y sensuales que no gustan ni sienten de Dios. Y paresciéndoles que aquella blandura de corazón que ellos tienen es cierta señal de la divina gracia, vienen á asegurarse y aun á ensoberbescerse con ella, diciendo aquellas palabras que la madre de Sansón decía á su marido para quitalle el temor que tenía de haber visto el ángel (1): Si el Señor nos quisiera matar, no recibiera este sacrificio de nuestras manos.

Los tales debrían considerar que estas consolaciones y sentimientos de Dios no son la misma virtud, sino instrumentos y

(1) Judicum 13.

ayudas para la virtud. De manera que son para la virtud lo que las espuelas para el que camina, las armas para el que pelea, los libros para el que estudia, y las medicinas para el que se cura. Pues ¿qué aprovechan las espuelas, si el caminante es perezoso? ¿Qué las armas para el que pelea, si es cobarde? ¿Qué los libros al que estudia, si nunca los abre? ¿Qué las medicinas al que se cura, si no consigue la salud que desea?

Antes todas estas cosas son para mayor condenación al que no usa bien dellas, porque tendrá de qué dar más estrecha cuenta. Porque si sólo tener conoscimiento de Dios y no usar bien dél es una circunstancia que hace la causa del negligente muy más grave, como toda la Escriptura clama, ¿qué hará el gusto y sentimiento de Dios y las consolaciones del Espíritu Sancto, que habían de bastar para hacernos ángeles? Si el que recibió cinco talentos para granjear con ellos, los atara en un trapo como el que recibió uno, y los dejara estar ociosos, ¿cuánto mayor castigo recibiera que el que no granjeó con aquel uno solo que había recebido?

Si un padre de familia cogiese una docena de peones para cavar su viña, y los llevase primero á almorzar á su casa, y después de muy bien almorzados, en lugar de ir á la viña se fuesen á pasear á la plaza, ¿no harían grande ofensa y burla al que los había cogido? Pues ¿qué es esta refección espiritual que Dios da á los suyos mediante el uso de la oración y sacrificios, sino un almuerzo con que los quiere prevenir y esforzar para que vayan á cavar y trabajar á su viña? ¿No es éste pan de trabajadores? ¿No es éste viático y provisión de caminantes? Pues si acabando yo de tomar esta refección no curo más del trabajo, y aun con todo eso pienso que me queda Dios debiendo por lo que dél comí (quedándole yo debiendo el trabajo de la comida) ¿cómo no seré engañador y burlador de su Majestad? Porque si el hombre (ya que se alza á mayores con la hacienda ajena) conosciese su hurto y se humillase por él, menos mal sería: mas que sobre todo esto venga á creer de sí que por aquello es mejor que los otros, siendo mayor ladrón que ellos, éste es engaño sin comparación mayor. De donde nasce aún otro mal, que los que á este estado han llegado, vienen á hacerse incorregibles y despreciar el consejo de los otros. Porque ni hay quien se atreva á corregir á los que por defuera dan tan grande muestra de sanctidad, ni ellos sufren

ser corregidos de nadie, porque les paresce que exceden en virtud á todos los que no sienten lo que ellos sienten. De lo cual todo se infiere muy claro cuán poca razón tengan los hombres para estimarse en algo por esta causa, teniendo más razón para temer que para presumir por ella. Y para mayor conoscimiento desto es de notar que estas consolaciones y deleites espirituales pueden proceder de una de tres causas. Porque unas veces (como ya dijimos) proceden del Espíritu Sancto, que por esta vía nos quiere destetar de los pechos del mundo y esforzarnos para los trabajos de la virtud. Otras veces proceden de la misma nobleza de los estudios y materias en que tratamos y pensamos, cuales eran los deleites de los filósofos cuando contemplaban la variedad, hermosura y artificio de las obras criadas, y por aquí subían á la contemplación de Dios y de las substancias separadas, en la cual (como dice Aristóteles) se hallan mayores deleites, aunque sea menos lo que dellas se alcanza. Y así hay agora algunos que contemplando en las obras de Dios, así de naturaleza como de gracia, ó leyendo las Escripturas sanctas y doctores sanctos, sienten grande gusto y suavidad, porque las cosas en que piensan y leen, así como son altísimas y nobilísimas, así son dulcísimas y poderosísimas para causar todo deleite Mas si no hay más que solo deleite (como algunas veces suele acaescer) todo esto es natural y no sube de las tejas arriba, ni basta para dar salud. Hay también algunas personas (como dice un doctor) que naturalmente tienen un afecto dulce y suave para con el summo bien, que es Dios. Mas éstos (dice él) no se engañen, creyendo que tanto tienen de caridad cuanto de dulzura y suavidad, porque tanto tiene cada uno desta virtud cuanto se niega por Dios, y no más Porque como dice S. Gregorio, el amor de Dios no está ocioso, antes obra grandes cosas, si es verdadero amor: mas si deja de obrar, no es amor. Otras veces también acaesce venir estos deleites por obra del espíritu malo, el cual por esta vía quiere engañar y ensoberbescer los hombres, haciéndoles en creyente que son algo, ó asegurarlos en algunos errores y falsedades, como lo hace con los herejes, á los cuales da grande suavidad en la lición de las Escripturas sagradas, y aun grande lumbre y conoscimiento de los secretos dellas, para tenerlos con estas prendas más presos y seguros en sus engaños Y lo mismo hace con algunos cristianos, para hacerlos (como dije) más soberbios y menos subjectos al

consejo de otros, para que así vengan á ser del todo incorregibles.

Pues siendo esto así, bien se ve que de doquiera que procedan estas consolaciones no tiene el hombre razón para tenerse en algo por solas ellas. Porque si vienen por parte del Espíritu Sancto, no tiene por qué presumir, sino por qué temer la cuenta que dellas le han de pedir, como ya está dicho. Mas si proceden de la naturaleza de las cosas y son puramente naturales, cuales eran las de los filósofos, no tiene por qué hacer caso de lo que no es mérito ni demérito, sino sola naturaleza. Pero si por caso fuesen procuradas por el demonio, aquí hay mucho más por qué el hombre debe temer, como quien anda en los cuernos del toro, ó como sería razón que temiese el ave cuando está dentro del cebadero del cazador, donde ve el cebo y no el lazo que le está armado. De manera que en lo uno no hay de qué presumir, y en lo otro hay mucho por qué temer.

Del remedio contra todos estos engaños.

Pues el que quisiere librarse de todos estos engaños, ponga por último fin de todos sus trabajos y ejercicios el cumplimiento de la ley de Dios y de su sancta voluntad y la mortificación de la suya propria, y aprovéchese de la dulzura de la oración para templar el amargura deste cáliz: y cuanto más bebiere dél, tanto se tenga por más aprovechado, y cuanto menos, menos. Y especialmente mire cuánto cresce cada día en humildad así interior como exterior, cómo sufre las injurias de los otros, cómo sabe dar pasada á las flaquezas ajenas, cómo acude á las necesidades de sus prójimos, cómo se compadesce y no se indigna contra los defectos dellos, cómo sabe esperar en Dios en el tiempo de la tribulación, cómo rige su lengua, cómo guarda su corazón, cómo trae domada su carne con todos sus apetitos, cómo se sabe valer en las prosperidades y adversidades sin levantarse en las unas ni dejarse caer en las otras, cómo se repara y provee en todas las cosas con gravedad y discreción, y sobre todo esto mire si está muerto el amor de la honra y del regalo y del mundo con todos los otros afectos semejantes, y según lo que en esto ho-

biere aprovechado ó desaprovechado, así se juzgue, y no según lo qne siente ó no siente de Dios.

Pues por esto el que desea acertar este negocio, no se ha de contentar con tener ojo á sola oración, sino antes el un ojo (y más principal) ha de tener en la mortificación, y el otro en la oración, y desta manera ayudándose de lo uno para lo otro, podrá salir con todo junto. Porque de otra manera ni la oración aprovecha sin la mortificación, ni la mortificación es posible alcanzarse sin el socorro de la oración. Porque estas dos virtudes son como dos fieles hermanas, que una ayuda á otra en todo lo que se ha de hacer.

Las cuales dos virtudes singularmente fueron figuradas en aquellos dos altares que había en el templo de Salomón, uno en que siempre se ofrescía sacrificio, y otro en que no se ofrescía más que solo encienso. Por el altar del sacrificio (donde cada día se mataban diversos animales) se entiende la mortificación, que tiene por oficio sacrificar y cortar las cabezas de todos nuestros apetitos sensuales, y por el del encienso la oración, la cual á manera de encienso se derrite en el altar de nuestros corazones con el fuego del divino amor, y así sube hasta los cielos y despacha nuestros negocios con Dios. Por lo cual, el que desea ser desta manera templo vivo de Dios, trabaje por tener dentro de su ánima estos dos altares, el uno en la parte superior della, donde siempre esté humeando el encienso de sus oraciones y meditaciones, cumpliendo aquello del Psalmista, que dice (1): El pensamiento de mi corazón siempre está delante tu acatamiento: y el otro en la parte inferior della, donde esté siempre ofresciendo sacrificio de todos nuestros deseos y aficiones, cumpliendo aquello del Apóstol que dice (2): Mortificad vuestros miembros que están sobre la tierra, que son fornicación, deshonestidad, lujuria, codicia y avaricia con todo lo demás. Ésta es aquella mirra y encienso de que habla el esposo en los Cantares cuando dice (3): Yo iré al monte de la mirra y al collado del encienso, porque así como por el encienso se entiende la oración, así también por la mirra la mortificación, la cual por una parte es amarguísima á nuestro gusto, y por otra de suavísimo olor y precio delante Dios. Y no sin misterio se atribuye al monte la mirra y al collado el encien-

(1) Psalm. 18. (2) Col. 3. (3) Cant. 4.

so, sino por ventura para dar á entender la ventaja que hace la mortificación á la oración así en la dificultad como en la dignidad. Porque así como la mortificación es más dificultosa que la oración, así es más excelente y más necesaria. Y también así como el collado es camino y medio para subir al monte, así la oración lo es para la mortificación.

Por donde el siervo de Dios ha de tener este aviso, que cuando más favorescido se viere en la oración, y con mayores deleites, entonces se ha de ceñir y aparejar para mayores trabajos, considerando cuánto es razón que se padezca por un Señor que así lo trata, y entendiendo que aquellas mismas consolaciones que le envía, son refrescos que le da para entrar en la batalla. Cosa es por cierto muy para notar ver que al tiempo que el Salvador se había transfigurado en el monte, donde su cara resplandesció como el sol, y sus vestiduras se pararon blancas como la nieve, que allí en medio de tantas alegrías se tratase de los trabajos que había de padescer en Hierusalén (1). ¿Qué tiene que ver el negocio de la pasión con el misterio de la transfiguración? Si la música en el llanto viene fuera de propósito, ¿cómo no lo vendrá también el llanto en la música y alegría? Así lo es por cierto en las fiestas del mundo, mas no en las fiestas de Dios, donde las consolaciones se dan para llevar trabajos, y donde el alegría dispone para la tristeza, y el descanso para el tormento, y la transfiguración para la cruz. Por donde todas las veces que el siervo de Dios se viere consolado, téngase por citado y emplazado para alguna nueva batalla: y así como con estos favores le obligan á padescer, así piense que lo llaman á padescer. Y por tanto, así como el cuidadoso caminante cuando entra en la venta á almorzar, por una parte está almorzando y por otra está trazando lo que le queda por caminar, y estando con el cuerpo en la venta, con el corazón está ya puesto en el camino, así también el siervo de Dios cuando se llegare á la oración, por una parte ha de estar allí gustando de Dios, y por otra echando los ojos adelante y trazando los trabajos que salido de allí le conviene padescer por amor de Aquél que así lo trata y que no quiere que le coma nadie el pan de balde.

La suma pues deste negocio sea que ante todas cosas escribamos en nuestros corazones aquellas palabras del Salvador que

(1) Luc. 9.

dicen (1): El que quisiere venir en pos de mí, niegue á sí mismo y tome su cruz, y sígame. Y porque esta cruz no se puede llevar sin las fuerzas y alegría de la oración, para esto nos entreguemos del todo á esta virtud como á una fidelísima guía y principalísimo medio que nos llevará á este fin. Y para este propósito no se reprueba, sino antes se concede, que deseemos y procuremos las consolaciones espirituales, no para descansar en ellas, sino para tomar huelgo y aliento con que podamos subir hasta lo alto deste glorioso monte. Porque desta manera las deseaba y pedía el Profeta cuando decía (2): Alegra, Señor, el ánima de tu siervo, porque á ti levanté mi corazón. Y en otro lugar (3): Sea llena mi ánima de la grosura de la devoción, y así te alabaré con labios de alegría.

Pues desta manera y para este fin se debe el hombre aprovechar de las consolaciones divinas, no para sólo deleitarse en ellas, sino para más trabajar con ellas, como lo hacía aquella sancta ánima que decía (4): Consideró las sendas de su casa, y no comió el pan de balde.

Segundo aviso: que no se deseen visiones ni revelaciones.

§ II

De lo dicho también se infiere que si no debemos desear consolaciones y deleites espirituales para sólo parar en ellos, mucho menos debemos desear visiones, ó revelaciones, ó arrebatamientos y cosas semejantes, porque esto es evidentísimo principio para todas las ilusiones del enemigo. Y no tenga el hombre miedo de ser en esta parte desobediente á Dios, si del todo cerrare las puertas á este género de negocios, porque cuando Él quiere revelar algo, Él lo sabe descubrir de tal manera que no le quede al hombre ningún lugar de dubdar, como vemos que lo hizo con el mozo Samuel (5), que una vez y otra y otra lo llamó y le dijo lo que quería, de tal manera que no le quedó al Profeta ningún escrúpulo ni dubda de la embajada.

(1) Luc. 9. (2) Psalm. 85. (3) Psalm. 62. (4) Prov. 31. (5) I Reg. 3.

Tercero aviso:
de no descubrir á nadie los favores y mercedes de Nuestro Señor.

§ III

También conviene aquí avisar que se debe tener mucho secreto en callar los favores y regalos que el Señor algunas veces suele hacer á los suyos en la oración. En lo cual va tanto que (como Sant Bernardo dice) el varón devoto ha de tener escriptas estas palabras en las paredes de su celda: mi secreto para mí, mi secreto para mí (1). Y del bienaventurado Sant Francisco se escribe que era tan recatado en esta parte, que no sólo no se atrevía á descubrir á otros los favores y regalos que Dios le hacía, sino que también cuando salía de la oración, usaba de tal disimulacióny templanza así en sus palabras como en toda la compostura de su cuerpo, que no se pudiese echar de ver lo que traía dentro del corazón.

Contra lo cual hacen muchos que luego les sale á borbollones la devoción por la boca, y no se pueden contener sin dar grandes muestras con gemidos y sollozos de lo que sienten. Lo cual (como dice un doctor) no procede de la grandeza de su devoción, sino de la pequeñeza de su corazón, como suele acaescer á los niños cuando les dan algún vestido ó calzado nuevo, que no se pueden contener sin que luego lo vayan á mostrar á los otros sus compañeros. Y mientra más descubren estas cosas, más ayunos y vacíos quedan de dentro: porque así como el fuego y las cosas olorosas mientra más encerradas están, más conservan su calor y su olor, así también lo hace en su manera la devoción y el amor de Dios.

Otros hay también que so color de caridad, aunque con secreto peligro de liviandad, bosan luego todo lo que sienten de Dios, no mirando que con mayor secreto debrían encubrir los bienes que tenemos, por el peligro de la vanagloria, que los males que hecimos, por el temor de la infamia.

Pues por estas causas conviene tener todo secreto en aquellas

(1) Isai. 24.

cosas que sabidas nos podrían ser ocasión de alguna vanidad y peligro: lo cual manifiestamente nos quiso encomendar el Salvador, pues tanto silencio mandó tener así en el misterio de su gloriosa transfiguración como en otros milagros, lo cual nos consta que hacía Él no por su peligro (pues no lo había) sino por nuestro ejemplo. Al cual imitando nuestro glorioso Padre Sancto Domingo, habiendo hecho un clarísimo milagro en un muerto que resuscitó, y diciéndole un cardenal que sería bien publicarlo para honra de Dios y ensalzamiento de su fe, respondió que en ninguna manera tal consentiría, y que antes se pasaría á tierras de infieles que tal consintiese. Y estando tan lejos de ensoberbescerse el que tan claramente conoscía que aquello era obra de Dios, todavía ó por su humildad ó por nuestro ejemplo quiso que se guardase tanto este secreto, recelando como verdadero humilde su peligro, y proveyendo como piadoso padre á nuestro ejemplo.

Cuarto aviso: del temor y reverencia con que debemos estar en la presencia del Señor.

§ IV

También debe el hombre estar avisado de tratar con Dios en la oración con la mayor humildad y reverencia que sea posible, de manera que nunca el ánima ha de estar tan regalada y favorescida de Dios, aunque se vea en tal estado que pueda ya decir con la Esposa en los Cantares (1): La siniestra suya está debajo de mi cabeza, y con su diestra me abrazará, que no vuelva los ojos hacia dentro, y haga reflexión sobre su vileza, y encoja sus alas, y se humille y tiemble delante de tan grande Majestad. Esto es lo que el Profeta nos aconseja diciendo (2): Servid al Señor con temor, y alegraos á él con temblor. Nueva cosa es por cierto la que aquí se nos demanda, que es alegría con temblor: mas lo uno y lo otro es necesario cuando nos llegamos á tratar con un Señor de tan grande bondad y majestad, y cuanto el ánima fuere más pura, tanto será esta humildad más agradable (3),

(1) Cant. 2. (2) Psalm. 2. (3) Eccli. 26.

porque (como está escripto) gracia sobre gracia es la mujer sancta y vergonzosa.

Y no piense el hombre que se amortiguará por aquí el fuego del amor con el afecto del temor, porque antes esto es echar agua en la fragua para hacer que arda más la llama. Porque cuando el ánima por una parte considera la inmensidad de la grandeza de Dios, y por otra el abismo de su vileza, cuanto más se espanta de la distancia destos dos extremos, tanto se maravilla más de tan incomprehensible bondad que así se inclina y condesciende á querer tener sus deleites con tan pobre criatura. Y con esto, así como cresce la admiración de la divina bondad, así también cresce el amor y el alegría y el agradescimiento de tan grande beneficio, con todos los otros fructos y movimientos del Espíritu Sancto, el cual suele siempre reposar en las tales animas, como Él mismo lo significó por Isaías diciendo (1): ¿Sobre quién reposará mi espíritu sino sobre el humilde y manso y que tembla de mis palabras? Esto es espiritualmente asentarse en el más bajo lugar del convite, como lo aconseja el Salvador en el Evangelio, porque luego viene el señor del convite, y dice al convidado (2): Amigo, subid más arriba, porque todo aquél que se humillare será ensalzado, y el que se ensalzare, humillado. Y si este comedimiento es así gratificado entre los hombres, mucho más lo será en el acatamiento de Dios, cuya condición es resistir siempre á los soberbios y dar gracia á los humildes.

Quinto aviso: de cómo algunos tiempos se debe el hombre alargar más en los ejercicios de la oración.

§ V

Dijimos también arriba que el siervo de Dios debe tener cada día sus tiempos señalados para vacar á Dios, como los tenía el profeta Daniel, de quien dice la Escriptura que tres veces al día, puestas las rodillas en tierra, hacía oración (3), como arriba dijimos: y lo mismo da á entender que hacía el rey David, cuando dice (4): A la tarde y á la mañana y al mediodía predicaré y

(1) Isaiae 66. (2) Luc. 14. (3) Dan. 6. (4) Psalm. 54.

anunciaré, y Él oirá mi oración. Mas agora añadimos que allen de deste ordinario de cada día debe el hombre desocuparse á tiempos de todo género de negocios, aunque sean sanctos, para entregarse del todo á los ejercicios de la oración y meditación, y dar á su ánima un abundante pasto con que se repare lo que se gasta con los defectos de cada día, y se cobren nuevas fuerzas para pasar adelante. Porque así como los hombres del mundo demás de la refección de cada día tienen también sus fiestas extraordinarias y sus banquetes, en que suelen exceder lo ordinario, así también conviene que los justos demás de la ración cuotidiana tengan sus fiestas y banquetes espirituales, donde sus ánimas no coman por tasa (como los otros días) sino antes sean llenas y embriagadas de la dulzura de Dios y de la abundancia de su casa.

Vemos que la naturaleza no se contenta con el roscío que cae todas las noches sobre la tierra, sino que también á veces llueve toda una semana y dos sin cesar, porque así es necesario que á sus tiempos sean los cielos tan liberales con la tierra, y que la dejen tan empapada en agua, que no basten los soles y aires que después hicieren para secarla. Pues así también conviene que nuestras ánimas demás del común roscío de cada día tengan algunos tiempos señalados, en los cuales no hagan otra cosa nuestros ojos sino llorar lágrimas de devoción, con las cuales queden tan llenas de la virtud y jugo del Espíritu Sancto, que no basten todas las tribulaciones y torbellinos del mundo para secarlas.

Y como quiera que éste sea un consejo muy loable en todos tiempos, y especialmente en los días y fiestas principales del año, mas en los tiempos de tribulaciones y trabajos, ó después de algunos caminos largos y negocios de mucho distraimiento, es tan necesario como el regalo y buen tratamiento del cuerpo después de una larga enfermedad. Porque de otra manera no podrá el hombre volver sobre sí ni restaurarse, si no toma tanto tiempo para volver al camino cuanto gastó en desviarse dél, especialmente constándonos que la devoción es la cosa del mundo que con mayor facilidad se pierde y que con mayor dificultad se halla, después de perdida, como arriba se trató.

Este aviso apenas se puede explicar de cuánto provecho sea, porque sin dubda muchas veces podrá ser que se alcancen mayo-

res dones y gracias en una temporada déstas, que con el trabajo de muchos días, pues según doctrina de teólogos mucho más ayuda para acrescentar el hábito de la caridad una obra heroica y un acto muy intenso, que muchos flojos y remisos. Y si esto ha lugar en los actos de las otras virtudes, mucho más en la oración, la cual principalmente negocia con Dios más por vía de misericordia que de justicia, y así puede ser tal y tan profunda que se alcance más por ella en un día que por las remisas de muchos años. Tal fué la oración de Sara, mujer de Tobías el menor, de quien dice la Escriptura que tres días y tres noches perseveró en la oración, y que al tercero día, sintiendo que su oración había sido recebida en el acatamiento de Dios, comenzó á darle gracias por su liberación (1). Y es de creer que muchas veces habría hecho oración sobre aquella misma demanda (pues es costumbre de los justos acudir á Dios en todas sus tribulaciones) mas entonces señaladamente se dice que fué oída, cuando la instancia y perseverancia de tan largo espacio le dió fuerzas y calor para subir hasta Dios.

Ana también, madre de Samuel, por otra injuria semejante hizo oración á Dios con tan grande fervor y devoción, que el sacerdote Helí, viendo los gestos que hacía con los labios y con el rostro, creyó que estaba tomada del vino, y como á tal le mandaba que se fuese del templo (2). Mas cuanto su oración fué más vehemente, tanto fué más eficaz para alcanzar lo que pedía, y de allí se levantó tan consolada y segura, que nunca más perdió la confianza de lo que deseaba, hasta que vió cumplido su deseo.

De Alejandro también, obispo de Alejandría, se escribe en la Historia Eclesiástica que habiéndole señalado los arrianos un día aplazado en que había de recebir á Arrio á la comunión de la Iglesia, el sancto varón estuvo toda aquella noche par del altar encomendando á Dios con lágrimas y sospiros la causa de su Iglesia: y ya el alba era venida, y Alejandro no se partía de la oración, perseverando en la misma demanda y diciendo: Juzga, Señor, entre mí y las amenazas de Eusebio y la potencia de Arrio. Y á la mañana cuando Eusebio, alférez de los herejes, venía con toda su capitanía, y todo el mundo estaba suspenso esperando qué fin habían de tener, ó la constancia de Alejandro, ó la

(1) Tob. 3. (2) I Reg. 1.

soberbia de Eusebio, viniendo Arrio con gran muchedumbre de sus parciales, forzado por necesidad natural, se apartó á un lugar secreto, donde sentado para cumplir su menester, echó las tripas y las entrañas del cuerpo, y desta manera en el mismo lugar expiró con digna muerte de su blasfema y hedionda ánima.

He dicho todo esto para declarar el grande fructo que se sigue de las oraciones profundas y largas, las cuales suelen aun llevar más pólvora cuando proceden de algunas tribulaciones ó tentaciones semejantes, porque éstas aguzan y despiertan el corazón del que ora, y le hacen dar mayores alaridos, como los daba aquel Sancto que decía (1): Trabajé dando voces, mi garganta se enronqueció, y desfallecieron mis ojos esperando en mi Dios. Sabido he yo de muchas gracias y mercedes que se han concedido por esta vía, y tengo para mí por cierto que las más dellas por aquí se alcanzan. Y por esto no hay necesidad de gastar más palabras en este aviso, porque bastará para ello la experiencia del que así perseverare: por la cual verá cuánto se adelanta por aquí en este camino, y cuánto fructo se saca.

Sexto aviso: de la discreción que se debe tener en estos ejercicios.

§ VI

Algunos hay también que tienen poco tiento y discreción en sus ejercicios, cuando les va bien con Dios: á los cuales su misma prosperidad viene á ser ocasión de su peligro. Porque hay muchos á quien paresce que se les da la gracia á manos llenas, los cuales como hallan tan suave la comunicación del Señor, entréganse tanto á ella, y alargan tanto los tiempos de la oración y las vigilias y asperezas corporales, que la naturaleza no pudiendo sufrir á la continua tanta carga, viene á dar con ella en tierra. De donde nasce que á muchos vienen á estragarse los estómagos y las cabezas, con que se hacen inhábiles, no sólo para

(1) Psalm. 68.

los trabajos corporales, sino también para esos mismos ejercicios de la oración.

Por lo cual conviene tener mucho tiento en estas cosas, mayormente en los principios, donde los fervores y consolaciones son mayores, y la experiencia y discreción menor, para que de tal modo tracemos la manera del caminar, que no faltemos á medio camino.

Y por aquí se responde á una dubda grave que mueve Sant Buenaventura sobre lo que deben hacer los que por una parte son muy favorescidos y visitados de nuestro Señor en estos ejercicios, y por otra se ven faltos de salud y fuerzas para perseverar en ellos. Porque por una parte paresce que no se debe cerrar la puerta á la gracia que Dios ofresce, ni resistir á sus llamamientos, y por otra, que se debe también tener respecto á la necesidad natural y á la flaqueza del cuerpo. Á lo cual responde el el mismo Sancto, aunque con mucha humildad y temor, diciendo que más convenible cosa paresce amar y gozar de Dios á la continua, aunque no sea con tanto calor y vehemencia, que gozar agora dél á manos llenas, poniéndose á peligro de venir después á enfriarse y perderlo todo. Porque por experiencia hemos visto á muchos (dice él) que después que por esta vía han perdido la salud, se regalan mucho y se compadescen demasiadamente de sí mismos, y que finalmente vienen á vivir, no sólo más delicadamente, sino más disolutamente. Y por excusar este inconveniente, mejor es ir cada día procediendo de menos á más hasta llegar á la perfección, que venir de más á menos hasta llegar á la disolución. Porque como está escripto, la hacienda que se gana apresuradamente, descrescerá: mas la que se va cogiendo poco á poco, multiplicarse ha (1).

Por do paresce cuán necesaria nos sea la virtud de la discreción, no sólo para proveer en este inconveniente (que es muy grande y muy común) sino también para otros muchos. Para lo cual conviene pedir siempre al Señor su luz con toda humildad y perseverancia, diciendo con el Profeta (2): Enderézame, Señor, con tu verdad, y enséñame lo que debo hacer, porque tú eres Dios mi Salvador, y en ti esperé todo el día.

Otro extremo contrario es el de los regalados, que so color de

(1) Prov. 13. (2) Psalm. 24.

discreción hurtan siempre el cuerpo á los trabajos: el cual aunque en todo género de personas sea muy dañoso, mucho más lo es en los que comienzan, porque como dice S. Bernardo, imposible es que persevere mucho en la vida religiosa el que siendo novicio es ya discreto, y siendo principiante quiere ser prudente, y siendo aun nuevo y mozo comienza á tratarse y regalarse como viejo. Mala señal es que el mosto esté ya acedo en el lagar, y que el niño al tiempo que nasce tenga todos sus miembros y coyunturas muy distinctas y señaladas, porque esto suele amenazar flaqueza para adelante.

Y no es fácil de juzgar cuál destos dos extremos sea más peligroso, sino que la indiscreción (como dice Gersón) es más incurable: porque mientra el cuerpo está sano, esperanza hay que podrá haber remedio, mas después de ya estragado con la indiscreción, mal se puede remediar.

Séptimo aviso: de cómo debemos trabajar no en sola la oración, sino también en todas las otras virtudes.

§ VII

Otro peligro hay también en este camino, y por ventura mayor que todos los pasados, el cual es que muchas personas después que algunas veces han experimentado la virtud inestimable de la oración, y visto por experiencia cómo todo el concierto de la vida espiritual depende della, parésceles que ella sola es el todo, y que ella sola basta para ponerlos en salvo, y así vienen á olvidarse de las otras virtudes y aflojar en todo lo demás. De manera que cuanto más profundamente enderezan sus cuidados á sola esta virtud, tanto más se descuidan en las otras: y así, guardando con demasiada diligencia la parte más principal del cuerpo, descubren las otras al enemigo. De donde también procede que como todas las otras virtudes ayuden á esta virtud, faltando el fundamento, también falta lo fundado: y así, mientra más el hombre estima y procura esta virtud, menos puede salir con ella. Porque es cierto que así como la oración dispone para la mortificación (según que arriba se declaró) así también la misma mortificación y todas las otras virtudes disponen para la

oración, y así no se puede hallar lo uno sin lo otro. Si no, dime, ¿qué manera de oración puede haber, si no hay diligente guarda en el corazón, y en la lengua, y en los ojos, y en todos los otros sentidos interiores y exteriores? ¿Qué oración puede haber, si el cuerpo está lleno de mantenimiento, y el ánima de cuidados y deseos del mundo? Por donde vanamente trabaja quien pretende alcanzar una virtud sin las otras, porque es tan grande la coligación que hay entre ellas, que ni una se puede hallar sin todas, ni todas sin una.

Por do paresce que todo este negocio es muy semejante al artificio de un reloj muy concertado, en el cual es tan grande la conexión y dependencia que hay de las unas ruedas á las otras, que no sólo una que pare, mas un solo punto que se embarace, basta para embarazarlo todo. Y así como suelen decir que por un clavo se pierde una herradura, y por una herradura un caballo, y por un caballo un caballero, así también suele acaescer aquí muchas veces que por un muy liviano descuido se viene á perder toda la hora del ejercicio y todo el bien que dél se pudiera seguir. ¡Cuántas veces acaesce que si al tiempo que el hombre se levanta por la mañana, se descuida en la guarda de su corazón y da lugar á algún pensamiento ó cuidado congojoso, que después ni lo pueda sacudir de sí, ni estar con sosiego en la oración de aquella hora! De donde nasce que desconcertada la oración de la mañana (que es como el registro y concierto de todo el día) venga todo aquel día á desconcertarse, y suceder mal todas las cosas en él. De donde también se sigue que como la oración de la mañana dispone para la de la noche, y la de la noche para la de la mañana, desconcertada la una, luego es desconcertada la otra, y de ahí todo lo demás. Y después que queda todo el reloj desarmado, para tornar á concertarlo es menester trabajar de nuevo, en lo cual á veces se pasan muchos días sin poder el hombre volver en sí: y si por caso en este medio tiempo se levanta alguna nueva tempestad, ó alguna nueva ocasión de distraimiento, para la cual convenía que el corazón estuviese más apercebido, ahí os digo yo que es el peligro, y el estrago es mucho mayor. Y mirada bien la semiente de todo este tan largo desbarato, hallaréis ser un pequeño descuido en dar entrada á un pensamiento, no malo, mas no convenible para aquel lugar y tiempo.

Y muchas veces permite nuestro Señor estos acaescimientos para hacer á los suyos más cautos y proveídos en todas las cosas, no sólo en las mayores, sino también en las menores: porque aunque éstas en sí sean pequeñas, no lo son en cuanto disponen para las grandes. Y por esto dice la Escriptura que el que teme á Dios, en nada se descuida, ni en lo poco ni en lo mucho (1): porque lo poco ayuda para lo mucho, y lo mucho no puede conservarse sin lo poco.

Por esto, pues, el siervo de Dios debe poner los ojos, no en una virtud sola, por grande que sea, sino en todas las virtudes: porque así como en la vihuela una sola voz no hace harmonía, si no suenan todas, así una virtud sola no basta para hacer esta espiritual consonancia, si todas no responden con ella.

Y aunque todas (como dije) sirvan para este oficio, pero señaladamente sirve la guarda del corazón y de los sentidos, y la compostura del hombre exterior, y la templanza en el comer y beber, y la medida en las palabras, con todas las otras cosas que arriba dijimos ayudar á la devoción: porque el que en estas cosas se descuidare, nunca podrá tener perfecta oración.

Octavo aviso: de cómo no se han de tomar estos ejercicios como cosa de arte, sino con grande humildad y confianza en Dios.

§ VIII

AQUÍ también conviene avisar que todas estas cosas que hasta aquí se han dicho para ayudar á la devoción, se han de tomar como unos aparejos con que el hombre se dispone para la divina gracia, quitando toda la confianza de sí mismo y de todos sus ejercicios, y poniéndola en solo Dios. Digo esto, porque hay algunas personas que hacen una como arte de todas estas reglas y documentos, paresciéndoles que así como el que aprende un oficio, guardadas bien las reglas dél, por virtud dellas saldrá luego buen oficial, así también el que estas reglas guardare, por virtud

(1) Eccle. 7.

dellos alcanzará luego lo que desea, sin mirar que esto es hacer arte de la gracia, y atribuir á reglas y artificios humanos lo que es pura dádiva y misericordia del Señor.

Y á esto parece ha dado ocasión la mala manera de enseñar de algunos libros espirituales que andan en romance, los cuales de tal manera encarecen sus reglas, y las enseñan, como si solas ellas sin más gracia bastasen para alcanzar lo que desean. De manera que así como un alquimista enseñaría á hacer oro de alquimia diciendo: toma tal y tal material, y dales un cocimiento desta y desta manera, y luego sacarás oro fino, así ellos dicen: haced tales y tales cosas, y decid tales y tales palabras, luego por aquí alcanzaréis el amor de Dios.

Esta es una mala manera de enseñar, y muy ajena del estilo y gravedad de los doctores santos, y muy perjudicial á la honra de la divina gracia: porque pues todo este negocio es gracia y misericordia de Dios, hase de tratar como negocio, no de arte, sino de gracia, porque tratándolo desta manera, sepa el hombre que el principal medio con que para esto se ha de disponer, es una profunda humildad y conocimiento de su propia miseria, con grandísima confianza de la divina misericordia, para que del conocimiento de lo uno y de lo otro procedan siempre continuas lágrimas y oraciones, con las cuales entrando el hombre por la puerta de la humildad, alcance lo que desea por humildad, y lo conserve por humildad, y lo agradezca con humildad, sin tener ninguna manera de confianza ni en su manera de ejercicios ni en cosa suya.

Mas aunque esto sea así, no se excluye por eso la doctrina y aviso de lo que se debe hacer: porque aunque el que planta y el que riega no sean los que hacen crecer las plantas, sino Dios, todavía quiere Él que se planten y se rieguen, para que Él dé el crecimiento. Cierto es que una de las cosas que más requieren guía y consejo en la vida espiritual, y mucho más el negocio de la oración, que así como es más delicado y más divino, así requiere más consejo y aviso; y por esto, así como no conviene enseñarse esto como arte, por no hacer ofensa á la gracia, así conviene darse aviso de todo lo necesario para no errar el camino. Porque por experiencia vemos que algunas personas á cabo de muchos años aprovechan poco en estos ejercicios, y otras que todo el día se les va en rezar infinito número de oraciones vocales sin pa-

rarse jamás á pensar un poquito en Dios, ni aun en aquello mismo que rezan: y así á éstos como á los demás convenía dar esta doctrina, para que sus trabajos fuesen más fructuosos.

Nono aviso: de otra manera de oraciones y meditaciones que tienen los más ejercitados.

§ IX

También es aquí de notar que aquellas meditaciones que señalamos para los días de la semana en el principio deste tratado, principalmente sirven para los que de nuevo comienzan, para que tengan unas como cuerdas á que se puedan asir para andar este nuevo y no sabido camino. Mas después de ejercitados en él, no es necesario que perseveren siempre en esos mismos pasos, sino que acudan á donde el Espíritu Sancto los encaminare, que suele sacar á sus discípulos desta escuela para otras mejores.

Y así unos hay que salen de aquí á la consideración de las perfecciones divinas y de sus grandes maravillas y beneficios, para crecer cada día más con esta consideración en el amor de Aquél que es infinitamente bueno y dadivoso y admirable en todas sus obras. Otros hay que se dan á la meditación de las sanctas Escripturas (que es un piélago de infinitas maravillas) como lo hicieron muchos de los santos doctores, y lo hacían también muchos de aquellos Padres del yermo.

Otros hay que tienen suficiente materia de meditación en las cosas que han pasado por ellos, y que han experimentado en sí y en otros así en obras de gracia como de justicia y juicios de Dios. Porque si el hombre abre bien los ojos y quiere mirarse de pies á cabeza, dende el día de su concepción y nacimiento hasta el tiempo presente, hallará tantas cosas proprias en que pensar, así de los beneficios y providencias de que Dios ha usado con él, como de los peligros que lo ha sacado, y de los favores y regalos que le ha hecho, que tendrá asaz materia en que poderse ocupar. Pues ¿qué diré de los juicios admirables de Dios que cada día acontecen, de las caídas no pensadas de muchos que se tenían por seguros, de los castigos de su justicia, de los milagros de su providencia, y de las obras de su gracia, que cada día vemos en muchos de sus siervos? No esté el hombre asentado como una piedra

sobre otra piedra, sino mire y note todo lo que pasa en este grande mirador y teatro de la casa de Dios, que siempre tendrá nuevas cosas en que pensar.

Otros hay más bien librados, á quien cierra Dios la vena de la especulación, y abre la de la afección, para que sosegado y quieto el entendimiento, repose y huelgue la voluntad en solo Dios, empleándose todo en el amor y gozo del sumo bien. Éste es el estado perfectísimo de la contemplación, á que siempre hemos de anhelar, donde ya el ánima no está en el camino, sino en el término de la jornada, donde ya no busca con la meditación incentivos de amor, sino goza del amor hallado y deseado, y descansa en él como en el término de su inquisición y deseo, diciendo con la Esposa en los Cantares (1): Hallado he al que ama mi ánima, téngolo, no lo dejaré. Aquí con menor trabajo hay mayor gozo y mayor provecho: y porque el trabajo de la meditación es menor, puede ser el tiempo del recogimiento más largo con menos fatiga del cuerpo, y desta manera perseverando Moisén en su oración las manos en alto, viene á continuarse la victoria de la batalla contra Amalec (2).

Décimo aviso: de cómo no convienen estos ejercicios á todo género de personas.

§ X

Mas es de notar que puesto caso que á los principiantes sea cosa muy conveniente ejercitarse en aquellas meditaciones que arriba señalamos por los días de la semana, pero que no es esto ni del todo necesario ni aun posible á todo género de personas. Porque muchos hay que por enfermedad, mayormente si es de cabeza, no pueden sin mucho peligro y daño de la salud darse á estos ejercicios, mayormente cuando son principiantes, porque los que están ya más ejercitados en tiempo de salud, mejor pueden continuar esto en tiempo de enfermedad.

Otros hay tan dados y tan obligados á ocupaciones exteriores, que ni pueden dejarlas sin pecado, ni tienen con ellas lugar para darse al recogimiento, ni es bien que se den.

(1) Cant. 3. (2) Exod. 17.

Otros hay que tienen una ánima tan inquieta y tan indevota y seca, que por mucho tiempo y cuidado que en esto pongan, ninguna cosa parece que aprovechan. Éstos no luego deben desistir de su demanda, sino todavía perseveren llamando á las puertas de Aquél que nunca falta á los que húmilmente perseveran y lo llaman. Mas si con todo esto vieren que esta puerta no se les abre, no deben por esto desconsolarse, sino antes considerar que el espíritu de la oración mental es dádiva que nuestro Señor da á quien Él es servido, y pues á ellos no se da, conténtense con rezar vocalmente algunas oraciones ó pasos de la pasión, y como fueren rezando, así vayan, aunque brevemente, pensando en aquel misterio, y tengan alguna imagen devota delante, porque todo esto ayudará á su devoción. Y señaladamente les aprovechará para esto leer algunos libros devotos, con tanto que los lean con mucho sosiego y atención, haciendo (como arriba dijimos) sus estaciones y paradas en los pasos más señalados, y levantando allí el corazón á nuestro Señor, conforme á lo que pidiere la materia de aquel lugar. Éste es el mayor remedio que se halla para los corazones secos y indevotos, porque por aquí los suele muchas veces el Señor levantar al ejercicio de la meditación.

Hay otros también que toda la vida gastan en pensar sus pecados, y no osan pensar en la pasión de Cristo, ni en otra cosa que les dé alegría y esfuerzo. Los cuales (como ya dijimos) no aciertan en esto (según dice S. Bernardo) porque allende de levantarse algunas tentaciones del ahondar mucho en esta materia, no es razón que anden siempre los siervos de Dios con esta manera de tristeza y desmayo.

Lo contrario de lo cual hacen otros que el primer día que comienzan, olvidan del todo sus pecados, y con liviandad de corazón quieren luego volar á pensamientos más altos. Á los cuales está cercana la caída, como á edificio sin fundamento. Y los tales si después quieren tornar á pensar cosas humildes, no aciertan ni pueden, por estar ya engolosinados en cosas más sabrosas, y así se quedan sin lo uno y sin lo otro, que es sin andar y sin volar. Por tanto conviene que á los principios nos ocupemos más en el pensamiento de los pecados que en otros, por devotos que sean, y después poco á poco iremos dejando este pensamiento y llegándonos cada día más al de la sagrada pasión, aunque nunca del todo debemos estar sin el uno ó sin el otro.

Y si algunos hobiere que en nada desto hallen devoción, y sintieren que de mejor gana piensan en otra cosa, ora sea pensamiento de muerte, ó de infierno, ó de cielo, ó de otra cualquier materia, no lo desechen de sí, sino entren por la puerta que hallaren abierta, porque aquélla es por donde Dios quiere que entren.

CONCLUSIÓN DESTA SEGUNDA PARTE

Hasta aquí hemos tratado, cristiano lector, en esta segunda parte aquellas cuatro cosas que al principio della prometimos, conviene saber, las cosas que ayudan á la devoción, y las que la impiden, y asimismo las tentaciones más comunes que hay en este camino, y los avisos que en él se deben tener. Bien sé que había otras muchas más que decir: pero éstas remito yo al magisterio del Espíritu Sancto y á la experiencia de cada día, la cual también ha de tomar por maestra el que quiere andar en este camino. Porque mi intento no fué más que poner á los novicios y principiantes en él, porque después de ya entrados, ella es la que mejor enseña esto que todas las escrituras, las cuales así como hablan en común y casi en el aire, así no pueden decir lo que en particular conviene á cada uno, y por eso quiere el Apóstol que los siervos de Dios no sean imprudentes, sino avisados y discretos (1), para que entiendan por estos y por otros medios lo que más agrada á la divina voluntad.

Y para esto aprovecha también que el hombre con toda humildad y devoción pida siempre al Señor su luz, para ser guiado por su espíritu, presentándose ante Él como un niño que ninguna otra cosa sabe sino testificar con lágrimas su necesidad, sin saber aun explicar con palabras lo que ha menester.

Y si por ventura te pareciere que son muchas las cosas que aquí te pedimos, cree cierto que en un rato de oración suele Dios recompensar todos estos trabajos con el alegría y esfuerzo que allí da para andar por el camino de la virtud, el cual es tan grande, que aunque cuantos predicadores hay en el mundo te predicasen mil años, todos ellos no te dejarán tan consolado y es-

(1) Efes. 5.

forzado como solas dos horas de oración, si en ellas fielmente perseverares.

Y no hay por qué tener congoja de que las cosas que para esto se requieren sean muchas, porque está claro que así como entrando el ánima en el cuerpo ella sola basta para animar todos los miembros y ejercitar en ellos todos los oficios de la vida, aunque sean tantos y tan varios, así después que la gracia del Espíritu Sancto, que es una forma sobrenatural y divina, entra en una ánima, ella sola basta para ejercitar en ella todos los oficios de la vida espiritual, porque ella alumbra el entendimiento y le enseña todo lo que debe hacer, y mueve la voluntad con todas las fuerzas inferiores para lo que se ha de obrar. Ca por esto dice el Sabio que aquel Espíritu divino tiene grandísima simplicidad y variedad(1), porque aunque es simplicísimo en la substancia, tiene grandísima variedad en las operaciones, porque Él es el que todo lo puede, y todo lo enseña, y todo lo óbra. De manera que no alcanzamos nosotros la perfección y el cumplimiento de las virtudes como los filósofos, que así como carecían deste espíritu, así habían de trabajar en cada virtud por sí, para alcanzarla, sino como verdaderos cristianos y hijos de Dios, que después de recebido el espíritu de adopción y la simiente del cielo, ella produce dentro de nuestras ánimas todos estos frutos de la virtud.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE

AL LECTOR

Aquí falta, cristiano lector, la tercera parte deste libro que en el prólogo prometimos: la cual dejó de imprimirse porque el volumen con las dos primeras partes creció tanto, que no parecía dar lugar para la tercera. Pero placerá á nuestro Señor que ésta con algunas otras cosas añadidas á ella salga á luz en otro pequeño volumen, para que no carezca deste pequeño servicio el que dél se quisiere aprovechar.

FIN

(1) Sap. 7.

COMIENZA LA TERCERA PARTE

DE LA ORACIÓN

EN LA CUAL SE TRATA DE LA

VIRTUD Y PERSEVERANCIA DE LA ORACIÓN

AL LECTOR

Para cumplimiento de la materia deste libro, cristiano lector, me paresció que convenía tratar aquí de la virtud y necesidad que tenemos de la oración: porque pues en todo el libro se trata della y de las cargas que por ella se deben llevar, necesario es que se trate muy por extenso deste artículo para que esto nos ponga espuelas y dé ánimo para todo lo que por ella se debe sufrir. Contra esto se nos opone la excelencia desta virtud y lo mucho que della hay que decir, porque ni decir poco lo sufre la grandeza de su valor, ni mucho la brevedad deste tratado. Mas agora por consejo de prudentes y graves varones (por cuyas manos pasó esta escriptura) paresció que todavía era razón tratar algo desta materia. Por cuyo consejo acordé tomar este poco de trabajo para gloria de nuestro Señor y edificación de los prójimos. Y quise tratar este argumento por vía de sermones, lo uno, porque esta manera de estilo paresce más conveniente para este género de cosas, y lo otro, porque la variedad de la escriptura aliviase un poco el hastío á los lectores.

Y para fundamento dellos no me pareció que había mejor suelo ni más firme piedra que aquellas palabras del Salvador que dice por S. Lucas: Conviene siempre orar sin desfallescer. En las cuales brevemente se nos enseñan tres cosas de la oración, conviene saber, la utilidad y necesidad desta virtud, y la continuación que en ella debemos tener, de las cuales tratarán los tres sermones siguientes: el primero de la utilidad, el segundo de la necesidad, y el tercero de la continuación y perseverancia de la oración. Aunque bien sé que todo lo que en esta parte se puede decir, es mucho menos de lo que hallará por experiencia el que á esta virtud se quisiere entregar.

SERMÓN PRIMERO

DE LA UTILIDAD DE LA ORACIÓN

EN EL CUAL

ASÍ POR RAZONES COMO POR EXPERIENCIA SE DECLARA DE CUÁNTO PROVECHO SEA ESTA VIRTUD

Tema: *Oportet semper orare et non deficere. Lucæ 18.*
Que quiere decir: *Conviene siempre orar sin jamás desfallescer.*

Quienquiera que atentamente leyere las Escripturas sagradas (en las cuales la sabiduría de Dios nos reveló el camino del cielo) hallará que una de las cosas que más encarescidamente se nos encomienda, es el uso continuo de la oración. El Eclesiástico dice (1): No hay cosa que te impida el hacer siempre oración. Isaías dice (2): Los que os acordáis del Señor, no calléis ni ceséis jamás de darle voces. El profeta David en muchos de sus psalmos ninguna cosa más encomienda que la oración y meditación y el uso continuo de las alabanzas divinas. Y sobre todo esto el mismo Salvador y Señor nuestro en todo el discurso de su Evangelio, una de las cosas que más encomienda es ésta. Porque demás destas palabras que habéis oído, por el mismo Evangelista dice en otro lugar (3): Velad en todo tiempo perseverando en oración, porque merezcáis ser librados de todos estos males que han de venir, y parecer ante el hijo de la Virgen. Y por S. Marcos nos aconseja lo mismo con grande instancia, diciendo (4): Mirad, velad y orad, porque no sabéis cuándo ha de venir el día del Señor. Y no sólo por palabra sino mucho más por ejemplo nos encomienda este negocio, pues tantas veces se estaba las noches enteras en los montes y lugares apartados perseverando en oración, como escriben los Evangelistas (5): lo cual está claro que no hacía Él (según dice Sant Ambrosio) por necesidad que tuviese deste socorro, sino por nuestra doctrina y ejemplo. Pues ¿qué diré del apóstol San Pablo? ¿En cuál de sus Epístolas

---

(1) Eccli. 18. (2) Esa. 62. (3) Luc. 21. (4) Marc. 13. (5) Luc. 6.

no es una de sus principales encomiendas la oración? Á los de Tesalónica dice (1): Siempre estad alegres, y haced oración sin cesar, y dad gracias al Señor en todas las cosas, porque ésta es su voluntad. Á los Filipenses dice (2): De ninguna cosa desta vida tengáis cuidado, sino con toda oración y suplicación y hacimiento de gracias sean presentadas vuestras peticiones ante Dios. Á los Colosenses dice (3): Ocupaos con toda instancia en la oración, velando en ella con hacimiento de gracias. Pues á su discípulo Timoteo tres veces en una misma carta le encomienda este negocio: y de tal manera se lo encomienda, que el primer documento que allí le da (entre otros muchos) para que él haya de enseñar al pueblo cristiano, es éste (4): Ruégote que ante todas cosas se hagan suplicaciones, oraciones, peticiones y hacimientos de gracias por todos los hombres, y señaladamente por los reyes y por todos los que están constituídos en dignidad, para que Dios nos dé vida pacífica y sosegada. Y luego más abajo en el mismo capítulo dice: Quiero que los hombres hagan oración en todo lugar, levantando las manos puras á Dios, sin iras y sin contiendas. Y más abajo, hablando de las costumbres de la viuda cristiana, dice (5): La que es verdadera viuda y desamparada, ponga su confianza en Dios y ocúpese con toda instancia en oraciones día y noche. Estos y otros muchos semejantes lugares leemos á cada paso en las sagradas Epístolas, que nos dan claro testimonio de la necesidad desta virtud y de la continuación y perseverancia que en ella debemos tener.

Y finalmente es tan propria esta obra del cristiano, que por ella quiso Dios que se diferenciase de todas las otras naciones del mundo, como lo muestra Él por Isaías diciendo (6): Mi casa será llamada casa de oración en todas las gentes, dando á entender que ésta había de ser la divisa del pueblo cristiano, por la cual había de ser conoscido en todo el mundo. Porque todas las otras suertes de gentes, así como viven de la tierra, así todo su trato y negocio es en la tierra: mas esta nueva manera de gente, como vive del cielo (conviene saber, del socorro de Dios y de su gracia, de la cual espera todos los bienes) así todo su trato ha de ser en el cielo (7).

Pues quienquiera que leyere estas y otras semejantes autori-

(1) I Thes. 5. (2) Phil. 4. (3) Col. 4. (4) I Tim. 2. (5) I Tim. 5. (6) Esa. 56. (7) Deut. 10.

dades, no podrá dejar de confesar que debe ser grandísimo el valor y eficacia desta virtud, porque nunca el Espíritu Sancto (que es el autor de la Escriptura divina) nos encargara tanto este negocio, si no fuera de grandísima necesidad y importancia. Y verdaderamente es ello así. Porque quienquiera que atentamente considerare la naturaleza y oficio desta virtud con todas las cosas que suelen entrevenir en ella, hallará por cierto que no por un camino solo sino por muchos y muy excelentes ayuda en tanto grado para alcanzar toda virtud y perfección, que ya no se maravillará de cómo nos sea tan encomendada en las Escripturas, sino cómo hay capítulo ni renglón donde no se haga mención della, según es grande su valor. Pues esto es lo que con el favor divino pretendo probar en este sermón, no sólo por razones claras y evidentes, sino también por manifiestas experiencias de cada día. Sernos ha esta manera de filosofía y doctrina muy provechosa, porque nuestro entendimiento es de tal cualidad que no se quieta con saber las cosas, si no sabe las causas y razones dellas: las cuales sabidas, no sólo se quieta y reposa, sino también se confirma más en el conoscimiento de la verdad.

PRIMERA PARTE

PUES comenzando primeramente por las razones, regla es de filosofía que todas las causas comunican su virtud y obran conforme á la disposición que hallan en sus subjectos, que es en la materia que han de obrar: como paresce claro en el fuego, que mientra más seca halla la leña, más la quema, y asimismo en el sello, que mientra más blanda está la cera, mejor imprime en ella su figura. Pues como Dios sea la causa universal de todos los bienes y el autor y dador de la gracia, claro está que mientra más el hombre se dispusiere para recibirla, más gracia recibirá. Pues según esto, quienquiera que atentamente mirare la naturaleza de la oración, hallará que no es otra cosa oración (si se hace como conviene) sino una disposición y aparejo convenientísimo para la gracia. Porque allí el hombre se presenta á Dios, y como á médico verdadero le pone delante sus llagas, y le pide remedio para ellas, y alega para esto todos los títulos y derechos que tiene, que son los merescimientos de Cristo y la misericordia del

mismo Dios: y así, confesando por una parte su gran miseria y por otra la grandeza de la divina misericordia, acúsase de sus pecados, propone la emienda dellos, y pide húmilmente perdón á su Criador. Todo esto pasa ordinariamente en la devota oración, lo cual todo está claro que es una convenientísima disposición de parte de la criatura para alcanzar la gracia del Criador. Y por esto á ella señaladamente entre todas las virtudes atribuye S. Augustín esta dignidad de alcanzar la gracia, como él mismo lo declara por estas palabras: Ninguno creemos que viene á la verdadera salud si Dios no lo llama, y ninguno después de llamado óbra lo que conviene para esta salud si Él no lo ayuda, y ninguno recibe esta ayuda si no la pide por la oración. En las cuales palabras ves claramente cómo el impetrar el favor y ayuda de la divina gracia señaladamente se atribuye á la oración, no porque no sabía S. Augustín que por todas las otras obras virtuosas hechas en caridad se alcanzaba también la gracia, sino para dar á entender que por ésta señaladamente se alcanza, porque ésta sola entre todas ellas tiene por oficio proprio pedirla, y así le corresponde como por premio alcanzarla, como claramente lo significó el Salvador diciendo (1): Si vosotros (siendo malos) sabéis dar buenas dádivas á vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el espíritu de su gracia á quien se lo pidiere?

Y no es pequeño argumento desta verdad ver que aquellas dos tan principales glorias y testimonios de Cristo que se descubrieron en su gloriosa transfiguración y baptismo, acaescieron estando él en oración: porque de la transfiguración dice S. Marcos que estando Él orando se le mudó la figura del rostro, y comenzó á resplandescer como el sol, y sus vestiduras se pararon blancas como la nieve (2). Y del baptismo cuenta S. Lucas que acabándose de baptizar, y estando en oración, se le abrieron los cielos y descendió el Espíritu Sancto sobre Él en especie de paloma (3). En lo cual se nos da á entender que estando los hombres en oración son espiritualmente transfigurados en otros hombres por virtud de la gracia que allí les dan, y asimismo que allí es donde principalmente se recibe el espíritu de palomas, que es la misma gracia del Espíritu Sancto que los hace tales.

Concluyendo pues esta razón, digo que pues toda la perfección

(1) Luc. 11. (2) Marc. 9. (3) Luc. 3.

de la vida cristiana nasce de la gracia, y la oración es tan conveniente disposición y medio para alcanzalla, no se podrá negar sino que mientra más uno se diere á ella, más gracia alcanzará, y así cresciendo siempre el uso de la oración, crescerán también las riquezas de la gracia y por consiguiente toda virtud y perfección.

Lo segundo cónstanos también que no es otra cosa oración (si se hace como conviene sino allegarse el hombre á Dios y uñir su espíritu con Él. Y está claro que en esta manera de unión y de allegamiento consiste la suma de toda nuestra perfección. Porque como dicen los filósofos, la causa de la perfección de todas las criaturas es Dios, y por consiguiente tanto será una criatura más perfecta, cuanto más se llegare á Él. Mas este allegamiento no ha de ser con pasos de cuerpo, sino de espíritu, con los cuales caminamos á Dios y nos acercamos más á Él, y así nos hacemos participantes dél. Esto dice S. Augustín por estas palabras: Tanto le irá mejor á una criatura cuanto más se llegare á Aquél que es mejor que toda criatura, al cual nos allegamos no andando, sino amando: que es, no con pasos de cuerpo, sino con movimientos de corazón. Pues como la verdadera oración no sea otra cosa sino un allegar nuestro corazón á Dios, claro está que mientra más el hombre se llegare á Él, más ha de participar de su claridad y de su luz, y así cada día se hará más perfecto y más semejante á Él.

Vemos por experiencia que cuanto uno se llega más cerca de la lumbre, más ve, y cuanto más cerca del fuego, más se calienta, porque como este elemento sea tan noble y tan activo y comunicativo de su virtud, apenas os habéis llegado á él cuando ya comienza á entregaros todo lo que tiene, sin excepción de ninguna cosa, hasta haceros del todo semejante á sí. Pues si esto hace el fuego por ser tan noble elemento y tan activo, ¿qué hará Aquél que es infinitamente más noble y más comunicativo y más activo que ninguna criatura, por nobilísima que sea, pues dicen los teólogos que es acto puro sin mezcla de ninguna potencia? ¿Cuánto más se comunicará, y cuánto más dará de sí á los que se dieren y llegaren á Él? ¡Oh, si de nuestra parte no hobiese impedimientos ni desvíos, cuánto más sería lo que dél recibiríamos, que lo que recibe del fuego quien á él se llega! Y porque sabía muy bien esto el profeta David, nos aconseja con tanto cuidado que nos lle-

guemos á él, diciendo (1): Allegaos al Señor, y recibiréis lumbre dél. Y cuál sea esta lumbre, decláralo muy bien otro profeta diciendo (2): El Señor tiene en su mano una ley encendida, y los que se llegaren á sus pies recibirán de su doctrina. Por donde con mucha razón ponía el sancto rey David todo su caudal en esto cuando decía: Á mí está muy bien llegarme á Dios y poner en Él mi confianza.

De aquí nasce que si con todos nuestros impedimentos y desvíos y con estar hechos un tronco de leña verde nos llegamos á Dios por medio de la oración, luego comenzamos á sentir un nuevo calor y alegría en nuestras ánimas, y por el contrario una gran tibieza y frialdad cuando nos desviamos dél: y la causa desto es porque como Él sea fuente de luz y de calor, así como el que se llega al fuego, luego siente y recibe en sí el calor y alegría del fuego (mas en desviándose dél luego también poco á poco se va enfriando, y de ahí á dos horas está ya del todo frío, porque se desvió de la causa del calor) así ni más ni menos acaesce á los que se desvían ó allegan á este divino fuego y ejercicio, como cada día la experiencia nos lo muestra.

Finalmente, si quieres entender esto en una palabra, mira cómo los que tocan almizcle, ó algalia, ó algunas otras cosas olorosas, luego reciben en sí la virtud y olor de aquellas cosas que tocan, de tal manera, que apenas han puesto las manos en ellas cuando luego salen oliendo á aquello que tocaron: y así entiende que Dios es una fuente de infinito olor y suavidad, y por consiguiente que llegándonos á Él y tocándolo con lo íntimo de nuestro espíritu, luego se nos ha de comunicar algo de su infinita virtud y suavidad. Así le acaesció en figura desto á Moisén, de quien dice la Escriptura que después de haber hablado con Dios en el monte, abajó de allí con un tan grande resplandor que no lo podían mirar á la cara los hijos de Israel (3), por la grandeza de la claridad que se le había comunicado de haber hablado y conversado con Dios. Pues ¿qué cosa se pudiera decir mayor en alabanza de la oración que ver cómo por ella, tratando el hombre con Dios, viene á transformarse en Dios y á perder el parecer y la figura de hombre, y tomar la del mismo Dios? Porque sin dubda lo que allí se representó en la figura del cuerpo,

(1) Psal. 33. (2) Deut. 33. (3) Exod. 34.

eso mismo cada día se óbra en las ánimas de aquéllos que á la continua tratan con Dios y conversan con Él. Y es mucho de notar la figura deste resplandor, que era como de cuernos, en los cuales consiste la fortaleza de los animales, para dar á entender que de la oración sale el hombre no sólo hermoso y resplandesciente, sino también armado y fortalecido contra todo el poder y fuerzas del enemigo: porque lo uno y lo otro pertenece á la divina gracia, la cual señaladamente se alcanza por la oración.

Demás desto tiene también la oración por oficio mirar á Dios, lo cual es una cosa que en gran manera ennoblece y perfecciona los ojos de quien la mira. Porque (como dice Aristóteles) una de las principales diferencias que hay entre las cosas sensibles y inteligibles, es que las sensibles (cuando son muy excelentes) corrompen los sentidos que las reciben, como lo hace una grande y súbita luz que ciega los ojos, y un gran sonido que atruena los oídos. Mas por el contrario las cosas inteligibles, cuanto son más excelentes tanto más perfeccionan el entendimiento que las mira, el cual así como se hace ratero y vil pensando en cosas bajas y viles, así por el contrario se ennoblece y perfecciona cuando piensa en cosas altas y excelentes, especialmente cuando piensa en Dios, que es la más excelente de todas las cosas. Por donde no es de maravillar que la oración sea tanta parte para ennoblecer las ánimas, pues tiene por oficio poner los ojos en Aquél cuya vista y contemplación es toda nuestra nobleza y perfección. Sensiblemente se ve que cuando mira el hombre en una cosa agradable á los ojos, como es un prado verde y florido, ó un espejo de acero, que se alegra y fortifica la vista. Pues ¿qué será mirar en aquel espejo sin mancilla de la majestad de Dios, que tanta virtud tiene para alegrar y fortificar los ojos de quien le mira?

Especialmente que con nuestra vista obligamos á Dios á que nos vea, y mirando á Él hacemos que también Él nos mire, cuya vista es causa de todo nuestro bien. Si no, dime, ¿qué otra cosa quiso significar Él cuando dijo (1): Convertíos á mí, y convertirme he á vosotros, sino miradme, y miraros he? Y aunque en toda hora y en todo lugar los ojos de Dios nos estén mirando, mas señaladamente nos miran en la oración (como dice S. Bernardo) porque entonces nos presentamos á Él y nos ponemos á hablar

(1) Zach. I.

cara á cara con Él, y así allí señaladamente recibimos las influencias y rayos de su presencia. Pues si los ojos del cielo (que son el sol y la luna y las estrellas) tanta fuerza tienen para influir luz y virtud en estos cuerpos inferiores (según la diversidad de los aspectos con que se miran ellos entre sí y miran á nosotros) ¿cuánto mayor la ternán aquellos divinos ojos para influir luz y gracia en nuestras ánimas? Y si de los ojos del basilisco se dice que bastan para matar mirando, ¿cuánto más bastarán aquellos divinos ojos para dar vida á quien miraren, pues está claro que más poderoso es Dios para salvar, que ninguna otra cosa para dañar? Con estos ojos miró Él á Sant Pedro, y le hizo llorar su pecado. Con éstos pedía el Profeta ser mirado, cuando decía (1): Mírame, Señor, y ten compasión de mí. Con éstos promete Dios mirar á los que guardaren su ley, diciendo: Miraros he, y seréis multiplicados y prosperados (2). Pues con éstos mismos has de tener por cierto que te mira Él cuando tú lo miras y te presentas en la oración delante dél.

Por donde una de las cosas que más nos encomiendan los maestros de la vida espiritual, es el andar siempre en la presencia de Dios, ó á lo menos alzar muchas veces á Él los ojos del corazón: porque cuantas veces esto se hace, sensiblemente parece que siente el hombre una como influencia de su gracia, con que el ánima dentro de sí misma se recoge y compone, y de nuevo se fortalece y determina en el bien.

Estas tres razones susodichas son entre sí como parientas y vecinas, porque todas ellas nascen cuasi de una misma fuente, que es de mirar á Dios, ó llegarse á Él, ó disponerse para recibir su gracia, que lo comprehende todo. Mas allende desto tiene aún otra maravillosa propriedad la oración, que es ser ella el pasto y mantenimiento proprio de las ánimas, las cuales viven y se mantienen de consideración. Esta razón es por una parte muy eficaz, y por otra muy dulce de contemplar. Porque sin duda cosa es de grande suavidad pensar en la nobleza deste manjar, y considerar cómo el ánima vive de Dios y cómo su pasto y mantenimiento es la consideración de las cosas divinas. Y cuando decimos que el ánima vive de este manjar, entendemos que mediante él se sustenta, y se repara y deleita, y toma fuerzas, y cresce en

(1) Psalm. 118. (2) Lev. 26.

la vida espiritual, que son los efectos que el manjar corporal suele obrar en quien lo come.

Para cuyo entendimiento es de saber que todas las criaturas que tienen vida, tienen también su mantenimiento con que viven, cada una de su manera. Porque unas hay que viven de la tierra, otras del agua, otras del aire, y otras también se dice que viven del fuego: y otras hay más nobles y más excelentes que viven de otro más noble manjar (que es Dios) de quien se mantienen los ángeles, como lo significó uno dellos, cuando dijo (1): Yo de manjar invisible me sustento, que es ver á Dios y contemplar en Él. Porque de esta vista intelectual de la claridad y hermosura de Dios resulta en sus voluntades un amor y una alegría y una hartura tan grande, que basta para darles perfecta vida y cumplida felicidad.

Pues como nuestras ánimas sean substancias espirituales como los ángeles, necesariamente habemos de confesar que ellas también se mantienen del mismo manjar, que es Dios, y así viven como ellos de ver á Dios y contemplar en Él, sino que cual es la vista, tal es la vida: y porque la vista dellos es clara, y la nuestra escura, por eso la vida de ellos es perfecta y la nuestra imperfecta, y así la suya se llama vida de gloria y la nuestra vida de gracia.

Pues esta vida de gracia decimos aquí que se sustenta con la consideración de las cosas divinas, porque esta vida no es corporal, sino espiritual, que es vivir en caridad y amor: porque la vida espiritual del ánima en amor de Dios consiste. Pues si en este amor ponemos esta manera de vida, ¿qué cosa hay que más ayude á sustentar y encender este amor que la continua consideración de las perfecciones y beneficios divinos? Porque es cierto que así como el fuego se sustenta con la leña, así esta divina llama se sustenta con la leña de estas consideraciones susodichas: ca no es otra cosa cada una dellas (bien mirado) sino un tizón con que se enciende y aviva más esta divina llama. Y pues esto es lo que principalmente se trata en el ejercicio de la oración, con razón decimos que el ánima vive de consideración, pues la vida de ella es amor, y no hay cosa con que más se encienda este amor que con la continua consideración de las perfecciones y beneficios del amado.

(1) Tob. 12.

Y aun si pasas más adelante, hallarás que no solamente la caridad sino todas las otras virtudes más nobles se sustentan con este mismo pasto, como es la fe, la esperanza, la humildad, la paciencia, el temor de Dios, el dolor de los pecados y el menosprecio del mundo, con las demás. Si no, dime, ¿con qué se esclaresce y fortifica más la fe que con la consideración de la consonancia suavísima de los misterios que ella nos representa, y de las maravillas y grandezas que nos predica? ¿Con qué se fortalece más la esperanza que con la consideración de la bondad y de la misericordia y de la providencia paternal de Dios, y del valor y eficacia de los merescimientos de Cristo? ¿Con qué se despierta más el temor de Dios que con la profunda consideración de su justicia y de sus juicios y de los castigos espantosos que tiene hecho y hace cada día en el mundo? ¿Con qué se aviva más el dolor de los pecados que con pensar en la muchedumbre y grandeza de ellos y en la alteza de aquella majestad y bondad contra quien pecamos? ¿Con qué se arraiga más la humildad y desprecio de sí mismo que con la continua consideración de sus proprias vilezas y miserias? ¿Con qué se esfuerza más la paciencia que con la consideración de los trabajos de Cristo y de todos los sanctos, y de la grandeza de la gloria que está prometida por ellos? Pues ¿con qué se viene á menospreciar el mundo sino con la consideración de la brevedad y fragilidad y vanidad y engaño de sus cosas? Por do parece que el aceite con que se sustentan las lámparas de todas estas virtudes, es cada una destas consideraciones susodichas, porque (según reglas de filosofía) la misma consideración intelectual que sirve para despertar estos afectos en la voluntad, ésa misma sirve para conservarlos y acrescentarlos.

Y por esto no sin gran misterio se nos pintan aquellos animales de Ezequiel llenos de tantos ojos (1), pues vemos que la vida espiritual ha de ser toda ojos y toda consideración, pues della se mantienen todas las virtudes en que esta vida consiste, no sólo las que están en el entendimiento (porque eso está claro) sino también las que están en la voluntad. Porque no es otra cosa el entendimiento (si decir se sufre) sino unos como fuelles y soplo de la voluntad, porque con el conoscimiento y consideración de la

(1) Ezech. I.

excelencia de las cosas se levantan todas estas olas y llamas de afectos en ella.

Y aun si pasas más adelante, hallarás que la oración no sólo es mantenimiento de nuestras ánimas, sino también medicina de nuestras llagas, porque no hay ejercicio con que ellas más claro se vean y mejor se curen que el de la oración. Porque así como lo escuro se ve mejor par de lo claro, y lo tuerto par de lo derecho, así en poniéndose el ánima en la presencia de Dios (que es luz y regla de todas las cosas) luego ve todas sus fealdades y torcimientos, y pide remedio á Aquél que así como es dechado de toda rectitud y hermosura, así es remedio de toda miseria.

Tiene aún sobre todo lo dicho otra virtud inestimable la oración y consideración, que es ser una de las principales ayudas y instrumentos que la fe tiene para obrar nuestra salud y movernos á todo bien. Lo cual se declara desta manera. Cónstanos ya que la fe es la primera raíz y fundamento de la vida cristiana. Porque de creer los hombres que hay otra vida después désta, y pena y gloria para buenos y malos, nasce el temor de Dios y el aborrescimiento del pecado, con lo demás. Y por esto dijo el Profeta que el justo vivía por fe (1): porque con las prendas que ella nos da de los bienes advenideros, nos hace tener en poco todos los bienes presentes. Y por esto mismo nos la manda tomar el Apóstol por escudo contra todas las saetas encendidas del enemigo (2), porque no hay mejor escudo contra las saetas del pecado que traer á la memoria lo que la fe nos tiene contra él revelado.

Mas para que esta fe y conoscimiento obre en nosotros este efecto, es necesario considerar profundamente estos misterios que predica la fe, y entender el tomo y la grandeza que en ellos hay. Porque de otra manera, si los creemos así á carga cerrada, sin escudriñar ni ponderar lo que hay en ellos, no obrarán más en nuestros corazones de lo que obran en los de muchos cristianos, los cuales de tal manera creen como si no creyesen, pues ninguna cosa óbra en ellos esta fe. Lo cual declaramos arriba por el ejemplo de la medicina, que para que sea provechosa es necesario sea primero actuada y digerida en el estómago con el calor natural. Conforme á lo cual decimos que puesto caso que el co-

(1) Habac. 2. (2) Ephes. 6.

noscimiento de los misterios que predica nuestra fe, sea eficacísimo remedio de nuestros males, pero es menester actuar esta medicina con el calor de la consideración y meditación susodicha, para que así comunique y extienda su virtud por todos los miembros espirituales del ánima, alumbrando el entendimiento, moviendo la voluntad, despertando la memoria, y inclinando todas las otras fuerzas y afectos inferiores á lo que la grandeza del misterio escudriñado y ponderado las inclinare.

Por donde ninguna cosa errará el que dijere que la oración y meditación también en su manera es como vida y ánima de la misma fe, y por consiguiente que ella es también el fundamento y principio de todo nuestro bien. Porque (como parece por lo que muchas veces está dicho en este libro) una de las cosas que principalmente entrevienen en la oración, es la consideración de los misterios de nuestra fe: la cual consideración, ayudada por la caridad, es una como forma y ánima desta fe. Porque el oficio desta consideración es escudriñar estos misterios, y rumiarlos, y ponderarlos, y entender el tomo y la grandeza que hay en ellos. Y así ella es la que desencierra lo encerrado, y desplega lo encogido, y aclara lo escuro, y así esclaresciendo nuestro entendimiento con la grandeza de los misterios, le da virtud y eficacia para mover nuestras voluntades y inclinarlas á todo bien.

De suerte que mirando bien este negocio, hallaréis que así como el grano de la semiente del árbol (aunque virtualmente contiene dentro de sí la substancia del árbol) todavía tiene necesidad de la virtud y influencias del cielo, y del beneficio y riegos de la tierra, para que salga á luz lo que allí está encerrado, y poco á poco se vaya haciendo árbol, así también decimos que aunque la fe sea la primera semiente y origen de todo nuestro bien, todavía tiene necesidad deste beneficio de la consideración para que por ella salga á luz el árbol verde y fructuoso de la buena vida que en ella virtualmente se contenía. En lo cual parece cuán grande sea la virtud y excelencia desta consideración, pues se ve claro que la ventaja que hace el árbol á su semiente, ésa hace la fe, junta con la consideración, á la fe sin ella

Demás desto tiene aún otra singular dignidad y excelencia la oración, que es gustarse en ella los deleites espirituales y la divina suavidad, que es una de las grandes ayudas que hay para la virtud, y uno de los principales fructos y dones del Espíritu Sanc-

to, y tan principal entre ellos, que déste señaladamente quiso Él ser denominado, llamándose Paracleto, que quiere decir Consolador, porque su principal oficio era consolar las ánimas y proveerlas de tales y tan maravillosos deleites, que por ellos pudiesen fácilmente despreciar todos los otros deleites. Este oficio ejercita Él señaladamente en la oración, como Él mismo lo promete á sus siervos por Isaías, diciendo (1): Yo los llevaré á mi sancto monte y alegrarlos he en la casa de mi oración. Porque (como dice S. Bernardo) orando se bebe aquel vino espiritual que alegra el corazón del hombre y lo embriaga de tal manera, que lo hace olvidar de todas las cosas. Este vino humedece y riega las entraña secas de nuestra ánima, digiere el manjar de las buenas obras y repártelo por todos los miembros espirituales della, esforzando la fe, confortando la esperanza, calentando la caridad y engrosando y perfeccionando todas las otras virtudes.

Qué tan grandes sean estos deleites y cuán dulce este manna, no lo puede conoscer sino quien lo ha probado (2): Y por esto no hay necesidad de gastar mucho tiempo en explicarlo, porque al que lo ha probado, no hay para qué decírselo, y al que no lo ha probado, por mucho que le digan, no lo entenderá jamás. Un doctor dice que estos deleites sobrepujan á todos cuantos deleites hay en el mundo, aunque todos juntos se echasen en el corazón de un hombre. Y no parece que estaba muy lejos deste parescer el Profeta cuando decía (3): ¡Oh Señor, cuán grande es la muchedumbre de tu dulzura, la cual tienes escondida á los que te temen! Y en otro lugar (4): Mi corazón (dice él) y mi carne se alegraron en Dios vivo. En lo cual quiso dar á entender que eran tan grandes estos deleites, que no sólo el espíritu que derechamente los recibe, sino también la carne y todo el hombre con todas sus potencias y sentidos venían á gozar y tener parte en esta fiesta. Porque (como dice un doctor) hasta la misma carga del cuerpo se alivia en este ejercicio, cesa el bullicio de los pensamientos, callan todas las cosas, arde el corazón, el ánima se goza, la memoria se aviva, el entendimiento se aclara, y todo el espíritu con el deseo de aquella beatífica visión se arrebata y levanta sobre sí.

Pues estos divinos deleites son el principal instrumento con que Dios levanta el ánima de la tierra al cielo, y la hace despre-

(1) Esa. 56. (2) Apoc. 2. (3) Psalm. 30. (4) Psalm. 83.

ciar todas las cosas del mundo. Porque así como dicen allá que los primeros hombres dejaron la bellota cuando hallaron el trigo, así nuestra ánima facilísimamente da de mano á todos los deleites de la carne después que halla los del espíritu. Por do parece que la sabiduría divina se ha en esta parte como la madre con el niño que está comiendo una cáscara de melón, ó alguna otra cosa dañosa, y como no se la puede quitar de las manos porque luego da gritos, toma otra golosina más saludable y más sabrosa, y dala á probar al niño, y después que él la ha gustado, fácilmente acaba con él que suelte lo que tenía, por lo que le dan. Pues este mismo es el medio que toma aquel celestial Padre para con nosotros, porque conosce Él muy bien nuestra avaricia y golosina, y sabe que no queremos dar sin recibir, y por esto nos ofrece los deleites espirituales, para que por ellos desechemos los sensuales: para lo cual no hay otro mejor medio que el susodicho, porque como dice Sant Bernardo, en gustándose la suavidad espiritual, luego toda carne pierde su sabor.

Y por esto verdaderamente es mucho de maravillar cómo no acaban los hombres de despreciar estos bienes falsos y perecederos y abrazar el sumo bien, habiendo tan poco camino que andar hasta encontrar con él. Porque bien mirado, yo no hallo más que tres trancos para llegar á Dios, y todos muy fáciles de pasar. Porque lo primero, no es mucho siquiera por algunos días recogerse el hombre cada día un poco de tiempo, y ocuparse en alguna devota oración ó meditación. Y quien esto hace como debe, muy cerca está del segundo, que es enternecerse de corazón una vez que otra, y venir á gustar alguna pequeña gota de la divina suavidad. Y esto hecho, á la hora es concertado el casamiento, porque no hay necesidad de más para que el sabio mercader, hallada esta preciosa margarita, venda todo lo que tiene por alcanzarla (1). Porque no es menester más que oler dende lejos esta divina suavidad, para que diga el hombre con la Esposa en los Cantares (2): En pos de ti correremos, Señor, al olor de tus ungüentos. Porque sin duda no se da tanta priesa el perro del cazador cuando ha dado en el rastro de la caza, cuanta el ánima después que ha comenzado á sentir el olor y rastro desta suavidad celestial. ¡Oh quién te pudiese agora, hermano, dar á entender este

(1) Matth. 13. (2) Cant. 1.

negocio, y hacer que supieses cuán poquito camino hay que andar hasta gustar de Dios, y cuán fácil cosa es, después de haberlo gustado, renunciar todos los otros gustos por este gusto. Cree cierto que no es Dios inexorable ni tardío para acudir á quien lo llama, si lo llama de corazón, porque no sin grande espíritu y verdad fueron dichas aquellas palabras (1): Cerca está el Señor de los que lo llaman, si lo llaman de verdad.

Ruégote, hermano, que te dispongas á probar este negocio con sencillo y humilde corazón, y verás tan grandes maravillas, que te maravillarás cómo los que las sienten no salen por las plazas dando voces á los hombres porque dejan de gozar de tan grande bien. Cuarenta días te pones á tomar el agua del palo (si estás enfermo) y á no comer ni ver sol ni luna, aun con dudosa esperanza de tu salud: ¿y no te pondrás siquiera otros tantos días á un tan pequeño trabajo por lo que toca á tu salvación? Mira, ruégote, que deste momento depende la eternidad de tu vida, y que con sola esta arremetida podrás venir á decir con el Sabio: Un poquito trabajé, y después hallé para mí grande descanso. Bien veo que esto poquito no es el todo, mas es principio del todo, y grandísima parte dél.

Y dejadas aparte todas las razones susodichas, sola ésta nos debría bastar, aunque más no hobiera, conviene saber, que la oración de que aquí hablamos (que es la meditación y contemplación de las cosas celestiales) es una obra tan excelente y de tanta dignidad, que para ella (como para reina de todas las cosas) se ordenaron todas las cosas, así las que naturaleza hizo, como las que el arte de los hombres inventó. Porque ya nos consta que el cielo y la tierra y la mar y el aire y todo lo que en ellos hay, sirve para la sustentación y vida corporal del hombre, y asimismo todas las artes mecánicas (que son cuasi innumerables) sirven también para este mismo fin, pues todas ellas son para algún provecho ó servicio del cuerpo del hombre. Pues el cuerpo claro está que se ordena para el ánima como cosa menos perfecta para más perfecta. Y como en el ánima haya dos partes, una inferior (donde están las pasiones naturales) y otra superior (donde está el entendimiento y voluntad, que se llama espíritu ó mente) claro está que la inferior sirve á la superior como á cosa de mayor no-

(1) Psal. 144.

bleza y perfección. Pues entre las operaciones desta parte superior cierto es que la más excelente es aquélla que se emplea en el más noble de todos los objectos, cual es Dios, que es la más noble y más excelente cosa de todas cuantas se pueden amar y conocer. Por do parece que aun hablando en todo rigor de escuelas, la más excelente obra de cuantas el hombre puede hacer, es amar y contemplar á Dios. Y si ésta es la más noble de todas nuestras obras, síguese que á ella como á último fin se ordenan todas las cosas criadas, como ya dijimos.

En lo cual parece cuánto se debe estimar esta obra, pues el mismo Dios la estimó en tanto, que por ella crió tantas cosas, y tan varias y admirables, y finalmente todo el universo mundo.

Pues si tan grande es la nobleza desta obra, ¿qué tan grande será la nobleza que nuestra ánima recibirá con el ejercicio della? Porque cónstanos claramente (como ya dijimos) que así como el ánima se abate y ensucia con las obras abatidas y sucias, así por el contrario se ennoblece y perfecciona con las altas y divinas. Pues si ésta es la más alta y más divina de todas nuestras obras, ¿qué tan ennoblecida quedará ella con el uso y ejercicio cuotidiano de tan noble virtud? Y si en esta obra consiste toda nuestra felicidad y bienaventuranza, ¿qué mayor descanso, qué mayores deleites ni tesoros se pueden hallar que ella?

Veis aquí pues, hermanos, por cuántas maneras y caminos ayuda la oración á alcanzar toda virtud y perfección, pues (como ya dijimos) ella es la que señaladamente nos dispone para alcanzar la gracia, y la que nos ayunta con Dios y nos hace participantes dél, y la que levanta nuestros corazones á contemplar su hermosura. Ella es el paso y mantenimiento de todas las virtudes, ella es la principal ayuda y instrumento que la fe tiene para darnos á sentir los misterios divinos, ella es la fuente de todos los espirituales deleites, y en cuya compañía anda siempre la contemplación y amor del sumo bien, en la cual consiste toda nuestra felicidad. Por todas estas vías nos ayuda la oración en este camino, y todas estas puertas abre para hinchirnos de bienes. Y si cada una déstas por sí sola era tan bastante para enriquescernos, ¿qué será abriéndose tantas por tantas partes? Callo otras muchas excelencias desta virtud, dellas proprias y dellas comunes con las otras virtudes. Porque ella también es una obra meritoria como todas las otras, si se hace en caridad, y demás desto

es impetratoria de lo que pide, si se hace con entera fe y confianza. Esto y otras muchas cosas dejo de decir porque el tiempo no da para ello lugar: mas todo esto debrían considerar los amadores de la virtud, para que vean cuán grande sea este tesoro, y cuán saludable este ejercicio, y con cuánta razón el Salvador nos lo encomienda diciendo: Conviene siempre orar y nunca desfallescer.

SEGUNDA PARTE

Para mayor confirmación de todo lo dicho será bien que declaremos esto mismo por algunas experiencias, para que por todas vías se confirmen más nuestros corazones en el amor desta virtud. Porque cónstanos que el principal medio por donde los hombres vinieron en conoscimiento de las virtudes y propriedades de las yerbas y de las piedras preciosas y de otras cosas semejantes, fué la experiencia que dellas tuvieron en sus necesidades: y así de los principales medios que ha habido para conoscer la eficacia desta virtud, ha sido el provecho que han hallado en ella las personas que la han usado.

Pues todas éstas hallan por experiencia cuotidiana que al paso que anda la oración, á ese mismo anda la vida, y de la manera que andan los ejercicios espirituales, así anda la vida espiritual que dellos procede. De manera que así como dicen que la mar sigue el movimiento de la luna y que depende tanto de la virtud deste planeta, que cuando él cresce, cresce ella, y cuando él mengua, mengua ella, y en todo finalmente sigue el movimiento della, como el caballo de las riendas que lo gobiernan, así han visto que la perfección de la vida cristiana depende tanto de la virtud de la oración, que cuando ella anda concertada, la vida anda concertada, y cuando ella se desconcierta, todo lo demás se desconcierta: y finalmente, conforme á ella, cresce y mengua el espíritu y concierto de nuestra vida.

Esto figuró Dios muy á la clara en aquella oración que Moisén hacía en el monte cuando el pueblo de Israel peleaba contra Amalec, de quien se dice que cuando tenía las manos en alto, vencía el pueblo de Israel, y si un poco las abajaba, vencía luego Amalec (1). Por do parece que la victoria de los enemigos no

(1) Exod. 17.

dependía de las fuerzas y armas de los que peleaban, sino de la oración sola del Profeta, de tal manera, que conforme al subir ó bajar de las manos, así crescía ó menguaba la fortaleza del pueblo. En lo cual nos quiso el Señor dar á entender que la victoria de nuestras pasiones y tentaciones y de todos nuestros enemigos está como colgada de la virtud y fortaleza de la oración, y que al paso que anda ella, á ése también anda esta victoria.

Y conforme á esto debemos entender que así como cuando las manos de Moisén andaban cayendo y levantando, así andaba la victoria también por ambas partes dudosa, mas después que entendido este peligro, se halló manera para que las manos del que oraba estuviesen firmes y estables en alto, luego la victoria contra los enemigos se perpetuó, así también entienda el cristiano que mientras anduviere coxqueando en este ejercicio, también lo andará en la victoria de sus pasiones: mas si quisiere ser perpetuo vencedor, trabaje por tener siempre su corazón y sus manos en alto por medio de la oración. Y si á este punto llegare, crea cierto que alcanzará perfecta victoria de sus enemigos, y entonces podrá cantar con el Profeta diciendo (1): Ponía yo siempre al Señor delante de mis ojos, porque Él anda á mi diestra para que no sea yo movido. De las cuales palabras se colige que la perpetua oración es perfecta victoria de todos nuestros enemigos, como lo significó el mismo Profeta en otro lugar, diciendo (2): Mis ojos tengo siempre puestos en el Señor, porque él librará mis pies de los lazos.

Declararé aún esto más en particular. Todas las personas que se dan á la oración, ven cada día por experiencia que cuando traen sus ejercicios concertados y les dan el tiempo que requieren, traen tan concertada su vida, tan pura su consciencia, tan alegre su espíritu, tan esforzado su corazón y tan llena su ánima de buenos propósitos y deseos, que es cosa de admiración (3). Allí sienten dentro de sí mismos la presencia del Señor, y la virtud de su gracia, y cómo los llevan sobre hombros ajenos y sobre alas de águilas, y cómo finalmente los guía Dios por aquel camino que Él promete por Hieremías diciendo (4): Llevaros he por frescuras y fuentes de aguas y por un camino tan llano, que no tengáis en qué tropezar. Mas después que por negligencia suya cortan el

(1) Psalm. 15. (2) Psalm. 24. (3) Exod. 19. (4) Hier. 31.

hilo destos ejercicios, luego poco á poco comienza el ánima á enflaquecerse y á marchitarse y perder todo aquel verdor y frescura que antes tenía: luego no sé cómo desaparecen todos aquellos santos propósitos y pensamientos primeros, y comienzan á despertar todas nuestras pasiones que estaban como adormescidas y sepultadas de antes. Luego se halla el hombre lleno de alegría vana y de liviandad de corazón, amigo de parlar y reir y holgar, y de otras semejantes vanidades: y (lo que más es) luego los apetitos de la vanagloria y de la ira y envidia y ambición con todos los demás (que estaban como muertos) comienzan á revivir como las brasas que con el rescoldo de la ceniza parece que estaban muertas, que un poquito que las sopléis, vuelven á su primero resplandor.

Estos dos estados parece que había experimentado el Profeta cuando decía (1): Yo dije en medio de mi prosperidad y abundancia: no habrá cosa que baste para derribarme: mas apartaste, Señor, un poco tu rostro de mí, y luego quedé turbado. Lo uno decía por el tiempo en que estaba su espíritu lleno de devoción cuando ninguna guerra sentía, y lo otro por el que estaba sin ella cuando las pasiones de nuevo lo combatían.

Por donde el que atentamente considerare este negocio, y lo quisiere explicar por alguna comparación, hallará que el ánima que anda con este espíritu de devoción, es como el caminante que camina un día de una muy escura niebla, que mientras ella dura, ninguna cosa ve sino niebla, y no sólo no ve las otras cosas, mas aun apenas se ve á sí mismo. Mas después que comienzan los rayos del sol á resolver la niebla, luego comienzan á descubrirse poco á poco las cosas, y á parecer (aunque confusamente) las cabezas de los montes y las copas de los árboles, que antes no se veían, hasta después que quitada ya del todo la niebla, finalmente se vuelve á cada cosa su figura. Pues así decimos que la devoción es una como niebla espiritual que pone Dios en el ánima del justo, la cual es de tan maravillosa virtud, que mientras ella dura, no se ve otra cosa sino Dios, y en todas las cosas parece al hombre que ve á Dios, y tan ocupado anda en este pensamiento, que apenas se acuerda de sí mismo.

Y por ventura es ésta aquella niebla de quien dijo Salomón (2):

(1) Psalm. 29. (2) III Reg. 8.

El Señor dijo que moraría en la niebla. Porque claro está que no hablaba él allí desta niebla material (pues no hay por qué more Dios más en ésta que en todas las otras criaturas) sino de otra niebla más espiritual, que es como un humo que sale del encienso de la oración cuando se quema en nuestra ánima con el fuego de la caridad. Porque cuando el ánima está llena deste humo, entonces se dice con verdad que mora Dios en ella, y el efecto de su presencia es este olvido de todas las cosas, y la memoria de solo Él. Mas cuando esta niebla se deshace, que es cuando la devoción por nuestra culpa se pierde, luego á deshora se abren los ojos á la malicia, y luego comenzamos á ver y sentir las pasiones y tentaciones que antes con la presencia de Dios no sentíamos, y luego finalmente resuscita la raposa mortecina de nuestra carne, que el hombre tenía ya por muerta, con todas aquellas pasiones y malas inclinaciones de que arriba tratamos, las cuales de nuevo toman armas y nos comienzan á molestar.

Y por esto el que quisiere estar libre destas molestias, trabaje por traer siempre su corazón lleno deste humo de devoción, que éste basta, no sólo para ojear las tentaciones del enemigo, mas también á veces para no sentirlas. Y por ventura es también éste aquel humo de que dijo el ángel á Tobías (1): Si tomares el corazón deste pesce y lo pusieres encima de las brasas, el humo que saliere dél basta para hacer huir y desaparecer todo género de demonios. Si no, trabaja tú también por poner ese tu corazón sobre las brasas del divino amor, y déjalo estar ahí tomándose desa divina llama, y ten por cierto que el humo de la devoción que de ahí saliere, bastará para lanzar de tu ánima todas las pasiones y molestias del enemigo.

Hay aún otra experiencia semejante á ésta, con la cual se declara más esta verdad, que es la mudanza súbita que hace la oración en las personas que se llegan á ella. Porque acaesce muchas veces estar el hombre distraído, derramado, desconsolado, y finalmente muy inhábil y pesado para todo lo bueno. Y si estando así, entra y persevera fielmente en la oración, á cabo de una ó dos horas es tan grande la mudanza con que se halla, que le parece que antes era un hombre y agora otro, según sale mudado de lo que era.

(1) Tob. 6.

De manera que le acaesce como á los que riegan una mata de albahaca ó otra cualquier planta semejante, que si ha muchos días que no se regó, está tan fea, tan lacia y tan marchita que parece que está ya del todo muerta. Mas si luego le acudís con un jarro de agua, de ahí á una hora la veréis tan verde, tan fresca y tan hermosa que apenas os parece ser la que era. Y pues esto mismo acaesce cada día en la oración, sin dubda hemos de confesar que ella también es un riego espiritual de nuestras ánimas y de todas las plantas de las virtudes, pues todas ellas vemos que resuscitan y reverdecen con ella. Por do también parece que así como la tierra sin agua ninguna cosa puede producir, mas en cayendo el agua sobre ella, luego se viste de nuevas flores y hermosura, así el ánima sin oración es como aquella tierra sin agua que decía David que ninguna obra virtuosa produce (1); mas en regándola con este riego, luego se viste de flores y de verdura, porque luego es llena de sanctos propósitos y deseos, que siempre andan en compañía de la oración.

Añadiré aún otra experiencia singular por la cual se vea la ventaja que hace este ejercicio á otros muchos ejercicios virtuosos. Vemos cada día muchos religiosos encerrados en sus monasterios y ocupados en todas las obsevancias y asperezas de la vida monástica (algunos de los cuales dicen cada día misa, y ayunan mucha parte del año, y siguen el coro noche y día, con otras muchas obras religiosas en que siempre se ocupan) y que sobre todo esto viven en un estado perfectísimo, el cual los hace libres de todas las ocasiones de cuidados y negocios del mundo. Y con todo esto (si por ventura les falta el uso de la oración interior) veréis á muchos dellos tan secos, tan sin espíritu, tan fríos en el amor de Dios y tan calientes en el del mundo, y finalmente tan ajenos de aquella perfección y pureza del Evangelio, como unos puros seglares. Y por otra parte hallaréis una mujer casada (que es un estado sin comparación menor que aquél) cargada de hijos y familia y casa que gobernar, y que ninguna cosa hace de todas aquéllas (porque el estado no lo sufre) y si con todo esto procura recogerse cada día sus tiempos ciertos, y ejercitarse en esta manera de oración, y continuar el uso de los Sacramentos, veréis en su ánima una simplicidad y pureza tan grande, una castidad tan

(1) Psalm. 142.

pura, una devoción tan entrañable, un amor de Dios tan encendido, un desprecio de mundo, unas entrañas tan abiertas para con los prójimos, y una memoria de Dios tan continua, con otras virtudes tan grandes, que por un cabo os ponen admiración, y por otro vergüenza y confusión de veros tan lejos de aquel estado. Pues ¿de dónde nace allí tanta sequedad entre tantos ejercicios y asperezas de vida, y aquí tanta perfección sin ellas?

Muchas causas se podrían señalar desta diferencia, pero á mí parece cierto que una de las más principales es la virtud inestimable de los Sacramentos y de la oración: la cual como sea un tan principal medio para alcanzar la gracia (como está ya declarado) claro está que mientra más el hombre en ella se ejercitare, más ha de crecer en las riquezas de la gracia, y por consiguiente en toda virtud y perfección. Y deste parecer hallo que es Sant Buenaventura, como al principio lo alegamos. Y demás desto no se puede negar sino que el ejercicio de la oración interior es como ánima de la vida espiritual, pues ella es la que pone calor al hombre, y le hace andar nadando en devoción, y le despierta para todo lo bueno, y le da espíritu y gusto en el bien que hace, de lo cual todo carece el que no sabe qué cosa es oración ni devoción, que siempre vive en continua pobreza y sequedad.

Esta experiencia con todo lo demás que se ha dicho y adelante se dirá, convencen mi entendimiento y me hacen creer que si fuese posible hallarse dos congregaciones en el mundo, en la una de las cuales hubiese grande uso y ejercicio desta manera de oración sin otra alguna ley ni establecimiento humano, y en la otra hubiese todas las leyes y ordenaciones de todas las religiones sin este ejercicio, sin ninguna comparación se hallarían en aquélla personas más perfectas y más aprovechadas que en ésta. Y no digo yo agora esto porque sería bien instituir congregaciones sin esta manera de leyes y ordenaciones, ni para deshacer ninguna cosa en ellas (porque está claro que ellas son como arca donde se guarda nuestro tesoro, y como muro con que se defiende la ciudad de nuestra ánima, y como accidentes y calidades naturales, sin las cuales no se puede conservar la substancia de la virtud, ni aun esta manera de oración se puede adquirir ni conservar ni hallar sin muchas destas cosas) sino dígolo para declarar la ventaja que hace el ejercicio de la oración interior á todos los otros ejercicios de la vida monástica, y para que vean los gobernado-

res y amadores desta vida á qué blanco deben enderezar todo el hilo de su gobernación, si desean acertar.

Y quien esto no cree, no tengo otro mayor argumento para convencello sino remitirlo á que pruebe él á estarse una ó dos horas de noche ante un altar conversando y hablando en espíritu con Dios, gimiendo sus pecados y pidiendo misericordia, y mire bien cuál sale de allí, y cuánto aprovecharía si esto usase á la continua, y luego se le abrirán los ojos y verá cuán poco es todo lo que aquí decimos en alabanza desta virtud.

Y por aquí también se ve claro el engaño de algunos perlados, que todo su caudal y toda la manera de su gobierno es insistir en solo lo exterior, sin tener cuenta con esta manera de ejercicios, no mirando que todas las cerimonias y ordenaciones de la vida monástica (como son el ayuno, la clausura, el silencio con las demás) se ordenaron para este fin, que es levantar el espíritu á Dios y vacar á la consideración de las cosas divinas. Pues según esto, ¿qué será emplear en aquello todas sus fuerzas sin tener cuenta con esto, sino navegar sin tomar puerto, curarse sin alcanzar salud, y tender las redes toda la noche con S. Pedro (1), y en cabo hallarse vacío á la mañana? ¿Qué cosa puede ser más semejante al engaño de los judíos? Todo el engaño desta gente consiste en que siendo Cristo fin de la ley, y ordenándose todas las cosas della á Cristo como á fin de la ley, ellos ciegos con su malicia abrazan los medios y desechan el fin, guardan las cerimonias y desechan á Cristo, que es como parar en la cáscara y dejar la medula, abrazar la letra muerta y dejar el espíritu que da vida. Desta manera se queda hasta hoy burlada la Sinagoga, extendiendo sus brazos adúlteros para abrazar al verdadero Josef (2), que es Cristo: mas quédase con solo su hábito y vestidura en las manos, y húyesele Josef de casa. Esta manera de engaño padecen hoy algunas religiones, las cuales abrazan y retienen la figura sola y hábito de la religión, que es todo lo exterior y visible y todo aquello que luce ante los ojos de los hombres, y carecen del cuerpo de la verdadera religión, que es todo lo interior y invisible, que luce en los ojos solos de Dios.

Los castigos deste yerro son muchos, y uno dellos es que pues imitamos en esta parte el estilo de los judíos y fariseos, vivamos

(1) Luc. 5. (2) Gen. 39.

en el engaño dellos, que es pensar de nos que somos algo por solo esto exterior que hacemos, y despreciar y tener en poco á todos los que esto no hacen, el cual engaño declara Sant Bernardo sobre estas palabras (1): Comiéronse los extraños su fortaleza, y él no lo entendió. Porque el mal religioso, mirando á la sobrehaz y corteza de la religión piensa que todo está ya seguro, vese con el hábito y con la tonsura y con el ejercicio del cantar á sus horas acostumbradas y con la guarda y regla de los ayunos, y con esto piensa de sí que es algo por esto que ve de fuera, y no mira que está vacío y sin espíritu de dentro, y su corazón lejos de Dios.

Y por esto, si mi consejo en esta parte se recibiese, á todos no solamente religiosos mas también cristianos aconsejaría que ante todas cosas se fundasen en oración y devoción y en los ejercicios que para esto se requieren, y que para esto tuviesen sus tiempos y horas diputadas, y éstas no breves y aceleradas, sino tan largas cuanto bastasen para alcanzar y criar este espíritu, aunque se quitase el tiempo de otras cosas menos necesarias. porque esto hecho, el espíritu de la devoción como un agua lluvia traería consigo todo lo demás que se requiere para la perfección de la vida.

Y no solamente las virtudes mayores, mas también todo el lustre y hermosura de la religión no hay de donde más legítima y sinceramente nazca que de la devoción interior. Si no, dadme vos un corazón devoto y recogido, y yo os daré luego el cuerpo recogido, y el ayuno, y el silencio, y las vigilias, y la disciplina, y la mesura y moderación en todas las cosas. Porque así como la salud de los miembros interiores redunda luego en el color y figura del hombre exterior, así el corazón y ánimo compuesto luego cría el cuerpo recogido y todo el hombre exterior compuesto: y querer por arte tener lo segundo sin lo primero, es como la mujer fea y flaca que á poder de colores y polvos artificiosos os quiere mentir el rostro hermoso.

De lo cual tú puedes inferir que como un hombre, aunque no tenga pies ni manos, si tiene ánima, todavía es hombre, aunque hombre defectuoso, mas si ésta le falta, aunque tenga todo lo demás, no lo es, así has de entender que mientras el hombre tuviere uso de ferviente y devota oración, aunque le falten otros muchos

(1) Osee 7.

ejercicios, será de verdad siervo de Dios: mas si ésta le falta, aunque tenga otras muchas cosas, crea cierto que le falta una cosa muy principal para serlo. Y aunque el que así carece de oración y devoción, haga algunas buenas obras, como las hace el que la tiene, todavía va grande diferencia de obrar á obrar. Porque si bien lo miras, lo que hace el uno, parece todo carne, y lo que el otro, todo espíritu: lo uno tierra, lo otro cielo: lo uno cobre, lo otro oro: y si todo oro, lo uno oro con mucha liga, y lo otro oro puro y cendrado. Porque el que anda con espíritu de devoción, todas las obras que hace, hace con devoción y con fervor y con alegría y con pura intención, y así todo lo hace por Dios, y en todo le parece que ve á Dios. Mas el que no sabe qué cosa es devoción, si algo hace, ó lo hace por temor, ó por amor proprio, ó por pura ceremonia, ó por sola costumbre, ó por cumplimiento del mundo, ó por pura necesidad, y aun á veces por vanidad: y finalmente, así como él está seco de dentro, así todo lo que hace va lleno de sequedad. Á lo menos á éste tal no parece que le ha comprehendido aquella bendición del Profeta que dice (1): Acuérdese el Señor de tu sacrificio, y tu holocausto sea lleno de grosura delante dél. Sobre las cuales palabras dice S. Gregorio: Holocausto seco es la buena obra que no es regada con lágrimas de oración, mas holocausto lleno de grosura es cuando el bien que se hace, se hace con corazón humilde y va todo él bañado en lágrimas de devoción. ¡Oh si quisiesen los hombres entender esta verdad, cómo se desengañarían y verían que toda virtud es baja sin oración, y que todo aprovechamiento sin ella carece de fundamento! ¡Oh cuántos se tienen por virtuosos sin esta virtud, y si les abriese Dios un poco los ojos y hiciesen escrutinio de sus vidas, verían claramente cómo tienen los senos de su ánima llenos de amor proprio y de otras pasiones muy ocultas, y que no es todo agua limpia, ni todo oro lo que en ellos reluce, y finalmente conocerían que no puede haber humildad, ni temor de Dios verdadero, ni intención pura y sencilla, ni mortificación de pasiones, ni otra virtud perfecta, sin el uso desta virtud. Y ésta es (como dije) la causa por donde muchas religiones están el día de hoy tan lejos del fervor y pureza de sus primeros principios, porque aunque haya en ellas otros buenos ejercicios, están faltas deste ejer-

(1) Psalm. 19.

cicio, que es el ánima de todos los otros y el que solo hacía más al caso que los otros, como la experiencia susodicha nos lo muestra.

Para cuya confirmación no dejaré de referir aquí una sentencia de un varón de singular virtud y aspereza de vida (á quien no sólo la gracia sino también las canas y experiencia de muchos años habían dado mucho conocimiento destas cosas) el cual después de haber tratado en una carta suya de muchas personas que por medio de la oración habían alcanzado grandes virtudes, en cabo concluyó diciendo: Todo esto he dicho porque no sólo recibo singular gusto en que se multipliquen los siervos de nuestro Señor por todas partes, sino también porque me alegro de hablar en ello, y porque tengo por cierto que cualquier persona que se diere á la oración aprovechará más que el mejor y más observante fraile que viviere sin ella, porque sé cierto que todos los que se dan á esta virtud, mudan la vida en mejor, y algunos llegan á altísima perfección.

Todas estas cosas nos declaran cuán grande sea la virtud y eficacia de la oración, y por consiguiente cuánta razón tuvo aquel celestial Maestro de exhortarnos á ella diciendo: Conviene siempre orar sin jamás desfallecer. Pues este mismo ejercicio os encomiendo yo agora, muy amados hermanos, á éste os llamo, á éste os convido con entrañable deseo de vuestra salud, si queréis en poco tiempo ser llenos de todos los bienes de gracia y comenzar en este destierro á gustar los deleites de la gloria. Porque realmente la oración es (como dice un doctor) madre de todas las virtudes, madrastra de los vicios, consuelo de nuestra peregrinación, recogimiento del ánima, espejo de la consciencia, camino para el conoscimiento de Dios, lumbre de la fe, estribo de la esperanza, incentivo de la caridad, alivio de los trabajos, muerte de los malos pensamientos, y unión suavísima de nuestro espíritu con Dios. Ella es atajo breve, subida fácil, camino seguro para venir dulce y derechamente al sumo bien: el cual quien hasta la fin llevare con perseverancia, tenga por cierta la corona de la gloria.

SERMON SEGUNDO

DE LA NECESIDAD DE LA ORACIÓN

Y ASIMISMO DE LA UTILIDAD GRANDE DELLA

Tema: *Oportet semper orare et nunquam deficere. Ubi supra.*

Si el hombre permanesciera en aquel dichoso estado en que fué por Dios criado en el Paraíso, poca necesidad había de tantas máquinas y argumentos para inclinar su corazón á Dios y levantarlo á la contemplación de las cosas celestiales. Porque así como el águila naturalmente vuela en lo alto, y en este lugar edifica su nido, así el hombre (si en aquel estado permanesciera) siempre se anduviera volando con la consideración por las cosas altas y divinas, y en ellas tuviera sus deleites y su morada. Mas después que le comprehendió aquella maldición de la antigua serpiente (que es andar rastrando sobre su pecho y comer tierra todos los días de su vida) luego trocó el cielo por la tierra, y así se enterró en ella, que todo su trato es tierra, y todo él quedó hecho un puro pedazo de tierra. Tierra ama, tierra come, de la tierra habla, en la tierra tiene puesto su tesoro, y de tal manera tiene echada sus raíces en ella, que con todas estas cadenas y maromas apenas lo podemos sacar della.

Y por esto no será inconveniente (ya que habemos tratado de la utilidad de la oración) que tratemos también agora brevemente de la necesidad della (que es otra cadena aún más fuerte que la pasada) para ver si podríamos siquiera por esta vía tomarle por hambre, declarándole cómo esta virtud, demás de ser de tanta utilidad como se ha dicho, es también de tanta necesidad que sin ella por ninguna vía se puede pasar esta vida, porque también esto nos quiso dar á entender el Salvador cuando dijo: Conviene siempre orar sin desfallecer: en las cuales palabras no sólo habemos de entender conveniencia de utilidad, sino también de necesidad, como por las razones siguientes parecerá.

PRIMERA PARTE

Pues qué tan grande sea esta necesidad, no lo podrá entender sino el que tuviere muy bien conoscida la necesidad en que la naturaleza humana quedó por el pecado: la cual es tan grande que no hay palabras que basten á darle debido encarescimiento. Dice la Escriptura que se les abrieron los ojos á los primeros padres cuando pecaron, y que se hallaron desnudos (1). En lo cual se da bien á entender el despojo y la extrema desnudez y pobreza en que el hombre quedó por el pecado, por el cual fué despojado de la gracia y de la justicia original y de todos los otros dones gratuitos que había recibido. Y si perdido todo lo gratuito, quedara lo natural entero, fuera alguna manera de consuelo: mas no fué así, sino que esto también quedó por el pecado tan estragado y corrupto, que dende la planta del pie hasta la cabeza no quedó en él cosa sana.

De manera que le podemos muy bien aplicar aquello que el Profeta dice: Vistióse de maldición como de una vestidura, y entró así como agua en lo interior dél, y así como olio en todos los huesos dél. Bastaba decir que lo había cubierto la maldición como una vestidura de pies á cabeza, sin que nada quedara por cubrir (porque harto gran miseria era ésta) mas porque no pensases que lo de fuera solo quedaba maldito, y lo de dentro sano, dice también que entró como agua en todo lo interior dél, para que así entiendas que ninguna cosa quedó libre de maldición ni dentro ni fuera dél. Y porque el agua no es tan penetrativa como otros licuores, y pudieras por ventura imaginar que todavía quedaba alguna parte más escondida que no había sido penetrada desta maldición, por eso añadió diciendo que entró también como olio (que es el licuor del mundo más penetrativo) dentro de los huesos dél, que es la parte más secreta y escondida del hombre. De suerte que la maldición llegó hasta los tuétanos, que es hasta lo más íntimo y más secreto del ánima., que es aquella parte espiritual della que llaman mente, aquélla que confina con los

(1) Gen 3

ángeles, aquélla qne es hecha á imagen de Dios, aquélla que así como es espíritu, así naturalmente es amiga de cosas espirituales y enemiga de carnales. Pues ésta también quedó toda por el pecado contaminada y estragada y hecha de carne. De manera que como haya en el hombre tres partes principales, cuerpo y ánima y espíritu, todas tres quedaron lisiadas y inficionadas por el pecado. Porque la maldición como vestidura cubrió la carne con todos sus sentidos, y como agua entró en el ánima con todas sus pasiones, y como olio penetró hasta lo íntimo del espíritu con sus potencias, entre las cuales el entendimiento quedó ciego, la voluntad enferma, el libre albedrío flaco, y la memoria distraída y olvidada de su Criador.

Pues quedando el hombre por todas partes tan perdido y tan hecho carne, ¿qué parte es él por sí para guardar la ley de Dios, que es toda espíritu? Sabemos, dice el Apóstol, que la ley es espiritual, mas yo soy carnal y vendido por esclavo del pecado (1). Pues ¿qué proporción hay entre ley espiritual y hombre carnal, para que pueda lo uno con lo otro? ¿Qué habilidad tendría una bestia, que es toda carne, para vivir conforme á una ley, que es toda espíritu? Pues si el hombre quedó por el pecado hecho bestia y hecho carne, ¿qué habilidad tendrá para guardar una ley que es toda espíritu, que es ley de ángeles y ley divina? Es tan poca parte para esto, qne ni una obra sola ni una palabra puede decir de manera que á Dios agrade, si no le viene de fuera especial socorro para ello.

Por do paresce que si por una parte miras al cuerpo del hombre, hallarás que no hay en la mar ni en la tierra ni en el aire criatura subjecta á tantas necesidades y enfermedades y miserias como él: y si por otra miras al ánima, hallarás que es tan flaco y tan miserable que aun no puede abrir la boca para invocar por sí el nombre de Jesús dignamente, porque veas dónde estaba el hombre cuando Dios lo crió, y á dónde vino á parar por el pecado. Tal cura merescía por cierto la ingratitud y soberbia de quien así se levantó contra su Hacedor. Crió Dios al hombre en grandísima prosperidad y honra, y de donde había de tomar ocasión para ser más agradescido, tomóla para ser más soberbio: y por esto con mucha razón lo dejaron tan miserable y desnudo,

(1) Rom. 7.

para que así su pobreza lo hiciese humilde, y la necesidad diligente, y el remedio de la necesidad agradescido.

Pues diréisme, ¿qué remedio tiene el hombre en estado tan miserable? Pregúntoos yo: ¿Qué remedio tiene un hombre para poder vivir, que ni tiene patrimonio, ni hacienda, ni habilidad para ganarla? Decirme heis que no tiene otro sino andarse á mendigar y pedir por Dios. Pues ése mismo es el que le quedó al hombre después del pecado, pues en hecho de verdad él quedó en esa misma necesidad, y por eso no tiene otro remedio sino andar siempre mendigando y llamando á las puertas de la divina misericordia, reconosciendo húmilmente su pobreza y pidiendo limosna, diciendo con el Profeta (1): Mendigo soy yo, y pobre, mas el Señor tiene cuidado de mí.

Item pregunto más: ¿Qué remedio tiene un pájaro que está en el nido recién salido del cascarón, que ni tiene alas ni plumas ni otra habilidad para mantenerse? Cierto es que no tiene otro sino dar voces, y piar, y hinchir los aires de clamores, y solicitar con esto las entrañas de sus padres para que acudan á proveerle. Pues si el hombre quedó por el pecado muy más pobre y descañonado que ninguna ave recién salida del huevo, ¿qué otro remedio puede tener sino clamar á Dios día y noche como á su verdadero padre, y pedirle socorro? Esto es lo que maravillosamente significó aquel sancto rey Ezequías, cuando dijo (2): Así como el hijuelo de la golondrina clamaré á ti, Señor, y daré gemidos como paloma. Como si dijera: Así como este pajarillo, viéndose tan pobre y desnudo, no entiende en otra cosa sino en piar y clamar á sus padres para que le provean de lo necesario, así yo, Señor, viéndome tan desnudo de gracia, tan pobre de fuerzas espirituales, tan sin plumas de virtudes, tan sin alas para volar á lo alto, y finalmente tan inhábil para todo lo que me conviene, que ni un paso agradable á ti puedo dar sin ti, ¿qué tengo de hacer sino imitar la diligencia deste pájaro y clamar á ti, que eres mi padre y mi hacedor, para que acudas á mi nido y proveas á mi necesidad? ¿Qué tengo de hacer sino dar gemidos como paloma, llorando á la continua mi destierro, y mi condenación, y mi pobreza, y mis pecados, pidiéndote con lágrimas y gemidos el remedio de tantos males?

Pues éste es el remedio que le quedó al hombre después de

(1) Psalm. 39. (2) Isai. 38.

aquel miserable naufragio y despojo, para que por él sea socorrido y remediado. Así que, hermano mío, después del pecado el único y singular medio para todo lo que quisieres alcanzar de Dios, es gemido y oración. Si deseas alcanzar su amistad y gracia, gemido y oración: si perdón de pecados, gemido y oración: si mortificación de pasiones, gemido y oración: si consuelo en las tribulaciones, gemido y oración: si fortaleza en las tentaciones, gemido y oración: si consolaciones espirituales, gemido y oración: si socorro en las cosas temporales, gemido y oración. Finalmente, si quieres remedio para la misma ira y saña de Dios, no lo hay otro sino el de la oración. Si no, dime, ¿qué otro tuvo Moisén contra esta saña, cuando quería Dios destruir á su pueblo en el desierto (1), sino atarle las manos con oración? Y por esto lloraba y se quejaba un profeta diciendo que en su tiempo no había quien con estas armas resistiese á la ira del Señor, y así le atase las manos con la oración.

No hay (dice él) quien invoque tu nombre, y quien se levante y te vaya á la mano (2). Y por tanto, si tú deseas aplacar á Dios y resistir á su saña, persevera húmilmente llamándole en la oración, y ten por cierto que por esta vía lo amansarás. Porque nunca estuvo Dios más ensañado contra el mundo que cuando envió las aguas del diluvio, y entonces envió Noé una paloma del arca para ver si había cesado ya el castigo de aquella saña: y aunque la primera vez volvió vacía, la segunda tornó con un ramo de oliva en el pico (3), que era señal cierta de la divina misericordia. Pues así tú, hermano, cuando sintieres que está Dios airado contra ti, envíale del arca (que es de lo íntimo de tu corazón) un gemido de paloma, y procura, si pudieres, acompañarlo con dos alas, una de ayuno y otra de limosna, y ten por cierto que aunque á los principios te parezca que vuelve vacía, al cabo (si perseveras) te traerá un ramo de oliva en la boca, que es la señal de la divina misericordia. Así lo hizo este mismo rey Ezequías, de quien hablamos, cuando de parte de Dios le fué intimada sentencia de muerte por su Profeta (4): y pudo tanto con estas lágrimas y gemidos, que antes que el Profeta saliese de la puerta, acabó con Dios que revocase la sentencia dada, y le añadiese de nuevo quince años de vida. Así lo hizo también David en aquel

(1) Exod. 32. (2) Isa. 64. (3) Gen. 8. (4) Isai. 38.

famoso Psalmo de la penitencia, sobre el cual escribiendo Casiodoro dice así: La oración es por quien se suspende la ira divina, y se alcanza el perdón, y se quita la pena merescida. Ella es la que habla con Dios, platica con el Juez, y hace estar presente al que es invisible, y no pára hasta llegar á la postrera recámara de su juicio, de donde nadie es desechado sino solo aquél que en ella se halla tibio.

Según esto con mucha razón podemos decir que la oración es todas las cosas, pues por ella se alcanzan todas las cosas, y asimismo que ella es todas las virtudes, pues por ella se alcanzan todas las virtudes, y sobre todo esto, que quien tiene á la oración, tiene á Dios, pues por ella se alcanza el mismo Dios. Por lo cual no se debe nadie espantar si dijéremos que alguna vez la oración puede más y hace más que todas las otras virtudes, pues por ella se alcanza el favor de Dios, que puede más que todas las virtudes: lo cual manifiestamente se declara por este ejemplo. Si un castillo estuviese cercado de enemigos, y puesto en tan grande estrecho que estuviese ya para rendirse, y en este medio tiempo fuese un soldado á gran priesa á dar mandado desto al rey, y por esto fuese luego socorrido, bien podríamos decir en su manera que este soldado hizo más que todos los otros, pues el poder que trajo fué más parte para defender la fuerza, que las armas de todos los otros. Pues ¿qué otra cosa es la oración sino un correo que despachamos de la tierra al cielo para pedir socorro á Dios en el tiempo de la tentación? ¡Cuántas veces acaesce que desfallesciendo todas las virtudes en la defensa de nuestra ánima, y estando ya el hombre para entregar las llaves del consentimiento al pecado, este correo nos trae nuevas fuerzas y socorro del cielo, con que se defiende el castillo del enemigo! ¡Cuántas veces acaesce que estando ya el corazón desmayado y caído con la carga de la tribulación de tal manera que todas las virtudes y fuerzas del ánima no bastan para levantarlo, que si entonces (cuando ya nuestro espíritu desfallesce) clamamos á Dios, volvemos luego á revivir y levantar cabeza con el socorro que por este medio nos viene de la gracia! Por esto muy convenientemente es figurada la oración por aquel soldado que fué á dar mandado á Abraham de cómo su hermano Lot y los cinco reyes con él habían sido desbaratados en la batalla, por lo cual el sancto Patriarca juntó su gente, y puesta en orden de guerra, fué á dar sobre los

enemigos, y pudo tanto que los desbarató y les quitó la presa que llevaban, y puso á Lot y á todos los otros prisioneros en libertad (1). Esto mismo vemos que hace la oración cada día, pues ella es la que va y viene á Dios, y le da razón de lo que pasa, y no se contenta con pedirle fortaleza para la batalla, sino pídele también que tome las armas y se halle presente en ella, diciendo (2): Tomad, Señor, armas y escudo, y venid en mi socorro. Y en otro lugar prosigue esto mismo el Profeta más á la larga, diciendo (3): Cercáronme dolores de muerte, y las furias de mis enemigos como crescientes de río me turbaron. Mas yo en medio de mi tribulación invoqué al Señor, y di voces á mi Dios, y Él oyó dende su sancto templo mi oración, y mi clamor llegó ante la presencia dél. Mira pues qué buen mensajero fué éste, que con tal ligereza caminó de la tierra al cielo, y dende allá trajo tan súbito y tan acelerado socorro. Por donde con mucha razón se maravilla y exclama el bienaventurado Sant Hierónimo de la virtud de la oración y de las lágrimas, diciendo: Oh humilde lágrima, tuyo es el poder, y tuyo el reino: tú no temes entrar ante la presencia del Juez, y allí pones silencio á todos tus acusadores: no hay para ti puerta ni cerradura, y aunque entres sola, nunca jamás vuelves vacía. ¿Qué diré? Vences al invencible, atas las manos al omnipotente, y inclinas á todo lo que quieres al Hijo de la Virgen. Hasta aquí son palabras de S. Hierónimo, por las cuales se paresce bien cuán grande sea el poder y eficacia desta virtud, pues que puede más que el Todopoderoso, y le hace venir en lo que quiere, como se podría probar aún más claramente por aquella oración de Josué, en la cual hizo parar al sol en medio del cielo, obedeciendo (como dice la Escriptura) el mismo Dios á la voz de un hombre (4).

Y pues esta virtud tiene por oficio llamar á Dios y traerlo á sí con este llamamiento, no es maravilla que le atribuyamos todos los bienes, pues nos mete por las puertas á Aquél en quien todos están. Y porque demás de las razones y experiencias susodichas en lo pasado hará mucho al caso confirmar esta misma sentencia con autoridades de sanctos, no será fuera de propósito poner aquí también los pareceres y testimonios dellos, para que esto también con lo demás nos convide al amor y ejercicio desta virtud.

---

(1) Gen. 14. (2) Psal. 34. (3) Psal. 17. (4) Josue 10.

SEGUNDA PARTE

Primeramente el bienaventurado S. Crisóstomo declarando en un tratado cómo la oración es principio de todos los bienes, dice así: ¿Qué cosa puede ser más justa, ni más hermosa, ni más sancta, ni más llena de sabiduría que el ánima que tiene trato y comunicación con Dios? Porque si los que suelen hablar y tratar con sabios, en poco tiempo se hacen sabios, ¿qué diremos de los que siempre hablan con Dios y comunican con Él? ¡Oh cuánta es la sabiduría, cuánta la virtud, cuánta la prudencia y la bondad, y la templanza, y la igualdad de costumbres que trae consigo el estudio de la oración! Por lo cual no errará nada el que dijere ser la oración causa de toda virtud y justicia, y que ninguna cosa de las que son necesarias para la verdadera piedad puede entrar en el ánima donde hay falta de oración. Mas antes así como la ciudad que está sin muros y baluartes, fácilmente es entrada de los enemigos, así el ánima que no está guarnecida de oraciones, fácilmente es vencida del demonio y llena de todos los vicios.

Y un poco más abajo dice así: Tampoco irá lejos de la verdad el que dijere que la oración es unos como nervios espirituales del ánima: porque así como el cuerpo está trabado con los nervios, y con ellos se mueve á todas partes (y es tanta la necesidad que dellos tiene para vivir que si le quitásedes los nervios, luego se destemplaría toda aquella armonía y consonancia que tiene) así las ánimas mediante los nervios de la oración están firmes y hábiles para la vida espiritual y para ejercitarse perfectamente en la carrera de la virtud. Y demás desto has de entender que lo que es sacar al pesce fuera del agua, eso es quitar al hombre de la oración. Porque así como el pesce se mantiene deste elemento, así también el ánima de la oración. Por ésta finalmente se nos da volar á lo alto, y traspasar el cielo, y hacernos muy cercanos á Dios. Hasta aquí son palabras de Sant Crisóstomo.

No es menos ilustre testimonio el de Sant Juan Clímaco, que hablando desta misma virtud, dice así: La oración es unión del ánima con Dios, madre de la gracia, perdón de los pecados, puen-

te para pasar las tribulaciones, muro para resistir á las tentaciones, cuchillo para vencer en las batallas, ejercicio y obra de ángeles, principio de la alegría del cielo, obra que nunca se acaba, fuente de las virtudes, ministra de las gracias, aprovechamiento invisible, mantenimiento del ánima, lumbre del entendimiento, destierro de la desconfianza, estribo de la esperanza, arma contra la tristeza, riqueza de los monjes y tesoro de la vida solitaria. Pues levantémonos, hermanos, y oyamos á esta madre de las virtudes que nos dice: Venid á mí todos los que trabajáis y estáis cargados, que yo os daré refrigerio. Tomad mi yugo sobre vosotros, y hallaréis descanso para vuestras ánimas, y medicina para vuestras llagas. Hasta aquí son palabras de Sant Juan Clímaco.

Con las cuales concuerda también aquel gran Basilio, que como hombre que gastaba las noches enteras en oraciones y psalmos, hablando de la oración debajo de nombre de psalmo (que es lo mismo) dice así: El psalmo hace huir los demonios y convida los ángeles, es escudo de los temores de la noche y descanso de los trabajos del día, es tutela de los niños, ornamento de los mozos, consuelo de los viejos, y hermosura de las mujeres. El psalmo hace morar los desiertos y vivir con templanza en las ciudades: es a, b, c, de los que comienzan, y espuelas de los que aprovechan, y firmeza estable de los que acaban.

Pues S. Bernardo, que tan ejercitado fué en esta virtud, y tan dado á la oración, ¿qué dirá? No hay (dice él) cosa que más dulcemente se sienta en esta vida, ni que más alegremente se reciba, ni que ásí aparte el corazón del amor de las cosas del mundo, ni que así esfuerce el ánimo contra las tentaciones, ni que así despierte al hombre á toda buena obra y trabajo, como la gracia de la contemplación, que es la misma oración interior de que aquí hablamos, como al principio se declaró.

Y en otro lugar: Ninguno (dice él) tenga en poco su oración, porque dígoos de verdad que no la tiene en poco Aquél á quien se hace. Porque después que sale de nuestra boca, él la hace escribir en su libro: y una de dos cosas debemos esperar sin ninguna duda, que ó nos dará lo que le pedimos, ó lo que nos fuere más necesario.

Y si aun todo lo dicho te paresce poco, oye lo que S. Buenaventura, doctor gravísimo y sanctísimo, dice desta virtud: Como la bienaventuranza del hombre no sea otra cosa sino gozar del

sumo bien, y este sumo bien esté levantado sobre nosotros, ninguno puede ser bienaventurado si no se levanta sobre sí mismo y sobre todo el ser natural.

Mas este levantamiento no puede ser sino por medio de alguna virtud sobrenatural que desta manera nos levante: y esta virtud es la divina gracia, la cual se da á los que la piden con humilde y devoto corazón. Y esto es sospirar en este valle de lágrimas por el sumo bien, lo cual hacen continuamente los justos por medio de la ferviente oración. Por do parece que la oración es principio de nuestra bienaventuranza y del levantamiento de nuestro espíritu á Dios, y por consiguiente de todo bien.

Hasta aquí son palabras de S. Buenaventura. Para cuyo entendimiento has de saber que así como el hombre fué criado para un fin sobrenatural (que es ver á Dios) así el medio para conseguir este fin se requiere que sea sobrenatural, para que así haya proporción entre la causa y el efecto, que es entre el medio y el fin. Este medio es la alteza y pureza de la vida cristiana que nos enseñan las Escripturas sagradas, y esta manera de vida no puede nadie alcanzar si no es por medio de la divina gracia, la cual demás de los sacramentos señaladamente se nos da por la oración, como dice el Salvador (1): Pedid, y recibiréis: buscad, y hallaréis: llamad, y abriros han. Por do parece claro lo que este sancto dice, que el principio de todo nuestro bien es la oración, pues por ella se alcanza la gracia, que es la madre y origen de todo bien, como arriba se declaró.

Por las cuales autoridades se ve claro cuánta parte sea la oración para alcanzar la perfección y cumplimiento de todas las virtudes. Lo cual es en tanta manera verdad, que dice aquel gran maestro de la vida espiritual Enrico Herpe que mediante el ejercicio de la oración devota se alcanzan más perfectamente las virtudes que por el ejercicio proprio de sus mismos actos. Lo cual parece ser así porque como mediante este ejercicio se alcanza la caridad y la gracia (que es la raíz de todas las virtudes) claro está que beneficiando esta raíz con el riego de la oración, que se ha luego de parecer el beneficio de la raíz en las ramas, cresciendo juntamente con la caridad y gracia las virtudes.

Ésta es la causa principal (allende de las susodichas) por la

(1) Matth. 7.

cual todos los sanctos se dieron tanto al ejercicio de la oración, y el Sancto de los sanctos sin tener para sí necesidad hacía oración para nuestro ejemplo. Con este principio comenzó la predicación del Evangelio, orando y ayunando cuarenta días en el desierto, y con esto se ofreció á la pasión, haciendo tres veces oración en el huerto y convidando á sus discípulos al mismo ejercicio para defenderse en aquel peligro. En la primitiva Iglesia todo el negocio de los cristianos era éste, y con este aparejo se dispusieron para recibir al Espíritu Sancto, y en este ejercicio se ocuparon después de habelle recebido, gastando la mayor parte del día en el templo perseverando (como escribe San Lucas) en oración (1). Entre los Apóstoles, de Sant Bartolomé se dice que cien veces en el día y otras tantas en la noche, hincadas las rodillas, hacía oración. De Santiago se escribe que tenía hechos callos en las rodillas á manera de camello, de estar á la continua sobre ellas en oración. De todos los otros Apóstoles en común se dice que cometieron el oficio de proveer las viudas y necesitados á otros discípulos, porque libres de toda ocupación exterior, aunque sancta, se pudiesen emplear siempre en el oficio de la oración y predicación. Y si con tanta instancia y perseverancia mendigaban y pedían la gracia los que en tanta abundancia la habían recebido, ¿qué debríamos hacer los que tan pobres estamos della?

¿Qué diré de los otros sanctos así del Viejo como del Nuevo Testamento? Aquel tan grande amigo de Dios Moisén escribe de sí mismo que estuvo cuarenta días y cuarenta noches derribado ante la cara del Señor, haciendo oración por los pecados de su pueblo (2). El rey David, entre tantas maneras de ocupaciones como pide el oficio de reinar, hallaba siete veces al día tiempo desocupado para alabar á Dios y hacer oración (3). Y el bienaventurado S. Hierónimo escribe de sí mismo que algunas veces juntaba el día con la noche hiriendo los pechos y haciendo oración, y que no cesaba deste oficio hasta que el Señor enviaba paz á su corazón. Muy sabida es también la oración y contemplación tan profunda del glorioso Padre S. Francisco, la cual estimó en tanto, que ni por el oficio de la predicación y conversión de las ánimas la quiso dejar, hasta que por revelación de Dios le fué mandado que predicase. Y nuestro bienaventurado Padre Santo

(1) Act. 2 (2) Exod 24. (3) Psal. 118.

Domingo, su contemporáneo, de tal manera tenía repartidos los tiempos, que el día gastaba con los prójimos y la noche con Dios, y por esto era tan grande el fructo de su doctrina, porque de noche negociaba lo que obraba de día, y primero persuadía y acababa con Dios lo que quería, que lo acabase con los hombres.

Ni tampoco faltan ejemplos desta virtud en el linaje flaco de las mujeres, antes cuanto este linaje es más flaco tanto es más devoto y más tierno y más humilde y aparejado para el ejercicio de la oración. De aquella sancta viuda llamada Anna, escribe S. Lucas que nunca salía del templo, sirviendo día y noche en ayunos y oraciones hasta los ochenta y cuatro años de su vida (1), después de los cuales meresció ver en el mismo templo al Hijo de Dios en los brazos de su madre, y ser ella primero que el sancto Baptista precursor y predicador de tan grande misterio. De muchas nobles mujeres escribe S. Hierónimo que las dejaba el sol en oración cuando se ponía, y en el mismo lugar y oficio las hallaba cuando acabado el curso de la noche tornaba á amanecer otro día. Sant Gregorio cuenta de Trasila, religiosísima virgen y tía suya, que cuando la fueron á lavar para amortajarla después de muerta, hallaron que tenía en los cobdos y rodillas hechos callos á manera de camellos (como arriba dijimos del apóstol Santiago) por la costumbre que tenía de estar siempre prostrada en oración.

Y Santa Isabel, hija del rey de Hungría, áunque hija de rey y casada, con licencia de su marido se iba acostar sobre un alhombra para despertar con tiempo á las vigilias de la oración, para que la mala cama le diese buena noche y espacio largo para este sancto ejercicio. Y de ninguna destas cosas se debe nadie maravillar, porque sin duda los deleites y fructos deste ejercicio son tan dulces y tan grandes, que después que un ánima los ha probado, ningún trabajo, por grande que sea, rehusa por ellos.

No acabaríamos por esta vía de contar ejemplos desta virtud. Porque éste fué el común ejercicio de todos los sanctos, por cuya causa muchos dellos dejaron el mundo y se fueron á los desiertos y soledades, donde holgaban de comer las yerbas de la tierra como bestias, por tener aparejo y tiempo para darse á la oración. Ésta es aquella mejor parte que escogió María, la cual por sentencia del Salvador fué preferida á aquella tan excelente obra de

(1) Luc. 2.

misericordia que hacía Marta (1). Porque por medio deste ejercicio se alcanza una tan grande perfección y pureza de consciencia, que levanta al hombre sobre sí mismo y lo hace semejante á Dios.

Pues los bienes que se alcanzan por la oración, ¿quién los explicará? ¿Qué milagro se hizo en el mundo que no fuese por oración? ¿Qué linaje de gracia se alcanzó jamás que no fuese por oración? ¿Cuántas victorias de ejércitos y de enemigos poderosísimos se vencieron por oración? ¿Con qué otras fuerzas todos los sanctos curaron las enfermedades, lanzaron los demonios, vencieron la muerte, amansaron las fieras, templaron las llamas, trocaron la naturaleza de los elementos, y mudaron el curso de las estrellas, sino con las fuerzas de la oración? ¿Con qué otras armas pelearon y triunfaron Moisés, Josué, Gedeón, Jepté, David, Ecequías, Josafat, Asá y los nobles Macabeos, y finalmente todos los grandes amigos de Dios, sino con las armas de la oración? Por donde no en balde daba voces el rey Joás al profeta Eliseo, cuando se quería morir, diciendo (2): Padre mío, padre mío, que eres el carro de Israel y el gobernador dél: conviene saber (como dice una glosa) que puedes más con tu oración para defensa deste reino que todos los carros y poderes del mundo. Porque las armas del cristiano contra todos los enemigos visibles y invisibles no son otras sino oración.

Todo esto nos declara cuánta sea la necesidad que tenemos de esta virtud para todo lo bueno (que es lo que al principio propusimos) y por consiguiente con cuánta razón nos aconseja el Salvador diciendo: Conviene siempre orar y nunca desfallecer. Porque como la oración sea una puerta principal por donde nos entran todos los bienes, y un instrumento general del cristiano para todas sus obras, ¿qué será un cristiano sin oración, sino un soldado sin armas, un escribano sin pluma, ó un zurujano sin herramienta? Y por esto (concluyendo esta parte) digo que el cristiano que de veras desea serlo, una de las cosas que principalmente debe mirar es que de tal manera ordene el trato y los negocios de su vida, que siempre busque tiempo y aparejo para tratar con Dios en la oración. Y no solas las ocupaciones y negocios temporales, mas también las espirituales (por graves que sean) se deben tomar con tal templanza, que siempre den lugar y tiempo para tomar

(1) Luc. 10. (2) IV Reg. 2.

deste ejercicio tanto cuanto sea necesario para el reparo de la vida, como arriba se declaró. Porque si la oración es (según dijimos) el instrumento general de que el cristiano usa para todas sus obras, así como dicen los teólogos que ningún deudor es tan estrechamente obligado á restituir lo que debe, que le pongan en necesidad de vender la herramienta con que trabaja para pagar la deuda (porque desta manera ni podría pagar ni podría vivir, y trabajando con ella podrá con lo uno y con lo otro) así ni la ley de la caridad ni la carga de ningún oficio obliga á nadie tan pesadamente que le ponga en necesidad de dejar del todo el uso de la oración (que es como el instrumento general del verdadero cristiano) porque sin ésta ni podrá acudir como debe á las cargas de su oficio, ni conservarse en la vida espiritual: mas tomando della moderadamente lo necesario, fácilmente podrá con lo uno y con lo otro, como lo declara muy bien Sant Bernardo escribiendo á Eugenio.

SERMÓN TERCERO

DE LA CONTINUACIÓN Y PERSEVERANCIA DE LA ORACIÓN

Tema: *Oportet semper orare et non deficere. Ubi supra.*

En todas aquellas autoridades de la oración que alegamos al principio, no sólo se nos manda hacer oración, sino también que la hagamos siempre. Y esto mismo se nos manda aún más expresamente por estas palabras que habéis oído: Conviene siempre orar sin desfallescer. Acerca de lo cual hay dos cosas en qué dudar: la una, cómo sea posible perseverar tanto tiempo en oración, y la otra, por qué causa nos sea esto tan necesario.

§ I

Cuanto á lo primero, algunos (viendo la dificultad que había en esta continuación y perseverancia de la oración, por las muchas ocupaciones desta vida) dijeron que esta continuación se debía entender del bien obrar, que á la continua se debe hacer. Porque harto bien ora quien siempre hace bien. Así es por cierto, que muy buena oración es la buena obra, porque como todo el ejercicio de la oración se ordene para este fin, quien siempre hace buenas obras, siempre hace oración. Mas no es esto lo que en aquellas palabras quiso significar el Salvador, pues el propósito y contexto dellas no habla del bien obrar, sino del orar, como se parece por el ejemplo de la mujer que siempre importuna al juez pidiendo justicia. Y demás desto, si Él eso quisiera significar, bien supiera decir: Conviene siempre bien obrar, y no: conviene siempre orar.

Y por esto á la letra se ha de entender este paso con todos los otros susodichos de la oración. Y en la imposibilidad del mandamiento no hay que altercar, porque aquí no se nos manda cosa imposible, sino posible, que es orar con la mayor instancia y continuación que podamos, renunciando y dando de mano á todas las otras cosas que nos podrían impedir este ejercicio. Y ésta es manera de hablar muy usada, que se diga hacer siempre lo que se hace en todo el tiempo que es posible hacerse. Como cuando se dice del varón justo que pensará en la ley del Señor día y noche (1), no entendemos esta continuación como la entendería un matemático, sino moralmente, como el uso común la suele entender, que es con toda la continuación y perseverancia posible. Mas esta continuación es mayor que la que piensan los hombres carnales: porque si un hombre tocado del amor del dinero ó de la hermosura de una mujer anda siempre pensando en aquello que ama, y ni de día ni de noche, ni velando ni durmiendo puede sacudir de sí este pensamiento, aunque á ratos trabaje por ello, ¿qué mucho es que el ánima tocada del amor de aquella divina hermosura no pueda desviar sus ojos della, y que allí tenga siempre su corazón donde tiene su tesoro?

(1) Psal. 1.

Otros hay que tasan el tiempo de la oración como la cuantidad de la medicina. Porque así como la medicina se ha de tomar en tanta cuantidad cuanta baste para vencer el mal y obrar la salud, así también (como la oración sea una medicina espiritual con que se curan las llagas del ánima) tanto será necesario tomar desta medicina cuanto baste para curar estas llagas y cobrar aliento para bien vivir. Y por esta causa no se puede señalar una medida para todos, porque según están más ó menos domadas las pasiones de cada uno, y según son mayores y menores las ocasiones de peligros en que anda, así es mayor ó menor la necesidad que tiene desta virtud. Porque por experiencia se ve que así como hay unas tierras que sufren mejor la sequedad de los temporales que otras, y que con poca agua dan su fructo, y otras por el contrario que faltándoles el agua luego se arruinan y secan, así también hay algunos corazones de tan buena masa, ó tan proveídos de la divina gracia, que con poquita oración andan bien dispuestos y concertados, y otros por el contrario tan bulliciosos y tan mal inclinados, que en el punto que les falta este beneficio, luego pierden todo el frescor y aliento del Espíritu Sancto. Y déstos no se puede negar sino que tienen mayor necesidad del socorro desta virtud, así como las personas más enfermas que tienen mayor necesidad del uso de las medicinas. Y la misma necesidad que causan los peligros de dentro, ésa también causan las ocasiones de fuera: porque así como es necesario que ande más á recaudo el que anda en tierra de enemigos que de amigos, y más abrigado el cuerpo en tiempo de invierno que de verano, así conviene que ande más armado de la oración el que vive entre ocasiones de peligros que el que está fuera dellos, según que lo enseñó el Salvador á sus discípulos, á los cuales mandó velar y orar con mayor cuidado cuando era tiempo de mayor peligro.

§ II

AGORA tratemos de la necesidad que hay desta continuación y perseverancia en la oración: la cual necesidad no se ha de tomar así absolutamente, sino supuesto que el hombre quiere vivir espiritualmente y caminar á la perfección. Pues qué tan grande sea la necesidad que tiene deste ejercicio el que desta manera

quiere vivir, no hay lengua qne lo pueda explicar. Solo aquél á quien Dios hobiere dado ojos para ver la corrupción y miseria en que la naturaleza quedó por el pecado (como arriba dijimos) y el que hobiere llegado al profundo desta pobreza, y apeado este piélago tan hondo, ése podrá entender la necesidad que el hombre tiene del socorro divino y de estar siempre pidiéndolo con perpetua oración. Esto ha de tomar por principio y fundamento el que quisiere averiguar y sacar en limpio la grandeza desta neeesidad.

Pues procediendo por este camino has de saber que nuestro apetito quedó por el pecado tan desordenado y tan perdido, que todo su negocio es estar siempre solicitándonos y inclinándonos al amor de las cosas que son dulces y favorables á la carne, sin tener cuenta ninguna con lo que manda Dios: porque como dice el Apóstol (1), no está subjecto á la ley de Dios, ni puede estarlo. Pues este mal vecino que tenemos de las puertas adentro, siempre está deseando y apeteciendo todo lo que es en derecho de su dedo, conviene á saber, honras y deleites y placeres y otras cosas semejantes, y esto con un calor y codicia tan grande, que no arden tanto los fuegos del monte Etna como él arde con el fuego de sus apetitos y codicias. Porque éste es aquel horno de Babilonia que levantaba las llamas cuarenta y nueve cobdos en alto, donde nadie puede dejar de quemarse y abrasarse, si no es por virtud de aquella maravillosa gracia que Dios promete, diciendo (2): Cuando pasares por las aguas, seré contigo, y en el fuego no te quemarás. Pues si este apetito nos está siempre atizando y incitando á lo malo, ¿no será razón que haya por otra parte quien nos esté siempre solicitando y inclinando á lo bueno, y nos retraiga de lo malo? Y si éste con sus malas inclinaciones y codicias está siempre gastando y consumiendo los buenos propósitos y afectos de nuestra ánima, ¿no será razón que haya quien siempre repare lo que siempre se gasta, pues hay quien siempre lo destruya? ¿No será razón que pues hay perpetuo gasto, haya perpetuo recibo, porque no se alcance lo uno á lo otro?

Si un hombre estuviese colgado de una soga, y hobiese otro que lo estuviese siempre estirando hacia abajo por los pies, y no hobiese otro que lo aliviase hacia arriba por los brazos, ¿en qué podría parar éste sino en ahogarse y morir? Pues si esta carne

(1) Rom. 8. (2) Isai. 43.

está siempre tirando y inclinando nuestro corazón hacia la tierra, y no hay por otra parte quien lo levante al cielo, ¿qué se puede esperar de aquí sino que prevalezca contra el espíritu la carne, y se haga el hombre todo carne? Mira que dice el Salvador que lo que nasce de carne, carne es, y lo que nasce de espíritu, espíritu es. Pues si es cierto que esta carne está siempre (conforme á su naturaleza) apeteciendo cosas de carne y desperesciéndose por ellas: si por otra parte no hay un espíritu contrario á esta carne, y un afecto bueno contrario á este malo, que deshaga lo que éste hace, y contradiga lo que éste dice, y incline á lo contrario que éste inclina, ¿en qué podrá parar el hombre sino en hacerse todo carne? Pues este buen efecto trae consigo la oración y la devoción, la cual levanta al hombre de la tierra al cielo, y lo enamora de las cosas espirituales, y hinche su corazón de buenos deseos, y le hace despreciar todos los deleites sensuales, y viste al ánima de fortaleza y de luz y de alegría y de otros muchos buenos propósitos y afectos contrarios á los que de la carne nascen, y desta manera se tiemplan sus ardores con este roscío del Espíritu Sancto, según aquello del Eclesiástico que dice: El roscío que sale al encuentro al ardor que viene, amansa y tiempla su furor. Pues por esto conviene siempre orar sin desfallecer, para que pues este ardor es perpetuo, así también lo sea el refrigerio de la oración y devoción que lo ha de templar.

Y para que mejor entiendas esto, mira con atención la providencia tan admirable de que usó naturaleza con el corazón del animal. Porque como este corazón sea un miembro calidísimo (porque así convenía que fuese el que había de dar calor á todo el cuerpo) porque con la demasía de su proprio calor no se quemase, proveyóle naturaleza de un perpetuo refrescador (que es el pulmón) el cual perpetuamente le está haciendo aire y lo defiende de la excelencia de su calor. No he hallado hasta agora ejemplo que más me pareciese que hinchía esta medida, ni que más á mi contento declarase y probase la necesidad que nuestra ánima tiene del continuo refresco desta virtud. Porque ¿quién me negará sino que tenemos acá dentro en el seno de nuestro corazón un calor muy vehemente y muy poderoso para dañar, que es el ardor de nuestras codicias, que los teólogos llaman *fomes peccati?* Y ¿qué otra cosa hace este calor día y noche, sino arder y abrasar todo lo bueno que hay en nuestras ánimas? Pues si no

hay dentro dellas algún refrescador que tiemple estos ardores con el aire del Espíritu Sancto y con el roscío de la devoción, ¿en qué parará el ardor desta calentura, sino en consumir y resolver todas las fuerzas del ánima? Pues por esto conviene muchas veces abrir la boca de nuestro espíritu á Dios con oraciones continuas para pedir y recebir este aire, como la abría el Profeta cuando decía (1): Abrí mi boca para atraer el espíritu, porque deseaba tus mandamientos. En las cuales palabras nos da á entender que así como abriendo el hombre la boca, atrae á sí este aire material con que se refrigera el corazón y se tiempla la vehemencia de su calor, así cada vez que abrimos la boca de nuestra ánima suspirando por Dios y pidiéndole su gracia, recibimos este aire del Espíritu Sancto, mediante el cual se refrigeran los ardores de nuestro apetito y se sustenta la vida espiritual. Por lo cual parece claro cómo nos conviene siempre orar sin desfallecer, y tener por muy averiguado que así como hay necesidad de estar siempre alentando y recibiendo este aire corporal para sustentar la vida corporal, así también la hay de estar siempre alentando y suspirando por estotro aire espiritual, pues está claro que no menos depende deste aire la vida de nuestro espíritu, que desotro la de nuestro cuerpo.

§ III

AÑADIRÉ aún otra razón, que se deriva también deste mismo principio, para confirmación de lo susodicho. Cierto es que una de las cosas que más se requieren para vivir vida espiritual, es actual devoción. Porque no es otra cosa devoción (según que arriba declaramos) sino una promptitud y presteza para todo lo bueno, y así varón devoto es aquél que está prompto y aparejado para todo bien. Lo cual parece ser conforme á la etimología deste nombre devoto, que quiere decir hombre dedicado y ofrescido al servicio de Dios, y como quien está ya haldas en cinta para servirle. Y si esto quiere decir devoción (como arriba tratamos) cierto es que ninguna cosa hay más necesaria para vivir vida espiritual, que ésta. Pues esta devoción claro está que es

(1) Psalm. 118.

perpetua hija y compañera de la oración, porque la devoción nasce de levantar nuestro espíritu á Dios, el cual (como sea un fuego vivo de caridad) no puede dejar de comunicar este calor á los que se allegan á él. Por do parece que la devoción no es cosa natural al hombre en el estado en que agora está, sino sobrenatural, porque no nasce de dentro, sino de fuera, ni procede de los principios de la naturaleza, sino de la gracia y unión con Dios.

Pues si deste principio nasce la devoción, claro está que el que quisiere estar siempre devoto, siempre ha de estar uñido con Dios, para que siempre se le comunique este calor. Ejemplo tenemos en el agua, que si queremos que esté siempre caliente, siempre la debemos tener sobre el fuego, porque en desviándola de ahí, luego su poco á poco se vuelve á su frialdad natural. Porque como ella naturalmente sea fría, y acidentalmente caliente, para volver á su frialdad natural no ha menester ayuda de vecinos, porque su propria forma le basta: mas para conservarse en el calor, que no le es natural, es necesario que esté siempre uñida con la causa deste calor, que es el fuego. Pues desta manera, como la devoción sea también una cosa sobrenatural, si queremos que este divino calor se conserve siempre en nuestras ánimas, siempre las debemos traer uñidas con la causa dél, que es Dios, por medio de la oración: porque si de aquí las desviamos, luego la malicia de la naturaleza va obrando su poco á poco y reportando al hombre á su natural frialdad y indevoción, hasta que del todo queda frío, como cada día la experiencia nos lo muestra. Y ésta es la causa por qué dura tan poco el espíritu de la devoción (como vemos) porque como sea tan peregrino este afecto en nosotros como el calor en el agua, así como el agua por muy caliente que esté, si la desviáis del fuego se vuelve de ahí á poco á su natural disposición, así también el ánima se vuelve á su natural tibieza y relajación, por muy devota que esté: porque el afecto contrario que tenía no era natural, sino pegadizo y participado, como dicho es. Por lo cual parece claro cómo nos conviene siempre orar y nunca desviarnos (cuanto sea posible) deste fuego divino, pues tenemos un corazón tan miserable y tan frío, que en quitándolo de encima de las brasas, luego se hiela.

Para mayor confirmación desta razón es de saber que uno de los principales avisos y documentos de la vida espiritual es que

trabaje el hombre cuanto le sea posible por andar siempre en espíritu, si quiere vivir vida espiritual. Porque como el corazón sea el principio de todas nuestras obras, cual está el corazón, tales son las obras que salen dél. Si está devoto y compuesto, todas sus palabras y obras salen bien ordenadas y compuestas, y si indevoto y descompuesto, todas salen desordenadas y descompuestas. Y por esto, así como todo el cuidado del hortolano es procurar que la tierra esté siempre jugosa y húmida para que dé fructo (de manera que no la ha de dejar en su natural disposición, que es fría y seca, sino en aquélla que se le comunica por beneficio del agua, que es fría y húmida) así el principal cuidado del siervo de Dios ha de ser en procurar de nunca dejar á su corazón en su natural disposición, que es muy contraria para las cosas de Dios, sino en aquélla que se le comunica por beneficio de la devoción, para que así esté siempre dispuesto para dar fructo de buenas obras. Lo cual está claro que no se puede alcanzar sino por el uso continuo de la oración, porque quien quiere tener siempre devoción, siempre es necesario que ande en oración.

§ IV

AÑADIRÉ aún otra razón á las pasadas, la cual también se colige del mismo fundamento que al principio propusimos. Sabida cosa es entre cristianos que el hombre no es parte para conseguir el fin para que fué criado, que es Dios, ni tampoco los medios que para esto se requieren, que son la gracia y las virtudes, si no le viene especial favor y socorro del cielo. En figura de lo cual leemos que dijo Moisén á los hijos de Israel (1): La tierra que vosotros vais agora á poseer, no penséis que es como la tierra de Egipto, que se riega con agua de pie, porque ésta no se riega desa manera con agua de la tierra, sino con agua del cielo: ca los ojos del Señor están siempre sobre ella dende el principio del año hasta el fin, y ellos la miran y la visitan con sus lluvias ordinarias. Muy bien está aquí señalada la diferencia que hay del pueblo de Dios al pueblo del mundo, y del verdadero cristiano al filósofo gentil. Porque el filósofo gentil no sabe qué cosa

(1) Deut. II.

es gracia, ni espíritu de Dios, ni cosa sobrenatural: y por eso toda su esperanza tiene puesta en su industria y en su estudio y diligencia, y mediante ella piensa alcanzar lo que pretende, que es virtud y felicidad. Mas el cristiano, como ve con mayor luz y mejores ojos la corrupción de la naturaleza, ni confía en ella ni en todos los estudios y diligencias della para pensar de conseguir por aquí su fin. Porque le ha ya enseñado la palabra divina que lo que nasce de carne, carne es (1), y que toda carne es heno, y toda la gloria della como la flor del campo (2), y finalmente que todos los esfuerzos humanos son los que el Profeta dijo (3): Concibiréis ardores, y pariréis pajuelas. Por donde el verdadero cristiano todo depende del cielo: allí tiene su remedio, y de allí espera los aires y soles y aguas con que se haya de prosperar la sementera de sus trabajos y las plantas de las virtudes. Y por esto el filósofo gentil cave cuanto quisiere en la tierra para sacar agua de sangre, estudie y lea siempre en su filosofía, pues por ella espera ser bienaventurado: mas el cristiano tenga por estudio principal alzar sus ojos al cielo y esperar de allí el roscío y los aires del Espíritu Sancto, diciendo con el Profeta: Levanté mis ojos á los montes, donde me ha de venir el socorro: mi socorro es de Dios, que hizo el cielo y la tierra. Como si más claramente dijera: Los otros hombres (cuando se ven en necesidad) tienden sus ojos por la tierra, porque en ella tienen echadas sus raíces y esperanzas: mas yo como hombre que toda su salud espera del cielo y no de la tierra, allá enderezo los ojos de mi corazón, de donde espero mi remedio. Y cuánta sea la ventaja de la una esperanza á la otra, decláralo el mismo Profeta diciendo: Éstos tienen su esperanza en sus caballos y carros, mas nosotros invocaremos el nombre del Señor, y ellos con toda su provisión y aparato se enlazaron y cayeron, mas nosotros resuscitamos y estamos en pie (4). Por donde con mucha razón se maravillaba el Profeta desta excelencia diciendo (5): ¿Quién como tú, pueblo de Israel, que alcanzas verdadera salud por mano de Dios? Porque está claro que la ventaja que hace el brazo de Dios á todo otro brazo y poder criado, tanta hará esta salud á otra cualquier salud. Pues si esto es así, bien se sigue que el principal oficio del cristiano ha de ser alzar sus ojos á Dios y estar siempre unido

(1) Joan. 3. (2) I Pet. 1. (3) Isai. 33. (4) Psalm. 19. (5) Isai. 45.

con Él, para que así como todo depende dél, así esté siempre participando los beneficios y influencias dél. Por lo cual dice un doctor que así como los rayos del sol es necesario que estén siempre uñidos con él, si han de permanecer y conservarse en aquella luz y resplandor que tienen, así conviene que nuestra ánima esté siempre uñida con Dios (que es el dador y conservador de todo su bien) para que así viva y se conserve en él y por él.

Para mayor entendimiento desto querría que imaginásedes en este mundo dos mundos: uno visible y corpóreo, en que están todos los cuerpos, y otro invisible y incorpóreo, en que están todas las ánimas. Pues habéis de entender que así como este mundo visible y corpóreo se gobierna por el cielo, y por esto dice Aristóteles que es menester que esté continuado con él, para que mediante esta continuación haya paso para esta comunicación de la una parte á la otra, así también estotro mundo invisible y incorpóreo se gobierna por Dios, y por esto es también necesario que esté siempre uñido con él, para que mediante esta unión reciba los rayos y las influencias de su luz. Declaremos esto más en particular. Mira cómo un árbol para que tenga aquella hermosura y perfección que pide su naturaleza, es necesario que esté campero (como dicen) que es muy descubierto por todas partes á los aires y influencias del cielo. Porque como él se gobierne de lo alto, y de allí reciba toda su virtud, conviene que esté en tal lugar y sitio, que pueda libremente gozar destos comunes beneficios. Ca si se plantase donde no le diese aire ni sol ni luna, ni podría medrar ni dar fructo alguno. Pues así has de entender que pues todo el bien que nuestras ánimas tienen, procede de aquel altísimo y espiritualísimo cielo, que es Dios, necesario es que estén de tal manera desembarazadas y libres, que puedan estar siempre atentas y presentes á Él, para que así mirándole sean miradas, y amándole sean amadas, y llamándole sean oídas, y tendiendo siempre los brazos de su afición á Él, sean ellas también abrazadas y recibidas dél. Lo contrario de lo cual hacen los que como árboles sombríos tienen siempre sus corazones sepultados en los negocios del mundo: los cuales como nunca miran á Dios ni alzan los ojos á lo alto, así nunca gozan destos aires de vida ni cae sobre ellos agua ni roscío del cielo.

En una palabra te lo quiero decir todo, aunque con otro ejemplo más humilde. Mira cómo la gallina estando sobre los huevos,

los calienta, y mediante la virtud de aquel calor poco á poco los va animando y empollando, hasta que finalmente de huevos los hace pollos: y desta manera entiende que perseverando el ánima húmilmente debajo de las alas de Dios en la oración, allí está participando el calor de su gracia, mediante el cual poco á poco va perdiendo el ser y las costumbres del hombre viejo, y cobrando las de aquél cuyo calor participa, que es Dios, De manera que la continuación de aquel calor hace de los huevos pollos, mas la déste hace de los hombres dioses.

Mas mira bien que así como es menester que la gallina que ha de sacar sus huevos, persevere sobre ellos con mucha paciencia, porque si es bulliciosa y andadera, y los deja mucho enfriar, nunca los sacará á luz, así conviene que el ánima deseosa desta soberana trasformación persevere debajo de aquellas divinas alas, y que allí repose, allí duerma, allí cante, allí llore, allí finalmente haga su nido y su perpetua estación, diciendo con el Profeta (1): El pájaro halló casa, y la tórtola nido, donde tenga sus pollitos. Y asimismo trabaje por no dejar enfriar muchas veces este divino calor, porque si es instable y bulliciosa, y no reposa en su nido, nunca sacará sus pollos á luz.

Responde á una objección. § V

Dirás por ventura que es ésta grande carga, y que no pertenece esto para todos, sino para solos los perfectos. Así es. Mas ¿qué peco yo agora en señalarte con el dedo el término deste camino, para que veas la derrota que te conviene llevar, si quieres caminar á él? Si no pudieres llegar á esta continuación, ni á tener las manos perpetuamente fijas y estables en oración (como hizo Moisén) á lo menos trabaja en esto cuanto pudieres, que mientras más hicieres, mayor ganancia hallarás. Á lo menos no había de haber cristiano que no tuviese sus dos tiempos señalados cada día, á mañana y tarde, como al principio dijimos. Porque de otra manera yo no entiendo cómo pueda ser uno virtuoso si no tiene sus tiempos señalados para el estudio y ejercicio de la virtud. Porque, dime, si un hombre quisiese aprender una arte ó

(1) Psalm. 84.

sciencia, y preguntase á todos los maestros del mundo qué era lo que principalmente le convenía hacer para salir con la tal arte, ¿qué le podrían decir sino que tomase cada día dos ó tres horas de tiempo, y más, si más pudiese, y estudiase en aquella arte, ó leyendo, ó platicando con su maestro, y que por esta vía á cabo de cierto tiempo saldría con lo que deseaba? ¿Hay otro medio para alcanzar sabiduría sino éste? Claro está que no. Pues ¿cómo es posible alcanzar nadie la virtud, que es arte de las artes y sciencia de las sciencias, sin el estudio y ejercicio della? Pues ¿qué otra cosa es la oración interior (si se hace como conviene) sino un puro ejercicio y estudio de la virtud? ¿Qué se hace allí sino estar el hombre ordenando su vida, mirando sus obras, examinando sus culpas, y llorándolas, y proponiendo la emienda dellas, y pidiendo al Señor gracia para emendarlas? Pues ¿qué es esto, bien mirado, sino estar á los pies del Maestro de las virtudes, tomando dél lición de virtud? ¿Qué es esto sino hacer el hombre lo que es de su parte, y obligar á Dios que haga lo que es de la suya, para que así, concurriendo en uno la diligencia y la gracia, vaya el hombre cada día aprovechando en la emienda de la vida? Esto es lo que singularmente significó el Eclesiástico cuando dijo: Los que temen al Señor, aparejarán sus corazones, y en presencia dél sanctificarán sus ánimas. Porque no es otra cosa presentarse á Dios en la oración, y estar allí examinando y ordenando su vida, y tratando con Dios de la emienda della, sino un estudio de la virtud y un ejercicio con que el hombre sanctifica y repara su vida. Lo mismo muestra el profeta David que hacía cuando dice (1): Pensé de noche en mi corazón, y allí me ejercitaba y barría mi espíritu. Pues ¿cuándo hace esto el ánima, sino cuando recogida dentro de sí misma, examina sus defectos, y corrige su vida, y pide al Señor gracia para emendarla, y así barre y alimpia la casa de su consciencia? Aquí se asienta á los pies del Maestro del cielo, y aquí recibe su doctrina, diciendo con el Profeta (2): Oiré lo que habla en mí el Señor Dios, porque hablará paz sobre su pueblo, y sobre sus sanctos, y sobre los que se convierten al corazón. Pues á los que desta manera se convierten al corazón, que es al secreto del recogimiento, enseña Dios su doctrina, y no solamente les enseña, sino también óbra en ellos aquel sosiego de

(1) Psalm. 76. (2) Psalm. 84.

espíritu y aquella paz interior que el mundo no puede dar, sino solo Él.

Pues si tan necesario es este medio para alcanzar la virtud, ¿cuál es el desatinado que viendo cómo ninguna sciencia se puede alcanzar sin estudio de cada día, piensa de alcanzar ésta, que es la más alta de todas, sin estudio ni ejercicio della? Por esto, con mucha razón dice el Eclesiástico (1): El que conserva la ley, multiplica la oración: porque así como el que quiere ser gran sabio, procura ser gran estudiante, así el que quiere ser muy virtuoso procura ejercitarse mucho en la oración, porque (demás de alcanzarse por ella la divina gracia, que es madre de las virtudes) ella misma es estudio y ejercicio perfectísimo de la virtud.

Conclusión de todo lo susodicho. § VI

Y porque en estos sermones se han dicho muchas cosas de la oración, aunque todas para un propósito (que es para dar á entender su gran valor y virtud) quiero agora concluir y declarar sumariamente todo mi intento por una muy propria analogía y comparación. Si quieres pues en pocas palabras entender la necesidad que nuestra ánima tiene de andar en la presencia de Dios, y de traer siempre los ojos puestos en Él (que es lo que aquí llamamos continua oración) mira la proporción y dependencia que la luna tiene con el sol, y la necesidad que tiene de estar siempre delante dél, que ésa es la cosa del mundo que más al proprio declara todo el hilo deste negocio. Hallarás pues primeramente que así como la luna ninguna claridad tiene de suyo, sino toda la recibe del sol, así nuestra ánima ninguna claridad ni virtud ni gracia ni habilidad para merecer tiene de sí misma, sino sola aquélla que recibe del verdadero Sol de justicia, que es Cristo nuestro salvador. Lo segundo hallarás que así como la luna recibe esta claridad del sol según el aspecto con que lo mira, porque cuando lo mira de lleno en lleno, toda ella está llena de claridad, mas cuando lo mira imperfectamente y á soslayo, así también recibe más ó menos su claridad, desta manera ten por cierto que según la disposición en que nuestra ánima mira á Dios en la oración y contemplación, así recibe la claridad y las influencias de

(1) Eccli. 35.

su gracia y de su luz: porque si lo mira de lleno en lleno, que es con una perfectísima contemplación y conversión á Él, toda ella es embestida y llena de claridad, mas si lo mira imperfectamente y como á soslayo, que es con menor atención y conversión, así también imperfectamente participa la lumbre dél. Esto es una gran verdad, sobre la cual había mucho que decir y que pensar: mas por no ser largo, paso á lo demás. Lo tercero hallarás que así como la luna óbra en los cuerpos inferiores conforme á la claridad que recibe del sol, y así crescen y menguan sus efectos conforme á la cresciente y menguante della, así también has de entender (como arriba dijimos) que conforme á la cresciente y menguante de la gracia que se recibe en la oración, así crescen y menguan los actos de las virtudes: de manera que al paso que anda la oración, á ése mismo regularmente suele andar todo lo demás, puesto caso que no se excluyen por esto otros medios, con que se puede alcanzar la divina gracia. Lo cuarto y último hallarás que así como poniéndose alguna cosa delante la luna que le estorbe el aspecto y vista del sol (como cuando la tierra se interpone entre él y ella) luego en ese punto se eclipsa y pierde su claridad y resplandor, y con ella también la eficacia de obrar que tenía mediante la luz, así entiende que en poniéndose ante los ojos de nuestra ánima alguna cosa terrena que nos estorbe la vista y la consideración actual de aquel clarísimo y divinísimo Sol, que es cuando dejamos de pensar en Dios por pensar en la tierra y en las cosas terrenas, luego á la hora parece que se eclipsa y escuresce toda, y que pierde toda aquella claridad y alegría y fervor de espíritu, con todos los otros efectos que desta celestial vista se le comunican. Y por tanto, el que quisiere tener el ánima siempre clara y dispuesta, alegre y devota para todo bien, trabaje por traer sus ojos puestos en Dios sin volverlos á otra parte en cuanto le fuere posible, porque si siempre estuviere mirando, siempre estará gozando y participando la claridad de su luz y las influencias de su gracia. Y esto es lo que aconseja el Salvador, diciendo: Conviene siempre orar y nunca desfallecer, para que mirando siempre al verdadero Sol de justicia, seamos siempre llenos del resplandor de su gracia, por la cual merezcamos después alcanzar su gloria.

FIN

AL LECTOR

Esta edición, cristiano lector, es la más emendada de cuantas hasta agora se han impreso, y por tanto á ésta se han de remitir todas las otras, y ésta pido á los impresores que tengan por verdadero original para todas las otras ediciones que adelante salieren á luz.

Esta advertencia está puesta al principio de la edición de Salamanca, 1555, y al final de la de Amberes, 1558.

VARIANTES DE LAS EDICIONES

DEL

LIBRO DE LA ORACIÓN Y MEDITACIÓN

EN SUS TRES ÉPOCAS

EXPLICACIÓN DE LOS SIGNOS EMPLEADOS

A = ediciones de la 1.ª época (1554).
B = ediciones de la 2.ª época (1556).
C = ediciones de la 3.ª época (1566).

En el Prólogo, página 6, C suprime el párrafo que empieza: Pues menester es.... *y acaba:* provechosa la fe.

En la pág. 7, al apartado que termina: nos encomienda, *B añade:* Éstos debrían leer aquellos cinco libros de la Consideración, que S. Bernardo escribió al papa Eugenio, y allí verían lo que importa este ejercicio para alcanzar toda virtud: donde en el primer libro, declarando cómo la consideración es madre de todas las virtudes, dice así: Primeramente la consideración alimpia y purifica la misma fuente de donde nasce, que es el ánima: después desto rige las pasiones naturales, endereza las obras, corrige las faltas, compone las costumbres, hermosea y ordena la vida, y finalmente da al hombre conoscimiento de las cosas divinas y humanas. Ésta es la que distingue las cosas confusas, recoge las derramadas, escudriña las secretas, busca las verdaderas y examina las aparentes y fingidas. Ésta es la que ordena lo venidero y piensa lo pasado, proveyendo lo uno y llorando lo otro, para que ninguna cosa quede sin corrección ni castigo. Ésta es la que

en medio de las prosperidades barrunta las adversidades, y así no las siente cuando vienen, por haberlas antes prevenido con la consideración: de las cuales cosas la una pertenesce á la prudencia, y la otra á la fortaleza. Ésta es la que está como juez asentada para dar sentencia entre los deleites y las necesidades, señalando su término á cada cual de las partes, dando á las necesidades lo que basta, y quitando á los deleites lo que sobra: y haciendo esto, cría y forma la virtud de la temperancia, á la cual pertenesce este oficio. Hasta aquí son palabras de Sant Bernardo, con las cuales, junto con lo que después añade, pretende probar que la consideración es fuente de todas las virtudes y todo bien. Lo cual si considerasen los que hacen poco caso destos sanctos ejercicios, verían claro cuánto se desvían del espíritu de Dios y de la doctrina de los sanctos.

En C sólo se añaden las tres primeras líneas de B: Éstos debrían... para alcanzar tanto bien.

En la pág. 8, B varía de este modo: Después déstas se añadió la tercera (que sale ya desta necesidad) en la cual por vía de sermones se trata de la virtud y excelencia de la oración, para que pues en todo el libro se trata della y de las cargas que por ella se deben llevar, entienda el hombre por aquí cuán bien empleado sea el trabajo que sirve para alcanzar cosa de tanto provecho y dignidad.

C de esta otra manera: Después déstas se añadió la tercera (que sale ya desta necesidad susodicha) en la cual se trata de la virtud de la oración y de dos compañeras suyas, que son ayuno y limosna, para que pues en todo el libro se trata de la oración y de las cargas que por ella se deben llevar, entienda el hombre por aquí cuán bien empleado sea el trabajo que sirve para alcanzar cosa de tanto provecho.

En la pág. 9, líneas 1.ª y 2.ª B C tienen: para lo cual una de las cosas que más aprovechan, es la profunda y larga...

En la pág. 11, A B: Comienza el tratado de la Oración. *C:* Comienza el Libro de la Oración y Consideración.

C sustituye todo el Capítulo Primero por otro distinto, en la forma siguiente:

CAPÍTULO PRIMERO

DE LA UTILIDAD Y NECESIDAD DE LA CONSIDERACIÓN

Porque en el ejercicio de la consideración no puede dejar de haber trabajo (así por la ocupación del tiempo que cada día nos pide, como por la quietud y recogimiento de corazón que para él se requiere) paresce que será necesario ante todas cosas declarar aquí los provechos grandes que se siguen de este ejercicio, para que el corazón humano, que sin grandes promesas no se mueve á grandes trabajos, se pueda mover al amor y ejercicio dél. Pues la mayor alabanza que podemos dar á esta virtud, es ser ella una grande ayudadora de todas las otras virtudes, no para suplir el oficio dellas, sino para ayudarlas en su ejercicio. De suerte que así como la devoción es un estímulo y despertador general para toda virtud (como dice Sancto Tomás) y el oir sermón (si se oye con aquella atención y devoción que él meresce ser oído) es también un ejercicio que nos mueve, no á una virtud sola, sino á toda virtud (pues á esto se endereza la doctrina) así también la consideración es una grande ayuda, no para una virtud sola, sino para todo género de virtud. Porque no hay más diferencia entre el sermón y la consideración que entre la lición y la petición de esa misma lición, ó que entre el manjar puesto en un plato y el mismo digerido y cocido en el estómago. Pues ésta es una de las mayores y más seguras alabanzas que podemos dar á esta virtud, porque desta manera no se echa fuera el trabajo de las otras virtudes, sino provéese de quien las ayude en su trabajo y las provoque á trabajar. Pues esto es lo que con el favor de Dios pretendemos agora probar muy á la clara en este lugar.

Para cuyo entendimiento es de saber que entre las virtudes, unas hay que son comunes al cristiano con el filósofo gentil (como son aquellas cuatro que llaman cardinales, prudencia, justicia, fortaleza y templanza, de las cuales los filósofos alcanzaron y escribieron mucho) y otras hay que son proprias del cristiano en

cuanto cristiano, de que nada supieron ni escribieron los filósofos, ó muy poco. Éstas son primeramente aquellas tres nobilísimas virtudes que llaman teologales, fe, esperanza y caridad, que tienen por objecto á Dios, y ordenan el hombre para con Él, las cuales tienen el imperio y mando sobre todas las otras virtudes inferiores, y así las llaman y despiertan á sus operaciones, cuando cumple para su servicio. Tras éstas vienen otras muy principales y excelentes virtudes (que son muy vecinas á éstas) cual es la virtud que llaman religión, que tiene por objecto el culto de Dios, y la devoción, que es acto de la misma religión, que nos hace ligeros y promptos para todas las cosas de su servicio: y el temor de Dios, que nos aparta y refrena del mal: y la humildad, que también en su manera es raíz y fundamento de todas las virtudes (como dice Sancto Tomás) y la penitencia, que es la puerta de nuestra salud, á la cual pertenece el dolor de lo pasado y el propósito y emienda de lo venidero. De todas estas virtudes muy poco ó nada alcanzaron los filósofos, con ser ellas las que tienen el señorío y principado sobre todas las otras, y las que son raíces y fuentes de todo nuestro bien. Lo uno, porque por la mayor parte son virtudes espirituales, que tienen el cumplimiento de su perfección en lo íntimo de nuestra ánima (donde está toda la hermosura de la hija del rey) y lo otro, porque todas ellas (excepto la fe) son virtudes afectivas, y por consiguiente nos son grandes estímulos y despertadores para bien obrar. En lo cual maravillosamente resplandece la providencia de la divina gracia: porque así como la naturaleza nos proveyó de afectos y deseos naturales que fuesen unas como espuelas para despertarnos á hacer todo lo que convenía para la vida natural, así también la gracia nos proveyó de otros afectos sobrenaturales que nos fuesen también estímulos y despertadores para lo que convenía á la vida espiritual. Y éstas son aquellas virtudes que dijimos, amor, dolor, temor, esperanza, con las demás: sin las cuales la vida espiritual fuera como un barco sin remos, ó un navío sin velas, porque no tuviera quien la moviera á bien obrar. Y aun desto teníamos mayor necesidad en esta vida que en la otra, porque como el camino de la virtud sea tan áspero y dificultoso, ¿qué fuera de nosotros si no tuviéramos estas espuelas de amor y de temor y de esperanza que nos espolearan y hicieran andar por él? Pues por esta causa son tan alabadas estas virtudes, porque demás de ser ellas tan

principales como dicho es, son tan grandes estímulos y incentivos para bien obrar.

Supuesto pues este fundamento, digo que las mayores alabanzas que damos á la virtud de la consideración, es ser ella una grande ministra y ayudadora de todas estas virtudes, así de las unas como de las otras, según que agora declararemos. Por donde también se verá que si esta virtud es muy alabada, no lo es tanto por lo que es en sí, cuanto por el servicio y provecho que hace á las otras.

Pues comenzando primeramente por la fe, ya se ve que ésta es el primer principio y fundamento de toda la vida cristiana. Porque la fe nos hace creer que Dios es nuestro criador, gobernador, redemptor, sanctificador, glorificador y finalmente nuestro principio y nuestro último fin. Ella es la que nos enseña cómo hay otra vida después désta, y juicio universal de todas nuestras obras, y pena y gloria perdurable para buenos y malos. Pues claro está que la fe y crédito destas cosas enfrena los corazones de los hombres y los hace estar á raya y vivir en temor de Dios. Porque á no estar esto de por medio, ¿qué sería de la vida de los hombres? Y por esto dijo el Profeta que el justo vivía por fe: no porque ella baste para darnos vida, sino porque con la representación y consideración de las cosas que ella nos enseña, nos provoca á apartar del mal y seguir el bien, y por esto mismo nos la manda tomar el Apóstol por escudo contra todas las saetas encendidas del enemigo: porque no hay mejor escudo contra las saetas del pecado que traer á la memoria lo que la fe nos tiene contra él revelado.

Mas para que esta fe obre en nosotros este efecto, es menester que algunas veces nos pongamos á rumiar y considerar con un poco de atención y devoción eso que nos enseña la fe. Porque no habiendo esto, parece que la fe nos sería como una carta cerrada y sellada que aunque vengan en ella nuevas de grandísima pena ó alegría, no nos mueven á lo uno ni á lo otro más que si nada hubiésemos recibido, porque no habemos abierto la carta, ni mirado lo que viene en ella. Pues ¿qué cosa se puede decir más á propósito de la fe de los malos que ésta? Porque no pueden ser cosas de mayor espanto y alegría que las que nos predica nuestra fe: mas como los malos nunca abren esta carta para ver lo que viene en ella (quiero decir, como nunca se acuerdan de estos miste-

rios, ó pasan tan de corrida por ellos) no causan en ellos esta manera de sentimiento y alteración. Conviene pues que algunas veces abramos esta carta, y leamos muy de espacio, y miremos con atención lo que en ella se nos enseña: lo cual se hace mediante el oficio de la consideración, porque ella es la que desencierra lo encerrado, y desplega lo encogido, y aclara lo escuro, y así, esclaresciendo nuestro entendimiento con la grandeza de los misterios, inclina nuestra voluntad (cuanto es de su parte) á vivir conforme á ellos. Este oficio figuró Dios en la ley singularmente cuando entre las condiciones del animal limpio puso una, que fué rumiar lo que comía. Pues claro está que poco hacía esto al caso para ser el animal limpio ó no limpio, y poco cuidado tenía de eso Dios: mas quiso Él representarnos en esto la condición y oficio de los animales espiritualmente limpios (que son los justos) los cuales no se contentasen con comer las cosas de Dios creyendo por la fe, sino rúmianlas también después de comidas por la consideración, escudriñando los misterios que creyeron, y entendiendo el tomo y la grandeza dellos, repartiendo luego este manjar por todos los miembros espirituales del ánima para sustentación y reparo della.

De suerte que mirando bien este negocio hallaremos que así como el grano de la simiente del árbol aunque virtualmente contiene dentro de sí la substancia del árbol, todavía tiene necesidad de la virtud y influencias del cielo, y del beneficio y riegos de la tierra, para que salga á luz lo que allí está encerrado, y poco á poco se vaya haciendo árbol, así también decimos que aunque la fe sea la primera simiente y origen de todo nuestro bien, todavía debe ser ayudada con este beneficio de la consideración, para que por ella, mediante la caridad, salga á luz el árbol verde y fructuoso de la buena vida que en ella virtualmente se contenía.

§ II

No menos también ayuda á la virtud de la esperanza, que es un afecto de nuestra voluntad que tiene su motivo y raíz en el entendimiento, como claramente nos lo muestra el Apóstol diciendo (1): Todas las cosas que están escriptas, fueron escriptas

(1) Rom. 15.

para nuestra doctrina, para que por la paciencia y consolación que nos dan las Escripturas, tengamos esperanza en Dios. Porque ésta es la fuente de donde el justo coge el agua de refrigerio con que se esfuerza á esperar en Dios. Porque primeramente ahí ve la grandeza de los servicios y merescimientos de Cristo, que es el principal estribo y fundamento de nuestra esperanza. Ahí ve en mil lugares expresada y declarada la grandeza de la bondad y de la suavidad y de la majestad de Dios, la providencia que tiene de los suyos, la benignidad con que recibe á los que se acogen á Él, y las palabras y prendas que tiene dadas de no faltar á los que pusieren su esperanza en Él: ve que ninguna otra cosa más á menudo repiten los Psalmos, prometen los Profetas y cuentan las historias dende el principio del mundo, sino los favores, regalos y beneficios que continuamente el Señor hizo á los suyos, y cómo los ayudó y valió en todas sus angustias: cómo ayudó á Abraham en todos sus caminos, á Jacob en sus peligros, á Josef en su destierro, á David en sus persecuciones, á Job en sus enfermedades, á Tobías en su ceguedad, á Judit en su empresa, á Ester en su petición, y á los nobles Macabeos en sus batallas y triunfos, y finalmente á todos cuantos con humilde y religioso corazón se encomendaron á Él. Éstas y otras son las cosas que esfuerzan á nuestro corazón en los trabajos, y lo hacen esperar en Dios. Pues ¿qué hace aquí la consideración? Toma esta medicina en las manos, y aplícala al miembro flaco y enfermo que la ha menester. Quiero decir, trae todas estas cosas á la memoria, y represéntalas á nuestro corazón, y escudriña y tantea la grandeza destas prendas y misericordias de Dios, y con esto lo anima y esfuerza para que no desmaye, sino que también él ponga su esperanza en aquel Señor que nunca faltó á quien de todo corazón se acogió á Él. Ves pues cómo la consideración es ministra de la esperanza, y cómo le sirve y le pone delante todo lo que le ha de esforzar. Mas quien ninguna cosa destas considera, ni tiene ojos para ver nada desto, ¿con qué podrá esforzar y animar esta virtud, para que le valga en sus trabajos?

§ III

Después de la esperanza se sigue la caridad, de cuyas alabanzas no se puede hablar con pocas palabras. Porque ella es la más

excelente de las virtudes así teologales como cardinales: ella es vida y ánima de todas ellas, ella es el cumplimiento de toda la ley, porque como dice el Apóstol, el que ama, cumplido tiene con la ley. Ella es la que hace el yugo de Dios suave, y su carga liviana, ella es la medida por donde se ha de medir la porción de la gloria que se nos ha de dar, ella es la que agrada á Dios, y por quien le es agradable todo lo que le es agradable, pues sin ella ni la fe, ni la profecía, ni el martirio tiene precio delante dél. Ésta es finalmente la fuente y origen de todas las otras virtudes (por razón del imperio y señorío que tiene para mandarlas y hacerles usar de sus oficios) como el mismo Apóstol lo confirma diciendo: La caridad es paciente y benigna: no es envidiosa, no hace mal á nadie, no es soberbia, no ambiciosa, no busca sus intereses, no se ensaña, no piensa mal, no se goza de la maldad, y huélgase con la verdad: todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, y todo lo lleva.

Pues para alcanzar esta joya tan preciosa, aunque ayudan todas las virtudes y buenas obras, mas señaladamente sirve la consideración. Porque cierto es que nuestra voluntad es una potencia ciega que no puede dar paso sin que el entendimiento vaya adelante alumbrándola y enseñándola lo que ha de querer, y cuánto lo ha de querer. Y también es cierto que (como dice Aristóteles) el bien es amable en sí, mas cada uno ama su proprio bien. Pues para que nuestra voluntad se incline á amar á Dios es menester que el entendimiento vaya adelante declarándole y ponderándole cuán amable sea Dios en sí, y cuánto lo sea también para nosotros: esto es, cuánta sea la grandeza de su bondad, de su benignidad, de su misericordia, de su hermosura, de su dulzura, de su mansedumbre, de su liberalidad y de su nobleza, y de todas las otras perfecciones suyas, que son innumerables: y después desto, cuán piadoso haya sido para con nosotros, cuánto nos amó, cuánto por nuestra causa hizo y padeció dende el pesebre hasta la cruz, cuántos bienes nos tiene aparejados para adelante, cuántos nos hace de presente, de cuántos males nos ha librado, con cuánta paciencia nos ha sufrido, y cuán benignamente nos ha tratado, con todos los otros beneficios suyos, que también son innumerables. Y considerando y ahondando mucho en la consideración destas cosas, poco á poco se va encendiendo nuestro corazón en amor de tal Señor. Porque si aun las bestias fieras

aman á sus bienhechores, y si las dádivas (como suelen decir) quebrantan peñas, y si (como dijo un filósofo) el que halló beneficios halló cadenas para prender los corazones, ¿qué corazón habrá tan duro ni tan de fiera que considerando la inmensidad y grandeza de todos estos beneficios, no se encienda en amor de quien se los dió?

Júntase también con esto que considerando el hombre estas cosas, y haciendo con el favor divino lo que es de su parte, hace Dios también lo que es de la suya, que es mover á quien se mueve, y ayudar á quien se ayuda, favoresciendo nuestra consideración con la lumbre del Espíritu Sancto y con el don del entendimiento, el cual cuanto más penetra y entiende todas estas razones de amor, tanto nos enciende más en ese amor. Porque así como aquella Luz eterna y Palabra del Padre no es palabra estéril, sino palabra fecunda, que juntamente con el Padre produce al Espíritu Sancto, que es amor consubstancial, así también lo hace esta luz y palabra de Dios en nuestros corazones, encendiendo y soplando en ellos este amor.

Esto aún se confirma y declara más por otra razón. Porque claro está que aunque esta virtud crezca (como dijimos) con los actos de todas las otras virtudes hechos en gracia, pero señaladamente cresce con sus proprios actos cuando son vehementes, como dice Sancto Tomás. Porque así como escribiendo bien y con cuidado se hace uno escribano, y pintando se hace pintor, y tañendo tañedor, así también amando se hace amador. Quiero decir que así como el uso de escribir bien hace á un hombre escribano, etc., así también el uso y ejercicio y continuación de amar mucho á Dios, viene á hacer un hombre grande amador de Dios. Porque dado caso que esta habilidad y virtud celestial sea don de Dios y cosa que Él infunde y óbra en nuestras ánimas, todavía óbra Él esto por este medio, queriendo que así las virtudes infusas como las acquisitas crezcan con el ejercicio de sus actos, aunque en diferente manera. Donde se infiere que cuanto uno más multiplicare actos de amor, cuanto más se ejercitare en esta virtud, mientra más durare y perseverare en esta obra de amor, más se arraigará y fortificará en él este don celestial. Pues esto ¿cómo se puede hacer sin el oficio de la consideración? ¿Cómo puede estar la voluntad amando, sin que al entendimiento la esté soplando, y atizando, y descubriendo causas de amor? Porque así como de dos

caballos que van en un carro, no puede el uno dar paso sin el otro, así estas dos potencias de tal manera están entre sí trabadas, que ordinariamente no puede la una dar paso sin la otra, á lo menos la voluntad sin el entendimiento. ¿Ves pues cuán intrínseco y cuán anejo sea el oficio de la consideración al amor de Dios, pues nunca ó apenas puede el hombre estar amando sin que esté considerando, ó sin que haya considerado cosas que le muevan á este amor?

Y no sólo para el acrescentamiento desta virtud, sino también para la conservación della es menester que no falte alguna consideración: esto es, no sólo para que crezca, sino también para que no desfallezca entre tantas contradicciones y ofensivos como tiene en esta vida. Vemos que el pesce fuera del agua luego se muere, y una gota de agua fuera de la mar muy presto se seca, y el fuego fuera de su región más presto se acaba, si no hay cuidado de cebarlo muchas veces con leña, para que así se conserve. Pues esto mismo ha menester también el fuego de la caridad para conservarse en esta vida, donde está como extranjera y peregrina: y la leña con que se conserva, es la consideración de los beneficios de Dios y de sus perfecciones, porque cada una destas cosas bien considerada es como un leño ó un tizón que atiza y enciende en nuestros corazones este fuego del amor. Por lo cual nos conviene cebar muchas veces este fuego con esta leña, para que así nunca desfallezca en él esta divina llama, como lo figuró Dios en la ley cuando dijo: En mi altar (que es el corazón del justo) siempre habrá fuego. Y para esto se tendrá cuidado cada día, por la mañana, de cebarlo con leña (que es con la consideración de todas estas cosas) para que así se pueda siempre conservar. Y así dice el Psalmo: Con mi meditación ó consideración se encenderá más el fuego, conviene saber, de la caridad.

Esta misma necesidad se prueba aún por otra razón. Porque vemos que todas las habilidades y gracias así naturales como acquisitas, así como crescen con el uso y ejercicio dellas, así también se olvidan con la falta dél. Lo cual vemos en las cosas aun muy naturales y muy usadas. Porque ¿qué cosa más usada que la lengua, con que el hombre nasce, y que mamó en la leche? Pues aun ésta se viene por tiempo á olvidar, cuando no se usa. ¿Y qué digo la lengua? Pues acaesce que si el hombre ha estado cuatro ó cinco meses en la cama enfermo, apenas acierta á andar cuan-

do se levanta, con ser el andar una cosa tan natural y tan usada. Pues si las habilidades tan naturales y tan ejercitadas padescen tanto detrimento cuando no se usan, ¿qué harán las sobrenaturales, que nos son como postizas y pegadizas? Y si la caridad y todas las otras virtudes infusas entran en esta cuenta, ¿qué será de nosotros si por maravilla nos ocupamos y ejercitamos en ellas? Si por esta causa se pierde lo natural, ¿qué hará lo sobrenatural? Si se pierde lo que está aferrado en las entrañas, ¿qué hará lo que está preso como con alfileres?

Item, si es verdad que todas las amistades se conservan y crescen con la comunicación, y se apagan con la falta della (como Aristóteles dice) ¿qué será de aquéllos que ninguna comunicación tienen con Dios, que ni hablan con Él ni Él con ellos, ni piensan ni tratan sus cosas? ¿Ves pues, hermano, cuánto nos importa el oficio de la consideración y comunicación con Dios para la conservación desta virtud?

§ IV

Y no menos conviene también esto mismo para todas las otras virtudes afectivas que dijimos. Entre las cuales una muy principal es la devoción: la cual es una habilidad y don celestial que inclina nuestra voluntad á querer con grande ánimo y deseo todo aquello que pertenece al servicio de Dios, que es una de las cosas de que el hombre tenía mayor necesidad en este estado de la naturaleza corrupta. Porque por experiencia vemos que no pecan los hombres tanto por falta de entendimiento cuanto de voluntad: quiero decir, no pecan tanto por ignorancia del bien cuanto por la desgana que tienen dél. La cual desgana no nasce de la condición de la virtud (que de suyo es suavísima y muy conforme á la naturaleza del hombre) sino de la corrupción del hombre. Pues como éste sea el principal impedimento que tenemos para el bien, nuestro principal cuidado había de ser buscar el remedio dél: para lo cual una de las cosas que más nos ayudan, es la devoción. Porque no es otra cosa devoción sino un refresco del cielo y un soplo y aliento del Espíritu Sancto, el cual rompe por todas estas dificultades, sacude esta pesadumbre, cura este desgusto de nuestra voluntad, y pone sabor en lo desabrido, y así nos hace promptos y ligeros para todo lo bueno. Lo

cual experimentan cada día los siervos de Dios, cuando tienen alguna grande y señalada devoción: porque entonces se hallan más ganosos y alentados para todo trabajo, y entonces parece que se alegra y renueva la juventud de sus ánimas, y entonces experimentan en sí la verdad de aquellas palabras del Profeta que dicen: Los que esperan en el Señor mudarán la fortaleza, tomarán alas como de águila, correrán y no se cansarán, andarán y no desfallecerán.

Tiene también otra cosa la devoción, que es ser una como fuente y manantial de buenos deseos. Por donde en las Escrituras divinas se suele llamar ungüento, el cual se compone de muchas especies aromáticas, y así echa de sí muchos y muy suaves olores: y lo mismo hace la devoción por el tiempo que dura en nuestro corazón, que toda ella se difunde en mil maneras de sanctos propósitos y deseos: y cuanto más éstos crescen y se dilatan, tanto más descrecen los hedores de nuestro apetito, que son los malos deseos que proceden dél. Porque así como no se siente tanto el mal olor en la casa del doliente cuando se quema allí algún poco de encienso ó alguna otra especie olorosa, así no se siente tanto el olor de estos malos deseos cuando dura el olor suavísimo deste ungüento precioso. Y como sea verdad que todo el estrago de nuestra vida nazca de la corrupción y hedor deste apetito, y de los malos deseos que nascen dél, con grandísima diligencia se debe procurar este ungüento celestial que tanta parte es para diminuir y menoscabar este tan grande mal.

Y de la manera que la consideración sirve á todo esto, así también sirve á todas las otras virtudes que arriba propusimos, que son temor de Dios, dolor de los pecados, desprecio de sí mismo (en que consiste la virtud de la humildad) y agradescimiento de los beneficios divinos. Porque (como ya dijimos) ningún buen afecto puede haber en la voluntad, que no proceda de alguna consideración del entendimiento. Porque ¿cómo puede uno tener dolor y contrición de sus pecados, sino considerando la fealdad y muchedumbre dellos, lo que se pierde por ellos, y el aborrescimiento que Dios tiene contra ellos, y cuán perdida y estragada queda un ánima por ellos? Item, ¿cómo podrá uno despertar su corazón á temor de Dios, sino considerando la alteza de su majestad, la grandeza de su justicia, la profundidad de sus juicios, la muchedumbre de sus pecados, y otras cosas semejantes?

¿Cómo podrá humillarse de corazón y despreciarse, si no considera la muchedumbre de sus flaquezas, de sus enfermedades, de sus caídas, de sus miserias? Porque si S. Bernardo dice que la humildad es desprecio de sí mismo (el cual procede del conoscimiento de sí mismo) cierto es que cuanto más el hombre con la consideración ahondare en este conoscimiento y cavare en este muladar, tanto más de veras conoscerá lo que es, y tanto más se despreciará y humillará. Pues el agradescimiento de los beneficios de Dios (de donde nascen sus cantares y alabanzas, que es una principal parte de la verdadera religión) ¿de dónde procede sino de la profunda consideración dellos? Porque cuanto más el hombre con esta consideración penetra y entiende la grandeza dellos, tanto más se mueve á alabar y dar gracias á Dios de todo corazón por ellos. Callo aquí también el menosprecio del mundo, y el aborrescimiento del pecado, y otros semejantes afectos virtuosos: los cuales, después de la gracia, es cierto que proceden desta consideración, que es el estímulo y despertador dellos, y es el olio con que se ceban las lámparas de todas estas virtudes y buenos afectos, y de otros semejantes.

Y no menos ayuda para esto mismo la oración, cuando se junta con la consideración (como ordinariamente suele acaescer) sino á veces mucho más, porque la consideración comúnmente no se ocupa más que en atizar uno destos afectos virtuosos: mas la oración (cuando es atenta y devota, y va acompañada de espíritu y de fervor) todas estas virtudes susodichas suele despertar. Porque cuando el ánima se presenta á Dios con un gran deseo de aplacar su ira y pedirle misericordia, no hay piedra que para esto no menee: quiero decir, no hay afecto sancto de que para esto no se aproveche, como hace la madre que desea aplacar á su hijo, ó la buena mujer á su marido, cuando lo siente enojado, que suele aprovecharse de todo cuanto para esto le puede ayudar. Porque allí el ánima religiosa se acusa delante de Dios, allí con el publicano se confunde y avergüenza por sus pecados, allí propone la emienda dellos, allí se humilla y treme ante aquella soberana Majestad, allí cree, allí espera, allí ama, allí adora, allí alaba, allí da gracias por todos los beneficios, allí ofrece á Dios sacrificio por sí y por todos sus prójimos. Todo esto pasa en la devota oración: y como sea verdad que los hábitos de las virtudes crezcan con el ejercicio de sus actos, de aquí nasce quedar el ánima

con este ejercicio muy ennoblescida y perficionada en estas virtudes, como lo dice Sant Lorenzo Justiniano por estas palabras: En el ejercicio de la oración se alimpia el ánima de los pecados, apasciéntase la caridad, alúmbrase la fe, fortaléscese la esperanza, alégrase el espíritu, derrítense las entrañas, pacifícase el corazón, descúbrese la verdad, véncese la tentación, huye la tristeza, renuévanse los sentidos, repárase la virtud enflaquescida, despídese la tibieza. consúmese el orín de los vicios, y en ella saltan centellas vivas de deseos del cielo, entre las cuales arde la llama del divino amor.

De aquí nasce ser éste un ejercicio convenientísimo para reformar el hombre sus costumbres y su vida, y mudarse en otro hombre, como á la clara nos lo representó el Salvador en el misterio de su gloriosa transfiguración. Del cual escribe Sant Lucas que estando haciendo oración en el monte, súbitamente se transfiguró de tal manera que su rostro resplandesció como el sol, y sus vestiduras se pararon blancas como la nieve. Bien pudiera el Señor transfigurarse fuera de la oración, si quisiera: mas quiso Él de propósito que allí fuese, para mostrarnos en la transfiguración de su cuerpo la virtud que la oración tiene para transfigurar las ánimas, que es para hacerles perder las costumbres del hombre viejo, y vestirse del nuevo, que es criado á imagen de Dios. Allí es donde se alumbra el entendimiento con los rayos del verdadero Sol de justicia, y donde se renuevan las vestiduras y atavíos del ánima, y se paran más blancas que la nieve. Esto mismo es lo que significó Dios al sancto Job cuando le dijo: ¿Por ventura por tu sabiduría muda las plumas el gavilán cuando bate sus alas al medio día? Gran maravilla es por cierto que sepa esta ave desnudarse de las plumas viejas y vestirse de las nuevas, y que para esto busque el aire caliente del medio día, para que con su calor se dilaten los poros, y con su movimiento se despidan las plumas viejas y se dé lugar á los cañones nuevos que comienzan á renascer. Mas ¿cuánto mayor maravilla es ver un ánima desnudarse de Adam y vestirse de Cristo, mudar las costumbres del hombre viejo y vestirse del nuevo? Pues esta tan maravillosa mudanza se hace cuando el ánima devota se convierte al medio día y allí bate sus alas al aire. ¿Qué es convertirse al medio día sino levantar el espíritu á la consideración de aquella luz eterna, y á los rayos de aquel verdadero Sol de justicia? Y ¿qué es batir sus alas al aire sino

estar allí sospirando y aleando con afectos y deseos del cielo, invocando y pidiendo con grandes ansias el favor y gracia de Dios? Pues entonces sopla el aire de medio día, que es aquel celestial frescor del Espíritu Sancto, y con su templado calor y dulce movimiento nos esfuerza y ayuda á echar fuera todas las plumas viejas del antiguo Adam, para que se dé lugar á las plumas nuevas de las virtudes y sanctos deseos que allí comienzan á renascer. Y esto es lo que por otras palabras significó el Eclesiástico cuando dijo (1): Los que temen al Señor aparejarán sus corazones y sanctificarán sus ánimas delante dél. Lo cual señaladamente se hace en el ejercicio de la devota oración, porque aquí es donde más familiarmente se presenta el ánima delante de Dios (como dice S. Bernardo) y aquí es donde llegándose á aquella luz eterna, ve más claro sus defectos, y los llora, y los acusa, y procura el remedio dellos pidiendo al Señor su gracia y proponiendo de su parte la emienda, y así poco á poco va sanctificando y emendando su vida. ¿Ves pues cuánto sirve este ejercicio para alcanzar aquellas altísimas virtudes que dijimos ser proprias del cristiano?

§ V

Pues también ayuda en su manera para las otras cuatro virtudes que llaman cardinales, que son, prudencia, justicia, fortaleza y templanza, como claramente lo dice S. Bernardo en el libro de la Consideración por estas palabras: Primeramente la consideración purifica y alimpia la misma fuente de donde nasce, que es el ánima: después desto rige las pasiones naturales, endereza las obras, corrige las faltas, compone las costumbres, hermosea y ordena la vida, y finalmente da al hombre conoscimiento de las cosas divinas y humanas. Ésta es la que distingue las cosas confusas, recoge las derramadas, escudriña las secretas, busca las verdaderas, y examina las aparentes y fingidas. Ésta es la que ordena lo venidero, y piensa lo pasado, proveyendo lo uno y llorando lo otro, para que ninguna cosa quede sin corrección y sin castigo. Ésta es la que en medio de las prosperidades barrunta las adversidades, y así no desmaya cuando vienen, por haberlas antes prevenido con la consideración: de las cuales cosas la una

(1) Eccli. 1.

pertenesce á la prudencia, y la otra á la fortaleza. Ésta es la que asentada como juez para dar sentencia entre los deleites y las necesidades, señala su término á cada cual de las partes, dando á las necesidades lo que basta, y quitando á los deleites lo que sobra, y haciendo esto, cría y forma la virtud de la templanza, á la cual pertenesce este oficio. Hasta aquí son palabras de Sant Bernardo, por las cuales ves cuán grande y cuán general ayuda sea ésta para alcanzar estas virtudes.

Y no sólo ayuda para alcanzar las virtudes, sino también para resistir á los vicios sus contrarios. Porque, dime, ¿qué genero de tentación hay contra quien no pelee el hombre con las armas de la oración y consideración? Porque dado caso que sean para esto menester otras armas, como son ayunos, disciplinas y limosnas, asperezas corporales y evitar ocasiones de males, y otras cosas semejantes, mas para de presto, ¿qué arma se puede hallar más á la mano que oración y consideración? ¿Con qué otras armas pelea y vence en estas batallas el varón justo? Si le acomete el pensamiento de la delectación carnal, escóndese todo en los agujeros de la piedra, que es en las llagas de Cristo crucificado. Si le combate la ira y el deseo de venganza, pónese á pensar en la paciencia y mansedumbre de Cristo y en aquellas dulces palabras con que pedía perdón en la cruz por aquéllos que lo crucificaban. Si lo retienta la gula y el deseo de la cama blanda y de la vida regalada, alza los ojos á mirar la hiel y vinagre que por nosotros bebió aquella fuente de vida en la cruz, y la dura cama en que murió, y la aspereza de la vida que vivió. Cuando lo levanta y engrandesce la soberbia, mira la grandeza de su humildad: cuando le enciende la cobdicia, considera el extremo de su pobreza: cuando le entorpesce el sueño y la pereza, mira las vigilias y trabajos de sus oraciones: cuando lo fatigan los trabajos presentes, considera la grandeza de los bienes advenideros: cuando lo quieren engolosinar los deleites del mundo, mira la eternidad y acerbidad de las penas del infierno: cuando le fatigan los ejercicios de la penitencia, piensa en los ejemplos de los mártires, de los apóstoles, de los profetas y de los monjes antiguos, y con la consideración de lo pasado parécele poco todo lo presente. Y cuando con todos estos defensivos no puede con la carga, añade á la diligencia de la consideración la voz de la oración, llamando y implorando con grandes ansias á Aquél que no desampara á los

que le llaman, y promete que los oirá, y tiene dado ejemplos que nunca desamparó á quien le llamó de todo corazón. Esto es lo que en mil lugares dice David que hacía cuando se veía cercado de lazos de enemigos y de aflicciones. Presento (dice él) ante Él mi oración y dóile parte de mi tribulación (1).

Y no sólo para vencer las tentaciones de los vicios, mas para cualquier obra ardua y dificultosa de virtud nos ayudamos desa misma consideración. Porque cuando la disciplina, y el cilicio, y el andar á pie, y el pan y agua, y las vigilias de la media noche, y las turbaciones y persecuciones desta vida nos aprietan, si como fieles siervos de Dios queremos llevar adelante lo comenzado, ¿á qué otro puerto nos acogemos sino al de la oración y consideración, pidiendo húmilmente al Señor fortaleza y gracia para no caer con la carga, y extendiendo los ojos á considerar mil maneras de ejemplos y remedios que para esto nos pueden animar? ¿Ves pues cuán grande ayuda y socorro tenemos en esta virtud para el servicio y uso de todas las otras virtudes?

Responde á algunas tácitas objecciones. § VI

Mas no por esto piense nadie que se excusa el trabajo y estudio particular de cada una de las otras virtudes, por ser ésta tan grande ayuda para alcanzarlas. Porque las ayudas generales no excusan las particulares que para cada caso se requieren. Y generales ayudas son para toda virtud, no sola la consideración sino también el ayuno, y el silencio, y la oración, y el sermón, y la confesión, y la comunión, y la devoción, y otras virtudes semejantes, que son generales ayudas y estímulos para toda virtud. Mas allende destas ayudas generales que alumbran el entendimiento y mueven la voluntad al bien, se requieren los ejercicios proprios de las mismas virtudes para arraigar y perfeccionar más los hábitos dellas con el uso, y facilitar más al hombre en el ejercicio del bien obrar. Porque de otra manera, así como la espada que nunca salió de la vaina suele ser mala de desenvainar al tiempo del menester, así el que nunca se ejercitó en los actos de las virtudes, no estará diestro ni ligero en ellas cuando fuere necesario.

(1) Psalm. 141.

Y dado caso que la mayor y más general ayuda que tenemos para toda virtud, sea la caridad, pero de esta caridad es como instrumento general esta virtud para todo lo bueno, como habemos declarado. De donde así como el ánima es el primer principio de todas las obras del hombre, mas sírvese del calor natural como de un instrumento general para todo lo que ha de hacer, así también la caridad es el principio de todas nuestras buenas obras, mas sírvese de la consideración y de la devoción como de instrumentos generales para todas ellas, según que está ya declarado. Así que no deroga á la caridad dar esta preeminencia á estas virtudes, porque esto compete á ella como á maestra y principal agente, mas á estotras como á instrumentos y ayudadoras suyas.

Dirás por ventura que estos ejercicios de orar y considerar etc. pertenecen á los religiosos y sacerdotes, no á los legos. Es verdad que á ellos principalmente pertenecen por razón de su estado: mas todavía no se excusan los legos de tener alguna manera de oración (aunque no sea en tanto grado y perfección) si quieren perpetuamente conservarse y vivir en temor de Dios, sin cometer pecado mortal. Porque también los legos han de tener fe, esperanza, caridad, humildad, temor de Dios, contrición, devoción y aborrescimiento del pecado. Pues como todas estas virtudes por la mayor parte sean afectivas (como ya dijimos) las cuales necesariamente han de proceder de alguna consideración intelectual, si no hay esta consideración, ¿cómo se conservarán estas virtudes? ¿Cómo se ayudará el hombre de la fe, si no se pone algunas veces á considerar eso que le dice la fe? ¿Cómo se encenderá en la caridad, y se fortalecerá en la esperanza, y se enfrenará con el temor de Dios, y se moverá á devoción, y á dolor de sus pecados, y al desprecio de sí mismo (en lo cual consiste la virtud de la humildad, que á todos pertenesce) si no se pone á considerar aquellas cosas con que se suelen encender estos afectos, según que arriba declaramos? Ni debe pasar el hombre por estas cosas muy apriesa y muy de corrida. Porque entre las miserias del corazón humano, una de las mayores es estar tan sensible para las cosas del mundo y tan insensible para las de Dios, de manera que para las unas está como una yesca muy seca, y para las otras como leña verde, que con muy gran trabajo se enciende. Y por esto no ha de pasar el hombre tan de corrida por estas cosas, que no se detenga algún tanto en ellas,

más ó menos, según que el Espíritu Sancto le enseñare y según que las ocupaciones de cada uno en su estado lo permitieren, aunque no sea necesario tener tiempos diputados cada día para esto.

Júntanse también con esto los peligros del mundo, y la dificultad grande que hay en conservarse los hombres sin pecado en un cuerpo tan malo, y en un mundo tan peligroso, y entre tantos enemigos como tenemos: y por tanto si á ti (porque no eres religioso) no obliga á tanto tu estado, no deja de obligarte á algo la grandeza de tu peligro. El estado yo te confieso que es allí mayor: mas tu peligro es también mayor. Porque al religioso guárdanle el perlado, y la clausura, y la observancia, y la obediencia, y las oraciones, y los ayunos, y los oficios divinos, y las asperezas de la orden, y la buena compañía, y todos los otros ejercicios y ocupaciones de la vida monástica, y hasta las paredes mismas le guardan: mas al lego (demás de estar desnudo y desproveído de todos estos presidios) cércanle por todas partes dragones y escorpiones, y anda siempre sobre serpientes y basiliscos en casa y fuera de casa, dentro de sí y fuera de sí, y á la puerta y á la ventana, de noche y de día tiene armados mil cuentos de lazos, entre los cuales guardar el corazón puro, y los ojos castos, y el cuerpo limpio en medio de los fuegos de la mocedad y de las malas compañías y ejemplos del mundo (donde no se oye una palabra de Dios sino para hacer burla de quien la dice) es una de las grandes maravillas que Dios óbra en el mundo. Por donde si el religioso (porque de su profesión es hombre de guerra) ha de andar siempre armado, también lo ha de andar en su manera el lego (aunque no sea en tanto grado) no porque le obligue tanto á esto la perfección de su estado cuanto la grandeza de su peligro. Porque también andan armados los que no tienen enemigos, como los soldados y gente de guerra, los unos por su obligación, y los otros por su necesidad. Entre las cuales armas no sólo ponemos la oración, sino también el ayuno, y el silencio, y el sermón, y la lición, y los sacramentos, y el huir las ocasiones de los pecados, y todas las otras asperezas corporales. Las cuales cosas todas son como una salmuera que detienen esta carne corruptible y mal inclinada, para que no críe gusanos y hieda. Porque sin duda el mayor y más arduo negocio del mundo es después de la corrupción del pecado original conservarse los hombres en un tan mal mundo como éste mucho tiempo sin pecado mortal. Porque si aun los

que todo esto hacen, padescen trabajos y peligros, ¿qué harán los que nada hacen? Y si aquel sancto rey David y otros muchos sanctos (que con tanto recaudo y disciplina vivían, y con tantas maneras de armas andaban armados) todavía ofrecida una ocasión dieron tan grandes caídas, ¿qué harán los que ninguna cuenta tienen con esto?

§ VII

Mas dirás: no soy yo obligado á guardar más que los mandamientos de Dios y de su Iglesia. Es verdad: mas para guardar ese muro es menester otro antemuro: para guardar ese vaso es menester una vasera, y para levantar ese edificio es menester un andamio con que se levante. Quiero decir que para guardar esta ley son menester muchas cosas, para esforzar y animar nuestro corazón á la guarda desta ley. Porque si la naturaleza humana estuviera de la manera que estaba antes del pecado, facilísima cosa fuera cumplir con esa obligación: mas agora que hay tantas contradicciones, son menester dos cuidados, uno para guardar la ley, y otro para fortalescer nuestro corazón y vencer las contradicciones que nos impiden la guarda desa ley. Cuando los hijos de Israel vueltos de la cautividad de Babilonia quisieron reedificar á Hierusalem, no pretendían ellos más que esto: mas porque los pueblos comarcanos procuraban impedirles el edificio, doblóseles el trabajo, porque una parte de la gente entendía en hacer la obra, y otra en pelear y ojear los enemigos de la muralla (1). Pues como sean tantos los enemigos que nos impiden este espiritual edificio de las virtudes, los demonios por una parte con mil astucias, y el mundo por otra con mil maneras de escándalos y malos ejemplos, y la carne por otra con tantas maneras de apetitos tan encendidos y tan contrarios á la ley de Dios (porque Él quiere castidad, y la carne sensualidad: Él humildad, y ella vanidad: Él aspereza, y ella regalos) si no hay armas para ojear estos enemigos, si no hay medicinas para curar esta carne, ¿cómo guardará el hombre castidad entre tantos peligros, caridad entre tantos escándalos, paz entre tantas contradicciones, simplicidad entre tantas malicias, limpieza en un cuerpo tan sucio, y humildad

(1) II Esdr. 4.

en un mundo tan vano? Pues para curar esta carne y resistir á los que nos impiden este edificio de las virtudes, son menester otras virtudes, unas que lleven la carga, y otras que nos ayuden á llevarla. Porque la virtud de la castidad cumple con la carga del mandamiento que dice: no fornicarás. Mas el ayuno y la oración, el huir la ocasión, y la disciplina, y otros tales ejercicios ayudan á mortificar la carne para que mejor pueda con esa carga: las cuales virtudes, aunque no sean siempre de precepto y de obligación, muchas veces lo serán cuando el peligro fuere tal.

Mas entre estas virtudes y defensivos que nos ayudan, uno de los principales es la oración, por ser un medio tan principal para alcanzar la gracia, que es la que señaladamente puede con la carga de la ley divina. Por lo cual dijo el Eclesiástico (1): El que guarda la ley, multiplica la oración. Porque como ve por experiencia que no puede guardar la ley (con la cual se alcanza la gloria) sin la gracia, aprovéchase de la oración para alcanzar la gracia, con la cual pueda guardar la ley. La ley manda que sea continente: mas sobre esto añade el Espíritu Sancto y dice por el Sabio (2): Como supiese yo que nadie podía ser continente si tú, Señor, no le dieses gracia para ello (y era grande gracia saber cúyo era este don) fuíme al Señor, y pedíle esta gracia con todo mi corazón ¿Ves pues lo que al principio decíamos, cómo el muro ha menester antemuro, y el vaso ha menester vasera, y unas virtudes han menester otras virtudes para guardarse las espaldas unas á otras? Pues según esto, si estás obligado á guardar la ley de Dios y no hacer pecado mortal, en razón está que busques todas aquellas cosas que te ayudan á guardar esa ley y conservarte sin pecado. Las cuales cosas, aunque generalmente sean de consejo, algunas veces podrán ser de precepto, según dijimos, cuando la necesidad fuere tan grande, que sin ellas no se puedan guardar los mismos preceptos, como todos los doctores dicen. Puesto caso que el buen cristiano que de veras desea su salvación, no ha de aguardar á buscar los remedios en los postreros peligros, cuando está con el cuchillo á la garganta, sino mucho antes ha de estar proveído y reparado para que así viva más seguro.

También es verdad que estos medios (como dijimos) diferentemente competen al religioso que al lego, y la misma oración y

(1) Eccli. 53. (2) Sap. 8.

consideración (que es uno dellos) de otra manera la ha de tomar el uno que el otro: porque el uno tiene eso por oficio (porque camina á la perfección) mas el otro tómala por medio para cumplir con su obligación. Y por esto, tanto ha de tomar de la medicina cuanto baste para curar su dolencia, y tanto ha de tomar de los medios cuanto baste para conseguir su fin. Bástale recogerse algunas veces para entrar dentro de sí y mirar por su casa, y así con estos como con cualesquier otros ejercicios y oraciones (porque no se hace fuerza más en éstos que en otros) entender en el reparo de su consciencia y en la reformación de su vida. Porque pues éste es el mayor de nuestros negocios, no ha de ser el postrero de nuestros cuidados.

Dicho pues ya de la utilidad y necesidad de la consideración, y aficionados con esto los corazones á esta virtud, comencemos á tratar de la materia de la consideración, que es de algunas piadosas y devotas consideraciones que más nos puedan inducir al amor y temor de Dios, aborrescimiento del pecado y menosprecio del mundo. Para lo cual ningunas hay mejores ni más eficaces que las que se sacan de los principales artículos y misterios de nuestra fe, cuales son la pasión y muerte de nuestro Salvador, la memoria del juicio, del infierno, del paraíso, de los beneficios divinos, y también de nuestros pecados, y de la vida, y de la muerte: porque cada cosa déstas bien pensada y considerada mueve mucho nuestro corazón á todo lo dicho. Estos mismos lugares trató Sant Buenaventura en un libro que llamó Fascicularius, y repartiólos por los días de la semana, para que cada día tuviese el hombre nuevo pasto para su ánima, y nuevos motivos para la virtud, y así se pudiese evitar el hastío del pensar siempre en una misma cosa. Y por esta causa me paresció que debía yo seguir el repartimiento deste tan señalado y sancto Doctor, que es el que más copiosamente trató estas materias. Y si alguno no holgare con este repartimiento, y quisiere seguir otro, licencia tiene para ello y ejemplos que imitar, porque en esto va poco, y lo mejor en estas materias es aquello con que el hombre se halla mejor, y más provecho recibe.

También me pareció que pues el pasto y mantenimiento de nuestra ánima es la palabra de Dios y la consideración de las cosas divinas porque con ésta se sustenta ella en la vida espiritual, la cual consiste en amor y temor de Dios, que así como al cuerpo

damos ordinariamente dos veces cada día su refección para que no desfallezca en su vida, así también la debíamos dar á nuestra ánima para que no desfalleciese en la suya, aunque esto no sea cosa de obligación ni de precepto, sino de un saludable consejo, mayormente viendo que los sanctos hacían esto más veces, pues el profeta Daniel tres veces al día se recogía á este oficio, y el profeta David siete veces al día tenía por estilo alabar á Dios. Por cuyo ejemplo la sancta madre Iglesia instituyó las siete horas canónicas, y por esta causa señalamos aquí dos maneras de meditaciones, unas para la mañana, que tratan de la pasión de nuestro Redemptor, y otras para la tarde ó para la noche, que tratan de los otros pasos y materias que dijimos.

Mas si alguno fuere tan pobre de tiempo ó de devoción que no pueda recogerse dos veces al día, á lo menos trabaje por recogerse una. Y por no perder el fructo de todas estas meditaciones siguientes, podrá ejercitarse en las unas una semana, y en las otras otra, para que así guste y se aproveche de toda la doctrina que aquí se da.

Pág. 16, C suprime el Capítulo II, siguiendo ordenadamente la numeración de los capítulos siguientes.

Pág. 17, línea 7, B dice: Por do paresce que el rezar así de priesa es como un turbión de agua que lava la haz de la tierra sin llegar al corazón della, mas la mental es como...

Pág. 17, línea 28, B suprime: uno como.

—*Líneas 32 y 33, B dice:* exteriores, cuando se hacen sin espíritu, como no penetran á lo íntimo del corazón, así no aprovechan más que las unciones y...

Pág. 18, líneas 5-10, B sustituye: Mas puesto caso que la oración mental sea digna de todos estos loores y de muchos más, no por eso deja de ser de mucho provecho la oración vocal, mayormente para los principiantes que no pueden arribar á la mental, y también para los perfectos cuando por razón especial de su estado son obligados á ella, y cuando están en disposición que no pueden levantarse á la mental, como algunas veces acontesce.

Pág. 27, línea 22, C dice: Esposo dulcísimo.

Pág. 30, líneas 13-14, B C: del siglo y de nuestra carne y de todos los vicios y regalos, y con esto nos aparta...

—*Líneas 25-26, B C:* Mas agora, si está tan flaco y descaes-

cido (*C* descrecido), es porque no come, y así finalmente viene á perescer el hombre, como lo...

—*Línea 30*, *A:* que, *B C:* el cual.

Pág. 31, líneas 10-11, *B C:* otro mejor medio que darte Él su misma carne (en mantenimiento, *añade C)*, aquí se entrega...

Pág. 32, *línea 18, A:* leña, *B C:* brasas.

Pág. 33, línea 16, *B C añaden:* Acabada la meditación, síguese luego el hacimiento de gracias y petición, como arriba se dijo.

—*Línea 18, B:* Este día, hecha... *C:* Este día pensarás en...

Pág. 34, *línea 10, A:* verná... *B C:* vendrá...

Pág. 36, *línea 14, A*: hueso... dello, *B C:* costilla... della...

Pág. 38, línea 9, C: el pan que yo tengo de comer.

Pág. 39, línea 3, C: sobre dar orden cómo se pusiese cobro en nuestra vida.

Pág. 43, línea 7, B: Este día, hecha... *C:* Este día se ha de considerar...

Pág. 48, las tres líneas últimas, C: repetirlos, eso es provocar siempre contra ti la ira del Señor.

Pág. 50, *línea 20, C:* pedían la muerte...

Pág. 54, línea 14, B C: de aquél que es infinitamente bueno y amoroso y todo amor.

—*Línea 27, B añade:* Acabada la meditación, síguese luego el hacimiento de gracias y petición, etc.

—*Línea 29, B C:* Este día se ha de pensar...

Pág. 64, línea 4, B añade: Acabada la meditación, sígase luego el hacimiento de gracias y petición, etc.

—*Línea 6*, *B C:* Este día se ha de contemplar...

Pág. 66, *línea 5*, *A:* hemos, *B C:* habemos.

Pág. 67, entre las líneas 8 y 9, B C ponen: § I.

Pág. 70, línea 8, A B: los pecadores, *C:* el pecador

Pág. 71, líneas 28 y 29, B C: Otra meditación: de la doctrina... *omitiendo:* de F. Baptista de Crema.

Pág. 72, línea 7, A B: resfriará, *C:* helará.

—*Líneas 27 y 28, B C:* los cuales perdidos, soy perdido.

Pág. 74, línea 28, C: de turbación y de ira.

Pág. 76, línea 11, B añade: Acabada la meditación, síguese luego el hacimiento de gracias y petición, etc.

—*Línea 13, B C:* Este día se ha de contemplar...

Pág. 78, línea 21, A: fierro, *B C:* hierro.

Pág. 81, línea 30, B C: la salud de los hombres.

—Línea última, B C suprimen: Ya no me veré... ni de María.

Pág. 87, línea última, B añade: Acabada la meditación, síguese luego el hacimiento de gracias y petición, etc.

Pág. 88, línea 2, B C: Este día, hecha la señal de...

Pág. 90, línea 30, C: describe Eusebio Emiseno por...

Pág. 93, línea 16, B C: al derredor de sí?

Pág. 97, línea 6, C: sus discípulos... *omitiendo las líneas 8 y 9.*

Pág. 98, línea 2, B C añade: Las cuales, aunque se ponen en el segundo lugar, son las primeras en la orden del ejercicio, porque de aquí han de comenzar los que de nuevo se vuelven á Dios.

—Línea 4, B: Este día, hecha... *C:* Este día entenderás...

Pág. 101, línea 25, B añade: Acabada la meditación, síguese luego el hacimiento de gracias, etc.

Pág. 103, línea 34, B C: condición alguna.

Pág. 106, línea 2, A B: afirmado, *C:* aferrado.

—Línea 34, suprimida en C.

Pág. 108, línea 28, B C: para nunca más ofenderle.

Pág. 108 y 109, C suprime todo el § III.

Pág. 109, línea 30, C: Considerada pues así la muchedumbre de los pecados, y viéndose...

Pág. 110, línea 12, A: avilitado, *B C:* aviltado.

Pág. 114, línea 2, B: Este día, hecha... *C:* Este día pensarás...

Pág. 117, línea 2, B C: lo menosprecies, *omitiendo las seis palabras siguientes.*

—Líneas 8 y 9, C las suprime.

Pág. 121, línea 5, B C: y como muerto: por donde dijo un filósofo que en la mitad de la vida no había diferencia del feliz al infeliz, porque en el tiempo que se duerme, todos los hombres son iguales, por estar entonces como muertos. Claro...

Pág. 123, línea 3, C: lo vendrás á hallar.

Pág. 128, línea 28, B C: nuestra vida, pues á cada vuelta que dan, se recoge un pedazo della.

—Línea 32, B C: Esto dice Sant...

Pág. 130, línea 25, B C suprimen: y de diversas miserias que hay en ella así en los cuerpos como en las ánimas.

—*Línea 28, C:* Mas aunque nuestra vida...

Pág. 134, línea 7, B C: que es la dolencia.

Pág. 137, línea 24, B: Este día, hecha... *C:* Este día pensarás...

—*Línea 29, A:* hora de la muerte, *B C:* hora del morir.

Pág. 139, B C suprimen todo el apartado: Pues entonces el hombre... grande tributo!

Pág. 141, C suprime las líneas 15 y 16.

—*Línea penúltima, C:* mire cómo ordena su vida.

Pág. 143, línea 31, B C: y necesaria para la vida.

Pág. 145, línea 23, A: urdió, *B C:* urdía.

Pág. 146, líneas 12-14, B C: desta vida, no puede dejar de sentir muy grave dolor, cuando ve que es llegada ya la hora en que se ha de apartar de cada una dellas. Entonces...

Pág. 147-159, B C hacen solos cuatro §§ de los siete que A presenta.

Pág. 147, línea 25, C: blanda y regalada.

Pág. 151, líneas 5 y 6, B C suprimen: que son los demonios y los pecados.

—*Línea 7, B C:* Pues cuán confusos...

Pág. 152, línea 8, A: Evangelista, *B C:* Evangelio.

Pág. 154, línea 9, B C: palabra mala!

Pág. 160, línea 2, B: Este día, hecha... *C:* Este día pensarás...

Pág. 163, línea 1, C: Después de todo esto considera la terrible...

Pág. 167, línea 27, C: y llevarlo ha en hierros delante...

Pág. 174, línea 31, B C: de la tierra, y todas ellas herirán y darán golpes en los pechos.

Pág. 175, línea 1, B C: darán golpes y herirán (como dice el Evangelista) sus pechos.

Pág. 179, línea 12, B: Este día, hecha... *C:* Este día meditarás...

Pág. 181, línea 32, C: nunca cesan de blasfemar su sancto nombre... *suprimiendo lo que se sigue, hasta:* Tratado quinto.

Pág. 183, línea 4, C: infierno por espacio tan largo?

Pág. 195, línea 24, B: Este día, hecha... *C:* Este día podrás...

Pág. 198, línea última, B añade: Acabada la meditación, síguese luego el hacimiento de gracias y petición, etc.

Pág. 210, línea 13, B: Este día, hecha... *C:* Este día pensarás...

Pág. 211, líneas 18-29, C suprime: Y para sentir... desde lo alto.

Pág. 212, C suprime las dos líneas últimas.

Pág. 231, B sustituye el último párrafo por este otro: También suele ser buena manera de aparejo rezar algunas oraciones vocales antes de la mental, que sean de las más devotas y sentidas que pudieres hallar, porque proprio es de la oración vocal disponer para la mental. Mas como el corazón se comenzare á encender en devoción, si sentiere que las voces por algún caso le impiden ó le distraen el fervor, debe luego dejar las voces (cuando no son obligatorias) para conservar el espíritu devoto, como el navegante deja el navío llegando á la playa, porque no puede andar con él por tierra. Y el enfermo cuando sana, deja aquellas medicinas, que dañarían entonces á su salud. Aquí conviene avisar...

C sustituye de esta manera: También suele ser buena manera de aparejo rezar algunas oraciones vocales antes de la meditación, cuales son muchas que se hallan en diversas Horas y libros devotos, y especialmente en las Meditaciones de Sant Augustín y en el Psalterio de David, donde hay algunos devotísimos psalmos que ayudarán mucho á encender y despertar la devoción. Porque proprio es de las palabras devotas (si se dicen con sentido y atención) herir el corazón y levantarlo á Dios. Lo cual nos es tanto más necesario cuanto más estuviere nuestro espíritu resfriado y distraído. Y aun sirven mucho más estas mismas oraciones cuando son rimadas, como son muchos himnos de sanctos, prosas y versos: porque no sé cómo las palabras de Dios en este estilo y armonía traen consigo mayor dulzura y suavidad. Y así hallamos en las Obras de S. Buenaventura (que fué un doctor devotísimo) muchos himnos déstos, y algunos en S. Bernardo, y otros también en otros. También son muy alabados (y con razón) tres himnos devotísimos que hizo Hierónimo Vida á las tres Personas Divinas, con otros semejantes, los cuales sabidos de coro, y pasados devotamente por la memoria, son como un suavísimo manna que comienza á endulzar el paladar de nuestra ánima, y disponerlo para el gusto de las cosas de Dios. Aquí conviene avisar...

Pág. 238, línea 17, B C: tratamiento de la persona.

Pág. 239, línea 31, B: que es un tan principal...

—Línea penúltima, B C: Pongamos un ejemplo. Cuando pidiéremos la virtud de la caridad, que es el amor de Dios, podemos decir: Señor, dame gracia para que te ame yo... *suprimiendo todo lo que A trae relativo á la esperanza y otras virtudes.*

Pág. 241, línea 15, B C: principalmente nos pide.

Pág. 242, B C suprimen íntegra la línea 7.

Pág. 248, línea 23, B C: no lo diere.

Pág 252, línea 4, C suprime: como dice muy bien Serafino de Fermo.

Pág 255, línea 19, B: que allí le dieron.

Pág 259, línea 13, B C suprimen: más cumplida.

Pág. 262, línea 8, A: deceno, *B C:* décimo.

Pág. 264, líneas 16-18, C suprime: Porque como... agonías del mundo.

Pág 268, línea 14, C añade: y algo se dijo desto en la meditación de los beneficios divinos.

Pág. 270, líneas 10-13, C suprime: Esta manera... perfección.

Pág. 273, entre las líneas 15 y 16 B C añaden: Y si quieres aún más claro entender esta conveniencia, considera atentamente qué cosa sea vida cristiana (que es el fin de todos los trabajos de Cristo) y ésa te declarará muy por entero la conveniencia que hay deste medio con este fin. Vida cristiana *(C:* tomándola en toda su perfección) es, no la que viven agora los cristianos que en el mundo se usan, sino la que vivió Cristo y vivieron sus discípulos, cuyos trabajos fueron tan grandes, que uno dellos dice así: Un espectáculo estamos hechos á Dios, y á los ángeles, y á los hombres: porque tan grandes son nuestros trabajos, y tan acosados y perseguidos somos del mundo, que como á fieras que lidian en el coso, así nos están mirando, no solamente los hombres y los ángeles, sino hasta el mismo Dios. Y más adelante dice: Hasta esta hora presente padescemos hambre, y sed, y desnudez, y bofetadas, y sin tener un agujero en que meternos, andamos de lugar en lugar ganando la comida por nuestras manos. Maldícennos, y bendecimos: persíguennos, y sufrímoslo: blasfeman de nosotros, y hacemos oración. Finalmente, de tal manera somos tratados y estimados del mundo como un poco de estiércol, y como el polvo que anda debajo los pies, y como unos hombres tan malos, que

con ninguna cosa piensa el mundo más agradar á Dios que con nuestra muerte y condenación. Ésta es, hermano mío, vida cristiana, y vida cristiana es también la que vivieron los profetas, y la que vivieron los mártires, y los confesores, y aquellos bienaventurados monjes del yermo, y finalmente todos los sanctos, la cual describe el Apóstol por estas palabras: Los sanctos fueron escarnescidos, y azotados, y presos, y encarcelados, y apedreados, y aserrados, y tentados, y muertos á cuchillo. Anduvieron por este mundo vestidos de unas pobres *(C omite:* unas pobres) pieles de ovejas y de cabras, necesitados, angustiados, afligidos, de los cuales el mundo no era merescedor. Vivían en los yermos y en los lugares apartados y solitarios, teniendo por casa las cuevas y las aberturas de la tierra. Ésta es la perfección de la vida cristiana que nos enseña el Evangelio, y que vino Cristo á introducir en el mundo. La cual, bien mirada, es una perpetua cruz y muerte de todo el hombre, para que después de así muerto y anihilado, esté hábil y dispuesto para ser transformado en Dios. Porque así como no puede haber generación sin corrupción (porque primero ha de perescer lo que era, para que se haga lo que no era) así no puede haber esta espiritual regeneración y trans formación del hombre en Dios, si primero no muere todo lo que hay en el hombre (*C añade:* viejo) para que así se pueda transformar en Dios. De donde viene á ser que toda la vida del Evangelio no sea otra cosa (como dijimos) sino muerte y cruz. Pues según esto, ¿qué cosa más conveniente para encaminar un linaje de vida que toda es cruz, sino otra cruz? Si ninguna cosa es más eficaz para engendrar un fuego que otro fuego, ni un semejante que otro semejante, ¿qué cosa habrá más proporcionada para engendrar una cruz, que otra cruz? Verdaderamente así es, y así ninguna cosa esforzó ni esfuerza más hoy día á todos los sanctos á sufrir los *(C:* tantos) trabajos, y la injusticia, y la injuria, y la pobreza, y la sujección, y la disciplina, y la hambre, y la sed, y el frío, y la desnudez, y finalmente todas las calamidades y miserias del mundo y todas las asperezas de la vida del Evangelio, que poner los ojos en la cruz. Desta escuela salieron los mártires, aquí aprendieron los apóstoles, esto es lo que enseñó y esforzó las vírgines y los confesores y los monjes y finalmente todos los sanctos, y esto es lo que los acompañó y consoló en todos sus trabajos.

Pág. 274, línea 2, A: todos los demás, *B C:* todo lo demás.

Pág. 275, línea 9, B: Arriba tratamos de dos impedimientos principales que...

Pág. 276, línea 21, A: un doctor, *B C:* Santo Tomás.

Pág. 277, línea 14, A: llevalla, *B C:* llevarla.

— *Líneas 24-27, B. C:* como paresce en estas dos virtudes, fe y caridad: porque la fe es razón y principio de la caridad, y la caridad es forma y ánima de la fe.

— *Líneas 34-35, B C:* por el camino de esta santa ley. *C añade:* que es proprio de la devoción.

Pág. 278, entre las líneas 24 y 25, B C añaden: Y así vemos que cuando los siervos de Dios se recogen á este ejercicio, primero comienzan por la meditación, y de ahí proceden á la oración, y después acaesce venir á la contemplación: y con ésta anda todo lo demás.

Pág. 281, línea 24, C añade: y primero del deseo grande della.

Pág. 283, línea 11, B suprime: Porque. *C sustituye:* Pues.

Pág. 288, línea 2, A: dijo: *B C:* dice.

—*Línea 10, A:* hemos, *B C:* debemos. *C omite:* de.

Pág. 289, líneas 7-8, A B: alcanzar este bien. *C:* alcanzarla

Pág. 290, línea 3, C: dél procedieren.

— *Línea 31: A:* acipillar. *B C:* acepillar.

Pág. 294, línea 25, B C suprimen: solo.

Pág. 296, entre las líneas 2 y 3, B añade: Haz pues cuenta que Él está siempre asistiendo á tu ánima como criador y gobernador que la conserva en el ser que tiene: y no contento con asistir como criador y conservador, asiste también como justificador, dándole gracia y amor y muchas sanctas inspiraciones y deseos: y aun no contento con esto, asiste también como esposo della en el Sanctísimo Sacramento, por cuyo medio como verdadero esposo suyo se junta con ella. *C: añade sólo hasta:* y deseos.

Pág. 297, línea 26, B C: siempre como él.

Pág. 300, líneas 27-31, B C omiten: uno de los principales... oración. Porque.

Pág. 301, línea 7, B C omiten: Contra su naturaleza.

Línea 10, B C añaden: Y este mismo recaudo quiere (*C:* conviene) que se tenga siempre con nuestro corazón.

—*Línea última, C suprime:* Los libros que... de la verdad.

Pág. 303, líneas 12-13, B C: llenos sus corazones.

—Línea 14, B C omiten: de.

Pág. 306, línea 7, B C añaden: Pues conforme á esto el varón devoto busque y ame la soledad, no solamente la interior, sino también la exterior, pues está claro que la una ayuda á la otra. Del abad Arsenio se escribe que oyó una voz del cielo que le dijo: Arsenio, huye, calla y reposa. Pues haga él cuenta que se le da también á él esta voz, y así procure huir todo género de compañías y conversaciones y pláticas y cumplimientos y visitaciones, aunque sean de amigos y parientes, si no fuere cuando la caridad ó la necesidad lo pidiere. Huelgue siempre de estar solo y morar consigo y hacer vida consigo, y así la hará con Dios, que es amador de soledad.

Y no tenga nadie esta manera de vida por melancólica y triste: porque antes es tanto más alegre y deleitable, cuanto es más dulce la compañía de Dios que la de los hombres. Por lo cual decía S. Hierónimo: Sientan los otros lo que quisieren, porque cada uno tiene su gusto: mas de mí os sé decir que la ciudad me es cárcel, y la soledad paraíso. ¿Qué más paraíso puede ser en esta peregrinación que aquél que promete Dios al ánima devota y recogida, por Oseas diciendo (1): Yo le daré leche á mis pechos, y le *(C:* la) llevaré á la soledad, y le hablaré á su corazón (conviene saber) cosas de gran suavidad y contentamiento, y darle he sus viñaderos del mismo lugar, y el valle de Acor, que le abra los caminos de la esperanza, y allí cantará como cantaba en los días de su mocedad y en el tiempo que salió de la tierra de Egipto? ¿Qué cantares son éstos sino las alegrías y alabanzas del ánima recién salida del mundo y que va ya cresciendo en el amor y conoscimiento de su Criador, que es el tiempo de la mocedad espiritual, cuando es más vehemente y más impetuoso el amor? Pues estos cantares se cantan en la soledad y en el valle de Acor, que quiere decir conturbación (por el cual es significada la humildad de la contrición) y aquí es donde primero se abren al ánima los caminos de la esperanza, y donde se recibe el perdón de la culpa, y donde ella canta y alaba á su Criador, porque con tan poderosa y piadosa mano la perdonó y sacó del mundo. Éste es el galardón con que paga nuestro Señor á los suyos el trabajo de la soledad

(1) Osee. 2.

Y no sólo para la devoción, mas generalmente para toda virtud ayuda en gran manera esta soledad, porque corta todas las ocasiones de pecados que se suelen hallar entre la compañía, especialmente los de la lengua, que son cuasi infinitos: por donde con mucha razón aconseja Séneca que busque la soledad el que quiere guardar la inocencia.

Pág. 310, línea 2, C añade: para tornarla á subir.

—Líneas 33-35, B: negocios que no fueren por Dios, que en solo éste, pues éste solo dijo el Señor que era necesario. Imita...

C: negocios que no fueren de Dios, que en éste que el Señor tanto encomendó. Imita...

Pág. 311, líneas 4-9-10-14, A: Benjamín. *BC:* Josef.

—Entre las líneas 18 y 19, B C añaden: Una persona virtuosa conozco yo, que en dando el reloj la hora en que se ha (*C:* había) de recoger, en ese mismo puncto sin acabar la letra (como dicen de aquellos Padres de Egipto) lo deja *(C:* dejaba) todo, y se va (*C:* iba) á su ejercicio. Y estando una vez hablando con una persona religiosa, de cuya conversación él mucho gustaba, así como el reloj dió la hora, se levantó y le dejó con la palabra en la boca, diciendo: Si agora por esta ocasión dejo de acudir á mi ordinario, otro día lo dejaré por otra (porque cada día y cada hora trae sus impedimentos y estorbos) y así á cada paso haré mil faltas. Y lo mismo me acontesció á mí con la misma persona por otra vez: en la cual persona concurrían tales circunstancias, que hacer esto no era nota de vanidad, sino de grande edificación: de donde nasció que en todo el año apenas hacía tres faltas en estos sanctos ejercicios. Y con decir esto para ejemplo y aviso de los flojos, no me atreveré á decir el fructo que desta perseverancia se le había seguido. Porque son tan envidiosos estos tiempos, que no nos dejan ser tan liberales en alabar la virtud de los vivos como en sus tiempos hallamos que lo fueron muchos de los sanctos.

Pág. 312, línea 26, C suprime: ó como á él le place.

Pág. 317, B C sustituyen todo el § XII por este otro:

Demás desto, el trabajo y la aflicción corporal que procede de la espiritual, como son ayunos y disciplinas y cilicios y vigilias y la mala cama y la pobre mesa, ayudan en gran manera para alcanzar la devoción: lo uno, porque estos tales ejercicios son nutrimento de la oración y devoción y unos como postes sobre que ella se sostiene, y lo otro, porque como sea verdad que nuestro

Señor da á cada uno la gracia según se dispone para ella, aquél parece que se dispone más perfectamente, que no sólo con el espíritu sino también con el cuerpo se esfuerza y trabaja por alcanzarla.

Para lo cual es de saber que hay dos maneras de aparejos y disposiciones para alcanzar la gracia, una falsa, y otra verdadera. La falsa es cuando con solas palabras y deseos tibios busca el hombre á Dios sin verdadero y entrañable gemido del corazón. Y ésta es la causa por que muchos buscan á Dios y no le hallan, piden y no alcanzan (y así toda la vida se les va en deseos) porque no lo buscan con todo su corazón, como es menester que lo busquen los que le han de hallar, según aquellas palabras del Profeta que dicen: Hallarás á Dios cuando le buscares, si le buscares con todo tu corazón y con todo el quebrantamiento de tu ánima.

La segunda manera de disposición es ésta que aquí significa el Profeta, cuando con verdadero y entrañable deseo y aflicción de corazón se busca á Dios: de la cual habla el mismo Dios por el profeta Joel diciendo (1): Convertíos á mí con todo vuestro corazón, con ayunos y lloros y llantos, y romped vuestros corazones y no vuestras vestiduras, y volveos á vuestro Señor Dios. En lo cual es de notar que así como el mal y la enfermedad que no se paresce por defuera en el rostro, ó no es verdadero mal, ó es pequeño mal, así la aflicción interior del espíritu, si no llega á afligir también el cuerpo, ó no es verdadera aflicción, ó no es grande aflicción. Mas la que tanto aflige el espíritu, que llega también á afligir el cuerpo, ésa se puede llamar verdadera aflicción: y tal es ésta de que aquí habla el Profeta.

Pues los que desta manera buscan á Dios, tengan por cierto que no se les esconderá. Así le buscaron los Ninivitas, cuando ayunaron y lloraron y se vistieron de sacos, y así lo hallaron (2). Así lo buscó el profeta Daniel, como él mismo lo escribe de sí diciendo (3): En aquellos días yo Daniel lloraba á la continua por espacio de tres semanas, y en todo este tiempo no comí pan que bien me supiese, ni carne ni vino entraron en mi boca, ni tampoco me ungí con ungüento por espacio de todos estos días. Los cuales acabados, dice que le apareció un ángel con una figura

(1) Joel 2. (2) Jonae 3. (3) Daniel. 10.

maravillosa y espantable (según que allí relata) y entre otras palabras que le dijo, fueron éstas: No temas, Daniel, porque dende el primer día que inclinaste tu corazón á la inteligencia de los misterios divinos, y te comenzaste á afligir en presencia de tu Dios, fué oída tu oración, y por ella soy venido á enseñarte lo que deseas. Mira cuán abiertamente se nos da aquí á entender lo que puede la devota oración, cuando es acompañada de corporal aflicción.

De aquella santa pecadora... y amparados por Él. *Pág. 317, líneas 3-12.*

Por lo cual todo se ve claro cuán principal medio sea éste para hallar á Dios. Para cuya confirmación no dejaré de decir lo que escribe S. Buenaventura acerca desto en el libro de las Meditaciones de la Vida de Cristo. Cuenta él allí que como una vez aparesciese Nuestra Señora á la bienaventurada Santa Isabel la viuda, entre otras palabras que le dijo, fué ésta una: Ten por cierto, hija, que ninguna gracia comúnmente desciende en el ánima si no es por medio de la oración y de la aflicción y trabajo corporal.

Y como haya muchas maneras de trabajos y aflicciones piadosas, aquéllas son muy más agradables á Dios, y muy convenientes para alcanzar su gracia, que proceden de la pena grande que el ánima recibe por haber ofendido aquella suma bondad, y del deseo entrañable de su gracia. Estas tales lágrimas y aflicciones que nascen de verdadera caridad y humildad, son las que más á Él agradan, como lo significó el profeta Baruc, cuando dijo (1): No los muertos que están en el infierno, cuyo espíritu es recebido en las entrañas de la tierra, honran y sanctifican al Señor, sino el ánima que anda triste por la grandeza de sus pecados, y derribada y enferma, y con ojos enflaquecidos y llorosos, ésta es la que da honra y sanctidad al Señor. No pueden aquellas piadosas y paternales entrañas ver andar una ánima desta manera por su amor desconsolada, sin acudirle muy aína con grandes y maravillosas consolaciones. Cuando la madre ve que el niño llora por la teta, no le sufre el corazón dejarle mucho tiempo estar llorando, sino luego le da lo que pide, porque lo pide con lágrimas. Pues ¿qué hará Aquél que tan claramente por Isaías se

(1) Baruch 2. (2) Isaiae 49.

nos ofresce con entrañas más que de madre diciendo (2): Si la madre se olvidare de su hijo, yo no me olvidaré de ti? ¿Qué hará sino abrir los pechos de su gracia y el seno de su misericordia, y cumplir aquello que Él mismo dijo por este Profeta (1): Á mis pechos seréis llevados, y sobre mis rodillas os halagaré?

Desta manera, pues, han de buscar la divina gracia los que la quisieren hallar: y si así la buscaren, tengan por cierto que la hallarán, pues la buscan de verdad. Así lo promete muchas veces Salomón en sus Proverbios, como cuando dice que los que madrugaren y velaren y perseveraren á las puertas de la Sabiduría, finalmente la hallarán (2), dando á entender que el que quisiere hallar de veras, ha de buscar de veras. Y desta manera busca el que no solamente busca con deseos del espíritu, sino también con trabajos y aflicciones de cuerpo.

Mas todo esto ha de ir acompañado con prudencia y discreción, de la cual trataremos adelante en su proprio lugar.

Pág. 323, línea 2, C añade: por razón del tesoro y remedio eterno que en el sacrificio de su muerte les dejó.

Pág. 325, línea última, A: hostigo, *B C:* castigo.

Pág. 326, líneas 5-7, B C omiten: porque como... desperación.

—Línea 11, B C añaden: y ésta es de la que aquí hablamos.

Pág. 327, línea 35, A: derecho, *B C:* justicia.

Pág. 328, B C suprimen la línea 11.

Pág. 334, línea 16, A: por Él. *B C:* por su amor.

Pág. 338, línea 24, B C omiten: Demás desto.

Pág. 339, línea 28-29, A: toman... consideración. *B C:* toman indiscretamente.

Pág. 343, líneas 9-11, BC: que nos priven de cosas que tanto importan para conseguir el último fin, que es la perfección que al principio profesamos.

—Línea 23, B C: luego tira en pos de la carne.

Pág. 355, línea 34, B C añaden: Lo cual manifiestamente se ve que pertenesce á la estrechura del corazón humano, donde no pueden caber Dios y mundo.

Pág. 360, línea 26, B añade: más que suya.

Pág. 364, línea 28, C: ya declarado.

---

(1) Isaiae 66. (2) Proverb. 8.

Pág, 370, línea última, A: cobrarla. *B C:* recobrarla.

Pág. 372, línea 7, B C añaden: más que de la persona.

Pág. 378, líneas 7-8, C: para mirar las divinas muy desproporcionado es, si no es ayudado con favor del cielo.

Pág. 382, línea 21, C añade: entre sí contrarias, *omitiendo:* que pone Serafino de Fermo.

Pág. 383, línea 35, y pág. 384, líneas 1-3, C omite: Si no, dime... tantos años.

Pág. 385, línea 14, A: alcanzar lo que ellos. *B C:* ser lo que ellos fueron.

Pág. 386, C omite las ocho líneas primeras. B omite de la línea 5 á la 8.

—Línea 33, C suprime desde: Por lo cual... *hasta la línea 9 de la pág. 387.*

Pág. 387, línea 10, A B: Y si... *C:* Pues si...

—Línea 12, A: buenos. *B C:* vivos.

Pág. 389, línea 22, A: cabalgada. *B C:* jornada.

Pdg. 396, líneas 1-3, B C suprimen: El cual... no cayas.

Pág. 400, línea 16, A B: en creyente, *C:* creer.

—Líneas 25-31, B C omiten: Por lo cual... en el suyo.

—Líneas 31-33, B C: Y aunque para remedio desta tentación bastaba lo susodicho en el capítulo precedente, todavía para mayor confirmación *(C añ.* de ello) me parece *(C:* paresció) poner...

Pág. 403, líneas 15-22, B C: por todas partes. Y pues esto (*C:* eso) es así, nadie debe cargarse (regularmente hablando) de tal manera de los negocios ajenos por muy graves que sean.

—Línea última, B: Por tanto, si tú de veras...

Pág. 404, líneas 3-9, B C sustituyen: Iglesia, acompaña tu predicación con la oración. Porque no solamente ha menester el mundo ser ayudado con predicaciones (*C:* amonestaciones), mas también con oraciones, para que (*C:* porque) predicando persuadas al pueblo cese de pecar (*C:* de sus vicios), y orando alcances de Dios les dé su gracia, con que enmienden y enderecen su vida (*C: suprime lo siguiente*) perversa. Porque la oración perseverante, con que Dios quiere y manda que le supliquemos, suele doblegar el rigor de sus castigos.

Pág. 405, línea 11-12, B C: á los que andan por este camino, convirtiéndoles...

—Entre las líneas 13 y 14, C añade todo lo siguiente: Para

lo cual habemos primero de presuponer que ninguna cosa hay en el mundo tan buena de que no pueda usar mal la humana malicia. Porque aun de la misma bondad y misericordia de Dios, y de la pasión de Cristo, toman ocasión los malos para perseverar en sus maldades, atenidos á estas prendas. Y no sólo destas cosas, mas aun de las mismas virtudes (de que nadie puede usar mal siguiendo la inclinación dellas) vienen muchas veces á tomar motivo para el mal. Porque á muchos vemos que del ayuno, y de la abstinencia, y de la sciencia, y de la castidad, y de las otras virtudes toman muchas veces ocasión para envanecerse y presumir de sí, haciendo materia y motivo de mal lo que de suyo es tan grande y tan excelente bien. Por lo cual dijo Sant Ambrosio hablando de la castidad: Así como entiendo que es grande bien la virtud de la castidad, así temo al ladrón de la soberbia no la saltee.

Pues por esto no me maravillaría yo que también la virtud de la consideración fuese ocasión de algún daño á los que no supiesen usar della como conviene. Mas así como sería gran locura dejar el estudio de la castidad y de las otras virtudes, ó de las letras, porque algunos usan mal dellas y se ensoberbescen con ellas, así también lo sería desamparar esta virtud por semejante ocasión, pues ninguna cosa hay debajo del cielo sin achaques.

Y para mayor inteligencia dello es de saber que casi ninguna virtud hay par de la cual no esté un vicio que tenga semejanza de la misma virtud, no lo siendo. Porque la prudencia tiene á par de sí á la malicia, que tiene imagen de prudencia, la justicia tiene por vecina á la crueldad, la fortaleza á la temeridad, la liberalidad á la prodigalidad, la humildad á la pusilanimidad, la afabilidad á la liviandad, la esperanza á la presumpción, el celo á la indiscreción, y el temor á la desconfianza, y así todas las demás. De suerte que como en todas las cosas así naturales como artificiales generalmente se hallan unas verdaderas y otras aparentes, que parecen verdaderas y no lo son, porque hay oro verdadero y oro falso, moneda verdadera y moneda falsa, piedras preciosas verdaderas y piedras falsas, así también se halla esto mismo en las virtudes, que hay unas verdaderas y otras aparentes, que parescen verdaderas, y no lo son.

Pues ésta es la mayor dificultad que hay en el camino de la virtud, y lo que á los no avisados suele ser materia de engaños:

porque muchos abrazan el vicio por la virtud, así como cada día vemos engañarse los hombres recibiendo moneda falsa por verdadera, por la semejanza que hay entre la una y la otra. Y esto es lo que el Apóstol dice, que Satanás se transfigura en ángel de luz (1): porque desta manera nos engaña muchas veces con el vicio, dándole esta color. Mas (como dijimos) así como sería gran disparate desistir el hombre del estudio de las virtudes por recelo de dar en los vicios que le son vecinos y comarcanos, así también lo sería dar de mano al oficio de la consideración por recelo de los vicios ó engaños que se podrán ocasionar de ella, pues nos consta que ningún estado ni manera de vivir hay en el mundo que no esté acompañada de algún peligro, pues la misma vida se llama toda tentación y peligro. Pues para remedio desto bastará para el que quisiere no cegarse adrede, señalarle con el dedo todas estas maneras de engaños y peligros, y darle aviso de lo que debe hacer.

Del primer aviso: de la dignidad y fructo de la oración vocal. § I

Pues para esto el primer aviso sea que los que se hallan bien con el uso de la oración mental, no por eso dejen de estimar y tener en mucho precio la vocal. Porque claro está que considerando lo esencial de las virtudes, ninguna diferencia hay entre la una manera de orar y la otra. Porque invocar á Dios con el corazón solo, ó con el corazón y con la boca juntamente, ninguna cosa hace ni deshace, ni en el mérito ni en la eficacia de la oración Porque añadir á la voz del corazón la palabra de la boca, que Dios crió para que le alabase y glorificase, ¿cómo es posible que diminuya la dignidad desta obra, ó que haga diferencia esencial de una á otra? Porque así como si un hombre se confiesa por palabras, y otro por escripto ó por señas (por no poder hablar) todas estas confesiones serían de una misma condición, sin haber diferencia formal entre una y otra, así también, como la oración sea una confesión de las alabanzas divinas, y (hablando más propiamente) sea pedir á Dios lo que nos es necesario, que esto se pida con palabras interiores, ó con voces exteriores, que son imágines de las interiores, ninguna diferencia esencial pone entre la

(1) 2 Cor. 11.

una oración y la otra, Antes ayuda mucho esta manera de oración á despertar la devoción y calentar el corazón y recogerlo, mayormente cuando se halla tibio y derramado, y por consiguiente inhábil para volar y nadar por sí: porque las palabras dulces y devotas y las sentencias graves que hay en ellas, valen mucho para esto, si se dicen con humildad y atención. Porque por eso se llaman las palabras de Dios fuego (1), según que todas las Escripturas dicen, porque tienen virtud para calentar nuéstros corazones y encender en ellos el fuego del amor de Dios. Y demás desto, aun el sonido de la voz (especialmente cuando se cantan los oficios divinos) ayuda también en su manera á la devoción, como Sant Augustín confiesa que le acaescía cuando oía las voces y cantos de la Iglesia, que dulcemente resonaban.

Y allende de esto, como haya muchos hombres de tal espíritu y complexión que no pueden tener un poco el pensamiento fijo en Dios, para éstos es muy conveniente esta manera de oración, para que con ella puedan (siguiendo el sentido y hilo de sus palabras) ocupar su corazón en Dios. Porque ya que no saben ellos por sí hablar con Él, y darle parte de sus necesidades, es muy gran remedio que arrimados á las palabras de los sanctos, guiando su espíritu y devoción por ellas, le signifiquen por este medio su necesidad.

Estos y otros muchos loores tiene esta manera de orar. Y si la otra es muy alabada de los sanctos, es porque suele proceder de espacio, considerando y ahondando en las palabras y obras de Dios. De donde nasce que como estas palabras sean fuego, así como el que tiene la mano queda sobre el fuego, se quema más que el que pasa de corrida por él, así también se enciende más el corazón estando fijo en la consideración de una palabra ó de un misterio, que cuando pasa de corrida por muchos. Aunque también eso mismo podría hacer el que va rezando un psalmo, ó un Pater noster, ó un Credo devotamente: y haciéndolo así, no será de menos quilates esta oración que la otra. De suerte que en las circunstancias solas y en el modo de orar con mayor ó menor atención está la diferencia, no en la substancia de las obras.

Por lo cual deben siempre ser aconsejados los que oran, que oren con toda la atención y devoción que les sea posible, pues de

(1) Jerem. 23.

aquí pende tanta parte del fructo y eficacia de su oración. Porque como dice Sant Bernardo, el gran deseo de la oración es gran clamor, mas el deseo tibio es pequeño clamor: porque los oídos de Dios más atentos están á la voz del corazón que á las de las palabras solas. Y por aquí se entenderá de cuán poco fructo sea la oración de muchas personas, así legas como eclesiásticas, que rezan sus psalmos y horas tan apresuradamente y tan de corrida, que no parece que hablan con Dios cuando esto hacen. Porque ni aun á los hombres hablarían desta manera, si algo les quisiesen pedir. Porque como dice el Sabio (1), con suplicaciones y plegarias habla el pobre, mas el rico habla ásperamente. Porque el que tiene conoscimiento claro de sus miserias y pobreza, y desea de veras el remedio de ella, así como lo desea de todo corazón, así lo pide con todo corazón y atención, diciendo con el Profeta (2): Clamé con todo mi corazón, óyeme, Señor. ¡Oh quién se llegase alguna vez á éstos al tiempo que así están rezando, y les preguntase con quién hablan, y sobre qué hablan! Y cuando entendiesen que hablan con aquella soberana Majestad, en cuyo acatamiento tiemblan los ángeles, y que hablan sobre el mayor de todos los negocios, que es sobre el perdón de sus pecados y salvación de sus ánimas, luego se les abrirían los ojos y verían que no habían de hablar con tan gran Señor sobre tan gran negocio con tan gran descuido y de la manera que no hablarían á uno de sus criados, cuando quisiesen algo dél. Á éstos avisa Sant Bernardo por estas palabras: Algunos hay que oran con solos los labios, no mirando bien ni lo que hablan ni con quién hablan, y así hacen lo que hacen, más por costumbre que con reverencia y atención. Por esto conviene que en todas nuestras obras tengamos grande vigilancia, especialmente cuando estamos en oración. Porque aunque en todo lugar estemos presentes á Dios, mas en la oración especialmente nos presentamos á Él, y hablamos con Él cara á cara. Y en otro lugar dice así: Peligro es ser la oración demasiadamente tímida, y peligro es también ser atrevida: y otro peligro puede tener, que es ser remisa y tibia, porque la tal oración desfallece y cansa en la subida, porque no tiene fuerza ni vigor. Mas la que fuere fiel, humilde y ferviente, sin duda penetrará hasta el cielo, y ésta no volverá vacía (3). Mas los que no saben, ó no quieren

(1) Prov. 12. (2) Psalm 118. (3) Eccli. 35.

orar de otra manera que ésta, que es con este apresuramiento y derramamiento de corazón, no tienen paciencia cuando esto se les dice: porque les parece que les bajan los quilates de la moneda que ellos tienen, y se la hacen de menor valor.

Segundo aviso: de la dignidad y fructo de las sagradas cerimonias y obras exteriores. § II

El segundo aviso que ha de tener el varón devoto, es que así como ha de preciar y estimar la oración vocal (como dicho es) así también todas las sagradas cerimonias y obras exteriores. Porque (demás de la obligación que podemos tener á ellas por razón de algún voto ó precepto) ayudan grandemente para muchas cosas. Porque primeramente ayudan para despertar en nuestros corazones devoción y reverencia á las cosas divinas. Porque como nuestra ánima estando en este cuerpo reciba todas las cosas por las puertas de los sentidos, y así las conciba como por ellos se representan, ayuda mucho á concebir las cosas de Dios dignamente, y sentir dellas magníficamente, la majestad de las sagradas cerimonias que autorizan las cosas divinas, y así nos mueve más á la veneración dellas, como vemos por experiencia que las vestiduras y insignias reales y el acompañamiento de los grandes nos mueven á la veneración y acatamiento de los príncipes. Esto se ve claro en las cerimonias de la misa solemne y en las de la Semana Sancta, del baptismo, del sacramento de la orden, y especialmente en la consagración de los obispos y en la solemnidad de los oficios divinos. Porque todas estas cosas sirven grandemente para despertar en nuestros corazones un religioso temor y acatamiento de las cosas de Dios. Por la cual causa aquel soberano Maestro y Gobernador del mundo ordenó los sacramentos de la Iglesia debajo de forma visible, para dar gracia invisible. Porque así como los ordenaba para el hombre (que es una criatura compuesta de cuerpo y de alma, esto es, de una parte visible y otra invisible) así también lo fuesen los sacramentos que para él se instituían, para que la vista y presencia de lo visible lo despertase á la devoción y reverencia de lo invisible.

Y demás desto, todas las sagradas cerimonias y ejercicios exteriores (demás de ser en sí obras sanctas y virtuosas) ayudan grandemente á alcanzar y conservar las virtudes interiores. Por-

que así como los accidentes hacen mucho al caso para conservar la substancia de las cosas (la cual sin ellos no se podría conservar) así todas estas cosas ayudan mucho á conservar la caridad y la inocencia, que es el principal tesoro de nuestra ánima. Asimismo, como el hombre sea una criatura compuesta de cuerpo y de ánima, así es razón que con lo uno y con lo otro sirva á Dios, empleando el ánima en su amor y conoscimiento, y el cuerpo con todos sus miembros y sentidos en las cosas de su servicio, para que pues todo ello es de Dios, todo sirva á la gloria de Dios. Desta manera se hace el hombre un puro y perfecto holocausto, cuando todo él entero sin quedar nada se emplea en el servicio de su Señor, y desta manera cumple con el mandamiento del Apóstol que nos manda ofrescer nuestros cuerpos á Dios en sacrificio vivo y agradable, y quiere que nuestro cuerpo y ánima y espíritu (que es todo cuanto hay en el hombre) se conserven en toda pureza y perfección para gloria de Dios. Y pues estamos obligados á amar á Dios con todo cuanto hay en nosotros, no es razón que el cuerpo con todos sus miembros y sentidos se salga desta obediencia. Antes nos manda el mismo Apóstol que así como en el tiempo de nuestra ceguedad servíamos con todos estos instrumentos y miembros á la maldad, así agora sirvamos con ellos mismos á la justicia (1). Por do parece que á los ángeles, porque son puros espíritus, principalmente se piden servicios y obras espirituales, que se hacen con el entendimiento y voluntad. Mas á los hombres (como son espíritus encerrados en cuerpos) juntamente con las obras del espíritu (que son las principales) pídense también servicios y obras corporales.

Ni diga nadie que este género de obras es necesario para solos los principiantes, y no para los perfectos. Porque (demás de la obligación que pueden tener á esto los unos y los otros por razón del voto ó del precepto) las mismas razones que corren por los unos, corren por los otros, puesto caso que sea mayor la necesidad de los más flacos, que la de los perfectos. Porque así como el árbol de muchos años arraigado en la tierra sufre mejor la falta del riego y de la labor que el que está aún tierno y recién plantado, así también sufre esta falta con menos detrimento el varón perfecto y de días fundado en la virtud, que el que es aún flaco y

(1) Rom. 6.

nuevo en ella. Y así como el enfermo que padesce hastío, tiene necesidad de más salsas y más adobos para arrostrar á la comida que el sano, así también tiene más necesidad de estas ayudas de fuera el que está flaco y enfermo de dentro. De donde se infiere que las sagradas cerimonias y otras tales cosas no sólo no desayudan á los perfectos, mas antes les hacen el manjar espiritual tanto más dulce y apetitoso cuanto se lo dan más bien guisado. Y como sea verdad que cada uno, por perfecto que sea, se deba de tener por imperfecto (si no quiere por su soberbia perderlo todo) de aquí es que todos deben buscar estas ayudas y remedios, que sean perfectos, que imperfectos, como si tuviesen dellos gran necesidad.

Tercero aviso: de la reverencia y obediencia que se debe á los doctores y predicadores de la Iglesia. § III

El tercero aviso sea que aunque las personas espirituales traten familiarmente con Dios, y le tengan por maestro de sus ignorancias (según aquello del Profeta que dice: Los que se allegan á los pies del Señor recibirán de su doctrina) mas no por eso han de dejar de reverenciar y tener en mucho los maestros de su Iglesia, que son ministros de su palabra, pues son instrumentos y órganos del Espíritu Sancto y unos espirituales arroyos y caños por do corre el agua de su sabiduría en el jardín de la Iglesia, pues dellos está escrito: Los labios del sacerdote guardan la sciencia, y de su boca se ha de saber la ley. Y si Moisén, que hablaba con Dios cara á cara (1), no despreció el consejo de su suegro Jetro, que era gentil, ¿quién será tan atrevido que confiado de la comunicación que tiene con Dios, desprecie la doctrina de sus oficiales y ministros? ¿Qué mayor soberbia que ésta, ni qué mayor causa para ser un hombre desamparado de Dios, y engañado del demonio, y dejado á sí mismo? Y si el apóstol S. Pablo fué á conferir el Evangelio que había aprendido en el tercero cielo, con los otros Apóstoles sus compañeros (2), ¿quién osará fiar de su proprio espíritu, sin registrar lo que entendiere por el juicio de los ministros de Cristo? El orden que tiene la divina sabiduría en la administración del mundo, es gobernar las cosas inferiores por las superiores: y para honrar los oficiales

(1) Exod. 18. (2) Gal. 1.

que para esto tiene diputados, quiere que siempre corramos á ellos, para hacernos las mercedes por sus manos. Y así leemos que estando el apóstol Sant Pedro predicando, cayó el Espíritu Sancto sobre todos aquéllos que le oían (1), y así también invisiblemente desciende cada día sobre todos los que húmilmente oyen su palabra de la boca de sus ministros.

Ni se ha de mirar para esto que los ministros sean malos ó que sean buenos, sino sólo se ha de mirar que son instrumentos y órganos de Dios. Porque ni es de menor precio el oro que se halla entre los carbones, que el que está entre las piedras preciosas, ni es menos eficaz la medicina que se da en un vaso de barro, que la que se da en madre de perlas. Y por esto el siervo de Dios en todas las cosas que tocan á su salud, no debe dar paso sin consejo de quien se lo puede dar, aunque tuviese altísimo espíritu: porque Dios, que es maestro de los humildes, por este medio le dará más luz que por todos los otros. Y así leemos de uno de aquellos Padres de Egipto que como hiciese oración muchos días porque Dios le declarase una dubda que tenía, como esto no pudiese alcanzar en mucho tiempo, determinó de ir á otro monje que moraba en aquel desierto, á comunicarla. Y como saliese de su celda, halló luego un ángel que se la declaró, diciéndole que por aquella humildad había merecido más la declaración de aquel paso, que por cuantas oraciones había hecho. Y está muy clara la razón. Porque habiendo en la Iglesia oficiales deste oficio, á quien (demás de la sciencia) el Espíritu Sancto muchas veces alumbra ó mueve á hablar, sin que lo entienda el que habla (como hizo á Caifás por ser pontífice de aquel año) claro está que sería tentar á Dios si lo que yo puedo conseguir por esta vía ordinaria, lo pretendiese alcanzar por sola oración.

Verdad es que para determinar dubdas de cosas espirituales se requiere más tiento: porque para esto son necesarias letras juntamente con caridad y temor de Dios. Porque la sciencia alumbra mucho, y mucho más la caridad, mayormente en las cosas espirituales, donde juntamente con la teórica se requiere la práctica de las cosas, pues los dones y favores particulares de Dios, y la dulzura de su manna escondido, nadie perfectamente lo conosce sino el que la ha probado. Y por esta causa dice el Psalmis-

(1) Act. 10.

ta que la boca del justo tratará cosas de sabiduría, y su lengua hablará juicio (1). Y asimismo dice el Eclesiástico (2): El ánima del varón sancto atina alguna vez en la verdad sobre siete atalayas que están asentadas en lo alto para descubrir tierra. Lo cual especialmente acaesce en materias espirituales y cosas particulares. Porque las determinaciones de la fe, de los contratos humanos, y decretos y mandamientos eclesiásticos, y cosas tales, han de saber de los doctores y maestros desta facultad. Y aun las mismas cosas espirituales se han de examinar en este mismo contraste, para ver si concuerdan con las reglas de la Escriptura divina.

Mas para acertar en estas y otras cualesquier materias perfectamente, trabaje el hombre cuanto le sea posible por buscar siempre hombres (como dicen) de sciencia y consciencia. Porque una de las cosas más peligrosas que hay en el mundo, y que más daño tiene hecho en él, son letras sin temor de Dios. Porque donde están las letras sin este correctivo, ahí está la hinchazón y la soberbia: y donde está la soberbia, ahí están las tinieblas y la ignorancia y el desamparo de Dios. Y desta fuente han nascido todas las herejías presentes y pasadas, con otros muchos males y larguezas de la vida humana. Por la cual razón dijo el Sabio que tuviese el hombre muchos amigos, mas que el consejero fuese uno de mil (3). Y cuando éste hobiere hallado, trate con él todas sus cosas con humildad y confianza, y no ande cada día buscando nuevos maestros y consejeros, que le podrán muchas veces poner en confusión. Porque esto suelen hacer las personas fáciles y inconstantes, ó las que andan buscando pareceres que concuerden con el suyo, y no descansan hasta hallarlo. Y esto hecho, dicen que se rigen por parecer ajeno, como á la verdad esto sea regirse por el suyo proprio. Por do parece que no es pequeña cosa saber tomar consejo, y por ventura no menor que saberlo dar.

Cuarto aviso: de la discreción que se requiere para examinar los buenos deseos. § IV

El cuarto aviso (no muy diferente del pasado) es que por cuanto la oración devota es una fuente de buenos deseos

(1) Psalm. 36. (2) Eccli. 37. (3) Eccli. 6.

(porque allí con la consideración de las perfecciones y beneficios de Dios arde el fuego de la caridad, del cual saltan centellas vivas de sanctos deseos) con todo esto no se debe el hombre fiar enteramente de todos estos deseos, arrojándose inconsideradamente á las cosas que desea, sin hacer primero aquello que dice Sant Juan: No queráis creer á todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios. Porque muchas veces acontece encubrirse el vicio con velo de virtud, y vestirse el lobo de piel de oveja, y transfigurarse Satanás en ángel de luz. Y por esto es de saber que así como la naturaleza, que proveyó de apetitos naturales para conservación de la vida natural, proveyó también de la razón natural para que los moderase y encaminase (porque de otra manera serían dañosos á la misma vida) así también el Espíritu Sancto, que provee á los justos de deseos espirituales para conservación de la vida espiritual, los provee también de discreción que los rija, examine y modere, y así moderados los ejecute y ponga por obra. Y por no hacer esto muchas personas espirituales, han venido muchas veces á intentar cosas con que no salieron, en lo cual parece que se engañaron: porque confiados de que el deseo era bueno, pensaron que ya el campo estaba seguro, y que no había más que cerrados los ojos ponerlo por obra. Por tanto, de ninguna cosa más conviene el hombre recatarse á veces, que de buenos deseos y celos, que cuanto más tienen figura de bien, tanto más fácilmente pueden engañar so color de bien. Y por esto quería Dios en la ley que en todos los sacrificios se pusiese sal, para dar á entender que todos los sacrificios de nuestras obras habían de ir salgados y acompañados con discreción. Por donde el Rey de los persas, que mandó proveer de todas las cosas para el culto del templo de Dios por peso y medida, mandó que la sal se diese sin medida, por la grande necesidad que para todas las obras tenemos desta sal de discreción: que así como ella es los ojos del ánima, así no podemos dar paso bien dado sin ella.

Quinto aviso: de que juntamente con la oración se debe ejercitar el hombre en todas las otras virtudes. § V

El quinto aviso es que aunque sea verdad que la oración sea una tan excelente virtud (así porque por ella se alcanza el espíritu de Dios y su gracia, que es la fuente de todo nuestro bien, como porque en ella se ejercitan los actos de otras muchas virtu-

des, según que arriba declaramos) mas no por eso debe el hombre dejar de trabajar y emplear todos sus fuerzas en las otras virtudes, así para cumplir con la obligación que tiene á ellas, como para alcanzar y esforzar los hábitos dellas. Porque aunque el fervor de la caridad y la devoción sean un grande soplo y estímulo para bien obrar, pero en faltando este fervor (que muchas veces falta, aun sin pecado) luego levantan cabeza las pasiones naturales, si no están acabadas de domar con el ejercicio continuo de las virtudes, y fácilmente derriban al hombre en cualquier flaqueza ó liviandad. Por donde es necesario que demás del socorro que nos viene por esta parte, nos ayudemos de los mismos actos y ejercicios de las virtudes, para que con el uso de ellas poco á poco vengamos á hacer hábito dellas, y domadas de esta manera las pasiones, nos sea más fácil el ejercicio de la virtud, no sólo por el alegría y gusto de la devoción, sino por estar ya vencidas las pasiones con el uso de la virtud.

Y dado caso que en la ejecución destas obras, mayormente de la virtud de la misericordia, haya muchas veces distraimiento y relajación de espíritu, mas no por eso debe el hombre desconsolarse ni pensar que pierde en esta mercadería, ó que aprovechará más por otro camino (como lo piensan algunos que no saben en qué consiste la verdadera virtud) lo uno, porque no es maravilla que distraídos en muchos negocios nos turbemos y derramemos algún tanto con la ocupación de los mismos negocios y con la comunicación y trato de los hombres, y lo otro, porque no siempre lo más sabroso es lo más provechoso, sino muchas veces al revés, pues vemos que no menos aprovecha al enfermo el comer con hastío, que al sano con gusto, ni es menos provechoso al uno la purga desabrida, que al otro el manjar sabroso. Muy engañados viven los que por el gusto juzgan el valor de las obras: y aun muchas veces acaesce que los tales no tienen por fin de lo que hacen, hacer la voluntad de Dios, sino la suya, ni amar y buscar á Dios, sino á sí mismos. Mucho más querría yo á veces el distraimiento y sequedad de los obedientes, que el recogimiento de algunos devotos: porque comúnmente suele ser más seguro lo más amargo y más contrario á nuestra voluntad.

Ni aun debe desmayar porque á vueltas destos negocios píos se entremetan algunos defectillos livianos, de que le paresce que carescía cuando andaba fuera de ellos, como son algunas palabras

ociosas ó desmandadas, etc.: porque así como no es de maravillar que esté sin herida el que nunca entró en batalla, así tampoco lo es que traiga algún pequeño rascuño el que sale de ella. Bien entendía nuestro Señor todas estas flaquezas nuestras, y con todo eso quiere que entendamos siempre en hacer buenas obras, y no se maravilla que traiga las plantas mojadas el que anda sobre el agua, y las manos un poco negras el que trata con la pez, quiero decir, que se le pegue un poco de humanidad al que trata con los hombres por el bien de los mismos hombres, porque esto es hacerse espiritualmente anatema por ellos. Y así se ha de creer que fácilmente concederá el Señor perdón á estas livianas culpas, y dará su galardón á aquellas buenas obras. De manera que ni estas buenas obras carecerán de premio, ni aquellas pequeñas culpas de misericordioso perdón.

Sexto aviso: que los que se dan mucho á la oración, no por eso desprecien á los que esto no hacen. § VI

El sexto aviso sea que los que se dan mucho al ejercicio de la oración, y son en ella muy particularmente visitados y consolados de nuestro Señor, no juzguen ni tengan en poco á los que de esto carecen. Porque hay algunas personas... mucho por qué temer. *De la pág. 411, línea 24, á la pág. 414, línea 16.*

Mas ya que nos constase que todas estas consolaciones eran de Dios, debríamos considerar que no nos hace Él estos favores y gracias para ensoberbecernos y despreciar á los prójimos, sino para hacernos más agradescidos para con Él, y más humildes para con los otros. Porque de otra manera no recibe los dones de Dios para su provecho, sino para su juicio, el que dellos toma ocasión para desestimar á su prójimo.

Demás desto hase de presuponer que la Iglesia cristiana es un perfectísimo cuerpo, donde hay diversos miembros, cada uno diferente en su figura y oficio, mas todos ellos necesarios para el servicio y ornamento del cuerpo. Y lo mismo es necesario que haya en el cuerpo místico de la Iglesia, para cuyo servicio y hermosura toda esta variedad de miembros (que son diversos estados y oficios) es necesaria. Es otrosí aquella vestidura de Josef, que era de diversos colores, para significar la variedad de los espíritus y ministros que en ella hay, los cuales todos caminan para el cielo, cada cual por su proprio camino. Por donde así como

dende la circunferencia de un círculo hay mil caminos para ir al centro, que está en medio della, así también los hay para ir al cielo, que es el centro de nuestra felicidad. De donde nasce que unos van á este centro por el camino de la oración y contemplación, otros por el de la predicación, otros de la penitencia, otros de la paciencia de las adversidades, otros de la abstinencia, otros de la pobreza, otros de la humildad, otros por el de la religión y observancia regular, y otros por el de las obras de misericordia, y otros por otros semejantes, los cuales todos van á parar al mismo puesto. Y siendo esto así, ¿por qué pensarás tú que tu camino es el mejor y más acertado que el de los otros? ¿Quién te dió á ti esa seguridad? Si solo Dios es el que pesa los espíritus, y el que escudriña los corazones, ¿quién te dió á ti licencia para tomar ese peso en la mano, y asentarte en esa silla, é inclinar hacia ti esa balanza? No tiene aquél la oración que tú. Podrá ser que sea así, aunque no eres tú el juez deso: mas quizá tendrá más humildad que tú, ó más paciencia, ó más obediencia, ó más caridad, ó más misericordia, y que así te haga él ventaja en otras virtudes de más importancia. No tiene tantas lágrimas como tú, ni gusta de lo que gustas tú. Y ¿qué sabes tú cúyas sean esas lágrimas y ese gusto? Porque aunque regularmente hablando sean de Dios, pero también puede ser que sean de otro espíritu peregrino, y puede ser que sean más de naturaleza que de gracia: quiero decir, más de la ternura y complexión de tu corazón, que del espíritu de Dios. Y ya que fuesen de ese espíritu, no es ésa la suma de la perfección, sino instrumento para la perfección: no es ésa la victoria de la batalla, sino armas para alcanzarla: no consiste en eso la salud, aunque sea ése medio para alcanzar la salud. Porque no está el bien del hombre en los instrumentos y aparejos que tiene para el bien, sino en el uso del bien. Cosa para reir sería decir que el mayor comedor es el mejor cavador: porque aunque el que come bien, trabaje bien, muchas veces se halla lo uno sin lo otro. Así también la oración y el gusto de Dios se ordena á trabajar por amor de Dios: mas algunos hay que no usan bien de esta gracia, y que del agua que se habían de servir para regar las plantas de las virtudes, se sirven para su proprio regalo. Quiero decir que el agua y consolación que reciben para trabajar por amor de Dios, la convierten en su descanso proprio y en el amor de sí mismos.

Y aunque generalmente á nadie debemos juzgar, pero mucho menos á las personas que viven en religión y han hecho profesión de virtud: porque del menosprecio déstos se vienen á engendrar en el ánima unos gusanos muy perjudiciales, que no sólo roen las personas sino también los estados, que es principio y puerta para grandes males. Ni debemos echar sus faltas en la plaza, cuando las hubiese, acordándonos de la maldición que echó Noé á uno de sus hijos porque no cubrió la desnudez de su padre: antes debemos imitar el comedimiento y reverencia de los otros dos sanctos hijos que tan discretamente le cubrieron y honraron. Cuyo espíritu parecía que tenía aquel grande emperador Constantino, de quien se escribe que solía decir: Si viese algún sacerdote ó ministro de la Iglesia caer en algún pecado, yo le cubriría con mi manto, porque de nadie fuese conoscido. Éste es proprio oficio del espíritu de Cristo: mas desdeñar y mofar de tales cosas es proprio del Anticristo, al cual imitan todos los que son miembros suyos.

Ni por la culpa de uno ó de pocos se han luego de condenar todos, porque esto sería grande ignorancia, como lo sería si por dos ó tres mujeres que paresciendo buenas fuesen adúlteras, quisiese uno por esto juzgar por tales á todas las casadas. De los que están ya fuera del cuerpo es estar siempre ó levantados, ó caídos: mas de los que viven en carne mortal, es el caer y levantar. Y si en el mismo cielo, y en el Paraíso, y en la escuela de Cristo, y en el colegio de los siete primeros diáconos de la Iglesia, escogidos por el de los Apóstoles, hubo quién cayese, y quién desobedeciese, y quién vendiese á su Señor, y quién apostatase de la fe, ¿qué mucho es haber esto mismo en todos los otros estados? Mas la culpa de los que destos lugares tan altos cayeron, no deshace, sino antes acrescienta la dignidad de los que en ellos perseveraron.

Séptimo aviso: que se ha de evitar toda manera de singularidad. § VII

El séptimo aviso sea que el varón devoto procure serlo sin que nadie se lo entienda, en cuanto esto sea posible: y así también procure evitar todo género de singularidad así en el vestido como en todo su trato y manera de conversar con los hombres, en cuanto esto se pudiere hacer sin ofensa de Dios, como lo aconsejaba Séneca á un su amigo, diciendo: El rostro y la figura exterior sea común con los otros hombres, mas lo interior

todo sea diferente. Á este aviso pertenece que el lugar de la oración sea aquél que dice el Salvador: Tú, cuando orares, entra en tu retraimiento, y cerrada la puerta haz oración á tu Padre, que está en los cielos: y ese Padre que te ve en escondido, te dará su galardón. Digo esto, porque aunque á muchos esté muy bien tener su oración en las iglesias, y ayudarse de la presencia del Sanctísimo Sacramento (que es una muy grande ayuda) como lo pueden hacer todos los religiosos y religiosas que moran en la casa de Dios, y otras personas cualificadas y seguras, mas otras hay á quien será más conveniente el lugar secreto que el público para haber de orar, así por el peligro de la vanagloria como por la obligación que pueden tener de residir en su casa. Y especialmente en mujeres de poca edad comúnmente es muy saludable y seguro puerto el lugar más secreto y apartado de los ojos del mundo. Hagan las personas devotas de sus rincones oratorios, y allí adoren á Dios en espíritu y en verdad. Porque pues el profeta Jonás hizo oración en el vientre de la ballena, y Sant Juan Baptista en las entrañas de su madre, no habrá lugar que no sea conveniente para vacar á Dios en Él. Así muestra el sancto Profeta que lo hacía, cuando dice: Estando en los desiertos y en tierra yerma, seca y descaminada, me presenté, Señor, delante de ti, como si estuviese en tu sanctuario, para contemplar tu virtud y tu gloria.

Los vicios que según la doctrina de Salomón y del apóstol Sant Pablo más deben emendar las mujeres, son curiosidad y ociosidad, mucho hablar y mucho andar. Porque por no hacerlo así, viene á infamarse y desacreditarse el camino de Dios y el estudio de la devoción. Y sola esta razón bastaba para que los que de verdad desean la gloria de Dios, mirasen mucho por sí, y no diesen motivo á nadie de calumniar la virtud, pues tantas veces el Apóstol nos aconseja que ninguna cosa hagamos por donde pierda punto de reputación el nombre y la doctrina de Cristo. Mas con todo eso no tome de aquí nadie ocasión para defender á las doncellas la salida á misa los días de obligación. Porque una cosa es quitar lo superfluo, y otra cortar por lo necesario. Esto nos manda la Iglesia, mas lo otro nos defienden los sanctos, como muchas veces lo hace Sant Hierónimo en sus Epístolas, encomendando cuanto es posible el recogimiento á las doncellas.

Y por estas mismas razones deben también tener mucha dis-

creción esas mismas personas en la frecuencia de los sacramentos: porque aunque esto se hacía cada día en la primitiva Iglesia, mas entonces no era nota de singularidad hacer lo que todos hacían, como no lo es vestirse un religioso de blanco en la orden donde todos visten de esta color. Y demás desto, no deben las personas espirituales poner toda la fuerza de su aprovechamiento en cosas que no están en su mano, y que por muchas vías se les pueden impedir. Porque notoria cosa es que por mil vías se nos puede impedir la frecuencia de los sacramentos, ó por falta de ministros, ó de otros aparejos que para esto se requieren. Y si en esto solamente fundamos todo nuestro aprovechamiento, faltando el fundamento, luego es caído el edificio. Y por esto debe el hombre aprovecharse de otros muchos medios que hay para sustentarse en la virtud, que no penden de nadie, y que se pueden ejercitar de las puertas adentro, y juntar con éstos la frecuencia de los sacramentos á sus tiempos ordenados, unos cada mes, otros cada quince días, otros cada semana, como Sant Augustín aconseja, y otros más tarde ó más á menudo, según la fiesta y la hambre deste Sanctísimo Sacramento, y según la edad y devoción y estado de cada uno, y según el juicio del prudente confesor, y según lo que el hombre pudiere conjecturar de su proprio aprovechamiento. He dicho esto porque por experiencia he visto personas que cuasi todo su caudal ponían en esta frecuencia de los sacramentos, lo cual cuando por algunas causas de las que se ofrescen cada día en la vida humana, se les impidió, luego aflojaron en su aprovechamiento así como el árbol acostumbrado á regarse cada semana, que en dejándole de regar luego se seca. Este aviso principalmente se da á mujeres de sospechosa edad: aunque así en éste como en todos los otros no hay regla tan general que no tenga su particular excepción.

Octavo aviso: que se debe huir la demasiada conversación de hombres y mujeres. § VIII

El octavo aviso sea huir con todo estudio la demasiada conversación de hombres y mujeres, aunque sea espiritual: porque como dice muy bien Sancto Tomás, muchas veces el amor espiritual viene á mudarse en carnal por la semejanza que hay de uno á otro. Y digo señaladamente la demasiada, porque la templada y bien ordenada no se debe culpar. Ésta es una de las

cosas que más encarecidamente hallamos encomendadas en las Escripturas de todos los sanctos. Sant Augustín dice: Sin ninguna duda digo que el que no quisiere evitar la familiar conversación de las mujeres, presto vendrá á caer. Y en otra parte dice: Grande enemigo tiene la castidad, al cual no sólo conviene resistir, sino también huir á rienda suelta. Y no menos se deben huir las personas que parecen religiosas y virtuosas que las demás. Porque cuanto son más virtuosas, tanto más aficionan los corazones, y debajo de color de piedad puede estar la liria del pecado escondida. Cree á un hombre experimentado, porque como tal te certifico esto delante de Dios, que vi á los cedros altos del monte Líbano y á las guías de la grey de Dios haber caído por esta ocasión: de cuya caída no tenía más sospecha que de la de Ambrosio ó de Hierónimo. Y más abajo añade el mismo Sancto diciendo: ¡Cuántos clérigos y legos, después de haber gloriosamente confesado la fe y triunfado de los tiramnos, y después de haber obrado otras grandezas y maravillas, vinieron á padescer naufragio por haber querido navegar en una misma nao con personas sospechosas! Y Sant Hierónimo otrosí dice: Todas las doncellas y vírgines de Cristo, ó igualmente las ama, ó igualmente las olvida. Y no confíes en la castidad pasada, porque ni puedes ser más sancto que David, ni más sabio que Salomón. Acuérdate que mujer fué la que echó fuera de su posesión al primer morador del Paraíso. Y Sant Isidoro dice: Puesto par de la serpiente no estarás mucho tiempo seguro, y asentado par del fuego, aunque seas de hierro, te derritirás. Pero S. Bernardo sobre todos aprieta más este negocio, diciendo: Por mayor maravilla tengo morar en compañía de una mujer y no caer, que resuscitar un muerto. Pues si no creyere de ti lo menos, ¿cómo creeré lo que es más? Esto dice Sant Bernardo, ó por vía de encarescimiento, ó porque ello es así. Como quiera que sea, mucho se debe temer lo que este Sancto tanto encaresce.

Pues por estas voces y consejos de sanctos el siervo de Dios, que trae un tan gran tesoro en un vaso de barro, debe andar siempre la barba sobre el hombro, atalayándose por todas partes, temiendo en medio de la seguridad, porque este temor es la cosa que más le puede asegurar. Y es mucho de notar lo que dice Sant Hierónimo, que no nos confiemos en la castidad pasada, porque ninguna cosa hay tan vecina del peligro como la demasiada con-

fianza. Por esto se lee de uno de aquellos famosos compañeros de S. Francisco, que se decía Fray Rogerio, que teniendo un altísimo don de castidad, así se recataba y recelaba de todas las ocasiones y peligros del mal, como si fuera uno de los más flacos hombres del mundo. Y preguntándole su confesor por qué hacía esto, teniendo un ánima tan pura como él sabía, respondió que aquella pureza le daba Dios por el gran cuidado que él tenía de guardarse, y que si él en esta parte se descuidase de sí, quizá Dios también se descuidaría dél. Pues este ejemplo deben seguir todos los verdaderos amadores desta virtud, si quieren librarse de muchos lazos y peligros que en este caso se pueden ofrecer.

Y no sólo deben excusar todo género de familiaridad y conversación demasiada, mas también todas las ocasiones y negocios que puedan disponer para eso. Porque quien quiere cortar el fin, también ha de cortar todos los medios que disponen para él. Y aunque tengan las cosas color de bien, todavía ha de pensar el hombre que no duerme nuestro adversario, y que entonces tiene más aparejo para dar veneno, cuando tiene más miel con que mezclarlo.

Y por esta causa nunca sería de parecer que mujeres diesen obediencias muy estrechas á padres espirituales, fuera de las que están aprobadas por la Iglesia: porque aunque esto pueda caer en personas de toda seguridad, pero generalmente no se debe esto aconsejar á nadie, porque muchas veces se puede esconder la culebra debajo de la hierba verde, y muchas veces amistades que se comienzan con espíritu, procediendo el tiempo, se mudan en otro metal.

Nono aviso: que cada uno trabaje primero por cumplir las obligaciones de sus estados. § IX

El nono y más principal aviso sea que el varón devoto tenga por el principal fundamento de su vida cumplir primero con las obligaciones de su estado, y después desto tome todo el tiempo que quisiere para vacar á Dios. Para lo cual es de saber que no es otra cosa oración (propriamente hablando) sino una petición, en que pedimos á Dios gracia para cumplir sus mandamientos y hacer su sancta voluntad, como personas que conocemos la inhabilidad que de nuestra parte tenemos para cumplirla. Esto significó el Psalmista cuando dijo: Abrí mi boca y atraje

el espíritu, porque deseaba tus mandamientos. Como si dijera: Porque deseaba guardar tus mandamientos, y esto no podía hacer sin el favor de tu gracia y de tu espíritu, el cual tú das á los que húmilmente lo piden, por eso abrí mi boca en la oración, y pedíte la gracia de este espíritu, para poder con ella guardar los mandamientos que yo deseaba. Pues siendo esto así, claro está que la guarda de los mandamientos divinos ha de ser el primero de nuestros cuidados, y la oración con todo lo demás se ha de ordenar á este fin. Pues en esta primera obligación entran todas las que cada uno tiene en su estado, como son las que el casado tiene en el suyo, y el religioso, y el obispo, y el juez, y el señor de vasallos, y finalmente cada uno de todos los demás en el suyo. Porque así como estos estados son ordenados por Dios, así también lo son las leyes y obligaciones dellos: y por eso el que quebranta esta ley, resiste á la ordenación de Dios. Por donde aquel vaso de elección y sagrario del Espíritu Sancto tantas veces al cabo cuasi de todas sus epístolas gasta tanto tiempo en declarar y encomendar las obligaciones de estos estados, conviene saber, la del padre para con su hijo, y del hijo para con su padre, del marido para con su mujer, y de la mujer para con su marido, del siervo para con su señor, y del señor para con su siervo, y así todos los demás.

Pues si éstas son también leyes y obligaciones de Dios, ¿qué mayor desorden que por vacar á la oración (con que pedimos socorro para guardar la ley de Dios) dejar de cumplir esa misma ley? Eso es dejar el fin por los medios, el puerto por la navegación, y la salud por la medicina, con la cual se había de alcanzar esa misma salud. Esto es dar á entender claro que el hombre en la oración más buscaba á sí que á Dios, pues deja á Dios por amor de sí, esto es, deja lo que Dios le manda, por hacer lo que á él le paresce. Finalmente, esto es del todo no entender qué cosa es oración, ni para lo que es, pues por ella se deja lo que por ella se busca. Muy bien dijo un compañero de Sant Francisco á otro religioso que se quejaba de la obediencia y trataba de desampararla porque le impedía la oración. Hermano, dijo él, tú que estos pensamientos tienes, aún no sabes qué cosa es oración. Por cierto en pocas palabras le dijo mucho: porque si todo el negocio de la oración es cobrar espíritu y fuerzas para guardar los mandamientos de Dios, ¿qué desatino es dejar el cumplimiento de

esos mandamientos por acudir á la oración? Entienda pues el varón devoto que así como el herrero toma por medio calentar y ablandar el hierro para labrarle, así se toma por medio la oración para ablandar el corazón y hacerlo obediente á la ley de Dios. Y éste es el principal fin á que se ha de enderezar la verdadera y perfecta oración.

Ilustrísimos ejemplos y argumentos hay en la Escriptura divina para esto: mas ninguno he hallado más ilustre que aquel divino Psalmo: *Beati immaculati in via*. El cual siendo tan grande, que la Iglesia lo repartió en once psalmos para todas las horas de la mañana, porque en él hay ciento y sesenta versos, apenas tiene uno donde no haga mención de la ley, ó mandamientos, ó caminos de Dios, ó justificaciones, ó palabras (que es lo mismo) unas veces pidiendo lumbre para entender su ley, otras sabor y gracia para cumplirla, otras declarando los grandes frutos que se siguen de la guarda della, y los grandes males de los contrarios, otras declarando el Profeta cómo todo su tesoro, todo su amor y todos sus deleites y pensamientos estaban en ella. De manera que todo el Psalmo y todas las palabras y consideraciones dél van enderezadas á este fin, para que por aquí entienda el siervo de Dios que no ha de tener en este mundo otro fin, ni otro mayorazgo, ni otra heredad, ni otra gloria, ni otro tesoro, sino sola la guarda de la ley de Dios, y que á esta sola ha de enderezar todos los pasos y puntos de su vida, y mucho más todas las consideraciones y ejercicios de su oración. Y si éste ha de ser todo nuestro intento, ¿qué cosa más contraria á esto que dejar por la oración el mismo fin de la oración? No lo hacía así Sant Bernardo, que tan de buena gana dejaba no sólo la oración, mas aun la altísima contemplación, por cumplir con la obligación de enseñar á aquéllos que estaban á su cargo, como él lo significa en un sermón por estas palabras: Deciros he, hermanos, lo que por mí pasa. Si alguna vez entiendo que algunos de vosotros aprovecháis con mis palabras y doctrina, entonces yo os confieso que nunca me pesó de haber dejado el ocio de la contemplación por el oficio de la predicación: antes de muy buena gana me aparto de los brazos de Raquel para entender en lo que toca á vuestro provecho. Porque la caridad, que no busca á sí mesma, me ha enseñado que ninguna cosa de cuantas yo deseo debo tener en más que lo que á vosotros conviene. De manera

que orar, leer, escribir y meditar, y cualesquier otras ganancias destos espirituales ejercicios tengo por perdidas, cuando por ellas se impide vuestro aprovechamiento. Y en otro sermón dice así: Avísote, hermano que deseas darte á la contemplación, que no pienses por eso perjudicar á las obligaciones de la sancta obediencia y á los mandamientos y ordenaciones de los mayores. Porque desa manera no aprobará Dios tu vana contemplación, y aunque le llames, no vendrá llamado, ni dará oídos al desobediente un tan grande amador de obediencia que quiso antes morir que dejar de obedecer.

Y así como á este blanco habemos de enderezar nuestra oración, así también con él habemos de examinar el fructo de la oración. Porque cierto es que el fructo de la oración ha de ser esta guarda de la ley de Dios, como claramente lo significó el Profeta cuando después de haber dicho del varón justo que meditaría en la ley del Señor noche y día, añade luego diciendo: El que esto hiciere, será como un árbol plantado par de las corrientes de las aguas, que dará fructo en su tiempo: el cual fructo no es otro que la guarda de los mandamientos de Dios. De suerte que de la meditación continua de la ley nascerá la guarda de esa misma ley. Mira pues, hermano mío, tú que tienes por oficio meditar esta sancta ley, si cada vez que se ofrece tiempo de cumplir algo de lo que manda, estás prompto para eso, y por ahí conoscerás si fructuosamente piensas y meditas en esa ley. Mire el juez en su oficio, y el señor de vasallos en el suyo, y el obispo en el suyo, y el religioso, y el casado, y el siervo, y el señor, y el hijo, y el padre, y cada uno en su estado, cuando se ofrece ocasión de poner las manos en algo y cumplir con las obligaciones de su estado, cómo sale á eso: y si viere que tarde y mal y por mal cabo, piense que no usa bien de ese ejercicio, y que no le ha sido del todo provechosa la medicina, pues no consiguió el fin que por ella pretendía. Porque si por ahí pretendió alcanzar espíritu y fervor para cumplir la ley de Dios, quien tan pesadamente la cumple, ó del todo no la cumple, ¿cómo se puede decir que alcanzó espíritu ó devoción, pues no es otra cosa devoción sino promptitud de ánimo para hacer lo que manda Dios?

Pues deste engaño está llena hoy muy gran parte del mundo: donde vemos muchas personas que por no pasar un poco de trabajo, dejan de cumplir con las obligaciones de sus oficios y estados,

con escándalo de muchos y con agravio y escándalo de los suyos. Puesto caso que en esta cuenta no entran los verdaderos devotos que toman este negocio por solo Dios, sino los que lo toman por su gusto, ó por su honor, ó por un poco de entretenimiento y ocupación del tiempo, ó por su autoridad y reputación, ó por otros intentos semejantes: los cuales vienen á descubrir el hilo y parecer lo que son, al tiempo que corre esta obligación. Y éstos son por cuya causa es infamada la virtud y los ejercicios de la oración, juzgando los hombres de las cosas, no por las cosas sino por las personas, y no por el buen uso sino por el abuso dellas.

Muy bien entendió y previno esto el Apóstol cuando escribiendo á Tito una carta que insistiese en que todas las personas cumpliesen con las obligaciones de sus estados, llegando á las recién casadas, dice (1): Á las mozas casadas debes amonestar que quieran bien á sus maridos y amen á sus hijos, que sean discretas, castas, templadas, y que tengan cuidado de su casa y familia, y que sean benignas y subjectas á sus maridos, porque no sea blasfemada la doctrina de Dios si hicieren lo contrario. Mira pues cuán abiertamente el Apóstol avisa aquí de lo uno y de lo otro, y de lo que debe hacer, que es tener cargo de la casa y familia, y de lo que se debe temer, que es escandalizar al prójimo y infamar el camino de Dios, cuando esto no se hace debidamente.

Mas porque esta materia es muy necesaria, para mayor declaración della añadiré la doctrina del aviso siguiente, donde más distinctamente se trata del fin que se ha de tener en estos sanctos ejercicios, y de los engaños que acerca de esto puede haber.

Pág. 405, línea 14, C: Décimo aviso: del fin...

—Línea 16, C: El décimo aviso es...

C guarda en todo este capítulo su propia numeración de §§, *aunque saltando (por descuido sin duda) del XIII al XV.*

—Línea 21, B C sustituyen: Pues para esto es de notar que una principalísima parte de la vida cristiana es la mortificación de nuestros apetitos y proprias voluntades: porque el fin desta vida es la caridad, y desta caridad nasce una general obediencia de todos los mandamientos divinos y una perfectísima conformidad con la divina voluntad, como claramente se colige de...

Pág. 407, línea 26, A B: cura. *C:* medicina.

(1) Ad Titum 2.

Pág. 409, línea 13, A: contentamiento. *B C:* gusto.

Pág. 411, línea 24, hasta la pág. 414, línea 16: Porque hay algunas personas... mucho por qué temer. *C pone todo esto en el Aviso VI, según queda consignado en la página 536, línea 21.*

Pág. 411, línea 35, B C añaden: Así paresce que dicen éstos en su corazón: si no estuviéramos en gracia con Dios, no nos diera estas consolaciones y sentimientos que nos da.

Pág. 415, línea 2, A: siente ó no siente. *B C:* gusta ó no gusta.

Pág. 421, línea 14, B C añaden: Así leemos del abad Arsenio que tenía por costumbre tomar un día en la semana para esto, que era el sábado, en el cual perseveraba en oración dende la tarde hasta otro día por la mañana.

Pág. 430, línea última, A: ni es bien que se den. *B C:* ni pueden entrar en él.

Pág. 432, línea 7, A: hemos. *B C:* habemos.

—Las dos líneas últimas, B: tan grande, que no te dejarán tan consolado los acaescimientos prósperos, los corporales deleites, los honrosos favores, aunque todos los del mundo se juntasen para alegrar tu ánima, como solas dos horas de oración, si en ellas fielmente perseverares.

C modifica de esta manera:... todos los acaescimientos prósperos, todos los corporales deleites, todos los honrosos favores del mundo, aunque todos cuantos en él hay se juntasen en uno, como dos horas de una profunda y devota oración.

Pág. 433, líneas 17-22, B sustituye: De manera que no nos contentemos con procurar la perfección y cumplimiento de las virtudes como los filósofos (los cuales, porque carescían deste espíritu, no tenían otro remedio para se perfeccionar sino trabajar en cada una virtud por sí) sino como verdaderos cristianos y hijos de Dios, que allende de nuestros trabajos y ejercicios esperamos y deseamos nuestra perfección, del espíritu de adopción que recibimos, y de la simiente del cielo, que principalmente produce en nuestras ánimas esta dignidad.

C sustituye así: De manera que no alcanzamos la perfección y cumplimiento de la virtudes por solos los medios y fuerzas que las alcanzaron los filósofos, los cuales, porque carescían deste espíritu, no tenían otro medio sino trabajar en cada virtud por sí. Pero los verdaderos cristianos y hijos de Dios, allende de sus pro-

prios ejercicios, tienen otro principal remedio, que es el espíritu de adopción y la simiente del cielo, que producen dentro de nuestras almas estos fructos de virtud.

Pág. 433, B C suprimen la advertencia: Al Lector.

En el prólogo y al final de la primera edición del *Libro de la Oración y Meditación* promete Fr. Luis de Granada una tercera parte (1), que se añadió en la edición de Salamanca, 1555, bajo la forma de *Tres Sermones, en los cuales se trata de la virtud y perseverancia de la oración.* Los hemos reproducido fielmente según esta edición, pero intercalando en el sermón primero algunas páginas añadidas en la edición de Amberes, 1556. Esta edición de Amberes supone necesariamente otra anterior española, donde primero debieron de ser hechas las adiciones indicadas. Estas adiciones aparecen, aunque bastante modificadas, en dos ediciones de Salamanca, ambas del año 1556, pero distintas entre sí por la impresión y por las variantes que ofrecen, una de las cuales es de verdadero lujo.

Los signos empleados tendrán, en las variantes de los tres sermones, el valor siguiente:

A = edición de Salamanca, 1555.
A^2 = edición de Amberes, 1556.
B = edición de Salamanca, 1556.
B^2 = edición de lujo, Salamanca, 1556.
C = edición de Salamanca, 1566.

Pág. 437, líneas 12-19, B B^2 sustituyen: su valor. Mas porque nuestro entendimiento es de tal cualidad que no se quieta con saber las cosas si no sabe las razones y causas dellas, por eso será cosa conveniente en este sermón que probemos esta verdad, no sólo por razones claras y evidentes, sino también por manifiestas experiencias de cada día. Y porque no nos engañemos en el uso del vocablo, será necesario declarar primero qué es lo que entendemos aquí por este nombre de oración. Pues por este nombre entendemos, no cualquier manera de oración, sino sola aquélla que es atenta y devota y hecha de todo corazón, cual era aquélla del Profeta cuando decía: Llamé con todo mi cora-

(1) Páginas 5 y 433 de este tomo.

zón, óyeme, Señor. Y no sólo llamamos oración esta manera de petición, sino también cualquier levantamiento de nuestro espíritu á Dios, ora sea por vía de meditación, ó de contemplación, ó de otra cualquier manera: porque como todas estas cosas suelen entrevenir en la profunda y devota oración, todas ellas las significamos por este nombre, no teniendo respecto á la significación propria del vocablo, sino á la práctica del ejercicio. Pues esto entendemos por oración, y ésta decimos que es una de las grandes ayudas que hay para la virtud y para toda perfección, como por las razones y experiencias siguientes se declara.

Pág. 443, líneas 11-14, B B² suprimen: Porque... felicidad.

Pág. 451, líneas 29 30, B B² sustituyen y añaden: y finalmente conforme á la cresciente y menguante della, así cresce y mengua el espíritu y concierto de nuestra vida. Y no es mucho de maravillar, porque si la devoción anda siempre en compañía de la profunda y devota oración, y esta devoción es la que hace al hombre hábil y prompto para todas las virtudes y para todo bien (como dice Santo Tomás en la 2. 2.) no es mucho que cresciendo con la oración esta devoción, sienta el hombre todo lo susodicho.

Pág. 455, líneas 14-17, B sustituye: decía David, la cual cría hierbas lacias y de poco frescor. Porque el ánima sin devoción cría las obras flacas y de poca dura. Mas en regándola con este riego, luego se esfuerzan y florecen, y perseveran los sanctos propósitos y deseos acompañados con oración.

B² sustituye así: decía David, que cría las hierbas lacias y de poco frescor: mas en regándose con este riego, luego reverdece toda la frescura de la vida espiritual con el riego desta virtud.

Pág. 455, línea 18, á pág. 457, línea 2, y de pág. 457, línea 10, á pág. 460, línea 17, todo falta en A, pero está en A².

Pág. 455, línea 18, á pág. 457, línea 2, B B² sustituyen: Añadiré á estas experiencias otras de S. Buenaventura, que es el gran fruto y provecho que sacan de este sancto ejercicio las personas que devotamente se den á él. Las palabras deste sancto doctor referimos en el prólogo de este libro, en las cuales después de haber ensalzado con grandes alabanzas la oración, y contado muchos y muy grandes frutos que se siguen de ella, en cabo concluyó diciendo: ¿ves, pues, de cuánta virtud y poder sea la oración? Y para prueba de todo lo dicho (dejado aparte el tes-

timonio de las Escripturas divinas) esto baste agora por suficiente probanza, que habemos oído y visto, y vemos cada día muchas personas simples, las cuales han alcanzado todas estas cosas susodichas, y otras mayores, mediante el ejercicio de la oración. Hasta aquí son palabras de S. Buenaventura. Ésta es una gran prueba y argumento de este negocio: porque por eso juzgamos una medicina por muy provechosa, porque por la mayor parte suele aprovechar á todos los que usan de ella. Pues ¿quién podrá explicar agora el fruto que han sacado deste ejercicio los que se han entregado á él? Porque sin duda lo que Sant Buenaventura dice que vió en sus tiempos, eso mismo vemos agora (por la piedad de Dios) en los nuestros. Porque en muchas partes habemos visto personas, las cuales, ó por razón de su edad, ó de sus enfermedades, ó por la cualidad y condición de su estado, no pueden ejercitarse en otras maneras de ejercicios y trabajos virtuosos en que se ejercitan y de que se ayudan los que tienen salud, y carecen de estos impedimientos susodichos, y con todo esto si procuran cada día hacer aquello que S. Bernardo aconseja en los libros de la Consideración (que es recogerse á sus tiempos para vacar á Dios, y darse á la oración y consideración de las cosas celestiales, y junto con esto frecuentar el uso de los sacramentos) veréis en sus ánimas una simplicidad y pureza tan grande, una castidad tan pura, una devoción tan entrañable, un amor de Dios tan encendido, un desprecio de mundo, unas entrañas tan abiertas para con los prójimos, y una memoria de Dios tan continua, con otras virtudes tan grandes, que por un cabo os ponen admiración, y por otro vergüenza y confusión de veros tan lejos de aquella perfección. Pues ¿á qué podemos atribuir esto sino á lo que lo atribuye Sant Buenaventura, que es (después de la divina gracia y de los sacramentos que la dan) á la virtud de la oración? Porque si á esto la atribuye este sancto, nadie debe tener por atrevimiento sentir lo que siente él. Y no es esto mucho de maravillar: porque como la oración sea un tan principal medio para alcanzar la gracia por tantas vías (como está ya declarado) claro está que mientra más el hombre en ella se ejercitare, más ha de recrecer en las riquezas de la gracia, y por consiguiente en toda virtud y perfección.

Y demás de esto no se puede negar sino que el ejercicio de la oración es como espuelas de la vida espiritual, porque la devota

oración trae consigo por compañera á la devoción (como ya dijimos) y así ella es la que aviva al hombre, y le pone calor, y le hace andar nadando en devoción, y le despierta para todo lo bueno, y le da espíritu y gusto en el bien que hace: de lo cual todo carece el que no sabe qué cosa es oración ni devoción, que siempre vive en pobreza y sequedad.

Pág. 457, línea 9, á pág. 458, línea 10, B sustituye: Donde parece cuán grande engaño sería si algún prelado pusiese todo ó el principal caudal y manera de su gobierno en solo lo exterior, sin tener tanta cuenta como sería razón con estos sanctos ejercicios, no mirando que todas las cerimonias y ordenaciones de la vida monástica (como son el ayuno, la clausura, el silencio, con las demás) se ordenaron á la caridad. La cual (como está dicho) se enciende, aviva y se conserva con la oración. Pues según esto, ¿qué será...?

B²: Y por aquí se ve claro cuánto engaño sería si algunos prelados pusiesen todo su caudal y toda la manera de su gobierno en insistir principalmente en solo lo exterior... *como B.*

Pág. 458, líneas 11-20, suprimidas en B².

—Línea 25, B B² suprimen: y las vigilias, y la disciplina.

—Línea 30, á pág. 459, línea 17, B B² sustituyen: De donde, enseñando S. Buenaventura al Religioso de la manera que había de haberse en todos los pasos y movimientos exteriores, dice que en todo esto guarde aquella figura y composición y aquella mesura y gravedad que tiene cuando sale de una profunda y devota oración. Y aun en la manera del obrar las virtudes va grande diferencia entre el que tiene oración y devoción, y el que no la tiene. Porque el que anda con espíritu de devoción, todas las obras que hace, hace con devoción y con fervor y con alegría y con pura intención, y así todo lo hace por Dios, y en todo le parece que ve á Dios. Mas el que no sabe qué cosa es devoción, así como está seco de dentro, así todo lo que hace, va lleno de mucha sequedad. Á lo menos...

Pág. 459, línea 31, á pág. 460, línea 17, B B² suprimen: y finalmente... altísima perfección.

Pág. 469, línea 24, B B² añaden: ¿Qué cosa (dice él) puede ser más preciosa que la oración, la cual es sacrificio para Dios, música para los ángeles, convite para los sanctos, socorro para los que oran, ungüento para contritos, remedio para los peniten-

tes, saeta para contra los enemigos, y escudo para los tentados? Y en otro lugar: No hay cosa (dice él) que más dulcemente...

Pág. 470, línea penúltima, B B^2 añaden: que proceden della. Y allende desto, como la oración demás de ser meritoria, sea también impetratoria de lo que pide (si lo pide como se debe pedir, según que arriba dijimos) algunas veces acaescerá impetrarse por esta vía en poco tiempo algunas altísimas virtudes, á las cuales apenas pudiera llegar el hombre con el ejercicio de sus proprios actos en muchos años Como paresce en aquella altísima castidad que por una breve oración fué dada á Sancto Tomás de Aquino, la cual fué tan grande y tan heroica, que dende entonces nunca jamás sintió en su carne estímulo de aquel ponzoñoso deleite. Y así es de creer que otros muchos sanctos impetrarían por esta vía grandes virtudes y dones del Espíritu Sancto, como fué la sabiduría de Salomón alcanzada por oración, y otras gracias semejantes. Mas no por esto debe el hombre dejar las obras y ejercicios de las otras virtudes, porque éstos son espirituales privilegios que se conceden á pocos, y nadie debe hacer ley universal del privilegio particular. Y demás desto son diversos los medios que hay para alcanzar las virtudes, unos para unos, y otros para otros: porque no es de todos aquella altísima y eficacísima oración que esto puede.

Pág. 472, línea 5, A A^2: que lo acabase con los hombres. *B B^2:* y así fácilmente lo acababa y persuadía á los hombres.

Pág. 481, líneas 16-18, B B^2 sustituyen: Y para estar así, claro está que uno de los principales medios que hay, es la continua y perseverante oración: porque quien quiere tener siempre oración, conviene que siempre ande en oración. *C añade:* que es la causa de esa devoción.

Pág. 483, línea 7, B B^2 C: se conserve en aquella maravillosa luz y resplandor, y en divino calor y devoción actual que recibe dél.

Pág. 487, línea 33, B B^2 C añaden: Mas en el fin destos sermones (*C:* deste tratado) será necesario traer á la memoria los avisos que en la segunda parte dimos (*C añ.* á los que se dan á la oración) y señaladamente aquél que habla contra los que se dan á esta virtud sin fundamento de justicia. Porque hay muchos que habiendo algunas veces experimentado el gran provecho que su ánima recibe de la comunicación con Dios, y viendo que así como la cera se está curando al sol, y parándose cada hora más blanca,

así el ánima se está apurando y sanctificando en la presencia de Dios, cuando está allí recibiendo el calor y los rayos de aquella (*C:* su) luz: considerando esto, vienen á estimar en tanto esta virtud, que les paresce que sola ella basta para cumplido remedio del hombre, y con esto vienen á descuidarse en el uso de las otras virtudes. De donde nasce que como las virtudes están (*C:* estén) entre sí tan trabadas que no es posible tener perfectamente una si no se tienen todas, como son negligentes en las unas, así lo son también en las otras, y así no alcanzan (*C:* ni) lo uno ni lo otro: lo uno, porque no lo procuran, y lo otro, porque no se puede alcanzar sin aquello que desprecian. Porque verdaderamente pasa así, que como los miembros del cuerpo tienen necesidad para su conservación los unos de los otros (porque los pies tienen necesidad de los ojos, y los ojos de los pies, y las manos del estómago, y el estómago de las manos) así las virtudes (que son como miembros espirituales de nuestra ánima) tienen necesidad deste socorro prestado: y cuando éste falta, ninguna virtud por sí sola se puede sustentar (*C:* también faltan las mismas virtudes). Y por esto el que desea acertar y ser libre de los engaños del enemigo, no ponga sus ojos en esta virtud sola, sino en todas las otras virtudes, así porque toda la perfección de la vida humana (*C:* cristiana) consiste en ellas, como también porque la misma oración con que ellas se alcanzan, no se puede alcanzar sin ellas.

Y aún más aviso, que pues la principal alabanza de la oración es ser ella un principal medio para alcanzar la gracia y las virtudes, que el que en ella se ejercita, siempre enderece todas sus consideraciones y peticiones á este fin más que á gustos y sentimientos de Dios (*C añ.* como arriba dijimos) y desta manera usará de cada cosa para lo que es, y estará libre de muchos engaños. De suerte que así como el que va á cavar una viña, su fin es cavar, no almorzar, pero todavía almuerza y come á sus tiempos para tener fuerzas con que durar en el trabajo, así el siervo de Dios tenga por fin de su vida alcanzar la perfección de las virtudes. Y porque éstas no se pueden bien alcanzar sin el socorro de la oración, aprovéchese fielmente deste socorro, para que así pueda perseverar en aquel trabajo. Otras muchas cosas se pudieran decir en favor desta virtud, mas todas éstas remito yo al uso y experiencia del que en ella se ejercitare, por la cual verá cuán poco es todo lo que se dice en alabanza della, y así enten-

derá con cuánta razón el Salvador nos aconseja diciendo: Conviene...

En la edición de Salamanca, 1566, los *Tres Sermones de la Oración,* que forman la *Tercera Parte* en las ediciones de la segunda época, fueron refundidos por Fr. Luis de Granada, añadiendo otros dos tratados sobre el ayuno y la limosna, los cuales van á continuación, formando la *Tercera Parte* definitiva.

TERCERA PARTE DESTE LIBRO

EN LA CUAL SE PONEN

TRES BREVES TRATADOS

UNO DE LA ORACIÓN Y OTRO DEL AYUNO

Y OTRO DE LA LIMOSNA

PRÓLOGO

PARA cumplimiento desta obra me paresció necesario tratar al cabo de los fructos y provechos de la oración, para mover los corazones de los lectores al ejercicio desta virtud. y á los trabajos que en la continuación della se han de pasar. Porque así como los que predican jubileos y indultos apostólicos, procuran de declarar y encarecer las gracias y favores que en ellos se conceden, porque no rehusen los hombres hacer lo que para esto se les pide, visto lo mucho que se les promete, así también como en el ejercicio de la oración que aquí se pide, haya trabajo y dificultad (como luego diremos) es necesario endulzar esta purga con alguna miel, poniendo ante los ojos los fructos y efectos grandes desta virtud, para que con este gusto y esperanza se esfuercen los hombres á querer tomar esta purga. Y llámola purga, porque (como dijo uno de aquellos insignes Padres del yermo) una de las cosas más trabajosas que hay en la

vida espiritual, es el ejercicio continuo de la oración: lo cual se verá claro por las razones siguientes.

Porque primeramente este sancto ejercicio pide su tributo cuotidiano de tiempos ordinarios en que se haya de hacer, como dijimos que lo tenía Daniel. Y hacer esto á la continua, no carece de dificultad, porque son tantas las ocupaciones y las necesidades y negocios desta vida, que nos llevan todo el tiempo, ó la mayor parte dél, especialmente cuando los hombres han de vivir ó por el trabajo de sus manos, ó por el ejercicio de sus estudios ó negocios. Y estando el hombre cercado de tantas obligaciones, ha menester mucho ánimo para vencer esta dificultad y romper por todos estos inconvenientes, y posponerlo todo por hallar tiempo para esta sancta ocupación. Lo cual no siempre piden los ejercicios de otras virtudes, que en más breve tiempo y á veces con un solo acto de la voluntad se despachan.

Hay otra dificultad allende désta, y es que así como la oración pide tiempo, así también pide lugar conveniente para haberse de hacer. Porque aunque en todos los lugares pueda el hombre levantar el corazón á Dios, pero todavía los que son menos perfectos tienen necesidad de lugar recogido y apartado para hacer esto mejor. Por cuya causa los sanctos iban á orar á los desiertos y lugares solitarios, y el Sancto de los sanctos hacía también esto, no por su necesidad, sino por nuestro ejemplo. Y este aparejo y comodidad de lugar no lo tienen todos en sus casas, que como son hechas por hombres de mundo y para negocios de mundo, pocas veces tienen lugares convenientes para vacar á Dios: por cuya causa muchos dejan la oración.

La tercera y muy grande dificultad es la instabilidad de nuestra imaginación, que es una de las potencias de nuestra ánima que menos obedece á la razón. De donde nasce que aunque propongamos con toda la firmeza posible tener el pensamiento fijo en Dios (cuando estamos orando y aun celebrando) al mejor tiempo se nos va de casa sin licencia, y desaparece: y tornándolo á traer, luego torna á desaparecer, y como una anguila se nos cuela por entre las manos. Pues eso es lo que principalmente hace dificultosísimo este ejercicio. Porque es tanta la guerra de los pensamientos que aquí se ofrescen, que así como una grande polvoreda nos escurecen los ojos del ánima y impiden la vista de Dios. De manera que como sean dos cosas necesarias para este

ejercicio (que son tiempo y corazón) la muchedumbre de los negocios nos quita el tiempo, y la de los cuidados el corazón, para que no podamos tan quietamente tratar con Dios. Y aun esta guerra de pensamientos hace el demonio mayor, el cual (como dice Orígenes) al tiempo de la oración nos combate más importunamente, trayéndonos allí á la memoria todos los cuidados y negocios de nuestra vida y todos los escrúpulos y tentaciones de nuestra ánima, para divertirnos de la oración y hacer que no usemos de esta arma que á él principalmente le hace la guerra. Y dado caso que la oración no carezca de su fructo, aunque carezca de atención (cuando esto no es por nuestra culpa, como dice Sancto Tomás) pero todavía esto nos priva de aquel gusto y sentimiento de las cosas de Dios, que ella suele causar cuando se hace con atención, que es uno de los más principales efectos desta virtud.

Hay aún otra dificultad semejante á ésta, que es la sequedad de corazón y falta de devoción que muchas veces nos fatiga. Porque así como es dulce cosa navegar cuando hace buen tiempo, mas muy trabajosa cuando lo hace contrario (porque habéis de estar en calma, ó andar á puro remo y fuerza de brazos) así también es muy dulce cosa orar cuando corre el viento del Espíritu Sancto y el soplo de la devoción, mas muy trabajosa cuando ésta falta, porque entonces es menester buscarla cuasi á fuerza de brazos, y tentar todos los medios, y llamar húmilmente á todas las puertas adonde nos puedan responder, y finalmente luchar á veces muy gran parte de la noche como otro Jacob con Dios, hasta que finalmente movido por nuestro trabajo y perseverancia, nos dé en cabo su deseada bendición.

Hay aún otra dificultad allende de éstas, y es que bien mirado, como no sea otra cosa orar sino hablar con Dios (que es tratar con quien no veis) síguese que todo este negocio es negocio de fe, en la cual no puede dejar de haber dificultad más que en otras virtudes. Porque si fuese hablar largo espacio con otro hombre, que le veis y os ve, le oís y os oye, y dais y tomáis con él, no sería tan dificultoso este negocio. Mas estar una hora ó dos horas en un lugar solitario hablando por tan largo espacio con quien ni oís ni veis, ni os responde ni os dice palabra (que á los ojos de carne paresce que estáis hablando al aire) especialmente cuando no hay gusto de devoción (que vale por respuesta) sino guerra de

pensamientos que os importunan, y cuidados y negocios de casa que tiran por vos (mayormente cuando con esto se junta, ó la mala disposición del cuerpo que os fatiga, ó la cualidad del tiempo pesado, como es de los grandes calores, que los desasosiega) cuando todo esto se junta (como muchas veces acaesce) ¿quién no ve cuán dificultosa cosa sea batallar con todas estas dificultades, y perseverar todavía en oración? Pues por todo esto ha de pasar el verdadero orador. Y porque hay muy pocos que hagan esto, son tan pocos los verdaderos oradores, y son tantos los que vuelven atrás después de haber comenzado.

Pues destas dificultades nascen otras no menores, que es procurar todas aquellas cosas que ayudan á quietar la imaginación y alcanzar devoción. Porque para esto se requiere gran silencio, recogimiento, guarda de sentidos, mortificación de apetitos, lición de libros sanctos, ó otras tales cosas que sirven para traer el corazón guardado y recogido, para que en cualquier hora que lo quisieren levantar á Dios, esté dispuesto para ello. Para lo cual es necesario cerrarle todas las puertas, y tomarle todos los caminos por donde él se pueda inquietar y derramar, que son cuasi infinitos, así por ser tan delicado y tan sentible de suyo, como por ser tantas las ocasiones que hay en este mundo para inquietarlo. Por donde de aquel gran Padre Antonio se escribe que viéndose una vez acosado desta variedad de pensamientos, dijo: Deseo, Señor, salvarme, y mis pensamientos no me dejan. Pues si esto decía un hombre tan sancto y que tan quitadas tenía todas las ocasiones deste desasosiego con la vivienda del desierto y con la pureza de su vida, ¿qué harán los que viven en medio de la plaza del mundo, donde tantas veces les es forzado ver y oir y tratar cosas que después se les representen y perturben al tiempo de la oración?

Callo también aquí la abstinencia ordinaria que para este sancto ejercicio se requiere. Porque uno de los tiempos más proprios que hay para él, es el de la noche, según que nos lo aconseja el profeta Hieremías diciendo: Levántate de noche al principio de las vigilias, y derrama así como agua tu corazón delante de Dios. Y el profeta David: En las noches (dice él) extended vuestras manos á cosas sanctas, y bendecid al Señor. Por la cual causa el bienaventurado Sant Francisco llamaba al fraile contemplativo y devoto cigarra de la noche, porque mucha parte

della gastaba en cantar alabanzas á Dios. Pues para esto conviene que esté el cuerpo y estómago templado y descargado de los humos y peso de los manjares, que escurecen el entendimiento, hacen pesado el cuerpo, y causan más gana de dormir y de reir y de parlar, que de orar ni de llorar. Por donde con mucha razón se dice que así como las cuerdas de la vihuela no están para hacer sonido hasta que estén muy curadas y enjutas de toda aquella natural humedad y flojedad que sacan del vientre del animal (y aun después desto han de estar muy bien torcidas y estiradas) así tampoco es tan hábil para la música de la oración el cuerpo regalado y harto de vino y de diversos manjares Ha de estar pues enjuto y descargado de todo este peso, y macerado con la virtud de la abstinencia para este negocio: y especialmente conviene que el varón devoto tenga muy poca cuenta con las cenas (si quiere ser cigarra de la noche) ó trabajar que sean tan livianas ó á tal tiempo que no impidan este ejercicio

Pues de todas estas cosas nasce la guerra de pensamientos que nos fatigan en la oración: porque las imágines de aquellas cosas que entraron por los sentidos, se nos ponen delante y nos impiden la vista de las cosas de Dios, y (lo que peor es) no ya como imágines, sino como simientes que paren y producen de sí otras muchas imágines y figuras que allí nos perturban. Por donde muchas veces acaesce (cuando quiere el hombre recogerse) gastarse una hora (y á veces más) en templar esta vihuela, que es, en quietar y templar el corazón para que nos sirva en la oración.

Mas por ventura aquí me reprehenderá alguno, y dirá: ¿qué hacéis vos? Vos queréis tratar de las alabanzas de la oración para aficionarnos á ella, y ¿agora ponéisnos tantas dificultades que nos aparten della? Esto fué necesario hacerse así para que por aquí se entienda la causa que tuvimos para extender tanto la pluma en alabanza desta virtud, la cual fué no sólo la utilidad y excelencia della, sino también la dificultad grande que hay en ella, la cual no se puede vencer sino con la estima grande de su virtud. Porque así como en los edificios los arcos que tienen grande carga no se pueden sustentar sino con grandes estribos, así las virtudes que tienen gran dificultad no se pueden sustentar sino con grandes alabanzas: porque la consideración de la grande utilidad hace vencer esta dificultad, y el que fuere buen arquitecto

en esta materia, desta manera ha de fundar sus obras. Porque de otra manera el corazón humano, tan amigo de sí mismo y tan enemigo del trabajo, nunca arrostrará á cosa tan trabajosa, si no fuere poniéndole delante un tan grande provecho que venza toda esta dificultad. Por donde así como á los que recelan tomar una purga solemos para esto representarles el fructo de la salud deseada, para que con el amor de lo uno venza el temor de lo otro, así nos paresció que se debía hacer en esta parte.

Por donde no parezca á nadie que somos largos en decir bien de la oración, porque (demás de la utilidad grande que en ella hay) esta tan grande dificultad pide todo este encarescimiento, para que con él se pueda sustentar la carga deste edificio. Y á los que de lo uno y de lo otro tienen experiencia (esto es, de la utilidad juntamente con la dificultad) ninguna de estas alabanzas parece demasiada.

Con esto también se junta que alabar esta virtud no es sólo alabar esta virtud, sino alabar juntamente con ella todas las otras virtudes que andan en su compañía: porque con la verdadera y perfecta oración que aquí se alaba, anda siempre la fe, la esperanza, la caridad, la humildad, la paciencia, el temor de Dios y otras muchas virtudes que nunca se apartan della, como al principio deste libro declaramos, las cuales virtudes son dignísimas de toda alabanza. Ésta pues fué la causa principal por donde, para el cumplimiento (según propusimos) desta obra, era necesario tratar de las alabanzas desta virtud. Las cuales alabanzas nadie las debe restringir á sola la oración que llaman mental, sino á la oración en común, de cualquier manera que se haga, ó con el corazón solo, ó juntamente con la boca y con el corazón. Porque haciéndose ella con la atención y devoción que conviene, no hace ni deshace en el valor y eficacia della hacerse de la una manera ó de la otra, como arriba declaramos.

Mas aquí es de saber que para que la oración sea más perfecta, ha de ser acompañada con otras dos virtudes, que son ayuno y limosna, porque éstas son como dos alas que la hacen volar más ligeramente al cielo. Y cuanto á la primera, que es el ayuno, éste hallamos infinitas veces junto con la oración en la Escriptura divina, cuando tantas veces se lee de los hijos de Israel que puestos en alguna necesidad grande acudían luego al ayunar y llorar y hacer oración á Dios, por cuyo medio eran luego librados

de sus enemigos. Y asimismo en el Evangelio leemos de aquella sancta viuda Anna que nunca salía del templo, sirviendo con ayunos y oraciones día y noche. Mas en los Actos de los Apóstoles hallamos junta la limosna con la oración, cuando el Angel dijo á Cornelio que sus oraciones y limosnas habían sido presentadas delante de Dios. Y á todas ellas juntas hallamos en el libro de Tobías referidas por la boca del ángel Sant Rafael, que dijo: Buena es la oración con el ayuno y la limosna, más que guardar tesoros de oro. La razón por que estas tres virtudes se hallan tantas veces juntas, es porque por ellas ofresce el hombre un perfectísimo holocausto á Dios, empleando á sí todo con todo lo que tiene en su servicio. Porque con la limosna le ofresce la hacienda, con el ayuno el cuerpo, y con la oración el ánima, y así no queda cosa dentro ni fuera del hombre, que por estas tres virtudes no se sanctifique á Dios.

Y no caresce de misterio esta compañía, antes viene muy más á propósito que la confección del almizcle con el ámbar, que lo hace más precioso. Porque el ayuno, como ya dijimos, sirve á la oración de la manera que sirve el templar de la vihuela para tañer en ella, porque con la templanza de la comida adelgaza y dispone el cuerpo y el espíritu para que así pueda mejor vacar á Dios. Mas la limosna ayuda de otra manera, porque hace que no parezca el hombre vacío delante de Dios, y que su oración no se pueda llamar ya ruego seco, pues va acompañada con este tan agradable servicio. Y con esto también inclinan á la Divina piedad á que use con él de misericordia, y que oya los clamores del que le pide remedio, pues él oyó los de su prójimo cuando se lo pedía, pues Él nos tiene certificados que por la medida que midiéremos, habemos de ser medidos. Pues por esta causa me paresció sería cosa conveniente (aunque el argumento del libro no era más que de oración) tratar también aquí destas dos virtudes que andan en su compañía. Porque pues en la plática del ejercicio andan juntas, no era razón que en la doctrina anduviesen apartadas.

TERCERA PARTE EN LA CUAL SE CONTIENEN

TRES BREVES TRATADOS

UNO DE LAS ALABANZAS DE LA ORACIÓN

OTRO DEL AYUNO Y OTRO DE LA LIMOSNA

ARGUMENTO

deste primer tratado de las alabanzas de la oración.

ESTE primer tratado contiene tres partes principales: la primera trata de la utilidad grande de la oración, la segunda de la necesidad que della tenemos, y la tercera de la perseverancia y continuación que en ella deben tener los que caminan á la perfección.

En la primera parte, que es de la utilidad (después de declarado qué cosa es oración, y puestas las definiciones della) se declaran y prueban por tres medios las utilidades della, conviene saber, por autoridades, por razones y por experiencias cuotidianas.

En la segunda parte se declara la necesidad que tenemos desta virtud, para remedio de la gran pobreza y miserias en que el hombre quedó por el pecado, y confírmase así esto como todo lo demás con diversos ejemplos de sanctos.

En la tercera, que trata de la continuación y perseverancia de la oración, declárase cómo se entiende esta continuación, y danse las causas por donde convenga á los amadores de la perfección esta manera de continuación, con los cuales principalmente habla esta tercera parte. Y en todo este tratado se habla de la oración en común, ora sea vocal, ora sea mental: porque ser así ó así no quita ni pone ninguna cosa en la perfección esencial de la oración, la cual cuanto fuere más atenta y devota, tanto será más grata á Dios, y más eficaz, ora se haga de la una manera, ora de la otra.

TRATADO PRIMERO

DE LA VIRTUD Y EXCELENCIA DE LA ORACIÓN

Habiendo aquí de tratar de la virtud y alabanzas de la oración, y de la necesidad que della tenemos en este valle de lágrimas y lugar de destierro, será bien declarar primero qué es lo que aquí entendemos por oración, para que así se entienda mejor lo que alabamos. Pues para esto es de saber que oración, propriamente hablando, es una petición con que pedimos á Dios lo que conviene para nuestra salud. Y así orar no es otra cosa que pedir y llamar, no á las puertas de los hombres, sino á las de la misericordia de Dios. Porque como el hombre por el pecado nasce tan pobre y tan desnudo, uno de los principales medios que Dios le dejó para socorrer á esta tan gran pobreza, es pedir y mendigar á las puertas de la Divina misericordia. Esto es propriamente oración. Mas tómase comúnmente este vocablo más extendidamente por cualquier sancto pensamiento y levantamiento de nuestro corazón á Dios: según la cual significación no sólo la petición, sino también la meditación y consideración y contemplación se llaman oración, y asimismo cualquier sancto afecto y deseo de Dios tiene este mismo nombre, como lo dice Sant Augustín por estas palabras: Tu deseo es tu oración, y el continuo deseo del corazón es continua oración. Pues desta manera tomamos aquí la oración, y desta manera tratamos della en este lugar, presuponiendo primero que no hablamos aquí de cualquier manera de oración ó meditación, sino de aquélla que está informada con caridad, sin la cual ninguna virtud tiene forma, ni vida, ni merescimiento, ni valor ante Dios, pues la caridad es común forma no solamente de la fe, mas también de la oración y de todas las otras virtudes.

Pues según esta postrera significación declara Simón de Casia qué cosa sea oración, por estas palabras: Oración es obra espiritual en cuerpo material, vista fija del ánima que mira á Dios con ojos de fe, orden del ánima racional para con Dios, á quien húmilmente se subjecta, asistencia del ánima ante Dios, habla que llega á las orejas divinas, suave clamor en el sentido del corazón, ab-

negación de todas las otras obras corporales, cuando ésta se hace con recogimiento de los sentidos, olvido de sí mismo y de todas las criaturas, puerto de espíritu vagabundo y derramado, presentación de sí mismo ante la cara del juez, condenación y sentencia contra sí mismo, desconfianza de sus proprias obras, prevención antes de la venida del juez, juicio antes del juicio, espejo verdadero del ánima, lumbre clarísima del entendimiento, luz invisible para las obras invisibles, sombra que refrigera los ardores de nuestra concupiscencia, resignación de sí mismo en las manos de Dios, que no quiere otra cosa más que hacer su sanctísima voluntad. Hasta aquí son palabras deste autor, por las cuales ves cómo la oración no sólo es petición, sino también cualquier otro levantamiento y trabajo de nuestro espíritu con Dios, en el cual comúnmente entrevienen todas estas cosas que aquí dice este doctor.

Pues según esto decimos que oración es un levantamiento de nuestro corazón á Dios, mediante... llevando sus (*A:* nuestras) peticiones, y trayendo por medio dellos el despacho (*A:* trayéndonos el despacho) de sus (*A:* nuestros) negocios (1). Esto es pues lo que en este lugar comúnmente entendemos por oración, y désta entendemos aquí tratar. Para lo cual conviene primeramente declarar lo que la Escriptura divina en diversos lugares nos predica desta virtud.

§ I. Pues quienquiera que atentamente leyere... en el cielo (2).

Estos y otros semejantes lugares se hallarán á cada paso en las Escripturas divinas así del viejo como del nuevo Testamento, aunque muchas más en el libro de los Psalmos, las cuales bastaban para enamorar nuestro corazón desta virtud, y darnos á entender así la utilidad como la necesidad grande que della tenemos. Mas porque los Sanctos Doctores son los verdaderos intérpretes de la Escriptura divina, porque no sólo con estudio y diligencia humana, sino mucho más con la experiencia y uso de las virtudes y con lumbre del cielo alcanzaron la inteligencia della, veamos también algunos de sus dichos y pareceres sobre esta materia.

Pues primeramente el bienaventurado Sant Juan Crisósto-

(1) Pág. 11, línea 19, á pág. 12, línea 29.
(2) Pág. 436, línea 8, á pág. 437, línea penúltima.

mo... Por do parece (1) cuánta parte sea la oración para alcanzar la gracia y por consiguiente nuestro último fin y toda perfección. Lo cual aun declara este glorioso doctor más copiosa y particularmente en el libro de las Meditaciones de la Vida de Cristo, hablando desta virtud por estas palabras: Si quieres alcanzar virtud y fortaleza para... son palabras de Sant Buenaventura (2). Por las cuales verás cuán rica tienda sea ésta para hallar en ella todas las mercadurías y medicinas que convienen para nuestra salud.

Pues no es menos ilustre testimonio el de Sant Lorenzo Justiniano, doctor devotísimo, que tratando desta virtud dice así: En el ejercicio de la oración se alimpia el ánima de los pecados, apasciéntase la caridad, alúmbrase la fe, fortaléscese la esperanza, alégrase el espíritu, derrítense las entrañas, pacifícase el corazón, descúbrese la verdad, véncese la tentación, huye la tristeza, renuévanse los sentidos, repárase la virtud enflaquescida, despídese la tibieza, consúmese el orín de los vicios, y en ella saltan centellas vivas de deseos del cielo, entre las cuales arde la llama del divino amor. Grandes son las excelencias de la oración, grandes son sus privilegios. Á ella están abiertos los cielos, á ella se descubren los secretos, á ella están siempre atentos los oídos de Dios.

Pues quienquiera que leyere... valor. Mas porque... virtud (3).

§ II. Pues para esto es de saber que según regla de filosofía todas las causas... y contemplar en Él (4).

Pues como nuestras ánimas... de toda miseria (5).

Demás desto tiene aun... parte dél (6).

§ III. Ayúdanos también por otra vía la oración, porque no solamente se comunican en ella estas consolaciones espirituales que dijimos, sino también la verdadera devoción: y cuál sea la diferencia que hay entre ella y estas consolaciones divinas, al principio de la segunda parte deste libro lo dijimos. Pues es agora de saber que el mismo Espíritu Sancto, que es el autor y da-

(1) Pág. 468, línea 2, á pág. 470, línea 22. Véase la variante, pág. 551.
(2) Pág. 14, línea 21, á pág. 15, línea 8.
(3) Pág. 436, línea última, á pág. 437, línea 12. Véase la variante, pág. 548.
(4) Pág. 437, línea 22, á pág. 443, línea 11.
(5) Pág. 443, línea 15, á pág. 445, línea 11.
(6) Pág. 446, línea 36, á pág. 449, línea 20.

dor de aquellas consolaciones para esfuerzo y entretenimiento de los suyos en este destierro, ése mismo es el autor y dador deste afecto celestial que llamamos devoción, que es una promptitud de voluntad y un aliento para todas las cosas del servicio de Dios. Mas cuánta sea la virtud y eficacia deste afecto para bien obrar, no lo puede bien conoscer sino aquél que lo ha probado, así como ni la grandeza de la suavidad de las consolaciones divinas entiende bien sino quien la ha recebido: porque lo uno y lo otro es obra del Espíritu Sancto. Lo que por algún ejemplo se puede significar es que así como un enfermo, cuando tiene el apetito prostrado, no arrostra á ningún manjar que le pongan delante, mas en recibiendo salud, juntamente con ella recibe la gana de comer, y aun á veces una hambre canina, que con ninguna cosa se harta, así también el hombre que está del todo sin devoción, tiene tan prostrado el apetito del bien, que á ninguna cosa de virtud puede arrostrar. Mas si después por la misericordia de Dios y por ejercicios y medios convenientes viene á alcanzar verdadera devoción, ésta le pone tan grande apetito y gana de todo lo bueno, que por mucho que haga, nunca se ve harto, según el deseo que tiene de agradar á nuestro Señor. Pues este nuevo apetito, esta promptitud y aliento para el bien, es lo que propriamente se llama devoción, que es uno de los grandes estímulos y despertadores que tenemos para la virtud, y uno de los principales instrumentos que la caridad tiene para incitarnos á bien obrar, como en el principio deste libro se dijo. Pues si es verdad, como allí probamos por autoridad de Sancto Tomás, que este buen afecto procede de la meditación y consideración de las cosas divinas, manifiestamente se ve cuánto ayuda este ejercicio para toda virtud, pues por él se alcanza la devoción, que es el común despertador y estímulo para toda virtud. Mas quien esto no entiende, ó no lo cree, no tengo otro mayor argumento para... desta virtud (1).

Y por aquí se ve claro cuánto engaño sería si algunos perlados pusiesen todo su caudal y toda la manera de su gobierno en insistir principalmente en solo lo exterior, sin tener cuenta con lo interior, no mirando que uno de los principales medios que hay para eso que ellos pretenden, es eso mismo que dejan. Si no, dad-

(1) Pág. 457, de la línea 3 á la línea 9.

me vos... compuesto (1). De donde enseñando S. Buenaventura al Religioso de la manera que había de haberse en todos los pasos y movimientos exteriores, dice que en todo esto guarde aquella figura y composición y aquella mesura y gravedad que tiene cuando sale de una profunda y devota oración.

Y aun en la manera del obrar las virtudes va grande diferencia entre el que tiene oración y devoción, y el que no la tiene. Porque el que anda... á Dios. Mas el que no sabe qué cosa es devoción, así como está seco... y va todo bañado en lágrimas de devoción (2).

§ IV. Éstos son los principales medios por donde la oración nos ayuda á alcanzar toda virtud. Para cuya confirmación, demás de las razones susodichas, añadiré algunas experiencias cuotidianas, por las cuales se entienda mejor lo dicho. Porque cónstanos que... de nuestra vida (3). Y no es esto mucho de maravillar: porque si la devoción anda siempre en compañía de la profunda y devota oración, y esta devoción es la que hace al hombre hábil y prompto para todas las virtudes y para todo bien (como dice Sancto Tomás) no es mucho que cresciendo con la oración esta devoción, sienta el hombre todo lo susodicho.

Esto figuró Dios... que decía David (4), la cual cría las yerbas lacias y de poco frescor: mas en regándose con este riego, luego reverdece toda la frescura de la vida espiritual con nuevo lustre y hermosura.

Veis aquí pues por cuántas maneras y caminos nos ayuda la oración á alcanzar toda virtud y perfección, pues (como ya dijimos) ella es la que señaladamente nos dispone para alcanzar la gracia, y la que nos ayunta con Dios, y nos hace participantes dél, y la que levanta nuestros corazones á contemplar su hermosura. Ella es el pasto y mantenimiento de todas las virtudes, ella es una de las principales ayudas y instrumentos que la fe tiene para darnos á sentir los misterios divinos, ella es la fuente de todos los espirituales deleites y en cuya compañía anda muchas veces la contemplación y amor del sumo bien, en la cual consiste toda nuestra felicidad. Por todas estas vías nos ayuda la oración

(1) Pág. 458, de la línea 23, á la 29. Véanse las variantes, pág. 551.

(2) Pág. 459, de la línea 9 á la 24.

(3) Pág. 451, de la línea 11 á la 30.

(4) Pág. 451, línea 31, á pág. 455, línea 14.

en este camino, y todas estas puertas abre para hinchirnos de bienes. Y si cada una déstas por sí sola era tan bastante para enriquescernos, ¿qué será abriéndose tantas por tantas partes? Callo otras muchas excelencias desta virtud, dellas proprias y dellas comunes con las otras virtudes. Porque ella también es una obra meritoria como todas las otras, si se hace en caridad, y demás desto es impetratoria de lo que pide, si se hace con entera fe y cofianza. Esto y otras muchas cosas dejo de decir, porque la brevedad deste volumen no da lugar para más: pero todo esto debrían considerar los amadores de la virtud, para que vean cuán grande sea este tesoro, y cuán saludable este ejercicio, y con cuánta razón el Salvador nos lo encomendó, diciendo: Conviene siempre orar y nunca desfallescer.

Esto baste para que por aquí se conozca la utilidad grande de la oración. Agora tratemos de la necesidad que della tenemos, para que lo uno y lo otro incite más nuestro corazón al amor desta virtud.

SEGUNDA PARTE

DE LA NECESIDAD DE LA ORACIÓN

Dicho de la utilidad desta virtud, digamos agora de la necesidad que della tenemos: porque ésta suele apretar y obligar más á los hombres á hacer lo que deben, cuasi como quien los pone en cerco y los toma por hambre. Y para entender qué necesidad sea ésta, presupongo que (como dice Sancto Tomás) de dos maneras suele llamarse una cosa necesaria, ó porque sin ella es imposible hacerse algo, ó porque no se puede hacer tan cómodamente. Pues al presente no tratamos aquí de la primera manera de necesidad sino de la segunda, y désta decimos ser la oración necesaria: aunque todavía participa algo de la primera necesidad, porque cosas hay en que esta virtud es del todo necesaria y cae debajo de precepto. Pero desta necesidad no tratamos agora tanto cuanto de la segunda, para que ésta juntamente con la utilidad pasada nos sea mayor motivo y estímulo para abrazar esta virtud.

Pues esta manera de necesidad procede de la pobreza y miseria en que el hombre quedó por el pecado, y de la diferencia del

estado en que agora está, á aquél en que Dios lo crió. Porque si él permanesciera... sacar della (1).

Pues qué tan grande sea... se halla descuidado y tibio (2).

Y no sólo para alcanzar perdón de pecados, mas para vencer todas las tentaciones del enemigo es ésta una de las prestas y poderosas armas que hay. Lo cual se declara por este ejemplo. Si un castillo... son palabras de S. Hierónimo (3), las cuales asaz declaran el poder grande desta virtud: el cual se declaró en aquella oración de Josué, que bastó para hacer parar el sol en medio del cielo, obedeciendo (como dice la misma Escriptura) Dios á la voz de un hombre. Mas agora probemos todo lo susodicho por ejemplos de sanctos.

§ II. Ésta pues es la causa... y invisibles éstas son (4).

Todo esto nos declara... á Eugenio (5).

TERCERA PARTE

DE LA CONTINUACIÓN Y PERSEVERANCIA DE LA ORACIÓN

En todas aquellas autoridades... la vida espiritual (6).

Añadiré aun otra razón que... es el fuego (7). Pues desta manera, como la devoción y fervor actual procede de estar nuestro espíritu uñido con Dios por actual meditación ó contemplación (como dice Sancto Tomás) quien quisiere andar siempre con esta actual devoción, trabaje cuanto le sea posible por traer su espíritu desta manera uñido en Dios, y así alcanzará lo que desea. Mas el que en esto fuere remiso, también tendrá remiso este divino fervor, pues según la disposición de las causas, así se siguen los efectos. Y ésta es la razón de durarnos tan poco este fervor celestial, como cada hora experimentamos: porque así como el agua por muy caliente que esté, si la desvías del fuego,

(1) Pág. 461, de la línea 5 á la línea 20.
(2) Pág. 462, línea 2, á pág. 466, línea 7.
(3) Pág. 466, línea 16, á pág. 467, línea 23.
(4) Pág. 470, línea última, á pág. 473, línea 22.
(5) Pág. 473, línea 24, á pág. 474, línea 10.
(6) Pág. 474, línea 20, á pág. 479, línea 14.
(7) Pág. 479, línea 23, á pág. 480, línea 19.

de ahí á poco se vuelve á su natural disposición, así también lo hace nuestra ánima en apartándola deste fuego divino, de donde le venía todo el calor de la devoción. Por lo cual parece claro cuánto nos convenga trabajar por no desviar nuestro corazón deste fuego celestial, pues tenemos un corazón tan miserable y tan frío, que en quitándolo de encima de las brasas, luego se hiela.

Para mayor confirmación... descompuestas (1). De donde así como todo el cuidado del hortolano es procurar que la tierra esté siempre jugosa y húmeda para que dé fructo (de suerte que no la ha de dejar en su natural disposición, que es fría y seca, y por consiguiente inhábil para fructificar, sino en aquélla que se le comunica por beneficio del agua) así el siervo de Dios ha de procurar que la tierra de su corazón esté siempre fuera de la disposición que tiene por la corrupción del pecado, y llena de aquel jugo y frescor que se le comunica por parte de la oración y devoción, para que así esté siempre hábil y dispuesta para dar su fructo. Y para estar así, claro está que uno de los principales medios que hay, es la continua y perseverante oración: porque quien quiere tener siempre actual devoción, conviene que siempre ande en oración, que es la causa de esa devoción.

§ IV. Añadiré aun... mas la déste hace de los hombres dioses por gracia, que es, de humanos divinos (2).

Mas mira bien que... alcanzar la gloria (3).

TRATADO SEGUNDO

DE LA VIRTUD DEL AYUNO Y ASPEREZAS CORPORALES

Dicho de la virtud de la oración, síguese que tratemos agora del ayuno, compañero perpetuo de la oración. Porque así como está anejo al tañer de la vihuela el templarla primero para esto, así también está anejo al oficio de la oración estar el hombre

(1) Pág. 480, línea penúltima, á pág. 481, línea 6.
(2) Pág. 481, línea 19, á pág. 484, línea 9.
(3) Pág. 484, línea 10, á pág. 487, línea última. Véanse las variantes señaladas en las páginas 552 y 553.

templado y dispuesto para ella, lo cual señaladamente se hace con el ayuno y abstinencia. Porque de otra manera, estando el cuerpo cargado de mantenimiento, no está el espíritu hábil para volar al cielo.

Mas determinando tratar esta materia, paréceme que se ha de levantar toda la potencia y malicia de la carne, y ponerse en armas contra esto que queremos emprender. Porque á todo esto contradice primeramente la naturaleza corrupta, amiga de sí misma, y contradice la flaqueza de nuestra humanidad, y contradice la inclinación de nuestro apetito, que es amigo de la cama blanda, de la vestidura preciosa y de la mesa delicada, de tal manera que por estas cosas trastorna el mundo, bebe los vientos y fatiga la mar. Y allende desto contradice también la costumbre de nuestra vida, porque generalmente estamos todos habituados á comer y beber y regalar nuestro cuerpo como al mayor amigo que tenemos. Pues pelear contra una naturaleza tan poderosa, y ésta armada con las fuerzas de la costumbre, es navegar contra viento y contra marea. Porque vendrá uno, y deciros ha: Yo estoy habituado á comer dos ó tres veces al día, y si esto no hago, rúgenme las tripas, enflaquésceseme la cabeza, duermo mal. Otro os dirá que es delicado y honrado, y que es mucha parte de autoridad el aparato y regalo del cuerpo, y por esto, que no quiere cortar lo que tanto hace así para su gusto como para su autoridad. Otros alegarán otras y otras causas, con las cuales la filosofía de la carne so color de bien pretende conservar sus deleites y defender su partido.

Pues ¿qué remedio para esto? No veo otro sino el que comúnmente solemos tener en todas las cosas que son ásperas y dificultosas. Porque cuando el labrador rehusa el trabajo de la labor, y el mercader teme los peligros de la navegación, y el soldado los de la guerra, para esforzarse contra esto suelen poner ante sí el interese de la ganancia, y con esto se arrojan á los trabajos y peligros de la vida. Desta manera con un clavo sacan otro clavo, que es un afecto con otro afecto, porque con el amor del provecho vencen el temor del trabajo. Pues desta manera procederemos aquí, poniendo ante los ojos de cada uno los principales fructos y provechos desta virtud, para que con el amor y deseo desta ganancia se venza el temor desta dificultad. Y si yo hiciese esto de tal manera que la causa no perdiese por mi culpa, creo que

ninguno sería ni tan ciego ni tan enemigo de sí mismo, que no se pusiese de buena gana, no digo yo al trabajo de los ayunos, mas aun á recebir cauterios por gozar de tantos bienes.

PRIMERA PARTE

DE LOS BIENES ESPIRITUALES PARA QUE APROVECHA EL AYUNO

Pues comenzando agora por las excelencias desta virtud, diré primero lo que tiene común con las otras virtudes, y después lo que tiene de ventaja sobre ellas. Lo que tiene común es, que ayunar y macerar la carne es obra meritoria de gracia y de gloria, como lo son todas las otras obras virtuosas, si se hacen en caridad: porque ésta lo es también como todas ellas, porque es obra de la virtud de la temperancia, y es también obra de obediencia, cuando se hace por mandamiento de la Iglesia. De manera que por cada día de ayuno merescemos un cierto grado de gracia y una corona de gloria, que corresponde á esa gracia, donde por la hambre temporal nos darán hartura eterna, y por el trabajo de un día, descanso que durará para siempre. Ésta es la primera excelencia que tiene el ayuno, común con las otras virtudes.

§ II

Tiene otra especial, que es ser obra satisfactoria, esto es, que con ella satisfacemos á Dios por las ofensas pasadas, y descontamos las deudas de que cada día le pedimos perdón, cuando decimos: *Dimitte nobis debita nostra.* Este efecto, aunque sea común á otras virtudes, mas propriamente lo atribuyen los concilios y los sanctos doctores á tres, que son, ayuno, limosna y oración: porque por estas tres obras señaladamente satisfacemos á Dios, por ser obras penosas á nuestra carne, y no hay medio más proporcionado para satisfacer por el deleite de la culpa, que el trabajo voluntario de la pena. Para cuyo entendimiento es de saber que así como el que quebranta las leyes de la república está obligado á las penas della, así también el que quebranta las leyes de Dios está obligado á cierta manera de penas que tiene para esto tasadas y señaladas la Divina justicia. Estas penas forzadamente se han de pagar en esta vida ó en la otra,

esto es, ó en el infierno, ó en el purgatorio, ó en este mundo. En el infierno páganse con pena eterna: en el purgatorio no se pagan con pena eterna, mas páganse con una pena tan recia y tan intensa, que como dice San Augustín, ninguna pena hay en este mundo que se pueda comparar con ella, aunque entren en esta cuenta todas las penas y tormentos de los mártires, que fueron los mayores del mundo, y aun los que padesció nuestro Salvador en la cruz, que fueron mucho mayores: porque ni los unos ni los otros llegan á la acerbidad de las penas del purgatorio. Pues desta tan grande y tan temerosa pena nos redimen los ayunos y asperezas corporales, aunque sean sin comparación menores: porque como Dios en estas cosas no mira tanto á la grandeza del trabajo, cuanto á la voluntad del sacrificio, porque lo que en este mundo se padesce es voluntario, y lo otro es necesario, de aquí es que una pena voluntaria desta vida sin comparación vale más y satisface más que muchas necesarias de la otra.

Mas dirás: pues el sacramento de la penitencia no vale para eso, ¿cómo vale el baptismo, que lo quita todo, absolviendo al hombre de culpa y de pena? Á esto se responde que hay gran diferencia entre el un sacramento y el otro: porque el sacramento del baptismo es una espiritual regeneración y nascimiento del hombre interior. Por donde así como una cosa que nasce de nuevo, deja de ser lo que era y recibe otro nuevo ser, sin quedar allí nada de lo que antes era (como cuando de una simiente nasce un árbol, la simiente deja de ser, y el árbol recibe nuevo ser) así, cuando un hombre espiritualmente nasce, luego deja de ser todo aquel hombre viejo que antes era, que era hijo de ira, y comienza á ser otro hombre nuevo, que es hijo de gracia, y así libre de culpa y de pena. Mas el sacramento de la penitencia no libra de los pecados pasados como regeneración sino como medicina, la cual unas veces sana perfectamente y otras no, sino dejando algunas reliquias de la enfermedad pasada, que después á la larga con buen regimiento se han de gastar. Desta manera la penitencia unas veces sana perfectamente librando de culpa y de pena, cuando en ella entreviene alguna perfectísima contrición, como fué la de la Magdalena y otras tales: mas otras veces (cuando la contrición no es tan perfecta) aunque quita toda la culpa, no quita toda la pena, y ésta que queda se ha de purgar ó en esta vida ó en la otra. Desto tenemos ejemplo en las cosas humanas:

porque si un caballero comete un delicto contra el rey, por el cual merescía pena de muerte, puede él hacer después tales y tan grandes servicios, que merezca la gracia del rey y perdón general de toda esta pena: y puédelos también hacer tales, que no merezca tanto, sino algo menos, conviene saber, la gracia del rey y conmutación de la pena de muerte en algún destierro temporal. Así leemos que lo hizo el rey David con su hijo Absalón. Porque habiendo éste muerto á su hermano Amón, y estando tan justamente el padre indignado contra él, después de tres años de absencia y destierro le perdonó, mas con tal condición, que no entrase en su palacio ni paresciese delante dél (1). Pues desta manera cuando la contrición del penitente no es del todo perfecta, por virtud del sacramento de la penitencia perdona Dios al hombre la culpa y también la pena eterna que por ella merescía: pero no quiere que luego éntre este tal en su palacio celestial y vea su cara hasta que esté perfectamente purgado en esta vida ó en la otra. Pues esta satisfacción y purgación señaladamente se hace con el trabajo de los ayunos y de todas las asperezas corporales, las cuales son una lima con que se limpia el orín de nuestros pecados, y una fragua en que se purifica nuestra ánima, y despide de sí cualquiera otro peregrino metal que tenga, para que así purificada como un oro cendrado y limpio éntre en aquella ciudad soberana, que es toda oro limpio, como dice Sant Juan (2), y donde ninguna cosa puede entrar que no sea limpia.

Desta manera y con este trabajo hicieron penitencia los ninivitas (3), y así aplacaron la indignación de Dios, y revocaron la sentencia que contra ellos estaba fulminada, y quitaron de sus cervices el cuchillo que ya venía sobre ellos, predicando en toda la ciudad un ayuno el más aspero y más universal que se ha visto en el mundo, donde mandaron que no solamente los hombres, mas también las bestias y otros animales y ganados, no comiesen, ni bebiesen, ni paciesen yerba, sino que todos á una diesen bramidos y clamores á Dios. Y fué tan eficaz y tan poderosa esta penitencia, que bastó para amansar el furor de Dios y convertir su ira en misericordia.

Y no es menos admirable el ejemplo del rey Acab (4), que siendo idólatra y homicida, cuando por mandado de Dios fué re-

(1) 2 Reg. 14. (2) Apoc. 21. (3) Jonae 3. (4) 3 Reg. 12.

prehendido de sus maleficios, humillóse, afligiéndose, y ayunando, y vistiéndose de cilicio, y con esto mudó la sentencia del Juez, y quedó para después de sus días el castigo que para ellos estaba profetizado. Y por esto la sancta madre Iglesia, enseñada por estos ejemplos, el primer día que se comienza el tiempo de penitencia, entra dando este mismo pregón general por todo el mundo, diciendo que se toque una trompeta en Sión y que sanctifiquen los hombres el ayuno (1). etc. Como si dijese: Cesen los deleites y los regalos del mundo, y comiencen todos á llorar y afligir su carne para satisfacer por las culpas que cometieron por ella. Porque como dice S. Gregorio, justísima cosa es que el que se acuerda haber cometido cosas ilícitas se aparte voluntariamente aun de las lícitas, y satisfaga á su Criador dejando de gozar de lo que podría, pues hizo contra lo que debía, y se castigue en cosas pequeñas, pues se atrevió á cometer culpas grandes. Éste es pues el segundo fructo y excelencia de esta virtud, que es ser tan poderosa para aplacar á Dios y satisfacer por los pecados pasados.

§ III

Tiene otra cosa allende désta, que es ser amiga y compañera perpetua de la oración (como arriba tocamos) por donde la Escriptura divina muchas veces ayunta en uno estas dos virtudes, como lo hace el profeta David cuando dice (2): Afligía yo mi ánima con ayunos, y hacía oración en mi pecho. La razón desta hermandad y compañía tocamos arriba, que es la habilidad y ligereza que tiene el hombre para todo ejercicio espiritual cuando está ayuno y descargado del peso de los manjares: porque desta manera está el cuerpo dispuesto para servir al espíritu, y el espíritu aliviado para volar á lo alto sin impedimento del cuerpo. Porque de otra manera (como dice S. Basilio) así como no puede pelear bien el soldado que está embarazado con alguna carga que lleva sobre sí, así tampoco puede el clérigo ó el religioso levantarse á las sagradas vigilias ni perseverar en ellas, estando cargado de mantenimiento. Y Sant Bernardo, comprehendiéndolo todo en pocas palabras, dice así: Dejaré de beber vino, porque en el vino está la lujuria, y dejaré de comer carne, porque por ventura criando con este manjar la carne, no se críen también en mí los

(1) Joel. 2. (2) Psal. 34

vicios della: y hasta el mismo pan comeré por medida, porque cargando el vientre de mantenimiento, no me halle pesado para el ejercicio de la oración. Porque cuando el hombre está lleno de manjares, más está para reir que para llorar, más para dormir que para velar, y más para conversar con los hombres que para tratar con Dios y con sus ángeles. Porque (como dice el mismo Sant Basilio) cuando el estómago está lleno de manjares, suben luego al celebro unos vapores gruesos y escuros, los cuales impiden y escurescen los rayos de la luz intelectual de nuestra ánima. Por donde aquel sancto Moisén estuvo cuarenta días sin comer ni beber cuando subió al monte á tratar con Dios (1) y recebir en su ánima los rayos y influencias de aquella divina luz. Lo cual no se pudiera hacer tan perfectamente sin el socorro desta virtud. Por donde dice el mismo Sant Basilio que el ayuno es como una ala de la oración, que la levanta de la tierra al cielo. Y Sant Bernardo dice que de tal manera se ayudan entre sí estas dos virtudes, que la oración alcanza virtud para ayunar, y el ayuno meresce la gracia del orar, y que el ayuno esfuerza á la oración, y la oración sanctifica el ayuno y lo presenta á Dios. Por donde añade el mismo sancto diciendo: ¿Qué nos aprovechará el ayuno si se quedare en la tierra? Por tanto, levantémoslo á lo alto con las alas de la oración. Porque (como dice Sant Isidoro) el perfecto ayuno se compone destas dos virtudes: cuando el hombre exterior ayuna, y el interior ora: porque más ligeramente sube al cielo la oración cuando es ayudada con la virtud del ayuno. De manera que así como el halcón ó el gavilán no está para cazar sino cuando está templado y ayuno, así tampoco está el hombre dispuesto para volar á lo alto sino con esta misma disposición del ayuno.

§ IV

Tiene más otra excelencia esta virtud, que es ser un medio convenientísimo para gozar de Dios y de las consolaciones espirituales, que es un grande medio para despreciar todas las sensuales. Porque como el oficio del Espíritu Sancto sea consolar á los que por su amor están desconsolados, cuando Él ve un ánima dar de mano á todos los gustos y consolaciones de la carne, luego la provee de las consolaciones del espíritu. Porque como no

(1) Exod. 34.

pueda el ánima vivir sin algún deleite, ya que por amor de Dios renuncia los deleites de la tierra, es razón que sea proveída de deleites del cielo. Y así manda Dios que sea proveída, diciendo (1): Dad sidra á los que están tristes, y vino á los que viven en amargura de corazón: beban y olvídense de su pobreza, y no se acuerden más de sus trabajos. Porque este celestial vino con que los Apóstoles fueron el día de Pentecostés embriagados (2), no se da á los que están llenos del vino de las consolaciones del mundo, sino á los que por honra de Dios están ayunos dellas: porque así como nadie envía al físico á casa del sano sino del enfermo, así aquel Espíritu consolador no se envía á casa de los que están hartos y consolados, sino á las de los que están tristes y afligidos por Dios. Y demás desto, como este Señor tenga prometido de dejarse hallar de todos los que lo buscaren (si lo buscaren con amargura y quebrantamiento de corazón) aquéllos especialmente parece que le buscan desta manera, que no sólo le buscan con palabras de oraciones (que son fáciles á todos) ni con lágrimas de ojos (que también son fáciles á muchos) sino también con ayunos y asperezas corporales, que son cosas que duelen y no se hallan en todos. La madre que cría un niño, cuando le llama y le pide los pechos, no todas veces acude á dárselos: mas cuando le ve llorar y porfiar y matarse por ellos, no se puede contener que no le acuda Pues así aquella Divina sabiduría, como el Profeta dice (1), tiene para con los suyos entrañas más que de madre, dado caso que algunas veces no le responde cuando le llaman con voces y clamores: pero cuando ve que añaden dolores á los clamores, y aflicciones á las oraciones, ya entonces no se quiere contener que no les responda y que no convierta sus lágrimas en alegría, haciéndoles cantar con el Profeta (2): Según la muchedumbre de los dolores de mi corazón, así vuestras consolaciones alegraron, Señor, mi ánima.

§ V

Tiene aun otra cosa más este linaje de asperezas, que nos son unos como estímulos y despertadores grandes de la memoria de Cristo, y nos hacen muchas veces levantar el corazón á Él. Porque cuando nos fatiga la hambre, y nos da pena el manjar

(1) Prov. 31. (2) Act. 2.

desabrido, y nos muerde la vestidura áspera, y nos quebranta la cama dura, y nos aflige cualquiera otra manera de penitencia ó aspereza, ¿qué ha de hacer el que voluntariamente tomó estos trabajos por amor de Cristo, sino levantar los ojos al mismo Cristo puesto en una cruz, hecho un retablo de trabajos, amarguras y dolores, y consolarse y animarse viendo lo que padesce la inocencia por la malicia, la justicia por la culpa, la sanctidad por la maldad, Dios por el hombre? ¿Qué ha de hacer sino esforzarse y alegrarse viéndose en algo semejante á su Señor, haciéndole él también sacrificio de sí mismo, y pidiéndole húmilmente su gracia para no desmayar en la carrera? Tales pensamientos y tales consideraciones suelen despertar en nosotros estas asperezas y trabajos corporales: porque la misma naturaleza fatigada con los trabajos nos inclina á buscar remedio, y la gracia le dice que no tiene otro más conveniente que la memoria y los ejemplos del Salvador. Mas por el contrario, la hartura y abundancia suelen traer consigo olvido de Dios, como claramente lo testificó el mesmo Señor por el profeta Oseas diciendo (1): Hinchiéronse de manjares, y después de hartos ensoberbesciéronse y olvidáronse de mí. Porque así como la hambre y la necesidad hace al hombre llamar á Dios y acordarse dél, así por el contrario la hartura y abundancia hace olvidarse dél, según que el mesmo Señor lo significó por su Profeta, diciendo (2): Hallaste el remedio de tu vida en tus manos, y por esto no curaste de pedirlo. Porque no suele llamar á las puertas de nadie el que á nadie piensa que ha menester.

§ VI

Tiene también otra excelencia esta virtud, que es ayudarnos grandemente á alcanzar la divina sabiduría y la virtud de la discreción, así como por el contrario el vicio de la gula destruye todo esto. Y así es común doctrina de los sanctos que uno de los pecados que más escurecen y embotan el entendimiento, y le hacen perder sus filos, es el de la gula y glotonería. Conforme á lo cual dice un doctor que así como acaesce en este mundo mayor que cuando se levantan muchos vapores gruesos de la tierra (como acaesce en tiempo de invierno) se escuresce el aire, y se hin-

(1) Osee 7. (2) Isai. 57.

che de nublados, con que se impide la vista de los ojos y la lumbre del cielo, así también acaesce en el mundo menor, que es el hombre: porque cuando tiene el estómago lleno de manjares, de ahí se levantan y suben á la cabeza unos vapores gruesos y pesados, los cuales ofuscan y escurecen aquellas virtudes de nuestra ánima (que se llaman animales) que sirven al entendimiento en su operación: por donde viene él á obrar más imperfectamente, por defecto de los instrumentos que para esto le habían de servir. Con lo cual también se junta que estando el estómago desta manera muy ocupado, luego se recogen á él todos los espíritus y fuerzas del ánima á entender en la obra de la digestión, y así entonces, como de escuderos se hacen cocineros, sin que el hombre sea parte para impedir esta operación, por estar exemptas las fuerzas del ánima vegetativa de la subjección del libre albedrío: por cuya causa empleada cuasi toda la virtud del ánima en esta obra, no puede sino muy pesadamente y con grande violencia levantarse á la especulación de las cosas divinas. De donde nasce hallarse los hombres tan promptos y hábiles para cualquiera cosa de estudio y especulación el tiempo de la mañana, después de celebrada la digestión y desembarazada el ánima deste oficio, y por el contrario, muy pesados y torpes después de la comida ó de la cena larga: porque como dijo Sant Hierónimo, el vientre lleno de mantenimiento no cría delgado entendimiento. Por la cual causa todos aquellos sanctos monjes, que fueron muy dados al ejercicio de la contemplación, fueron de grande abstinencia, porque así estaban más ligeros y hábiles para entender en esta obra. Por do paresce cuán conveniente sea esta virtud para defender y acrescentar la dignidad del hombre. Porque así como el hombre despierto nunca es menos hombre que cuando está lleno de mantenimiento, pues tan mal puede hacer entonces el oficio proprio de hombre, que es especular y entender, así nunca es más hombre ni más señor de sí, que cuando libre deste embarazo se puede todo emplear en este oficio. Y por esto aquel gran sabio Salomón, con estar tan rico de sabiduría, cresciéndole más la sed con la hartura, dice que determinó abstenerse del vino, por entregarse del todo al estudio de la sabiduría (1). Por cuya imitación nuestro glorioso Padre Sancto Domingo por espacio de diez años usó desta

(1) Eccle. 2.

misma abstinencia, por estar más hábil para el estudio de esta misma sabiduría. Porque entendía muy bien este Sancto que como dice Sant Augustín, cuando los hombres destemplados beben vino, más se puede decir que el vino los bebe á ellos, que no ellos al vino, pues les traga y roba los sentidos y les hace perder el ser de hombres. Pues ¿qué diré de aquellos tres sanctos mozos de Babilonia, los cuales desechando los manjares y vinos preciosos de la mesa del rey, y contentándose con legumbres y agua fría, merescieron alcanzar tan grande sabiduría?

Por aquí también la alcanzó el glorioso Sant Bernardo con tan poco estudio de letras humanas. Por aquí Sant Gregorio, comiendo legumbres crudas, de que su bienaventurada madre Sancta Silvia le proveía. Por aquí Sant Hierónimo, con tan grandes abstinencias como él de sí mismo relata. Por aquí Sant Basilio, que con ser predicador, y uno de los mayores oradores y teólogos del mundo, fué en el comer y dormir y vestir uno de los más abstinentes hombres del mundo: porque no vestía más que una sola ropa á raíz de la carne, y siempre dormía en el suelo, y casi toda la noche velaba y perseveraba en sanctos ejercicios. Todos estos gloriosos doctores, tan señalados en la sabiduría, no menos lo fueron en abstinencia, porque entendieron cuánto les era necesaria la una virtud para la otra.

§ VII

Tiene aun más esta virtud otra excelencia, y es que ella juntamente con su hermana la oración (ayudándose fielmente una á otra) penetran el cielo, y alcanzan la misericordia de Dios, y acaban con Él todo lo que quieren. Éstas abren las arcas de los divinos tesoros, y para ellas están comúnmente abiertos los cielos: porque (según dice un sancto) tienen tan trillado este camino, que ya son familiares á los porteros del Paraíso, y así les dan siempre entrada libre todas las veces que la quieren. ¿Quién podrá explicar aquí las victorias, las revelaciones, las consolaciones, las virtudes y dones que se alcanzaron por ayuno y oración? Daniel dice que por espacio de tres semanas no comió pan delicado, ni se ungió con ungüento, ni entraron en su boca carne ni vino, y todo este tiempo oraba y lloraba delante de Dios, y con esto meresció alcanzar aquella tan grande revelación de los se-

cretos divinos (1). Con este ayuno venció la hambre rabiosa de los furiosos leones (2), y ayuno los hizo también ayunar á ellos, pues no se les dió licencia para tocar aquellos miembros sanctificados con la virtud del ayuno. Con estas armas cortó la cabeza de Holofernes la casta Judit, y libertó el pueblo de Israel de tan miserable captiverio (3). Con estas mismas aplacó la ira del rey Asuero la reina Ester, ayunando ella, y sus criadas, y todo el pueblo con ella, y con esto redimió su gente de la cruel sentencia del rey, y hizo que cargase sobre la cabeza de quien la había urdido (4). Pues los hijos de Israel ¿cuándo jamás se volvieron á Dios con ayunos y oraciones en todas las calamidades y aprietos que tuvieron, que no fuesen librados y socorridos? Pues el profeta Elías, estando ayuno, dice Sant Ambrosio que detuvo las aguas del cielo con una palabra: ayuno resuscitó el hijo de la viuda, ayuno hizo que tornasen á llover los cielos, ayuno mandó descender fuego del cielo contra los ministros de la maldad, y ayuno fué arrebatado al cielo en el carro de fuego, y con ayuno de cuarenta días se dispuso para ver en el monte aquella gloriosa visión (5). Porque ¿quién pudiera con virtud humana subir en aquel carro, sino el que con la virtud del ayuno había aliviado y en alguna manera mudado ya la naturaleza del cuerpo corruptible? Moisén otrosí, dice S. Basilio, apercebido con el ayuno, subió al lugar donde aparecía Dios (6). Porque de otra manera no pudiera tan convenientemente él subir al monte que por todas partes ardía, y perseverar en él tanto tiempo, sino armado con esta virtud. Y así como él estando en lo alto, por medio del ayuno recibió la ley de Dios, así el pueblo bestial, estando acá bajo, y entregándose á la gula, vino á adorar el becerro y negar á Dios. Porque como dice la Escriptura (7), asentóse el pueblo á comer y beber, y de ahí se levantaron á jugar y hacer fiesta al dios que habían fabricado. De manera que una sola embriaguez de aquel pueblo glotón bastó para deshacer lo que el sancto profeta con ayuno de cuarenta días había alcanzado: porque las tablas de la ley que él en este tiempo recibió, la embriaguez y la gula dieron ocasión á que se hiciesen pedazos, paresciendo al sancto profeta cosa indigna que el pueblo glotón y tomado del vino recibiese ley dada por

(1) Daniel 10. (2) Dan. 6. (3) Judith 9. (4) Esth. 4. (5) 3 Reg. 17, 3 Reg. 18, 4 Reg. 1, 4 Reg. 2, 3 Reg. 19. (6) Exod. 32. (7) Ibid.

Dios. ¿Quién otrosí hizo á Samsón tan fuerte y tan inexpugnable á sus enemigos? ¿No hizo esto en su manera el ayuno, que antes de su nascimiento le fué mandado, cuando el ángel dijo á su madre que no le consintiese beber vino, ni sidra (1), ni cosa que nasciese de vides? Pues la vida de S. Juan Baptista ¿qué otra cosa fué (2) sino un ayuno perpetuo? Porque ni él tenía cama, ni mesa, ni tierras para labrar, ni bueyes que la arasen, ni cilleros de trigo de que se mantuviese, ni otra alguna provisión de las que parecen necesarias á la vida humana. Y éste fué por la boca del mesmo Señor pronunciado por el mayor de los que nascieron de las mujeres (3). También el apóstol Sant Pablo en el catálogo de sus trabajos cuenta su hambre y sus ayunos continuos (4), por los cuales meresció ser llevado á los secretos del tercero cielo (5). Estas y otras grandes maravillas dice S. Basilio que óbra el ayuno: porque (según él mesmo dice en un sermón) el ayuno engendra los profetas, esfuerza los poderosos, enseña á los legisladores, es guarda del ánima, imagen de los ángeles, arma de los fuertes, ejercicio de los guerreros, gobernador de la castidad, fortaleza en las batallas y guarnición en la paz. El ayuno sanctifica los nazareos, consagra los sacerdotes, guarda los niños, hace sabios y graves á los mozos, adorna y compone los viejos: porque las canas, acompañadas con el ayuno, son dignas de mayor veneración. El ayuno es ornamento de las mujeres, freno de los hombres, guarda del matrimonio, criador de la virginidad, acrescentamiento de los dones celestiales, madre de la salud, ayo de la juventud, provisión de los caminantes, y compañía de los que moran en uno, segura. Todas estas virtudes se predican del ayuno, no porque él solo por sí sea causa destas grandezas, sino porque es concausa dellas, esto es, grande ayudador por su parte para todas ellas. Antes ninguna cosa hay tan grande, para que no sea grande ayuda esta virtud. Por donde el mismo Salvador y Señor nuestro, cuando quiso comenzar la predicación del Evangelio, se aparejó primero con ayuno y oración de cuarenta días (6), no porque Él tuviese necesidad deste aparejo, sino para enseñarnos que (regularmente hablando) apenas se alcanza alguna cosa grande, ni se comienza prósperamente, sino por este medio.

---

(1) Judic. 13. (2) Matth. 3. (3) Matth. 11. (4) II Cor. 12. (5) II Cor. 11. (6) Matth. 4.

§ VIII

Bastaba lo dicho para estima y gloria desta virtud: mas no paran aquí sus alabanzas, sino pasan adelante. Porque tomada esta virtud con todos sus anejos (que son todas las asperezas y maltratamiento de nuestro cuerpo) es una de las virtudes que nos hacen en gran manera semejantes á Cristo, único ejemplo y dechado de toda perfección. Porque (como todos sabemos) la vida deste Señor, dende el pesebre hasta la cruz, toda fué una perpetua cruz, no sólo porque siempre tenía presente la cruz y los tormentos que en ella había de padecer, sino porque toda ella fué llena de trabajos, de destierros, de asperezas, de persecuciones, de lágrimas, de pobreza y de tantas otras maneras de trabajos, que por esta causa el profeta Isaías le llamó varón de dolores (1), y el profeta David en persona del mismo Señor dijo (2): Pobre soy yo, y lleno de trabajos dende el principio de mi mocedad. Pues como la vida deste Señor sea un perfectísimo ejemplo y dechado de perfección, aquél será más perfecto que fuere más semejante á Él: y (generalmente hablando) aquél será más semejante á Él, que más trabajos hubiere padescido por su amor. Entre los cuales no tienen el postrer lugar las asperezas corporales, pues el Apóstol las cuenta entre los suyos, haciendo mención de sus vigilias, ayunos, hambre, frío y desnudez (3). Las cuales cosas han de padescer también todos los que fueren miembros vivos de Cristo, como él mismo lo confiesa diciendo (4): Los que son de Cristo, crucificaron su carne con todos sus vicios y apetitos. Á la cual cruz nos convida el apóstol S. Pedro diciendo que así como Cristo padesció en la carne, así nosotros nos armemos y aparejemos á padecer por él: porque si fuéremos, como dice Sant Pablo (5), participantes de su pena, también lo seremos de su gloria. Ésta es aquella singular gloria de los predestinados, los cuales el mismo Apóstol dice (6) que ab æterno escogió Dios y predestinó para que fuesen conformes á la imagen de su Hijo, así en esta vida como en la otra: en ésta, bebiendo del cáliz de sus dolores, y en la otra, del cáliz de sus deleites. Y como haya muchos medios para beber deste cáliz, el más fácil y más ordinario y el que más á la mano se halla, es éste de la aspereza y maltratamiento de nues-

(1) Isaiae 53. (2) Psalm. 87. (3) I Cor. 11. (4) Galat. 5. (5) Rom. 8. (6) Rom. 8.

tra carne: porque para éste no es menester que haya fariseos, ni Dioclecianos, ni Anticristos, ni otros perseguidores de la Cruz: ni tampoco es necesario discurrir por el mundo con el apóstol Sant Pablo, padesciendo trabajos, porque cada uno los podrá hallar de sus puertas adentro, procurando de ser para sí un Diocleciano, que es, un verdugo y atormentador de su proprio cuerpo.

SEGUNDA PARTE

DE LOS BIENES CORPORALES PARA QUE APROVECHA EL AYUNO

Para estas y para otras muchas cosas nos aprovecha grandemente la virtud del ayuno y el maltratamiento del cuerpo. Lo cual solo debía bastar para que los verdaderos amadores de la virtud lo fuesen désta que tanto nos ayuda para todas las otras. Mas con todo esto hay algunos hombres tan de carne, que esta moneda de tanto valor no corre delante dellos, si no ven algo que sea de carne, esto es, de provecho corporal. Pues por esta parte tampoco nos desavendremos con ellos, porque para esto les daremos aquí también las manos llenas, y por ventura más que en ninguna otra virtud. Porque aunque todas las virtudes generalmente valgan para todo, así para los bienes del cuerpo como del ánima, pero en esta virtud se halla mucho más esta ventaja que en otra alguna. Por cuya causa, aunque más no hubiera, se debía ella de buscar y preciar, como muchos gentiles, sin tener fe, por esta causa la preciaron. Y para que esto se vea más claro, presupongamos que entre los bienes corporales los principales son salud, vida, hacienda, honra y deleites y contentamientos del cuerpo. Pues ¿qué será si probáremos agora que para todo esto aprovecha grandemente esta virtud? ¿No bastará sola esta razón para que todos los hombres amadores de sí mismos lo sean también de una cosa que tanto hace á su propósito?

§ I

Pues comenzando por la vida, que es el mayor de todos los bienes corporales, dime: ¿qué cosa hay que más parte sea para conservar y alargar la vida del hombre, que la virtud de la abstinencia? Junta cuantas medicinas y regimientos y virtudes de

yerbas y piedras preciosas están escriptas por una parte, y por otra pon sola esta virtud, y todos los médicos te confesarán que más parte es sola ella para conservar la salud y alargar la vida, que todas las medicinas del mundo juntas, sin ella. Y no solamente los médicos, sino también la Escriptura divina nos enseña esto mismo, diciendo (1): No seas glotón en tus convites, y no te derrames sobre todos los manjares, porque en los muchos manjares habrá muchas enfermedades, y la demasía dellos se convertirá en abundancia de malos humores. Á muchos mató la demasía del comer y beber: mas el que fuere abstinente alargará la vida. Esto nos dice la Escriptura divina: y sin que la Escriptura y la medicina nos lo dijera, la misma experiencia de cada día nos lo dice, pues vemos cuán presto acaban la vida los hombres desreglados y comedores, y cuánto más viven los abstinentes y templados. Si no, ponte á mirar las vidas de aquellos sanctos monjes antiguos que vivían por los desiertos, donde hay tanta falta de mantenimientos curiosos y regalados, y hallarás que cuanto fueron mayores sus abstinencias, tanto fueron más largas sus vidas: para que veas con cuánta razón dijo el Sabio: El que fuere abstinente alargará la vida. De Galeno, príncipe de los médicos, se escribe que fué de muy larga vida (porque llegó á ciento y veinte años) y la causa dicen que fué porque nunca se levantó de la mesa harto. Mas ¿para qué es menester alegar para eso ejemplos pasados, pues bastan los cuotidianos y presentes? En el reino de Granada vemos por experiencia cuánto es más larga la vida de los cristianos nuevos que la de los viejos, y no es otra la causa sino el poco comer de los unos, y el mucho de los otros: porque gozando de unos mismos aires, y estando debajo de un mismo clima y en una misma tierra, no se puede señalar otra causa sino la ventaja que nos hacen en la templanza. Porque muchos dellos, contentos con agua fría y con manjares viles y de fácil digestión, ni fatigan la naturaleza con demasiada carga, ni ahogan el calor natural con mucha leña, ni dan materia para que se críen dañosos humores con demasiados manjares, y con esto viven sanos y muchos años. Y si quieres de raíz saber la razón desto, la razón es que (como dicen los filósofos) todas las causas inferiores, cuando hacen algo, juntamente hacen y padescen, como vemos en el cuchillo y en la

(1) Eccli. 37.

sierra, que como van cortando, van perdiendo los filos y se van embotando y menoscabando con este ejercicio. Pues como el calor natural sea el que cuece y digiere los manjares que comemos, si le damos mucho en que entender comiendo mucho, mientras más trabaja y gasta, más pierde y gasta de su virtud. Y como la vida natural consiste en este calor, mientras más se gasta de caudal, más se va acortando la vida. Lo contrario de lo cual acaesce á los hombres reglados: por cuya causa suele ser más larga su vida.

Y aun si quisiéremos adelgazar más esta materia, hallaremos que no sólo por esta vía cresce la vida, sino también porque cuanto es más templada la comida, tanto es menor el tiempo del sueño que se requiere para digerirla, y cuanto el tiempo del sueño es menor, tanto la vida es mayor, pues no es otra cosa vida sino vigilia, ni otra cosa sueño sino imagen de muerte, pues el tiempo que el hombre está sepultado con el sueño, cuasi no difiere de un hombre muerto. Vemos pues que los hombres de poco comer también lo son de poco dormir, porque tienen pocos vapores y humos que suban á la cabeza, de que se cría el sueño. Y así se lee de aquel gran Basilio que cuasi toda la noche velaba, porque era hombre de grande abstinencia. Del cual podemos con razón decir que vivió más que cualquiera otro hombre que murió de su edad, porque lo que menos durmió y más veló, eso se llevó de ventaja en la vida.

Y si quisiéremos ser justos y delicados jueces en esta materia, hallaremos aun otra causa de ser más larga la vida déstos, especialmente si hablamos de la vida racional, que propriamente se llama vida de hombre. Porque la vida deste hombre es aquella que se gasta en obras de razón y entendimiento, como es leer, escrebir, estudiar, disputar, orar, meditar, y otras tales. Para las cuales está claro que tiene el hombre el día de ayuno más tiempo que los otros días. Porque el tiempo de la mañana, que es el mejor del día, es más largo, por dilatarse más la comida estos días, y en el de la noche ahórrase una hora de cenar, y dos de parlar, que comúnmente se siguen después del cenar, las cuales logra el que ayuna para convertir en sus buenos estudios y ejercicios. ¿Ves luego cómo por todas partes por diversas causas cresce la vida con la abstinencia? Y no tengo por tan pequeña causa esta postrera, que no piense haber sido ésta una de las principales por

donde los sanctos (que tanta cuenta tenían con no perder tiempo, pues tanto aprovechaban y merecían con él) abrazaron tanto esta virtud, que tanto les alargaba y franqueaba este tiempo. Y aun ésta pienso también que fué una de las causas por donde muchos sanctos doctores, con estar ocupados en tantos negocios que tenían á su cargo (como lo estaba Sant Augustín, que era obispo, y Sant Gregorio, que era papa, y otros tales) con todo esto pudieron escrebir tantos y tan excelentes libros: porque con el uso continuo desta virtud siempre les sobraba tiempo así para esto como también para darse al ejercicio de la oración y contemplación.

§ II

Y no sólo para la vida, mas también para la salud, compañera de la vida, ayuda mucho la abstinencia. Lo cual testifica aquel famosísimo entre los médicos Hipócrates diciendo que el más excelente medio de todos cuantos hay para conservar la salud, es no hinchirse de manjares, y ser diligente para el trabajo y ejercicio corporal. Y está clara la razón. Porque como ya dijimos, ¿qué enfermedad hay que no se cause de abundancia de malos humores? ¿Y de dónde nasce la abundancia de los humores, sino de la abundancia de los manjares? Porque como la virtud del calor natural (que los ha de gastar) sea finita (por lo cual no puede obrar en un momento, sino en tiempo) si antes que tenga gastados unos manjares, la cargamos de otros, y después de otros y otros, de todos estos relieves viene á hacerse una masa podrida de malos humores, que es un común depósito de diversas enfermedades. Ni basta para remedio desto que los manjares sean muy delicados y preciosos, si son muchos: porque (como los médicos dicen) hace tanto al caso que la comida sea escasa, que menos daño hace el manjar grosero, comiendo poco dél, que el muy delicado y precioso, si se come mucho.

Y para mayor confirmación de lo dicho no dejaré de referir aquí una historia verdadera que al tiempo que esto escribía llegó á mi noticia. En cierta parte de Italia había un hombre tan gotoso de pies y de manos, que del todo estaba tollido y inhábil para servirse de sus miembros, ni habia medicina ni remedio que bastase ni para darle salud, ni para aliviar los dolores intensísimos que padescía. Acaesció pues que teniendo éste un poderoso enemigo en aquella tierra, que andaba siempre con espías sobre él

finalmente vino á caer en sus manos. Y deseando darle muerte á la larga, mandólo encerrar en una torre, y darle allí á comer cada día por un cierto agujero un pequeño pedazo de pan con un vaso de agua: la cual ración bastó para sustentarle por espacio de cuatro años. Los cuales acabados, las cosas de aquella tierra rodaron de tal manera que él salió de aquella prisión, mas muy diferente de como entró en ella, porque salió de todos sus males libre y sano como una manzana, y ligero y suelto de todos sus miembros, y vivió, y vive hoy en día rogando á Dios todos los días por quien le puso en aquella prisión: porque pretendiendo darle la muerte prolija, le libró de otra más prolija en que él vivía, y le dió salud y alegre vida. Bien se podía esto contar por milagro de la virtud de la abstinencia, que muchas veces hace semejantes milagros, dando ella sola salud á quien todas las otras industrias y medicinas del mundo no pudieron darla: para que por este ejemplo vea el cristiano lector cuánta parte sea esta virtud para conservar la salud y la vida.

§ III

Mas salgamos ya de la salud y de la vida, y entremos en la honra, que muchos estiman más que la vida. Pues para esto ¿quién no ve cuán honrada cosa es ser un hombre templado y medido en comer y beber, y cuán doshonrada y vil ser glotón y gargantón, y que nunca trata sino de comer y beber? ¿Qué cosa hace un hombre más bestial y más semejante á los más brutos de los animales (cuales son los lobos, y puercos, y osos) que ser comilón y tragón como ellos? Pues ya si es destemplado en beber, ¿qué cosa hay más amenguada, más infame y más contraria á la honra del hombre? Y dado caso que no llegue el negocio á perder el uso de la razón, mas el que es muy amigo del vino, y toma demasiado gusto en él, algunas veces al sabor del gusto, ó llegará á este extremo, ó cerca dél, que es poco menos mal, pues dice el Filósofo: Lo que poco dista de un extremo, nada parece que dista dél. Y no sin causa son tan amenguados y deshonrados los hombres tocados deste vicio: porque ¿qué cosa grande se puede esperar de quien tiene puesta su felicidad en cosa tan baja? Porque como para emprender y tratar cosas grandes sea muchas veces necesario padescer grandes trabajos (antes ninguna cosa grande, ni en letras, ni en armas, ni en negocios públicos, se hace sin ellos) como

éstos están tan captivos y habituados á esta manera de vicio, que no se hallan ni pueden vivir sin él, de aquí nasce que ni se atreven á emprender cosas grandes, ni ya que las emprendan, pueden durar en ellas, porque luego tira por ellos el regalo y la golosina del vicio, de quien la costumbre larga los tiene hechos esclavos. Por la cual causa dijo Suetonio Tranquilo que ningún hombre era menos para ser temido que el que todo su pensamiento tenía puesto en comer y beber. Lo cual entendía muy bien aquel gran emperador Julio César, como quien se había visto y ejercitado en grandes trabajos: porque diciéndole unos amigos suyos que se guardase de ciertos hombres muy ricos y principales de Roma, respondió que no temía este linaje de hombres colorados y gordos y bien tratados, sino á otros que había entonces amarillos y flacos, que eran Bruto y Casio. Y no se engañó en esta sospecha, porque al fin éstos le quitaron la vida. Lo cual todo nos declara cuánto sea el valor de los hombres templados, y cuán viles y para poco los comedores y bebedores.

§ IV

Pues añado más esto, que siendo cosa común lo que suelen decir, que honra y provecho no caben en un mismo subjecto (porque la honra es gastadora, y el provecho guardador) mas con todo eso ambas cosas de tal manera se juntan en esta virtud, que apenas se podrá determinar para cuál dellas sirva más, si para la honra, si para el provecho. Porque ¿en qué género de cosas gastan más los hombres sus patrimonios y haciendas, y dejan empeñados sus hijos y sus estados, que en largas mesas y banquetes? Porque los gastos en otras materias (demás de redundar en provecho de otros hombres, porque no paran como éstos en el muladar) acontecen menos veces. Mas éstos, como son tan ordinarios y cuotidianos, no hay renta ni patrimonio que baste para la sustentación dellos. Porque si una sola gota de agua que cae á menudo, basta para cavar una peña, ¿qué hará un caño real, quiero decir, un gasto tan largo y tan cuotidiano como es el de los que se precian de ricas y espléndidas mesas? Y por esta causa escribe Tulio, hablando de Catilina y de los otros conjurados, que habían tragado ya todas sus rentas y patrimonios, por donde había muchos días que les faltaba la hacienda, y que ya les comenzaba á

faltar el crédito. Por esta misma causa dice el Sabio (1): El que es amigo de comer y beber, vivirá en pobreza, y el que huelga con el vino precioso y con los manjares delicados, no enriquecerá. Y en otro lugar aconseja él, diciendo (2): No te halles en los convites de los comedores y bebedores y de los que dan á comer diversas maneras de carnes, porque gastando en esto sus haciendas, vendrán á parar en pobreza, y el sueño y la pereza déstos al cabo se vestirá de remiendos. Pues si tanta parte es la gula para destruir la hacienda, necesariamente se sigue que la templanza conservará y multiplicará lo que esta señora tan gastadora destruye.

§ V

Resta ver agora si como esta virtud ayuda para todas estas cosas, ayuda también para el gusto y alegría corporal. ¿Quién podrá creer esto de la abstinencia? Bien sé que no lo creerán los que superficialmente miran las cosas: mas los que prudentemente las consideraren, verán claro que no menos ayuda para esto que para todo lo al. Para lo cual presupongo que el gusto y deleite del comer no nasce de la cualidad y muchedumbre de los manjares (porque ésta antes empalaga y causa hastío que gusto) por donde solemos decir que el buey harto no es comedor. Porque la misma naturaleza que procurando la salud del individuo, puso deleite en la comida necesaria, esa misma por la misma causa puso hastío en la superflua, pues no es menos dañoso á la salud tomar lo superfluo, que quitar lo necesario. Ni tampoco procede este deleite de la cualidad sola de los manjares, por muy preciosos que sean, pues vemos cuán desabridos parecen éstos á los dolientes, por tener el paladar estragado con malos humores. Es luego la principal causa deste deleite la buena disposición desta potencia. Porque así como el agudeza de la vista principalmente procede de la buena disposición del órgano del ver, que son los ojos, y lo mismo decimos del oir y del oler y de los otros sentidos corporales, así también el sabor y gusto de los manjares principalmente procede de la buena disposición del paladar, que es el órgano del gustar, como se escribe en el libro de Job por estas palabras (3): Los oídos juzgan el sonido de las palabras,

(1) Prov. 21. (2) Prov. 23. (3) Job. 12.

mas la garganta el sabor de los manjares. De donde se sigue que cuanto este órgano estuviere más bien dispuesto y purificado (como lo está en los sanos y en los que tienen gana de comer) tanto el gusto del que come será mayor. Por lo cual dijo Salomón (1): El hombre harto no gustará del panar de miel, mas el que tiene hambre, lo amargo tendrá por dulce. Así acaesció á aquel grande rey Darío, de quien se escribe que yendo una vez huyendo de una batalla muy fatigado de sed, y ofreciéndole un pobre labrador en un capacete un poco de agua turbia y mala, después que la bebió, dijo que en toda su vida había bebido cosa mejor. Y en este sentido declara Sant Crisóstomo aquel verso del Cántico de Moisén, que dice que de la piedra sacó Dios miel para hartar á su pueblo (2). Porque como era tan grande la sed que el pueblo padescía en el desierto, cuando vino á apagar esta sed con el agua que le sacó Dios de la piedra, ésta le parecía más dulce que la miel, por la grandeza de la sed con que la bebió. Por do parece claro que mucha más parte es la hambre para hacer dulces los manjares, que la delicadeza dellos. Lo cual vemos por experiencia, porque con mucho mayor gusto come un trabajador un pedazo de pan, que un rico harto de perdices y gallinas.

Pues siendo esto así, como el hombre glotón y comedor no espere por la hambre para comer (porque come más por vicio que por necesidad) y coma siempre sin regla hasta más no poder, ¿qué gusto puede tener comiendo desta manera? Mas por el contrario, como el templado y abstinente no come por vicio sino por necesidad, cuanto come con mayor necesidad, tanto come con mayor deleite, pues dijimos que éste más procedía de la buena disposición del órgano que del precio de los manjares. Pues ya si tomas al uno y al otro después de haber comido, ahí hallarás otra mayor ventaja. Porque el glotón queda empalagado, ahito, relleno, entesado, trasudando y regoldando con la muchedumbre de los manjares, arrepintiéndose de lo que ha comido, y proponiendo de nunca más comer así, y sobre todo esto, lo que peor es, queda también inútil y pesado como un tronco para todas las obras de entendimiento y discreción: mas el otro por el contrario queda alegre, ligero y hábil y señor de sí para todo lo que quisiere hacer.

(1) Prov. 27. (2) Deut. 32.

Pues ¿qué será si pasando un poco más adelante comparas el sueño y la noche del uno con la del otro? El glotón paga el gusto de una buena comida de una hora con una mala noche de diez. Porque ¿qué otra cosa hace éste toda la noche sino gemir y sudar y escupir y dar vuelcos en la cama, sin poder tomar sueño quieto ni tener una hora de reposo, padesciendo el tormento de las crudezas, indigestiones y acedías del estómago, y deliberando si revesará, si no revesará, si se levantará, si se estará, porque ni de una manera ni de la otra halla reposo? Y no es esto de maravillar: porque ¿qué reposo puede tener un triste de hombre, en cuyo estómago están peleando entre sí todos los cuatro elementos con tanta diversidad de manjares contrarios unos de otros? En lo cual se ve, como dice Sant Basilio, que el vientre cargado de mantenimiento no sólo está inhábil para correr, sino también para dormir. Y si algún tanto puede ya dormir, ese poco de sueño viene á ser desasosegado, inquieto, penoso y lleno de torpes fantasías y imaginaciones. Y á la mañana, cuando ya deja la cama, levántase desvelado, ahito, descontento y desvanecida la cabeza de la mala noche que ha llevado. En lo cual se ve con cuánta razón dijo el Sabio (1): Alegre es el sueño del pobre trabajador, ora haya comido poco, ora mucho: mas la hartura del rico no le deja reposar. Y en otro lugar (2): ¡Cuán suficiente es, dice él, al hombre sabio el vino templado, el cual ni le dará trabajo cuando dormiere, ni sentirá con él dolor! Mas por el contrario, al hombre destemplado está aparejada la vigilia, y la cólera, y el tormento. De manera que el sueño de salud es del hombre bien regido: dormirá hasta la mañana, y levantarse ha alegre de la cama. Hasta aquí son palabras del Eclesiástico. ¿Parécete pues que queda bien pagado aquí el gusto de una cena larga con una noche tan mala, y que se compra caro un tan pequeño gusto con tan largo tormento?

Pues ya, si quieres echar los ojos más adelante y mirar las enfermedades tan trabajosas en que vienen á caer los hombres destemplados, y los tormentos de las medicinas á que están subjectos, ¿no te parece que computadas todas estas cosas, y hecha comparación de todo á todo, que va gran diferencia del regalo y gusto de la una vida al de la otra? Mas porque no pienses que esto que

(1) Eccli. 5. (2) Eccli. 13.

hasta aquí he dicho, es invención mía, mira cómo lo mismo dice S. Crisóstomo por estas palabras: Éstos (dice él) que gastan toda la vida en deleites y lujurias, necesariamente han de traer los cuerpos flacos y blandos como cera, y llenos de mil enfermedades, á los cuales muchas veces sucede el tremor de la gota y una vejez temprana, y finalmente toda la vida se les pasa en médicos y medicinas. Los sentidos tienen tardíos y pesados y cuasi ya sepultados en vida. ¿Quién pues dirá que la vida déstos es dulce y deleitable, si sabe qué cosa es deleite? Porque deleite dicen los sabios que es gozar cada uno de lo que mucho desea. Por donde cuando el hombre no puede gozar de lo que desea, ó porque la enfermedad no lo permite, ó porque la hartura apagó la llama del deseo y lo mudó en hastío, necesariamente se sigue que juntamente con el deseo pereció el deleite, pues está claro que no el sabor de los manjares sino el cumplimiento del deseo es la principal causa deste deleite. Y para mayor confirmación desto en otro lugar añade el mismo sancto y dice así: Comparemos la mesa de los ricos y de los que viven en mediano estado, los convidados de la una y los de la otra, para que veamos cuáles déstos reciben más verdadero y puro deleite. ¿Por ventura recibiránlo aquéllos que juntan las comidas con las cenas, aquéllos cuyos vientres se están rasgando con la carga de los manjares, en cuyos cuerpos con el diluvio y cresciente del vino como con las ondas del mar alterado, está el ánima miserable ahogada y muerta: donde ni el ojo, ni el pie, ni la mano pueden servir á sus oficios, mas antes todos los miembros están más gravemente presos con las ataduras del vino que con cadenas de hierro: donde ni el sueño les sirve para su reposo, ni tampoco para la salud?

Pues ¿qué deleite te paresce que puede ser el déstos? Podrá ser por ventura que de presente reciban alguna sombra de deleite, mas éste pagan después con las setenas, como acaesce á los que ardiendo con alguna grande calentura beben sin aguardar tiempo un gran golpe de agua, la cual, aunque por entonces les sea deleitable, pero después les amarga mucho más que les deleitó, con los accidentes y congojas que de aquí se les siguen, y con el augmento de la enfermedad. Lo mismo pues acaesce á estos miserables después de sus largas cenas y convites; por donde se suele comúnmente decir: Á buen bocado, buen grito. En lo cual parece claro que buscando por este medio gusto y deleite, ninguna

cosa hallan menos que la que buscan. Por lo cual dice Tulio: Si vieses estos glotones y comedores de la manera que están, como bueyes gordos después de hartos, revolcándose y sudando en sus camas, entenderías claramente que ninguna cosa menos alcanzan por este vicio, que lo que desean. Porque ellos desean y buscan aquí deleites, y vienen á hallar mil maneras de desgustos y tormentos. Mas ¿qué es menester gastar en esto muchas palabras, pues aun los mismos filósofos epicúreos, que ponían la felicidad del hombre en deleites, eran muy templados en comer y beber, contentándose con manjares viles y de fácil digestión, teniendo esta manera de comida y de vida por muy más deleitable que la contraria? Pues ¿qué mayor testimonio queremos desta verdad, que el de aquéllos que toda su felicidad ponían en el deleite?

Pues siendo esto así, ruégote que me digas: ¿para qué puede servir la gula, si aun para el gusto y deleite corporal no sirve? Muy bien dijo Séneca hablando contra las riquezas: ¿De qué mal libran al hombre las riquezas, pues no lo libran de la hambre dellas mismas? Esto mismo podemos también decir aquí del vicio de la gula. ¿Para qué puede prestar este vicio, si no es para algún deleite? Porque cierto es que para todas las otras cosas es muy perjudicial, como está ya probado: por donde si para alguna cosa se podía imaginar que servía, ésta era. Pues si para ésta no sirve, antes la impide, ¿para qué puede servir?

§ VI

Contra todas estas cosas podrá haber alguno que diga: Todo eso es verdad: mas esa virtud (ya que pertenezca á personas religiosas y privadas) no parece que conviene á personas públicas que gobiernan el mundo, á las cuales es necesario tener mesas ricas y espléndidas para conservar su autoridad. Esto podrá muy bien decir la filosofía loca del mundo, y el juicio y prudencia humana: mas otra cosa nos enseña, no solamente la verdad evangélica, mas aun la de todas las historias profanas. Lee los prólogos de Titio Livio y de Salustio, nobilísimos y verdaderos historiadores, y ahí hallarás cómo aquella famosísima República de Roma entonces floresció, y creció, y sojuzgó el mundo, cuando en ella florescía la abstinencia, la disciplina y la templanza en todas las cosas. Entonces (cuando los Fabricios y Curios se mantenían con las legumbres que sembraban, y dejado el arado tomaban

las armas) triunfaron de todas las gentes. Mas después que se corrompió esta disciplina, después que á la abstinencia sucedió la gula, y á la templanza la embriaguez, y á la aspereza y rigor los deleites y las blanduras de la carne, luego los hombres efeminados con las delicias, y corrompidos con la cobdicia, y estragados con el ocio que se siguió de la paz, poco á poco vinieron á perder lo que habían ganado. De manera que lo que la templanza alcanzó con tanta gloria, perdió la destemplanza con grande ignominia. Y á los que no pudieron vencer todas las naciones del mundo, vencieron las delicias y regalos del cuerpo, las cuales como elegantemente dijo un poeta, tomaron venganza del mundo vencido. Y no sólo esta República tan famosa, mas todas cuantas Repúblicas y Órdenes y Religiones insignes hasta hoy se han perdido ó descaído de su antigua perfección, por aquí comenzaron á descaer, como todas las historias nos enseñan. Mas ¿qué digo destas congregaciones particulares, pues dice Sant Hierónimo que por la misma Iglesia fundada con la sangre de Christo corrió esta misma fortuna que por todas las otras Repúblicas? Así que para esto no sólo no es impertinente la virtud de la templanza, mas antes es una de las cosas que más pueden ayudar. Lo cual es en tanta manera verdad, que dijo aquel gran sabio Salomón (1): ¡Ay de la tierra donde el rey es niño, y los grandes se levantan por la mañana á almorzar! Mas por el contrario, dichosa la tierra cuyo rey es noble, y los grandes comen en sus tiempos por necesidad y no por vicio. Con esta misma sentencia de Salomón se conforma la del profeta Isaías. Porque Salomón dice: ¡Ay de la tierra donde los grandes se levantan por la mañana á comer y beber! Mas el profeta Isaías muy más ásperamente dice (2): ¡Ay de los que os levantáis luego por la mañana á estaros comiendo y bebiendo hasta la tarde, ardiendo con el calor del vino! La vihuela y la harpa y el pandero y la flauta suenan en vuestros convites, y captivos vuestros corazones con estos deleites, no los levantáis á considerar las obras de Dios y las maravillas de sus manos. Pues por esto fué llevado mi pueblo captivo, porque no tuvo sabiduría, y los nobles dél murieron de hambre, y la muchedumbre dél pereció de sed. Y por esto también dilató el infierno sus senos, y abrió su boca sin término, á donde irán á parar los fuertes y

(1) Eccli. 10. (2) Isaiae 5.

los poderosos y gloriosos, y el pueblo también con ellos. Hasta aquí son palabras de Isaías. ¿Parécete pues que será bien gobernada una república por éstos, por quien el divino Profeta dice de parte de Dios que será destruída? Y si (entre otras muchas) quieres saber la principal causa desto, dime: ¿qué virtud hay más propria y más necesaria para los que gobiernan, que la prudencia y sabiduría, y qué cosa más contraria á esta virtud que la destemplanza y la gula? Porque como dice el mismo Salomón, lujuriosa cosa es el vino, y desasosegada la embriaguez: quien en estas cosas se deleita, no será sabio (1). Porque esta piedra preciosa de la sabiduría no se halla, como dice el sancto Job, en la tierra de los que suavemente viven (2), sino en la de los que se afligen y trabajan por ella. Por donde así como el oro y la plata no se hallan en tierras viciosas y cultivadas, sino en las sierras y montañas y tierras ásperas, así el oro fino de la verdadera sabiduría no se halla en el pecho de los hombres viciosos y regalados, sino en el de los templados y abstinentes. Pues si la sabiduría y prudencia (como Aristóteles dice) es virtud de príncipes y gobernadores, y ella es la que lleva en sus manos las riendas y el gobernalle del mundo, y de esta virtud están tan lejos los que son dados al vicio del vientre (que tan proprio es de los brutos) ¿qué cosa podrá ser más contraria á esta dignidad, que este vicio? ¿Ves pues luego cuánto aprovecha para todo género de bienes, así públicos como particulares, la virtud de la templanza?

TERCERA PARTE

QUE TRATA DE LOS MALES DE QUE NOS LIBRA LA VIRTUD DE LA ABSTINENCIA

Mas no se contenta esta excelente virtud con ayudarnos á alcanzar tantos y tan grandes bienes, sino ayúdanos también á librar de muchos y muy grandes males. Porque primeramente ayúdanos contra todo género de tentaciones, por cualquier parte que nos vengan, que es un grande y general remedio contra todo mal. Por cuya causa aquel Señor que nos fué dado por

(1) Prov. 20. (2) Job 28.

espejo y dechado de toda virtud, al tiempo que fué llevado al desierto para ser tentado del enemigo, se apercibió con ayuno de cuarenta días (1), no por necesidad que Él tuviese deste reparo, sino para enseñarnos que éste era uno de los principales pertrechos que teníamos contra el enemigo.

Ayúdanos también contra la principal raíz de todos los males, que es el amor proprio (que es el que edifica la ciudad de Babilonia) porque así como éste crece y se arraiga más con el ejercicio de sus actos y con la larga costumbre dellos, que es con el uso del comer y beber regaladamente, y tratar el cuerpo suavemente, así por el contrario se desarraiga y enflaquesce con el ejercicio contrario (que es con el rigor de la abstinencia y maltratamiento del cuerpo) porque de causas contrarias forzadamente se han de seguir efectos contrarios.

Ayúdanos también contra otra pestilencial y general raíz de todos los males, como la llama el Apóstol (2), que es la cobdicia del dinero, la cual no puede tanto donde reina esta virtud. Porque cierto es que el dinero no se ama por sí, sino por las cosas que con él se alcanzan, que son todas las que sirven para el regalo y fausto de nuestra carne. Ésta es la causa por que los hombres aman el dinero: porque quitada esta comodidad aparte, no hay más por qué desearlo, que el sano á la purga que no ha menester. Pues el que por virtud y por discreción y por temor de Dios ha renunciado ya todas estas vanidades y deleites, y quiere que todas las cosas que sirven al cuerpo sean viles y ásperas, ¿para qué ha de cobdiciar dinero, pues él no vale más que para esto? Desta manera viene poco á poco á secarse esta raíz, desta manera se quita la leña al fuego de la cobdicia, y así se la quitaron todos los sanctos, que tan rigurosos fueron en el maltratamiento de sus cuerpos: y no solamente los sanctos, sino también muchos de los filósofos gentiles, los cuales contentándose con cosas viles y ásperas, no tenían para qué desear riquezas. Por donde como un lisonjero de Dionisio, rey de Sicilia, dijese á un filósofo que estaba lavando unas legumbres para comer: Si tú quisieses lisonjear á Dionisio, no comerías ese manjar, sabiamente respondió el filósofo diciendo: Si tú te quisieses contentar con este manjar, no tendrías por qué lisonjear á Dionisio. Por lo cual paresce que así como

(1) Matth. 4. (2) I Tim. 6.

es imposible dejar de tener cobdicia de dinero quien la tiene de regalos (porque lo uno se sigue de lo otro) así no tiene para qué tenerla el que se contenta con aspereza y rigurosa vida. Pues ¿qué mayor alabanza quieres tú de una virtud, que ser tanta parte para cortar las cabezas á dos tan grandes y tan perniciosos monstruos como éstos?

Pues queda aun otro tercero, de quien perfectamente ella triunfa, que es el vicio de la gula, atizador de todos los vicios carnales, el cual en ningún caso puede reinar donde mora la templanza, pues está claro que dos contrarios no se compadescen en un mismo subjecto. Mas cuán grande y peligroso sea este vicio (entre otras muchas cosas) muéstralo primeramente aquel rico glotón del Evangelio (1), del cual dice Sant Basilio: Temo el ejemplo deste rico, á quien los deleites y regalos de la vida entregaron á los fuegos eternos. Porque no se dice que por alguna injusticia, sino que por la vida regalada ardía en las llamas de aquel fuego. Y esto da claramente á entender la respuesta del patriarca Abraham, que le dijo: Hijo, acuérdate que en este mundo recebiste bienes, y Lázaro males. Por tanto quiere Dios que se truequen agora las suertes de tal manera que éste sea consolado, y tú seas atormentado. Y no menos declara el Apóstol la malicia deste vicio, diciendo (2): Muchos viven (según que yo un tiempo os decía, y agora llorando lo digo) enemigos de la cruz de Cristo: cuyo fin será la muerte, y cuyo Dios es su proprio vientre: los cuales se glorían en cosas de que hubieran de recebir vergüenza y confusión. ¿Parécete pues que es pequeño pecado el que hace de su vientre Dios, y el que viene á parar en esta espiritual idolatría? Y es mucho de notar que en solos dos lugares de sus Epístolas dice el Apóstol que escribe lo que escribe, llorando. El uno, cuando reprehende á los de Corinto de los pecados y herejías en que habían caído, y el otro, éste, sobre que escribe á los Filipenses reprehendiéndolos deste vicio de la gula: el cual á veces viene á parar en esta espiritual idolatría, haciendo del vientre Dios, poniendo su último fin (que es toda su felicidad y contentamiento) en este tan bajo deleite, y ordenando todas las cosas á él. Lo cual sentía tanto este divino Apóstol, que no lo po-

(1) Luc. 16. (2) Philip. 3.

día escribir sin lágrimas, como quien tan bien entendía la grandeza deste mal.

Mas aunque esto sea mucho para temer, mucho más lo es el castigo y azote general que Dios envió sobre su pueblo: porque después de salido de Egipto, andando por aquellos desiertos vino á tener un tan desordenado apetito de comer carne, que por él vino á hacerse ingrato y rebelde contra Dios (1). La cual Dios les envió conforme á su deseo: pero costóles tan caro, que á medio comer envió una grande mortandad y castigo del cielo sobre ellos: y para memoria así del pecado como del castigo pusieron por nombre al lugar de la matanza sepulcros de la concupiscencia: donde con la una palabra se significa el pecado de la gula, y con la otra el castigo tan terrible della. Pues ¿qué concupiscencia era ésta? No era cierto ni de la hacienda ajena ni de la mujer ajena, sino de carne y de pepinos y cohombros, que no estaban prohibidos en aquella ley. Mas aunque el manjar no era malo, era muy desordenado el apetito, pues en él se ponía el último fin, por lo cual fué castigado con este tan grande castigo. Pues ¿qué excusa tendrán aquí los cristianos que en tiempos prohibidos se hartan de carne, y muchas veces no tanto por necesidad cuanto por estado y vanidad, y más en tiempo en que tanta obligación tenemos á no conformarnos en cosa alguna con la soltura de los herejes? Si así castigó Dios este apetito en aquel tiempo en que no había prohibición, ¿qué hará en éste, cuando hay precepto de la Iglesia, mal ejemplo y escándalo común de tantos? Mira pues agora tú cuán diferente sea el juicio de Dios del de los hombres: porque ¿quién de nosotros tuviera por tan grande crimen un deseo tan común como el que los hombres tienen de comer carne (aunque fuera demasiado) mayormente habiendo tantos años que no la comían? Mas esto que tan poco pesará en la balanza del juicio humano, pesó tanto en la del divino, que lo castigó con tan súbito y tan grande castigo. Y si el mismo Dios que era entonces, es agora, y el mismo juicio y aprecio de las culpas que entonces tuvo, tiene agora, ya que luego no derrame su ira como entonces, ¿qué castigo tendrá guardado el día de la venganza para tantas invenciones de potajes y guisados y delicias y golosinas como ha descubierto la ingeniosa curiosidad y

(1) Num. 11.

apetito del vientre, con que tanto se irrita y provoca la lujuria donde tantos patrimonios se sumen y desaparecen, con que se podrían remediar tantos pobres y miserables? ¡Oh Señor, y cuán justa será vuestra ira este día, y cuán cierto vuestro juicio sin misericordia para los que tan crueles fueron con Vos y con vuestros pobres, por ser tan largos y tan piadosos para su vientre?

Mas no sólo esta calamidad, sino otras innumerables han venido y vienen cada día al mundo por este mismo pecado. Si no, dime: ¿qué mayor calamidad que la que vino á todo el género humano (1) por el pecado de los primeros hombres? Pues ¿qué fué éste sino quebrantar el mandamiento que Dios les había puesto de no comer de la fruta del árbol vedado? Porque aunque en lo interior precediese otra manera de pecado, pero exteriormente ni vimos otro mandamiento sino de abstinencia, ni otra prevaricación sino de gula. Por la gula también perdió Esaú la dignidad de su mayorazgo, cuando vendió su primogenitura por la golosina de un potaje no muy preciado (2). Por la gula también (entre otras cosas) vinieron los de Sodoma á tan gran extremo de maldades (3). La gula hizo al justo Lot incestuoso con sus hijas (4), y á quien no pudieron quemar las llamas de Sodoma, encendió el vino y derribó en tan gran miseria. Ésta hizo también al justo Noé caer en tierra desnudo, y ser materia de escarnio á sus mismos hijos (5). También ésta fué la que cortó la cabeza á Sant Juan Baptista (6): porque no osara mandar tan grande maldad aquel cruel tirano, si no estuviera tomado destotro mayor tirano, que era el vino.

Estos y otros semejantes males han venido y vienen cada día por este vicio: por lo cual Sant Juan Clímaco lo llama maestro de nuestros enemigos, puerta de los vicios, caída de Adán, perdimiento de Esaú, muerte de los Israelitas, deshonra de Noé, destruición de los de Gomorra, crimen de Lot, muerte de los hijos de Helí, adalid y precursor de todas las inmundicias. Todos estos nombres tiene, porque de todos estos males ha sido causa. Pues siendo esto así, ¡cuánto merece ser preciada la virtud de la abstinencia, que corta la cabeza desta serpiente, de que tantos malos hijos proceden!

---

(1) Gen. 3. (2) Gen. 25. (3) Ezech. 16. (4) Gen. 19. (5) Gen. 9. (6) Marci 6.

CONCLUSIÓN DE TODO LO DICHO

Tenemos pues aquí ya una medicina universal, que vale contra todo género de vicios. Tenemos que esta virtud nos ayuda contra las cuatro principales raíces de todos los pecados, que son, la tentación del enemigo, el amor proprio, y la cobdicia, y la gula, contra las cuales es eficacísimo cuchillo y remedio esta virtud, pues contra las tres primeras nos ayuda mucho, y la cuarta extirpa del todo. Tenemos que no sólo nos ayuda á vencer todos los vicios, sino también á alcanzar todas las virtudes, pues como dice un sancto, en vano trabaja por alcanzar las otras virtudes quien no alcanza primero la abstinencia, que abre camino para todas ellas. Tenemos también los ejemplos de todos los sanctos, y especialmente de aquellos sanctos Padres del yermo, los cuales fueron tan extremados y tan admirables en sus abstinencias, que parecen increíbles á los hombres. Y pues esta virtud tan generalmente se halló en todos los sanctos, los cuales sabemos que fueron regidos y guiados por Espíritu Sancto, y especialmente en aquel glorioso precursor de Cristo, que tan extremado fué en ella, señal es clara de cuánto nos sea necesaria, y cuán preciosa sea en los ojos de Dios. Tenemos finalmente, no sólo ejemplos, sino también ilustrísimos testimonios y dichos de sanctos que conforman con sus ejemplos, que solos debían bastar para enamorarnos desta virtud. Porque S. Juan Clímaco, varón de grande sanctidad y abstinencia, hablando del ayuno dice así: Ayuno es violencia que se hace á la naturaleza, circuncisión de todos los deleites del gusto, mortificación de los incentivos de la carne, cuchillo de malos pensamientos, liberación de los sueños, limpieza de la oración, lumbre del ánima, guarda del espíritu, destierro de la ceguedad, puerta de la compunción, humilde sospiro, contrición alegre, muerte de la parlería, materia de quietud, guarda de la obediencia, alivio del sueño, sanidad del cuerpo, causa de tranquilidad, perdón de pecados, entrada y deleites de paraíso. Todo esto es el ayuno, porque para todas estas cosas ayuda y dispone con su virtud, y á todo esto es contraria y enemiga la gula. Y no es menos ilustre el testimonio de Sant Augustín, que en un sermón dice así: El ayuno purga el ánima, levanta los sentidos, subjecta la carne al espíritu, hace el corazón

contrito y humillado (el cual Dios no desprecia) deshace los nublos de la concupiscencia, apaga el fuego de la lujuria, y enciende la lumbre de la castidad. El ayuno no huelga con la parlería, tiene las riquezas por demasiadas, desprecia la soberbia, ama la humildad, y da al hombre conoscimiento de sí mismo. Hasta aquí son palabras de S. Augustín. Y si quieres otras no menos dulces y devotas, oye las de aquél que por la riqueza de su elocuencia mereció nombre de Crisólogo, el cual dice así: El ayuno es muerte de los vicios, ayuda de las virtudes, paz del cuerpo, honra de los miembros, ornamento de la vida, fortaleza de los espíritus, y vigor de las ánimas. El ayuno es muro de la castidad, baluarte de la honestidad, ciudad de sanctidad, escuela de merescimiento, maestro de los magisterios, y disciplina de las disciplinas. Esto baste para gloria y alabanza desta virtud, y para enamorar á los hombres della, aunque no hubiese precepto de la Iglesia que á ella nos obligase.

Pues según esto, ¿qué cosa hay en el mundo para que no valga esta virtud? Ella vale para alcanzar todas las virtudes, vale para defendernos de todos los vicios, vale para todos los bienes corporales, que son hacienda, vida, salud y honra. De manera que vale para todo lo que toca al cuerpo, y no menos para lo que toca al ánima: vale para esta vida, y vale también para la otra. Pues ¿quién habrá tan ciego y tan enemigo de sí mismo, que no quiera tratar en una mercaduría de tan gran provecho? ¿Quién no trocará una pequeña sombra de un tan vano, torpe, mentiroso y costoso deleite, por esta tan preciosa margarita, que para todas las cosas aprovecha?

Solo esto bastaba para aficionar nuestros corazones á la hermosura desta virtud, aunque más no hubiera. Mas cuando con esto también se junta la obediencia de la Sancta Madre Iglesia en los días que ella nos manda ayunar, ya entonces cresce la hermosura del ayuno: porque lo que era voluntad, se hace necesidad, lo que sólo consejo, se hace precepto, lo que era solamente devoción, aquí es ya materia de obligación, y lo que era acto de la virtud de la temperancia, aquí se hace obra de obediencia, que es más alta virtud, pues dijo el mismo Dios que más valía la obediencia que el sacrificio, siendo el sacrificio acto de religión, que es la más excelente de las virtudes morales. Porque la obediencia siempre trae consigo necesidad, la cual no siempre trae la religión.

Mas así como en este caso se hace la obra de mayor merescimiento, así la transgresión es merecedora de mayor castigo, pues el no ayunar, que de suyo no era pecado, agora con el mandamiento se hace pecado, y no cualquiera, sino mortal. Donde se nos ofrescía una materia copiosa de llorar, viendo este tan necesario y provechoso mandamiento tan quebrantado y despreciado de muchos cristianos, á los cuales ni mueve el ejemplo de Cristo, que ayunó por ellos, ni la autoridad de la Iglesia, que se lo manda, ni la muchedumbre de sus pecados, que lo merecen, ni la soberbia de su carne, que lo ha menester, ni el temor de tan grande mal como es un pecado mortal, el cual cometen los que teniendo fuerza para ayunar, no ayunan. Porque dejadas aparte todas las otras razones que para esto hay, solo este sobrescripto de pecado mortal había de bastar para que un cristiano quisiese padescer todos los tormentos deste mundo y del otro antes que hacer un pecado mortal, pues está claro que este mal es mayor que todos los males de pena jnntos, aunque fuesen los del infierno. Por lo cual dijo S. Anselmo en el Libro de las Semejanzas que es tan grande mal un pecado mortal, y tan digno de ser aborrescido, que (si fuese posible, lo cual ni es ni puede ser) más querría (dice él) ir á padescer todas las penas del infierno sin pecado, que ir al paraíso con él. Desta manera estiman el pecado los que le conoscen y los que tienen ojos para saber mirarlo: y siendo esto así, ya se ve cuán lamentable cosa sea ver con cuánta facilidad cometen mil pecados mortales los que esto conoscen, mayormente en esta materia de obediencia, haciendo contra lo que la Iglesia nos manda. El castigo déstos será el de aquel rico avariento que no quiso macerar su carne y ayunar, gastando toda la vida en deleites, y poniendo en ellos toda su felicidad, por lo cual ayunará para siempre en los siglos de los siglos, pidiendo una sola gota de agua, sin haber quien se la dé. Porque escripto está (1): El que teme la helada, vendrá á caer sobre él la nieve: esto es, quien por el demasiado amor que tiene á su carne, teme darle un poco de trabajo en esta vida, vendrá á padescer tormentos eternos en la otra: quien aquí teme ayunar, ayunará allí para siempre: quien aquí teme la aspereza de la penitencia, vendrá á hacerla allí eterna, y con esto infructuosa.

(1) Job 6.

Quedaba por tratar, para dar cabo á lo que pedía esta materia, de la manera que el hombre había de tener en el uso desta virtud. Mas porque en esto había mucho que decir, y el libro ha crescido mucho, quedará esto para otro lugar.

TRATADO TERCERO

DE LA LIMOSNA Y MISERICORDIA

Sentencia es común de todos los sanctos que una de las principales causas de la perdición de los hombres es falta de conoscimiento y consideración de las cosas de Dios. Por donde el Salvador, llorando los males del mundo, principalmente lloró éste, diciendo: Si conoscieses agora tú, dando á entender que la falta deste conoscimiento era la raíz de todos los otros males. La razón desto es porque como las cosas de Dios sean tan grandes, tan poderosas y de tanta virtud, no podrían dejar de causar grandes efectos y alteraciones en nuestro corazón, si profundamente se considerasen. Y no estaba fuera deste parecer el Profeta cuando decía (1): Gente es sin consejo y sin prudencia. Pluguiese á Dios que supiesen, y entendiesen, y echasen los ojos adelante, y quisiesen filosofar sobre las obras de Dios, porque esto les abriría los ojos, y apartaría de los males en que están. Y no menos sentía esto el profeta que decía: Oye, pueblo loco, que no tienes corazón, que teniendo ojos no ves, y teniendo oídos no oyes. Y llámalo con mucha razón loco, no porque no tuviese seso y corazón (y aun mil corazones para entender y saber las cosas del mundo) sino porque estaba tan bruto para las de Dios, como si del todo estuviera sin corazón. Y así dice que teniendo ojos no veía, y teniendo oídos no oía: porque teniendo tantos ojos y oídos para las cosas del mundo, estaba tan bruto y tan muerto para los negocios de su salvación.

He tomado esto por principio deste tratado, en que he de hablar de la virtud de la misericordia, porque tengo por cierto que si los hombres se pusiesen á considerar lo que la Escriptura divina y los sanctos nos predican desta virtud, no fuera necesario

(1) Deut. 32.

hacer della especial tratado. Porque así como no es menester hacerlo para encomendar á los hombres el cuidado de su vida (porque basta para esto el cuidado que ellos de suyo tienen) así tampoco lo fuera menester para encomendar esta virtud, pues en ella realmente consiste muy gran parte de nuestra salvación y de nuestra vida. Y por esto no haré aquí más que referir sumariamente lo que la Escriptura divina y los doctores nos dicen desta virtud: porque si esto se mirare con atención, bastara, no digo yo para usar como quiera de misericordia, sino para andar los hombres buscando y sacando los pobres debajo la tierra para usar con ellos de misericordia, por no carecer de una ocasión de tan grande bien.

Y acabar esto con los hombres (por amigos que sean de su interese) tengo por menor negocio que persuadirles la virtud de la oración, de que arriba tratamos (aunque el uno sea negocio de palabras, y el otro de obras) porque en la oración hay muchas dificultades que vencer (como ya declaramos) mas en la limosna no veo más de una sola, que es perder por Dios un pedazo de hacienda. Porque por lo demás, esta virtud es tan hermosa, tan honrosa, tan amada y preciada de los hombres, que ninguna otra hay que los haga más bien quistos y más honrados en la común voz del mundo que ella. Por donde muchos sin tener respecto á Dios, por sólo ganar fama y crédito con los hombres, fueron para con ellos muy liberales. De manera que aquí ninguna otra cosa nos puede hacer contradicción sino el amor de la hacienda y el lenguaje deste amor, que es decir los hombres que tienen hijos y criados y familia que mantener, y otras necesidades á que acudir, y que no quieren quitar lo que con mucho trabajo ganaron, de la boca de los suyos, para darlo á los extraños: que es el lenguaje del proprio Nabal Carmelo, que dijo á los criados de David (cuando le vinieron á pedir algún refresco para su señor) que no quería tomar su pan y sus aguas y las carnes de sus ganados para dar á gente que no conoscía. Ésta me parece que es la principal dificultad que retrae á muchos del ejercicio desta virtud, y no dejo yo de reconocerla por tal.

Mas entre cristianos, contra todo esto debría bastar la autoridad sola de Dios para cerrar los ojos á todos estos inconvenientes, y posponerlo todo por hacer lo que él nos manda, como lo aconseja Sant Basilio en una homilía diciendo: Si tuvieres dos panes, y

llegare un pobre á tu puerta, toma el uno, y dáselo por amor de Dios. Y cuando se lo dieres, levanta las manos al cielo, y di estas piadosas y dulces palabras: Señor, este pan doy por tu amor, con peligro mío: mas yo estimo en más tu mandamiento que mi provecho, y desto poco que tengo, doy un pan al que lo ha menester. Sola la hermosura desta fidelidad y obediencia había de bastar para vencer esta pequeña dificultad.

Pudiera también oponer á esto la hermosura y excelencia desta virtud: porque es cierto que una de las virtudes más hermosas y más agradables á Dios, y que más veces nos es encomendada en las Escripturas divinas, es ésta. Porque aunque la caridad, hablando en todo rigor, sea la más excelente de las virtudes, pero no deshace esto en la dignidad desta virtud, antes la engrandesce más: porque no apartamos aquí la misericordia de la caridad, sino juntámosla con ella como á río con la fuente de donde nasce: y así, la diferencia que un doctor pone entre estas dos virtudes, es que la caridad es río de bondad que no sale de madre, sino que corre dentro de sus riberas, mas la misericordia es río que sale de madre y se extiende por toda la tierra. Y demás desto, la caridad, en cuanto caridad, no hace más que comunicar sus bienes á los otros, mas la misericordia juntamente con esto también toma sobre sí sus males. De manera que no se contenta la misericordia con dar sus bienes, que es proprio de la caridad, pero añade más, darse á sí misma por dolor y compasión, que es proprio de la misericordia.

Sola esta consideración con la pasada debieran bastar para vencer esta dificultad que hay en usar de misericordia. Porque si hubo gentiles que hacían virtud por sólo hacer virtud, esto es, por la hermosura que hallaban en ella, de manera que no esperaban otro premio por hacer bien más que hacer bien, ¿cuánto más debría bastar esto entre cristianos?

Mas no quiero agora aprovecharme deste remedio, sino llevar el negocio por otro camino más favorable al lenguaje de la carne y á la cobdicia del mismo interese, probando con evidentísimas razones que sin ninguna proporción son mayores los provechos y intereses que se alcanzan por la limosna, que todo cuanto el hombre pudiera ahorrar negándola. Y para que esto mejor se vea, pongamos en una balanza esta pérdida temporal que por un cabo se pierde, y en otra todos los provechos y fructos así espiri-

tuales como temporales que con esta pérdida se alcanzan, para que veamos cuál destas dos cosas debe preceder á cuál, y si es razón que se aventure lo uno por lo otro. Y tengo por cierto (hecha esta comparación) si fueres buen juez, que no sólo tendrás por ganancia ser misericordioso á costa de la hacienda, mas antes te espantarás cómo todos los que esto saben y entienden, no venden sus haciendas y aun á sí mismos para hacer limosna, como muchos de los sanctos hicieron.

§ I

Pues para esto, después de haber puesto ya en la una balanza esta pérdida que dijimos, pongamos en la otra contraria la primera excelencia que tiene esta virtud, que es hacer á los hombres semejantes á Dios, y semejantes en la cosa más gloriosa que hay en Él, que es en la misericordia (1). Porque cierto es que la mayor perfección que puede tener una criatura es ser semejante á su Criador: y cuanto más tuviere desta semejanza, tanto será más perfecta. Y cierto es también que una de las cosas que más propriamente convienen á Dios, es misericordia, como lo significa la Iglesia en aquella oración que dice: Señor Dios, á quien es proprio haber misericordia y perdonar. Y dice ser esto proprio de Dios, porque así como á la criatura, en cuanto criatura, pertenesce ser pobre y necesitada (y por esto á ella pertenesce recebir y no dar) así por el contrario, como Dios sea infinitamente rico y poderoso, á Él solo por excelencia pertenece dar y no recebir, y por esto á Él es proprio haber misericordia y perdonar. Y no sólo es proprio de Dios, mas (á nuestro modo de entender) entre las perfecciones que tienen respecto á las criaturas, como dice Sancto Tomás en la 2. 2. cuestión 30, es la cosa más gloriosa que hay en él, y de que él más se precia, y por la cual quiere ser más conoscido y alabado. Y así en aquella magnífica visión en que Moisén vió en el monte pasar ante sí la gloria de Dios (donde se cree que vió su misma esencia y hermosura, en la cual vería tantas y tan admirables perfecciones) ésta fué la que él allí más proclamó á grandes voces diciendo (2): ¡Señor Dios misericordioso, clemente, sufridor y de gran misericordia, que usas de misericordia con los hombres hasta la milésima generación, que qui-

(1) Luc. 6. (2) Exod. 34.

tas las iniquidades y maldades y pecados de los hombres! Éstas fueron las voces y testimonios que el sancto Profeta dió deste Señor después de aquella tan grande y tan gloriosa visión, que todo fué alabanzas y pregones de su misericordia. Mas qué tan grandes sean estas misericordias, no se puede explicar con palabras, porque por eso se dice que es toda la tierra llena de su gloria, porque está llena de su misericordia, pues como dice el Eclesiástico, la misericordia del hombre es para con su prójimo, mas la misericordia de Dios es para con toda carne (1). Pues si tanto se precia Dios desta virtud, y tan grande gloria es parescerse el hombre con Dios, ¿por cuán excelente se debe tener la virtud de la misericordia, que hace al hombre semejante á Dios en cosa de que tanto se precia el mismo Dios? Pues con este tan grande premio nos convida el Señor al ejercicio desta virtud en su Evangelio, diciendo (2): Sed misericordiosos, así como vuestro Padre es misericordioso. Sobre lo cual dice Gregorio teólogo: Hombre, da gracias á Dios porque no te puso en estado que te fuese necesario estar colgado de las manos de los otros, sino á los otros de las tuyas. Y por tanto, procura de ser rico, no sólo de dineros sino también de misericordia, no sólo de oro sino también de virtud, para que así precedas á los otros en esta posesión, como precedes en las otras. Por tanto, procura ser como Dios á los miserables, imitando la misericordia de Dios, pues consta claro que ninguna cosa más divina puede caber en el hombre, que hacer bien á los otros hombres. Ésta es pues la primera excelencia que ponemos en esta balanza, que es hacer al hombre semejante á Dios. La cual no tenía por pequeña el que decía: Grande gloria es seguir al Señor y parecerse con Él.

§ II

Sobre esta excelencia añado otra que se sigue désta, que es la privanza que los misericordiosos han de tener con Dios por razón desta semejanza que tienen con Él. Porque como sea verdad que la semejanza es causa de amor, por donde dice que todo animal ama á su semejante (3), si el misericordioso es tan semejante á Dios, síguese que ha de ser muy amado dél. Porque por esta razón prueba Aristóteles en sus Éticas que el varón sabio y dado á la

(1) Eccl. 18. (2) Luc. 6. (3) Eccli. 13.

contemplación de las cosas divinas es muy amado de Dios, porque este tal en su manera de vida tiene grande semejanza con Él. Pues así también, como Dios sea infinitamente misericordioso, claro está que ha de amar todos aquéllos que hallare vestidos de misericordia, como á legítimos hijos suyos y criaturas que se parecen con Él. Pues ¿qué cosa más para estimar que ésta? Si tanto hacen los hombres por la privanza de su príncipe, y en tanto estiman á los que privan con él, ¿en cuánto se debe estimar una virtud que nos hace tan privados y amigos de Dios cuanto semejantes á Él?

§ III

Añado más á esta gracia otra muy principal y muy debida á esta virtud, que es tener todos los misericordiosos manifiesto derecho á la misericordia de Dios, por haber usado con sus prójimos de misericordia. De lo cual tienen muchas cédulas y firmas de Dios en diversos lugares de la Escriptura divina. Porque en en una parte dice (1): Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. En otra dice (2): De tu hacienda haz limosna, y no apartes tu rostro del pobre, porque si así lo hicieres, no apartará Dios su rostro de ti. En otra dice (3): En el juicio mira que seas misericordioso á los huérfanos como si fueses su padre, y como marido á su madre, y serás tú como hijo del Altísimo, y usará de misericordia contigo más que si fuese tu madre. En otra dice (4): El ánima que hace bien será llena de bienes, y la que embriaga y harta á los otros, ella también será embriagada y recreada de Dios. Estas y otras muchas autoridades declaran cuán aparejado está Dios á usar de misericordia con el que usa de misericordia, que es uno de los mayores bienes que en esta vida se puede desear. Mas no se contenta el Espíritu Sancto con esto, sino pasa más adelante, haciendo á Dios como captivo del hombre misericordioso, según se colige de dos autoridades del Eclesiástico, juntando la una con la otra. De las cuales la una dice (5): El que usa de misericordia con el pobre, empresta dineros á Dios. La otra dice (6): El que recibe dineros prestados, queda por captivo del que se los emprestó. Pues si esto es verdad, síguese en buena consecuencia que Dios queda como por captivo

(1) Matth. 5. (2) Tob. 4. (3) Eccl. 4. (4) Prov. 11. (5) Prov. 19. (6) Prov. 22

del que usó de misericordia con el pobre, pues este tal prestó dineros á Dios. Pues ¿qué cosa más para estimar que tener tal prisionero y tal captivo (si decirse puede) como Dios? ¿Y qué cosa más para desear que tener en nuestra mano las llaves de las entrañas de Dios, para que use de misericordia con nosotros? Porque sin dubda éstas tiene el misericordioso en las manos, como claramente lo dice Gregorio teólogo por estas palabras: En nuestra mano está usar Dios de misericordia con nosotros. Porque si usáremos con nuestros prójimos de misericordia, Él habrá misericordia de nosotros. Porque si nos faltare esta misericordia, ¿quién habrá que nos perdone? Por tanto, ten misericordia de tu prójimo, y da por alcanzada la misericordia de Dios. Pues ¿qué cosa más preciosa que ésta?

§ IV

Añado más á esta gracia otra muy principal, que es alcanzarse por aquí perdón de los pecados. Porque sin dubda, aunque haya muchos medios para alcanzar este perdón, uno de los más ciertos y más principales es éste. Para lo cual también tenemos otras tantas cédulas y firmas en la Escriptura divina como para todo lo pasado. Porque en una parte dice el Eclesiástico (1): Así como el agua apaga el fuego, así la limosna resiste á los pecados. En otra parte dice (2): El beneficio hecho en secreto, apaga las iras, y el don escondido en el seno del pobre aplaca la indignación de Dios. En otra parte dice el sancto Tobías que la limosna libra de todo pecado y de la muerte, y no deja al ánima ir á las tinieblas (3). Finalmente el mismo Señor en su Evangelio en una palabra resolvió todo este negocio diciendo (4): Dad limosna de todo lo que os sobra, y todas las cosas os serán limpias. Y porque entendía esto muy bien el profeta Daniel, no supo otro remedio que dar al Rey de Babilonia, cuando vió que la sentencia del cielo venía sobre él, sino decirle: Toma, señor, mi consejo, y redime tus pecados con limosna, y tus maldades con misericordias hechas á pobres (5). Pues éste es uno de los principales medios que hay para alcanzar este perdón: y cuando ésta falta, peligro corre el que ésta pide. Porque (como dice un sancto doctor) en vano ex-

(1) Eccli. 3. (2) Prov. 21. (3) Tob. 4. (4) Luc. 11. (5) Dan. 4.

tiende las manos á Dios rogando por sus pecados el que no las extendió al prójimo socorriéndole, cuando podía, en sus trabajos. Conforme á lo cual dice otro doctor: Si no hubiese pobres, no se perdonarían tantos pecados. De manera que los pobres son médicos de nuestras llagas, y las manos que ante nos extienden, son remedios que nos dan. Ni es tanta parte el médico para dar salud á nuestros cuerpos cuando extiende las manos y nos aplica los emplastos, cuanto lo son las del pobre cuando las extiende á recebir nuestra limosna, para curar las llagas de nuestra ánima. Por tanto, reparte bien el dinero, y sábete que juntamente con él se fueron los pecados, como lo significó el Señor cuando dijo que los sacerdotes habían de comer los pecados del pueblo (1): porque por mérito de la limosna que los hombres les hacían, alcanzaban perdón de los pecados que cometían.

§ V

Mas no se contenta esta virtud con sólo descargar al hombre de los pecados pasados, sino también lo enriquesce de nuevos merescimientos: porque su caudal es tan grande que en él hay para todo, para pagar y para enriquecer. Y la razón es, porque esta obra de misericordia, por la parte que es penosa, es satisfactoria, y por hacerse en caridad, es meritoria, y así con lo uno paga lo que debe, y con lo otro acrescienta lo que tiene. Y de lo uno y de lo otro tenemos muy clara figura en la historia que acaesció á Eliseo con una pobre viuda, á la cual, como le pidiese remedio para pagar las deudas de su marido, respondió el sancto varón (2): Mujer, ¿tienes por ventura algo en tu casa? Y como ésta respondiese que no tenía más de un poquito de aceite para ungirse, mandóle el Profeta que pidiese prestadas por toda su vecindad muchas vasijas, y que encerrándose en su casa con sus hijos, derramase un poquito de aquel olio en cada vaso de aquellos, porque por virtud de Dios ello se multiplicaría de tal manera, que hubiese para pagar las deudas y para pasar después la vida. Así lo hizo la buena mujer, y así se cumplió lo que el Profeta le dijo. Pues ¿qué es esto sino figura clara de lo que obra esta virtud? Porque sin dubda, por pobre que esté un ánima, si con todo eso no le

(1) Osee 4. (2) IV Reg. 4.

faltare un poco deste olio de misericordia, y usare de la industria desta mujer, derramando un poco dél en las necesidades de los pobres, haciendo esto con tanto secreto que no sepa la mano siniestra lo que hiciere la diestra (1), tenga por cierto que se multiplicará tanto el fructo y mérito deste repartimiento, que habrá para pagar las deudas de todos los pecados pasados, y para enriquecerse de nuevos merescimientos. Y esto es lo que el Profeta significó cuando dijo (2): Derramó y dió su hacienda á los pobres, mas la justicia y mérito desta obra permanescerá en los siglos de los siglos. Y por esta causa el apóstol Sant Pablo llama á la limosna simiente, cuando dice que quien poco siembra, poco cogerá, y quien siembra en abundancia, en abundancia cogerá (3): para dar á entender que así como el sembrar, que paresce derramar y desperdiciar la hacienda, no la derrama, sino acresciéntala y multiplícala, así el derramar la hacienda por amor de Dios, donde paresce que se pierde, no se pierde, sino cresce, y esto en tanto grado, que por uno se dan ciento, y después la vida eterna. Por esto nos aconseja Salomón diciendo (4): Arroja tu pan sobre las aguas que corren, que después de mucho tiempo lo vendrás á hallar. Ninguna cosa paresce más perdida que la que va el agua abajo, y así paresce la limosna á los hombres del mundo: mas al cabo de la jornada se viene á conoscer el fructo della, cuando á la hora de la muerte se halla el hombre acompañado deste socorro, y después en la otra vida recibe su debido premio. Porque ésta es la hacha que debemos llevar delante, y que nos ha de alumbrar cuando camináremos por aquella región escura y tenebrosa de la otra vida, por donde ninguno de los vivos caminó jamás. Y por esto el profeta Isaías, después de habernos encomendado el ejercicio de las obras de misericordia, añade luego diciendo (5): Si así lo hicieres, irá delante ti tu justicia, y la gloria de Dios te recogerá. Porque uno de los mejores títulos que hay para pedir y esperar la gloria, es llevar delante de sí el mérito desta misericordia. En lo cual se ve cuán buena manera de granjería es ésta para pasar al cielo nuestros tesoros y poner en la otra vida lo que forzadamente se había de quedar en ésta. Y así es muy celebrada aquella sentencia de S. Ambrosio, que dice: No se pueden llamar bienes del hombre los que no puede llevar

(1) Matth. 6 (2) Psalm. 111. (3) II Cor. 9. (4) Matth. 19; Eccli. 11. (5) Isai. 58.

consigo, y por esto sola la misericordia es compañera de los defunctos. De manera que en aquella jornada, donde los monarcas y príncipes del mundo se hallarán solos y desamparados de toda la compañía y magnificencia de sus estados, sola la misericordia se hallará á su lado: la cual no solamente los acompañará, mas también los defenderá en el juicio divino, como adelante se dirá. Por lo cual dice Sant Crisóstomo que bien mirado, no hace bien el que hace bien, sino antes le recibe, porque mucho más recibe que da, pues da su hacienda á Dios y no á los hombres. Y conforme á esto nos aconseja Gregorio teólogo diciendo: Demos á los pobres de los bienes que aquí poseemos, porque seamos enriquescidos con los bienes de la otra vida que no poseemos. Da parte de tu hacienda no sólo á tu carne mas también á tu ánima, no sólo al mundo sino también á Dios. Quita algo de tu carne, y ofréscelo al espíritu: arrebata lo que pudieres, y apártalo del fuego que lo ha de gastar, y ofréscelo á aquel Señor que para siempre te lo ha de guardar. Y esto mismo es lo que nos aconseja el Salvador diciendo (1): No queráis atesorar vuestros tesoros en la tierra, donde el orín y la polilla destruyen la hacienda, y donde los ladrones minan y roban, sino atesorad vuestros tesoros en el cielo, donde para siempre estarán libres deste peligro. Y en otro lugar (2): Haced (dice él) unos sacos que no se envejezcan, poniendo vuestros tesoros en el cielo, donde ninguna cosa de las que en él entran, se envejece ni corrompe. Y en otra parte repite lo mismo por otras palabras, diciendo (3): Granjead amigos con el dinero de la maldad, esto es, con la hacienda de que los hombres suelen comúnmente usar mal, porque con una cosa tan vil como ésta podéis granjear amigos que después os reciban en las eternas moradas. En lo cual se ve claro cómo en esta manera de contratación es mucho más lo que el hombre recibe que lo que da. Por lo cual dice S. Augustín: Acuérdate, hombre, no sólo de lo que das, sino también de lo que recibes, porque sin dubda te podrá decir el pobre: Mira no sea más lo que yo te doy recibiendo, que lo que tú me das. Porque si no hubiese quien recibiese de ti la limosna, no darías tierra y comprarías cielo. No hagas caso de mí, si no tienes algo que pedir al que hizo á ti y á mí: porque si has de pedir á Él porque me oíste á mí, á ti te heciste en esto gra-

(1) Matth. 6. (2) Luc. 12. (3) Luc. 16.

cia de ser oído. Da pues gracias á Aquél que te hizo comprar una cosa tan preciosa por un precio tan vil. Das lo que se pierde con el tiempo, y recibes lo que permanece para siempre. Y por tanto nadie diga que da al pobre, porque con más verdad puede decir que da á sí que al pobre. Hasta aquí son palabras de Sant Augustín.

Pues según esto, ¿qué mejor cambio, y qué mejor granjería se puede hallar que ésta? Porque damos tierra, y hallaremos cielo: damos pan de hombres, y hallaremos pan de ángeles (1): damos un jarro de agua fría, y hallaremos una fuente de agua viva: finalmente damos lo que no podíamos llevar, y darnos han lo que nadie nos podrá quitar. Pues ¿por qué no traspasaremos nuestra hacienda á donde siempre ha de ser nuestra vida? ¡Qué locura es (dice S. Crisóstomo) dejar tus bienes en el lugar donde has de salir, y no traspasarlos al lugar donde para siempre has de vivir! Allí es razón que pongas tu hacienda, donde tienes tu morada. Para lo cual nos dejó Dios buen remedio en las manos de los pobres, que son los banqueros desta hacienda, los portadores desta mercadería, y el arca de los tesoros de Cristo, y la tierra fértil en que sembró Isaac (2), que da ciento por uno. Por do parece que la condición destos bienes es guardarse cuando los derramas, y perderse cuando desordenadamente los guardas. De suerte que aquello solamente es tuyo, que diste por tu alma, y todo lo que aquí dejares, quizá perdiste. Pues ¿qué más era menester (supuesta la fe destas verdades) para dar los hombres cuanto tienen por tan grandes esperanzas, pues lo que la palabra de Dios promete, es de su parte más cierto que lo que en las manos se tiene?

§ VI

Mas todavía allende destos provechos y bienes tan grandes añadiré otros particulares, para los cuales también vale mucho esta virtud. Uno de los cuales es socorro de Dios oportuno en las tribulaciones, que sin dubda es debido con mucha razón al misericordioso. Porque si dice el Salvador que por la medida que mediéremos habemos de ser medidos, justa cosa es que el

(1) Matth. 10. (2) Gen. 16.

que socorrió al prójimo en su tribulación, sea socorrido de Dios en la suya. Y si es de hombres fieles y amigos pagar á su tiempo el beneficio que recibieron, y socorrer á quien los socorrió, ¿qué hará aquel fidelísimo Señor, que tantas veces tiene dicho que el beneficio que se hace al pobre (1) se hace á Él? Esto nos representan maravillosamente las bendiciones que el profeta David, lleno de Espíritu Sancto, en un psalmo da á los hombres misericordiosos por estas palabras: Bienaventurado aquél que trata del remedio del necesitado y del pobre, porque en el día malo librarlo ha el Señor. El Señor lo conserve y le dé vida, y haga bienaventurado en la tierra, y no permita que caya en manos de sus enemigos. El Señor le visite y socorra en el lecho de su dolor: toda su cama rodeaste, Señor, en el tiempo de su enfermedad (2). Pues ¿qué mayores bendiciones, qué mejores plegarias se pudieran desear para galardón de los misericordiosos? ¡Cuán de corazón estaba el Profeta aficionado á esta virtud, cuando tales peticiones pide para el que la tiene! Y no las pedía sin causa, sino porque sabía que esta paga estaba así por Dios ordenada para él. Porque escripto está (3): Los hermanos ayudan á sus hermanos en el tiempo de la tribulación: mas mucho más ayuda para esto la virtud de la misericordia. Y en otro lugar dice el mesmo Eclesiástico que Dios tiene sus ojos en el que usa de misericordia, y que tiene dél memoria para adelante, y que en tiempo de su caída no faltará quien le dé la mano para que se levante (4). Y esto mismo nos promete el mismo Señor por Isaías diciendo (5): Cuando se compadesciere tu ánima y tus entrañas del que tuviere hambre, entonces en medio de las tinieblas te amanescerá la luz, y tus tinieblas se esclarescerán como al medio día: dando á entender que cuando el hombre estuviere tan cargado de angustias y tribulaciones que por ninguna parte se le ofrezca un rayo de luz ni de esperanza, entonces será visitado y consolado de Dios de tal manera, que las tinieblas de sus angustias se convertirán en prosperidades tan claras como el medio día, según que claramente se vió en las limosnas de aquel sancto Tobías, por las cuales meresció salir de tan grandes tinieblas, así de la vista corporal como de todas las otras angustias y trabajos que padescía (6): porque justo era que así fuese socorrido de Dios en

(1) Matth. 25. (2) Psalm. 40. (3) Eccl. 40. (4) Eccl. 3. (5) Isai. 58. (6) Tob. 12.

sus trabajos el que tantas veces por su amor había socorrido á los prójimos en los suyos. Así acaesció á este sancto, y así entendía él que en su manera había de acaescer á todos los misericordiosos, pues encomendando á su hijo esta virtud, le dijo que si fuese misericordioso, tuviese por cierto que atesoraba en esto remedio para el día de la necesidad (1).

§ VII

Añado más á esta gracia otra semejante á ella, que es ser oído el hombre en sus oraciones, y esto por la misma razón. Porque así como vos oístes los clamores del pobre cuando os pedía misericordia, así es justo que oiga Dios los vuestros cuando la pidiéredes á Él. Y por esto, acabando el profeta Isaías de decir, parte tu pan con el pobre, y recoge en tu casa á los necesitados y peregrinos, y viste los desnudos, añadió luego diciendo: Cuando esto hicieres, llamarás, y el Señor te oirá: darle has voces, y decirte ha: Aquí estoy presente, porque misericordioso soy, dice el Señor (2). Como si más claramente dijera: Porque de mi naturaleza soy misericordioso, naturalmente huelgo con la misericordia y amo los misericordiosos, y así les pago en la misma moneda, esto es, que como ellos oyeron los clamores de los pobres, así también sean ellos oídos en los suyos. Y no sólo oídos cuando claman, pero también aunque estén mudos, porque la misma misericordia está dando voces por ellos, según que lo afirmó el Eclesiástico diciendo (3): Esconde la limosna en el seno del pobre, porque dende ahí estará ella dando voces por ti á Dios. Mas por el contrario, el que no oye las voces del pobre, tampoco será él oído de Dios, como claramente lo testificó el Sabio diciendo (4): El que cierra sus oídos á las voces del pobre, él llamará, y no será oído.

§ VIII

¿Qué más se puede sobre todo esto desear? Pues aun á todas estas gracias añado la mayor y más digna de ser preciada de todas, que es el premio de la vida eterna, y la defensión que los misericordiosos tendrán en el día del juicio con el favor desta vir-

(1) Tob. 4. (2) Isai. 58. (3) Eccli. 19. (4) Prov. 21.

tud. ¡Oh cuán segura tendrá en este día su causa el que paresciere ante Dios vestido de misericordia! Porque como dijo el sancto Tobías (1), grande ánimo y confianza da la limosna á todos los que la ejercitan delante del summo Dios. Si los demonios se levantaren contra él, esta virtud le defenderá, porque como dice el Eclesiástico (2), ésa peleará contra sus enemigos mejor que la lanza y que el escudo del poderoso. Y si el mismo Dios le quisiere poner demanda, y dijere que le hace cargo de todos los siete pecados mortales en que ha caído, responderle ha: Señor, en recompensa desos siete pecados represento las siete obras de misericordia en que por vuestro amor me he siempre ejercitado. Vos dijistes que bienaventurados eran los misericordiosos, porque ellos alcanzarían misericordia. Vos dijistes que por la medida que mediésemos, habíamos de ser medidos. Vos dijistes que la limosna libra de la muerte, y no deja el ánima ir á las tinieblas (3). Vos dijistes que la misericordia es más alta que el juicio (4), esto es, que ella prevalesce contra el juicio de vuestra justicia, porque á quien el juicio condena, absuelve la misericordia. Pues, Señor, persevere y sea glorificada la verdad de vuestra palabra, y tened por bien usar de misericordia con quien usó de misericordia. ¿Qué más diré? Vos finalmente por vuestra boca sanctísima nos afirmastes que el día del juicio apartaríades á los corderos de los cabritos (5), esto es, á los buenos de los malos, y que á los buenos diríades: Venid, benditos de mi Padre, y tomad la posesión del reino que os está aparejado dende el principio del mundo: porque tuve hambre, y dístesme de comer, tuve sed, y dístesme de beber, era peregrino, y recogísteme, estaba desnudo, y vestístesme, estaba enfermo y encarcelado, y visitástesme: y que responderían entonces los buenos y dirían: Señor, ¿cuándo os vimos hambriento, y os dimos de comer, sediento, y os dimos de beber, desnudo, y os vestimos? Y responderles ha el Señor: En verdad os digo que cuando eso hecistes á uno destos pequeñuelos míos, á mí lo hecistes, y yo lo recebí, y así os lo quiero agora galardonar. Pues ¿qué galardón se puede pensar mayor que éste? ¡Cuán dichosos serán los oídos que oirán de la boca del Hijo de Dios estas palabras, más dulces que la miel y que el panar: Venid, benditos de mi Padre! Solo esto bastaba, no digo yo para hacer misericor-

(1) Tob. 4. (2) Eccli. 19. (3) Tob. 4. (4) Jacobi 2. (5) Matth. 25.

dia, sino para andar por mar y por tierra buscando con quien usar de misericordia, para merecer oir en este día tal palabra.

Mas ¿qué quiere decir que habiendo tantas obras virtuosas, por las cuales se merece el reino del cielo, no se hace aquí mención más que de sola la misericordia? Muchas cosas hay aquí que considerar. Porque primeramente aquí tenemos que contemplar la admirable sabiduría de Dios, el cual como conoscía la grande escaseza del hombre (que todo lo quiere para sí) propúsole un tan grande premio como éste para inclinarle á misericordia, para que la grandeza deste galardón venciese la dureza de su corazón. Ofréscese también aquí la largueza inefable de Dios y el deseo que tiene de salvarnos, pues vino con nosotros en darnos el mayor de todos los bienes del mundo por el menor de todos los bienes dél. Porque el mayor de todos los bienes es la gloria, y el menor de todos es el dinero, y lo uno da por lo otro, que es una cosa preciosísima por otra vilísima. Y finalmente danos por dinero lo que él no compró con dinero sino con su misma sangre. Ofrécenos también aquí la admirable bondad, caridad y providencia de Dios, el cual como sabía que había de haber pobres en el mundo, porque así convenía que fuese para ellos y para nosotros, porque los unos padesciendo y los otros compadesciéndose, los unos con paciencia y los otros con misericordia ganasen el reino del cielo, por esto deseó tanto el remedio de los unos y de los otros que lo vino á encomendar con las más encarescidas palabras y promesas que se podían encomendar, diciendo: Lo que á uno destos pequeñuelos hecistes, á mí lo hecistes. Porque si un rey se ausentase de su reino por algún tiempo, y quisiese encomendar á los grandes del reino un muy amado hijo que en él dejase, ¿con qué otras palabras más encarescidas lo podía encomendar que diciendo: Lo que hiciéredes con este hijo mío que queda en vuestro poder, comigo lo hacéis, y como tal os lo gratificaré? Pues ¿con qué otras más amorosas palabras podía este Señor encomendar el remedio de los pobres, que poniendo á sí mismo en lugar dellos y encomendándolos así? ¡Oh maravillosa excelencia la del pobre de Cristo, pues en él se representa la persona de Dios! De manera que Dios viene á esconderse en el pobre, y éste es el que extiende la mano, mas Dios el que recibe lo que se ofrece, y el que ha de dar el galardón. Si los pobres fueran reyes ó príncipes de la tierra, no me maravillara yo tanto que así los encomendara:

mas siendo como son las heces del mundo, que los junte Dios consigo y los ponga en su lugar, ¿qué cosa puede ser de mayor nobleza y de mayor bondad y misericordia?

Ésta es pues una de las mayores alabanzas que se predican desta virtud, que es tener el hombre por ella tan justificada y abonada su causa para el día de la cuenta. Por lo cual dice el Apóstol que esta virtud vale para todas las cosas (1), pues á ella se prometen los bienes desta vida y de la otra. Sobre las cuales palabras dice la glosa: Si alguno se ejercitare en las obras de misericordia, aunque tenga otras culpas, será por ellas castigado, mas no será condenado. Lo cual no se ha de entender del que confiando en las limosnas que hace, persevera en los pecados: porque este tal provoca contra sí, como dice el Apóstol (2), la benignidad y paciencia de Dios que le espera á penitencia. Mayormente que (como dice S. Gregorio) el que da al prójimo su hacienda y no guarda su vida de la malicia, sus cosas da á Dios, y á sí mismo al pecado. De manera que lo que era menos ofresció á su Criador, y lo que era más guardó para la maldad. Así que no se promete aquí salud al que con esta esperanza persevera en el vicio, sino declárase por estas palabras cuánta parte sea esta virtud entre todas las otras para alcanzar la vida eterna. Y esto dice aun más claro S. Hierónimo en una epístola que escribe á Nepociano por estas palabras: No me acuerdo haber leído que muriese mala muerte el que de buena gana se ejercitó en obras de misericordia. Porque tiene este tal muchos intercesores que rueguen por él, y no es posible que no sea oída la oración de muchos. Y si esto es así, grande es por cierto (dice un doctor) la virtud de la limosna, pues con tan grande confianza introduce á sus devotos en el reino del cielo. Porque es ella muy conocida de los porteros deste reino y de las guardas deste palacio, y no sólo conoscida, sino también acatada, y así confiadamente hace que se dé la puerta á todos aquéllos de quien ella fué honrada. Porque si ella fué poderosa para traer á Dios del cielo á la tierra, mucho más lo será para subir á los hombres de la tierra al cielo. Y en otro lugar añade el mismo doctor, diciendo: Cosa maravillosa es que el pobre ciego, recibiendo de nos misericordia, sea parte para guiarnos al cielo, y que andando él arrimado á las paredes y cayendo

(1) I Tim. 4. (2) Rom. 2.

en los barrancos, sea poderoso para enseñarnos la subida á lo alto: porque este poder le dió la virtud de la misericordia. Y por esto dicen comúnmente los doctores que quiso el Salvador subir al cielo del monte de las Olivas, para dar á entender que la virtud de la misericordia, significada por ellas, es la que hace subir los hombres á este lugar. Asimismo se escribe que el rey Salomón mandó hacer dos puertas de madera de olivas para entrar en el Sancta Sanctorum (1), para dar también á entender que por el ejercicio de las obras de misericordia (significadas por este árbol) habían los hombres de entrar en el reino de Dios. Pues si todos nuestros deseos y esperanzas tiran á este puerto, y tanto nos ayuda para esto la virtud de la misericordia, ¿quién será tan duro y tan enemigo de sí mismo, que por perdonar un poco de dinero quiera despreciar un tan inestimable tesoro?

§ IX

Mas podrá por ventura decir alguno que todas estas gracias sobredichas (por grandes que sean) nos convidan, mas no necesitan á usar desta virtud, porque ofresciéndonos grandes favores y medios para ganar el cielo, no nos dejan cerrados otros caminos por donde se podría alcanzar. Pues para que esto no haya lugar, añado á todo lo sobredicho la necesidad que tiene desta virtud el que tiene posibilidad para usar della: porque esto es ya como tomarnos por hambre y ponernos el cuchillo á la garganta. Esto nos predican y confiesan también todas las Escripturas sagradas no menos que lo pasado. Porque el mismo Señor que convida los misericordiosos al reino de su Padre, por haber ejercitado las obras de misericordia (2), Él mismo despide á los crueles y inhumanos dese reino por no las haber ejercitado, diciendo (3): Id, malditos, al fuego eterno: porque tuve hambre, y no me distes de comer, tuve sed, y no me distes de beber, etc. Por do parece que así como la misericordia abre á los unos las puertas deste reino, así la crueldad y inhumanidad las cierra á los otros. Porque como dice el apóstol Sanctiago, juicio sin misericordia se hará al que no hubiere usado de misericordia (4). Pues ¿qué será del hombre, por justificado que sea, si fuere juzgado sin misericordia? ¡Ay de

(1) III Reg. 6. (2) Matth. 25. (3) Ibidem. (4) Jacobi 2.

la vida del hombre, por muy loable que haya sido, dice Sant Augustín, si fuere de ti, Señor, juzgada sin misericordia! Y ¡ay también de aquél que no hubiere usado de misericordia, porque sin ella será juzgado! Así lo dice Sant Basilio por estas palabras: No usaste de misericordia, no alcanzarás misericordia. No abriste las puertas de tu casa al pobre, no te abrirá Dios las del cielo. No diste un pedazo de pan al que había hambre, no recibirás la vida eterna. Y en otro lugar dice el mismo sancto: Ten por cierto que el fructo ha de responder á la simiente. Sembraste amargura, amargura cogerás: sembraste crueldad, ésa te responderá. Huíste de la misericordia, ella también huirá de ti. Aborresciste al pobre, aborrescerte ha también Aquél que por amor de los hombres se hizo pobre.

Estas y otras semejantes amenazas, aunque generalmente pertenecen á todos los que pueden usar de misericordia (mayormente cuando se ofrescen grandes necesidades, puesto que no fuesen extremas) señaladamente pertenecen á los ricos inhumanos, que teniendo las arcas llenas de bienes, dejan perecer de hambre los miserables. Cuya persona representa aquel rico glotón del Evangelio, que tan inhumano fué para con el pobre Lázaro, pues aun hasta las migajas que caían de su mesa, no le daba (1). Lo cual debrían notar mucho los ricos deste mundo, considerando que como dice S. Augustín, no fué este rico condenado por haber tomado las cosas ajenas, sino por no haber dado las suyas proprias. Por lo cual puesto en el infierno vino á pedir cosas tan pequeñas como era una gota de agua, porque negó él también al pobre cosas tan viles como era una migajuela de pan. Esta misma persona también nos representa el otro rico del Evangelio (2), que sucediéndole bien la cosecha de un año, en lugar de dar gracias á Dios por ella, habló consigo mismo desta manera: Aquí tienes, ánima mía, muchos bienes que te servirán para muchos años: come, bebe y huélgate. Sobre las cuales palabras dice Sant Basilio: ¡Oh palabras desatinadas! ¡Oh extraña locura! Dime, ruégote: ¿qué más dijeras si tuvieras una ánima de puerco? Saca, miserable, de la cárcel esas riquezas que tienes presas. Triunfa desa casa escura donde está el dinero de la maldad encarcelado, y toma por almario donde lo pongas, las casas de los pobres, y

(1) Luc. 16. (2) Luc. 12.

atesora para ti un rico tesoro en el cielo. ¿Qué impedimento tienes para no hacer esto? ¿No está el pobre á la puerta de tu casa? ¿No tienes hacienda de que hacer limosna? ¿No está el galardón aparejado? ¿No tienes expreso mandamiento desto? Y con todo eso no sabes decir más que una sola palabra: No tengo, no daré, porque también yo soy pobre. Pobre eres por cierto, pobre de caridad, de humanidad, de fe y de esperanza. Mas dirás: ¿á quién hago injuria, si guardo mi hacienda? ¿Cuál llamas tu hacienda? ¿Por ventura viniendo á este mundo trajiste algo contigo? ¿Por qué, si piensas, eres tú rico y aquél pobre? Cierto no por otra causa sino porque tú recibas el premio de la benignidad y fiel administración de tu hacienda dando limosna, y el otro sea honrado con la corona de la paciencia. Mira pues lo que haces en tener lo que no sólo á ti, mas también á tu prójimo pertenesce. Mira que de los pobres es el pan que injustamente guardas, y de los desnudos la vestidura que en tu arca tienes, y del que anda descalzo el zapato que en tu casa se envejece, y del pobre el dinero que tú escondes en la tierra. Mira que las riquezas son redempción de las ánimas, y que guardándolas las pierdes, y perdiéndolas por Dios, las guardas. Vi yo algunos que ayunaban, y oraban, y lloraban los pecados pasados, y finalmente que se ejercitaban en todas aquellas obras de virtud que no les costaban dinero, y con todo esto no querían dar un maravedí por Dios, teniendo bienes demasiados. ¿Qué les aprovechó á éstos la diligencia de todas las otras virtudes, pues no por eso alcanzaron el reino de Dios? Hasta aquí son palabras de S. Basilio recogidas de diversos lugares suyos, las cuales bien declaran la necesidad que tienen desta virtud los que tienen abundantemente con qué ejercitarla. Porque si no bastaban á aficionarnos á ella todas las gracias y excelencias pasadas, baste á lo menos la misma necesidad, que todas las cosas vence.

Y para mayor prueba desto añado aquí aquella temerosa sentencia de S. Juan, que dice (1): Si alguno tuviere de los bienes deste mundo, y viere á su hermano padecer necesidad, y no abriere sus entrañas para remediarle, ¿cómo diremos que la caridad de Dios está en él? Hijuelos, no amemos con solas palabras, sino también con obras y con verdad. Pues ¿qué cosa más temerosa que ésta? Si es argumento de no tener caridad no socorrer al

(1) I Joan. 3.

que padesce grande necesidad, ¿qué será de los ricos deste mundo, que tan poca cuenta tienen con esto? Porque donde no hay caridad, no hay gracia, y donde no hay gracia, no hay gloria. Y según esto, ¿con qué gusto y consolación vive quien en tan peligroso estado vive?

§ X

Todas estas cosas evidentemente nos declaran en cuánto precio se deba estimar una virtud que para tantas y tan grandes cosas nos aprovecha. Y por cierto muy duro, muy avaro y muy pobre de misericordia ha de ser el corazón que no se mueve á misericordia con tales prendas como éstas. Mas si alguno hobiere tan ciego, y tan amigo de su interese, y tan mal apreciador de las cosas, que estime en más la vileza de los bienes temporales que todo cuanto hasta aquí se ha dicho, de manera que ninguna cosa tiene precio en su corazón sino solo el interese, tampoco por esto nos desavendremos con él, antes por aquí le daremos las manos llenas para eso mismo que desea. Porque es tan soberana y tan admirable la bondad de Dios, y el respecto que tiene á los que hacen bien, que no sólo en la otra vida sino también en ésta les quiere dar el galardón. Nueva cosa parece ésta, mas también la hallaremos testificada en las Escripturas divinas, como todas las otras. Y no quiero alegar para esto las autoridades y promesas de la vieja ley, y aquel famoso capítulo XXVIII del Deuteronomio, donde tantas bendiciones y prosperidades temporales se prometen á los guardadores de la ley, porque esto era cosa muy común en aquel estado: mas alego para esto aquellas palabras de Salomón, que dicen (1): Honra á Dios con tu hacienda, y haz bien á los pobres de los primeros fructos della, y con esto se hinchirán tus graneros de hartura, y tus lagares de vino. Y allende desta promesa tenemos otra que dice (2): El que da al pobre nunca se verá en necesidad, y el que menosprecia al que le pide limosna, padecerá pobreza. Y esta misma sentencia repitió el mismo Salomón por otras palabras, diciendo (3): Unos hay que reparten su hacienda, y con esto se hacen más ricos: y otros hay que toman la ajena, y siempre viven en pobreza. Pero muy más claro testificó todo esto el Apóstol escribiendo á Timoteo su discípulo, cuan-

(1) Prov. 3. (2) Prov. 28. (3) Prov. 11.

do dice así (1): Ejercítate en obras de piedad, porque los ejercicios corporales para poco son provechosos, mas la piedad para todo vale, pues á ella se prometen los bienes desta vida y de la otra. ¿Ves luego cómo todo se promete al misericordioso, lo de acá y lo de allá, los bienes deste siglo y los del cielo? Por donde si no se movía tu corazón á esta virtud con las promesas de los bienes espirituales, aquí tienes ya lo que deseas, que son bienes temporales, que también se prometen al que da lo que tiene por amor de Dios. Y por esto nos aconseja el Sabio que demos siete partes y ocho partes de nuestra hacienda por Dios (2): las siete para alcanzar por ellas los bienes que pertenecen á esta vida (significada por el número de siete, que hace una semana) y las ocho (que exceden en un grado á este número) para alcanzar los bienes de la otra, que por este número de ocho es significada. Finalmente todas estas autoridades dicen lo que el Salvador en una palabra resumió en el Evangelio, diciendo (3): *Date, et dabitur vobis*, que es decir: Dad, y daros han.

Esto nos mostró muy á la clara el mismo Señor que lo prometió en aquella viuda que partió con Elías esa pobreza que tenía, que no era más que un poquito de harina y una alcucica de aceite, que para sí y para su hijo en un año de hambre había guardado (4). Pero con todo esto, pidiéndole el Profeta limosna, primero aparejó la comida para él que para sí, y no le dió de lo mucho poco, sino eso poco que tenía lo dió todo, y padesciendo su hijo hambre, da de comer primero al Profeta que al hijo, y puesta en tan grande necesidad, primero se acordó de la misericordia que de la necesidad. Mas por esta fe y liberalidad que tuvo, meresció que ni la tinajica de la harina ni el vaso del olio faltase hasta que Dios envió abundancia de agua sobre la tierra. Por do parece que no quitó la madre á su hijo lo que dió al Profeta, sino antes por este medio lo acrescentó. Y esta buena mujer (como pondera Cipriano) no conoscía á Cristo, ni había oído su doctrina, ni redemida por Él había recebido su carne y sangre en mantenimiento, y con todo esto fué tan piadosa como has visto, para que por aquí se vea qué pena está aparejada para el que viviendo en la Iglesia de Cristo es rico inhumano, pues esta pobre mujer usó de tanta piedad siendo gentil.

(1) I Tim. 4. (2) Eccli. 11. (3) Luc. 6. (4) III Reg. 17.

Mas no es solo éste el ejemplo que hallaremos para confirmación desta verdad, porque llenas están las historias y vidas de sanctos de semejantes maravillas, donde leemos que las haciendas que con esta fe y caridad se repartieron, fueron multiplicadas, queriendo el Señor mostrar la grandeza de su bondad y fidelidad con los que hacen algo por Él, y probar la verdad de aquella sentencia que Él dijo (1): Dad, y daros han.

Agora pregúntote, hermano, si crees que todo esto es verdad. Si dices que no, síguese que no tienes fe y que no eres cristiano, pues no crees á las palabras de Cristo. Si dices que sí, has de confesar luego que dando limosna no pierdes en la ganancia, antes la multiplicas, no sólo espiritualmente sino también temporalmente. Y aunque tú no veas camino ni medio para eso, pero realmente ello ha de ser así, pues Dios lo dice. Si no, dime: ¿por qué causa crees que Dios es trino y uno? Dirás que porque Dios lo dice, porque eso solo basta para creerlo. Pues el mismo Dios que dice eso, dice también que el que da al pobre, nunca se verá en necesidad. Por donde si tú crees lo uno, aunque sea sobre toda razón, también has de creer lo otro, aunque así lo sea. Pues si eso crees con tanta firmeza, ¿cómo eres escaso en repartir tu hacienda, pues la fe te dice que repartida se multiplica? Si porque sabes que el trigo que siembras se ha de multiplicar, lo derramas confiadamente en la tierra, aunque muchas veces te falta esta esperanza, si crees con mayor firmeza que la limosna que das es simiente que siembras, y que en el cielo y en la tierra se multiplica, ¿cómo eres tan escaso en esta sementera, siendo tan liberal en la otra? Si dices que no ves cómo derramando tu hacienda se pueda multiplicar, tampoco ves cómo sea Dios trino y uno. Si crees esto porque lo dice Dios, también has de creer esotro, pues lo dice el mismo Dios, y la autoridad que tiene lo uno, tiene lo otro, sino que lo uno cuesta dineros, y lo otro no. Así que por esta razón, ó has de negar la fe, ó has de confesar que es verdad lo que la Escriptura dice, que el que da al pobre no se verá en necesidad. Pues si Dios y la fe te aseguran esto, ya que todos los otros intereses espirituales no te mueven, ¿cómo no te mueve siquiera éste temporal? Mira que por ninguna parte te puedes excusar: porque si lo has por bienes espirituales, aquí te los damos á manos llenas, y si por bie-

(1) Luc. 6.

nes temporales, aquí también los da el Señor por su medida: ca esta virtud para todo sirve, para los bienes desta vida y de la otra. Pues ¿qué puedes alegar para no usar de misericordia?

Conclusión de todo lo dicho.

§ XI

Tornemos agora pues al principio, y hagamos aquella comparación que propusimos. Pongamos en una balanza esta pérdida de hacienda que se sigue de dar limosna, y en la otra pongamos todos estos bienes que la palabra de Dios promete á los que dan, para ver si es razón trocar lo uno por lo otro. Pongamos pues la primera excelencia que por aquí se alcanza, que es ser semejantes á Dios en lo más glorioso que hay en Dios para con los hombres, que es la misericordia, y pongamos también el ser familiarmente amados dél, como personas más semejantes á Él, que es la segunda: y añadamos más á esto el tener tan aparejada y merescida la misericordia de Dios todos aquéllos que usaron de misericordia con los hombres: y con esto juntemos todos los otros bienes que tras éstos se siguen, que son, perdón de pecados, acrescentamiento de merescimientos, tesoro para la otra vida, socorro en las tribulaciones, eficacia en las oraciones, defensión para el día del juicio, salud y vida perdurable. Y con todo esto ayuntemos la provisión de bienes temporales que Dios promete al que partiere los que tiene con los pobres. Todas estas cosas juntas carguemos en esta balanza, y en la otra pongamos un poco de pérdida de hacienda: y esto hecho, veamos si es justo que hombre que tenga seso y razón deje de gozar de tan grandes bienes como éstos por una tan pequeña pérdida temporal. Ni sé quién habrá que esto profundamente considere, que no se avergüence de sí mismo si algún tiempo se vió para con Dios escaso, ofresciéndole este tan rico partido. Por lo cual dije al principio que falta de luz y de consideración era la principal causa de nuestros males. Porque ¿quién habría que poniendo todas estas cosas ante los ojos, no tuviese por ganancia perder todo cuanto tiene, por gozar de tantos bienes? ¿Qué pérdida podría haber tan grande, que no quedase suficientísimamente recompensada con todos estos provechos? Y siendo esto así, gran maravilla es ver el día de hoy tan encendida

la cobdicia, y tan resfriada la caridad entre cristianos. Y creo cierto que si los infieles supiesen esto, que se espantarían y pasmarían de cómo la gente que tiene fe destas verdades, no vende todo cuanto tiene por gozar de tales bienes, porque con menos que esto no responde dignamente á la dignidad de tan grandes esperanzas, según que muchos sanctos lo hicieron.

Mas si todavía fuere alguno tan ciego y tan obstinado que quiera alegar el menoscabo de su hacienda y la provisión de sus hijos para no hacer limosna, oya lo que contra esto dice el bienaventurado mártir Cipriano por estas palabras: Temes, miserable, que desfallescerá tu patrimonio si fueres largo para Dios, y no miras que temiendo tú que no desfallezca tu hacienda, desfallece cada día tu vida, y mirando no se diminuyan tus cosas, tú te pierdes y diminuyes, pues eres más amador del dinero que de ti mismo, y así, temiendo perder el patrimonio, tú te pierdes por salvar el patrimonio. Temes que te faltará de comer, si fueres largo y piadoso para el pobre. ¿Cuándo jamás faltó de comer al justo, pues está escripto que no matará Dios de hambre (1) al ánima del justo? Á Elías sirven los cuervos de despenseros en el desierto (2): á Daniel, encerrado en el lago de los leones para ser comido dellos, se le trae de comer por providencia divina (3). Y ¿tú temes que al que trabaja y sirve á Dios le faltará la comida? Mirad (dice Él) las aves del aire, que no siembran ni siegan ni guardan, y vuestro Padre celestial les da de comer (4). Pues vosotros ¿no sois de mayor precio que ellas? Á las aves apacienta Dios, y á los pájaros da de comer, y á los hijos de los cuervos que le llaman (5). Pues si no falta el mantenimiento á quien falta el sentido y conoscimiento de Dios, ¿cómo piensas tú que faltará al cristiano, al siervo de Dios y al que se ocupa en guardar sus mandamientos, y es amado de su Señor? Si no, ¿piensas por ventura que no dará de comer Cristo á quien da de comer al mismo Cristo, ó que negará los bienes de la tierra á quien concede los bienes del cielo, ó que no dará un poco de pan y de carne á quien da su misma sangre y su carne? ¿De dónde nasció en ti esta desconfianza y este sacrílego y malvado pensamiento? ¿Qué hace en la casa de la fe el pecho desleal? ¿Cómo se precia del nombre de cristiano el que no se fía de Cristo? ¿Para qué te

(1) Prov. 10. (2) IV Reg. 17. (3) Dan. 14 (4) Matth. 6. (5) Psal. 146.

quieres excusar con esas vanas sombras de excusas? Confiesa la verdadera causa de esa dureza, y descubre el secreto de tu corazón. La causa es que las tinieblas de la esterilidad han ocupado tu ánimo, y huyendo de ahí la lumbre de la verdad, cegó tu pecho carnal la escuridad profunda de la avaricia. Eres captivo y esclavo de tu dinero, y estás preso con las cadenas de tu cobdicia, y habiéndote una vez libertado Cristo, tú mismo te vuelves á captivar. Guardas el dinero que guardado no te guarda, y acrescientas el patrimonio que con su peso te derriba. Pon los ojos en aquella viuda del Evangelio que cercada de las angustias de su pobreza, ofresció en el arca del templo solas dos blancas que poseía (1). Hayan vergüenza los ricos de su esterilidad, pues la viuda y la pobre les lleva la delantera en obras de misericordia. Y como sea verdad que las limosnas se den comúnmente á huérfanos y viudas, hace limosna la que hubiera de recebirla, para que por aquí entendamos qué pena esté aparejada para el rico inhumano, cuando aun por este ejemplo es amonestado el pobre á que sea misericordioso. Y si dices que la muchedumbre de los hijos te hace menos liberal para con los prójimos, á esto te respondo que por el mismo caso lo hubieras de ser mucho más, porque mientras más hijos tienes, mayor necesidad tienes de Dios, porque habiendo más hijos, tienes más para quien pedirle mercedes, y más son los delictos que has de redemir, más las consciencias que has de curar, y más las ánimas que has de remediar. Porque así como en la vida secular, para mayor número de hijos es menester mayor patrimonio, así en la espiritual, cuanto cresciere el número de los hijos, tanto ha de crescer el número de los servicios, como vemos que lo hacía el sancto Job (2). Y si tratas de buscar padre para tus hijos, no trates del que es temporal y terreno, sino de Aquél que es espiritual y eterno. Á este tal ofresce tu hacienda, porque éste la guardará fielmente á tus herederos. Ése sea el tutor de tus hijos, ése el curador dellos, ése sea contra todas las injurias del mundo su protector. El patrimonio que se pone en las manos de Dios, ni la república lo toma, ni el fisco lo ocupa, ni la calumnia de las audiencias seculares lo roba. En lugar seguro está la heredad que tiene á Dios por guardador. Esto es proveer á los hijos para adelante, esto es proveer de remedio á los herede-

(1) Marc. 12; Luc. 21. (2) Job. 1.

ros con piedad paternal. Cuasi todas estas son palabras de Cipriano, por las cuales verás cuán fría es la excusa de los que por el cuidado demasiado de sus hijos dejan de socorrer á los pobres. Déstos mismos se queja Sant Augustín por otras palabras semejantes, diciendo: Cristo en el pobre te pide, y no le das, diciendo que lo guardas para los hijos. Yo te pongo delante á Cristo, y ¿tú me contrapones á tus hijos? Grande injusticia es que guardes para que desperdicie tu hijo, padesciendo hambre tu mismo Dios, pues Él dice (1): Lo que hecistes á uno destos pequeños, á mí lo hecistes. Y sabiendo tú esto, ¿no temes ser escaso, viendo quién es éste que padesce necesidad? Cuéntasme el número de tus hijos: mira que entre ésos has de añadir otro, y ése será tu Señor. Tienes un hijo, éste sea el segundo: tienes dos, sea el tercero: tienes tres, haz que siquiera sea el cuarto. Hasta aquí son palabras de Sant Augustín. Pues ¿qué podrá responder aquí la cobdicia humana contra toda esta fuerza de razones? Pues aun sobre todo esto hay más que decir.

§ XII

Porque sobre todo lo dicho hay otra cosa que nos había de mover á misericordia: porque verdaderamente, aunque esta virtud ni fuera tan necesaria para nuestra salvación, ni trajera consigo tantos y tan grandes provechos espirituales y temporales como aquí habemos declarado, sola la obligación que tenemos á nuestro Señor por las grandes misericordias que dél habemos recebido, bastaba para hacernos amadores de misericordia, aunque más no hubiera. Y desta razón principalmente se aprovecha Sant Pablo para persuadir á los de Corinto esta virtud, diciendo (2): Ya sabéis, hermanos, cuál haya sido la gracia y misericordia de Cristo para con nosotros, pues que siendo rico se hizo pobre para enriquescernos con su pobreza. Pues si Dios llegó á hacerse pobre por amor de los hombres, ¿qué mucho es hacerse los hombres pobres por amor de Dios? Y si Dios se dejó vender por amor de los hombres, ¿qué mucho es vender los hombres un pedazo de hacienda por amor de Dios? ¿Quién negará un pedazo de pan á quien se dejó vender por él? ¿Quién no dará un poco de hacienda á quien

(1) Math. 25. (2) II Cor. 8.

dió por él su sangre? ¿Quién no padescerá un poco de necesidad y pobreza por quien sacrificó por él su vida? Porque (como dice Sant Bernardo) si mil veces hiciese el hombre sacrificio de sí mismo por este Señor, no podría pagar este beneficio. Porque ¿qué proporción hay entre vida de hombre y vida de Dios, y persona de hombre y persona de Dios? Pues ¿cómo será escaso de un pedazo de pan quien de tantas vidas es deudor? ¿Cómo no se afrentan los que reconoscen á este Señor por criador, redemptor y glorificador, viendo cuán poco hacen por Señor á quien tanto deben? Ésta es una consideración con que el bienaventurado Cipriano pretende confundir y avergonzar á todos los cristianos, visto lo poco que hacen por su Señor, haciendo tanto los hijos deste siglo por el suyo. Y así dice él: Imagine agora cada uno de nosotros que sale el demonio con todos sus servidores (que es con el pueblo de la perdición) á denostar y avergonzar al pueblo de Dios en presencia del mismo Dios, diciendo: Mira, Cristo, yo por todos éstos que aquí ves comigo, ni recebí bofetadas, ni sufrí azotes, ni padescí en cruz, ni derramé sangre por ellos, ni tampoco les prometo el reino del cielo ni la gloria del paraíso: y con todo esto mira cuán grandes y preciosos dones me ofrescen, y cuán liberalmente gastan en mi servicio lo que en largos tiempos con mucho trabajo ganaron, hasta empeñar y vender su patrimonio para emplearlo en pompas de mundo. Muéstrame pues agora tú, Cristo, otros criados tuyos que así te sirvan y gasten su hacienda por ti. Mira si estos ricos y llenos de bienes hacen otro tanto por ti, siendo tú el que los estás mirando y gobernando en tu misma Iglesia. Mira si llegan á empeñar ó á vender sus haciendas para gastarlas por ti, ó (por mejor decir) para traspasarlas á los tesoros del cielo, y mudarlas en mejor posesión. Y mira más, que en estos dones que los míos me ofrescen, ninguno se mantiene, ninguno se viste, ninguno se sustenta, porque todo esto se desperdicia en diversas comidas y trajes, y así todo ello brevemente pasa entre el furor del que come, y el error del que mira. Mas en los gastos de los tuyos, tú en tus pobres eres vestido y apascentado, y tú prometes la vida eterna á quien esto hiciere: y con todo esto apenas los tuyos, que han de recebir tan grandes galardones, se pueden igualar con los míos, que han de padescer tan grandes tormentos. ¿Qué responderemos á esto, hermanos muy amados? ¿Con qué color defenderemos las consciencias de los ri-

cos, llenas desta sacrílega esterilidad, y cubiertas con una noche escura de tan grandes tinieblas? ¿Qué excusa tendremos viendo que somos menos que los siervos del demonio, y que ni aun con un pedazo de pan queremos pagar á Cristo el precio de su sangre?

Hasta aquí son palabras de Cipriano. Las cuales por cierto debrían bastar (aunque nada entreviniese de todo lo dicho) para que se confundiesen los hombres, y se hiciesen más largos para con sus prójimos, sólo por lo que deben á Dios.

Esta consideración movió á los sanctos á hacer tan grandes extremos (si así se pueden llamar) por corresponder á esta obligación, según que nos consta por las historias de sus vidas. Así leemos de Sancta Isabel, hija del rey de Hungría, que después que se vió viuda, gastó cuanto le había quedado con hospitales y pobres, por lo cual llegó á tan gran pobreza, que vino á mantenerse del trabajo de sus proprias manos. De Sancta Paula escribe Sant Hierónimo que siendo avisada por el mismo sancto que no fuese tan demasiada en hacer limosnas, ella respondió que ninguna cosa más deseaba que andar pidiendo de puerta en puerta por Dios, y acabar la vida con tanta pobreza, que no dejase un solo maravedí á su hija, y que después de muerta la envolviesen en una sábana ajena. Y de Sant Exuperio, obispo de Tolosa, escribe el mismo sancto doctor que muriendo él de hambre, daba de comer á los hambrientos, y quitándose el pan de la boca, andaba amarillo con la hambre ajena, y que fundiendo para esto los vasos sagrados, traía el cuerpo del Señor en una canastica de mimbres, y la sangre en un vaso de vidrio. Y esta misma misericordia se escribe de S. Augustín y de S. Ambrosio, clarísimos doctores de la Iglesia, los cuales mandaban fundir los cálices y vasos sagrados para acudir á necesidades de pobres. Pues ¿qué diré de las misericordias de otros muchos sanctos, que cuando no tenían que dar, se despojaban de sus mismas vestiduras, y las daban á los pobres que encontraban, diciendo que más querían hallarse sin vestidura que sin misericordia? ¿Qué diré de nuestro glorioso Padre Sancto Domingo, que después de haber vendido todos sus libros y todo lo demás que tenía para dar á pobres, ofresciéndosele una viuda que le pedía ayuda para rescate de un hijo, como el sancto varón no tuviese ya que dar, ofresció á sí mismo para ser vendido? Y lo que este sancto deseó hacer, hizo el sancto obispo

Paulino, como lo refiere S. Gregorio en sus Diálogos. Porque como el sancto obispo hubiese gastado todo cuanto tenía en redempción de captivos, cuando ya no tenía más que dar, dejóse vender á un bárbaro, y vendido, vino á ser su hortelano, para que así se rescatase el captivo. Estos y otros infinitos ejemplos se hallan á cada paso en las Escripturas divinas. Tobías, varón sanctísimo, fué hombre de gran misericordia, y por ella meresció alcanzar tan grande y tan admirable remedio por ministerio de un ángel (1). Zaqueo, del linaje de gentiles, era tan misericordioso que la mitad de su hacienda gastaba con pobres, por lo cual meresció ser llamado hijo de Abraham, y (lo que más es) recebir en su casa por huésped al Señor del mundo. Y aquella sancta mujer Tabita, que en los Actos de los Apóstoles hacía tantos beneficios á pobres y viudas, alcanzó por estas obras, después de muerta, ser resuscitada por el Príncipe de los Apóstoles (2). No acabaríamos á este paso de referir otros innumerables ejemplos de sanctos y sanctas á este propósito. Mas á quien éstos no bastaren, no sé qué otra cosa podrá bastar. Por tanto, será bien que dejada ya esta parte, tratemos agora de la manera que debemos tener en usar desta virtud.

De la manera que han de tener los hombres en dar limosna, y á quién señaladamente pertenesce darla.

§ XIII

PUES para esto es de saber que según se colige de la doctrina de los sanctos, el que quiere usar desta virtud perfectamente, ha de guardar las cosas siguientes. La primera, que sea largo y copioso en hacer bien, esto es, que no sea como algunos que se contentan con dar á los pobres una nonada, que parece que les dan más por redimir su vejación y ahorrar de aquella importunidad, que por socorrer á su necesidad, porque del que desta manera da, dice Sant Augustín: El que da limosna por excusar la importunidad del que le pide, y no por socorrer á su necesidad, pierde lo que da, y también el merescimiento desta obra. Esta condición es del apóstol San Pablo, que dice (3): Hermanos, el que

(1) Tob. 1. (2) Act. 9 (3) II Cor. 5.

poco siembra, poco cogerá, y el que siembra en abundancia, en abundancia cogerá. Verdad es que esta cuantidad más se ha de tasar por el deseo del corazón que por la cuantidad de la obra. Porque como dice Sant Ambrosio, el afecto del que da, hace rico ó pobre al dador, y pone precio á las cosas. Y Sant Gregorio dice: En los ojos de Dios no está la mano vacía de dones, cuando el arca del corazón está llena de buenos deseos. Porque como dice Sant Hierónimo, nadie fué más pobre que los Apóstoles, pero nadie dejó más por Cristo que ellos, por la voluntad grande con que lo dejaron. Y conforme á esto dice Sant León papa: No se ha de estimar la medida de la piedad por la cantidad de la dádiva, sino por la voluntad del dador. Porque mayores son las dádivas de los ricos, y menores las de los medianos: mas no es diferente el fructo de las obras cuando es igual la voluntad. De manera que si no fuere igual la facultad, puede ser igual la piedad, porque la largueza de los fieles no se estima por el valor de la dádiva, sino por la cantidad de la benevolencia.

La segunda condición que para esto se requiere, parece contraria á la pasada, pero no lo es, pues una virtud no puede ser contraria á otra. Y ésta es, que haya discreción y moderación en dar, porque la liberalidad no venga á mudarse en prodigalidad, si se da á quien no conviene, y más de lo que conviene. Porque esto es, como dice San Hierónimo, perder la liberalidad con la liberalidad. Esta condición también es del Apóstol, el cual dice que no habemos de dar de tal manera que los otros queden abastados y nosotros necesitados, sino con cierta manera de igualdad y proporción (1), con la cual el que recibe sea remediado, y el que da no quede pobre. Esta condición se pone porque no han faltado algunos que fueron tan demasiadamente largos en dar sus cosas, que después, faltándoles lo necesario, tomaron las ajenas. Por donde generalmente vemos por experiencia que toda prodigalidad vino á parar en avaricia, y que nunca hombre fué pródigo de lo que era suyo, que no fuese después robador de lo ajeno.

La tercera condición es dar con alegría y promptitud de voluntad, como se escribe que ofresció David y los príncipes del reino todo lo que ofrescieron para la fábrica del templo: por lo cual el santo Rey dió grandes gracias á Dios y le suplicó quisiese

(1) II Cor. 8.

siempre conservar aquella promptitud de voluntad en ellos para las cosas de su servicio (1). Esta condición también es del mismo Apóstol, el cual nos manda que demos limosna, no con tristeza ni por fuerza, porque Dios (dice él) ama al dador alegre (2). Y el mismo nos aconseja que ejercitemos el oficio de la hospitalidad sin desabrimiento ni murmuración (3). Y esta condición hace tanto al caso para agradar á Dios y para el mérito de la limosna, que más se estima el valor della por la promptitud y alegría de la voluntad que por la cantidad de la misma dádiva, como ya dijimos.

La cuarta condición, que en algo también parece contraria á ésta, no lo siendo, es dar con compasión del corazón. Esta condición guardó perfectísimamente nuestro Salvador en todas las obras de misericordia que hacía, pues en todas ellas comúnmente escriben los Evangelistas (4) que movido de compasión y misericordia hacía lo que hacía. Y la más alta obra de misericordia de cuantas hizo (que fué la redempción del género humano) ésta dice Zacarías en su cántico que procedió de las entrañas de la misericordia de nuestro Dios, por las cuales tuvo por bien visitarnos dende lo alto (5). Y esta misma condición guardaba en sus obras el sancto Job, el cual después de haber contado muy por extenso todas las maneras de piedades que hacía, al cabo añadió diciendo (6): Lloraba yo en un tiempo con el que estaba afligido, y compadescíase mi ánima del pobre.

La quinta condición es que la limosna se haga secreta: lo cual se entiende de dos maneras. La primera, que no se haga principalmente por el mundo, sino por Dios. La segunda, que se haga secretamente, en especial á los pobres envergonzantes: y aun también á los otros pobres se haga muchas veces secretamente, por quitar la ocasión de vanagloria: aunque bien es que algunas veces se haga manifiestamente y vea el mundo que hace lo que debe como cristiano, como los otros buenos cristianos lo suelen hacer. La cual condición nos encomienda muchas veces el Maestro del cielo en su Evangelio tan encarecidamente, que no quiere que sepa la mano siniestra lo que hiciere la diestra, para que así sea nuestra limosna en escondido, y nuestro Padre que la ve en escondido, nos la galardone en público. Y de los que lo contrario

(1) I Paral. 29. (2) II Cor. 9. (3) I Petri 4. (4) Marc. 8; Luc. 7. (5) Luc. 1. (6) Job. 30.

hacen, dice que ya en este mundo recibieron su galardón. La causa de encarecer tanto el Salvador este secreto es tener Él muy bien tomados los pulsos de nuestro corazón, y saber cuán subjecto está al viento de la vanagloria, y entender también la subtileza increíble de este vicio, que muchas veces, sin ser sentido, se apodera de nuestro corazón y le hace grandísimo daño. Por la cual causa encarece tanto el Salvador este secreto. Porque como dice Sant Bernardo, livianamente vuela y livianamente penetra, mas no hiere livianamente el vicio de la vanagloria. Verdad es que los perlados y personas obligadas por su oficio á usar de misericordia, así como están obligadas á evitar todo escándalo, así pueden y deben hacer la limosna más en público, con tanto que la intención se apure y rectifique delante Dios.

La sexta condición es, que el que ha de dar limosna, la dé luego sin dilación, porque desta manera será tanto mayor su dádiva cuanto fuere más presta, pues dice el común proverbio que dos veces da el que presto da. Esta condición es del Sabio, que dice (1): No digas á tu amigo, vete agora y vuelve después, si luego le puedes dar. Porque argumento es que da de mala gana el que da tarde, y no se puede decir que da, si da después de muy importunado, pues es común sentencia que ninguna cosa hay más cara que la que se compra con ruegos. Ejemplo tenemos desto en el patriarca Abraham, que así como fué muy presto en la obediencia del sacrificio de su proprio hijo, pues luego de noche se levantó para ir á sacrificarlo (2), así también lo fué en las obras de misericordia, pues cuando vió aquellos tres varones que pasaban por su casa, corrió luego al hato de las vacas á traer un becerro para ellos, y así todos los de su casa á gran priesa aparejaron el convite para los huéspedes (3). Pues siendo esta condición tan importante, ¿en qué lugar pondremos á aquéllos que dejan las limosnas para después de sus días? Así lo pretendía hacer la madre de Sancta Lucía, á quien la sancta virgen cortésmente reprehendió, diciendo: No es mucho dar á Dios lo que no puedes llevar contigo, y por tanto en vida reparte lo que tienes con Cristo. Á estos mismos reprehende Sant Basilio por estas palabras: Dícesme: quiero gozar de mis bienes en mi vida, y después de la muerte haré en mi testamento herederos á los pobres. ¡Oh mise-

(1) Prov. 3. (2) Gen. 22. (3) Gen. 18.

rable de ti! ¿Y entonces quieres ser benigno y liberal para con los hombres, cuando estés hecho un saco de tierra? Mira que nadie negocia bien después de acabadas las ferias, y que nadie te puede asegurar el género de muerte que has de morir, para que puedas ó no puedas testar.

La séptima condición es, que aunque sea razón examinar las personas á quien das, porque no quites de los verdaderos pobres lo que das á los falsos, mas todavía no querría que fueses muy curioso examinador de las necesidades ajenas, como hacen algunos que por encubrir su avaricia adelgazan y subtilizan demasiadamente estas materias. Esta condición es de Gregorio teólogo, que dice así: No examines con mucho cuidado quién sea digno ó indigno de la limosna que haces, porque mejor es algunas veces dar á los indignos por amor de los dignos, que ponerte á peligro de defraudar á los dignos por amor de los indignos. Lo mesmo dice Sant Ambrosio en una epístola por estas palabras: La misericordia no suele juzgar de los merescimientos, sino socorrer á las necesidades: no examinar la justicia, sino socorrer á la pobreza. Común sentencia es que ahí está Dios, donde está su voz: por donde si como es razón, tú no mira más que á Dios en cualquiera que por Él te pide, le hallarás.

La octava condición es, que la limosna no sea de lo ajeno, como lo hacen muchos: porque ésta no se puede llamar limosna, sino sacrilegio. Porque de la tal está escripto: El que ofresce sacrificio de la hacienda del pobre, es como el que degüella al hijo en presencia de su padre. Y es Dios tan enemigo desta limosna, que uno de los títulos de que Él se precia en la Escriptura, es éste: Yo soy Dios que amo el juicio y aborrezco el hurto, aunque sea para sacrificármelo.

La nona condición sea (para hacer este negocio con más suavidad) que cuando se nos ofresciere ocasión para usar de misericordia, consideremos estas tres cosas, conviene saber, quién pide, y qué pide, y para quién pide. El que pide no es el pobre, sino Dios en el pobre, como dice Sant Hierónimo: Cada vez que extendieres las manos al pobre, piensa que las extiendes á Cristo. Lo que pide, no es tu hacienda, sino suya: porque si Cristo es heredero y señor de todas las cosas, también lo es de tu hacienda, de tu persona y de tu vida, pues ella con todo lo demás está en su mano. Mas si consideras para quién pide, digo que pide para ti

más que para sí, porque para sí pide bienes de la tierra, y á ti da bienes del cielo, como dijo el Señor á aquel mancebo: Si quieres ser perfecto, ve y vende todas las cosas que tienes, y dalas á los pobres, y ternás un tesoro guardado en el cielo. Éstas son las principales condiciones que ha de guardar el varón misericordioso, para que su misericordia sea merecedora de todas las riquezas y bienes que aquí habemos dicho. Y la oración acompañada con esta misericordia, ésa es la que vuela con mayor ligereza al cielo, y la que merece alcanzar misericordia ante el acatamiento divino.

FIN

TABLA DEL PRESENTE LIBRO

PRIMERA PARTE

LA SEGUNDA PARTE DESTE LIBRO

TERCERA PARTE

MADRID

EN CASA DE LA VIUDA É HIJA DE G. FUENTENEBRO

TREINTA DE MAYO

1906





